

Selección RNR

DÍAZ DE TUESTA

*Una tarde
en el
Támesis*



Romance Histórico

Una tarde en el Támesis
Serie Un día en el Támesis 2

Díaz de Tuesta



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Harry y los Ángeles de Sinti,
y a todos los lectores que nos dan vida.
Gracias de corazón*

PRÓLOGO

Doce años antes...

Último día en Londres

23 de abril de 1814

Lady Harriet Waldwich Saint-George se despertó al oír un llanto de bebé.

¿Qué hora era? Muy temprano, a decir de la poca luz que llegaba del exterior, pero se conocía y sabía que ya no podría volver a dormir. ¿Le pasaba algo a su hermano Andrew? Seguro que sí, siempre se quejaba por alguna cosa. Era un niño odioso. Por su culpa estaba ella en Londres, en vez de con sus amigas, en Oxford.

A Harriet le encantaba Oxford. Allí había nacido y allí había vivido hasta que sus padres decidieron que, dada la mala salud del pequeño Andrew, era mejor trasladarse a Londres, donde podían contar con la atención inmediata de los mejores médicos de la corte, los que trataban al propio príncipe regente y su familia.

Desde entonces, ella estaba atrapada en aquella ciudad odiosa y papá iba y venía, siempre ocupado con reuniones. Aunque eso no le gustaba, Harriet estaba muy orgullosa de él. Todo el mundo decía que Richard Waldwich, conde de Trammheran, era un gran coleccionista, y un historiador de gran prestigio.

«¡Ya se habrá ido!», pensó, al recordar que, la noche anterior, habían cenado todos juntos, porque su padre debía irse a primera hora a Oxford.

—¡Pero si es el día de Saint George! —había exclamado Harriet, disgustada. En su casa se celebraba especialmente. Era el apellido de su madre, y ella lo conservaba con orgullo.

—Tendremos que celebrarlo otro día, cariño.

—¿No puedo ir contigo? ¿Y mamá? ¡Podríamos ir los tres y pasar el día en Oxford!

Richard la miró con pena.

—Me temo que esta vez no, cielo. La próxima.

—Papá tiene una reunión con señores importantes, Harriet —le dijo su madre—. Y cómete la sopa. No le des vueltas a la comida.

—¿Cosas egipcias? —le preguntó a él. A papá le gustaba la historia, descubrir qué habían hecho las gentes de otras épocas.

El conde de Trammheran se echó a reír.

—Sí, egipcias. Y no puedo llevarte conmigo, princesa. —Se inclinó hacia ella, para decirle en tono confidencial—: Pero te dejaré algo precioso en nuestro rincón secreto, para celebrar el día de Saint George y para que te acuerdes de mí. —Se inclinó para hablarle en un susurro, simulando que su madre no les oía. Y lady Miranda, efectivamente, sonrió como si no les oyera—. Y te traeré algo más bonito todavía, a mi vuelta.

Harriet palmeó encantada, al recordarlo. ¿Qué le habría dejado? ¡Seguro que ya estaba allí, y que era precioso! Se levantó y corrió como loca a su armario. Allí tenía un compartimento secreto que había ideado su padre, para jugar a los tesoros con ella y hacerla sentir más cómoda en Londres. Desde entonces, cuando llegaba o se iba, o cuando le apetecía por puro capricho, metía allí algún que otro obsequio, y tarde o temprano ella lo encontraba.

Como ese día. Efectivamente, en el hueco que había en la pared del fondo, que solo se veía cuando se retiraba una madera, su padre le había dejado un collar de piedras, unas más gruesas, otras diminutas, de un azul brillante, sorprendentemente jaspeadas con brillos dorados. «¡Qué piedras tan extrañas!», pensó, deslizándolas entre los dedos. Además, estaban engarzadas en una delicada redecilla de oro.

Era egipcio, estaba segura, su padre le mostraba muchas veces sus libros y dibujos, y aunque no supiera qué significaban, pudo reconocer el símbolo central, una especie de gran escarabajo. A los lados, se extendían lo que parecían sus alas, formadas por las piedras, que iban menguando de tamaño hacia los laterales.

El collar no se encontraba solo: de hecho, estaba bien enroscado en una

muñeca de cartón. En otras épocas, hubiese estado encantado con ambas cosas, pero ya era mayor, pronto cumpliría los doce años, no entendía por qué razón sus padres tenían que seguir pensando en ella como una niña a la que le gustaban las muñecas. De hecho, nunca le habían hecho mucha gracia. A veces jugaba, cierto, pero solo si se sentía muy sola y no le se le ocurría otra cosa que hacer. Como su madre, prefería pasar el tiempo libre con la equitación, la esgrima y la lectura.

Se puso el vestido, con el collar nuevo por encima, y salió del dormitorio dando botes, sintiéndose muy elegante. Se cruzó con una de las doncellas, Rowena, que llevaba una palangana cubierta con un paño.

—No se quede en medio, lady Harriet —le advirtió la doncella—. ¿Ya se ha levantado? Mejor haría quedándose un rato más en la cama.

—No tengo sueño, Rowena. —Giró sobre sí misma, levantándose la mata de rizos negros para que se viera bien el regalo de su padre—. ¿Te gusta mi collar?

—Oh, de verdad que es precioso, milady. —La doncella se inclinó a contemplarlo, admirada—. ¿Es viejo? ¿De las cosas que los hombres de su padre encuentran por ahí, enterradas?

—Sí. Bueno, *antiguo*. Se dice *antiguo*. ¡Y lo es, muchísimo! —No tenía ni idea, pero se le daba bien inventar—. ¡Pertenece a una princesa de hace diez mil años, que luchó con un temible dragón que quería devorar el mundo, lo mató con su espada y salvó a todos!

Rowena se echó a reír. Era una muchacha regordeta y poco atractiva, con una nariz demasiado grande y una barbilla demasiado breve, pero a Harriet le parecía perfecta, porque la quería mucho. Llevaba con ellos desde que se establecieron allí y era lo mejor de Londres.

—Ande, ande, baje a la cocina. Le daremos de desayunar, así tendrá fuerzas para enfrentarse a su propio dragón.

—Vale. —Miró hacia la habitación de sus padres. La puerta estaba cerrada. Oyó toses, de bebé—. ¿Y mamá?

—Con el médico. No haga ruido. Su hermanito no se encuentra bien.

—Vaya. —Titubeó, esperanzada—. ¿Entonces, no iremos a la fiesta?

—Claro que sí, milady. Si no puede ir su madre, puedo acompañarla yo.

Ese día era el cumpleaños de las gemelas Keeling, las hijas pequeñas del

duque de Gysforth, que cumplían siete años, y papá y mamá estaban empeñados en que se hiciese amiga de Ruthie Gysforth, su hermana mayor. Harriet afrontaba como podía aquella situación. Ruthie le caía bien, era muy simpática, pero no soportaba a las gemelas.

Lizzie y Lettie eran niñas chillonas, como Andrew, absolutamente incapaces de quedarse quietas dos segundos, y más cuando estaba cerca Minnie Ravenscroft, la hija pequeña del duque de Manderland, que tenía nueve años y actuaba como líder de aquella banda de revoltosas. Ella fue la que le contó a Harriet lo que era un cuco. Le dijo que, tarde o temprano, Andrew iría haciéndose con todo el amor de sus padres, hasta conseguir echarla de casa. Niña odiosa...

Y también estaba aquel horrible lord Gysforth...

Las últimas veces que su madre la había acompañado a Gysforth House, para que jugase un rato con Ruthie y las gemelas, había quedado patente que a John Keeling, el duque de Gysforth, le gustaba verla. Le gustaba *demasiado*.

Harriet lo descubrió por casualidad, al captar una mirada que intercambiaron y que la alarmó y angustió en igual medida. No conseguía olvidarlo, y les vigilaba siempre que le era posible. Lord Gysforth parecía incapaz de apartar las pupilas de su madre, ni siquiera cuando lady Evelyn, su encantadora esposa, estaba delante.

Por lo demás, intentaban disimular. Hablaban con unos y otros y buscaban excusas para encontrarse casualmente en algún rincón discreto y así cuchichear entre ellos. Su madre siempre se divertía mucho con lo que él le contaba; reía bajito, como reía con su padre. A Harriet aquello no le gustaba nada, pero no se atrevía a mencionarlo.

Odiaba a lord Gysforth.

—No quiero ir... —insistió.

—Pero le conviene, está demasiado sola. Tiene que hacer amigas en Londres. Además, así lady Miranda podrá ocuparse mejor del bebé.

¡Claro! ¡Esa era la auténtica causa! ¡Su madre la alejaba para poder darle todo su amor a aquel cuco espantoso!

—¡Pero si me porto muy bien! —protestó, desesperada—. ¡Ni se notaría que estoy!

Rowena la miró con incredulidad, pero no le llevó la contraria.

—Su madre prefiere que vaya —optó por decir. Siguió camino, hacia la escalera—. Así, no se preocupará porque esté dando vueltas por aquí.

Harriet apretó los puños. Estaba claro: su vida no tenía solución. Se había convertido en un infierno, todo por culpa de aquel bebé horrible.

—Ojalá se lo lleven las hadas... —susurró.

La doncella la oyó. Y como había sido ella misma la que le había contado las historias sobre niños robados por las hadas, supo a lo que se refería. Paró en seco y se volvió hacia ella.

—¿Qué dice?

Harriet se sintió avergonzada.

—Nada...

—¡Pero qué barbaridad! —Rowena volvió sobre sus pasos y se inclinó a mirarla—. ¡Nunca, jamás, desee semejante cosa, milady, y menos donde pueda oírlo el viento! —Miró hacia la ventana, con miedo. También lo hizo Harriet—. ¿Y si escuchan? ¿Y si nos dejan aquí una criatura arrugada, pequeña y fea, y se llevan a su hermano?

En opinión de Harriet, no iba a suponer demasiada diferencia. Andrew era exactamente así, diminuto, feo y arrugado, con el rostro muy rojo. Por muchos lazos y sedas que le pusiesen, no dejaba de ser un monstruito. Lo único destacable que tenía eran los ojos, e incluso en eso había tenido que comportarse como un pequeño ladrón. Había heredado el precioso color aguamarina de su madre, mientras que Harriet se había tenido que conformar con el insípido negro que le llegaba por parte de la familia paterna.

Maldito Andrew... Harriet le odiaba. Por su culpa, la habían apartado de sus amigas, la habían llevado a vivir a otra casa, en una ciudad enorme que no terminaba de gustarle y, encima, cuando nació el niño, se la habían quitado a ella de encima, enviándola tres meses a vivir en un convento, en Canterbury.

También odiaba los conventos.

¿A qué engañarse? Odiaba todo, en aquella vida odiosa.

—¡No me importa! —dijo, terca.

—¿No? No ha pensado en serio lo que pasaría de cumplirse algo así.

Claro que sí. Que tendría a mamá y papá para ella, como antes, porque no

querrían al niño de las hadas y, por tanto, no estarían pendientes de él como estaban con Andrew. ¡Le meterían en un hospicio! Se desharían de él, se olvidarían de Andrew y volverían a Oxford, con lo que Harriet podría volver a estar con sus amigas, y sería otra vez feliz.

Pero Rowena la miraba con tanto reproche que no se atrevió a decir nada. ¡Nadie la comprendía!

Conteniendo las ganas de llorar, bajó y desayunó huevos, salchichas, tostadas y un trozo enorme de tarta de manzana de la señora Fray, con un gran cuenco de leche. Luego, ya sintiéndose menos miserable, estuvo leyendo y jugando a solas en su habitación, porque al, ser día de fiesta, la señorita Blatter, la institutriz, había ido a pasarlo con su sobrina.

Con suerte, entre que iba y venía, también a ella se la llevarían las hadas.

Quiso entrenar esgrima con su madre, pero fue imposible. Tampoco quiso ayudarla a hacerle un vestido a la muñeca nueva, ni jugar al boliche. Ni siquiera la dejó entrar en la habitación donde estaba Andrew, para leer allí o charlar con ella. Volvió a su dormitorio, donde las horas pasaban lentas y tediosas.

—¡Un día de estos me marcharé! —les dijo a sus muñecas—. ¡Me iré y me moriré, y todos llorarán y lo lamentarán!

Alineadas sobre la cama, estuvieron totalmente de acuerdo con ella. Bueno, todas menos Lizzie, que había sufrido un accidente y solo le quedaba media cabeza de cartón. Antes se llamaba Ingrid Mery, pero la había rebautizado así por la gemela Gysforth más chillona. Estaba decidiendo a qué otra le cortaba otro trozo de cráneo, para llamarla Lettie. ¡Y tenía que pensar algo realmente odioso para Minnie!

Esa Lizzie deforme empezó a llamarla niña llorona, mala y caprichosa, pero no importó, porque se la comió el caballo de madera de un solo bocado. Las otras solo reaccionaron cuando también las atacó a ellas, y gritaron como locas y escaparon por todos lados, mientras Harriet las defendía.

Al saltar de un lado a otro, brincó sobre su pecho el collar egipcio y se acordó de lo que le había dicho a Rowena. De inmediato, el caballito se convirtió en un dragón espeluznante de siete colas y diez cabezas.

—¡¡¡Raaaauuuu!!! ¡¡Raaaauuuu!! ¡Atrás, niñas! ¡Yo os defiende! —exclamó toda voz, botando sobre la cama mientras forcejeaba con el pobre muñeco.

—¡Harriet!

Al oír el grito, se dejó caer sentada sobre el colchón, jadeando, y miró hacia la puerta, despeinada y sudorosa.

Lady Miranda Saint-George, lady Trammheran, estaba en el umbral, con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

Incluso en momentos como esos, Harriet pensaba que su madre era la criatura más hermosa del mundo. Su nombre, Miranda, resultaba muy apropiado, porque le habían dicho que significaba «digna de ser admirada», «maravilla» o «prodigio»... Había nacido en Francia, concretamente en Fontenay-le-Marmion, la localidad de Normandía en cuya costa, sobre un promontorio entre playas, se alzaba Champfleuri, el castillo de su padre, Étienne Saint-George de Caumont, el barón de Mouchette; pero el abuelo de Harriet había sido un gran admirador de la literatura inglesa y de Shakespeare en concreto, y le había puesto ese nombre a su hija, en honor al personaje de «La tempestad».

Y eso era lady Trammheran, una auténtica maravilla, con aquel cabello tan rubio y brillante, y aquel rostro perfecto de rasgos delicados y hermosos ojos aguamarina. Hablaba tres idiomas y todo el mundo decía que era muy inteligente, capaz de mantener una conversación ingeniosa con cualquier dama o caballero. Podía mostrarse femenina y dulce, pero también firme, como en ese momento, y era fuerte, porque hacía mucho ejercicio. Daba largas caminatas, montaba a caballo y le gustaba la esgrima.

Antes de la llegada de Andrew la practicaba casi cada día, y hasta había empezado a darle clases a Harriet, para escándalo de la señorita Blatter, que no se atrevía a protestar, pero murmuraba por ahí que no era deporte para una dama.

A su padre no le importaba. Reía y la abrazaba, mientras decía «quelle excentricité, mon amour!», en bajito.

—Algún día serás como yo, *chérie* —solía decirle Miranda, cuando se peinaban una a la otra en el dormitorio, pero ella lo dudaba, porque nunca podría llegar a ser tan perfecta. Nadie podría conseguirlo.

Además, aquello había sido en Oxford. Ahora, estaban en Londres, Miranda tenía otro bebé y le dedicaba prácticamente todo su tiempo.

—¡Mamá! —dijo, soltando el caballito—. Estaba... estaba jugando.

—Sí, ya lo he oído. Como para no saberlo. ¿Te parece apropiado dar semejantes gritos, cuando tu hermanito está enfermo en la habitación de al lado? —Harriet no dijo nada. No iba a gustarle la respuesta. Lady Miranda caminó por la habitación, recogiendo aquí y allá muñecas damnificadas. Su voz sonó todavía más dura—. Vamos, venga, deja ya todo esto. Va a venir Rowena, te bañarás y te prepararás. La fiesta de las gemelas Gysforth empieza a las cuatro.

Harriet volvió a sentirse tan miserable como antes de la tarta. Se miró las puntas de las zapatillas.

—¿Y tú? ¿Vas a venir?

—No. Bueno, en realidad, sí, porque voy a llevarte. Además, de camino tengo que encargar unas medicinas para tu hermano, y así podré recogerlas después de dejarte en Gysforth House. Rowena se quedará contigo allí. A las siete y media mandaré el coche a recogeros, así que tienes tiempo suficiente para jugar con tus amigas. —Le lanzó una mirada de advertencia—. Procura portarte bien.

—Sí, mamá —musitó Harriet. Se le ocurrió una idea—: ¡Pero, puedes quedarte en la botica, no hace falta que vengas a Gysforth House!

—Claro que sí. Qué cosas se te ocurren. Quiero felicitar a las gemelas, además de saludar a lady Evelyn y explicarle por qué no me quedo. —¿Sería verdad? ¿O lo hacía solo porque quería ver a lord Gysforth, aunque solo fuera un momento? Harriet se frotó las manitas, nerviosa—. ¿Qué pasa? ¿No quieres que vaya?

—No... ¡Y yo tampoco quiero ir, mamá! —Al final, estalló—. ¡Odio a las gemelas! ¡A la tonta de Minnie! —El nombre de lord Gysforth, el peor de todos, le quemó los labios, pero no se atrevió a pronunciarlo—. ¡Y seguro que será una fiesta odiosa!

Su madre frunció el ceño.

—¿Ah, sí? Pues me da lo mismo: irás. Así no gritarás a pleno pulmón en casa y no molestarás a Andrew. —Eso sí que sonó duro. Al ver que los ojos de Harriet se llenaban de lágrimas, lady Miranda se frotó el rostro—. Perdona, cariño, no quería hablarte así. Me siento tan cansada... Tu hermano no me ha dejado dormir esta noche. Estoy muy preocupada por él.

Harriet tragó saliva.

—Siento haber hecho ruido —dijo, por decir algo. Su madre sonrió. Fue hacia ella y apoyó las manos en sus hombros. Al fijarse en el collar, lo tocó con las puntas de los dedos.

—¿Te ha gustado el regalo de papá?

—Mucho. Es precioso.

—Sí que lo es. —Suspiró—. No hagas ruido, prepárate y ve a la fiesta. Te vendrá bien salir, seguro que te divertirás. ¿Puedo contar contigo, por favor?

—Claro, mamá.

Lady Miranda sonrió, la besó en la frente y salió. Ella se quedó allí, repitiéndose que no importaba. Si su madre solo iba a estar unos minutos en Gysforth House, ese día no podría ocurrir nada malo. No podría reír con aquel hombre como reía con papá.

Pero no pensaba perderla de vista, ni un solo momento.

Harriet se bañó y se preparó para la fiesta con ayuda de Rowena, que la peinó y le sujetó los tirabuzones negros con una diadema de flores. Como estaba muy disgustada, decidió no pedir permiso para llevar el collar. Se lo volvió a poner a escondidas y lo ocultó bajo la capa. Cuando se la quitara en Gysforth House, iba a dejar a todo el mundo asombrado.

Salió del dormitorio y pasó frente a la puerta abierta del de sus padres. Su madre no estaba, seguro que ya la esperaba abajo. Vio la cuna del cuco en la penumbra, junto a la cama, una imagen que le provocó una extraña sensación de paz. Oyó el trino de unos pájaros. La ventana estaba entreabierta y la cortina se movía suavemente con la brisa cálida de la tarde.

En absoluto silencio, Harriet entró. Se asomó a la cuna y contempló el rostro del niño. Para su sorpresa, estaba despierto y la miró con aquellos ojos enormes que tanto envidiaba. Quizá la reconoció, porque movió una manita y gorjeó de una forma encantadora. Harriet contuvo una sonrisa y se acercó un poco más. El aire olía bien, a bebé, a jabón y colonia, a tarde de primavera...

—Hola —le dijo, tentativamente. Bueno, no era tan feo, ni estaba tan arrugado. Rojo sí. Acercó una mano y comprobó que su piel estaba caliente. ¿Tendría fiebre? Sintió miedo, mucho miedo, ese miedo que ocultaba tantas veces, incluso a sí misma. ¿Y si aprendía a quererle y se moría? La idea le pareció tan terrible como siempre. No podría soportarlo, era mejor que se lo llevaran las hadas, era mejor odiarle, no verle, no pensar en él... Pero

tampoco pudo evitar el impulso de inclinarse más y besarle en la frente—. Cúrate, hermanito. Por favor.

El niño se movió, con un nuevo gorjeo. Algo llamó su atención y lanzó una manita. Antes de poder detenerlo, había enganchado el collar nuevo con sus deditos. Harriet se echó hacia atrás, para evitar que se lo rompiese, pero fue peor el remedio, porque el escarabajo se había enganchado en uno de los adornos de la cuna. El entramado de engarces era muy delicado, y una parte no soportó el tirón.

Tres o cuatro piedras azules repicaron en la madera y rodaron por el suelo —¡No! —¡Por culpa de Andrew había roto el collar de papá! ¡Ese niño horrible, ese niño al que no quería querer, siempre lo estropeaba todo! Harriet se aferró al borde de la cuna, le miró y trató de concentrar todo su dolor de princesa destronada mientras repetía—: Ojalá se te lleven las hadas. Ojalá se te lleven las hadas.

¡Ojalá se te lleven las hadas!

Un golpe de viento agitó las cortinas y la sobresaltó.

—¿Lady Harriet? —Se oyó de pronto. Era Rowena, estaba subiendo la escalera. Harriet recogió las piedras caídas, lanzó una última mirada a su hermanito y le dio la espalda. Volvió corriendo a su habitación y guardó el collar, con la esperanza de que su padre lo arreglase a su vuelta. Justo en ese momento, se asomó la doncella. Llevaba también la capa y un sombrerito de paja con un gran lazo—. ¿Todavía sigue aquí? ¿Está lista?

—Sí, sí. Vamos.

Su madre ya estaba sentada en el elegante carruaje con el escudo de los Trammheran, y sonrió al verla. Harriet se acomodó a su lado. En cuanto subió Rowena al pescante, con Jackson, el cochero, se pusieron en marcha.

Nada más cruzar las grandes puertas metálicas de Trammheran House, vio una florista que bajaba de un coche y caminaba hacia la casa, a buen paso. La mujer se fijó en el carruaje de los Trammheran y se detuvo, contrariada. Sus miradas se cruzaron. Harriet también la observó con curiosidad, fijándose en la tela basta de la falda.

—Estás preciosa, hija mía —dijo lady Miranda, y Harriet se volvió a mirarla y olvidó a la mujer—. Cada día más guapa. —Estaba demasiado enojada y triste como para dejarse convencer fácilmente, de modo que se giró

hacia el frente, con los hombros hundidos. Ojalá le diera mucha pena. Ojalá se sintiera mal, por obligarla a ir. Por Gysforth—. Cariño, ¿qué formas de sentarse son esas? ¿Qué te tengo dicho? ¿Cuál es nuestro lema?

—Alzar la barbilla, erguir la espalda... ¡Bah, me da igual!

—Vamos, no debería. Es el orgullo de nuestra familia. —Su madre buscó su mano y estrechó sus dedos—. No sufras, cariño. Sé que está siendo difícil para ti, pero nunca olvides que tengo amor de sobra para todos mis hijos, por igual. —Harriet la miró. ¿Sabía lo que estaba sintiendo, los muchos miedos que tenía? Esa impresión daba—. Nada ni nadie podrá jamás apartarte de mi corazón.

Harriet parpadeó, temiendo echarse a llorar. Ya no era una niña pequeña. No era como Minnie, ni como las gemelas.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—¿No prefieres a Andrew porque es un niño?

—¡No! ¿Quién ha dicho semejante tontería? —Harriet se encogió de hombros. Se lo había dicho Minnie, cuando habló del cuco. Decía que a ella no le hacían caso, que todo el amor de sus padres era para su hermano mayor, Arthur. Pero, en realidad, no se lo reprochaba a Minnie. No era algo que se hubiese inventado para hacer daño. La gente siempre prefería a los niños varones, lo veía siempre, de continuo, por todas partes—. Cuido de Andrew porque está malito, pero nunca olvides, nunca, que os quiero a los dos por igual. ¿Me ayudarás a cuidar de él?

Harriet asintió. Sería valiente, cuidaría del niño y lo querría, sin importar que pudiera morir. Y ayudaría a su madre, que estaba cansada y preocupada. Se abrazó a ella. Se aferró a su aroma, a la calidez de su cuerpo, y escuchó los latidos de su pecho, sintiéndose casi tan feliz como cuando estaban en Oxford. Qué agradable.

Siguió así hasta que el vehículo se detuvo frente a la botica.

—¿Quiere que la acompañe, milady? —preguntó Rowena desde el pescante.

—No, gracias, no es necesario. —Lady Miranda comprobó unos papeles en su bolsito. Estaban garabateados con indicaciones y medidas. Debían ser las recetas—. Vale, lo tengo todo. Será solo un momento. ¿Tú quieres quedarte

aquí? —Le preguntó a ella—. No tardaré. Solo voy a encargar las medicinas para tu hermano.

—No, no. —Ni hablar. Solo iba a tenerla un rato para ella sola, no iba a desaprovechar ni un segundo—. Voy contigo.

Harriet bajó tras su madre, ayudadas por Jackson. Como era habitual, la gente que pasaba por la acera se volvió a admirarlas y algunos hasta murmuraron entre ellos. En realidad, lo hacían por lady Miranda, que era una mujer de una belleza que nunca pasaba desapercibida. Incluso agotada por una noche sin dormir, como estaba en esos momentos, llamaba poderosamente la atención.

Además, como iba a Gysforth House, aunque solo fuera a dejar a su hija, se había preparado con esmero, y llevaba el vestido de seda azul que tan bien le sentaba, y una chaqueta de terciopelo con unos bordados exquisitos, a juego con el sombrero que dejaba escapar un buen número de rizos dorados.

¿Se habría acicalado para seguir manteniendo el interés de lord Gysforth?

Harriet miró de reojo a su madre.

De pronto, una figura se acercó a buen paso por su derecha. Harriet la contempló sorprendida. ¡Era la florista! La misma que había visto a pocos pasos de su casa. Pero, ¿cómo? Para llegar allí en tan poco tiempo, debería haber ido en coche. Se volvió hacia la calle. Desde luego, al otro lado había un coche pequeño, parado. ¿Era el mismo de antes, del que la vio bajar? Qué raro...

Su madre apenas prestó atención a la florista. Negó con la cabeza y trató de mantenerla alejada con un gesto mientras caminaba con determinación hacia la puerta de la botica, revisando otra vez sus papeles, pero la mujer insistió.

—¡Unas margaritas, milady! —exclamó, con un tono de voz estridente—. ¡Nadie con el cabello de oro puede decir que no a unas margaritas!

Su madre se detuvo en seco y se volvió a mirarla. Harriet frunció el ceño, intrigada. ¿Pasaba algo? Debía ser, porque las mejillas de lady Miranda habían perdido todo color. Cogió el ramo y le dio unas monedas.

—Entonces, me las quedaré. Gracias.

La mujer retuvo su mano y se inclinó hacia ella, para susurrarle:

—Tenga cuidado, milady. —Y añadió algo más, en francés, algo que Harriet no pudo entender, aunque lo hablaba también perfectamente. Fue un

susurro demasiado bajo.

Lady Miranda asintió, cogió a Harriet de la mano y tiró de ella de vuelta hacia su carruaje. Jackson, el cochero, viendo que su señora volvía sobre sus pasos, saltó de nuevo al suelo para ayudarlas.

—¿Vamos a algún otro lado, lady Trammheran?

—Todavía no lo sé. Entra, Harriet.

Subieron otra vez al coche. Nerviosa, su madre buscó entre las margaritas. Había un papel.

—Oh... *Mon dieu* —susurró, al leerlo. Lo aplastó entre los dedos.

Debía ser algo realmente terrible, porque su madre solo hablaba francés en la calle cuando estaba muy nerviosa. Harriet sabía que Inglaterra y Francia habían estado mucho tiempo en guerra, por culpa de un tal Napoleón, que ahora estaba preso en una isla cuyo nombre no recordaba, pero había gente que no estaba contenta con ese arreglo, y a lady Miranda no le gustaba dar pie a complicaciones.

—¿Ocurre algo, mamá?

—No, tranquila. —Alzó algo la voz—. ¡Rowena, baja, ven! —La doncella bajó del asiento del conductor al momento y se asomó a la ventanilla desde fuera, sorprendida. Harriet vio cómo su madre le entregaba los papeles del bolsito—. Aquí están las indicaciones del médico, lo que tienen que preparar. —Buscó más y añadió algunas monedas y billetes—. Y toma dinero. Espera a que esté listo, tomas un coche de alquiler y lo llevas a casa. Ve lo más rápido posible, coges a Andrew y te lo llevas a casa de tu hermana. ¿Entendido? Yo iré a buscaros allí.

—Pero...

—No tengo tiempo para explicaciones, Rowena. Vete.

—Muy bien, milady.

—Gracias. —Lady Miranda dio una dirección a Jackson y el vehículo se puso en marcha. Llevada por un impulso, Harriet se asomó a la ventanilla y miró hacia atrás. En los años siguientes, recordaría muy a menudo la imagen de Rowena, en la acera, observando cómo se alejaba el coche.

Al darse cuenta de que Harriet se asomaba, la doncella alzó una mano para despedirse, con una sonrisa. La niña devolvió el saludo.

Querida Rowena... No imaginaba que ya nunca volverían a verse.

—¿Mamá? —Volvió a sentarse bien—. ¿Qué pasa?

—Nada, cariño. Déjame pensar.

Lady Miranda miró por su ventana y no habló durante todo el trayecto. Harriet decidió dejarla en paz, porque el asunto parecía serio, así que también se dedicó a contemplar el paisaje cambiante de Londres por la otra. El vehículo se movió a buena marcha hacia las afueras de la ciudad, cruzó un pequeño puente y se internó en una zona de grandes edificios, muy antiguos. Finalmente, se detuvo más o menos a la mitad de una calle elegante y poco transitada, ante una mansión de aspecto magnífico que se alzaba tras un muro de piedra.

A la izquierda de las grandes puertas enrejadas, que permitían ver un jardín y el camino hacia la escalera de entrada a la casa, había un escudo esculpido.

En él, le pareció ver un dragón.

—Espera aquí.

Su madre bajó del coche. En el asiento, dejó olvidado el ramo de margaritas. De hecho, iba tan precipitada que no se dio cuenta de que se le había caído el mensaje misterioso al suelo.

—¡Mamá! —la llamó, pero no debió oírla, porque no se giró. Lady Miranda caminó rápida hacia la reja, esperó a que uno de los sorprendidos guardias le abriera y entró. Durante un momento, fue un bosquejo de seda azul en el caminito hacia la casa. Luego, entró.

Harriet recogió el papel, curiosa, y lo extendió para leerlo.

El hijo de Rutshore lo ha descubierto. Lo siento, amor mío. Intentaré daros tiempo suficiente, pero sabes mejor que yo lo peligroso de esta situación. Vete cuanto antes, huye rápido y cuida de Harriet y Andrew.

Sed felices y nunca, nunca, olvidéis lo mucho que os he amado.

Era la letra de su padre, la reconoció al momento, pese a que parecía algo distinta, como temblorosa. Pero, daba igual, la hubiera identificado entre miles, no en vano había tenido que leer demasiadas cartas, por culpa de todos los viajes que se veía obligado a realizar.

«Papá», pensó, confusa, y asustada. ¿Qué significaba aquello de que «el hijo de Rutshore lo ha descubierto»? Le sonaba el nombre. El marqués de Rutshore era un colega y amigo de su padre, que les había visitado alguna vez

en Oxford. No sabía que tenía un hijo. ¡Maldito fuera! ¿Qué había hecho aquel desconocido? ¿En qué había metido las narices?

¿Y a dónde se suponía que tenían que llevarlos a Andrew y a ella? ¡No se quería ir a ningún sitio! Bueno, sí, a Oxford, pero intuía que su padre no se refería a algo como eso.

«Huye rápido».

Harriet se estremeció. El miedo, un miedo auténtico, de verdad, muy distinto de todos los que había experimentado hasta entonces, le encogió violentamente el estómago, como si fuera una gran mano que apretase los dedos con saña. Era una sensación nueva, terrible. De pronto, no estaba segura de nada.

Entonces, su madre volvió a aparecer. Salió del edificio acompañada de un hombre rubio, pálido y delgado, aunque no faltó de atractivo. «Así debe ser Lucifer», pensó Harriet. Fascinador, bello, pero con la mirada turbia. Iban discutiendo acaloradamente. Al cruzar el umbral de la verja, él quiso sujetarla por el codo, aplacarla, pero ella se soltó de golpe y le debió decir algo terrible en un susurro, algo espantoso, porque se quedó rígido, clavado en el sitio.

Lady Miranda se alejó de él un par de pasos y se giró, para mirar hacia la fachada del edificio. Hacia arriba.

Harriet siguió la dirección, alzó la vista y descubrió al hombre, en una balconada de piedra.

No podía distinguir bien sus rasgos, pero era enorme: gordo, feo y desagradable, y estaba casi completamente calvo. Le odió al momento. El desconocido estaba contemplando a su madre con ojos llenos de veneno; luego, quizá porque sintió su mirada, volvió las pupilas hacia ella.

Harriet se sobresaltó. Todavía era una niña, y había vivido siempre muy protegida, rodeada de personas que la apreciaban. Ni siquiera conocía gente que se hubiese mostrado directamente antipática con ella... Bueno, sí, admitió, al acordarse de lady Palmer, la tía de Ruthie, y de su cuñada, lady Forrest. Ambas mujeres eran gruñonas como pocas. Raro era que no se pusieran a reñirlas por cualquier cosa, en cuanto las encontraban.

Pero lo que captó en las pupilas de aquel hombre, fue algo muy distinto. Solo con los años llegó a la conclusión de que había sido un odio descarnado. Una decisión asesina.

—A casa —ordenó lady Miranda, subiendo al vehículo por sí misma, sin darle tiempo a Jackson a ayudarla. El coche se puso en marcha casi al momento. Su madre miró por la ventanilla, como si temiera que fuese alguien detrás. Harriet se asomó por la otra.

Efectivamente, al cabo de unos momentos, avistaron un coche que les iba comiendo terreno. Era un *curricule*, un vehículo de dos caballos de los usados para algunas carreras, muy rápido. Si no avanzaba más deprisa era porque en él iban tres hombres, dos en el asiento y uno encaramado en la parte trasera, y todos eran bastante fornidos. De hecho, tenían un aspecto muy amedrentador.

—Acelere, Jackson, por lo que más quiera —ordenó lady Miranda. Les estaban siguiendo, pero no se ponía histérica, observó Harriet. Al contrario, parecía mantener una gran calma—. Diríjase hacia el oeste y métase por Brambles. Vamos a cruzar por los callejones de Peeby.

—¿Qué? ¿Con este coche? ¡Es muy mala zona, milady!

—No me importa.

—Además, esos tipos nos alcanzarán antes. Son mucho más rápidos que nosotros.

—Lo sé. ¿Qué puedo decirle? Intente evitarlo. —Jackson gruñó—. En el pasadizo, reduzca la velocidad. Mi hija y yo nos bajaremos en ese momento.

—Tendré que parar, y parar allí...

—No. Solo reduzca la velocidad, nos bajaremos en marcha. Usted continúe sin más hacia nuestra casa, como si siguiésemos en el coche.

Jackson giró la cabeza para mirarla, desconcertado.

—No lo dirá en serio, milady.

—No se preocupe, usted está a salvo.

—Pero...

—No me falle, Jackson —le cortó ella—. Haga lo que le he dicho y no se detenga por nada. ¡Por nada! ¡Vamos!

El cochero asintió, aunque poco convencido, y azotó más todavía a los caballos.

—¿Qué está ocurriendo, mamá? —volvió a preguntar Harriet, cada vez más ansiosa. Lady Miranda debió darse cuenta, porque su expresión se ablandó.

—Lo sabrás en su momento, te lo prometo. Pero ahora, escúchame bien, *chérie*. Vas a tener que ser muy valiente y muy rápida. Harás lo que yo te

diga y no te quejarás, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá.

—Bien. —Tendió una mano hacia ella—. Ven aquí.

Harriet pasó a su asiento. Pensó que iba a abrazarla y consolarla, pero no. Para su asombro, su madre levantó el otro, en el que había estado sentada, como si fuera la tapa de un arcón. ¡Hala! ¿Ese escondrijo había estado ahí siempre? ¡Increíble! Jamás lo había visto.

Dentro del asiento había bastante espacio, el suficiente para esconderse alguien, pero estaba lleno de trajes y telas. Lady Miranda sacó una capa gris, una prenda burda, muy vulgar, y se la puso, ocultando la hermosa seda azul de su vestido.

El coche dio un bandazo.

—Intentan adelantarnos.

—Si lo logran nos cerrarán el paso. —Rebuscó en el arcón y sacó una pistola. La ocultó entre los pliegues de su vestido—. Harriet, quiero que te sientes abajo, en el suelo, a mi espalda.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Vamos. —Harriet obedeció, cada vez más asustada—. Quieta ahí y cierra los ojos.

No obedeció, por eso lo vio todo, y fue como si estuviera viviendo un sueño o, mejor dicho, una pesadilla. El coche que les perseguía apareció por la ventana de la izquierda. A través de su rectángulo enmarcado en negro, pudo ver el rostro de un hombre que las miró con expresión seria y decidida. Pensó que era como un retrato, pero uno extraño, que no le gustaba.

El individuo apenas le concedió un vistazo a ella, sus ojos se volvieron de inmediato a lady Miranda. Echó mano a la portezuela de su vehículo y empezó a forcejear con la manilla para abrirla.

Sin pestañear, sin dudar ni un momento, lady Miranda alzó la pistola, apuntó y disparó, acertándole entre ceja y ceja.

Harriet gritó. El hombre cayó hacia atrás y abajo, entre los dos coches, y la niña se vio zarandeada de un lado a otro cuando le atropellaron. Al menos, gracias a eso, el *curricule* perdió algo de velocidad.

—Estamos llegando —le advirtió su madre—. Atenta. Solo tendremos una oportunidad. No podemos desaprovecharla.

Los callejones de Peeby eran un entramado de calles estrechas que conectaban dos barriadas miserables de las afueras de Londres, siempre muy concurridas por las numerosas tabernas cercanas. El coche hubiera tenido que reducir velocidad en cualquier caso, porque la gente se hacinaba por todos lados y hubiese resultado peligroso ir más rápido, pero por lo menos siguió avanzando sin llegar a detenerse en ningún momento.

Tras un brusco giro a la izquierda, Jackson metió el vehículo por un pasadizo entre edificios. Su madre eligió ese momento para abrir la puerta.

—¡Vamos, vamos! —la instó, con urgencia—. ¡Abajo!

Sin esperar a más, se deslizó fuera, mantuvo ágilmente el ritmo del vehículo y se volvió para cogerla. Harriet se agarró a su cuello y se sintió levantada en volandas. Una vez estuvo fuera, lady Miranda cerró de nuevo la portezuela.

Fue visto y no visto. En un segundo se encontraban en la calle, caminando entre la multitud. Su madre la cobijó bajo su capa, dando la espalda a la entrada del pasadizo y, para cuando el imponente vehículo de los Trammheran salió por el otro lado, ya eran invisibles, dos figuras grises perdidas entre el gris de la multitud.

Jackson apenas giró el rostro un momento para asegurarse de que habían bajado sin hacerse daño y siguió camino.

—Vamos —repitió su madre, echando a andar. Harriet avanzó como pudo, aferrada a su mano. Miró hacia atrás justo a tiempo de ver cómo surgía el otro vehículo del pasadizo, intentando abrirse paso en persecución del suyo. Ahora iban dos hombres, uno delante y otro detrás, intentando no perder de vista su objetivo. No se percataron de la maniobra de lady Miranda.

Ella también comprobó la situación de reojo y siguió caminando. En la hora siguiente, recorrieron una buena distancia. Harriet se sentía tremendamente cansada, le dolían los pies y tenía frío, y mucha hambre, pero había prometido no quejarse, así que no lo hizo.

Finalmente, llegaron a Wych Street. Harriet nunca había estado allí. Su madre se detuvo ante una puerta y llamó. Tenía un cartel a la derecha.

«Perceval, abogados», leyó. Les abrió una mujer vestida de negro, quizá un ama de llaves. Su madre ni le dio tiempo a saludar.

—Tengo que hablar con sir Alan —dijo—. De inmediato.

La mujer debía estar acostumbrada a situaciones así, porque se apartó, las

dejó entrar y las condujo hasta una salita pequeña pero acogedora, en la que esperaron un momento. La doncella volvió casi enseguida y las hizo pasar a un despacho en el que, tras un escritorio cubierto por un caos de papeles, había sentado un hombre que le pareció muy mayor, porque tenía el pelo completamente blanco.

En una mesita cercana, mucho más pequeña, un muchacho de unos veinte años, con un grave problema de acné, examinaba una pila de documentos.

—Lady Trammheran... —dijo el anciano, como saludo, con expresión sorprendida—. Qué agradable sorp...

—Sir Alan, discúlpeme, pero no tengo tiempo para cortesías —le interrumpió su madre. Miró de reojo al chico—. Tengo que hablar con usted a solas.

—Dwight es mi sobrino. Es de absoluta confianza.

—A solas.

Sir Alan dudó. Miró al muchacho y le hizo un gesto. Él se ruborizó, se levantó y salió.

—La escucho —dijo sir Alan.

—Me temo que han surgido algunas complicaciones y no estoy segura de cómo vamos a poder solucionarlas, mi esposo y yo. Tiene que sacar a Harriet de Inglaterra, inmediatamente. Nosotros iremos en cuanto nos sea posible.

Harriet la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá! —¿Qué pretendía, adónde quería mandarla ahora? ¿Estaba intentando deshacerse de ella otra vez?—. Pero ¿qué dices? ¡Yo no voy a ningún sitio sin ti!

—Tú harás lo que te digamos, *chérie*. Sabes que todo es por tu bien. —Volvió a centrarse en sir Alan—. Llévela cuanto antes con mi padre, se lo ruego. Tiene usted el dinero necesario, y toda la información.

—Sí, por supuesto. —El abogado hizo un gesto contenido—. Sabe que mantengo buena amistad con su padre, y nos escribimos prácticamente todas las semanas. A veces se le escapan... detalles. Si lo que pienso es cierto, si a pesar de todo ha seguido usted... colaborando con la causa equivocada, en ese asunto que hay en marcha para sacar de cierta isla a cierto caballero, la que tiene que salir de Inglaterra, de inmediato, pero de inmediato, es usted.

Lady Miranda palideció.

—No, yo no voy a irme sin Richard. Ni sin Andrew.

—¿Y qué va a hacer? ¿Dónde está?

—No lo sé. El hijo de Rutshore cree que le ha descubierto. ¡Cree que el espía es él! —Espías... Harriet abrió los ojos más todavía—. Ha conseguido enviarme un mensaje, pero no sé más. Iré a Oxford de inmediato.

—¿Y su hijo? ¿Andrew?

—Lo he dejado al cuidado de la doncella. Es una buena muchacha, de total confianza. Andrew está enfermo, un problema en sus pulmones. En cuanto se encuentre lo bastante fuerte para viajar lo mandaré también a Francia. Pero para eso queda tiempo. Usted ocúpese de Harriet.

—Por supuesto, lady Trammheran, me ocuparé del bienestar de la niña. De hecho, la acompañaré personalmente a Francia. Así aprovecharé para hablar con el señor barón, y me aseguraré de dejarla bien instalada.

—Gracias. Sé que estos asuntos deben ser difíciles para usted.

Sir Alan hizo un gesto ambiguo.

—No lo niego. Pero mi lealtad está con la gente que aprecio, ante todo. Además, soy un Perceval. La caballerosidad es una exigencia.

Lady Miranda sonrió.

—Gracias. —Se dirigió hacia ella. Le puso las manos en los hombros—. Ahora, tenemos que despedirnos, Harriet.

—¡No, por favor, mamá! —Odiaba llorar, pero ya no pudo seguir conteniéndose. ¿De verdad iba a abandonarla en aquella casa, con aquel desconocido?—. ¡No me dejes aquí! ¡Seré buena, te lo juro! ¡No volveré a quejarme de Andrew! ¡Iré a Oxford contigo y te ayudaré a buscar a papá!

—Harriet... *Ma chère Henriette*. —Lady Miranda la abrazó y luego se inclinó hacia ella, para mirarla a los ojos. También estaba llorando. Harriet jamás había visto llorar a su madre. Sintió más miedo todavía—. Ya no eres una niña. Sabes que esto me rompe el corazón, que nunca lo haría de no ser necesario. ¿Verdad?

Claro que sí, ¿cómo podría ignorarlo? Su madre la amaba, su padre la adoraba. Siempre habían sido una familia feliz, unida por lazos tan profundos que había llegado a creer que serían eternos. Que jamás se separarían unos de otros, porque no existía en la vida semejante posibilidad.

Harriet se mordió los labios, intentando controlar las lágrimas.

—¿Dónde vas? ¿Qué está ocurriendo?

—No puedo decírtelo, no ahora. Es por tu propio bien. Pero lo sabrás, te lo prometo. —Le secó las lágrimas con los dedos y la besó en la mejilla—. Obedece a este caballero, él te ayudará en todo cuanto necesites, ¿de acuerdo? —Volvió a abrazarla con fuerza—. Siempre has querido ir a Champfleuri. Ahora es la ocasión.

—¿Voy al castillo de Champfleuri? —Aquello cambiaba las cosas, al menos un poco. Harriet había crecido oyendo las historias de aquel lugar, que en su mente era un paisaje casi mágico.

—Exacto —estaba diciendo su madre—. Va a gustarte, verás. Hay mucho sol, y bosques, y los campos están llenos de flores. Margaritas. —Le apartó un mechón de la frente—. Me encantaría ir ahora contigo, pero debo ocuparme de Andrew y buscar a papá. No podemos dejarles aquí solos, y si tengo que estar pendiente de ti, no podré solucionarlo todo lo más rápido posible. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí... —Claro que lo entendía. Tenía miedo por Andrew, por ella y por su madre, pero sobre todo, por su padre. Aquella nota la había dejado muy preocupada.

—Bien. ¿Qué te tengo dicho?

—Alzar la barbilla, erguir la espalda. —Se llevó una mano al pecho—. Aquí vive el orgullo de los Saint-George.

—Así es. —Le acarició la mejilla—. Dile a tu abuelo que le quiero muchísimo y que sigo fiel a los principios que me inculcó. Sé buena y obediente, *chérie*. Y nunca, nunca olvides lo mucho que te amamos tu padre y yo, porque estaremos pensando en ti. Reza cada noche, como te he enseñado. —Unió sus frentes—. Yo también lo haré, para que muy pronto volvamos a estar juntas, así, como ahora.

Harriet captó su inseguridad, pero no tuvo opciones a seguir protestando. Su madre le dio otro beso manchado de lágrimas y se marchó, en un revuelo de azules y grises.

Cuando la puerta se cerró, sir Alan y ella se miraron, inseguros, un poco a la expectativa.

—Bien, bien, qué te parece... —dijo él, tras un carraspeo de hombre de edad poco acostumbrado a tratar con jovencitas—. Vamos a tener que

congeniar de algún modo, lady Harriet. ¿Quieres un caramelo?

—No. —Ya no era una niña, no quería dulces. No quería nada que no fuese volver a su vida de siempre. A su habitación. A sus muñecas. ¡Su collar! ¡Qué desastre! Lo había dejado todo. No pudo evitarlo: volvió llorar con ganas, si es que se había detenido en algún momento—. Quiero irme a casa. ¡Mamá!

Él la miró, comprensivo. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió. Ella lo cogió, pero solo fue capaz de estrecharlo entre los dedos.

—De momento, eso no va a poder ser, pequeña.

—¿Todo bien, tío? —preguntó Dwight, volviendo al despacho. Miró a Harriet con apuro, apenado, como preguntándose qué hacer para que dejase de llorar—. ¿Le traigo agua, milady?

—¡No! —sollozó Harriet.

—Se repondrá, muchacho. El tiempo pasará y todo esto solo será un triste recuerdo. —No estaba segura de entenderle, pero no dijo nada—. Hazme un favor, pídele a la señora Randall que haga mi equipaje porque la jovencita y yo vamos a salir de viaje, a primera hora de la mañana.

—¿La jovencita y usted? —Ahí cambió todo. El muchacho torció el gesto y la miró, y Harriet se vio a sí misma reflejada en aquella cara. Esa debía ser su expresión de envidia y celos, cuando miraba a Andrew. «Andrew», se dio, al recordarle. ¿Volvería a verle? ¿Se pondría bueno? Y qué más daba, ¿ahora venían los lamentos? ¡Si quería que se lo llevaran las hadas!

Se mordió los labios, las mejillas empapadas de lágrimas. ¡Qué niña más mala y egoísta había sido! ¡Normal que Dios la estuviese castigando!

—A *la belle France* —estaba diciendo sir Alan. Al ver que Dwight no le entendía, aclaró—: A Francia.

—¡Francia! —El muchacho abrió mucho los ojos—. Pero... ¡Siempre he querido ir, usted lo sabe! ¿No puedo acompañarles?

—Ahora no, imposible. Te necesito aquí, ocupándote de todo esto. Además, es un viaje peligroso. Si te pasa algo, mi cuñada me mata. —Se volvió hacia Harriet—. Y, visto lo visto, niña, lo mejor será que vayas con otro nombre, otra identidad. —Reflexionó un momento—. Dime, ¿te gusta disfrazarte?

Ella le miró sorprendida, y algo interesada, a su pesar.

—Sí.

—Ah, estupendo, estupendo, porque a partir de ahora, vas a ser mi sobrino pequeño. Dwight, consíguele algo de ropa a tu hermanito, algo tuyo, que la señora Randall te ayude a arreglarla a su medida. —Sir Alan le tendió la mano—. Encantado de conocerte, Harry.

CAPÍTULO 1

Satisfecho por un largo día de trabajo, Edward Truswell, marqués de Rutshore, entró en su casa silbando suavemente.

Pensaba darse un baño, cenar algo rápido y leer un rato en la cama, antes de dormir. Habitualmente hubiese disfrutado de ese plan tranquilo, los echaba de menos cuando no estaba en Londres, pero esa noche se sentía lleno de energías y entusiasmo. Hasta se había planteado ir a visitar a su amante del momento, Dolly, una joven menuda y morena que había sido una actriz con poco talento, pero con mucho encanto.

Lamentablemente, llevaba dos semanas largas sin pasar por la casa en la que la tenía establecida, y seguro que en cuanto le viese, le llenaría de reproches antes de permitirle meterse en su cama. Si no había ido, había sido por culpa del trabajo del museo, pero conocía a Dolly y nada de aquello la aplacaría. Seguro que, a esas alturas, estaría furiosa, y él no se sentía con ganas de recibir reprimendas.

Decididamente, había llegado el momento de concluir aquella relación. A la mañana siguiente, hablaría con sus abogados, y la visitaría para despedirse. Que no se le olvidara llevarle alguna joya. O mucho se equivocaba, o sería lo único que le permitiría sobrevivir a semejante entrevista.

Descartado aquello, consideró la posibilidad de ir a Brooks's, a ver si se encontraba con James o a Arthur, de los que no sabía nada hacía días. Pero, a la mañana siguiente tenía que madrugar y si se juntaba por ahí con esos dos, sobre todo con Arthur, tendría muy difícil volver a casa para dormir, ni siquiera un par de horas. «Mejor así», pensó, aunque con pena.

No había llegado ni a la mitad del vestíbulo, cuando su mayordomo, el señor Daniels, un hombre muy delgado y cada día más encorvado, le salió al

paso.

—Lord Rutshore, buenas noches —saludó, iniciando el ritual diario.

—Buenas noches, señor Daniels.

Le entregó el abrigo, el bastón y el sombrero. Y le hubiese entregado hasta la cartera, de habérsela pedido. Daniels podía parecer poca cosa, pero había luchado en varias guerras, con su abuelo, y había sobrevivido a todas. Por algo sería.

A su edad, era quien se seguía ocupando de todo lo relacionado con la servidumbre y mantenimiento de Rutshore House. Pese a la insistencia de la tía Hetty, se había negado a que se contratara ama de llaves ni más servicio del estrictamente necesario. Como Edward permanecía cada vez menos tiempo en Londres, y todo estaba siempre perfecto, no veía por qué no concederle aquel capricho.

—¿Ha tenido un buen día, milord?

—Como cualquier otro, la verdad. ¿Alguna novedad en el frente?

—Podría decirse. Tiene usted visita.

Eddie se puso alerta. Podía ser una buena noticia, o una absolutamente terrible, porque a esas alturas de su vida conocía gentes de todo tipo. O también intermedia: de tratarse, por ejemplo, del conde de Wallis, acompañado, por supuesto, por su hija, la encantadora lady Emma Balthory, resultaría simplemente soporífera, que Dios le perdonase, porque la muchacha no tenía ninguna culpa de ser como era. Pero es que su conversación le provocaba una somnolencia espantosa.

Bueno, ni tan mal. Le entraría sueño y podría dormir de un tirón toda la noche. Así probaría una especie de adelanto de lo que podría ser esa vida matrimonial que se atisbaba en su futuro.

Qué tonterías pensaba. Lord Wallis jamás cometería la falta de etiqueta de presentarse en su casa sin invitación, o al menos sin haber dejado antes una tarjeta avisando de sus intenciones.

Arqueó una ceja a Daniels, que estaba doblando con esmero cada pliegue de su abrigo.

—¿Me va a decir quién, o tengo que adivinarlo?

—Oh, sí, disculpe, milord. Lord Gysforth y lord Badfields están en el salón.

—¡Ah, estupendo! —Pues no se le ocurría mejor noticia. Tenía lo que había

querido, pero sin los peligros del club. Cenaría con ellos y, cuando fuera prudente, se iría a dormir. Había confianza. Si les apetecía trasnochar, podían quedarse en su salón, bebiéndose su whisky—. ¿Les han servido un té?

—Por supuesto, milord, esta es una casa respetable. Pero no han venido solos, les acompaña un caballero.

—¿Un caballero? ¿Quién?

—El baronet sir Alan Perceval. Según he podido entender, es abogado. —Edward hizo memoria. No, en absoluto. No le sonaba de nada—. Al parecer, tiene algo muy importante que hablar con usted, y lord Gysforth y lord Badfields consideraron oportuno traerle. Estaba conversando de libros, de modo que me tomé la libertad de hacerles pasar a la biblioteca. —Percibió el titubeo de Edward—. Espero que le parezca bien. He servido té y licores.

—Sí, no se preocupe. Muy bien, señor Daniels. Por favor, ocúpese de organizar cena para todos, por si acaso.

—Por supuesto, milord. La señora Perkins ya está en ello.

—Estupendo.

Edward se dirigió hacia la biblioteca. Fuera quien fuese sir Alan, aquella visita le estaba alegrando la noche. Últimamente, James, Arthur y él no se veían tanto como antes. En buena parte era culpa suya, no podía negarlo. En esos momentos, Edward tenía mucho trabajo, porque quería inaugurar el Museo Rutshore para mediados de verano, exactamente el quince de agosto, coincidiendo con el día en que su padre hubiese cumplido los cincuenta y cinco años.

Pero aquella empresa estaba acabando con él, en todos los aspectos. Nunca había imaginado que organizar algo así supusiese tanto trabajo y tanta inversión. De haberlo sabido... Quién sabe, quizá no hubiese empezado. Desde el momento en que ordenó a sus abogados que buscasen una buena localización para el museo, no había parado de firmar documentos bancarios y de pelear con unos y otros para conseguir que las cosas quedaran lo mejor posible.

Al menos, el antiguo palacete Guernsey, situado en el distrito de Saint James, no lejos de su propia mansión, había sido todo un acierto, porque contaba con espacio suficiente en la que iba a ser la zona abierta, además de un buen sótano para la cámara de seguridad y el almacén. Además, se trataba

de un edificio que llamaba la atención, elegante, muy hermoso, con su tejado a dos aguas, su porche blanco y gris y sus grandes ventanales de estilo gótico.

Sí, era un lugar estupendo, aunque parecía tragar dinero como un auténtico monstruo mitológico.

Restaurarlo, acondicionarlo como museo, dotándolo con la mayor seguridad para evitar futuros disgustos, decorarlo a la altura de los paladares más exquisitos y contratar el servicio necesario para su mantenimiento, había costado ya decenas y decenas de miles de libras, y todavía quedaban meses para su apertura, a saber lo que habría devorado ya para entonces.

Eso, por no hablar de lo que llevaba invertido en ampliar la modesta colección Rutshore original, a costa de comprar en subastas o, discretamente, a coleccionistas privados que contaban con piezas en las que tenía interés. Nada de eso era barato. Su fortuna, considerable, había sufrido un varapalo serio en el último año. Su secretario y sus abogados ya le habían advertido que debía tener en cuenta que los Rutshore no poseían un cuerno de la abundancia inagotable. Si seguía así, podía llegar a tener serios problemas financieros.

Menos mal que contaba con algunos apoyos, como el del muy rico y poderoso conde de Wallis. De otro modo, no hubiese podido afrontar tamaña aventura.

Pensar en él le recordó de nuevo a su hija Emma y bufó mentalmente. Edward no era tonto, no ignoraba que la inversión de Wallis respondía a su interés de que todo terminase con un matrimonio ventajoso en título para su hija. Y, aunque a él le apetecía tanto casarse como darse repetidamente con un martillo en el dedo de un pie, en realidad no tenía nada en contra.

Al contrario; Emma era una joven encantadora, simpática y discreta. No sabía mucho de nada, pero por lo menos no daba su opinión sobre todo, como hacía ya demasiada gente. Si todo seguía así, posiblemente se casase con ella en un año, quizá dos.

Edward entró en la biblioteca, su habitación favorita de toda la casa, pese a que ya apenas la pisaba. La razón era muy sencilla: si estaba solo, que por lo general lo estaba, verse allí le deprimía enormemente. Para él, aquel lugar que olía a madera y cuero, a cera y humo, estaba lleno de voces, de imágenes, de sentimientos... De recuerdos.

Era entrar, y sus ojos se iban por cuenta propia al sillón preferido de su abuelo, esperando verle allí sentado, con la pipa en una mano y un libro en la otra. «¡Eddie, ven, tienes que leer esto!», era su frase preferida. O recordaba aquella vez en que, apoyado junto a la ventana, en la zona de autores clásicos, su padre le habló de Heródoto de Halicarnaso y le leyó en griego el primer párrafo de sus nueve libros de Historia:

Heródoto de Halicarnaso presenta aquí los resultados de su investigación para que el tiempo no abata el recuerdo de las acciones humanas y que las grandes empresas acometidas, ya sea por los griegos, ya por los bárbaros, no caigan en olvido; da también razón del conflicto que enfrentó a estos dos pueblos.

«Esa es nuestra lucha, Eddie», le dijo su padre a un joven Edward de diez años. «Luchamos contra el olvido». Era cierto. Y también estaban en el conflicto que enfrentó a otros dos pueblos, Inglaterra y Francia, pero eso lo supo mucho después.

Sí, esa enorme habitación, con tres chimeneas y dos pisos de estanterías comunicadas por pasarelas, escaleras e incluso una silla elevadora que ordenó construir su abuelo cuando ya no podía subir por sí mismo a la parte de arriba, le provocaba fuertes emociones. Jamás se lo diría a nadie, pero cuando entraba solo, cuando se veía allí, atrapado en el profundo silencio creado por las ausencias de los seres amados, siempre se le escapaba alguna lágrima, no podía evitarlo.

Esperaba no hacerlo en ese momento.

No, por suerte, era distinto con gente, sintiéndose acompañado. Y ese día, la biblioteca estaba bastante animada. Aunque todavía no había oscurecido en el exterior, y entraba bastante luz por los grandes ventanales, Daniels había encendido todas las lámparas, que iban a gas, como el resto de la iluminación de Rutshore House, y las tres chimeneas.

James estaba sentado frente a la de la izquierda, en uno de los sillones de su tresillo, tomando tranquilamente una taza de té. En el otro sillón, el que había sido el preferido de su abuelo, vio un anciano pequeño y algo rechoncho, pero de aspecto agradable, con una barba bien recortada y unos anteojos que le daban aire de intelectual. También tomaba té, aunque sostenía la taza con

manos tensas, como si temiera dejarla caer y romper su delicada porcelana.

Edward tardó un segundo de más en localizar a Arthur, y eso que estaba en su rincón preferido: el mueble de las bebidas. De hecho, él no tenía taza, sino una copa a medio llenar y una botella medio vacía.

Cuando entró, el hombrecillo dejó la taza que tenía entre las manos y se puso en pie de un salto, como si le hubiesen pillado allí sin haber pedido permiso. Le vio tan agobiado que decidió mostrarse lo más amable y cercano posible.

—Gysforth, Badfields, buenas noches. Me alegro de veros bebiéndoos mi mejor whisky.

—Buenas noches, Rutshore —replicó Arthur. Dejó de servirse el licor, para fruncir el ceño—. Tienes cara de cansado. Al final, voy a tener que creermelo y todo que trabajas.

—Calla, no bromees con eso. Llevo todo el día persiguiendo pintores y carpinteros incapaces de hacer vitrinas como yo quiero, y peleándome con unos y otros por tonterías. Si me hubieseis dicho que ibais a venir hoy, y con visitas, hubiese salido antes.

James sonrió y se dispuso a hacer los honores.

—Permite que te presente al baronet sir Alan Perceval. Ha ido hoy a buscarte a Brooks's, donde nos hemos conocido por casualidad, y hemos decidido traerlo.

—¿En serio? Suena de lo más... peculiar. —Debía tratarse de una broma. Y seguramente impulsada por Arthur, James era mucho más serio. Pero ya que el hombrecillo estaba allí, le tendió la mano con cordialidad—. Encantado de conocerle, sir Alan.

—Es un honor, Vuestra Señoría —replicó el hombrecillo, estrechándole la palma—. Disculpe la invasión. De haber sido por mí, jamás me hubiese atrevido a presentarme así, sin avisar al menos o pedirle cita, pero lord Gysforth y lord Badfields me aseguraron que no habría ningún problema.

—Y no lo hay, ciertamente, son buenos amigos. —Señaló el sillón—. Por favor, vuelva a sentarse, hágame el favor, póngase cómodo. —Miró las tazas, las copas, las bandejas con canapés y pastas variadas—. Veo que Daniels se ha ocupado de todo. ¿Quiere tomar alguna otra cosa?

—No, no...

—Sí, hombre, le serviré un poco más —dijo Arthur, esgrimiendo la botella. Sacó otra copa—. Y a ti también, Rutshore. La vas a necesitar.

Edward arqueó una ceja. Se volvió hacia sir Alan y le animó con un gesto.

—Está bien, ya me tiene intrigado. Adelante, cuénteme.

El hombrecillo asintió.

—Muy bien, verá, tengo una firma de abogados, aquí, en Londres, y uno de mis clientes...

—Oh, no... —Empezó a temerse lo peor. Al fin y al cabo, no iba a ser una broma—. ¿Es por el museo? No me diga que viene por el problema del tendido de gas. —Era lo último que le apetecía en esos momentos—. De ser así, le voy a rogar que se ponga en contacto con mis abogados. Ellos se ocuparán de todo.

—¿Museo? ¿Gas? —Le miró sorprendido y alejó la idea con ambas manos—. No, no será necesario. No está en ningún problema, créame, no se trata de eso. Es solo que uno de mis clientes me ha pedido que me ponga en contacto con usted.

—¿De verdad? —¿Algún asunto del museo? ¿De algún coleccionista de antigüedades? Quizá era cosa del conde de Chadburn. Solo pensarlo, perdió la sonrisa. Eso sí sería preocupante. Había mucha gente que le desagradaba en la vida, y unos pocos por los que sentía auténtico aborrecimiento, pero Chadburn se llevaba el premio, con diferencia—. ¿Quién es?

Sir Alan dudó.

—No puedo decírselo.

—Entiendo. —No lo entendía, pero sonaba más cortés que cualquier otra respuesta, al menos que cualquiera de las que pasaron por su mente. Definitivamente, debía tratarse de algo de Chadburn. Quizá pretendía recuperar por las bravas el último alijo, el que le había quitado a los Black, padre e hija, casi debajo de sus narices. Pues lo sentía por él, pero ya tenía elegido un sitio en el museo Rutshore para el sarcófago de la hermosa Nefer-Anjet-Ast, momia incluida, además de todo su ajuar funerario—. ¿Y qué es lo que desea de mí? ¿Puede decirme al menos eso?

—Sí, desde luego. —El hombrecillo carraspeó—. Verá, es por lo de su apuesta.

—¿Mi apuesta?

—La que consta en el libro de Brooks's. —Señaló a James y Arthur, que le sonrieron—. La que organizó con sus amigos.

—Oh, entiendo. —Y, esta vez, casi hasta era verdad. Edward le miró sorprendido—. ¿Es usted miembro de Brooks's?

—¿Yo? Oh, no, no. —El hombrecillo le miró con horror, como si temiese que le fueran a cobrar algo en cualquier momento—. No tengo claro que me aceptasen, pero desde luego no me puedo permitir esas cantidades.

Sí, él también pensaba que el coste del club era una exageración. Se lo planteaba sobre todo cuando paseaba por los barrios más pobres de El Cairo, aunque no era necesario ir hasta allí, la miseria convivía con ellos en el propio Londres. De no ser por Gysforth y Badfields, posiblemente se hubiese retirado de Brooks's hacía mucho.

Quizá al final tuviera que hacerlo, si el museo Rutshore terminaba devorando toda su fortuna.

—No era mi intención incomodarle, sir Alan —explicó—. Lo he dicho porque nunca le he visto por allí.

—Ah, no se preocupe. Y no, no soy miembro de Brooks's. Sin embargo, recuerde que su apuesta es pública, milord. Está inscrita en el libro del club y se hizo muy notoria tras el matrimonio de Su Gracia, lord Gysforth, aquí presente.

Eso era verdad. Con la fastuosa boda del duque de Gysforth en Westminster, a la que asistió el rey en persona, corrió por todo Londres la historia de cómo se habían conocido James y Bethany. Hubiese sido imposible evitarlo, estando involucradas en aquel asunto las hermanas pequeñas de James, las gemelas Keeling, que se ocuparon de contar gran cantidad de detalles a sus amigas, sin reflexionar ante la idea de que, a su vez, tenían más amigas.

Ah, Lizzie y Lettie... Ambas eran unas jovencitas encantadoras, Edward las quería mucho, pero les gustaba demasiado hablar. De todos modos, no sería él quien las juzgara. Recordaba más de una metedura de pata en sus años jóvenes.

Como la de Trammheran...

Apartó aquel pensamiento, aunque con esfuerzo. No era momento de sombras. Esa noche quería divertirse, quería olvidarse del mundo y disfrutar

de la compañía de sus amigos y de aquel misterio que le habían llevado.

—Tiene usted razón, no es de extrañar que la apuesta haya llegado a conocimiento de su cliente —aceptó—. Bien, ¿qué puede decirme? Si es que puede decirme algo, claro, que empiezo a dudarlo. —La puerta se abrió y entró Daniels, seguido de un muchacho que cargaba con otro servicio de té en una gran bandeja de plata—. Si no, tomaremos el té y hablaremos civilizadamente del tiempo.

El criado depositó su carga sobre una mesa y se retiró con discreción. Edward sonrió, seguro de que había sido aleccionado por el mayordomo: Daniels no quería más oídos de los necesarios en las reuniones de su señor.

—Cuénteselo, sir Alan —le animó James. Quizá se había percatado también del detalle, porque añadió—: Daniels es de total confianza.

—Muy amable, lord Gysforth —dijo el mayordomo, con una inclinación de cabeza.

—En absoluto, amigo mío. Solo me ciño a la verdad.

—Adelante, sir Alan —dijo también Arthur—. Por favor, no lo demore más. Me muero por ver la cara que pone.

Sir Alan le miró sorprendido. Luego volvió a centrarse en Edward.

—Está bien. Mi cliente... mi cliente es una dama que desea encontrarse con usted en esas circunstancias, lord Rutshore.

Edward arqueó ambas cejas. La intriga se había convertido en completo asombro. Miró a sus amigos.

—¿Es cosa vuestra?

—En absoluto. —Quizá hubiese dudado todavía un poco, de responder Arthur, pero fue James, y él nunca mentiría—. Es cosa de sir Alan.

Se volvió hacia el hombrecillo.

—Entonces, quizá podríamos decir que está de broma.

—En absoluto, milord. Jamás bromearía con algo tan... tan...

—¿Peculiar? —propuso James.

—¿Impropio? —le ayudó Arthur. El pobre hombre les miró desconcertado.

—No sé. Tiene un poco de ambos, supongo. —Carraspeó y se colocó mejor la chaqueta—. Veamos... Tenemos entendido que la apuesta indica que Vuestra Señoría tiene que...

—Lord Rutshore, por favor —le pidió—. Omita otros tratamientos. No son

necesarios, puesto que estamos entre amigos.

Sir Alan asintió. En sus ojos brilló algo. Simpatía, quizá.

—Bien, lord Rutshore, por supuesto. Verá, por lo que hemos entendido, usted tiene que conseguir pasear a solas en barca, una tarde, con una dama desconocida, una con la que nunca haya hablado previamente. Pero, que sepamos, no hay nada que prohíba que sea ella la que se ponga en contacto con usted, por medio de un intermediario, para organizar el encuentro.

—No. Vamos, eso creo... —Inseguro, porque realmente no había prestado demasiada atención a las normas de la apuesta, miró a Arthur. Al fin y al cabo, él había sido el loco que había ideado semejante absurdo.

Como imaginaba, Arthur negó con la cabeza.

—No, desde luego, nada lo impide. La verdad, ni siquiera se me ocurrió que pudiera darse un caso así, pero, de haberlo hecho, lo hubiese aceptado por válido. —Sonrió—. Me gustan las mujeres valientes.

—Te gustan las mujeres —le corrigió James—. Fin de la cita.

Arthur se echó a reír.

—Vale, es cierto.

Edward se lo pensó un momento. Una mujer... una dama. ¿Y si se trataba de Theodora Black? Los Black no eran propiamente nobles, y no estaba seguro de poder considerar una dama a alguien a quien había visto arremangarse las faldas sin ningún recato para bajar por un agujero en el desierto, con la esperanza de que fuera una tumba sin expoliar.

Pero su padre, sir Sylvester Black, era baronet desde que le regaló al rey varias piezas especialmente valiosas, y era socio de Brooks's. Quizá se había fijado en la apuesta, era muy probable. Claro que eso también podía haberlo hecho el conde de Wallis, y haberse planteado en cómo provocar un matrimonio entre Edward y su hija Emma antes de tiempo.

O podía ser cosa del propio Chadburn, que buscase el modo de encontrarle a solas y fuera de la ciudad, con la intención, mucho menos romántica, de darle cómodamente una paliza sin que interviniera la Guardia. Él estaba en White's, pero todo el mundo hablaba por todas partes, siempre podía haberse enterado.

No podía perderlo de vista. Cabía la posibilidad de que se tratase de una trampa.

—En principio, estoy de acuerdo. —Cruzó las piernas y apoyó las manos en los brazos del sillón, en un gesto con el que quería indicar que estaba dispuesto a ser firme—. Pero quiero saber quién es. Al menos, su nombre.

Sir Alan empezó a negar.

—Me temo que eso es totalmente imposible...

—Sir Alan... No me ha entendido. No se lo estoy pidiendo. Es una condición *sine qua non*. Si no me dice su nombre, no habrá encuentro.

—¿Sine qué? —preguntó Arthur sorprendido.

—Quiero decir que es una condición necesaria. Si no me lo dice, no iré. Os pagaré por no ser capaz de cumplirlo, y se acabó.

Hasta James pareció desconcertado.

—No seas absurdo, ¿qué más da? No te va a llevar mucho más allá de diez minutos. Merecería la pena, incluso aunque fuera la mujer más odiosa del mundo.

—Dejadme hacer, por favor. —Presionó a sir Alan con las pupilas—. Su nombre, por favor.

El abogado titubeó.

—Solo el nombre. —Edward asintió—. Harriet.

Edward esperó un par de segundos. Como no añadía nada, repitió:

—Harriet... ¿qué más?

—Lo siento. Solo ha pedido el nombre y es lo único que le voy a dar.

—¡Eso no...!

—Por favor, lord Rutshore. De verdad, se lo juro, no está en mi mano, no tengo permiso para hacerlo. Ya me he excedido compartiendo con usted ese dato. Si aun así no quiere llegar al acuerdo, muy bien, me iré y así se lo transmitiré a mi cliente, y que ella haga como mejor prefiera. Pero no le puedo decir lo que se me ha prohibido expresamente que le diga. Para descubrir el resto, tendrá que indicarnos el día, la hora y el lugar para ese encuentro privado.

Edward se lo pensó unos momentos. Tendía a pensar que sí, que la joven se llamaba Harriet. De otro modo, de inventarse eso, tampoco le hubiese importado inventarse un apellido. Y no conocía a ninguna Harriet, que él supiera.

Bueno, en otra forma del nombre, la tía Hetty, pero dudaba que fuera ella.

—No será lady Morton, ¿verdad? —decidió preguntar, de todos modos. Al oírle, James abrió los ojos como platos y Arthur lanzó una carcajada, absolutamente incrédula.

—Rutshore, acabas de superarte a ti mismo —le dijo.

—¿Qué? Es mejor preguntar. Harriet es una forma de Henrietta. Ahora mismo no recuerdo otra.

—Ya. —James le lanzó una mirada casi compasiva—. Pero no seas iluso: la tía Hetty no va a quedar contigo para pasear por el Támesis.

—No sueñes —confirmó Arthur—. No eres su tipo.

—En todo caso... —Sir Alan alzó un dedo—. Puedo confirmarle que no, no es lady Morton.

Rutshore suspiró de forma audible.

—Menudo alivio.

—Pues hubiera tenido su gracia —rio Arthur.

—Bien, ¿qué decide? —preguntó sir Alan—. Lo siento, pero se me está haciendo un poco tarde.

—¿No quiere quedarse a cenar con nosotros?

Sir Alan arqueó ambas cejas.

—¿Aquí? ¿En Rutshore House? Oh, no podría. Se lo agradezco mucho, es un honor, pero no he avisado y la señora Randall, la gobernanta, estará preparando mi cena y si no voy, se preocupará. —Edward casi sonrió. Qué hombre entrañable—. Pero sería estupendo poder transmitir a mi cliente qué día le viene mejor y dónde debe ir, si es que quiere reunirse con ella.

—Sí, desde luego, lo haré. —Repasó mentalmente su agenda—. ¿Qué tal el miércoles?

—Mejor el jueves —intervino James—. Así podré ir. El miércoles tengo sesión en el Parlamento, y no sé a qué hora terminaremos.

—Muy bien, pues el jueves, a las cuatro. ¿Te parece bien que sea en Sleeping Oak?

—Por supuesto.

—Allí, entonces. Es una pequeña propiedad en las afueras, sir Alan. Mañana le anotaré cómo llegar, y se lo enviaré, si tiene la amabilidad de darme su dirección.

—Sí, por supuesto. Perfecto. Vivo en Wych Street, allí mismo está mi

despacho. No tiene pérdida.

—Estupendo.

—Pues en ese caso, ya he cumplido con mi obligación. —Se puso en pie—. Ahora, si me disculpan.

—Por supuesto. —Los tres se pusieron en pie para despedirle. Edward tiró de la campanilla—. Daniels le acompañará a la salida.

—Un placer caballeros. Han sido sumamente amables. —Sonrió a los tres—. Buenas tardes.

Cuando se quedaron solos, Arthur miró a Edward y agitó la cabeza.

—Condenada suerte la tuya...

—Ya. Os juro que no esperaba poder cumplir con la apuesta. Iba a limitarme a pagar la penalización.

—Ya lo imaginábamos —rio James—. De hecho, no hemos querido decirte nada, ya que estás tan ocupado con el museo, pero después de la inauguración íbamos a darte un ultimátum. ¿Verdad?

—Verdad. —Asintió Arthur.

—Pero, mira, una dama viene a salvarte. Eres un afortunado

—Pues tú tampoco lo tuviste tan mal, Gysforth. Conociste a lord Saxonshare casi de inmediato, y eso te llevó a su prima.

—Eso es verdad, amigo mío. —James alzó su taza, en un brindis—. Pero es que no hay hombre más afortunado que yo. ¡Me casé con Bethy!

Edward rio.

—Nadie puede negarlo. —Consultó el reloj. Tenía tiempo a tomar una copa de oporto antes de la cena. Fue a servírsela—. Habrá que ver cómo le va a Badfields. Ya tiene bastante fama de peligroso. ¡Y pretende llevar a la pobre muchacha de noche! Si les descubren, su reputación no valdrá ni el hollín de una chimenea.

Arthur le miró con expresión escéptica.

—Te recuerdo que tú todavía tienes que terminar la tuya.

—Cierto. Aunque, ahora hasta lo veo posible.

James se lo pensó un momento.

—De todos modos, no bajas la guardia. Puede ser peligroso, Rutshore.

—¿Tú crees? Ojalá. —Sonrió para sí—. A mí nunca me pasa nada memorable.

CAPÍTULO 2

Sir Alan estaba ya muy mayor, y apenas salía, excepto para su paseo diario por el jardín. Recibía a sus clientes en casa y preparaba allí los casos. Cuando tenía que investigar algo, ya fuera recabar datos en bibliotecas o recopilar detalles en cualquier otro sitio, contaba con Dwight y con los servicios de un hombre llamado Norton, y cuando tenía que plantear casos en el juzgado, mandaba a su sobrino, que no era un gran abogado, pero tenía su experiencia. Él solo se presentaba personalmente en los más importantes o más complicados.

Por eso, por lo general, desde su regreso de Francia, Harry lo tenía difícil para salir por su cuenta, sin que se enterase. Y cada vez más porque, tras haber conseguido escaparse en un par de ocasiones, solo para ser descubierta a su regreso, había puesto a toda la servidumbre en alerta, embarcados todos en la noble misión de vigilarla y protegerla.

¡Salir sin avisar y salir sola! ¡Qué barbaridad! Dos crímenes terribles, a cuál más grave. ¿Se había vuelto loca en Francia? ¿Acaso había olvidado todas las buenas enseñanzas que recibió en su momento? ¡Una dama nunca iba a ninguna parte sin una doncella!

Pero había cosas que Harry quería hacer por su cuenta, como visitar Trammheran House. Su padrino no quería que fuese allí sin más, ni siquiera solo con una doncella, estaba empeñado en que la acompañasen Dwight o Norton, o mejor los dos, o incluso él mismo, pero, en esa especie de viaje al pasado, ella no deseaba escoltas de ningún tipo. Quería encontrarse con sus fantasmas a solas, quería sumergirse por completo en aquellos otros tiempos. Tenía que despedirse y no soportaba la idea de que la interrumpieran.

Por eso, esa tarde había esperado poder escaparse mientras sir Alan salía

para contactar con Rutshore y hablar de un posible encuentro, por el tema de la apuesta. Lamentablemente, Dwight le había pedido que le tradujese algunos documentos de un pleito que mantenían en nombre de una naviera, y que estaban en francés. A saber si lo había hecho aposta para mantenerla entretenida, le creía muy capaz. Harry intentó hacerlo lo más rápido posible, pero le llevó unas cuantas horas.

Eran casi las siete cuando por fin pudo librarse de él. Subió a su habitación se cambió de ropa, se puso los botines, la chaqueta Spencer, ató el sombrero a juego con una lazada, y estaba bajando las escaleras con el bolsito bajo el brazo, mientras se ajustaba los guantes, cuando oyó el sonido de la puerta.

¡Maldición! Pensó subir corriendo y disimular, pero no le dio tiempo: un segundo después, sir Alan la miró desde el umbral, así que sonrió, aparentó naturalidad y se inclinó sobre la barandilla.

—¡Sir Alan! ¡Por fin! ¡Cuánto ha tardado! —Bajó corriendo, para reunirse con él en el vestíbulo—. ¡Me tenía muy preocupada! ¿Qué ha ocurrido?

—Tranquila, tranquila, niña. ¿Qué va a ocurrir? —contestó él, mientras se quitaba el gabán y lo colgaba del perchero. Ella le ayudó, para dejarlo bien estirado, como tenía que hacer siempre. Qué hombre. Vivía en otro mundo, le daba igual que una manga quedase fuera que dentro—. He tardado porque lord Rutshore no estaba en su club, pero he tenido la buena fortuna de coincidir allí con dos de sus amigos, lord Gysforth y lord Badfields.

—Sí, he oído hablar de ellos. —Los informes que había recabado Norton para ella indicaban que formaban un trío muy compenetrado. Viejos amigos de siempre, habían estudiado juntos en Eton y en Oxford, y luego habían mantenido una relación cercana a lo familiar.

Lord Gysforth era el hijo del duque que ella recordaba. El hermano mayor de Ruthie, al que no llegó a conocer porque, en aquella época, siempre estaba en Oxford, estudiando. Como Rutshore.

—Pues, cuando les he contado lo que pretendía, me han llevado a Rutshore House —siguió contando sir Alan—. El marqués tampoco estaba allí, pero le hemos esperado tomando los mejores emparedados que he probado nunca. —Se acercó, con aire conspiratorio—. No se lo digas a la señora Randall.

—Jamás haría algo así —replicó ella, llevándose la mano al corazón. Ambos rieron—. ¿Y qué pasó luego?

—Oh, pues que llegó y hablamos, le conté lo que me pediste que le dijera. —Perdió la sonrisa y agitó la cabeza—. Todavía sigo sin creer que esté metido en semejante asunto. ¡Esos jóvenes atolondrados y sus ridículas apuestas! Aunque debo reconocer que son muy amables y educados. Lord Rutshore incluso me ha invitado a cenar. No me he quedado porque hoy es lunes y la señora Randall tiene su estofado especial, se enojaría si no me presento, y encima sin avisarla con algo de tiempo. ¡Pero ganas me han dado!

—¿Le ha invitado? —Harry le miró sorprendida. Qué amable por parte de Rutshore. Y desconcertante. Según le habían dicho, aquel hombre tenía fama de ser muy reservado, poco abierto a los desconocidos—. ¿En serio?

—Te lo aseguro. ¡Y qué impresionante lugar, Rutshore House! Muy bonito. ¡Qué muebles, qué jarrones, qué alfombras! ¡Y qué tamaño tenía todo! ¡Qué lámparas de araña, con miles de cristales! Solo la biblioteca, un lugar fascinante, con estanterías y escaleras talladas de forma maravillosa en la mejor madera, es casi como toda esta casa, piso de arriba incluido, por no hablar de que...

—¡Por favor, vaya al grano! —exclamó ella, impaciente. Le importaba bien poco cómo era el sitio—. Rutshore, ¿ha aceptado?

—Pues claro que ha aceptado, niña. Bueno, hubo un momento en que creí que no, pero el pobre muchacho apenas podía soportar la intriga. —Puso cara de circunstancias—. Eso sí, le he tenido que decir tu nombre.

—¿Mi nombre? —Harry abrió mucho los ojos—. ¡Oh, no!

—No, no te preocupes —la tranquilizó sir Alan—. Solo le dije «Harriet». Es un nombre muy común, no creo que te identifique, sobre todo porque no creo que te conociese jamás, en el pasado.

—Cierto. —Al menos, esperaba que nunca hubiese oído su nombre, y que no atase cabos por casualidad—. ¿Ha organizado el encuentro?

—Sí, por supuesto. Será el jueves a las cuatro, en un lugar llamado Sleeping Oak. Creo que pertenece a lord Gysforth. Mañana me mandará las indicaciones y seguiremos adelante con esta locura.

Ella sonrió.

—No se enfade.

—¿Cómo no me voy a enfadar, Harry? ¿Te das cuenta del riesgo que corres? La reputación femenina es algo muy frágil. Si pasara cualquier

contratiempo... no quiero ni pensarlo. Y yo soy un completo irresponsable, por permitirlo. Espero al menos que recuerdes y respetes lo acordado: yo iré contigo al lugar del encuentro y esperaré a que termines de hablar con ese hombre, antes de traerte de vuelta.

—Por supuesto, sir Alan —respondió ella—. Aunque sigo opinando que es mucho trayecto para usted. ¡Va a acabar baldado, y no me lo perdonaría! Podría ir con Thelma...

—Ni hablar. A una cosa así, debe acompañarte un hombre, y puesto que no quieres que sea Dwight, iré yo.

—Está bien, como usted diga.

En realidad, discutía por discutir, porque era lo que debía esperarse de ella. Pero, mientras hablaba, pensaba de continuo en el frasquito de láudano que tenía en su dormitorio, y que pensaba administrarle con la tisana que tomaba siempre a mediodía, justo antes de escaparse por la puerta trasera. No iba a permitir que nada entorpeciese ese encuentro, ni siquiera él. Cada vez que se sentía culpable, recordaba todo lo que había pasado, la muerte de su padre, la última imagen de Rowena y la angustia de su madre.

Tenía muchas cosas que hacer, y debía hacerlo sola. Ya tenía apalabrado un caballo en una cuadra cercana. Se lo alquilarían por todo el día, por un precio razonable, de modo que iría, haría lo que tuviese que hacer, y volvería caída ya la noche.

Sir Alan no pareció demasiado convencido.

—No sé si estoy sabiendo cuidarte y protegerte como es debido, incluso de ti misma. Si tu abuelo levantase la cabeza...

—Mi abuelo era el más temerario de todos, lo sabe usted bien. Por eso acabó como acabó.

—Eso es cierto.

Ambos guardaron un segundo de silencio, tanto por el barón de Mouchette como por lady Miranda. Seguro que su imagen también pasó por la mente de sir Alan, acompañada de todo lo terrible, todo lo ocurrido.

Harry carraspeó, intentando alejar la tristeza.

—Además, usted no puede negarse —dijo, intentando bromear, y le abrazó por el cuello, mimosa—. Le tengo completamente hechizado.

—Bien cierto es —reconoció el pobre hombre, dándole unas palmaditas

cariñosas en la espalda—. De otro modo, jamás hubiese consentido en esto. ¡Pero estoy tan contento de que me hicieses caso, y estés aquí!

Harry le miró indecisa, sintiéndose otra vez culpable por no contarle la verdad. Por no haberle hablado de la carta.

En realidad, no había vuelto por él y le había dado mucha pena dejar Francia, donde llevaba ya demasiado tiempo asentada.

Siempre le había parecido un país muy hermoso, desde el mismo momento en que lo avistó, desde el barco en el que viajaban sir Alan y ella. Y no podría haber amado más Champfleuri, aquel maravilloso castillo de piedra gris y torres cilíndricas con tejados en punta. Lo había imaginado muchas veces en sus juegos, o al escuchar las historias de su madre, pero era más bonito todavía en la realidad.

Sí, no podía negarlo: en aquel sitio hasta había sido feliz, pese a todo.

Congenió en seguida con su abuelo, el barón de Mouchette, un hombre entrañable que se mostró feliz de conocerla y logró que pronto estuvieran muy compenetrados. Con sus bromas en el desayuno, sus paseos por las tardes, sus lecciones de astronomía a la noche, sus conversaciones sobre libros a cualquier hora y, sobre todo, sus historias familiares, «no siempre verídicas pero sí asombrosas», como solía decir, consiguió no solo que Harry se hiciera al lugar, también logró que lo amase.

Las cartas de sus padres no tardaron en empezar a llegar y se repitieron más o menos cada dos meses, durante casi un año. Las de sir Alan eran más fluidas, raro era el mes que no recibía alguna, y cuando eso ocurría era porque el propio abogado estaba en Champfleuri, con ellos. Iba muy a menudo para llevarle paquetes de sus padres, tartas de la señora Fray, pequeños obsequios de Rowena, y dibujos dedicados del pequeño Andrew.

Él era su enlace con Londres. Fue en esa época cuando empezó a llamarle «padrino». Le parecía más apropiado que «tío», por su edad. Y, prácticamente, era su única fuente de información. Por ejemplo, su madre jamás se refirió en sus mensajes a lo que había ocurrido durante aquel último día en Londres, y nunca contestó a sus preguntas directas sobre el tema. Fue sir Alan el que le explicó que, al final, sus temores habían resultado infundados, que no había habido ningún peligro.

Pero Harry solo tenía que cerrar los ojos y volver a ver al hombre que mató

en la persecución para saber que eso no era cierto. Sin embargo, ya estaba acostumbrada a que los adultos se lo ocultaran todo. Seguro que, si lo mencionaba, le dirían que fue un intento de robo o algo así.

Además, si no pasaba nada, ¿por qué retrasaban una y otra vez su regreso? En aquel tiempo, ella quería volver pero, pese a lo que insistió, suplicándosele continuamente a ellos, y también a su abuelo, jamás les parecía el momento oportuno. En sus cartas, sus padres siempre aseguraban que la querían; también decían que iban a ir a verla, pero eso nunca llegó a ocurrir. La animaban a permanecer allí todavía un tiempo más, para hacerle compañía al barón. Alegaban que estaba mayor, enfermo y se sentía muy solo.

Eso, al menos, era cierto, lo sabía. Todos los criados de Champfleuri lo habían comentado en algún momento: la llegada de Harry, o Henriette, como la llamaban allí, había sido una bendición. Hasta ese momento, su abuelo había tenido una existencia casi ermitaña, centrado por completo en sus aspiraciones políticas.

El único con el que mantenía conversaciones algo más largas, era Ambroise, uno de sus criados. El barón sentía gran afecto por él, porque dos de sus hermanos habían servido a las órdenes de Napoleón y habían muerto por la causa. Si Ambroise no había ido también era porque tenía una pierna más corta que la otra, además de unos padres muy mayores que necesitaban de su sueldo para poder sobrevivir.

Por lo demás, desde que su hija se fue de Champfleuri para iniciar una vida en Inglaterra, el barón solo había salido de su habitación para enviar cartas a lady Miranda o a otros afines a Napoleón, con los que compartía información y los fondos que fueran necesarios, o para visitar la cripta donde descansaba su esposa. Desde que Harriet estaba allí, parecía haber recibido nuevas fuerzas.

Ella no deseaba dejarle, quería mucho a su abuelo, pero echaba de menos a sus padres, incluso a Andrew. ¿Por qué no podían reunirse, y vivir todos juntos, como hacían otras familias?

Entonces, un día, llegó al castillo la noticia de que Napoleón, al que en Champfleuri todos llamaban «el emperador», había conseguido escapar de una isla llamada Elba, en Italia.

—¡Bien! ¡Qué gran triunfo! ¡Qué momento para la historia! —exclamó su abuelo, descorchando una botella de champán para él solo. La alzó hacia ella, en un brindis—. Puedes sentirte muy orgullosa, Henriette. Esto ha ocurrido gracias a personas valientes como tu madre. Sin ella, nada hubiera sido posible.

Harriet recordó lo que había dicho sir Alan la noche en que su madre la dejó con él. Recordó el modo en que reía, en rincones discretos, con lord Gysforth.

—*Grand-père*, ¿*maman* es espía?

El barón la miró algo sorprendido.

—Tu madre es francesa.

Eso lo explicaba todo. No volvió a preguntar al respecto.

Vivieron en una euforia continua durante los llamados Cien Días en los que los partidarios más fieles del emperador, entre ellos su abuelo, recobraron la esperanza de conseguir finalmente su gran imperio soñado. ¡La historia les daba una nueva oportunidad! ¡Solo Dios podía haber hecho aquello, Dios estaba de su lado! Pero, cuando Napoleón cayó finalmente, en Waterloo, el júbilo se disipó por completo.

Tras la noticia de que había sido desterrado a Santa Elena, una isla lejana, una roca en medio de ninguna parte, el barón se encerró en su dormitorio y no salió en tres días.

Al cuarto, Harry se vio obligada a entrar y se encontró al anciano borracho, escribiendo enfebrecido, con los dedos y la cara manchados de tinta. Sobre el escritorio estaba su pistola. Supuso que la tenía cargada y lista para disparar, por la bolsita de pólvora abierta, con parte de su contenido derramado sobre la mesa, y la baqueta.

Simuló no verla pero, en cuanto pudo, la cogió y la guardó con disimulo, para evitar un desastre.

—¿Qué haces, *grand-père*?

—Son mensajes para tu madre, Henriette. ¡Ella lo conseguirá otra vez! Lo logrará... —Titubeó—. Aunque esa isla esté lejos, aunque parezca imposible, sé que Miranda lo logrará una vez más. ¡Dios está de nuestro lado!

Su madre no contestó aquellas cartas.

A partir de ese momento, los días empezaron a pasar de un modo lento y

angustioso, siempre esperando unas consecuencias que llegaron por fin, todas entrelazadas, para destruir el mundo que conocían. El barón fue declarado traidor y perdió el título y las propiedades. Eso sí, le dejaron libre, quizá por su edad o quizá porque le quedaba todavía algún amigo cercano al rey Luis XVIII, Harry no llegó a saberlo.

Pero no tenían nada, su abuelo estaba hundido y enfermo y, por aquel entonces, ella solo contaba con trece años de edad. Tuvieron que alojarse en la casucha de los padres de Ambroise. De no haber sido por aquel criado, que viajó a París y logró contactar con una rama de los Saint-George para que les procurasen algo de ayuda, se hubiesen muerto de hambre, o a saber.

Louis-Ferdinand Saint-George, hijo de un primo de su madre, no era un mal hombre, aunque a Harry le resultaba demasiado beato. Era de esas personas que ayudaba porque le gustaba ser admirado por su bondad. Pero se lo perdonaba, porque, por la razón que fuese, se portó bien con ellos: fue a buscarles, se los llevó a París y allí los mantuvo bastante tiempo, aunque fuera miserablemente, viviendo y malcomiendo en una buhardilla.

Harry escribió a sus padres, pero siguieron sin contestar. Entonces, trató de contactar con sir Alan. Lo siguiente que le llegó, fue una carta en la que el abogado le anunciaba la muerte de su padre.

No desearía tener que contarte los detalles, Harry, porque eres demasiado joven y son espantosos, pero imagino que no podrás vivir sin saberlos, y no puedo por menos que entenderlo.

Según parece, tu padre fue encontrado asesinado a cuchilladas en su habitación, en Trammheran House. Puesto que estaba en una situación comprometida con una de las doncellas, la Guardia se decanta por la teoría de que se ha tratado de un crimen inducido por los celos y la rabia. Y acusan a tu madre, que no estaba allí y todavía no ha aparecido.

Nadie sabe dónde está, aunque hay una mujer, una testigo, que asegura haberla visto con el pequeño Andrew en brazos, deambulando por el puente de Westminster, desde el que, quizá, se lanzó al Támesis. Del niño no se sabe nada. Suponen que saltó con él.

Harry estuvo horas llorando. ¡Pobre papá! ¡Pobre mamá! ¡Y pobre Andrew!

Le recordó en su cunita, gorjeando para ella, como si estuviera contento de ver a su hermana mayor. ¡Y ella había deseado hacerle desaparecer, que se lo llevaran las hadas! ¡Era una persona malísima!

—¿Qué ocurre? —le preguntó su abuelo, al verla así.

—Nada... —No podía decírselo. No podía saber aquello, o terminaría de hundirse.

Volvió a escribir a sir Alan, con varias preguntas. Fue entonces, al recibir las respuestas, cuando empezó a sospechar que algo no encajaba.

La doncella encontrada muerta con su padre, resultó ser Rowena.

¿Rowena? ¿En serio? ¿La cariñosa, simple y humilde Rowena, robándole el marido a su madre? Imposible. Por más que se lo jurasen, por más que lo viese por sí misma, no podría creerlo. Y saber el destino que había tenido aquella chica encantadora, le provocó más lágrimas.

La investigación se había dejado de lado, ya nadie buscaba a lady Miranda y, de aparecer, sería juzgada por el asesinato de su marido. ¿Cómo podía ser todo tan horrible? Harry rompió la carta, sintiéndose frustrada. ¿Qué había pasado realmente con sus padres? De haber estado sola, hubiese buscado el modo de volver de inmediato, pero su abuelo no resistiría el viaje y no podía dejarle solo. En esos momentos, menos que nunca.

Al poco tiempo, su primo Louis-Ferdinand le consiguió un trabajo, como ayudante de un traductor de novelas góticas inglesas. No le pagaba mucho, ni aparecía su nombre por ninguna parte, pero al menos les permitía comer sin necesidad de recibir caridad. Además, le gustaba el trabajo y le daba la oportunidad de leer muchas de las obras que llegaban de Inglaterra. Era algo que le seguía apasionando. Le encantaban Ann Radcliffe, William Godwin, Mary Shelley...

Y, mientras leía, siguió pasando el tiempo. Semanas, meses...

Años.

Cuando Harry cumplió los dieciocho, pensaba ya poco en Inglaterra. Total, las cartas de sir Alan habían dejado claro que el asunto de sus padres formaba ya parte del pasado, raramente se referían ya a ellos. Además, bastante tenía con la lucha de la vida diaria.

Para entonces, trabajaba de traductora por cuenta propia, algo que le permitía pasar el día en casa y cuidar de su abuelo. Seguía sin cobrar mucho,

pero no le faltaba trabajo. Se había ganado fama de hacerlo de un modo muy exacto y literal, muy distinto a la corriente imperante desde hacía unos años en ese campo, en la que el traductor entraba a hacer cambios tan sustanciales en los textos originales, que sus diferencias con el resultado podían llegar a ser abrumadoras. De hecho, ese estilo de traducción había recibido el nombre de las *belles infidèles*.

Al margen de eso, tenía que limpiar, comprar, cocinar y atender a su abuelo, que a la tristeza de su situación le fue sumando el deterioro de la edad... Si no se quedaba todo el día en la cama, simplemente mirando al techo, era porque ella insistía, y al final solo lograba que se sentase en una silla en la pequeña zona de terraza que tenía su edificio, donde al menos le daban el aire y el sol. Prefería verle allí, aunque se pasara el tiempo preguntando si había llegado carta de lady Miranda o si había habido algún adelanto en el plan para rescatar al emperador.

Se había quedado ciego por las cataratas, comía poco y apenas le sentaba bien ninguna comida. Todo el mundo decía que era un milagro que aguantase tanto, estando tan mal. En realidad, se resistió, aferrándose a la vida, hasta perder toda esperanza.

Cuando, en mil ochocientos veintiuno, les llegó la noticia de la muerte de Napoleón, Étienne Saint-George de Caumont, noveno barón de Mouchette, su más fiel seguidor, murió también.

Harry estuvo sola en el funeral, y se quedó sola en casa, comiendo o traduciendo a la luz de una vela. Caminaba sola por las calles y contemplaba sola las estrellas, desde la terraza, por las noches. Aun así, el vibrante París se había convertido en su hogar y ya no se planteaba un regreso. Legalmente seguía siendo menor de edad, pero sir Alan lo solucionó simulando que su abuelo le había nombrado tutor, para que nadie la molestase y pudiera seguir con su vida. Aprovechando esas gestiones, fue a visitarla varias veces, y hasta llevó con él a su sobrino, Dwight.

Ella sabía que era una indirecta, que sir Alan se hubiera sentido feliz si hubiese surgido de ahí un matrimonio. Quizá se decepcionó al ver que no, pero Harry no podía cambiar sus sentimientos, ni forzarse a querer a un hombre que ni siquiera le caía demasiado simpático, como le pasaba con Dwight. Sir Alan no se arredró por eso. Siguió animándola a buscar el amor,

a formar una familia.

—Que una chica tan joven y tan bonita como tú, esté tan sola, es un pecado, Harry —solía decirle. Y quizá tenía razón, pero se sentía como adormecida.

Entonces, a principios de primavera del año mil ochocientos veintiséis, recibió la carta, con un mensaje muy breve.

No fue tu madre. Vuelve. No hables de esto con nadie.

Aquello fue un revulsivo. Fue como despertar de pronto y verse en un sitio equivocado, sin hacer lo que tendría que estar haciendo: vengando a su familia. A su padre, a su madre, a la pobre Rowena, al pequeño Andrew que ningún mal había hecho. A su madre, que podía tener su culpa, pero a la que ella amaba...

Una vez lo pensó, ya no pudo contenerse. Pese a lo mucho que le gustaba Francia, dejó el trabajo, recogió sus cosas, incluida la vieja pistola de su abuelo, y partió para Inglaterra sin mirar hacia atrás.

No tenía ningún otro lugar al que ir, y tenía demasiadas cosas que hacer antes de empezar cualquier tarea para establecerse, de modo que se dirigió a casa de su padrino, sir Alan, donde se alojaba desde entonces.

Unos diez días después, allí seguía, y nadie había intentado ponerse en contacto. En cualquier caso, había tomado la iniciativa prácticamente desde el principio. Norton investigó para ella, y la historia de la famosa apuesta de Brooks's le sugirió la idea de organizar el encuentro para intentar seducir y sonsacar al actual marqués de Rutshore.

No creía que fuera responsable de la muerte de su padre, había pasado demasiado tiempo desde el suceso de la florista y el asesinato en Trammheran House, aunque a saber. En todo caso, era el único nombre que tenía, el único hilo del que podía tirar.

También debía encontrar la casa del dragón, aquel hombre grande y horrible. Y al rubio, aquel Lucifer de belleza sombría... ¿Quién sería? Quizá Rutshore pudiese ayudarla.

Y ya había llegado el momento de echar un vistazo en Trammheran House.

—Por cierto, ¿adónde se supone que vas? —le preguntó sir Alan, sacándola de sus pensamientos. Estaba mirando su sombrero—. ¿Pretendes salir a estas horas? Sabes que aquí cenamos temprano. La señora Randall nos llamará

enseguida.

—Sí, lo sé. Pero necesito tomar un poco el aire. No se preocupe, no tardaré.

—Si vas a dar un paseo, que te acompañen Dwight y la doncella.

Hizo un gesto en dirección a su despacho. Harriet miró hacia allí y pudo comprobar que el sobrino de sir Alan estaba observándoles desde la puerta entreabierta. Con los años, Harry había aprendido a considerarle como una especie de primo, aunque nunca habían congeniado del todo. Dwight era demasiado serio y reservado. La ponía nerviosa.

—No será necesario...

—Quizá no, pero sí es imprescindible.

—A mí no me importa, en serio —aseguró Dwight, abriendo del todo y dando un par de pasos en su dirección, tentativamente—. También me apetece tomar un poco el aire. Si quieres, te invito a un refresco en la cafetería de Melvin.

Harry contuvo una mueca. ¿Cómo quitárselo de encima? Por suerte, siempre se le había dado bien improvisar.

—Me temo que hoy no va a ser posible. Voy... voy a la botica, a tratar asuntos que no competen a un caballero.

El pobre Dwight se ruborizó. También lo hizo sir Alan. Ninguno comentó que quizá ya estuviese cerrado. Bien sabían que el señor Stern respondía siempre a los clientes habituales, si llamaban a la puerta.

—Oh —dijo este último, apurado—. Pues entonces, la doncella. —Harry abrió la boca para soltar otra excusa, pero en eso no se iba a salir con la suya con tanta facilidad. Sir Alan se dirigió al tirador más cercano e hizo sonar la campanilla—. Harry, en eso no hay negociación posible, te lo tengo dicho. Ya sé que en París has estado... no sé si decir «muy libre» o «abandonada a tu suerte», y que has pasado demasiados años sin tener ni una doncella, algo que nunca hubiese debido ocurrir con alguien de tu rango. Pero todo ha cambiado. Esto es Londres, una ciudad civilizada, y tú ahora eres una dama. Y ninguna dama sale sin su doncella.

Harry suspiró.

—Está bien. Aunque me parece absurdo.

—No lo es —dijo él con amabilidad—. Pasea un rato y compra... lo que necesites. Tienes una hora antes de la cena, le diré a la señora Randall que

espere a entonces para servir el estofado.

Ella asintió. Tiempo suficiente para ir y volver, siempre que encontrase rápido un coche.

—Gracias.

—No hay de qué. —Sir Alan sonrió—. Estás muy guapa, Harry, tu madre estaría orgullosa. —Dio una palmadita—. Creo que ya va siendo hora de aceptar alguna invitación. Los barones de Breethorn dan una fiesta la semana que viene. Son clientes desde hace años y están muy agradecidos por unas gestiones que les solucioné hace poco. Si te parece bien, les diré que aceptamos. Podemos ir Dwight, tú y yo.

Harry se echó a reír. No hizo caso del ceño fruncido de Dwight.

—¿Acaso quiere buscarme marido?

—¿Qué otro destino tiene una joven de buena familia como tú?

Buena pregunta. ¿Qué sería de ella, tras terminar con su venganza? No se le había ocurrido pensarlo. Podía buscar un trabajo de traductora, como había hecho en Francia, y tener una vida discreta y tranquila. Seguramente sería la mejor opción, porque no pensaba venderse en el mercado matrimonial. O se enamoraba, como se habían amado sus padres, o no habría boda alguna.

Al darse cuenta de que sir Alan esperaba una respuesta, asintió y le besó en la mejilla.

—Iremos, si lo desea —le dijo.

No era mala idea ir a algunas fiestas, a ver si por casualidad se cruzaba con el dragón o el hombre rubio. De hecho, al pensar en ello, le pareció una posibilidad cada vez más interesante. Sir Alan no tenía ni dinero ni influencias para presentarla en la temporada de la alta sociedad, pero quizá con alguna fiesta así fuera suficiente. También podía ir a las puertas de las casas que dieran fiestas y ver quién entraba y quién salía. Aunque, a saber cómo convencer a sir Alan de que le permitiese hacer algo así, cuando ni estaba al tanto de lo que ocurrió.

Thelma, la doncella galesa que su padrino había contratado para ella, apareció entonces, y Harry le dijo que se preparase, que iban a salir a dar un paseo hasta la botica. Seguro que no le hizo ninguna gracia tampoco a ella, que era de buen comer y veía peligrar la hora de la cena, pero qué se le iba a hacer.

La esperó en el vestíbulo, junto a la puerta, contemplando el exterior a través de los cristales de las ventanas y tratando de ignorar la presencia de Dwight, que no se había movido de su sitio.

—No servirá —dijo de pronto. Le miró sorprendida.

—¿El qué?

—Asistir a fiestas. Buscar marido. Aunque ya no se hable de ello, porque ha pasado tiempo, todo el mundo recuerda el escándalo de Trammheran House. Ninguna familia noble te aceptará como alternativa para un posible enlace, y menos teniendo en cuenta que careces de toda fortuna.

Harry palideció. Le miró con dureza.

—Gracias, Dwight. De haberlo olvidado yo, ahora volvería a tenerlo muy presente.

Dwight pareció afectado por su ironía. Tardó un segundo de más en reaccionar.

—A mí, sin embargo, no me importa nada de eso. Lo sabes, Harry. Me casaría contigo en cuanto dijeras que sí. —Ella abrió los ojos sorprendida. No esperaba una propuesta tan directa—. Te trataría bien. Te cuidaría.

—No necesito que me cuiden.

—¿No? —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Has pensado en lo que pasará cuando muera sir Alan? Es un hombre muy mayor, puede ocurrir cualquier día.

Harry puso cara de desagrado.

—Hay cosas en las que prefiero no pensar. Deberías hacer lo mismo.

—Soy abogado. Soy previsor. Y ya que no quieres verlo, yo te lo diré: te quedarás sin tu mayor respaldo, en Inglaterra y en la vida.

—Claro. Tú te apresurarías a echarme de esta casa. A menos, por supuesto, que me meta en tu cama.

Él se ruborizó.

—Cómo se nota que te has criado en Francia. Una dama jamás hablaría así.

—Yo no soy una dama, Dwight. Soy una mujer que sabe cuidar muy bien de sí misma. Lo he hecho durante años.

—Claro. Ya se nota. Por eso ahora vives de la caridad de sir Alan.

—Ahora estoy aquí, aprovechando el apoyo de sir Alan, exactamente igual que lo hiciste tú en un principio, porque estoy buscando algo, algo que no es

un marido, y menos uno que ni siquiera ame. —A pesar de sentirse molesta, intentó decirlo lo más amablemente posible, pero era algo que debería haber quedado claro hacía mucho—: No me casaré contigo, ni ahora ni nunca, Dwight. Siento si eso perturba tus planes o si en algún momento has imaginado que te concedía alguna posibilidad, porque no es así. No te quiero, no de ese modo. Acéptalo, por favor, y sigamos como siempre.

Dwight hizo una mueca.

—Sigues siendo una cría. No sabes lo que te conviene, no entiendes de qué va esto de la vida... —Apretó los puños—. Tonta. Yo cuidaría de ti. Ya que lo has mencionado, que sepas que nunca te echaré de esta casa, pero si muere sir Alan tendrás que irte, porque no sería decente que viviéramos juntos sin ser familia de ningún tipo. ¿Lo entiendes ahora, tonta? Solo pienso en ti, en buscar la mejor solución para tu futuro.

—Entonces te lo agradezco, sobre todo el sacrificio que harías casándote conmigo por mi bien, algo que seguramente me recordarías en cuanto discutiésemos algo en esa vida tan maravillosa que me ofreces. Y me lo harías pagar. —Él apretó los labios—. Pero te repito que sé cuidar de mí misma. Ya que tanto te interesa mi futuro, te diré que pienso buscarme un trabajo, como hice en Francia. No estaba segura de si intentarlo aquí, en Inglaterra, porque tarde o temprano me volveré a marchar, pero tienes razón, debo ganarme la vida y lo he demorado demasiado. Me pondré con ello... —recordó la cita con Rutshore— la semana que viene.

Él lanzó una de sus raras risas.

—¿Trabajar? ¿Una mujer? Esto no es Francia. Jamás ganarás lo suficiente como para mantenerte de un modo digno.

—El concepto de digno varía mucho de unas personas a otras. Seguro que tú y yo tenemos en mente cosas muy distintas. Además, ya te digo que es temporal. Me volveré a Francia en cuanto pueda. —Se giró para encararse hacia la ventana, con los brazos cruzados—. Déjame en paz, Dwight, de verdad. No tengo ganas de seguir hablando contigo.

Él titubeó un momento.

—Muy bien. Pero que sepas que no me creo lo de la botica. Vas a Trammheran House.

Ahora fue ella la que se ruborizó, pillada en falta. Tuvo que volver a

mirarle.

—¿Eh? No sé de dónde sacas semejante tontería.

—Venga ya, Harry. Has estado toda la tarde dando saltitos sobre la silla como acosada por avispas, de puros nervios. Querías irte, ibas a escaparte a una de tus aventuras de niña caprichosa. Iba a pillarte en la puerta, pero justo ha llegado sir Alan. —Su expresión se llenó de reproche—. No podías pedirme que te acompañase, no.

—No. —Frunció el ceño—. Quiero ir sola. Y ahora, más que nunca.

Él también pareció enojado.

—Muy bien, testaruda. Toma tus propias decisiones. Pero recuerda que tendrás que asumir las consecuencias.

—¿Por qué lo dices?

Dwight titubeó.

—Por nada en concreto. Pero sí te voy a hacer una profecía: si sigues así, buscándote problemas, seguro que llegará el momento en el que tengas que suplicarme que te ayude. Llegará, ya lo creo que sí. Entonces, serás tú la que tengas que pedirme que me case contigo. Qué digo, ¡hasta te entregarás a mí, sin siquiera la bendición de una boda! —Por una vez, a pesar del tema, le mantuvo la mirada, sin ruborizarse—. Y ya veré qué decido hacer.

—Oh, genial. —Se encaró con él, definitivamente enfadada—. Pues, cuando llegue ese momento, recuerda que todo mi entusiasmo por ti se deberá a la pura desesperación. Espero que lo tengas en cuenta mientras te beso y te hago esas tristes carantoñas.

Eso le tomó por sorpresa. Las aletas de su nariz temblaron de rabia.

—No debiste volver. —Se percató de la presencia de Thelma, que se les unió entonces, ya con el abrigo puesto, y se fue para dentro, hacia el despacho de sir Alan. Harry le siguió con la mirada hasta verle cerrar la puerta de golpe.

¿Esa era su forma de mostrar amor por ella? ¿Preocupación, quizá?

Diría que sí. ¡Era tan raro!

CAPÍTULO 3

Enfadada por la conversación que acababa de tener con Dwight, Harry salió a la calle, seguida por la doncella, siguió hasta meterse por una calle paralela, en la que no pudieran verlas desde la casa, y miró alrededor.

Tuvo suerte: justo por su izquierda se acercaba un coche de alquiler. Alzó la mano para llamar su atención.

—¿Lady Harriet? —preguntó Thelma, sorprendida—. ¿No íbamos a dar un paseo hasta la botica?

En otras circunstancias, seguro que no se hubiese atrevido a preguntar nada. Pero, como sir Alan les había animado a vigilarla, no tuvo reparos en hacerlo. Le frunció el ceño.

—Si quieres venir, sube —ordenó. Thelma dudó; incluso miró en dirección a la casa de sir Alan, por si había alguna posibilidad de pedir ayuda. Harry entornó los ojos y cerró la portezuela—. Al número dos de Tryde Street, en Saint James.

—Sí, milady.

—¡Oh, no! —Thelma se agarró a la puerta y subió en marcha. Se sentó a su lado y la miró con reproche—. Me lo temía. Su padrino no sabe que va a esa casa. De ser así, hubiese hecho que viniera algún guardia, o por lo menos el señorito Dwight. Ayer mismo le advirtió varias veces que no viniera sola.

—Da igual. No pasará nada. Y no voy sola. Estás conmigo.

—No. Pero... —Guardó silencio, con cara de miedo. Por lo poco que la conocía, ya le constaba que Thelma era muy supersticiosa. No se atrevía a mencionar que allí habían asesinado a su padre. Tampoco era que fuese necesario. Harry no lo olvidaba nunca—. ¡No tiene usted llaves!

Sacó el llavero del bolsito.

—Claro que sí.

—¡Se las ha robado a sir Alan!

—Quizá. Pero, en realidad, son mías. Como el resto de la casa.

Thelma torció el gesto. No podía rebatir esa afirmación, pero solo porque no sabía que no era cierta. Trammheran House no formaba parte de la herencia inexistente de Harry, sino de la del siguiente heredero al título, puesto que era una propiedad adscrita al mismo. Por suerte, de momento no habían conseguido dar con nadie que cumpliese los requisitos. Posiblemente terminara revirtiendo a la Corona o desapareciendo.

Pero, de momento, la mansión seguía vacía y sir Alan guardaba un juego de llaves en su escritorio. No había sido difícil cogerlo.

De todos modos, Thelma era una joven creativa. No tardó mucho en encontrar otro argumento.

—Pero es peligroso entrar allí. Sir Alan dijo que está muy vieja, lleva muchos años deshabitada. La ruina ronda siempre esos lugares. ¡Puede caerse en cualquier momento!

—No digas tonterías. Ni aunque tuviese algún problema, que no lo tiene, también sería mala suerte que se nos fuera a caer encima justo hoy.

—Eso nunca se sabe. Lo que no pasa en un año, pasa en un segundo. —Vaya, le gustaban los refranes—. Además, ¿qué busca?

—No lo sé. Algo.

Despedirse. Exorcizar el pasado, pero también algo más. Una respuesta, una explicación. Lo que fuera que pudiera ayudar a aclarar lo ocurrido. Alguien había matado a su padre y a Rowena. Igual ella descubría algo... En todo caso, no podía quedarse de brazos cruzados. Tenía que revisar ese sitio igual que tenía que encontrar al dragón y a Lucifer, o hablar con Rutshore.

—¿Qué puedes decirme del marqués de Rutshore? —preguntó.

Aquello, al menos, animó un poco a la doncella. Sonrió arrebolada.

—¡Oh, milady, que es guapísimo!

Harry arqueó una ceja.

—¿Le conoces personalmente, entonces?

—¡Oh, no! —La miró como si hubiese dicho algo absurdo—. ¿Yo? ¡Qué va! Pero tengo una amiga que es hermana de una de las doncellas que trabajan en casa del duque de Gysforth, que es muy amigo suyo, y eso es lo

que dice ella.

Tras desenredar esa información, Harry decidió que no le servía de mucho. Ella sí que había visto personalmente a Rutshore, al poco de llegar a Londres. En una de sus escapadas en solitario de casa de sir Alan, había pagado a uno de los camareros de Brooks's y había podido observarle a placer cuando salió de allí, en compañía de sus amigos, lord Gysforth y lord Badfields.

El empleado del club le había indicado cuál de los tres era el marqués de Rutshore. Mientras le seguía, Harry le examinó con cuidado. No cabía duda de que se trataba de un hombre guapo; le gustó mucho su planta, su porte, pero, sobre todo, su sonrisa, que era luminosa y parecía franca, muy directa. Qué mala suerte... Hubiese preferido que le resultase totalmente detestable o, al menos, indiferente. De ese modo, no se le hubiesen cruzado pensamientos absurdos.

Pero era atractivo, mucho. Y a primera vista tuvo la sensación de que hasta le podía caer simpático...

Daba igual, no podía olvidar lo que había dicho su padre en la nota, aquel «lo peligroso de esta situación». Rutshore podía ser un Adonis, y también ser un criminal sin entrañas, no debía bajar la guardia en ningún momento ni tener piedad si se demostraba que era culpable. Ni aunque fuese el único hombre atractivo de todo Londres.

Ese mismo camarero fue el que le habló de la apuesta. Una ocasión que no podía dejar escapar.

—Entiendo —musitó. Miró a Thelma, a la espera—. ¿Algo más, que resulte de utilidad?

—¿De utilidad para qué, milady?

—Pues no sé. —Se forzó a sonreír. El destino de Rutshore iba a depender de su implicación en la muerte del conde de Trammheran—. Creo que voy a conocerle pronto.

—Oh. Pues me parece que es profesor o algo así. En la universidad. Debe ser un hombre muy listo.

—Sí. Debe serlo —masculló, sintiendo un dolor terrible en el pecho—. Los hombres que se dedican al estudio de la historia, lo son.

Thelma no dijo nada más. Minutos después, el coche se detuvo frente a la casa familiar de los Trammheran.

Como ya había imaginado, tras años deshabitada, la impresionante mansión estaba en pésimas condiciones. La fachada limpia y luminosa de otros tiempos estaba sucia y cubierta de una hiedra salvaje que le daba una mayor sensación de abandono. Había perdido algunas tejas, y la esquina de uno de los adornos de piedra de las torretas laterales, estaba destrozado en el suelo.

El coche se detuvo frente a la verja.

—Espere un momento. —Harry saltó al suelo. Thelma la miró con asombro.

—¡Lady Harriet! ¿Qué va a hacer?

—Abrir —replicó, desconcertada por tanta sorpresa—. Tendré que hacerlo para que podamos entrar, ¿no?

—Oh, milady. —La doncella agitó la cabeza—. Podría haberlo hecho yo. Sería lo apropiado.

—Ah, gracias. Puedo arreglarme. —Pasó junto a los caballos, sacó la llave y la usó para abrir el gran candado de la cadena de las puertas. En cuanto lo soltó, la retiró. Pesaba lo suyo. Se dirigió al conductor—. Por favor, pase y deje el coche donde no se vea desde fuera. Prefiero evitar molestias.

El hombre miró dentro, el amplio jardín con la casa al fondo. Titubeó.

—Pero... ¿pasar?

Al darse cuenta de lo que podía estar pensando, Harry sonrió de oreja a oreja.

—No se preocupe, no pensamos asaltarle.

—¡Lady Harriet! —exclamó Thelma, escandalizada.

—¿Qué? Es la verdad, no vamos a hacerlo. Al menos, yo. Tú, no sé. —Thelma la miró más horrorizada todavía. Harry se echó a reír, sacó algo de dinero y se lo entregó al cochero—. Tenga. Esto paga de sobra el viaje hasta aquí, ¿no?

—Así es.

—Pues le daré dos veces eso por la vuelta si mete el coche y nos espera diez minutos dentro. Solo diez minutos. Prefiero que no nos vean. La casa lleva tiempo cerrada, si pasa la ronda de la Guardia y nos ve aquí, igual nos interroga, y no tengo ganas de problemas. Y, verá, hoy, es lunes.

—¿Lunes? —repitió el hombre, abrumado por tanta información.

—Así es. Los lunes, la señora Randall pone su estofado especial de cena.

Tengo que volver rápido a casa, o se quedará frío y mi padrino y ella se enojarán.

—Sobre todo porque no saben que hemos venido —puntualizó Thelma. Harry asintió.

—¡Exacto! Por eso, preferiría no tener que estar buscando otro coche luego. ¿Sería tan amable de entrar y esperar un poquito mientras echamos un vistazo? Yo vivía aquí, de pequeña, ¿sabe? No, claro, no puede saberlo, pero es así. Y solo quiero contemplar una vez más el sitio, antes de que lo vendan o se caiga de viejo. Por favor —insistió, intentando poner carita de pena. Con ciertos hombres, funcionaba mejor—. Solo diez minutos...

El conductor arqueó una ceja. Seguramente, de haberse tratado de dos matones con mal aspecto, no hubiese aceptado. O incluso de haber sido dos hombres, sin importar la impresión que dieran. Pero, como eran una dama y su doncella, dos criaturas inofensivas en su clasificación de amenazas, optó por seguirle la corriente.

—Espero no tener que arrepentirme —dijo, de todos modos.

Tuvo que bajar para ayudarla a mover las grandes puertas de metal, que crujieron por el óxido de un modo terrible. Al oírlas, Thelma se llevó las manos a la boca, aterrada. El vehículo cruzó la puerta, siguió camino adelante hasta girar por un lateral del gran estanque con fuente que había presidido el jardín de entrada, y el conductor lo dirigió hacia la parte izquierda de la casa. Detuvo los caballos y bajó a ayudarlas a salir del coche.

—¿Quiere que cierre con llave la cadena?

—No, no será necesario. Solo con girar la puerta para disimular, será suficiente. —El hombre asintió—. Luego, espere aquí. No tardaremos.

—Muy bien, milady.

Harry, seguida de la doncella, se encaminó hacia la puerta principal. A medida que avanzaba pasos, tenía la sensación de retroceder en el tiempo. Sus ojos se deslizaban de un lado a otro, captando las diferencias. En otras épocas, aquello había estado lleno de vida. Los criados se movían de un lado a otro dejándolo todo impecable a su paso. El aire estaba siempre cargado de sonidos que lo llenaban de vida; aquí y allá se oía la cacofonía espeluznante de su piano, las voces de Rowena o la señora Fray, el canto de su madre, o la risa de su padre.

Ahora, todo estaba muerto. El jardín abandonado, con el estanque seco lleno de montones de hojarasca en distintos grados de descomposición, resultaba abrumador a la luz del atardecer. La brisa susurró agitando los matojos de malas hierbas.

Recordó el modo en que había jugado con las cortinas, junto a la cuna de Andrew...

—Milady... —dijo Thelma, con miedo. Harry parpadeó y la miró—. De verdad, por favor, deberíamos irnos.

—No. —Tomó aire, con fuerza—. No, Thelma, lo siento. Tengo que entrar.

—Pero ¿por qué?

¿Por qué? Buena pregunta. Miró a su alrededor.

—Aquí vine a vivir cuando tenía... once años, creo recordar. —Sonrió con nostalgia—. Entonces, odiaba este sitio.

—¿Por qué? —La doncella miró a su alrededor—. En su momento, debía ser muy bonito.

—Lo era. Pero se juntaron muchas cosas. —No iba a hablarle de lord Gysforth, ni del miedo a que su hermanito muriese, o sus celos... Bueno, de sus celos, quizá. ¡Fue tan tonta!—. Por ejemplo, para venir aquí me vi obligada a dejar todo lo que conocía, aunque ahora me doy cuenta de que, a pesar de todas mis penas, era un hogar feliz, porque eso lo hacen las personas, no los sitios ni las cosas. —Al ver que Thelma la contemplaba con desconcierto, se encogió de hombros—. Da igual. Lo que cuenta es que, cuando ya no estaba, en este lugar ocurrieron cosas terribles. Quiero... — Harry se encogió de hombros—. No sé, entenderlo, supongo.

—No entiendo cómo no le da miedo.

Harry se apiadó de ella.

—Quédate aquí, si quieres, de verdad. O vuelve con el cochero, mejor. No tardaré.

—No podría. ¡Sir Alan me descoyuntaría, de enterarse!

Harry se echó a reír.

—Pobre sir Alan. Es incapaz de matar una mosca, menos de descoyuntar a nadie. Además, no se va a enterar de nada de esto. —Se llevó un dedo a los labios—. Las dos guardaremos silencio acerca de esta visita.

Thelma puso cara de querer resistir todavía un poco, pero solo tuvo que

lanzar una mirada hacia las sombras del porche de piedra, invadido por la vegetación, para ceder.

—Muy bien. No diré tampoco nada. —Tomó aire, nerviosa—. La esperaré en el coche.

—Perfecto. No te preocupes, no pasará nada.

Se apartó de ella antes de pudiese cambiar de idea. Subió las escaleras de la entrada con paso ligero y buscó la llave de la puerta principal. Abrir le costó un par de intentos, porque la cerradura estaba tan oxidada que no lograba girar. Luego, empujó con el hombro, hasta hacerse un hueco.

Harry entró, recorrió el pasillo, alzando las faldas del vestido para que el borde no se manchase con el polvo y la basura que se amontonaba por todas partes, y llegó al salón. Lo recorrió con la vista. El piano en el que había dado clases con la señorita Blatter seguía en su rincón, cubierto de polvo y piadosamente callado. La tela de los sillones había reventado por la humedad y estaban atravesados por unos zarcillos que se habían abierto paso a través del suelo, como los tentáculos de un extraño monstruo. El papel pintado estaba destrozado, lleno de lamparones oscuros y de moho.

Silencio a su alrededor. Recuerdos por todas partes.

Abrió las ventanas de par en par, para permitir la entrada de la luz, y revisó lo que quedaba de la biblioteca, el escritorio del despacho... Nada reseñable. Daba la impresión de que lo habían registrado todo antes, y que entre unos y otros se habían llevado hasta el último pliego de papel.

Para completar el piso bajo, revisó la cocina y las habitaciones de los criados. Todo estaba igualmente vacío, a excepción de una media de lana caída en un rincón, en esos momentos el feliz hogar de una familia de arañas.

En el dormitorio de Rowena, tampoco quedaba nada. Se dio cuenta de que se había dirigido hacia allí con la esperanza de acariciar algo, por sentirla cerca una vez más, pero ni siquiera los muebles le hablaban de ella. Podían haber sido de cualquier otro, o de nadie, sin más. Muebles viejos, rotos, destartados... La joven y alegre Rowena había sido borrada de aquel sitio, como si nunca hubiese existido.

Subió la escalera y estuvo unos segundos en el umbral de la habitación de sus padres, tal como recordaba haber hecho aquel último día, cuando era niña. A diferencia de entonces, la contraventana estaba cerrada, se veía poco,

solo lo que se filtraba por las rendijas, pero ya podía atisbar que no estaba la cuna de Andrew.

—Vamos. Tienes que entrar —se dijo, con voz ahogada. Era una orden. Dio un par de pasos en los que casi tuvo que empujarse a sí misma, y luego casi corrió hacia la ventana. Se hizo daño en los nudillos al abrirla, por los puros nervios, aterrada por aquella oscuridad. Qué tonta.

Más luz suponía más horror.

La cama no tenía sábanas, pero el colchón mostraba una mancha oscura, enorme y fea. ¿La sangre de su padre? Sí, claro que sí. Y la de Rowena. Ambas juntas, entremezcladas para siempre en una intimidad perturbadora. Durante unos momentos, fue incapaz de apartar las pupilas. Trató de imaginar qué había pasado allí.

Las figuras, moviéndose, las palabras amenazadoras, los reproches... Los gritos. La muerte.

El dragón. Lucifer. Rutshore.

Malditos fueran, todos.

De pronto, sintió náuseas y temió vomitar allí mismo. Se llevó una mano a la boca mientras salía otra vez al pasillo, tropezando consigo misma. Durante unos segundos, respiró profundamente, intentando recuperar el control, apoyada en la pared como si estuviera borracha.

Sir Alan había tenido razón, ir sola era una locura, estaba siendo una experiencia terrible. Se le caía la casa encima.

—Tranquila —se susurró—. Tranquila... Papá y mamá te necesitan. Andrew te necesita. Rowena te necesita. Su memoria depende de ti.

Poco a poco fue tranquilizándose. Entonces, entreabrió los ojos. Estaba sentada en el suelo, entre el polvo y la mugre, con la espalda contra la pared, el cuerpo inundado de sudor frío. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Qué hora sería? A saber. Pero seguro que no le quedaba mucho margen de la hora que le había concedido sir Alan. Debía reaccionar ya, si quería revisar el resto de la casa.

Se puso en pie y se dirigió hacia su dormitorio. Allí, la oscuridad no la asustaba del mismo modo. A pesar del tiempo transcurrido, cruzó sin problema la distancia hasta la ventana y la abrió.

Harry giró sobre sí misma y oprimió los labios para contener la emoción.

Estaba todo tan igual, y a la vez tan distinto... Recordaba perfectamente el día en que salió de allí, enfadada, un torbellino bajo sus tirabuzones negros, pensando que volvería pocas horas después. Que esa sería su habitación, su cárcel durante años; por siempre quizá. Qué burla continua era la vida.

Fue al tocador y abrió el cajón en el que recordaba haber dejado el collar de oro y piedras azules. Ahora, más sabia, suponía que se había tratado de lapislázuli, y le hubiese gustado poder comprobarlo. Pero no estaba, claro. Hubiese sido un milagro, en realidad.

Sí que estaban sus muñecas, pero solo las rotas. Recogió del suelo a Lizzie. Su media cabeza de cartón se había ablandado por la humedad.

¡Pobre Lizzie Gysforth, pobres gemelas! ¡Y pobre Minnie Ravenscroft! La verdad, no eran tan malas, ninguna de las tres. Al contrario, aunque más jóvenes que ella, siempre se mostraron muy simpáticas y trataban de hacerla sentir una más en sus juegos. Todas aquellas quejas, todos los reproches que les dedicaba, solo respondían a que ella era una niña infeliz, llena de miedos, que no quería estar allí.

Y, desde luego, no quería que su madre se relacionase con lord Gysforth.

Iba a salir, cuando se le ocurrió comprobar el compartimento secreto de su armario. Abrió la puerta, se agachó, tanteó con las manos hasta encontrar la madera y la retiró. Era solo por verlo, por revivir aquello, uno de los recuerdos más felices de su estancia en esa casa. Realmente, no esperaba descubrir nada allí, excepto telarañas; pero encontró... no estuvo segura de qué.

Palpó algo metálico envuelto en tela, quizá una herramienta, que debía pesar algo más de un kilo. Con cuidado, la sacó y retiró el paño que la envolvía. Era una pieza de metal dorado, seguramente oro, con lo que podía ser un mango y una cabeza ovalada, plana y hueca, atravesada por tres hierros que se deslizaban a un lado y a otro según la movía.

Era muy hermosa. Resultaba evidente a primera vista que se trataba de una antigüedad, pero, además, estaba cubierta de jeroglíficos egipcios.

¿Quién lo había puesto ahí? ¿Su padre? ¿Su madre? A saber. Podía haber sido cualquier a de los dos. ¿Y qué significaba? Quizá nada, quizá era un regalo más, como tantos, algo que metieron allí para que lo encontrase en su momento, pero que luego cayó en el olvido.

De pronto, recordó que la última vez que vio a su padre le dijo que «le traería algo muy bonito», del viaje que tenía que hacer a Oxford. ¿Se referiría a eso? Desde luego, Harry apreciaba las antigüedades, y el objeto, fuera lo que fuese, no dejaba de ser interesante como obra artística, pero sospechaba que a la Harriet de once años de edad, aquel trasto no le hubiese atraído demasiado.

Lo movió. Los hierros se deslizaron de un lado a otro, emitiendo un sonido metálico.

Qué cosa más rara...

—¡Milady! —oyó gritar a Thelma. La voz llegaba desde la ventana que daba al jardín trasero. Seguro que estaba metida en el coche—. ¡Milady, tenemos que volver! ¡Se hace tarde para la cena!

Cierto. No podía demorarlo más. El resto de la casa tampoco importaba mucho y, de ser necesario, podía volver otro día. Lo más importante ya lo había hecho, aunque no había sido una despedida, como pensaba, simplemente porque sus padres, Andrew y Rowena no estaban. Ni siquiera sus espíritus rondaban por allí.

Se acercó a la ventana y se asomó, apoyándose en el alféizar. Sí, allí estaba el coche, bien protegido de la vista de cualquiera que pasase por la entrada. El conductor había sido muy amable, desde luego. Tomó nota para darle un poco más dinero del acordado.

—¡Bajo ahora mismo! —exclamó. Thelma agitó la mano, para indicar que había oído.

Envolvió de nuevo el objeto en su paño y se lo guardó en el bolsito, metiéndolo tan profundamente como pudo. En realidad, poco pudo hacer, porque el mango sobresalía casi entero, pero no quedaba otro remedio. Volvió al pasillo y se dirigió a buen paso hacia la escalera. Justo llegó arriba cuando vio un individuo, abajo. Acababa de apoyar un pie en el primer peldaño.

Harry se paró en seco, sorprendida, y quedó claro que a él le contrarió que le hubiese descubierto.

Se miraron. El hombre vestía ropas de poca calidad, sucias, y era bastante mal encarado, con una frente muy despejada, hombros anchos y unos brazos fuertes. Por alguna razón, quizá por la expresión de sus ojos, que no invitaba

mucho al diálogo, Harry llegó a la conclusión de que no tenía sentido hablar con él.

Por suerte, fue más rápida en reaccionar. Volvió de un brinco sobre sus pasos, corrió por el pasillo, escuchando los pasos acelerados del hombre, que subía los peldaños de varios en varios, y cerró de un portazo. Incluso pudo echar el pestillo. Justo a tiempo, porque el individuo llegó casi enseguida. Giró la manilla y tanteó un poco. Luego, viendo que no lograba abrir, la dejó.

Ni él dijo nada, ni ella preguntó. La sensación de peligro era brutal.

¡Plom!

Harry se llevó una mano al pecho, viendo cómo la puerta entera se estremecía por lo que, si no se equivocaba, había sido una patada dada con todas sus fuerzas. Rogó porque se desalentara, pero solo fue el primero de muchos golpes. Las bisagras crujieron, doloridas. Aturdida, Harry se llevó una mano a la boca, mientras iba retrocediendo poco a poco, un paso a cada impacto. ¡Estaba empeñado en tirarla abajo! Si seguía así, terminaría lográndolo.

Reaccionó por fin y corrió hacia la ventana. Había una buena altura, pero al nivel del alfeizar la pared formaba una repisa que seguía a ambos lados, lo suficientemente ancha como para garantizar ciertas posibilidades a la hora de caminar por allí. Eso sí, pasar la esquina tendría su complicación... Aunque podía intentar llegar a la ventana de sus padres, que también había dejado abierta. Esa habitación era la más cercana a las escaleras. Si lo lograba mientras el hombre seguía peleando contra la puerta de su dormitorio, podría sortearle y bajar.

No tenía más remedio que intentarlo, así que mejor ni pensarlo. Salió fuera y, pegándose a la pared cuanto le era posible, empezó a moverse lentamente, paso a paso. No había contado con el viento, que allí era bastante fuerte, y hacía que se le enredara el vestido entre las piernas. Eso por no hablar de la tensión que implicaba saber que, ante el más mínimo error, se iría abajo.

¡Por Dios, qué tortura! Le temblaban las rodillas.

Llevaba recorridos unos dos metros y medio, como mucho, cuando oyó el ruido de la puerta abriéndose bruscamente, un estrépito que auguraba grandes desastres. Efectivamente, un segundo después, el hombre se asomó a la ventana, y ella estaba todavía demasiado cerca. Aterrada, tuvo miedo de que

la enganchase por un brazo y la arrojase abajo, terminando con el problema; pero no, por suerte no parecía ser esa su intención.

—¡Pero qué coño haces ahí! —exclamó, y hasta parecía asustado—. ¡Joder! ¡Estás tan loca como tu madre!

Al oír aquello, Harry se detuvo. Le miró.

—¿Dónde está? Mi madre, ¿dónde?

—¿Y yo qué sé? Espero que en el infierno. Ven acá. —Se estiró cuanto pudo, sin perder el apoyo del marco de la ventana. Era un hombre grande. No la alcanzó por poco—. Te vas a romper la cabeza. No puedes pasar esa esquina.

—¡Déjeme en paz! ¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

De pronto captó un movimiento en la ventana siguiente, la del dormitorio de sus padres. Se había asomado otro individuo, uno con barba.

Harry se detuvo, en medio de las dos ventanas. Estaba empezando a marearse de puro miedo. A ese paso, se desmayaría y caería a plomo.

—No tienes adónde ir, preciosa —la avisó el primer tipo—. Venga, elige: vuelve o sigue, pero muévete. No te haremos daño.

—¿Qué... qué quieren?

—¿Y qué más da? Ah, está bien... Hay alguien que desea verte. Sana, por si tenías dudas.

—¿Quién?

—Eres muy curiosa, tú. Ven de una vez y te llevamos con él.

—Pero...

—¡Que te muevas, joder! —exclamó el otro, perdiendo por completo la paciencia—. Vamos, deja de hablar y muévete. ¡Ahí no te puedes quedar! Te voy a llevar aunque sea de los pelos.

Esto terminó de convencerla. Harry miró hacia abajo.

El coche estaba muy cerca. ¿Y si saltaba? Desde allí no sería tanta distancia, sobre todo si conseguía descolgarse, para minimizar daños. La capota amortiguaría el impacto. Esperaba que aguantase, y que no se le clavase en el cuerpo ningún hierro o cualquier otra cosa.

Pero si saltaba desde donde estaba, había grandes posibilidades de que acertase justo en los caballos. Se mataría ella, al chocar contra el suelo, o la matarían ellos, al patearla merecidamente, por molestar...

Claro que, si se acercaba más a la otra ventana, para asegurar el salto al vehículo, la alcanzaría el barbudo.

Calculó posibilidades y solo se le ocurrió una idea.

—¡Thelma! —empezó a gritar—. ¡Thelma! —La doncella se asomó por el lateral del coche. Primero miró hacia la parte delantera de la casa, pero al no ver a nadie, siguió el origen de los gritos. Buscó, hasta mirar arriba, y abrió los ojos con asombro—. ¡Thelma!

—¿Milady? —preguntó, atónita—. ¿Pero qué...?

—¡Moved el coche, venga!

—¿Qué?

—¡El coche! ¡Movedlo hacia delante! ¡Un poco, venga, movedlo!

—¡Ay, la Madre de Dios! ¡Me mata sir Alan, me mata! —Se volvió hacia el conductor, que también estaba mirando aterrado hacia arriba—. ¡Mueva el coche, rápido! ¡Muévalo! ¡Acérquemelo!

—Maldita sea, ni hablar. Ven acá, condenada —volvió a ordenar el hombre. Intentó estirarse al máximo, pero nada, no llegaba, y estaba cada vez más enfadado. Impaciente, cometió la imprudencia de soltarse, y avanzó también, para forzarla a moverse hacia el otro lado, si quería evitarle—. ¡Sigue, anda! ¡Sigue de una maldita vez hasta la otra ventana!

—¡No!

—Pero ¿estás loca? ¡Que sigas, joder! —En el último momento, alcanzó a cogerla por el brazo. Seguramente él no tenía otra pretensión que esa, sujetarla para evitar que saltase, o quizá empujarla hacia el barbudo, pero fue una temeridad porque, en el intento de apartarse de él, Harry perdió el equilibrio—. ¡No! ¡Quieta!

Harry gritó y se agarró a su ropa, con lo que tiró con fuerza de él hacia abajo. El hombre intentó afianzarse tensando las piernas y echando la espalda hacia atrás, hasta moviendo los brazos en molinete. Era fuerte; hubo un momento en el que pareció que podría mantenerse firme en la repisa, con Harry colgando de su chaqueta, suspendida en el aire. Pero nada, imposible. También perdió la posición.

Cayeron.

Por suerte, el coche había avanzado lo suficiente, y Harry se estrelló de bruces contra el techo, que se hundió parcialmente, pero aguantó. Aun así,

resultó más doloroso de lo que había esperado. Dejó escapar todo el aire de los pulmones y se dio un buen golpe; durante un instante, lo vio todo negro, aunque no estuvo segura de haber llegado a perder el conocimiento.

Pero el matón tuvo peor suerte. Por escasos centímetros, se desplomó violentamente entre los caballos, que se encabitaron enloquecidos. De hecho, impactó contra el atalaje con un terrible sonido de huesos rotos, giró sobre sí mismo y, cuando se estrelló contra el suelo, lo patearon con saña.

Mientras se dejaba deslizar desde el techo del coche, vio que Thelma se asomaba por un lado, pálida como la tiza. Al verla, se apresuró a ayudarla a bajar, aunque ella misma temblaba de pies a cabeza. Parecía a punto de desmayarse.

—¿Milady? —preguntó, desencajada—. ¿Pero qué... qué ha pasado? ¿Quiénes son esos hombres?

Harry se sacudió como pudo la falda del vestido. Se había roto la chaqueta, cojeaba un poco y seguro que le saldrían moratones por todo el cuerpo, pero por lo demás creía estar bien.

—Ha habido un... un lamentable accidente —dijo. Qué cosas, seguía aferrando el bolsito, con la herramienta egipcia—. Toma, sostenme esto.

—¿Qué es? —preguntó Thelma, fijándose en el artilugio.

—No lo sé. No tengo ni idea. Debía pertenecer a mi padre, supongo.

Miró hacia arriba. El barbudo seguía en la ventana, con expresión indecisa. Quizá prefería no tener que enfrentarse a tres, aunque dos fueran mujeres, sobre todo teniendo en cuenta que una estaba loca. Mejor. Le advirtió con la mirada, o al menos eso intentó, que ni se le ocurriese moverse y fue hacia los caballos.

Acarició el cuello del más cercano y trató de rodearlo, para ver el cuerpo del hombre. El conductor estaba acuclillado al otro lado, con cara de horror. Había mucha sangre en el suelo. Eso ya de por sí era una mala señal. Cuando distinguió sus ojos, abiertos y fijos en la nada, no tuvo ya dudas.

—¿Qué hace, milady? —exclamó Thelma. La agarró por un brazo—. ¡Apártese de ahí!

—Está muerto —gimió el cochero—. ¡Oh, por Dios, está muerto! ¿En qué lío me han metido?

—Usted no se preocupe. —Miró arriba. El hombre de la barba la estaba

observando, muy serio—. Estoy segura de que su amigo se ocupará de todo. Nosotros nos vamos. Thelma, entra en el coche. Volvamos a casa.

—Quizá deberíamos ir a ver a un médico —sugirió la doncella, mirándola preocupada—. Para asegurarnos de que está bien.

—No, no será necesario, gracias. Entra. —Iba a irse sin más, porque no esperaba conseguir respuestas, pero en el último momento decidió intentarlo—. ¿Quién les ha enviado? —le preguntó al barbudo. Por supuesto, no contestó. Eso consiguió enfadarla—. Muy bien, como quiera. Pero dígame de mi parte que, si quiere hablar conmigo, tendrá que pedírmelo de otras formas. —Él entrecerró los ojos. Mejor dejar el asunto así. Subió al coche—. Volvamos a casa, rápido. Y, de esto, ni palabra a sir Alan, Thelma.

—Mi carruaje va a necesitar arreglos —protestó el cochero—. Y mi familia y yo tendremos que vivir mientras tanto.

—No se preocupe, me ocuparé de todo. —Ahí se iban sus últimos ahorros de Francia. Esperaba que hubiese merecido la pena.

Él asintió. Condujo los caballos en una línea curva, para intentar esquivar el cuerpo, y recorrió toda la trasera del edificio para salir por el otro lado. Una vez junto al portón, tuvo que bajar y empujar las grandes rejas de hierro, que estaban ligeramente entreabiertas, aunque esta vez no se molestaron en cerrarlas a su espalda.

—Sabía que me iba a arrepentir —le oyeron murmurar.

CAPÍTULO 4

Edward la vio nada más entrar en Hatchards, la librería de Picadilly Circus.

La joven estaba hojeando un libro muy grueso con expresión concentrada. Su doncella esperaba en una esquina, con expresión resignada y aburrida, pero ella se había acercado al escaparate para tener mejor luz, y el sol atravesaba los cristales y la iluminaba por su derecha, formando un pequeño arco iris a su alrededor. Como no tenía prisa, Edward se detuvo un segundo de más a admirarla.

Bajo el sombrerito, sus cabellos eran negros, y formaban gruesos tirabuzones que caían por un lateral de un cuello elegante hasta casi alcanzar su clavícula. Tenía un rostro encantador, de rasgos clásicos, bellos y suaves, presididos por ojos enormes que, o mucho se equivocaba, o también eran oscuros.

Una imagen muy femenina, llena de gracia, aunque el conjunto de todo transmitía más fuerza que dulzura, como si el envoltorio no pudiera contener su enérgica personalidad.

A Edward le resultó vagamente conocida. ¿Quizá la había visto por algún sitio? ¿Por la calle, o en alguna conferencia? Quizá. A saber.

Era una mujer muy bella, sin duda. Pero si le llamó la atención, fue porque el libro que tenía entre las manos era un ejemplar del *Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens*, de su amigo Jean-François Champollion.

¿Una mujer interesada en la antigua lengua egipcia? ¿Más allá de lo puramente decorativo? ¿Tanto como para coger aquel compendio en francés, y ponerse a revisarlo con la esperanza de aprender algo? Desde luego, eso era una rareza. Quizá le habían regalado algún papiro o la estatuilla de un gato

con algunos signos en su base, y quería descubrir qué decían, pero aun así, captó su interés. Esa curiosidad le resultó más atractiva que toda su belleza.

—Buenas tardes, milord —dijo uno de los empleados de la librería, el que solía tratar con él siempre. Edward sonrió.

—Buenas tardes, Charles. ¿Habéis recibido mi encargo?

—Sí, y creo que está todo listo. Lo compruebo en un momento.

—Perfecto.

Charles caminó a buen paso hacia el fondo del establecimiento y desapareció por una puerta. Edward se quedó allí parado, dejando vagar los ojos por las cubiertas de los libros. Fueron encontrando de todo: clásicos griegos, tratados científicos de prácticamente cualquier época, investigadores y pensadores modernos... Conocía muchos de los títulos y, los otros, estaba deseando conocerlos. Adoraba aquel olor, aquel silencio plagado de susurros del papel. Aquella sensación de conocimiento hecho materia.

En pocos sitios se sentía tan cómodo como en una librería o una biblioteca. En una excavación, quizá, donde los detalles le rodeaban, esperando desde hacía siglos, o incluso milenios, a ser revelados.

Ajena a sus pensamientos, la joven pasó otra hoja mientras buscaba algo con el ceño fruncido. Edward conocía el trabajo de Champollion: era denso y exhaustivo. El libro que sostenía aquella mujer entre las manos, era el resultado de largos años de estudios de los mejores lingüistas y de un buen golpe de fortuna, el que tuvo la humanidad con la Piedra de Roseta.

Champollion había pasado mucho tiempo estudiando y perfeccionando su sistema, y había publicado aquel tratado, pero aún le quedaba mucho por descubrir. Y, a Edward, mucho por aprender. Pero quizá, lo que sabía, fuera lo suficiente como para traducir los símbolos que buscaba la chica...

Se ajustó la corbata y se dirigió hacia ella, para ofrecer su ayuda. Nada como salvar a una joven dama en un momento de adversidad.

La primera que le vio fue la doncella, que se ruborizó y puso cara de no saber qué hacer. Su señora, por el contrario, estaba demasiado enfrascada en la lectura, un dato que Edward encontró muy positivo, y solo percibió su presencia en el último momento, cuando ya le tenía delante, armado con la mejor de sus sonrisas.

Al verle, sus ojos, muy grandes y muy negros, ligeramente rasgados en los

extremos, se abrieron con sorpresa.

—¿Pued...? —empezó Edward, pero no pudo seguir, porque la joven adelantó una mano y le puso los dedos en los labios. Parpadeó, sorprendido. ¿Qué ocurría? Se miraron, un único segundo. Entonces, ella le entregó el libro por el sistema de estamparlo contra su pecho, y salió corriendo—. ¡Señorita! ¡Oiga!

—¡Milady! —gritó también la doncella. Salió tras ella, aunque se detuvo un instante para hacerle una reverencia—. Perdón, milord. ¡Milady!

—¿Ocurre algo, lord Rutshore? —preguntó Charles, desde la otra puerta, volviendo con dos libros.

—No. O sí —añadió, desconcertado. Le mostró el tratado de Champollion—. ¿Se fijó en la joven que estaba mirando este libro?

—Sí, claro. Una dama encantadora. Ha estado un buen rato.

—¿La conoce? ¿Sabe quién es?

—No, lo lamento. Era la primera vez que venía y no me ha dicho su nombre. —Titubeó un momento—. Pero tenía acento francés.

—¿Francés?

—Sí. Muy suave, pero se notaba. Y, de hecho, me ha preguntado si había traducción al inglés del libro del señor Champollion y si sabría de quién podría contratarla para esas labores.

—¿De traducción?

—Sí, milord. Le he explicado que, de eso, no entiendo. Soy un simple empleado. —Edward asintió, pensativo. Charles le tendió los libros—. Han llegado. Le entrego dos ejemplares ahora y el resto los mando al museo, como indicó, ¿no?

—Eso es. Muchas gracias. Charles... —añadió en el último momento—. Si volviera esa joven, ¿podrías intentar conseguirme su nombre? Podría ponerla en contacto con alguna editorial, para un trabajo de traductora.

Charles sonrió.

—Por supuesto. Será un placer, milord.

Regresó al museo y trabajó toda la tarde, hasta que llegó la hora de ir a casa para cambiarse. Mientras iba en el coche, con su conductor, Barns, un muchacho delgaducho al que llamaban Barns *el Joven*, porque había heredado el nombre y el puesto de su abuelo, se lamentó cuanto quiso de lo

que le esperaba, en vez de quedarse tranquilamente en casa y dormir. Pero no, esa noche había quedado con James y Arthur, para ir a la de los condes de Fallstain.

Era un compromiso que no les agradaba mucho, pero que ninguno de los tres podía dejar de cumplir. El heredero de los Fallstain había estudiado con ellos, había sido un buen compañero, y pensaba anunciar su compromiso matrimonial esa noche.

Al menos, Barns *el Joven* era bueno escuchando y dando la razón. Posiblemente fuera su mejor virtud, porque con los caballos mantenía una relación dudosa, igual que con el resto de las formas de vida animal, algo sorprendente, teniendo en cuenta que había vivido toda su vida en la granja de sus padres, hasta hacía poco más de un mes, cuando había ido a Londres a trabajar para Edward. Muchos decían que hasta era demasiado inexperto para el puesto de cochero, en una mansión importante como era Rutshore House pero, a ese respecto, Edward no aceptaba discusión posible.

Barns era el nieto del mismo hombre que le salvó a él la vida, cuando tenía doce años, arriesgando la suya con una víbora cornuda, en Egipto. Barns *el Viejo* había ido con él y con su padre en muchos viajes y muchas aventuras, les había servido fielmente durante años, y lo único que había pedido a cambio en su lecho de muerte, era que cuidaran de su nieto. Edward había querido hacer honor a toda aquella lealtad. Barns *el Joven* conduciría su coche aunque ni siquiera lo quisieran los caballos.

Y él fue quien le llevó a la fiesta de los condes de Fallstain, que esa noche estaban desplegando todo lo que tenían, y buena parte de lo que habían pedido prestado, con la esperanza de que la boda de su hijo mayor con una joven heredera solucionara los problemas económicos de la familia.

Edward suspiró al detenerse en el umbral y contemplar el salón, abarrotado por completo. No había pasado ni la mitad de la temporada de ese año, y ya estaba completamente harto de todo aquello.

Edward suspiró, aceptó una copa de champán de un camarero que pasaba por allí, y se adentró en aquel desconcertante mundo moderno. Algo había cambiado. Quizá él, que se sentía de pronto más mayor, demasiado viejo para algunas actividades. Bailar ya no le atraía como en otros tiempos, ni le apetecía divertirse jugando al cortejo con alguna debutante.

Trató de estirar la espalda y le dolieron todos los huesos. ¿Qué esperaba? Se había pasado el día ayudando a trasladar cosas o sentado en el escritorio, revisando documentos. Estaba agotado, y no era solo cosa de ese día, llevaba así ya varios meses. Dormía poco, trabajaba mucho.

Y al día siguiente, tenía la cita en Sleeping Oak. Aunque le intrigaba el asunto de la misteriosa dama Harriet, no dejaba de lamentarlo. Hubiese preferido poder excusarse y dedicar ese tiempo a descansar.

Quizá pudiese dormir un rato en el coche, de camino...

—Lady Astrid te está haciendo otra caída de ojos —se burló Arthur, a su espalda. Edward arqueó una ceja y buscó con la mirada. Efectivamente, lady Astrid estaba poniéndose coqueta. Pero, o era bizca, o la caída de ojos no era para él.

—Te la está dedicando a ti.

—¿Tú crees? Ah, quizá. —Alzó su copa y la chocó ligeramente con la de Edward—. No te preocupes, Rutshore. Esta temporada encontraremos el modo de casarte bien. En realidad, lo tienes muy fácil. La niña Emma lo está deseando.

Edward agitó la cabeza.

—Preocúpate de casarte tú. Tengo entendido que tu madre está empeñada en organizar tu boda con la mismísima lady Eve Bartlett.

Arthur se echó a reír.

—Así es, Dios la bendiga en su inconsciencia. Como bien sabemos, no soy hombre adecuado para el matrimonio. Y menos para el matrimonio con la Medusa de Londres. ¡Sálvese quien pueda!

—No seas tonto. —Pero no pudo por menos de sonreír ante la broma. Ciertamente, lady Eve podía ser vista como una versión social de Medusa. Hija mayor del duque de Wallard-Stoneport, uno de los hombres más poderosos del reino, era una criatura mimada y pagada de sí misma, de genio desagradable. No le importaba petrificar a quien fuera con sus comentarios—. Algún día te casarás y serás un padre entusiasta.

Creyó que iba a soltar alguna de sus bromas habituales, pero Arthur sonrió apenas. Miró a lo lejos.

—Al menos, Gysforth sí que está rebosando felicidad.

Edward siguió la dirección de sus ojos y sonrió al ver a James con Bethany

entre las parejas de baile, dando vueltas en un vals. Eran jóvenes y atractivos, eran ricos, se amaban y estaban esperando un hijo. No podían ser más felices. Dios había sido bueno con ellos.

Apartó de la mente el recuerdo de aquellos niños que corrían descalzos en El Cairo, persiguiendo una rata.

—Está realmente hermosa —murmuró. Qué difícil era a veces vivir entre dos mundos. Aunque peor era cuando tenía que vivir entre tres. Cuando Inglaterra y Francia estaban en guerra y se vio envuelto en todo aquel asunto del espionaje. Qué desagradable. Y cuán doloroso...

—Sí. Es un hombre con suerte —dijo Arthur, sacándole de sus pensamientos. Se miraron—. Yo diría, Rutshore, que ambos estamos un poco enamorados de ella. Pero no te preocupes. Prometo enamorarme también de la mujer que tú elijas como esposa.

Edward sonrió.

—Vaya, gracias.

—No hay de qué. —Se encogió de hombros—. Estoy seguro de que no podré evitarlo.

—Haré lo mismo, entonces.

—Ah, no. Lamentablemente para ti, yo no voy a casarme. En serio, no. Dejaré que el resplandor del ducado de Manderland se extinga en las brumas del olvido, al menos en lo que a la familia Ravenscroft se refiere. Tierra yerma, compañero. ¿Cómo se llamaba lo que le hicieron los rusos a Napoleón?

—Tierra arrasada. De todos modos, no es seguro que fuese algo premeditado, pero quién sabe. La técnica sí se conoce de antiguo, Herodoto cuenta cómo los escitas la usaron contra los persas, contra Darío I. Luego, recuerdo, en las Cruzadas...

—Qué agradable es siempre oír hablar de tus otros amigos. ¿Cuántos siglos llevan muertos, dices? Porque a mí, me vas a matar de aburrimiento.

—No seas antipático. —Aquello le enervaba de Arthur. Carecía por completo de cualquier rastro de sensibilidad histórica—. Vale, me limitaré a Napoleón.

—Sí, por favor. Al menos ese murió hace poco.

—Pues según dicen algunos, cuando tenían que retirarse, ante el avance

francés, los rusos lo quemaban todo a su paso, para que la *Grande Armée* no consiguiese suministros ni tuviese refugios ni encontrase nada útil.

—Pues eso. Tierra arrasada.

—Ya. Te recuerdo que, aunque fue una técnica eficaz para ir minando el avance de Napoleón, no solo los franceses se quedaban sin provisiones. Al arrasarlo todo, absolutamente todo, aquellos hombres dejaron librados al hambre y al frío a muchos compatriotas suyos, campesinos y gentes pobres que no tuvieron nada que comer. Esa clase de decisiones siempre tienen sus consecuencias.

Arthur sonrió.

—Me hubiese sorprendido que todo esto no tuviera alguna moraleja final, Rutshore. No te preocupes, tomo buena nota. —Edward le miró preocupado. Iba a preguntarle cómo iban las cosas, si podía ayudarle en algo, pero Arthur señaló al frente con un gesto—. Cuidado. La matriarca de los Gysforth se está acercando, acompañada de esa odiosa arpía que siempre revolotea a su alrededor.

Tenía razón. Lady Morton y lady Forrest se dirigían hacia ellos como dos naves de guerra dispuestas a avasallar todo con sus voluminosas crinolinas. Edward sonrió mientras realizaba una inclinación cortés.

—Tía Hetty...

—Rutshore, Badfields... —replicó ella, utilizando la forma familiar. Ventajas de haberles visto crecer. Lady Henrietta Keeling, la tres veces viuda lady Morton, era una mujer imponente, alta y muy delgada, aunque en tiempos había sido bastante fornida. Lady Forrest era su cuñada por parte de su primer marido, el difunto lord Bridgeport. A diferencia de la tía Hetty, Hermione Mallen, la viuda lady Forrest, era rechoncha y bajita, o quizá daba esa impresión por ir siempre a su lado. Por lo demás, era una mujer absolutamente común—. Me alegro de veros aquí.

—A mí también. Demuestra que sois muchachos responsables —aseguró lady Forrest. Edward siempre había tenido la seguridad de que aquella mujer no era del todo normal. Era como si algo en su mente no hubiese acabado de formarse. Su inteligencia parecía muy limitada—. No hay que descuidar el deber con la familia.

—No, desde luego —convino, desconcertado. Arthur se limitó a mirar a la

anciana con la misma cara con la que jugaba a las cartas.

—Deja que hable yo, querida —le pidió lady Morton. Miró hacia el fondo de la sala. Las hermanas de James, Ruthie y las gemelas Lizzie y Lettie, estaban saludando a unas amigas—. Mejor ocúpate de las niñas. No les quites ojo.

—Oh, por supuesto, Hetty.

—Y dile a Ruthie que venga, por favor.

—Enseguida —replicó lady Forrest, empezando a alejarse. Edward agitó mentalmente la cabeza. Aquel era otro de los aspectos fascinantes de lady Forrest. Siendo como era una de las matronas más antipáticas y gruñonas de Londres, una auténtica arpía, resultaba sorprendente ver cómo seguía a su cuñada siempre y cómo la obedecía. Adoraba a lady Morton.

—Caballeros... —dijo esta última, cuando se quedaron solos. Eddie y Arthur parpadearon y la miraron con la misma cara que le ponían a los diez años—. Esta es vuestra temporada.

Edward echó en falta un redoble de tambores, pero consideró apropiado no mencionarlo. Carraspeó ligeramente, a la más pura usanza de Barns *el Joven*.

—¿Cómo?

—Es evidente, mi estimado Rutshore. Nuestro querido James ya se ha casado. —Sonrió mirando a la pareja, que seguía bailando—. Un matrimonio feliz que pronto nos traerá niños. ¡Qué alegría! —Edward y Arthur intercambiaron una mirada de reojo. La tía Hetty debía haber olvidado lo mucho que intentó impedir aquella boda. A veces Edward lamentaba no poder reconstruir el pasado con la misma facilidad con la que lo hacían otras personas. Él siempre se sentía inclinado a ser esclavo de los hechos—. Ahora, quedáis vosotros, que sois de la misma edad. Treinta años. Una edad más que adecuada, estaréis de acuerdo conmigo.

—Ahora mismo, me siento como un crío —murmuró Arthur, entre dientes. La tía Hetty arqueó una ceja pero no le reprendió. Se volvió hacia Edward.

—Tú, Rutshore, no tienes más familia en Londres que nosotros, y tú, Badfields... bueno, todos sabemos cómo están las cosas.

—Estupendo —asintió él—. Así no hay ni que mencionarlas.

—No me seas sarcástico, jovencito. He estado hablando con tu madre. Está muy preocupada por ti.

—Lo sé —replicó Arthur, sorprendentemente serio—. Y lo lamento.

—Sé que lo haces. Te conozco muy bien, Arthur Ravenscroft, te he visto crecer desde que no levantabas un palmo del suelo. —Se miraron un momento, y él asintió—. Estando así las cosas, quiero que sepáis que no estáis solos. Voy a ocuparme personalmente de organizaros unos enlaces adecuados, que os agraden por completo, pero espero vuestra total colaboración.

—No creo que sea... —empezó Edward, pero Arthur decidió pisarle la frase.

—Claro, por supuesto, tía Hetty.

Ella asintió. Justo en ese momento, llegó Ruthie.

—Tía Hetty, ¿quería algo? —Sonrió a Edward y Arthur—. Buenas noches, Rutshore, Badfields.

—Buenas noches, Ruthie. —Arthur le guiñó un ojo—. Estás cada día más hermosa.

Era cierto. Ruth Keeling se había convertido en una mujer bellísima. Además, el contraste entre su cabello negro y sus ojos, de un gris tan claro que llegaba a parecer plata líquida bajo algunas luces, era famoso en todo Londres. Eso, y el hecho de que se trataba de la hermana de lord Gysforth, habían hecho que, a pesar de su poca predisposición a seguir las reglas de la temporada, en el último año hubiese tenido un buen número de propuestas matrimoniales.

Por desgracia para tanto admirador de su persona o su fortuna, lord Gysforth se había propuesto como norma que sus hermanas pudiesen elegir por sí mismas a sus maridos, y las hermanas Keeling ya habían demostrado sobradamente que no solo buscaban la conveniencia económica, también buscaban el amor. Algo a veces muy difícil de encontrar, al menos entre las gentes del mismo nivel social.

Ella se echó a reír.

—Y tú más adúlador.

—Y yo más anciana —aseguró la tía Hetty—. Así que no me hagáis perder el tiempo, o podría morirme de vieja aquí mismo. Tengo que hablar con Badfields. Rutshore, ¿te importaría bailar con Ruthie? Oh, ¿no es encantador? —añadió, como si acabase de darse cuenta del detalle, y se llevó las manos

con el abanico al pecho—. ¡Vuestros nombres empiezan igual!

Ruthie arqueó ambas cejas.

—No son nuestros nombres, querida tía —replicó, con infinita paciencia—. Es mi nombre y su título.

—Oh, bah, detalles... ¿Qué más da eso? El caso es que empiezan igual. Eso debe significar algo, ¿no creéis? —No esperó una respuesta que, evidentemente, no querían darle. Movi6 la mano con el abanico cerrado, como espantándolos en dirección a la zona de baile—. Bailad, bailad y divertíos. ¿Te importa, Rutshore?

—Oh, no, por supuesto que no. —Ofreció el brazo a Ruthie—. Por mí, encantado. No podría encontrar mejor compañía.

Ella miró mal a su tía, pero no dijo nada. Al menos, entonces.

—Porque eres tú —admitió, cuando ya estaban iniciando la polonesa—. De haberme tendido la emboscada con otro, hubiese puesto una excusa.

—¿De qué tipo? Lo digo por si tengo que huir despavorido de un salón.

—Como si no supieras bien cómo hacerlo. —Suspiró—. Sabes lo que pretende, ¿verdad?

—Perfectamente. De todos modos, compréndela: tu tía lo hubiese tenido difícil para encontrar a otro con un nombre que empiece por Rut.

Ruthie rio. Le miró de reojo.

—¿Y qué opinas? —Hizo un gesto coqueto—. ¿Considerarías la posibilidad de una boda conmigo?

Edward la miró sorprendido.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Ella titubeó.

—Solo es una pregunta, Eddie. Reconozco que tengo curiosidad por la respuesta.

Edward asintió. Se lo pensó un momento.

—¿Por qué no? Eres encantadora, te conozco desde siempre y sabes que te quiero. La pregunta, mi querida Ruthie, es qué opinas tú. —Pensó en cómo plantearlo. De una forma directa, era lo mejor—. Me han dicho por ahí que ya tienes el corazón ocupado.

—¿Ah, sí? A mí me han dicho lo mismo de ti.

—Imposible. Y no me cambies de tema. Según tengo entendido, se trata del

encantador señor Speechley, nuestro futuro baronet.

George Speechley era el secretario de James. Su padre, sir Robert Speechley, y el padre del propio James, el general John Keeling, entonces duque de Gysforth, lucharon juntos en Waterloo, y el primero salvó la vida del segundo, con lo que se le concedió el honor de baronet, que George heredaría a la muerte de su padre.

Todo el mundo decía que, últimamente, George y Ruthie tenían una relación demasiado estrecha. Pasaban mucho tiempo juntos en Gysforth House. La tía Hetty estaba cada día más alerta, porque temía que fuera demasiado lejos.

Quizá fuera verdad, porque Ruthie sonrió. Fue una sonrisa bella, pero también sibilina.

—¿Alguien se equivoca? —le preguntó, intrigado.

Ruthie se encogió encantadoramente de hombros.

—Alguien no sabe de lo que habla.

—Ah. —La hizo girar lentamente entre sus brazos—. Pero alguien tiene razón al hablar. Pasa algo. —Ella volvió a sonreír y se alejó, en el cambio de parejas. Tardaron unos minutos en volver a reunirse. Edward la enlazó y empezaron a moverse, siguiendo la fila—. Está bien. No diré más al respecto. Y asumiré que tienes el corazón reservado para alguien que no soy yo.

—Bien. Hablemos entonces de tu corazón.

Él la miró simulando espanto.

—¿Por qué querrías hacer algo así, en serio? Es un tema aburrido donde los haya. Y solitario. Que yo sepa, no hay absolutamente nadie ahí dentro.

—¿De verdad? Pues, según tengo entendido, ahora mismo lo ronda una tal lady Emma Balthory.

Edward se echó a reír.

—Vale. Puede que alguien sí sepa de lo que habla. En mi caso siempre es fácil. No soy un hombre complicado.

Ruthie le miró pensativa.

—Eddie, ¿de verdad estás planteándote casarte con ella?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque no la quieres.

—Oh, no, claro que no. De hecho, me resulta un poco... ¡Oh, demonios, me

aburro mucho con ella! Siempre intenta complacer, ya sea a mí o a su padre, pero no parece tener mucho espíritu propio.

Recordó a la joven de la librería. Cuánta intensidad le pareció intuir tras aquellos ojos... ¿Por qué había salido corriendo? Y qué extraño, tras haberle parecido tan fuerte y decidida.

Ruthie le observaba con curiosidad.

—¿En qué piensas?

—En nada. Nada importante. Lady Emma es una joven muy agradable — dijo, retomando la conversación—. Es que, no sé... A mí me gustan las mujeres con personalidad, con fuerza. Y ella no es así.

—¿Entonces? ¿Por qué vas a cometer la locura de atarte a ella?

—Bueno, digamos que ese matrimonio me resultaría bastante conveniente, y eso por no decir «necesario». Su padre ha invertido mucho dinero en el museo y me ha respaldado con varios avales.

—Hablas como la tía Hetty.

—Quizá sea porque su punto de vista me parece bastante razonable. Si me caso con lady Emma seguiré teniendo el respaldo económico de su padre, conseguiré una esposa amable, que se ocupará de que todo esté en su sitio y de que mi vida sea más agradable, aparte de darme hijos. Mientras, yo viajaré libremente y seguiré completamente centrado en mis estudios. ¿Puede pedirse más?

—Sí, por supuesto que sí: amor.

—¿Amor? —La miró confuso—. Pues no sé qué decirte, cariño. Me parece que el amor es un sentimiento un tanto... complicado. La experiencia ajena me indica que es mejor evitarlo.

—¿Por qué? James y Bethany son muy felices.

—Sí, pero yo no tengo tiempo para una relación tan absorbente.

Ella le miró con cariño.

—¿Absorbente? Pobre Eddie. Por suerte, estoy segura de que encontrarás una mujer que te hará cambiar de opinión. Al menos, ruego para que así sea.

—No sé yo... —El baile terminó. Se inclinó ante ella, que hizo una reverencia aún mayor. Luego le tendió una mano y la ayudó a levantarse—. Sabes tan bien como yo que, por lo general, las mujeres ni me ven. Lo mejor que puedo hacer es aprovechar el interés de lady Emma como lo que es, una

buena oportunidad. Pero también puedo dejarla escapar y terminar siendo ese eterno amigo solterón al que tendríais que invitar a pasar las navidades.

—No lo creo. Solterón no te quedarás, a menos que te empeñes mucho. Pero estarás siempre invitado al hogar de mi familia.

Él sonrió y le besó la mano.

—Gracias, lady Ruth.

—De nada, lord Rutshore.

Volvieron con Arthur y tía Hetty. El primero estaba algo meditabundo. La tía Hetty sonrió.

—Badfields y yo comentábamos que hacéis una pareja preciosa.

Ruthie hizo girar los ojos.

—Olvídalo, tía Hetty. Ya le he dicho que no.

—Y sin ninguna consideración —añadió Edward.

—¡Oh, pero...! —Lady Morton oprimió los labios, enojada... O quizá no. Edward no pudo estar seguro—. ¡Jovencita, eres terrible! Vamos con tus hermanas, a ver si se muestran algo más sensatas. —Les miró, aunque sus pupilas se deslizaron con mayor lentitud sobre Arthur—. Nos vemos más tarde, caballeros.

Se alejaron, discutiendo como era habitual. Edward agitó la cabeza.

—¿Eso ha sido un aviso? ¿Crees que intentará casarnos con las gemelas?

Arthur puso cara de horror.

—Qué idea espantosa. Incluso imaginando la divertida posibilidad de un intercambio.

—¡Badfields!

—Solo era una broma, hombre. Pero no, no tiene eso en mente, seguro. Deberías conocer mejor a la tortuosa lady Morton.

No dijo más. Edward arqueó una ceja.

—¿Qué pasa? —Se le ocurrió una posibilidad—. ¿De verdad quería hablar de algo contigo? —El otro siguió sin decir nada—. ¿Me lo vas a explicar?

—De ser necesario... Demonios, Rutshore, la tía Hetty es uno de los pilares de la alta sociedad londinense. Sabe perfectamente que lord Wallis te tiene echado el ojo para su hija Emma, y que es un matrimonio que te resultaría muy conveniente. A ella le agrada. No va a interponerse en algo tan apropiado.

—¿Ah, no? ¿Y? ¿Entonces a qué ha venido lo de los nombres que empiezan por Rut y lo de que bailemos?

Arthur bufó.

—Espabila, Eddie. No es a ti a quien quiere casar con Ruthie.

—¿En serio? —Por fin cayó en la cuenta. Le parecía tan increíble que no se le habría ocurrido jamás por sí solo. Y seguro que, a Ruthie, tampoco—. ¿A ti?

Arthur hizo un gesto ambiguo.

—Digamos que piensa que, si insiste en que acepte mi cortejo y se case conmigo, Ruthie estará empeñada en no hacerlo. Así que te ofrece a ti, y yo estoy alrededor, como... como una mosca. O como cualquier otra cosa que zumbe rondando algo. —Chasqueó la lengua—. No me mires así. Es su estrategia, no la mía.

—No, si, en realidad, no es mala idea. La tía Hetty es una mujer astuta.

—Retorcida.

—También. Y tú, ¿qué piensas?

—¿Yo? Por favor, Rutshore. Quiero mucho a Ruthie, lo sabes. Jamás le haría algo así.

—¿Algo así? ¿Te refieres a casarse contigo?

—Pues claro. —Fruunció el ceño—. Espabila, Eddie. El mundo está dividido entre seres oscuros y seres de luz. Las hermanas Keeling son luminosas, igual que James y Bethy. Yo estoy sumido en la más absoluta negrura.

—Oh. —Qué pena le daba a veces aquel hombre. O cambiaba mucho, o nunca conseguiría ser feliz—. ¿Y yo?

—¿Tú? Tú estás en la penumbra, amigo mío. Siempre a un paso de caer en uno de los lados, pero, para mi asombro, nunca llegas a hacerlo.

—Ja. Suena como si fuera un tipo listo.

—Ya lo creo. Bastante más que yo.

Edward suspiró.

—No digo que no estés en lo cierto. Pero creo que la tía Hetty te prefiere para Ruthie por otra razón más.

—¿Cuál?

—Es evidente. Tú vas a ser duque, algún día, Badfields. Yo siempre seré marqués. Y Ruthie, a sus ojos, merece un duque, por lo menos. Uno rico,

como vas a serlo tú, además.

—¿Tú crees? Sí, es la tía Hetty —Arthur asintió—. La creo muy capaz de haber tenido en cuenta semejante detalle.

Se miraron y se echaron a reír.

—Santo Dios, Badfields. Esto va a peor. Como se considere legitimada, porque nos hemos callado, no va a parar hasta vernos en el altar.

—¿Juntos? No creo. No eres mi tipo.

—Hablo en serio. Debimos quitarle esa idea de la cabeza.

—¿Por qué discutir? —Arthur se encogió de hombros—. Nadie nos va a obligar a casarnos. Si no queremos, no queremos.

—¿Qué no queréis? —preguntó James, llegando de pronto con Bethany de la mano.

—Casarnos —repitió Arthur—. Al menos, yo.

—Tu tía nos ha escogido como misiones de la temporada —explicó Edward.

—Qué horror. —Bethany se echó a reír—. Pobres.

—Pues sí. Cuánto lo siento. —La aparente compasión de James chocaba con su sonrisa burlona—. Pensé que tenía bastante con mis hermanas.

—Pues no —replicó Arthur—. Es una mujer incansable. Y tiene un plan maquiavélico.

—¿Cuál? —preguntó Bethany, intrigada.

Arthur titubeó.

—Prefiero dejarlo estar. —Cogió una copa al vuelo, de la bandeja que pasaba un camarero—. No vaya a ser que, por mencionarlo, se vuelva realidad.

—Hablemos pues de otros planes —sugirió Edward, más que nada por echarle una mano—. ¿Está todo listo? ¿Podemos ir mañana a Sleeping Oak?

James asintió.

—Desde luego. Los guardeses ya están en Londres. Pasarán aquí unos días con su hijo, como siempre. Creo que estarán hasta el domingo.

—Estupendo. —Edward se sintió aliviado—. Mejor prevenir. Que, visto lo visto, no sabemos a qué vamos a enfrentarnos.

—Sí. Es un asunto de lo más extraño —admitió Bethany. Edward no se sorprendió de que James se lo hubiese contado. Las hermanas Keeling y ellos

habían sido siempre dos grupos bien avenidos, pero separados, cada uno pivotando alrededor del otro. Tenían sus asuntos propios y asuntos compartidos. Pero Bethany había entrado a formar parte de ambos desde el primer momento. Lo mismo estaba inmersa en los asuntos de las Keeling, como confabulaba con ellos para cosas como esa—. No sé si debería ir con vosotros, no vayan a intentar comprometerme, Edward.

—¿Quieres proteger la reputación de Rutshore? ¿En serio? Vamos, Bethy. ¡Si destella, de puro limpia!

—Y Badfields ni siquiera la tiene —replicó Edward—. No recuerda ni dónde la perdió.

Arthur se echó a reír.

—Exacto. A saber. Por ahí, en algún tugurio de mala muerte. No te preocupes por nosotros, querida.

—Además, no vas a llevar al niño a ninguna parte —aseguró James. Bethany acarició su vientre, ligeramente abultado. Estaba ya de cuatro meses, pero todavía no se notaba mucho. Por eso, a pesar de las protestas de la tía Hetty y lady Forrest, seguía saliendo y asistiendo a fiestas—. Puedes estar tranquila, Badfields y yo nos ocuparemos de todo. Veremos qué ocurre, quien es la tal Harriet que quiere ver a solas a Rutshore y, si hay problemas, nos lo traeremos de vuelta de inmediato.

Edward arqueó una ceja.

—Me encanta estar presente en las conversaciones en las que se decide mi destino sin consultarme.

Arthur se echó a reír.

—Son las mejores. Vamos, Rutshore, sabes tan bien como nosotros que es de lo más extraño.

Edward no podía negarlo. Una dama desconocida proponiéndole algo así... De no haber conocido a sir Alan, ese anciano inofensivo, hubiese sospechado alguna trampa. Incluso así. Siempre podían haberle engañado...

Volvió a preguntarse si el conde de Chadburn no estaría tras todo aquello. Según lo estaba pensando, le vio, al otro lado de la sala, seguro de sí mismo y de su casi perturbadora belleza. Esa noche llevaba un traje azul oscuro que le daba aire principesco, y que acentuaba la palidez de su piel o el tono rubio de su cabello.

Estaba hablando con el baronet sir Sylvester Black y con la hija de este último, Theodora. Edward se quedó mirando unos momentos a esta última. Theodora Black siempre le había fascinado, desde niño. Morena, enormes ojos de un intenso azul nocturno, hacía ya muchos años que siempre vestía de negro, le daba igual dónde se encontrase, en una excavación arqueológica bajo el sol despiadado de Egipto o en ese salón tan elegante.

Tal como insinuaba su nombre, Theodora Black era una belleza oscura y misteriosa. Ella tomaba champán, seria y reflexiva. Chadburn, a su lado, le decía algo, pero no parecía escuchar. Para el caso, hubiese podido estar en cualquier otro sitio. Nunca bailaba.

Quizá se percató de su escrutinio, porque Dora le miró de reojo. Edward dudó, asaltado por una idea. ¿Y si era ella la dama misteriosa? La creía muy capaz. Theodora era inteligente y resuelta, tan decidida como cualquier hombre.

—¿Dora Black? —susurró Arthur a su lado, seguramente pensando lo mismo que él. Lo confirmó a continuación. Se miraron—. ¿Crees que habrá sido ella?

—Ni idea.

La última vez que vio a los Black fue en la tumba de Nefer-Anjet-Ast, en el Bajo Egipto. ¡Menuda carrera contrarreloj había sido aquello! Y solo se enteró porque uno de sus trabajadores robó algunas piezas pequeñas y trató de venderlas por ahí, de cualquier modo. Algunos de sus contactos en la zona avisaron a Edward, que estaba recopilando pergaminos para Champollion, y tuvo que entrar en un burdel, a convencerle de que le dijera la localización.

Cuando llegó al sitio, los Black ya la estaban saqueando metódicamente, sin importarles llevarse por delante en el proceso muchos detalles que podían dar una información histórica. Pero, por suerte, Edward llegó con más hombres, y la fuerza bruta siempre decidía en los altercados egiptológicos que tenía lugar lejos del más mínimo resquicio de civilización.

De hecho, por una vez, no tuvieron ni que pelear. Edward les amenazó con desvalijar su campamento, situado a cosa de cien metros de la tumba y a sir Sylvester no le hizo ninguna gracia la idea. Se rindieron. Edward dejó a los Black encerrados en la tumba, con la promesa de que mandaría a un hombre al día siguiente a liberarlos, aunque al final lo envió esa misma noche, un par

de horas después, cuando hubo asegurado el traslado de Nefer-Anjet-Ast y su ajuar.

Si lo hizo tan pronto, fue por Theodora, no por sir Sylvester. Aunque seguro que aquella mujer tan resuelta hubiese sabido arreglárselas, prefería que no tuviera que estar allí encerrada con todos aquellos hombres.

Al padre no le había gustado nada su intromisión, se lo dejó bien claro al día siguiente, cuando se presentó en su mansión de Menfis y trató primero de asustarle y luego de retarle a duelo. Las cosas habituales.

A la hija... Bueno, quién podía saber lo que pensaba Theodora Black.

—Es posible —dijo—. Al fin y al cabo, su padre es socio de Brooks's, conocerá la apuesta.

James frunció el ceño.

—Si Chadburn está detrás de todo esto, deberíamos tener cuidado. Creo que llevaré un par de hombres bien armados.

—Pues yo creo que sería mejor que no fuerais —sugirió Bethany, mirándoles preocupada—. Es peligroso.

—No tanto. —James sonrió—. Y te recuerdo, amor mío, que yo te conocí a ti en un encuentro como ese. Quién sabe. Puede que Rutshore conozca finalmente al amor de su vida en Sleeping Oak.

CAPÍTULO 5

Tenía que reconocer que Sleeping Oak era realmente hermoso.

Harry detuvo un momento el caballo y contempló el paisaje que se abría ante ella tras el último giro del camino: el río, bordeado en aquella zona por un bosque de chopos negros cargados de musgo; la casita que parecía construida por seres mágicos, con un jardín lleno de colorido y el pequeño embarcadero; el gigantesco árbol que se levantaba en su parte trasera, entre madreselvas y rosales silvestres salpicados de escaramujos. Un roble. Debía ser el que le daba nombre. ¡Qué bonito! ¡Y había tanta calma allí!

El aire olía intensamente a bosque y río, a naturaleza. Ojalá hubiese podido llamar hogar a un rincón así.

Se recordó que tenía una misión que cumplir. No quería sentirse triste, ni vulnerable. No podía tener en la cabeza nada que no fuera el interrogatorio a que iba a someter a Rutshore. El peso de la pistola de su abuelo, en el bolsillo secreto que había cosido en su enagua, se le hizo más evidente que nunca. Después de lo ocurrido en Trammheran House había decidido que era mejor protegerse en lo posible. Esperaba no tener que mostrarla. O hacerlo solo para amenazar.

¡Oh, Dios, no debería haberla traído! ¡Estaba loca!

—Vamos —dijo, antes de que el pánico la impulsara a volver a Londres, y azuzó el caballo.

Al acercarse más, pudo ver que había tres hombres junto al diminuto atracadero, además de otros dos a caballo, a cierta distancia, y los criados junto a los coches. «Ay, madre», pensó, reteniendo otra vez el caballo. ¿Es que la gente era incapaz de seguir incluso la instrucción más sencilla? Le pidió a sir Alan que insistiera en que quería ver a Rutshore a solas,

completamente a solas, pero nada, no había habido suerte. ¡Menudo comité de bienvenida la estaba esperando!

Y ella llegaba así, sin escolta, sin un hombre que la defendiera a ojos de aquellos individuos. Por no tener, ni siquiera contaba con una doncella. ¿Qué impresión se estarían llevando?

—¿Y qué puede importarme?

Eso era verdad. No iba a permitir que nadie la hiciera sentir mal por vivir como quería vivir. Ella era Harry, Harry Perceval Saint-George.

Alzó la barbilla, irguió la espalda y se llevó una mano al pecho. Orgullo de los Saint-George.

Espoleó el caballo para terminar de acercarse.

Durante ese breve trayecto, sus ojos se centraron en Rutshore, no pudo evitarlo. Alto, moreno, de complexión esbelta más que delgada, tenía unos ojos profundos y un aire intelectual que le hacía muy interesante. De hecho, quizá sus amigos fueran más guapos, desde un punto de vista físico, pero no le resultaban ni de lejos tan atractivos. Había algo en Edward Truswell que hablaba de sabiduría, de conocimiento y de reflexión. ¿Qué más podía pedir?

Los únicos hombres que le gustaban a Harry, eran los inteligentes.

Seguro que ya la había reconocido, de la librería. ¡Ya era mala suerte ir a encontrarse allí, cuando estaba buscando alguna información sobre los jeroglíficos de la herramienta egipcia! Pero, si él no lo mencionaba a sus amigos, ella tampoco lo haría. Al fin y al cabo, no habían transgredido las normas de la apuesta, porque nunca habían tenido trato directo antes de ese instante. En la librería, ni siquiera le había dejado hablar, antes de salir corriendo.

Harry detuvo el caballo a pocos pasos, un poco intimidada. Odiaba sentirse así, pero supuso que nadie podía reprochárselo: estaba sola con varios hombres en el bosque. ¿Acaso podía darse una situación más escandalosa? En realidad sí, pero intentó no pensar en ella. ¡Pero qué cabeza loca era!

Los tres jóvenes nobles la observaron con curiosidad. Seguramente estaban tan asombrados que no podían creerlo. ¡Menudo comportamiento inusual el suyo! Estaba claro que se había convertido en toda una francesa excéntrica, pero ellos no lo sabían.

Rutshore fue el primero que se acercó; se adelantó un par de pasos y realizó

una ligera inclinación, un gesto galante.

—Supongo que usted es mi cita misteriosa, milady.

—Así es, lord Rutshore.

—No sé si debo presentarme o si desea que la ayude a bajar del caballo —añadió él, tras un momento incómodo—. Es todo tan... irregular.

Sí que lo era. No podía ser de otro modo. En la mente de Harry ardían las palabras de la nota del ramo de margaritas. Oía los lamentos de su abuelo. Y, sobre el muslo, sentía cada vez más el peso de la pistola. Y toda aquella gente... Se estaba poniendo muy nerviosa.

—Puedo bajar sola, gracias.

Así trató de hacerlo, a ser posible sin caerse al suelo sentada, que ya sería el colmo del ridículo, pero la hora larga cabalgando desde Londres en la silla de amazona le habían dejado los músculos agarrotados, y trastabilló.

Él estaba cerca y se adelantó rápido. La sujetó por la cintura y la sostuvo hasta dejarla en el suelo, con toda su dignidad intacta. Sus manos se mostraron firmes y delicadas a la vez, y su roce le provocó un escalofrío extraño, algo distinto a cualquier cosa que hubiese sentido hasta entonces.

Harry contuvo el deseo de empujarle a un lado. Hubiese sido poco educado rechazarle.

—Gracias —repitió, entre dientes.

—No hay de qué, milady. —Miró indeciso hacia atrás, hacia el camino—. ¿Y sus acompañantes?

—He venido sola —declaró con voz firme, algo que hubiese provocado el escándalo más absoluto con otra audiencia. Pensó que ocurriría algo, algo definitivo, como la destrucción del mundo o algo semejante, pero no: un segundo después, Inglaterra entera seguía allí, a su alrededor. Y los tres hombres se limitaron a mirarla con distintos grados de asombro y curiosidad—. Y creí haber pedido que usted también viniese solo.

—¿Solo? Me temo que sir Alan no mencionó ese detalle... —Harry suspiró interiormente. ¿Por qué se sorprendía? Sir Alan estaba mayor, cada vez olvidaba más cosas. Ni siquiera merecía la pena enfadarse con el pobre hombre, bastante había hecho yendo de un lado a otro, cumpliendo con algo que no quería hacer. Y hasta la hubiese acompañado hasta allí, a pesar de lo incómodo del viaje, de no ser porque ella no había estado dispuesta a

consentirlo—. Lo lamento. Es algo que ni me planteé. Tampoco se me pasó por la cabeza que usted llegase de este modo tan...

—Peculiar —le apuntó uno de sus amigos, el de ojos felinos, al ver que no encontraba el término. El marqués de Badfields, seguro, dueño de una reputación acorde con su mirada. El hermano de Minnie. Sí, incluso habiendo pasado tantos años, captó la semejanza.

—Eso mismo, gracias Badfields —dijo Rutshore, confirmando sus sospechas. Su expresión se llenó de disculpa—. Lo lamento, milady, no imaginé que le importase tanto ese detalle. Sabe que hay una apuesta por medio. Mis amigos querían comprobar que todo iba como era debido.

—Entiendo. Querían comprobar que había ganado su apuesta. Supongo que estamos aquí para eso. —El tono le salió demasiado tenso. Los tres la miraron a la expectativa—. Perdonen. Estoy algo nerviosa.

—No se preocupe, lo entendemos. Permita que me presente, que nos presente —añadió, haciendo un gesto hacia sus compañeros, que aprovecharon la ocasión para acercarse—. James Keeling, duque de Gysforth; Arthur Ravenscroft, marqués de Badfields y yo, Edward Truswell, marqués de Rutshore, para servirla.

—Un placer, caballeros. —Mejor no dar muchos datos, por si el nombre les sonaba conocido del escándalo, y se empeñaban en seguir allí más tiempo del necesario, en apoyo de su amigo—. Soy lady Harriet.

Esperaron algo más, un apellido, algún título, pero no dijo más. Con eso tendría que ser suficiente, de momento. De ellos dependía creer que era de verdad una dama de alcurnia, o un engendro macerado en aguardiente surgido de cualquier taberna de Whitechapel.

Por suerte, pese a haberse presentado de tal manera, optaron por lo primero.

—Un placer, milady. —Lord Gysforth, el primero en reaccionar, tomó su mano y la besó—. Y disculpe nuestro pequeño juego. Admito que es algo infantil, pero inofensivo.

—No se preocupe.

Lord Badfields también se inclinó a besarle la mano.

—Yo reconozco que no lamento en absoluto haberme embarcado en el juego de esta apuesta, valga el divertido juego de palabras. —Harry supuso que se refería a «embarcado» y «barca», aunque tardó un momento en caer en

la cuenta—. Usted es la segunda mujer hermosa que me permite conocer. Y, recuerde, todavía está a tiempo: si desea pasear en barca conmigo, en vez de con el aburrido de Rutshore, solo tiene que decirlo. Seré su feliz galeote.

—Vaya, gracias —protestó Rutshore. No se mostró enfadado por la broma de Badfields, al contrario. Se notaba que tenían mucha confianza—. Menos mal que le estaba presentando a mis amigos. Ahora pasaré a los que me tienen inquina.

Badfields se echó a reír.

—En el amor y en la guerra...

Ella no supo qué decir. Rutshore debió percibir su incomodidad, porque sonrió animoso y dio un paso al frente.

—Bien, supongo que, ya que hemos llevado a cabo todo esto de la forma más extraña posible, es mejor que continuemos del mismo modo. Sobre todo si queremos volver a Londres antes de que se haga demasiado tarde. Y, como puede ver —señaló hacia el jardín con una mano—, tengo intención de invitarla a tomar el té después del paseo.

Harry vio que, bajo la tejavana del porche de la casita, en una zona protegida del viento por un muro de rosales, habían dispuesto una mesa para dos personas, con un mantel muy bonito y una vajilla de la mejor porcelana. Había, incluso, copas que brillaban con el sol del atardecer, y un jarroncito de cristal con flores. En otra mesita cercana pudo ver varias bandejas cubiertas. Todo estaba cuidado hasta el último detalle.

Harry parpadeó, sorprendida.

—Es... es usted muy amable.

—No tiene importancia. De hecho, la amabilidad ha sido de nuestro anfitrión, lord Gysforth, que nos ha cedido el lugar y ha organizado una merienda en la que yo no había pensado, lo reconozco.

—Y, en realidad, es mérito de Bethany, mi esposa —rectificó a su vez Gysforth—. Ella tuvo la idea y lo organizó todo. Dijo que solo se trata de un detalle para con la dama que ha salvado a Rutshore de perder la apuesta, lady Harriet. También me pidió que le dijese que está deseando conocerla. Que le transmita su deseo de que venga a Gysforth House a tomar el té, en cuanto le sea posible.

—Dele... dele las gracias de mi parte —replicó, ya que se esperaba que

dijese algo. ¡Qué infierno de situación ridícula! Todos tan cordiales y ella con su pistola. ¿Es que no iban a irse nunca?

—Sí que me ha salvado. —Rutshore la estudió pensativo—. Ya se lo dije a sir Alan, creo, pero la verdad es que no pensaba poder ganar esta apuesta.

—Créale —gruñó lord Badfields—. Ni siquiera se había tomado la molestia de intentarlo. Se iba a limitar a pagar la penalización. ¿Puede creerlo? ¡Qué falta de espíritu competitivo!

—En ciertos asuntos, ninguno, lo admito. Lo guardo para otras cuestiones. —Rutshore sonrió—. Y como decía antes, mejor si nos ponemos en marcha, para que no se nos haga muy tarde. —Señaló hacia el muelle, donde esperaban dos barcas—. Si le parece bien, lady Harriet, levemos anclas. —Lanzó una mirada llena de intención a sus amigos—. Vosotros, ya podéis ir os a hacer las muchas cosas que tenéis que hacer por ahí, en otros puntos del mundo.

—Sin duda alguna. Londres no sobreviviría sin nuestro esfuerzo diario —asintió Badfields, pero sin dar la impresión de ir a ponerse en marcha. Lord Gysforth le palmeó el hombro.

—Vamos, compañero. Tengo en casa una esposa que estará deseando que le lleve noticias. Y a ti también te espera para cenar.

—Ah, la hermosa Bethany, siempre apiadándose de mi estómago vacío. Vamos pues. —En el último momento, les miró—. ¿Necesitarás la escolta, Rutshore?

—No, no, en absoluto. Me arreglo con Barns, gracias. Él nos llevará a Londres, en mi coche, si a lady Harriet le parece bien. —La miró a ella—. Me gustaría que volviera conmigo. Cabalgar sola de noche, no es buena idea.

—Por supuesto —masculló ella, captando claramente que el «de noche» era un añadido por simple cortesía.

Lord Gysforth y lord Badfields se alejaron hacia su carruaje y montaron en él, pero Harry vio que se quedaban mirando desde la ventanilla. Malditos fueran. Al final, hasta iba a tener que subir al dichoso bote, en vez de interrogar a Rutshore allí mismo. Aunque sabía nadar, no le gustaba nada la idea de estar con él en un espacio tan reducido e inestable.

—Van a comprobar que subimos al bote, y sin doncella —le explicó él, al darse cuenta de cómo les miraba—. Forma parte de las condiciones de la

apuesta.

—Creo que es evidente que no he traído doncella —dijo Harriet. Rutshore rio entre dientes.

—Me he percatado. —Cuando Harry empezó a caminar, la siguió—. Reconozco que me resulta asombroso. ¿Cómo la han dejado salir sola?

Harry se encogió de hombros.

—Me he escapado.

—¿Significa eso que...?

—Salí por una ventana trasera —se jactó—. Nadie me ha visto.

Oyó que se detenía y se volvió hacia él. Rutshore la miraba muy serio. Casi parecía enfadado.

—¿Se da cuenta de lo peligroso que es hacer algo así, lady Harriet? ¿Y, más, el reconocerlo en una situación como esta, en la que usted tendría problemas en conseguir ayuda? Yo podría ser un hombre muy distinto al que soy.

Harry percibió el peso de la pistola. Y también la sensación de sudor que le provocaba el miedo, porque entendía perfectamente el argumento de Rutshore.

—Yo también podría ser una mujer distinta a la que soy —se obligó a decir, sin embargo—. No se preocupe por mí, sé defenderme sola.

—¿En serio? —La estudió con auténtico interés—. ¿Siempre es tan peculiar, lady Harriet? ¿No le importa nada el «qué dirán»?

Ella se sintió extrañamente satisfecha por haberle impresionado. Por eso su tono sonó doblemente arisco.

—No me importa nada la opinión de nadie, lord Rutshore. Ni siquiera la suya.

Rutshore parpadeó ligeramente, sin saber cómo responder. Hizo lo que hubiese hecho cualquier otro caballero: simular que la dama en cuestión no había replicado como una arpía.

—Lo tendré en cuenta. —Hizo un gesto—. Sigamos, pues.

Continuaron hacia el muelle y, al llegar, le ofreció el brazo para ayudarla a subir al bote. Harry era ágil y tenía buen equilibrio, no le necesitaba para nada, pero decidió aceptar, simulando torpeza, porque eso le daba la posibilidad de valorar un poco más la fuerza física de Rutshore. Ya había

podido intuir algo, cuando la sujetó al bajarla del caballo, pero era mejor asegurar.

Tal como se imaginaba, aunque Harry se tambaleó de mala manera sobre el bote, provocando que se agitase locamente bajo sus pies, su brazo se mantuvo firme.

—Perdone. Lo siento.

—No se preocupe. —Sonrió—. Creí que no le importaba mi opinión.

Ella carraspeó, pero decidió no responder a semejante pulla. Además, había confirmado lo que ya suponía. Todo el mundo aseguraba por ahí que Rutshore era un ratón de biblioteca, alguien que vivía solo para levantarse de la cama y ponerse a leer sus polvorientos tratados históricos hasta caer de bruces por el puro agotamiento. No era que tuviese fama de blando o apocado, para ser exactos no tenía fama de nada, nadie hablaba apenas de él. Pero la realidad era que estaba en forma, y mucho.

No se trataba de alguien flojo, por muchas horas que hubiese pasado sentado ante un escritorio. Y ella imaginaba por qué.

Si era un espía inglés, estaría bien entrenado.

—¿Se encuentra cómoda? —preguntó, en cuanto se sentó.

—Mucho.

—Perfecto.

Rutshore asintió, subió también a la barca, cogió los remos y empezó a remar con soltura. Hacía una tarde estupenda y él hasta parecía una persona muy agradable. Harry lamentó que todo lo relacionado con ese paseo fuese tan rematadamente falso. Que no pudiese disfrutar de ese atardecer maravilloso, de los colores intensos del sol reflejado en el río. ¡Era todo tan extraordinario, tan bonito! La casa casi parecía formar parte de algún mundo mágico.

Pero no estaba allí para pasear en barca por puro gusto, ni para ayudar a un diletante, demasiado rico para su bien, a cumplir una apuesta con la que librarse del tedio. Se giró hacia la derecha y miró hacia la orilla. A lo lejos, el coche de lord Gysforth y lord Badfields se estaba alejando tras la curva del camino, seguido por los dos guardias de escolta. No consiguió distinguir al cochero de Rutshore, que sí que debía haberse quedado, pero daba igual. Sintió un profundo alivio.

Para el caso, ya estaban solos. Únicamente el cielo y el mundo observaban. Durante varios minutos, no hablaron. Rutshore remó sin detenerse hasta quedar en el centro del río. Entonces, se detuvo. Sus ojos vagaron por el horizonte. Tenían un aire soñador.

—¿Por qué salió corriendo, en la librería? —preguntó de pronto. Así que no estaba tan abstraído como pensaba.

—Lo sabe perfectamente. —Pero, como la miró, se vio obligada a explicarse—. Por la apuesta. No debíamos tener trato antes de este encuentro.

—Me sorprende. No da la impresión de ser alguien a quien le guste cumplir las reglas.

—No siempre lo hago, pero no quería correr riesgos. Cabía la posibilidad de que usted decidiese cancelar este encuentro.

—Ya veo. —Sonrió—. ¿Y qué buscaba? En ese libro de Champollion, me refiero.

Le miró sorprendida. Así que se había fijado en eso.

—No es algo de su incumbencia, lord Rutshore.

—Supongo que no. Mis disculpas. —Sus pupilas la diseccionaron. Estaba muy cerca de terminar de irritarse por su tono—. ¿Va a decirme por fin quién es usted y por qué quería este encuentro, lady Harriet?

—Claro que sí. No tendría sentido no hacerlo. —Él asintió—. Mi apellido es Waldwich, lord Rutshore, ¿le suena? —Seguro que sí, porque le vio tensarse—. Soy lady Harriet Waldwich Saint-George. Mi padre era lord Richard Waldwich, conde de Trammheran.

—Trammheran... —susurró Rutshore. Algo pasó por sus ojos, algo que borró toda expresión de su rostro. Harry contuvo la respiración. ¿En qué estaría pensando? ¿En cómo descubrió a su padre? ¿En lo que hizo con él? ¿En lo que hacer con ella? En cualquier caso, supo contenerse, aunque por un momento pareció demasiado aturdido como para reaccionar.

—Sí. Trammheran —repitió ella—. Coleccionista, erudito y mecenas de estudiosos de la Historia. Colaboraba habitualmente con la universidad de Oxford y con el Museo Británico. Le conocía, ¿verdad?

—Ya sabe que sí, de otro modo no estaríamos aquí, manteniendo esta conversación. Aunque imagino que, añadiendo ese segundo apellido, quería decirme algo. —La miró con amabilidad—. Voy a ponérselo fácil: lo

lamento.

«¿En serio?», pensó Harry, sintiendo un frío mortal. Casi lo parecía.

—¿Qué lamenta, milord?

Rutshore hizo una mueca.

—Lo que ocurrió, lady Harriet, está claro. —Se lo pensó y preguntó con cuidado—. ¿Qué sabe usted de todo aquello?

Harry se levantó la falda por un lado y buscó el bolsillo en la enagua. Seguramente él esperaba otra cosa, porque sus ojos brillaron al ver sus botines y luego sus tobillos, y arqueó una ceja, a la expectativa. Además, se sobresaltó claramente al ver el arma surgiendo de entre los volantes de su ropa interior.

Le apuntó con la pistola.

—Soy yo quien va a hacer las preguntas, lord Rutshore. Y no dude de que le mataré si no me responde de un modo apropiado.

A pesar de su sorpresa, Rutshore se mantuvo tranquilo. Aseguró los remos y se acomodó en el banco.

—Entiendo. Supongo que no cabe la más mínima posibilidad de que se trate de una broma, ¿no?

—Me temo que no. Si se pregunta si está cargada, sí, lo está. Si sus dudas se refieren a mi pericia para usarla... —Amartilló la pistola, preparándola para ser disparada—. Le advierto, milord, que tengo muy buena puntería.

—No lo dudo. —Se cruzó de brazos—. Qué barbaridad, lady Harriet. Debió pedirme cita en el museo o en mi casa, se hubiera evitado la cabalgada desde Londres hasta aquí.

—Quería hablar con usted lejos de todo y a solas. Esta apuesta era una buena oportunidad.

—Supongo... Por cierto, tengo que mostrarle mi admiración. Venir en una silla de amazona, debe haber supuesto un gran reto. Si le digo la verdad, me ha sorprendido. Hasta hoy mismo, hubiese pensado que alguien que llega como usted, sin escolta alguna, sin ni siquiera una doncella y que poco valora la opinión de nadie, hubiese cabalgado a horcajadas sin ningún reparo.

Ella le miró indignada.

—No se burle. Es usted un bellaco.

—En estos momentos, tiendo a estar completamente de acuerdo con usted.

—Hizo una mueca—. Le pido disculpas, esta conversación está haciendo que me enfade, y sin embargo puedo entender su situación.

—Me alegra mucho que me comprenda. Quizá entonces le resulte menos complicado contestarme a unas preguntas. —Recordó el hombre grande, casi calvo, asomado a la balconada—. ¿Quién es el hombre del dragón?

Eso le sobresaltó. Por fin.

—¿Qué? —preguntó, incorporándose—. ¿El dragón? ¿De dónde ha sacado eso?

—Le recuerdo que yo hago las preguntas —replicó con acritud.

—Conteste. —La voz de Rutshore sonó perentoria. Era un tono que indicaba que se trataba de un hombre acostumbrado a ser obedecido cuando daba una orden. Harry apretó los labios. Le daría el gusto, por esa vez.

—Hace doce años, un día, mi madre recibió una nota de aviso de mi padre. En ella, le mencionaba a usted. Decía que le había descubierto, que se pusiera a salvo con mi hermano y conmigo.

Rutshore asintió.

—Sé a qué día se refiere. ¿Y?

—Yo estaba con ella cuando la recibió. Nos dirigíamos a una fiesta de cumpleaños... —Las gemelas Gysforth. Se había olvidado de ese detalle. ¡Por Dios, cuánto tiempo había pasado!—. Pero, entonces, mi madre se puso muy nerviosa. Ordenó al cochero que fuese a casa de un hombre.

—¿Qué hombre?

—No lo sé. Nunca supe su nombre.

—¿El lugar, la casa? ¿Algún detalle?

—Un arco de piedra, una puerta de reja... —En su mente flameó el escudo de armas de piedra—. Junto a la entrada, vi su escudo, y había un dragón. Por eso le llamo así. Él estaba en una balconada, mirándonos con odio. Era grande, con poco pelo. Emitía una gran impresión de... violencia. Otro hombre acompañó a mi madre fuera. Era más joven, rubio... Discutieron. A ese le llamo el demonio. Era como Lucifer. —Se encogió de hombros—. Yo era una niña asustada.

Rutshore asintió.

—¿Sabría llegar allí?

—No. ¿A qué viene esto? Ya le digo que yo era una niña, entonces ni me

fijé y han pasado muchos años. Pero recuerdo ese detalle porque aquel día fue la última vez que vi a mi madre. —Tensó la mandíbula, intentando controlar la pena—. Me llevó a casa de sir Alan y se ocupó de que me sacaran de Inglaterra. Ya imaginaba lo que iba a pasar.

—¿Y qué es lo que pasó?

—Lo sabe bien, no se burle. —Él no dijo nada—. El año siguiente, mataron a mi padre. La Guardia dictaminó que se había tratado de un crimen por despecho, que mi madre los asesinó, a él y a la pobre Rowena... —Sintió que se ahogaba de indignación—. Conoce el escándalo Trammheran.

Él le lanzó una mirada compasiva.

—Claro que sí. Ha pasado mucho tiempo, pero sí, lo recuerda todo el mundo, cada cual con sus propias conclusiones. Pero su madre no mató a su padre —añadió, al cabo de un momento, con voz suave—. Eso seguro que lo sabe.

—Sí. —Recordó la nota, aunque no la necesitaba para estar segura—. Claro que lo sé.

—Lady Harriet, créame, lo siento mucho...

—No se burle.

—No lo hago.

Harry apretó los labios.

—Muy bien, pues entonces, es el momento de demostrarlo. —Hizo un gesto con la pistola—. ¿Cómo explica la nota? Le mencionaba en ella, a usted concretamente. «El hijo de Rutshore», decía.

Rutshore dudó.

—Es una historia algo larga. ¿Seguro que quiere que se la cuente?

—Le estoy apuntando con un arma para forzarle a hablar. ¿Usted qué piensa?

Él hizo una mueca.

—Que sí, desde luego. —La miró con una nueva determinación—. Pero si quiere oírlo, tendrá que bajar esa pistola.

—No pienso hacerlo.

—Bájela, maldita sea. Me incomoda mucho verla así. Además, sabe tan bien como yo que no va a disparar. Adrede, al menos.

—No debería estar tan seguro.

—¿No? —De pronto, se puso en pie—. Entonces, voy a darle la oportunidad de demostrarme que me equivoco.

Harry abrió la boca, tomada por sorpresa. ¿Y ahora, qué? Una sensación de alarma, de desastre inminente, la recorrió por completo.

—¿Qué demonios hace? —preguntó, mientras le veía avanzar, lento pero determinado. Movi6 la pistola en un gesto que transmitía un mensaje evidente. O eso esperaba—. ¡No se mueva, maldita sea!

—No jure como un carretero, no queda bien en una dama. Y baje la pistola —replic6 6l, dando otro paso. Aunque avanzaba con cuidado, el bote entero se zarande6 ligeramente.

—¡Le digo que se quede quieto! —Rutshore obedeci6, aunque estaba ya muy cerca—. No me obligue a...

—¿A qu6? —Se agach6 poco a poco, hasta clavar una rodilla en la madera. La pistola apuntaba de lleno a su frente. Rutshore ni pestañe6—. ¿A qu6 no quiere que la obligue, lady Harriet?

¿Qu6 tenía la mirada de aquel hombre, que tanto la perturbaba? Harry sintió un arrebato de calor intenso.

—No voy a...

6l no esper6 a oír sus amenazas. Fue muy r6pido. Barri6 el aire con una mano, para sujetarla por la muñeca y apartar a un lado el cañ6n de la pistola. Con la otra, apres6 su otro brazo y se impuls6 hacia delante, con la intenci6n de inmovilizarla con el peso de su cuerpo contra la proa.

Tomada por sorpresa, Harry apret6 el gatillo y la pistola se dispar6. La detonaci6n reson6 con estruendo en el aire tranquilo de la tarde. Una bandada de p6jaros sali6 volando de la espesura.

Oyeron voces, desde la orilla, posiblemente del criado de Rutshore. 6l la miraba muy cerca, tanto que hubiese podido besarla solo con inclinar la cabeza un par de centímetros. Entonces se dio cuenta de que Rutshore se encontraba entre sus piernas, en una posici6n absolutamente impropia. Harry podía sentir su peso, y su calor, a lo largo de todo su cuerpo.

Y tambi6n algo m6s. Aunque nunca se había acostado con un hombre, sabía reconocer la indiscutible dureza de una erecci6n.

¿Estaba excitado? Ella sÍ, desde luego. Mucho. Demasiado. Not6 c6mo su cuerpo se movía casi por voluntad propia bajo el del hombre, anhelando sus

caricias, y eso la enfadó más todavía y la puso en guardia.

—Pues ya está —dijo entonces Rutshore. Quiso arrebatárle el arma, pero ella logró retenerla—. Suelte la pistola, maldita sea. Ya ha disparado, y quizá le haya dado a algún pobre bicho. ¿No es suficiente?

—¡Apártese!

Él la miró de un modo extraño. Sonrió.

—¿Y si no quiero? ¿Cómo se va a defender ahora, lady Harriet? Recuerdo bien el modo en que se ha jactado de que nadie la ha visto salir de su casa. Está aquí, entre mis brazos. Es usted tan hermosa... —Sus ojos parecieron acariciarla. Movi6 las caderas, restregándose apenas contra su pubis—. Lo nota, ¿verdad? Puede sentir cómo me ha puesto.

El corazón de Harry latía con tanta fuerza en el pecho que le hacía daño.

—Déjeme...

Intentaba fruncir el ceño, parecer indignada, para que él no captase su miedo, pero quizá no tuvo éxito, porque Rutshore puso cara de disgusto consigo mismo y relajó su presa, separándose un poco.

—Perdóneme. Discúlpeme, lady Harriet, sé que mi comportamiento tampoco está siend...

—¡No! —exclamó ella. Liberó por fin la mano armada y le golpeó en un lateral de la cabeza. Rutshore cayó a un lado, inclinando el bote en aquella dirección, y luego volvió sobre ella, con lo que toda la estructura se balanceó también hacia la otra borda, peligrosamente.

Forcejearon por la pistola. Rutshore era un hombre fuerte, pero ella no estaba dispuesta a dejar que se la quitara sin oponer toda la resistencia posible. El movimiento de la barca aumentó peligrosamente hasta que, con un último impulso, justo cuando él tiró con tanta fuerza que le arrebató el arma con una exclamación de victoria, se inclinó lo bastante como para que los dos salieran despedidos.

Cayeron por la borda.

Lo primero que pensó Harry, antes incluso de preguntarse por la profundidad del Támesis, qué criaturas hambrientas podían vivir allí o si sería capaz de nadar con los botines y el vestido, fue que el agua estaba muy fría. Helada y silenciosa. Estar allí, así, flotando, era como estar en un lugar ajeno al tiempo. Como si nada importase, excepto aquella inmensa paz.

La luz llegaba de arriba. Formaba destellos que se extendían en un intenso resplandor verdoso, una luminosidad que se enredaba entre las burbujas que iba creando ella misma, y que iba oscureciéndose más y más hasta convertirse en un negro absoluto a sus pies, allá abajo...

De entre las burbujas y la oscuridad, surgió de pronto el rostro determinado de Rutshore. Y tenía la pistola. Harry hubiese deseado poder gritar. Su abuelo se revolvería en su tumba de saber que ese hombre, el responsable de la desgracia de lady Miranda, se llevaba su arma al infierno.

Harry le agarró. Forcejeando, se hundieron varios metros. Al final, la pistola no fue para nadie; se les escapó de entre los dedos y vieron juntos cómo se hundía, girando hacia el olvido, apartándose para siempre de la historia de los seres humanos. Se miraron. Él hizo un gesto de circunstancias.

Estaba muy abajo, la ropa le pesaba mucho y casi no le quedaba aire. Asustada, trató de darse impulso y alejarse, pero Rutshore fue más rápido y la retuvo. Harry pataleó, convencida de que intentaría ahogarla, pero no fue así. La agarró y la ayudó a llegar a la superficie.

Ambos boquearon.

—Está usted loca —dijo Rutshore, sujetándola con tanta fuerza que le hacía daño.

—¡Suélteme!

—Ni lo sueñe. —La empujó en una dirección—. Vamos, muévase. Nade hacia la orilla.

—¡No voy a...! —Como castigo, esta vez sí que la metió bajo el agua. Cuando volvió a salir, Harry tosió aparatosamente—. ¡Déjeme! ¿Cómo se atreve?

—¡Nade, le digo!

Otra vez la orden. ¿Pero qué se había pensado aquel canalla? Harry quería soltarse, algo que no parecía fácil, y también tomar distancia. Por eso, dio un tirón seco, con el que se rasgó alguna costura de su chaqueta, y se impulsó con todas sus energías hacia atrás.

Lo logró. Él le hizo un gesto y trató de retenerla, pero no pudo.

—¡Quieta! ¡No!

Notó un fuerte golpe. Luego, todo fue oscuridad.

CAPÍTULO 6

«Maldita loca», pensó Edward.

En su forcejeo, lady Harriet no se había dado cuenta de que estaban muy cerca del bote. El golpe que se dio en la cabeza había sonado de un modo terrible. De hecho, había perdido instantáneamente el conocimiento. El Támesis, que parecía tan calmado e inofensivo en aquella zona, empezó a tragársela de inmediato, como una bestia gigante y ávida.

O un baile. Sí, cierto, más parecía bailar con ella. Lady Harriet empezó a hundirse en lentos giros, poco a poco, una criatura hermosa y grácil, envuelta en las ondas de su vestido y en el resplandor verde del agua. Detrás, siempre detrás, iba dejando una estela, como si se estuviese desprendiendo lentamente de su vida en forma de una larga hilera de burbujas.

Alarmado, Edward se apresuró a sumergirse tras ella y, aun así, le costó un par de intentos alcanzarla y subirla de vuelta a la superficie. De no haber estado él para sujetarla, se hubiese hundido como una piedra hasta el fondo, por culpa del peso de su ropa.

—¿Lady Harriet? —exclamó en cuanto recuperó el aliento. Ella tenía la cabeza apoyada en su hombro, el rostro girado hacia el cielo. La tela beige de su chaqueta empezó a adquirir un alarmante tono rosado. Debía tener alguna herida. Edward apoyó dos dedos en su cuello y buscó el pulso; para su alivio, lo encontró enseguida, fuerte y tranquilo. Le palmeó la mejilla—. ¡Lady Harriet!

Nada, no reaccionaba. Buscó con la vista, pero la barca se había alejado ya demasiado, arrastrada por la corriente. Le salía más a cuenta nadar hacia la orilla, remolcando a la muchacha. En otras circunstancias, no hubiese sido una empresa difícil, Gysforth, Badfields y él habían nadado muchas veces allí

y hasta habían jugado a salvarse unos a otros. Pero, con la ropa, supuso un buen esfuerzo.

Para cuando llegó al pequeño muelle, ya estaba allí Barns *el Joven*, moviéndose de un lado a otro con cara de pánico. Le ayudó a sacar del agua el cuerpo inconsciente de la dama.

—¿Milord? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Un pequeño accidente. —Subió al muelle a pulso y quedó sentado, tosiendo y tratando de recuperar fuerzas.

—¿Accidente? —El muchacho le miró indeciso. A él y a lady Harriet—. ¿Está seguro? ¿Alguien disparó una pistola, milord!

«Madre mía», pensó Edward. Había olvidado aquel detalle y ese Barns en concreto llevaba demasiado poco tiempo a su servicio. Su abuelo nunca hubiese realizado ningún comentario respecto al disparo. Se hubiese limitado a mencionar que milord debía cambiarse de ropa cuanto antes.

—Habría sido alguien cazando pájaros. —Bien, buenos reflejos. Sonaba infinitamente mejor que un «Esta muchacha me estaba amenazando con una pistola y se ha complicado el tema»—. Milady se ha asustado y hemos volcado.

—Oh. —Barns miró aterrado a la joven desmayada—. ¿Y qué hacemos?

—Buena pregunta. —Edward se incorporó y se inclinó sobre lady Harriet. Le dio golpecitos en las mejillas—. ¡Lady Harriet! ¡Milady!

Por fin reaccionó. Tosió, echando algo de agua, y parpadeó.

—¿Qué...?

—Menos mal. Qué susto me ha dado. Espere. —Le quitó el sombrero, que seguía sujeto por la lazada bajo la barbilla, y lo dejó a un lado. Estaba como veinte centímetros dentro del muelle, pero, de pronto, un golpe de viento lo lanzó al agua—. Vaya por Dios.

—¿Intento cogerlo? —preguntó Barns.

—No, da igual. O mucho me equivoco, o estaba echado a perder.

Ella miró aturdida cómo se hundía.

—Es mi... sombrero.

—Ya. Le compraré un millón de sombreros, no se preocupe. —Palpó con cuidado su cabeza. No tardó en localizar el golpe—. No parece grave, aunque se ha raspado el cuero cabelludo, de ahí la sangre.

—No sé... —Se llevó la mano a la cabeza—. Ay...

—Siéntese. —La ayudó a hacerlo. Ella bizqueó, intentando enfocar la vista—. ¿Está mareada? ¿Tiene náuseas, ganas de vomitar?

—No.

—Bien. Descanse un poco.

Edward se puso en pie y miró a los lados. El sol estaba en pleno descenso y había hecho un día agradable, pero tampoco demasiado cálido. Si se quedaban allí con la ropa empapada, podrían coger una pulmonía. En la casa había armarios llenos de cosas de James y de Bethany, y de las hermanas Keeling. Incluso había cosas de sus abuelos, como varios trajes y una peluca llena de tirabuzones, de los tiempos en que estaban de moda, allá cuando el primer ministro William Pitt creó el impuesto para pelucas empolvadas. Seguro que algo de todo aquello podía servirles.

—¿Qué hacemos, milord?

—De momento, voy a llevarla dentro, para cambiarnos de ropa. También prepararé algo de té. Nos quedaremos todavía un rato.

—¿Quiere que lo prepare yo?

—No, no hace falta. Tú mejor coge el otro bote y ve a buscar el que se ha ido a la deriva. A ver si lo alcanzas antes de que llegue a Dover.

—Al momento, milord.

Barns se movió por el muelle con paso decidido, al menos hasta llegar a la barca. Una vez allí, se lo pensó un par de veces antes de decidirse a subir, como si temiera que fuese a morderle. Cuando al fin lo hizo, aquello se tambaleó tanto que Edward temió que tendría que sacarle también a él del agua.

El muchacho cogió los remos con muy poco garbo.

—Pero, sabes remar, ¿verdad? —se decidió a preguntar Edward.

—¡Sí! —Casi sin transición, admitió—: ¡No! ¡Pero aprendo rápido, milord!
—Empezó a mover los remos, un tanto a lo loco, y como no podía ser de otro modo, se le escapó uno. Logró recuperarlo antes de que se le hundiese en el agua, pero casi le costó caerse por la borda. Para entonces, el bote había empezado a separarse del muelle, más que nada gracias a la corriente. Si seguía así, con suerte, llegaría al mar sin ahogarse. Allí, ya, la cosa se le iba a complicar, seguro—. ¡No tardaré!

—Pero...

—No se preocupe, milord, me arreglo. ¡Cuide de milady!

Sí, tenía que atender a lady Harriet. Menuda complicación.

—¡Si lo ves mal, usa un remo para moverte hacia la orilla, y vuelve! —le gritó, en memoria de Barns *el Viejo*, para que comprobase desde el más allá que cuidaba de su nieto—. ¡No te preocupes del otro bote!

—¡No, no me olvido del otro bote! —replicó el muchacho, cada vez más lejos.

—Bueno... Adiós, fue un placer conocerte —susurró Edward. Igual estaba siendo demasiado negativo. La parte buena era que, de esa, seguro que Barns aprendía a remar. Al menos, con un remo.

—¿Adónde va? —preguntó aturdida lady Harriet.

—Como muy lejos, a Dover, espero. Aunque quizá llegue a Francia. —Se volvió hacia ella, al captar por el rabillo del ojo que intentaba levantarse—. Espere, yo la ayudo.

—No hace falta. —Según lo dijo, le fallaron las piernas—. Igual sí.

—Claro que sí. La llevaré en brazos.

—No, no es necesario...

—Oh, demonios. Calle de una vez. Además, dado que está débil como un pajarillo, eso lo decidiré yo.

La cogió en brazos. A pesar del agua que cargaba sus ropas, al levantarla la sintió ligera. Percibió la mezcla de su perfume con el olor fresco del Támesis, un aroma que encontró maravilloso. Era extraño. Qué tenía aquella joven que tanto le perturbaba. Y mira que habían empezado mal...

Con ella, se dirigió hacia la casa. Ese mediodía, mientras iban hacia allí en el coche de Arthur, James había insistido en que podía contar con el sitio para lo que considerase oportuno, aunque lo cierto era que siempre lo hacía. Si algo desbordaba el corazón de lord Gysforth, era pura generosidad para con sus amigos.

Arthur, más en su línea, había hecho un buen número de bromas sobre las posibles pasiones de una joven capaz de la audacia de quedar con él de ese modo tan poco correcto, y de si Edward estaría a la altura de la situación. Por supuesto, se ofreció voluntario para sustituirle en cualquier momento.

Pero ninguno de ellos llegó a imaginar que cruzaría el umbral con ella en

brazos. Ni siquiera contaban con tener que entrar, estando el té organizado en la mesita del porche.

La casa era tan bonita por dentro como por fuera. Edward conocía muy bien el interior. Incluso había vivido allí, solo o con Arthur y James, a temporadas, cuando tenían que concentrarse en estudiar para sus últimos cursos en la universidad. Por eso, la habitación del final del pasillo a la derecha, era la «habitación de Rutshore», aunque por lo general la utilizaba Ruthie cuando se alojaba en el sitio.

—Otra cosa que tenemos en común, además del «Rut» —dijo en voz alta, algo divertido al recordar aquella anécdota. Decidió no mencionárselo a la tía Hetty. Seguro que no le hacía gracia tener que pensar en él y en Ruthie en la misma cama, aunque fuera en momentos distintos.

—¿Cómo? —preguntó lady Harriet, sin entender.

—Eh... nada. Disculpe.

Sleeping Oak contaba con una pequeña entrada, un salón grande unido por un arco al comedor, una cocina y dos dormitorios para los criados abajo, aunque uno solía usarse de despensa y almacén, dado que los Warden, los guardeses, vivían solos; en la parte de arriba, había cinco habitaciones, una más grandes que las otras cuatro, la que ahora solían ocupar James y Bethany cuando iban por allí.

Hacia esa en concreto se dirigió Edward, porque lady Harriet y Bethany debían tener unas medidas semejantes, y quizá le valiera algo de su ropa. Subió al primer piso con la muchacha en brazos, avanzó rápido por el pasillo, entró en el dormitorio y la depositó con cuidado sobre la gran cama.

Tocó su mejilla. Estaba muy fría.

—Tiene que cambiarse cuanto antes. Quítese esas prendas húmedas. —Fue hacia el armario de Bethany y lo abrió. Allí dentro había atuendos de todo tipo. Cogió una brazada de vestidos y los arrojó sobre la cama—. Elija. En la cómoda tendrá ropa interior. Escoja lo que prefiera.

Junto a la jofaina había un armarito lleno de paños meticulosamente doblados. Le acercó un manojo y se quedó con uno. Empezó a secarse el pelo mientras decidía si encender ya la chimenea. Quizá mejor salir y dejar que se cambiase de ropa.

Como se quedó allí más tiempo del debido, ella le miró con cautela.

—No esperaré que me cambie delante de usted.

Edward se volvió hacia ella, sorprendido.

—Pues no lo sé —dijo, de todos modos, algo molesto porque le hubiese creído capaz de algo así—. Estoy pensando que quizá debería quedarme y registrarla a conciencia. Nadie me asegura que no tenga otra pistola entre las enaguas. —Al momento, alzó una mano, en un gesto tranquilizador. Una suerte, porque ella ya había abierto mucho los ojos, atónita por semejante respuesta—. Solo era una broma de mal gusto, perdone. No se preocupe, soy un caballero. Esperaré fuera, por supuesto.

Salió del dormitorio y cerró la puerta suavemente.

En el pasillo, se quitó la chaqueta empapada y la colocó en el respaldo de una silla. Durante unos momentos, contempló pensativo las gotas de agua que dejaba caer; no tardaron en formar un charquito en el suelo. Agitó la cabeza. ¡Idiota! Menuda tontería le había soltado. Pero bueno, seguro que lady Harriet le entendía y no se lo tendría en cuenta. Debía estar tan desconcertada, tan superada por todo lo ocurrido, como él.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó, moviéndose inquieto de un lado a otro. ¿Qué significaba todo aquello? ¡Waldwich! ¡El conde de Trammheran volvía de entre los muertos para cruzarse otra vez en su vida, tras tantos años!

Y lady Miranda y sus secretos.

¿Podría ser una nueva oportunidad...? No quería ni imaginarlo, para no darse demasiadas esperanzas, pero quizá aquella muchacha supiera algo que le permitiese seguir la investigación que llevaba tantos años parada. Parada, pero no olvidada. Él seguía deseando descubrir qué había ocurrido.

Bueno, eso lo sabía: el dragón había asesinado a su padre. Lo único que deseaba realmente era encontrar a aquel asesino, desenmascararle y hacer justicia de una vez por todas.

Vengar a su padre...

—¡Lord Rutshore! —oyó que le llamaba—. Venga a ayudarme, por favor.

—¡Ahora mismo!

Abrió la puerta y se quedó paralizado.

Lady Harriet se encontraba de espaldas a él, mostrando la espalda desnuda, con los mil botones que la recorrían, abiertos. Reconoció el vestido de Bethany, elegante y muy femenino. Era de una tela gris perla muy suave,

vaporosa, con el cuerpo y el bajo bordados con pequeñas flores en negro. Le había gustado mucho cuando se lo vio, durante el día que pasaron todos juntos allí mismo, el otoño anterior, poco después de su boda con James.

Bethany estaba preciosa entonces, pero no pudo por menos que pensar que le sentaba mejor a Harriet.

Edward hizo una mueca, con la sensación de estar siendo atrapado en la trampa de una flor carnívora. La encantadora lady Harriet era realmente peligrosa. No podía evitar la atracción. Para ser exactos, en ese momento, ni siquiera quería hacerlo. Avanzó resuelto hacia ella, se colocó detrás y, tras un segundo en el que simplemente se quedó allí quieto, disfrutando de su cercanía, de formar parte de su aura, empezó a abrochar botoncitos, uno tras otro, empezando de abajo hacia arriba.

Resultó una labor más complicada de lo que habría imaginado. Eran pequeños, redondos, forrados en la misma tela gris del vestido, y parecían tener la virtud de alterarle mente y cuerpo.

No podía explicarse de otro modo. A medida que iba abotonando la prenda, iba aumentando el calor que sentía, su respiración se aceleraba, al igual que la sangre en sus venas, y su erección llegó a conseguir el derecho a ser considerada la mayor que había tenido nunca. Jamás había deseado tanto a alguien, de una forma tan... tan brutal, tan visceral.

Sentía los dedos tensos por el deseo de tocar su piel, de empujarla, sujetarla contra esa cama, levantarle las faldas vaporosas y hacerle el amor de un modo que, ya en su imaginación, tenía muy poco de controlado.

Edward no estaba seguro de cómo moverse en ese terreno. No era que no hubiese tenido sus aventuras, ni mucho menos. En su mundo, la idea de que un hombre de sus años siguiera siendo virgen, resultaba impensable, cercana a lo enfermizo. De hecho, aunque las mujeres nunca habían interferido mucho en su vida, era un hombre pasional, a su manera, y disfrutaba mucho del sexo.

Desde que se hizo adulto, había mantenido en secreto un par de amantes en Londres, una en Italia y otra, una joven de origen copto, en Egipto. Por orden, por supuesto. La última había sido Dolly, de la que se había despedido justo el martes anterior. La ruptura había sido de lo más cordial, básicamente porque le había llevado un collar de diamantes lo bastante impresionante y le

había entregado un pequeño teatro en una buena zona de Londres, además de una generosa provisión de fondos para empezar una vida de empresaria, en la que le iría bien si no se empeñaba en ser también la actriz principal del reparto.

Seguro que sus amigos hubiesen dicho que exageraba en el modo en que las trataba. Por suerte, no solía hablar de esas cosas con James o a Arthur, no era un tema del que se sintiera muy orgulloso, pero no tenía tiempo para relaciones más formales, y no podía pasar sin ese gran placer. Quizá ni siquiera era eso, quizá nunca se había sentido inclinado a embarcarse en algo más serio, simplemente porque no había encontrado la mujer adecuada. Y las prostitutas ocasionales nunca le habían atraído, nada en absoluto; de hecho, era algo que encontraba detestable.

Según su forma de pensar, una amante establecida era un compromiso, aunque fuera más suave que uno matrimonial. Llegabas a un acuerdo con alguien que te entregaba una parte importante de su vida, y debías corresponder en consecuencia. Él siempre había intentado compensar esas relaciones ayudándolas a conseguir una vida propia, en el momento que quisieran.

Una prostituta de una noche, por el contrario, era aprovecharse de la miseria de una desdichada.

Por eso, él tenía normas. Firmaba con ellas contratos, de los que se ocupaban sus abogados; nunca había mantenido dos mujeres a la vez; nunca habían sido vírgenes al llegar a su cama; y, siempre que habían decidido marcharse de su lado, las había dejado bien provistas de fondos para el futuro, además de regalarles una casa y un negocio de su preferencia con el que mantenerse. Como había hecho con Dolly.

Hablando de eso, hacía ya... más de dos semanas de la última vez que se acostó con Dolly. Por eso estaba tan excitado, claro. Demasiado tiempo sin hacer el amor. Esa era la causa de lo que sentía, y no el resplandor de la luz en el hermoso perfil de lady Harriet. No era su aroma, aquel olor que le volvía loco.

«Mentiroso», se dijo.

Botón. Botón tras botón.

En un momento dado, sus dedos rozaron la piel de Harriet, justo en el borde

del cuello de la camisola que llevaba debajo, y ella se estremeció. ¿Miedo? ¿Frío? ¿Quizá alguna otra cosa?

Edward se quedó muy quieto. Fue ella la que se volvió, lentamente, y le miró a los ojos. Estaban tan cerca... Qué negros, qué grandes eran.

—Ahora le toca a usted —le dijo.

—¿Eh? —Fue lo único que pudo balbucear, con la garganta reseca, comprimida por el deseo.

—Su ropa —explicó ella, con suavidad—. Está empapado.

Casi sonó como un reto, o quizá una burla. Edward arqueó una ceja. Y allí estaba él, embelesado por sus ojos y pensando en cómo sería besar esos labios.

—Muy bien —dijo. Era cierto, tenía que cambiarse, ya iba siendo hora.

Se dirigió al armario de James y escogió una camisa y un pantalón. Pasó por la cómoda y sacó unos calzones y una camiseta. Se detuvo, desconcertado, al darse cuenta de que, en todo ese tiempo, ella no se movió. Incluso tuvo la desfachatez de cruzarse de brazos, como esperando a disfrutar de alguna clase de espectáculo.

Edward titubeó. No era un hombre pudoroso, ni mucho menos. Habitualmente no le hubiese importado quitarse la ropa ante cualquiera, ella incluida, pero, si se desnudaba en esos momentos, vería que su miembro tenía un tamaño considerable. Mucho mayor de lo aceptable.

—Espéreme abajo, si quiere —sugirió, intentando simular una normalidad que no sentía—. En cuanto me cambie, le prepararé un té y hablaremos.

Ella le miró con aire de desafío.

—Pues no lo sé. Quizá debía quedarme y registrarle a conciencia. Visto lo visto, nadie me asegura que no tenga una pistola oculta entre las piernas.

Edward abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —Al menos, no se atrevió a repetirlo. Incluso se ruborizó ligeramente. Pero estaba claro que no debía ser virgen. Semejante barbaridad no la soltaría ninguna joven virginal de buena familia. Esas solían pensar que las diferencias anatómicas entre un hombre y una mujer consistían en que los primeros tenían barba a menudo y las segundas solo muy ocasionalmente—. No me lo puedo creer. Jamás, ninguna dama...

—Yo no soy una dama, lord Rutshore —le interrumpió, firme. Estaba

apretando los puños—. Yo soy Harry.

—¿Harry? ¿En serio? —Asintió. Él inclinó la cabeza a un lado—. Y eso, ¿qué demonios significa? —La muchacha se limitó a entrecerrar los ojos—. Vale, no me lo diga si no quiere. ¿Le apetece quedarse, lady Harriet, o Harry, o como le guste llamarse? Pues muy bien, haga como quiera.

Se quitó el chaleco y la camisa y los arrojó a un lado. La camiseta fue detrás, y los zapatos. Ella vaciló, pero se mantuvo firme. Sin embargo, cuando vio que él se llevaba las manos al cierre de la bragueta, apartó el rostro, ruborizada, y se dirigió hacia la puerta. Salió en silencio.

«Menos mal», pensó él, riendo interiormente. No le hubiese hecho ninguna gracia que viese de forma directa lo animado que estaba. Bastante se percibía ya, incluso con el pantalón puesto. No era de extrañar que hubiese hecho el comentario de la dichosa pistola. A esas alturas, lo que tenía «escondido entre las piernas» ya estaba evolucionando a cañón de gran calibre.

Se cambió rápidamente. No dudaba de que su sastre, el señor Denton, hubiese lanzado auténticos alaridos de horror, de poder verle, pero la verdad era que las cosas de James le sentaban bastante bien, aunque él era un poco más alto. Un detalle que quedaba bastante disimulado con unas botas.

Con su nueva indumentaria, salió al pasillo. Para su sorpresa, lady Harriet no estaba allí. Bajó la escalera, intrigado, y la encontró en el salón, terminando de encender la chimenea.

—Ahora lo hago... —se apresuró a ofrecerse.

—Puedo hacerlo perfectamente, gracias —dijo ella, tensa, todavía sin atreverse a mirarle. Él apretó los labios.

—Bien. Si le parece, prepararé un té.

—Prefiero un coñac.

Edward arqueó una ceja, pero quizá no fuera tan mala idea. Un poco de alcohol seguro que le soltaba la lengua, y les templaría los ánimos a los dos, que buena falta les hacía. Fue a la mesa de las bebidas y sirvió dos copas. Volvió hacia la muchacha, que ya había avivado las llamas, y le tendió una.

—Lady Harriet, siento mucho todo lo que ha pasado. Se lo digo de verdad.

—Fui yo quien sacó una pistola...

—Sí. —La miró con admiración renuente. De hecho, había demostrado mucho valor, organizando aquel encuentro y presentándose así—. Pero yo no

supe reaccionar bien, y a punto hemos estado de sufrir una desgracia. Y, lo de arriba... Por Dios, se lo juro, no fue mi intención molestarla. Pero me disculpo también, porque no he dicho más que tonterías.

Ella asintió.

—Entonces, yo debo disculparme doblemente, porque yo sí quería molestarle, milord. Sé que he sido... grosera. Lo siento.

—No ocurre nada. —Sonrió. En realidad, había sido un momento de lo más excitante, pero mejor no mencionarlo—. ¿Ahora ya se fía de mí?

—Sí, la verdad es que sí. Perdone si he estado algo obtusa, no conseguía pensar. —Se llevó una mano al lugar del golpe y puso expresión de dolor—. Pero me consta que, a estas alturas, ha tenido muchas oportunidades de deshacerse de mí, de haberlo deseado. Podría haberme ahogado en el río, por ejemplo. Si fuese un asesino sin escrúpulos, qué se lo hubiese impedido.

—A saber cuáles serían mis intenciones, en ese caso. Pero tiene razón, podría haberlo hecho. —Chocó su copa con la de ella, con un tintineo de cristal—. Le propongo que lo olvidemos. No quiero discutir con usted. Como le dije antes, en la barca, tengo una historia que contarle. Y es muy importante que la escuche, para entender todo lo que pasó.

—Adelante. —Ella se sentó en un sillón frente a la chimenea. Edward se quedó de pie—. Le escucho.

—Bien. Ya le dije que era una historia muy larga, pero intentaré abreviar en lo posible. —Dio un trago y miró las llamas, mientras organizaba sus pensamientos—. Supongo que lo mejor es empezar por decir que siempre he viajado mucho. Primero con mi padre, Ethan Truswell, el entonces marqués de Rutshore, cuando pasaba las vacaciones del colegio en su compañía, deambulando por Egipto, Grecia o Persia. Luego, a medida que fui haciéndome adulto, también me iba por ahí a solas, por estudios o por placer, pero ir con él siempre me encantaba. Lo prefería a cualquier otra alternativa. —Inclinó la cabeza—. En uno de esos viajes, descubrí que mi padre trabajaba como... digamos...

—¿Espía? —le ayudó lady Harriet.

—Sí. Supongo que sí. —Edward se volvió hacia ella. Sonrió apenas, con disculpa—. Aunque él hubiese preferido decir que trabajaba para el servicio secreto británico, sin más. Pero, sí, era un espía. De hecho, se trataba de

alguien reputado en la profesión, si es que podemos llamarla así. Para mí fue toda una sorpresa y... bueno, descubrirlo me afectó mucho. No sé cómo explicarlo. Fue como verle de pronto con otros ojos.

—Solo tiene que pensar en lo que sentirían sus amigos, de saber cómo es usted realmente, a qué se dedica cuando piensan que está ocupado desempolvando estatuas rotas en medio del desierto.

Rutshore se encogió de hombros.

—Supongo que sí, aunque yo nunca me impliqué en esos temas tanto como mi padre. Y nunca lo hubiera hecho, de no ser necesario. Pero, en aquellos momentos, estábamos en guerra con Napoleón Bonaparte, y fue una época difícil y cada uno peleábamos como podíamos. Usted debía ser muy joven pero aquel hombre... era admirable. Una auténtica bestia bélica.

—Una forma interesante de referirse a él. —Lady Harriet le devolvió una mirada profunda y directa—. Creo que a mi abuelo, el barón de Mouchette, fiel seguidor del emperador, le hubiese gustado.

«El emperador». Tomó nota. Quizá lady Harriet era más francesa que inglesa y más bonapartista que otra cosa. Sería una pena.

—Me alegra saberlo. —Se sentó en el otro sillón—. Lo era. De hecho, todo el mundo conocido tuvo que organizarse y llegar a acuerdos que incomodaban a unos y a otros, solo por conseguir detenerle. En su sueño de un gran imperio, devoraba cuantos países estaban a su alcance, y todos sabíamos que Inglaterra era uno de sus principales objetivos. Cuando me enteré del secreto de mi padre, me sentí muy patriota, y ofrecí mi ayuda. Al principio se negó en redondo y me costó convencerle, claro, era mi padre y no quería verme en peligro; pero terminó aceptando.

—Así que usted también fue espía.

—No sé si llegaría a tanto. Simple emisario, más bien. Llevaba y traía mensajes de un lado a otro, sin más. En principio, no se trataba de misiones peligrosas, aunque a la hora de la verdad todas entrañaban su riesgo, porque me metí en zonas dominadas por los franceses en más de una ocasión. Incluso en la propia Francia. He tenido más intercambios de disparos de los que hubiese querido y, una vez, hasta me cogieron prisionero. Menos mal que me ayudaron a escapar.

—Entiendo. —Ella se mordisqueó el labio inferior, nerviosa—. Y la

historia de sus aventuras me parece muy interesante, lord Rutshore, de verdad, pero le agradecería que se centrara en lo ocurrido con mi padre. Comprenda mi impaciencia...

Edward hizo una mueca.

—Cierto, perdone. Quería que entendiera cuál era mi situación cuando descubrí todo aquello. Y fue por pura casualidad, se lo aseguro. Caminaba por Oxford y vi a su padre sentado con un hombre, en una cafetería. Lord Trammheran era un gran entendido en Historia antigua. Yo le admiraba y, además, le estimaba mucho. Era muy buen amigo de mi padre. Raro era el mes que no comíamos o cenábamos los tres juntos. —Se echó a reír, al recordar aquellos buenos tiempos—. Estaba muy orgulloso de su familia. Nos hablaba mucho de usted, de lo lista que era. ¿Cómo la describió una vez? —Hizo memoria—. Ah, sí. Intrépida y díscola. No ha cambiado apenas.

Los ojos de lady Harriet brillaron. ¿Lágrimas? Sin duda. Pero luchaba por contenerlas.

—Supongo que no...

—Le aseguro que yo le apreciaba muchísimo. Precisamente por eso, decidí saludarle, aunque me acuerdo de que tenía algo de prisa. Estaba acercándome cuando vi que, el desconocido con el que estaba, simuló un accidente para tirarle la taza de té encima. Fue algo tan... forzado, tan sospechoso, que me detuve en seco, busqué una cobertura y observé de lejos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella, con voz tenue, cuando pasaron un par de segundos sin que Edward dijese nada.

—Su padre, lady Harriet, no era un espía. Ni siquiera era un hombre desconfiado. De hecho, no he conocido un alma más pura en mi vida. —Eso sí logró arrancarle una lágrima. Edward la observó mientras descendía, silenciosa y solitaria, por su mejilla—. Le quitó importancia a lo ocurrido y se retiró con uno de los camareros, para limpiar cuanto antes la mancha. Mientras, el otro individuo abrió su cartera, buscó en un compartimento y sacó algo. Un documento. Esperé fuera y, cuando salieron y se separaron, le seguí. —Prefirió omitir que le salió al paso en un rincón discreto, le dejó inconsciente y le registró—. Choqué con él y se lo robé.

—¿Eso hizo? —Le miró interesada—. Caramba, lord Rutshore. Qué habilidades más curiosas tiene.

—Gracias. Lamentablemente, estaba codificado. No sabía qué hacer, así que fui a hablar con lord Trammheran y se lo enseñé. Por su reacción, deduje que no sabía nada de ese papel. De hecho, lo estudió con curiosidad y hasta intentó descriptarlo sobre la marcha. Cuando me preguntó de dónde lo había sacado y se lo dije, se puso pálido, temí que le diera un ataque. Me pidió una hora y se la concedí. En ese tiempo, me consta, envió la nota.

—¿Por qué le dio ese tiempo? Si sospechaba que era un espía francés, podría ser considerado traición. Usted mismo hubiese podido acabar preso o algo peor.

—Puede. Pero también era lord Trammheran. —Y lo hubiera vuelto a hacer, lo hubiese hecho mil veces, con tal de volver a ver la mirada que ella le estaba dirigiendo en ese momento. Intensa, agradecida, surgida del corazón—. Ya le he dicho que le apreciaba mucho. Y yo sabía que quería salvar a su familia. Que tenía una esposa, una hija de corta edad y un bebé de pocos meses. Por mí, como si los hubiese cogido a todos y se hubiese ido a Francia.

—Gracias. De verdad.

—No hay de qué. Si le digo la verdad, ni siquiera iba a denunciarle. Lo que hice fue ir a hablar con mi padre. Él me explicó que ya lo sabía. —Ella se mostró sorprendida—. Hacía tiempo que estaba al tanto, incluso le constaba que el espía no era él, sino lady Miranda, que a veces usaba a su marido para llevar algún mensaje. Él lo había descubierto, en el pasado, y ella había jurado que no volvería a hacerlo, que dejaría aquel juego tan peligroso, por él y por sus hijos.

—Pero no lo hizo.

—No. Su madre sonsacaba al general John Keeling, el duque de Gysforth, el padre de mi amigo James —añadió, y ella asintió, ya lo sabía—, y a otros caballeros con acceso a secretos importantes, para enviar información a Napoleón Bonaparte. Y también servía de enlace entre este y un misterioso personaje al que llamaban «el dragón».

—¡El dragón! —exclamó lady Harriet, incorporándose en su butaca.

—Exacto. A ver, no sé mucho sobre ese personaje. Por lo que tengo entendido, se trataba de un inglés. Un traidor, un espía que trabajaba para Bonaparte en Inglaterra. Alguien bien situado en las esferas de poder, que conseguía información de lo más alto. Alguien realmente importante.

Lady Harriet se lo pensó un momento.

—¿Como qué? ¿Un general inglés?

Rutshore dudó.

—Eso también, seguro. Ya le he dicho que una de las fuentes de lady Miranda era el duque de Gysforth. Pero sospecho que, la sombra tras el dragón, se trataba de alguien en una posición más alta todavía. Alguien integrado en el gobierno de esa época o con mucha influencia en la Cámara de los Loes. Alguien que ayudaba a Bonaparte en la sombra y en la distancia.

—Bromea.

—No. Eso era lo que pensaba mi padre. Y pienso que estaba en lo cierto, porque esa búsqueda le costó la vida.

Guardó silencio y ella titubeó.

—Lo siento —dijo. Edward asintió.

—Gracias. —Contempló el ron—. Mi padre me dio esta información que le cuento, simplemente para satisfacer parte de mi curiosidad, y me ordenó que me apartase de aquello. Él iba a ocuparse de todo, no quería que me implicase en ello aunque, más tarde, me contó que estaban trabajando juntos, que había llegado a un acuerdo con lady Miranda. También lord Trammheran quiso aportar su ayuda, esta vez de forma consciente, para compensar los perjuicios que su familia había provocado a su país. Estaban organizando la fuga de Napoleón, de Elba.

—¿Su padre y los míos? ¿La fuga de Napoleón Bonaparte?

—Así es. No se sorprenda tanto. Ya le he dicho que... el *emperador*, era alguien muy especial. Se había ganado el respeto de todos, de tal modo que estaba en Elba «bajo observación», no «bajo custodia». A ojos de los mismos que habían buscado derrotarle, seguía teniendo el rango de «soberano», se le había permitido una guardia personal de seiscientos hombres y hasta una pequeña flota.

—¿Todo eso? ¿En serio? No lo sabía.

—Pues sí. Y eso por no mencionar que, fuera, tenía miles y miles de hombres dispuestos a matar y morir por él, un ejército que podía reunir en cualquier momento. No exagero cuando digo que Napoleón seguía siendo muy peligroso, como pudo comprobarse, cuando efectivamente lo reunió.

—Cierto...

—Nosotros, los ingleses, queríamos enviarle a otro sitio más lejano, como Santa Elena, desde donde le resultaría más difícil hacer daño, pero no conseguíamos convencer a nuestros socios de la coalición. Por eso, hubo que hacer algo. Nuestros padres lo organizaron.

—Querían que huyera... ¡Claro! —Se incorporó en la silla, con entusiasmo, al captar la profundidad de lo ocurrido—. Que escapase de allí era la excusa perfecta para demostrar el peligro que suponía tenerle tan cerca, y así poder enviarlo lejos. De modo que le ayudaron a huir.

—Exacto. —Una mujer lista, lady Harriet. Digna hija de sus padres—. Se ha alegado un error de la vigilancia, de la nave *Partridge*, que «si estuvo rondando cerca y no se percató de nada» por pura incompetencia, pero no fue tal, se lo aseguro. No. Solo estaba siguiendo nuestro plan... ¡Si hasta se le dio a Bonaparte la oportunidad de pintar la fragata *Inconstant*! El muy astuto cambió sus colores para hacerla parecer una fragata inglesa. Era un hombre ingenioso, pero estaba demasiado acostumbrado a tener suerte. —Agitó la cabeza—. ¡De verdad se pensó que no sabíamos nada, que no nos enteramos de nada!

—Pero, no puedo creer que su plan contemplase una situación que costaría tantas vidas, tanto antes como durante la batalla de Waterloo...

—En realidad, no. En estos temas siempre hay víctimas, pero el plan pasaba por la captura de Bonaparte al poco de su huída, antes de que pudiera hacer algún daño. Su captura, o su muerte, daban igual. Nos hubiera servido que le cañoneasen y le mandasen al fondo del mar. No imaginamos que iba a ser el comienzo de cien días de tensión, ni de algo tan sangriento como fue Waterloo. Pero, mire, eso es algo más que debemos al dragón. Una y otra vez, avisó a Napoleón de nuestras maniobras y le salvó de ser capturado.

—¿Y nuestros padres ayudaron a capturarlo de nuevo?

—Así es. Bueno, al menos los suyos, el mío murió a principios de mil ochocientos quince, justo después de la fuga de Elba. Pero me consta que lady Miranda estuvo colaborando hasta la derrota final en Waterloo, en la que también aportó su granito de arena. Aquel fue un día muy difícil.

Lady Harriet agitó la cabeza.

—Estoy asombrada.

—Los padres a veces son criaturas muy misteriosas, milady. Los suyos engañaron a Napoleón y al traidor. Puedo asegurarle que, sin ellos, nada hubiese sido posible. Inglaterra, España, Prusia, Italia... la propia Francia. Todos estamos en deuda con sus padres, al valor que demostraron. Sobre todo lady Miranda. —Apretó los labios—. Creo que por eso les mataron.

Lady Harriet tragó saliva.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Ya le digo que mi padre no me permitió intervenir en aquello, solo de vez en cuando me comentaba alguna cosa, datos como los que he compartido ahora con usted, pero nada más. Y, luego, tras su muerte, saber algo se volvió prácticamente imposible. Ni siquiera sé quién es el dragón, y eso que le he buscado durante años. Porque, como le he dicho, él también mató a mi padre.

—¿A su padre? ¿Cómo lo sabe?

—Por uno de los hermanos Champollion.

—¿Champollion? ¿El del libro de jeroglíficos?

—No, ese es Jean-François. Me lo dijo su hermano mayor, Jacques-Joseph. Son grandes estudiosos, siempre he tenido mucha amistad con ambos. Y eso que, durante la guerra, eran decididos bonapartistas. De hecho, Bonaparte estuvo un tiempo en Grenoble, y allí, Jacques-Joseph Champollion fue su secretario personal.

—Un puesto importante.

—Así es. Ya le digo que los dos hermanos Champollion eran muy afines al emperador. De hecho, cuando Jacques-Joseph fue presentado a Bonaparte, lo hicieron como «Champoleón», haciendo una broma. Y Napoleón rio, diciendo: «¡Magnífico! Lleva la mitad de mi propio nombre».

—Otra anécdota que le hubiera encantado a mi abuelo.

—¿Sí? Tengo muchas. Una pena, me hubiera gustado conocerle.

—No esté tan seguro.

Edward sonrió y dejó pasar el tema. Quería terminar de contar aquella historia.

—Jacques-Joseph se sentía feliz a su lado, tanto, que luego lo dejó todo, trabajo, familia, y le siguió al norte. Según me contó, todos esperaban mucho de aquella oportunidad que les había concedido Dios, de aquel renacimiento,

como el ave fénix... ¡Dios! Dios no tuvo nada que ver, fueron nuestros padres. Así se hacen los milagros. —Inclinó la cabeza, abatido—. Pero qué extraño es siempre ver la historia desde los ojos de tu adversario, cuando a la vez es tu amigo...

—Tiene que ser difícil. Se nota que le aprecia.

—Mucho. —Tomó aliento—. El caso es que, durante ese tiempo, Champollion pudo acceder a buena parte de la correspondencia privada de Bonaparte, y asistió a muchas reuniones. Algunos temas eran de alto secreto.

—Ya me imagino, sí.

—Algunos informes se referían a un inglés que trabajaba para ellos y que respondía al nombre en clave de «El dragón». Era su contacto con alguien que esperaba poder formar parte del imperio napoleónico, como rey de Inglaterra.

Lady Harriet arqueó una ceja.

—¿El traidor aspiraba al trono de Inglaterra? ¿Pensaba quitar a George IV y ponerse él?

—Así es. Por supuesto, en un reino enmarcado dentro del gran imperio europeo que estaba organizando Napoleón, y en el que él sería la máxima autoridad, tras haber conquistado Inglaterra.

—No está hablando en serio.

—Me temo que sí.

—Habla de una confabulación en la que habrá implicada... a saber cuánta gente, dentro del mismísimo corazón de Inglaterra.

—Así es. Se trata de un intento que quedó en nada, en su momento, por la derrota de Napoleón, pero cuyos responsables continúan en sus puestos. Simulan ser buenos patriotas, gentes de renombre. ¿No le gustaría descubrirlos?

—Pero... mi madre debía saber quién era, al menos el dragón, ya que formaba parte de su línea de mensajeros. ¿Por qué no lo dijo?

—Creo que lo hizo. Se lo dijo a mi padre, y él hizo algo, dio algún paso para desenmascararlo. Sospecho que por eso le mataron, y no fueron los franceses.

—¿Qué ocurrió?

—Por lo que yo sabía, murió al ser arrollado por un carruaje. Se supone que

iba perdido en sus pensamientos y... bueno, las cosas que pasan. Pero no fue así. Hace unos años, recibí una carta en la que Jacques-Joseph me pedía que fuese a verle a Grenoble. Allí, en el despacho de su casa, me contó que, precisamente, un agente del emperador estaba siguiendo a mi padre aquella noche. Según informó, fue interceptado por varios hombres que le propinaron una paliza. —Como cada vez que pensaba en aquello, Edward sintió un frío mortal en el estómago. Le costaba pronunciar las palabras, pero se obligó a hacerlo—: Literalmente, le golpearon hasta morir. Para cuando le dejaron en el suelo, y pasaron el vehículo por encima, él ya estaba muerto.

Edward se miró la mano derecha. En el anular llevaba el anillo del marquesado de Rutshore. Ojalá no estuviera allí, al menos no de ese modo. Una cosa era haber perdido a su padre, y otra muy distinta que le hubiesen asesinado así. Nunca había sido especialmente vengativo, pero aquello sabía que no podría olvidarlo hasta haber hecho justicia.

—Es terrible, lord Rutshore. —Esta vez, las lágrimas que brillaban en los ojos de lady Harriet eran para su padre, y se lo agradeció de corazón—. Lo siento muchísimo, de verdad.

—Gracias. —Se terminó la copa de un trago—. Y, bueno, creo que eso es todo. —Se miraron, ya sin acritud—. Espero que algo de lo que he dicho le haya servido de ayuda.

—No lo dude. —Se oprimió las comisuras de los ojos—. Oh, Dios mío. Discúlpeme, lord Rutshore. Nunca debí traer la pistola. No tenía más pistas que su nombre, así que me convencí de que era culpable de lo ocurrido, porque eso me permitiría seguir investigando, llegar más lejos. —Hizo un gesto evasivo—. Además, el lunes pasado, me atacaron unos hombres.

Él la miró sorprendido.

—¿La atacaron? ¿Dónde?

—En Trammheran House. Fui a ver si encontraba algo, alguna pista que me pudiera servir.

—¿Y encontró algo?

—No... Bueno, sí. Una especie de herramienta antigua. —Miró alrededor—. ¿Tiene papel y pluma?

—Sí. Allí. —Señaló el escritorio junto a la pared que había en un rincón del salón. Fueron juntos. En un cajón había pliegos bien apilados e incluso

algunos lápices. Ella cogió uno y empezó a deslizarlo sobre el papel.

—¿Usted sabe qué puede ser un objeto como este? —Para su sorpresa, dibujó un sistro.

—Sí, es un sistro. —Al ver que le arqueaba una ceja, rio y añadió—: Perdone. Se trata de un instrumento musical muy antiguo. Se agitaba, los hierros se movían de un lado a otro y emitían un tintineo.

—Entiendo. —Miró el dibujo pensativa—. Pues mi padre me dejó uno en un compartimento secreto que tenía en mi armario. O quizá fue mi madre, no lo sé. Pienso que fue él porque, al despedirse, me dijo que me traería algo precioso. No sé si se refería a ese... sistro.

—Qué curioso...

Ella asintió.

—Es egipcio. Lo sé por los dibujos que lo adornan. Eso estaba buscando en la librería, en el libro de Champollion. Por si acaso transmitían algún mensaje que nos sea útil.

—¿Algo escrito hace milenios? Lo veo poco probable, pero le echaré un vistazo. ¿Dónde está?

—En mi habitación, en casa de sir Alan. En una sombrerera bajo el armario. Pensé que pudiera tener alguna relación con la muerte de mis padres, pero de ser así no sé cómo interpretarlo. ¿Pertenería a alguien que lo quería recuperar?

Edward pensó en los Black.

—Hay mucha gente dispuesta a lo que sea por algún alijo de antigüedades, pero no creo que un sistro lo valga... A menos que los dibujos sean textos que puedan interpretarse, y que ayuden a localizar algo.

—Mmm... En cuanto volvamos a Londres se lo haré llegar. No sé si será útil, pero eso fue lo único que encontré. Estaba a punto de irme cuando aparecieron dos hombres y... bueno, logramos escapar ilesas, que es lo importante. —Se encogió de hombros, con gracia—. ¡Y eso que fui con doncella!

Edward se echó a reír, aunque tomó nota mental del hecho. ¿Por qué la habrían seguido? ¿O acaso vigilaban siempre la casa? ¿Habría allí algo importante? Quizá debería ir a echar un vistazo.

—Tiene usted un serio problema con las normas sociales más básicas, lady

Harriet.

—Hay normas que me parecen ridículas, así es. Pero estoy dispuesta a transigir mientras investigo y soluciono este asunto.

—Veo que va a continuar...

—Desde luego, por eso estoy aquí. —Le miró de un modo extraño—. Usted no me escribió a Francia, ¿verdad?

—¿Yo? ¿A Francia? Me temo que no. Ni siquiera sabía dónde estaba. ¿Por qué?

—Alguien me escribió. Era una nota muy breve, y la recuerdo bien. «No fue tu madre. Vuelve. No hables de esto con nadie».

—Qué extraño...

—¿Se le ocurre algo?

—Solo lo evidente: que quien haya sido, sabe quién mató a su padre. Y que la quería a usted de vuelta en Inglaterra. —Frunció el ceño—. Si le digo la verdad, no estoy seguro de si eso es bueno.

Aquel enigma se complicaba. Pero, a la vez, de pronto, tenía nuevas alternativas a su alcance, de la mano de aquella joven. Edward consideró la situación, mientras las palabras de Champollion quemaban su mente. Alguien mató a su padre y no había avanzado ni un centímetro en esos años, no sabía más que al principio. ¿Por qué no aprovechar ese regalo del destino?

—Le propongo una alianza, lady Harriet. Unamos fuerzas, como hicieron nuestros padres, e intentemos averiguar qué ocurrió.

Ella le dedicó una sonrisa, la primera sonrisa real que le había visto, seguro. Era luminosa y bella, como la propia lady Harriet.

—Eso sería estupendo, lord Rutshore. —Edward no pudo por menos que sonreír también—. Me alegra que hayamos aclarado todo. —Lady Harriet dejó la copa vacía sobre una mesita cercana—. Ahora, será mejor que me vaya, o será muy tarde cuando llegue a Londres.

Edward miró por la ventana. El sol estaba ya muy bajo, no tardaría en oscurecer. Se le había ido el tiempo volando.

—Me temo que oscurecerá antes de que llegemos a Londres, milady. Lo mejor será que nos quedemos a dormir.

Cualquier otra dama le hubiese mirado escandalizada. Bueno, no. Las gemelas Keeling hubiesen chillado de alegría, ante la emocionante aventura

de pasar una noche semejante.

Pero lady Harriet se limitó a alzar una ceja, estudiándole con curiosidad.

—¿En serio?

—Vamos, ha venido sin doncella. Estoy seguro de que, una mujer como usted, no se va a asustar por algo así. Mi cochero, Barns... a saber dónde se encuentra a estas alturas. —Se sintió un poco culpable. Barns *el Viejo* debía estar removiéndose en su tumba—. Y yo prefiero no conducir un coche grande de día, así que imagínese de noche. Sin embargo, podemos asaltar la cocina de la buena señora Warden, la guardesa de este lugar, y acostarnos pronto. Hay habitaciones de sobra, le dejo la grande para usted. Mañana, temprano, volveremos a Londres.

Lady Harriet dudó.

—Sir Alan se preocupará si no regreso.

—Mejor eso que cabalgar a oscuras la mitad del camino, ¿no cree? O meter una rueda del coche en un socavón, en medio del campo.

—Sí. —Sus ojos negros esquivaron su mirada—. Supongo que sí. Me quedaré, y seré su aliada, con una condición.

—¿Cuál?

—Que empiece a llamarme Harry.

CAPÍTULO 7

Con todo lo ocurrido, Harry había pensado que no conseguiría dormir ni aunque le volvieran a dar un golpe en la cabeza. Bueno, ni aunque se lo volviese a dar ella misma, que había dejado claro que no necesitaba a nadie para esos menesteres.

De hecho, tras despedirse de Rutshore y acostarse, estuvo horas dando vueltas en la cama, con la mente saltando de un asunto al otro, sin ningún control.

Espías. Napoleón. Elba. Waterloo. Santa Elena.

El dragón...

Y, en todo ello, Rutshore. Aquel hombre había resultado muy distinto a cómo lo imaginaba, y le agradecía mucho la información que le había dado. Al menos, ahora entendía mejor lo ocurrido y sabía que sus padres habían muerto luchando por una causa que les parecía justa. Al menos su padre. Sospechaba que su madre siempre había peleado por causas ajenas: primero por la de su padre y luego por la de su marido. A saber qué diría, si le preguntaran a ella, qué era lo que quería hacer.

Y la situación era más curiosa todavía si se tenía en cuenta que ella había sido la auténtica espía en todo aquello, la que había sabido obtener la información y transmitirla. De alguna manera, la historia de lady Miranda era la historia de todas las mujeres, en todas partes, en todos los trabajos. Como madres, como esposas o como viudas con otros a su cargo, siempre daban sus vidas por sus familias, sin aspirar a nada que no fuera el anonimato.

Eso era lo que se esperaba de ellas, que no tuvieran una vida propia, una profesión, una entidad. Y, si tenían que luchar, que lucharan por lo que le indicaban sus hombres.

Pues ella no estaba dispuesta a vivir así. Por eso, no sería ni Harriet ni Henriette, sería Harry por decisión propia, y seguiría sus propios intereses, no los de otros. Ese nombre le recordaba a la niña disfrazada de niño que atravesó el Canal de la Mancha de la mano de sir Alan, pensando que, con tantas lágrimas como iban rodando por sus mejillas, aquel mar terminaría por desbordarse. Pues no. El pequeño Harry sobrevivió y dejó de llorar y se convirtió en una persona capaz de afrontarlo todo.

Pero tampoco era que quisiera ser un hombre, ni mucho menos; de ellos, solo quería su libertad de movimiento, nada más. Ella era una mujer y le gustaba serlo. Le encantaban los vestidos, los sombreros y las cosas bonitas, y verse hermosa en un espejo, aunque tuviera poca paciencia a la hora de prepararse. Le encantaban las novelas románticas y sentirse femenina. ¿Dónde estaba el problema? No tenía por qué renunciar a nada de todo aquello, ni a ninguna otra cosa que se le pudiera ocurrir, solo por querer ser respetada como persona.

Simplemente, se llamaría Harry, y se atrevería a todo.

Otra vuelta en la cama, mientras venían a su mente las cosas que había escuchado esa tarde. O vivido. Se estremeció al recordar su roce, cuando le abrochaba los botones. Todavía no sabía cómo se había mantenido inmóvil. Eso la había enojado, porque le había llamado buscando seducirle a él, y no había dicho nada, ni intentado nada. Y se le veía excitado, menuda erección tenía. No había podido contener aquella frase tan descarada. ¡Cómo podía haber dicho algo así!

—Tonta, tonta, tonta... —se repitió, escondiendo el rostro en las sábanas. Menos mal que todo quedó en eso.

Qué guapo era... También pecaba de ser algo dominante, tenía cierta tendencia a salirse con la suya, pero eso era algo de lo que también sufría ella. Quizá pudieran llegar a un acuerdo. Dios, cómo había deseado besarle...

Finalmente, se quedó profundamente dormida. Tanto, que le costó responder, cuando oyó su nombre. Alguien la agitó por el hombro.

—¡Lady Harriet! Perdón, ¡Harry! Despierte.

Harry entreabrió los ojos y pegó un brinco. ¡Un hombre en su dormitorio! Y alguien que no era sir Alan, precisamente. Tardó un segundo en reconocer a lord Rutshore, que se había sentado en el borde de la cama, a su lado. No

había más luz que la del fuego de la chimenea, que estaba casi convertido en ascuas.

—¿Qué... qué ocurre? —preguntó, frotándose el rostro—. ¡Qué susto me ha dado!

—Lo siento. Barns, mi cochero, ha regresado de la otra orilla, nunca mejor dicho —le susurró, con una risita. Barns, orilla... Ah, el criado que se alejó en el bote. Se alegraba de que estuviera bien y ya de vuelta, no hubiese apostado por un retorno tan rápido—. Y esta aventura ha servido para descubrir que se le da bien la vigilancia, porque, al acercarse a la casa, se ha dado cuenta de que hay unos hombres ahí fuera. He echado un vistazo y es cierto.

—Pueden ser viajeros, o vagabundos...

—No, ni una cosa ni otra, son hombres armados y llevan ya mucho rato vigilando. Podrían estar aquí por mí, aunque ahora mismo no lo creo, porque llevo ya muchos meses en Londres dedicándome a los asuntos del museo y sin meterme en problemas. Así que, me he acordado de lo que me contó, lo de la casa de sus padres, y he pensado que podría ser por usted. ¿Se le ocurre algo?

Harry se sentó en la cama, intentando terminar de despertarse, mientras recordaba los sucesos de Trammheran House.

—No sé qué decirle, ya le conté todo. Me encontré con uno de los hombres en la escalera y me persiguió. Sé que me querían con vida porque lo comentaron, que alguien quería verme, aunque no quisieron decirme quién. Además, cuando salí por la ventana se pusieron nerviosos...

—¿Salió por la ventana? —Más que una pregunta, parecía estar a punto de empezar a reñirla otra vez.

—Aquel hombre horrible estaba golpeando la puerta, lo hizo hasta lograr derribarla. ¡Tenía que huir! Ya sé que era peligroso, lo supe en todo momento. De hecho, uno de los hombres, ese que tiró la puerta, resultó muerto.

Rutshore abrió los ojos como platos.

—¿Muerto? Eso no me lo mencionó antes.

—No, bueno, no lo pensé... ¡Oiga, no me mire así, que no le maté yo! ¡Se cayó de una repisa de la pared y le... y le pisaron unos caballos!

—Sí, eso suena a muerto. Y a la clase de complicaciones que la persiguen por todas partes, Harry.

—Qué gracioso —replicó, aunque le gustó comprobar que la llamaba así.

—¿Cuántos eran en Trammheran House?

—Dos. Uno murió. Quedó otro. Si había más, no los vi.

—Vale. Pues ahí fuera hay dos, quizá tres.

—¿Cree que pueden ser ellos?

—No lo sé. Es posible. —Se frotó la barbilla—. Por lo que dice, querían capturarla con vida. Eso es que la necesitan para algo.

Harry frunció el ceño.

—Pero ¿cómo sabrían que estoy aquí?

—Esa es una buena pregunta. Usted dijo que se había escapado de casa de sir Alan, que nadie la vio salir.

—Así es.

—¿Quizá pudieron seguirla, si estaban apostados fuera, en algún punto de la calle?

—No creo. Durante el trayecto hasta aquí, miré varias veces. No quería que nadie me siguiese. Además, si querían capturarme, ¿por qué no lo hicieron entonces? Estuve completamente sola en muchos tramos del camino.

—Sí, eso es cierto, bien visto... Y, aparte de nosotros, ¿quién estaba al tanto de nuestra cita?

—Sir Alan. Los detalles solo los conocía él. —Se lo pensó un momento. Recordó la conversación con Dwight—. Quizá su sobrino, Dwight Perceval, aunque pedí a sir Alan que le mantuviese al margen. Pero, a saber.

—¿Por qué? —Le miró sin comprender y él aclaró—: ¿Por qué pidió que le mantuviese al margen? ¿Desconfía de él?

—Oh, no. Pero es que Dwight quiere... bueno, a qué dar rodeos: está empeinado en casarse conmigo. —Eso captó la atención de Rutshore. Sus pupilas la observaron con fijeza—. El otro día tuvimos una discusión por ello. Dwight quiere salvarme de la soledad y la pobreza, el cruel destino al que me tiene abocada mi débil e inútil naturaleza femenina. Ya ve, sin un hombre, no podré sobrevivir en la vida, yo, que desde los trece años tuve que ganarme mi sustento y el de mi abuelo. —Agitó la cabeza—. Es tan... frustrante.

—Entiendo —murmuró él, comprensivo. Y parecía ser sincero—. Sí, tiene que serlo...

Harry se frotó el rostro con las manos. Mejor dejar aquel tema.

—También es posible que, si se ha sentido muy preocupado, sir Alan haya llamado a la Guardia.

—No creo. A menos que sir Alan tenga muchas influencias, ningún miembro de la Guardia de Londres vendría hasta aquí, a nada. Y hasta que se diera aviso a otras autoridades y se movilizasen en su búsqueda, de ser alguien importante, pasarían unas cuantas horas, no se lograría en la misma noche.

—Sí, es verdad.

—Cuando desapareció Minnie Ravenscroft, el rey puso el país patas arriba y, aun así, hubo que esperar a que la noticia y las órdenes se fueran extendiendo.

—¿Desapareció? —preguntó sorprendida—. ¿Minnie?

—Sí, ¿no lo sabía? Usted la conocía, ¿no?

—De niñas. De cuando iba a jugar con Ruthie a Gysforth House. La última vez que la vi, tendría... nueve años, creo. Pobre Minnie. —Cada vez se sentía peor. ¡Con lo que la había criticado, de pequeña!—. ¿Qué pasó?

—Fue hace seis años. Querían casarla con alguien que no le agradaba, y se escapó una noche de casa. No se ha vuelto a saber nada de ella.

—Quizá se esté escondiendo.

—Quizá. Pero Arthur, su hermano, no lo cree. Dice que se hubiera puesto en contacto con él, y yo también lo pienso. Ya hablaremos de esto —añadió, en un susurro suave—. Y estoy seguro de que Ruthie estará encantada de volver a verla.

—No creo. Estuve pocos meses en Londres, igual ni se acuerdan.

—Ya lo veremos. —Se levantó y se dirigió hacia la ventana, para echar un vistazo—. Nada. Otro detalle que hace imposible la teoría de la Guardia: ellos no estarían apostados, esperando. De haber venido hasta aquí, entrarían cuanto antes a rescatarla, por si le estoy robando la virtud... —se le escapó una risa a mitad de frase— con mi pistola.

Harry puso los ojos en blanco. En mala hora le soltó aquello. Estaba excitada, inquieta. Todo parecía crepitar alrededor y ella quería ser como él,

estar a la altura de él y ser capaz de decir lo mismo que diría él. Como afirmó, quería ser Harry. A veces, eso implicaba meter la pata, y mucho.

—Quizá se lo estén pensando. Es usted el marqués de Rutshore, al fin y al cabo. Pero también es un hombre atractivo. —Sus ojos se encontraron. Rutshore parpadeó lentamente y Harry fue muy consciente de que seguía en la cama. Aunque la situación no permitiera ponerse románticos, con aquellos individuos acechando fuera, seguro que ninguno de los dos podía negar la atracción física que había entre ellos—. No necesita robarle la virtud a nadie.

Un momento de silencio.

—Gracias —dijo él—. Pero si no es así, es posible que poco antes de amanecer, esos dos intenten algo. Escuche, en todo caso, mejor si salimos de aquí. Por si acaso, he pensado llevarla a una casa de mi propiedad. Podrá quedarse allí el tiempo que necesite.

Harry arqueó las cejas. Eso le pasaba por lanzar requiebros a hombres. En seguida le querían poner una casa.

—¿Quiere decir que va a convertirme en su mantenida, lord Rutshore?

—Oh, vamos. Un simple acuerdo entre amigos, entre aliados. Ya que ha sido tan sincera, le diré que no voy a negar que también la encuentro atractiva, pero no le voy a pedir nada que no quiera darme. —¿Pero, si quería, estaría encantado? ¿Eso había querido insinuar? Harry se sintió algo tímida. Tuvo dificultades para no bajar la mirada, pero lo consiguió—. Y digamos que las circunstancias lo vuelven imprescindible, al menos de momento, mientras pensamos qué hacer. No sabemos si la casa de sir Alan es segura. Hasta que no descubramos si ha sido alguien de allí quien está tras esos ataques, no parece buena idea.

Eso parecía lógico. No sabía qué pensar. Recordó los hombres de Trammheran House, el miedo que pasó mientras aquel individuo intentaba tirar la puerta abajo.

Mejor que ser cauta, sí.

—Supongo que no. Pero, quedarme en una de sus casas...

—Es solo provisional. Necesita un sitio donde esconderse hasta que resolvamos este asunto. Y yo necesito su ayuda para descubrir al asesino de mi padre. —Titubeó—. Por supuesto, puede venir a Rutshore House, claro. Pero dudo que le parezca prudente. Allí sí que no podríamos mantener su

presencia en secreto.

Ella parpadeó. Si ya supondría un escándalo saber que vivía en una de las casas de lord Rutshore, qué podría llegar a decirse si la acogía bajo su techo, totalmente sola, sin una escolta femenina apropiada. Podía ir a buscar a Thelma, pero eso supondría pasar por casa de sir Alan, que era lo que querían evitar. Qué absurdo.

—No, desde luego, eso no me parecería prudente. Está bien. Acepto su propuesta, lord Rutshore, siempre y cuando se mantenga en secreto, como dice. Y será algo temporal, mientras investigamos la situación. No quiero escándalos, más que nada por sir Alan. Se llevaría un disgusto, y está mayor.

—Estupendo. Ahora tenemos que salir de aquí. —Le vio pensar con rapidez—. Creo que los dos vamos a tener que volver a cambiarnos de ropa, Harry. Y, esto, estoy seguro de que le va a encantar: habrá que hacer ciertas concesiones al decoro.

—¿A qué se refiere?

Por toda respuesta, lord Rutshore fue hacia los armarios y regresó con ropa de hombre. La lanzó sobre la cama, a sus pies.

—Póngase eso.

—¿Qué dice? ¿Yo? —No lo dijo en tono de rechazo, solo de sorpresa. Hasta le agradaba la idea. Pero no entendía el plan—. ¿Puedo saber por qué?

—Es usted bastante alta, con un sombrero, puede hacerse pasar por mí.

—Usted me saca una cabeza, milord.

—Sí, pero no estaremos juntos, solo la verán a usted. Además, es de noche, y verán poco. Irá directa al coche, subirá y me esperarán en la casa. ¡Barns!

—llamó, abriendo de golpe la puerta. Para su sorpresa, el criado estaba en mitad del pasillo, le vieron, encuadrado en el umbral—. ¿Qué haces ahí?

—Estaba esperando a que saliera, milord. Milady... —Realizó una inclinación torpe, rojo como un tomate al verla en la cama. Daba vueltas al sombrero, entre las manos—. No me parecía bien entrar, estando milady descansando. Además, es todo muy fino aquí dentro y recuerde que soy muy patoso...

—Bien. —Miró a Harry—. La esperamos abajo.

—Muy bien.

Tardó unos minutos en vestirse con unos pantalones de montar, una

chaqueta y el abrigo, y se calzó unas botas. Le quedaba todo algo grande, de modo que lo ajustó como pudo con un cinturón.

Se contempló en el espejo. ¡Por Dios, qué indecencia! Aunque no dejaba de gustarle. Tenía buenas piernas y su trasero... Se volvió para mirarse por detrás. ¡Madre mía! Aquel pantalón dibujaba cada línea de su cuerpo. Se puso un abrigo grande por encima y bajó con el sombrero en la mano.

Rutshore estaba en el salón, junto a la ventana.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó. No pudo evitar la tentación de dar una vuelta sobre sí misma—. Que no se diga que no rompo varias normas sociales cada pocos minutos. ¡Pero conste que, esta vez, ha sido por su mala influencia!

Rutshore la miró divertido.

—Está perfecta. Recójase el pelo con el sombrero. —Le ayudó a encasquetárselo bien—. Ahora, cuando le diga, salga y vaya directamente hacia el coche. Súbase a él, no mire a los lados.

—De acuerdo. Aunque no me gusta la idea de dejarle solo.

—Le agradezco su interés, pero...

—No hay nada que agradecer, milord. Para mí, la lealtad es muy importante, y ahora somos aliados. No entiendo su plan. ¿Por qué tengo que hacer como si fuera usted, y usted quedarse aquí?

Le vio dudar, hubo algo... pero él la empujó con amabilidad pero con firmeza hacia la puerta.

—No se preocupe por mí, Harry, sabré arreglármelas. —Se dirigió a Barns, que estaba en una ventana junto a la puerta—. ¿Cómo va todo ahí fuera?

—Definitivamente, son dos, milord. Se mantienen entre los arbustos. —Rio con suficiencia—. Se creen que no les he visto.

—Ya. Vamos a hacer lo siguiente. Sales, abres la puerta del coche y subes al pescante. Lady Harriet va a salir de aquí simulando ser yo. En cuanto suba al coche, azuzas los caballos y te la llevarás a... a la casa de Finish Street.

—¿La de la señorita Dolly?

Harry arqueó una ceja. Rutshore la miró de reojo y carraspeó.

—Ahora nos referiremos a ella como la casa de lady Harriet. Esperareis allí a que yo me reúna con vosotros.

—¿Y usted, qué va a hacer? —preguntó ella.

—Simularé ser usted y entretendré cuanto pueda a esos hombres, para darles tiempo.

—¿Qué? —exclamó, indignada—. De ninguna manera. Si piensa que están ahí por mí, algo tendré que hacer yo también.

—Milord se arreglará bien solo —aportó Barns—. Mi abuelo me contó que una vez se peleó con tres egipcios en un burdel y que...

—Eso es algo que ahora mismo no viene al caso, Barns —le cortó Rutshore. Al ver cómo le miraba ella, se encogió de hombros—. No se preocupe, lady Harriet. Lo único importante de esa historia, es que sé cuidar de mí mismo.

Pena que no pensaran lo mismo de ella. Harry se sintió frustrada, como siempre en esas situaciones. Ciertamente que no era tan fuerte como un hombre, y que ya ni siquiera tenía su pistola, por poco útil que le hubiese resultado, pero algo tenía que hacer. No podía quedarse de brazos cruzados.

Pero Rutshore no escuchaba. De hecho, ya ni siquiera le prestaba atención, estaba con los cinco sentidos centrados en cómo se llevaba a cabo su plan. Barns salió y cruzó la distancia hasta el coche. Caminaba con tranquilidad. Hasta se permitió silbar una melodía. Abrió la puerta y subió al pescante.

—Su turno. Salga, milady —le dijo a ella. Al ver que dudaba, frunció el ceño—. *Ahora.*

Nada, sin alternativas. «Bueno, pues decidiré por mi cuenta», pensó. Harry salió, tratando de caminar con zancadas grandes y aire masculino. Simuló estar colocándose bien el sombrero, por si alguien lograba distinguir sus rasgos, aunque lo dudaba, y subió al coche. Barns agitó las riendas y empezaron a alejarse. Nadie les molestó.

Miró hacia atrás para asegurarse de que no les seguían y se asomó para hablar con el cochero.

—Barns, aléjese hasta quedar fuera de la vista, y pare.

—¿Cómo? ¿Por qué? Milord ha dicho que vayamos...

—No me importa lo que haya dicho milord. Le digo que pare.

—Es que...

—O para o me bajo en marcha.

Paró, claro, aunque más lejos de lo que le hubiera gustado, y solo porque abrió la puerta. Barns bajó del pescante justo a tiempo de verla saltar al suelo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hace?

—Vamos a buscar un par de buenas ramas y vamos a volver.

—¿Qué? ¿Para qué quiere las ramas?

—Como arma, por supuesto.

—¿Y por qué no cogemos la pistola?

Ella arqueó las cejas.

—¿Tenemos pistola?

—Sí. La he dejado en el pescante. Le dije a milord que la cogiera él, pero se empeñó en que la conservase yo, por si alguien la molestaba a usted y...

—Démela.

—¿Qué? —A pesar de la poca luz, pudo distinguir su cara de espanto—. ¡No, no, ni hablar, lady Harriet! ¡Si se hace daño con ella, milord me mata!

Harry le fulminó con la mirada.

—No me voy a hacer daño con ella, aunque sí te haré daño a ti, y mucho, si no me obedeces. ¡Vamos, dámela!

Él la miró aprensivo. Se encaramó al pescante y bajó con un arma en la mano. Todavía entonces se mostró reacio, pero Harry se la arrebató.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a volver, claro está, para asegurarme de que no le rompen la cabeza a tu señor.

—Vale. Entonces, iré con usted.

—Perfecto. Pero coge una rama.

Barns hizo una mueca. Seguro que se quedó con las ganas de protestar y decir que mejor llevaba él la pistola, pero tuvo que resignarse.

Retrocedieron el camino recorrido, moviéndose con cuidado. A varios metros, Barns la detuvo, por el sistema de sujetarla del brazo, y le indicó la posición de los hombres.

—Se han acercado a la casa —susurró.

Claro. Debían pensar que ahora se encontraba ella sola allí dentro. Resultaba difícil imaginar la razón por la que lord Rutshore pudiera haberse ido en mitad de la noche, dejando a la joven y desvalida lady Harriet sin protección alguna en aquel lugar, pero ¿quién era ella para juzgar los planes de los hombres? Además, no podía negar que estaba surtiendo efecto. Los emboscados, que también eran hombres y carecían de lógica, estaban

envalentonándose poco a poco, cada vez más cerca de la casa.

Estaba pensando en eso, cuando salió una figura por la puerta.

De no haber sabido que era lord Rutshore, porque no había más gente en Sleeping Oak, hubiese dicho que se trataba de una mujer. Desde luego, lo parecía, envuelta en una capa y con un sombrero de grandes plumas. Caminaba como a saltitos, moviendo mucho las manos.

Harry frunció el ceño. «Yo no camino así, caramba», pensó, considerando la idea de pegarle un tiro personalmente. Merecido se lo tenía.

La supuesta desconocida se dirigió al caballo con silla de montar de amazona. Cuando estaba a unos tres metros, se le interpuso un hombre embozado con un gran pañuelo de lana.

—No te muevas, guapa —le advirtió—. No queremos que haya una desgracia, ¿verdad?

—¡Oh! —exclamó Rutshore, poniendo voz atiplada. Miró hacia atrás. Por supuesto, el segundo individuo venía por su espalda. Harry reconoció al hombre de barba que estuvo en Trammheran House—. ¡No!

—Ahora no pareces tan bravucona —gruñó este último. Adelantó una mano para sujetarla, pero Rutshore dio un saltito y se puso a distancia—. No hagas tonterías. Esta vez no vas a poder escapar.

—¡No! ¡Oh! ¡Oh!

¡Qué variedad de vocabulario! Vale, no podía decir mucho, porque se notaría. Pero, ¿por qué simplemente no guardaba silencio? Lo hubiese preferido a esos gimoteos. Odiaba que nadie, ni siquiera aquellos matones, pensasen que gimoteaba. «Definitivamente, le voy a matar», pensó Harry, cada vez más indignada.

—¿Cómo es que te han dejado sola, preciosa? —El primer hombre le dio una palmada en el trasero y ella chilló otra vez, aunque ahora sonó más como un gorrino—. No te preocupes. Vamos a divertirnos un poco. ¿Podemos, no? —le dijo al otro—. La cuestión es llevarla con vida. Nadie dijo nada de su virgo, si es que Rutshore se lo ha dejado, cosa que dudo.

—Aquí pasa algo raro —gruñó el otro, mirándole con sospecha. Adelantó la mano y le arrebató el sombrero a la apurada dama. Debajo de una peluca blanca llena de tirabuzones, le miró el rostro de Rutshore—. ¡Maldición!

—Lo siento, caballeros —les dijo él—. Quizá pudiéramos...

Le lanzó por sorpresa una patada que, de no girarse rápido el hombre, le hubiese alcanzado en los testículos. Lamentablemente, perder esa pequeña ventaja resultó definitivo. El barbudo respondió con un derechazo que Rutshore pudo esquivar, pero estaba con dos contrincantes que sabían moverse en un combate.

—Hijo de puta. —El otro le lanzó un puñetazo. Rutshore había estado esperando y pudo esquivarlo, volviéndose para hacerle frente, pero a costa de quedar en desventaja con el barbudo, que le golpeó con fuerza en un costado, y lo lanzó al suelo. Allí, lo patearon un par de veces, con saña.

Luego, uno lo levantó, sujetándole los brazos a la espalda y agarrándole del pelo sin mayor problema, puesto que había perdido la peluca. El otro, el barbudo, se le puso enfrente. Sacó un cuchillo de algún lado.

—Haciéndote pasar por una mujer, ¿eh? —le dijo. Hizo girar el arma de un modo realmente hábil—. ¿No te da vergüenza, maricón?

—Más me la daría estar asustándola, y más, plantear violarla —replicó Rutshore, algo torpe, porque tenía un labio partido. Volvió a intentar patearle, pero ahora ya sí que lo tenía difícil—. ¡Soltadme inmediatamente!

—Joder, Lukas, ¿qué cojones vas a hacer? —dijo el que le estaba sujetando—. Este hombre es un marqués. Y nosotros veníamos a por la chica. ¿No crees que sería mejor dejarlo? Si iba en el coche, es posible que la alcancemos.

—Ahora iremos, sí. Pero no me digas que no te apetece partirle el alma a este.

—¡Te digo que es un marqués!

—Hazle caso —recomendó Rutshore—. Lo soy. Y puedo complicarte mucho la vida.

El tipo rio.

—Solo si vives para contarlo. Además, en todo caso, yo solo veo una marquesa. Si te mato ahora, encontrarían tu cuerpo flotando en el Támesis, vestido de mujer. O aquí mismo, en la cama de tu amigo el duque. ¿Imaginas qué divertido sería un escándalo así? —A Rutshore no le hizo gracia la idea, porque forcejeó más todavía—. Eh, quieto, pequeño hijo de puta, quieto. No te preocupes tanto, que en realidad soy un tipo comprensivo. Vamos a hacer una cosa... —Se colocó entre sus piernas, para evitar que insistiera en sus

patadas, y empezó a subirle lentamente la falda, con el cuchillo en alto—. Si encuentro algo poco femenino, lo corto. Así pensarán que el cadáver pertenecía a una furcia.

—Vamos a hacer otra cosa —dijo Harry, dando un paso al frente para salir de la protección de los rosales. Rutshore y los dos atacantes miraron hacia allí—. Si se le ocurre cortar algo, le meteré una bala en la cabeza. —Qué fácil era decirlo. Harry se empeñó en mantener la pistola firme, pero el corazón daba brincos como loco dentro de su pecho—. Suéltenle. Vamos.

Los dos atacantes intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos dio muestras de ir a hacer lo que estaba ordenando. Y ella solo tenía una bala.

—¡Corre, maldita sea! —le gritó Rutshore—. ¡Corre!

De pronto, se oyeron relinchos de caballos. O de caballo, mejor dicho, porque solo había uno, el que había usado Harry para ir a Sleeping Oak. Barns debía haberlo azuzado con saña, porque salió espantado hacia el grupo, obligando al matón a soltar a Rutshore. Este se lanzó de inmediato contra el hombre de barba, sujetó la muñeca de la mano que tenía el cuchillo y lo derribó. Desaparecieron en la oscuridad.

—¡Rutshore! —gritó Harry, asustada. Nada. No se atrevía a dejar de apuntar al otro, que se mantenía también a la expectativa—. ¡Rutshore!

Se oyeron golpes, gruñidos, luego silencio, y al cabo de unos segundos, algo se movió. Una figura se alzó de la negrura. Era Rutshore. Al ver que su compañero no aparecía, el otro individuo retrocedió, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Alto! —gritó ella, pero fue inútil, y no se atrevió a disparar. En un segundo, desapareció en la noche.

—¡Barns! —exclamó Rutshore enojado. Cogió a Harry por un brazo y empezó a caminar alejándose de la casa, arrastrándola con él—. ¡Creí haberte ordenado que pusieras a salvo a lady Harriet!

—Así es, milord —contestó el criado, apareciendo de pronto—. ¡Pero ella fue más convincente! ¡Amenazó con hacerme daño!

—Y Harry nunca amenaza en vano —aseguró Harry—. Además, no necesita que nadie la ponga a salvo. —Él no dijo nada, así que dio un tirón para soltarse. Solo lo logró a la segunda—. ¿Qué hace? ¡Déjeme ya!

—Camine —ordenó. Intentó volver a cogerla, pero ella le esquivó, así que

maldijo—. ¿Dónde demonios está el coche?

—¿Qué ha pasado con ese hombre? El de barba.

—Ese hijo de puta está muerto. —Harry parpadeó, tanto por la noticia como por el tono, lleno de furia—. No creo que hubiese más, y el que ha sobrevivido estará asustado, pero mejor no arriesgarse. Camine.

Tenía razón, así que Harry retomó la marcha. Vigilando que no les siguieran, llegaron al vehículo y subieron.

—¿A la casa de lady Harriet, milord? —preguntó Barns.

—Sí. Tendremos que arriesgarnos. Ten cuidado, no te salgas del camino.

—No se preocupe, milord.

El coche empezó a avanzar. Dentro, el ambiente no podía ser más tormentoso. Rutshore empezó a quitarse el vestido. Se hizo daño en el labio, y blasfemó.

—¿Quiere que...? —empezó ella.

—¡No, demonios! ¡No quiero nada! —Se libró por fin del vestido y lo lanzó al asiento contrario—. Tenía que haberme obedecido, ha corrido un riesgo enorme.

Harry frunció el ceño.

—Si le hubiese obedecido, posiblemente usted no fuera ahora más que un cuerpo de género sexual dudoso, flotando en el Támesis. Porque creo que sí, que ese hombre hubiese cortado todo lo que no fuese femenino. Y con saña.

Rutshore bufó. Durante varios minutos, se limitó a mirar por la ventanilla. Cuando habló, había perdido la mayor parte de su mal humor.

—Me desconcierta usted, Harry. De verdad. Las damas no hablan con tanta libertad sobre esas cuestiones. De hecho, no hablan de esas cuestiones.

—Con hombres supongo que no. Pero entre ellas, seguro.

—Bueno, quizá... —Se frotó el rostro con las manos—. Perdone. Perdóneme. Sé que me ha salvado. Esos tipos no eran matones comunes, sabían pelear.

—¿Y por qué se enfada?

—Porque se ha puesto en riesgo.

—Usted también. Por mí.

—¿Y qué esperaba que hiciese? Soy un caballero.

Ella asintió. Se cruzó de brazos.

—Lord Rutshore, creí que dijo que éramos aliados.

—Así es.

—Entonces, trátame como tal. No soy una planta inútil que hay que cuidar para que adorne un rincón, soy una persona muy capaz de actuar por mí misma. Y de ayudar, como ha podido ver.

—Está bien. Sé que tiene razón, pero me cuesta aceptarlo.

—Ha vuelto a olvidar que soy Harry.

Él la miró con fijeza.

—A eso se refiere, ¿verdad? A ser tratada de otro modo.

—Soy una mujer independiente. He vivido demasiados años sola, cuidando de mí misma. Ya no puedo volver atrás. Lo intento, pero no puedo.

—Entiendo. Disculpe mi comportamiento, ha sido la tensión...

—Lo sé.

—Aun así, sé que no es excusa. Le agradezco que volviera en mi rescate. Además, me ha salvado de algo que intuyo iba a ser tremendamente desagradable.

Harry sonrió.

—Disculpas aceptadas.

Él tardó en volver a hablar. Suspiró.

—¿Ha reconocido a alguno de los hombres?

—Sí. El de la barba, estuvo en la casa.

—Entonces, está claro. Y la buscaban, con vida. —Agitó la cabeza—. ¿Qué pueden querer de usted?

—No lo sé.

—Está bien. —La miró y sonrió—. Estamos vivos, Harry. Ya habrá tiempo de descubrirlo.

CAPÍTULO 8

Edward llevaba más de diez minutos oculto discretamente tras una esquina, cuando vio llegar el coche de alquiler, con sir Alan dentro. Todo parecía ir bien, dentro de lo esperado. El anciano bajó solo y nadie parecía haberle seguido. El pobre hombre miró a los lados, con cara de susto, y se metió en el café. Edward esperó todavía un poco. Nadie se acercó. No le habían seguido.

Salió y caminó con paso tranquilo por la avenida, y hasta fue de un lado a otro por las manzanas siguientes, antes de aceptar que no había nadie sospechoso a la vista. Solo entonces se decidió a entrar.

Sir Alan estaba tomando una taza de chocolate en una de las mesas del fondo, tal como le había indicado. Fue hacia allí.

—¡Dios mío, lord Rutshore! —exclamó sir Alan, al ver las contusiones de su rostro—. ¿Qué le ha pasado?

—Buenas días, sir Alan —le saludó—. No se preocupe, ahora se lo contaré. —Pidió un té para él, a la camarera que se acercó y siguió, intentando aparentar normalidad—. Gracias por venir. Perdona el retraso, lo cierto es que odio no ser puntual, pero... digamos que tenía que comprobar cómo estaba la situación.

Sir Alan le miró preocupado.

—¿Qué ocurre, lord Rutshore? ¿Y dónde está mi ahijada?

—A salvo, por suerte. —Carraspeó—. Como ya sabrá, ayer Harry acudió sola a la cita convenida.

—Lo sé, claro que lo sé. —Frunció el ceño. Edward se sorprendió. No imaginaba que aquel hombrecillo amable pudiera enojarse tanto—. Estoy muy enfadado con ella, por eso, y porque tuvo que echarme algo en la tisana, estoy seguro. Yo jamás me duermo a mediodía, nunca he sido de siestas,

¿sabe? Y sin embargo no pudieron despertarme durante horas. No le niego que me siento herido y traicionado.

«Madre mía», pensó Edward. A Harry se le había olvidado mencionarle ese pequeño detalle. Chasqueó la lengua.

—Entiendo su enfado. Pero le recuerdo que su ahijada no es totalmente responsable de sus actos.

—¿A qué se refiere?

—A que está obsesionada con descubrir lo que ocurrió con sus padres. Usted lo sabe. —Sir Alan asintió, algo apaciguado—. Yo le he contado lo poco que sé, pero todavía nos queda por delante un largo camino. Eso, por no hablar de que, su ahijada, está claramente en peligro. Anoche dos hombres intentaron secuestrarla, en la casa de mi amigo.

—¿Qué? No es posible.

—Le aseguro que sí. —Se señaló la cara, sobre todo la herida de la boca, que le dolía como mil demonios, sobre todo cuando comía o sonreía—. Esto me lo hicieron ellos. Intentaron llevársela. Y no fue la primera vez.

—¿A qué se refiere?

—A que ya atentaron contra ella, antes, según me ha contado, durante su visita a Trammheran House. Por cierto, hablando de eso, ¿lo ha traído?

—Sí, perdone. —Buscó en el abrigo y sacó un paquete, algo envuelto en una tela blanca. Lo puso sobre la mesa.

Edward lo desenvolvió y contempló el sistro, sin dejar de observar la puerta del local por el rabillo del ojo. Era egipcio, de oro, grande, pero bastante ligero. En la empuñadura y la base del arco del cabezal estaban labrados con jeroglíficos, incluido un cartucho, la forma que indicaba que su contenido era el nombre de un faraón. En cuanto estuviese en el museo los copiaría en un papel y se los mandaría a Jean-François. Cuando estuviese limpio, el sistro en sí podría ser una buena pieza para el museo.

Intentó leer el cartucho que contenía el nombre. «Neb-jeperu-Ra Tut-anj-Amón». Reconoció el nombre, que aparecía de vez en cuando aquí y allá en el panorama arqueológico, un faraón olvidado, como tantos. A saber si algún día se lograría saber más al respecto.

De hecho, una de las veces que más tiempo seguido estuvo en Egipto, siendo un crío, su padre y sir Sylvester Black intentaron localizar su

enterramiento. Estaban empeñados, pero nunca llegaron a encontrarlo. Posiblemente jamás aparecería y, de hacerlo, la apuesta segura pasaba por imaginar un agujero saqueado que, con suerte, daría algo de información por alguna pintura o inscripción, si no le habían aplicado el *damnatio memoriae*. Nada más.

¿Sería eso? ¿Alguien habría encontrado algo respecto a Tut-anj-Amón, y el sistro era una prueba? Pero no entendía por qué lord Trammheran se lo había dejado a su hija sin más explicaciones. Que él supiera, todo lo que le importaba a aquel hombre, en los últimos años de su vida, fue cómo reparar lo hecho por su esposa, como espía de Bonaparte.

Bueno, de momento no podía hacer más. Lo envolvió de nuevo en la tela y lo guardó en el bolsillo del abrigo.

—Dígame, ¿informó a alguien de la vuelta a Inglaterra de Harry?

—Por supuesto que no. Además, ¿a quién se lo iba a decir? La pobre niña no tiene familia, ni aquí, ni ya en Francia, con su abuelo muerto. No tiene patrimonio ni tiene amigos. No tenía nadie a quien decírselo.

—¿Y los detalles de nuestro encuentro? La hora, el lugar, el día... ¿Los compartió con alguien más?

—No. Sabe que ese asunto nunca me ha gustado, fue Harry quien se empeñó. —Se tiró pensativo de la barba—. A veces pienso que todo lo que le pasó la ha desquiciado de algún modo.

Posiblemente. Presentarse así, en Sleeping Oak, sola y con una pistola, no resultaba muy razonable. Pero aquello ya había pasado, y sin mayores consecuencias, por suerte, quedaría como una simple anécdota entre ellos.

Ahora solo importaba descubrir qué estaba ocurriendo.

—No lo entiendo. —Contempló su té con el ceño fruncido—. Alguien debió enterarse

—No por mí. Yo no le dije nada a nadie. Lord Rutshore... —Le miró—. Quiero ver a Harry. Ahora mismo.

—Es que...

—No, no quiero explicaciones ni excusas. ¿Va a llevarme con ella? De otro modo, milord, sepa que estoy dispuesto a montar un escándalo. Soy capaz de presentarme en la inauguración de su museo a gritar que se ha aprovechado de una pobre niña inocente.

—¿Pobre niña inocente? ¿Se está refiriendo a Harry? ¿La que le drogó para escaparse? ¿La que vino sola a la reunión, armada con una pistola, y me encañonó dispuesta a disparar si no contestaba a su gusto?

Sir Alan le miró asombrado.

—¿Eso hizo? ¡Por Dios! —Torció la boca—. Bueno, no creo que la gente que vaya a su museo la conozca en persona. Mis acusaciones todavía podrían funcionar.

Edward suspiró. Estaba visto que no quedaba más remedio. Y tampoco importaba, porque no le habían seguido.

—Está bien. —Se puso en pie—. Le llevaré con ella. Venga, por favor.

Salieron del local, cruzaron la calle, doblaron a la derecha y subieron al coche de Edward, que estaba esperando allí, con Barns en el pescante. Tuvo que ayudar al anciano a subir.

—A la casa de Finish Street, Barns —dijo, cuando ya estuvieron acomodados.

—En seguida, milord.

Avanzaron un rato en silencio. A Edward no se le ocurría ningún tema, así que contempló pensativo el Londres que le mostraba la ventanilla. Qué asombroso que todo siguiera igual, cuando su mundo había dado un vuelco tan notable. Ese día, ni había ido al museo. Quizá más tarde...

—¿Esa casa es suya? —le preguntó de pronto sir Alan—. Esa es la que está mi ahijada.

Terreno peligroso. Edward trató de aparentar normalidad.

—Así es.

—¿Y para qué suele utilizarla?

El terreno peligroso había demostrado ser un pantano de auténticas arenas movedizas. Edward se sintió incómodo. No quería engañarle pero tampoco resultaba fácil explicarle la verdad.

—Sería mejor que no hablásemos de eso, sir Alan —dijo, apelando a su sentido común—. Es, simplemente, una casa que, en estos momentos, estaba vacía. El primer lugar en que pensé cuando surgió la necesidad.

El abogado asintió.

—Está bien. Puedo entender esa urgencia, anoche, con las prisas y... bueno, el susto. Pero ¿ahora, milord? ¿A qué está esperando para llevarla a

mi casa, que es donde debe estar?

—A descubrir qué ha pasado. Qué está pasando, porque lo que sea viene de atrás, pero sigue hoy en día. —Reflexionó unos momentos—. Usted trabajaba para la madre de lady Harriet.

—Lady Miranda, sí.

—¿De qué se ocupaba? ¿Qué hacía para ella?

Sir Alan arqueó una ceja.

—Discúlpeme, pero no es asunto suyo.

—Ambos queremos que todo se resuelva. Y puede tener datos que...

—Lord Rutshore, perdóneme, pero... ¿qué interés tiene en todo esto?

Edward pensó en su padre, pero también en ella.

—Un claro interés por Harry —replicó. No era totalmente mentira. Apenas la conocía, pero Harry había entrado en su vida como un huracán, la había agitado como un terremoto y lo había llenado todo, como una inundación. Un buen conjunto de catástrofes, sí señor. A la espera estaba del maremoto. Y, sin embargo, allí estaba, intrigado, interesado y cada vez más atraído.

—¿En serio? —Sir Alan estudió su rostro, muy serio—. Entonces, con más razón, debería llevármela hoy mismo.

—Le ruego que lo reconsidere.

—Me parece que no...

—Espere al menos a hablar con ella, sir Alan. A verla. Yo le entiendo perfectamente, pero es que necesitamos mantenerla a salvo.

Aquel fue un buen argumento. Sir Alan cabeceó, quizá dijo que sí, y de no ser así, al menos no insistió en su negativa. No hablaron más hasta llegar a su destino.

Finish Street era una calle bonita, amplia y muy tranquila, con hileras de árboles jóvenes a ambos lados y algunos bancos para sentarse durante los paseos. Todos los edificios contaban con un pequeño jardín delantero y otro algo más grande en la parte de atrás, que quedaban protegidos de la vista exterior por los muritos de piedra blanca que rodeaban por completo el terreno de cada propiedad. Por eso, por ese aire sosegado y discreto del lugar, había comprado allí aquella casa, en su momento.

Era pequeña, pero encantadora. Estaba pintada en blanco, con dos pisos, tejado a dos aguas de tejas grises, y resultaba muy luminosa, al contar con

alegres ventanales y un gran balcón central. Dolly había vivido allí cosa de año y medio, y nunca le había terminado de gustar, precisamente por ser pequeña y por estar tan alejada del bullicio de otros puntos de la ciudad. Pero a él le encantaba. Esperaba de verdad que Harry también se sintiese feliz allí.

«Qué tontería», pensó. Apenas iba a estar unos pocos días, como mucho. Pero descubrió que la idea de ir a visitarla le atraía enormemente. Mucho más de lo que le había apetecido visitar a Dolly o a cualquiera de sus otras amantes.

La casa tenía tres criados, cochero, cocinera y doncella, además de un guardia, para garantizar la seguridad de las damas alojadas. Alguno de ellos había estado atento, porque la puerta se abrió según llegaban. El guardia Tyson se asomó para realizar una inclinación obsequiosa.

—Milord...

—Tyson... ¿Milady, dónde está?

—En su habitación.

—Que se reúna con nosotros. Y, por favor, pida que nos sirvan un refrigerio en el jardín.

—Por supuesto, milord.

Indicó a sir Alan que siguiera de frente. El abogado lo iba mirando todo con ojo crítico. Edward lamentó no haber tenido tiempo de llevar unos decoradores a eliminar todo vestigio de Dolly. Los cortinajes rojos con grandes flecos o los almohadones bordados con forma de corazón eran realmente horrorosos.

Atravesaron la casa y salieron al jardín por unas grandes puertas acristaladas. Allí, en el centro, había un cenador, con una mesa a la sombra.

—Por favor —le indicó Edward. Sir Alan se sentó.

—Un sitio muy bonito. El jardín, me refiero.

—Gracias. El interior también lo es, aunque su decoración actual deja mucho de desear. Pero eso tiene fácil arreglo, puede cambiar en cualquier momento. De hecho, le aseguro que ocurrirá lo antes posible.

—Ya. —Repiqueteó los dedos sobre la mesa—. Supongo que se da cuenta de que soy un viejo, milord. Me canso mucho y apenas puedo subir o bajar del coche sin ayuda. Cuando tenía veinte años... —Sonrió—. Ah, qué tiempos maravillosos. Entonces, me levantaba una mañana con un dolor y

para el mediodía había desaparecido. A los cuarenta, me duraba una semana, y a los sesenta un mes. Hoy por hoy, lo raro es el día sin algún dolor de mis mil achaques.

—Sí, lo entiendo.

—No, no es cierto. Los jóvenes no pueden entender lo que es la vejez. Pero lo entenderá, algún día. Sin embargo, lo único que quiero que le quede claro ahora mismo es esto que voy a decirle —le clavó unas pupilas inusitadamente firmes—: si le hace algún daño a mi ahijada, le mataré.

—Sir Alan...

—No, escuche. Soy un viejo, ya lo he dejado claro. Además, usted es un marqués, y yo soy un simple baronet. Ni siquiera soy realmente de la nobleza. Mi padre se ganó el título porque fue un gran hombre y yo lo heredé porque fui un hombre con suerte. Legalmente, no podría hacer nada contra usted si le arrebatara el honor a Harry. La sociedad, además, se pondría de su parte, como hombre atractivo, masculino y poderoso que es. Pero ¿sabe? No importa. —Se encogió de hombros—. No me importa en absoluto, porque, milord, si le hace algo a mi niña, no acudiré a las autoridades, ni exigiré una satisfacción pública. Simplemente, le mataré.

Edward parpadeó ligeramente.

—Entiendo.

—Ahora me consta que sí, que es verdad que me entiende. Y aunque sé que soy un viejo y que no impresiono demasiado a primera vista, no le aconsejo hacer caso omiso a mis palabras.

—No lo hago —replicó con seriedad—. Sé que lo haría. Yo lo haría, si alguien le hiciese algo así a una hija mía. Le entiendo perfectamente.

—Me alegra saberlo.

—Mis intenciones hacia Harry... —«¿Tengo alguna?», se preguntó sorprendido. Lo cierto era que, desde que la conoció, no había dejado de pensar en ella, ni un solo instante. Pero no debía pensar en eso, porque no tenía espacio en su vida para ella—. De haberlas, son totalmente correctas. Su padre y el mío fueron amigos.

—Lo sé. —Tal como le miró, dio la impresión de que sabía mucho más de lo esperado.

—Ambos queremos saber qué les ocurrió. Queremos hacer justicia.

Podemos cubrirnos las espaldas mutuamente y ser aliados en esta búsqueda. —Miró hacia la casa. Harry estaba saliendo por la puerta trasera. Llevaba un vestido azul que le sentaba muy bien, y el pelo recogido en un moño bajo, con una flor también azul a un lado. Estaba encantadora—. Ahí viene.

Sir Alan carraspeó.

—No le cuente lo que le he dicho, o me reñirá.

—No se preocupe. Sus amenazas serán nuestro secreto. —Se puso en pie, cortés, cuando ella les alcanzó—. Harry, está usted bellísima.

—Gracias. —Le echó una mirada circunspecta. Seguro que estaba pensando en el armario bien surtido que tenía la casa. Como para no estarlo, era la cuarta dama que se alojaba allí. Pero tuvo que callarse cualquier comentario al respecto y miró a sir Alan—. No esperaba verle, padrino, pero me alegro mucho. —Se sentó a su lado y se inclinó a abrazarle. Entonces, le besó en la mejilla, mimosa—. ¡Perdóneme!

—Ni hablar —replicó el anciano. No la rechazó, pero tampoco se mostró cariñoso—. No te va a resultar tan fácil. Estoy muy enfadado contigo.

—¡Por favor! Sabe que no puedo soportar que esté enojado conmigo. —Le dio otro beso, y otro—. ¿Cómo puede ser tan cruel? ¡Tiene que perdonarme!

—¿De verdad crees que debería? ¡Me dormiste, Harry! ¡Me drogaste! ¿Cómo pudiste hacerme algo así? ¿Qué hubieses pensado si yo te lo hago a ti?

Harry suspiró. Se apartó, y se hundió en su silla con cara de desolación. Edward la observaba, intrigado y algo divertido.

—Lo sé, sir Alan. Yo... no tengo excusa.

—No, no la tienes. Por tu culpa, estuve durmiendo todo el resto del día y, para cuando desperté, era tardísimo y tú no habías vuelto. ¿Puedes imaginarte cómo me sentí?

Ella inclinó la cabeza.

—Lo lamento.

—Eres tan alocada... Menos mal que Dwight me recomendó que no llamase a la Guardia hasta la mañana, por no organizar un escándalo. Por no comprometerte. Pero, niña, a punto estuve de mandarlo todo al infierno. Si tengo que elegir entre que estés en casa sana y salva, o tu reputación, no tengo dudas.

—Lo siento, yo...

—¿Dwight? —preguntó Edward. Sir Alan asintió.

—Mi sobrino.

Edward observó a la doncella, que llegaba con una gran bandeja cargada con el refrigerio, una gran jarra de limonada y bandejas de distintos emparedados. Agradeció con un gesto y observó cómo lo servía en la mesa, mientras meditaba. ¿Podía ser él quien se fue de la lengua? Harry le había dicho que ese tal Dwight quería casarse con ella. Quizá por eso le caía tan mal, sin siquiera conocerle.

—¿Le dijo dónde estábamos? A su sobrino.

—¿Eh...? —Sir Alan levantó la vista de la bandeja de canapés, donde parecía tener problemas para elegir, y se mostró desconcertado—. Pues no lo recuerdo, la verdad. Es posible. De todos modos, Dwight se ocupa de mis citas y archiva toda la información del despacho. Aunque no se lo dijera yo, lo habrá visto.

Edward y Harry intercambiaron una mirada. Aquel podía ser el cabo suelto. De hecho, él estaba seguro de que así era.

—Sir Alan... ¿Alguien más, aparte de Dwight, podría estar al tanto de esos asuntos?

—No creo. Pero Dwight no haría algo así. —Miró a Harry—. Tú lo sabes.

Ella le miró unos segundos. Luego, sonrió.

—Desde luego. Es Dwight. Es su sobrino. Jamás haría eso. —Se inclinó hacia él y le besó la mejilla—. ¿Ya me ha perdonado?

—Casi. —El anciano rio—. Mira que eres zalamera.

—En cualquier caso, seguimos sin saber cómo se enteran de los movimientos de Harry —dijo Edward, pensando en voz alta. Agitó la cabeza—. Si no le importa, sir Alan, es mejor que no vuelva con usted. Debe quedarse aquí, por su seguridad. Y usted no se lo debe decir a nadie. Ni siquiera a Dwight.

Sir Alan se tiró un momento de la barba y suspiró.

—¿Podría enviar a la doncella de Harry, a que esté aquí con ella? Me sentiría más tranquilo.

—¿Thelma? —preguntó Harry—. Sí, me encantaría. Es muy agradable. Buena idea, gracias, padrino.

—Por mí no hay ningún inconveniente —aseguró Edward, preguntándose si, realmente, habría algún inconveniente en ello. Esperaba no estar metiendo allí alguna espía de sir Alan. Y de ser así, ¿qué importaba? ¿Acaso iba a hacer algo impropio?

Apartó aquellas ideas. Sir Alan estaba hablando.

—Entonces, está bien —aceptó—. Siempre y cuando sean muy discretos. Muchísimo. Por favor.

—Lo seremos, se lo prometo —aseguró Edward—. De hecho, Harry no saldrá de la casa. Estará debidamente atendida. —Vio que le miraba con el ceño fruncido—. ¿Qué?

—Pues que yo decidiré si salgo o no de la casa, vamos, eso espero. ¿O es que estoy en una prisión?

—Por supuesto que no. Está en un refugio. Precisamente por eso, no puede salir alegremente.

—Milord, es usted un tanto...

—Yo estoy de acuerdo con él —intervino sir Alan—. Tú misma te has puesto en esta situación, Harry. Ahora, atente a las consecuencias. Al margen de la gente peligrosa que pueda estarte buscando, no pueden verte entrando y saliendo de la casa de un... soltero.

—¡Pero si aquí nadie me conoce!

—Pero te conocerán. Tienes veintitrés años, Harry, y te aseguro que el tiempo vuela. Es hora de que encuentres un buen hombre con el que poder casarte.

—¿Qué? No tengo el más mínimo int...

—Recordarás que iba a aceptar las invitaciones a fiestas de algunos clientes amigos, para irte presentando en sociedad. Tengo intención de retomar esa idea cuanto antes. —Como si se hubiese dado cuenta entonces, le miró—. Milord, quizá usted pueda ocuparse de que lo haga en una posición mejor de la que yo puedo darle. Al fin y al cabo, como ha dicho antes, sus padres fueron amigos.

«Viejo astuto», pensó Edward. La idea le disgustó enormemente, y no por culpa del dinero o la influencia que iba a tener que invertir en ello. Miró a Harry, que le clavó unas pupilas incisivas, a la espera. Aquellos ojos negros le encantaban. Nunca le había interesado tanto una mujer. No sabía bien qué

podía depararles el destino, pero tenía claro que deseaba probar... algo, con ella.

El conde de Wallis apareció en su mente, gran mostacho incluido. Podía imaginar qué ocurriría, de hacerle un feo así a Emma. Estaría arruinado. Perdería el museo, las propiedades, las tierras... Estaba por ver si no acabaría en la cárcel por deudas, algo bastante probable, a menos que el rey interviniese, y lo veía poco probable, dada la poca simpatía mutua que sentían.

No, nada de locuras sentimentales. Además, aquello solo era pura atracción física, algo que podría solucionar buscándose otra actriz.

Solo podía tener una respuesta para aquella petición.

—Por supuesto...

Ella apartó los ojos.

—Tonterías. No estoy buscando marido. No tengo intenciones de casarme, nunca.

—Dejaremos eso para discutirlo en otra ocasión —dijo sir Alan—. Ahora, debo irme. Pronto será la hora de mi medicina... la de verdad.

Harry se ruborizó.

—¡Perdóneme, padrino! De verdad que estoy avergonzada.

—Pero lo volverías a hacer.

Ella dudó.

—Tenía que hablar a solas con lord Rutshore.

—Ya. —La miró con acritud—. En fin, lo hecho, hecho está. Pero espero que nunca vuelvas a repetir algo así.

—Lo prometo. —le abrazó con fuerza. Se notaba el cariño que le tenía—. Siempre ha sido usted muy bueno conmigo.

—Soy un viejo tonto —dijo él, pero al fin sonrió. Se volvió hacia Edward—. ¿Puede hacer que me busquen un coche?

—No, por favor. Le llevará mi cochero.

—¿Y usted?

—Me quedaré a terminar el refrigerio con Harry, si a ella le parece bien. Barns le dejará a usted donde quiera y volverá a buscarme.

—Perfecto, muchas gracias.

Acompañó a sir Alan a la puerta y le despidió. Ninguno de los dos quiso

que Harry saliera de la casa. Luego, volvieron al jardín.

—¿Qué planes tiene? —preguntó ella.

—Buena pregunta. Quizá investigue a ese tal Dwight Perceval. —Esperó galante a que Harry se sentase y se acomodó al otro lado de la mesa. Sirvió un poco más de limonada para los dos—. Me he percatado de que no ha querido contarle sus sospechas a sir Alan.

Harry negó con la cabeza.

—No. ¿Para qué? Adora a su sobrino. Se llevaría un disgusto. Espero no tener que decírselo nunca.

—Aun así, debemos investigarlo. Saber si realmente ha sido él.

—Sí, es un inicio. —Empezó a jugar con unas migas de la mesa. Tenía una mano blanca, delicada, de dedos largos y finos. Edward se preguntó si tocaría el piano—. Pero yo debería ayudarlo.

—No. Es mejor que se quede aquí. Recuerde que está usted en peligro.

—Pero...

—La han atacado. Dos veces, que yo sepa. Lo que indica que ha tenido suerte dos veces, quizá no la tenga una tercera. Hágame caso. —Extendió el brazo, no supo bien el porqué, y cubrió su mano. Se miraron fijamente, los dos igualmente sorprendidos. El tema de la presentación en sociedad vibró entre ellos, pero ambos sabían que ninguno de los dos diría nada en voz alta—. Deme un par de días.

Ella asintió y retiró la mano.

CAPÍTULO 9

—Buenos días, milady —dijo la voz de Thelma.

Harriet despertó en un único segundo y se sentó, frotándose los ojos. La luz entraba a raudales por la ventana del dormitorio. Al parecer, hacía un día estupendo. ¡Y qué tarde debía ser! Claro, la noche anterior había tenido muchos problemas para dormir, algo que le pasaba cada vez más a menudo. Había dado mil vueltas, hasta quedar agotada.

Pero ¿cómo iba a conciliar el maldito sueño, si no hacía nada, absolutamente nada, del día a la noche, más que dar vueltas por la casa o ver cómo crecían las flores del jardín? Estaba aburrida de esperar a que Rutshore o sir Alan decidieran que ya había llegado el momento de salir.

Thelma la había animado a bajar a la cocina, donde la cocinera había prometido enseñarles unas cuantas recetas.

—Al menos, se entretendrá, milady —le dijo, y hasta lo intentó, pero no tenía paciencia para estar horas cocinando algo que luego se consumía en pocos segundos. Solo le quedaba leer, y eso sí que lo hizo a placer, porque había una buena biblioteca. Pero no olvidaba que estaba embarcada en una búsqueda. Permanecer allí tumbada, con un libro entre las manos, no era modo de avanzar.

Se hubiera ido, desde el primer día, pero después de drogar a su pobre padrino, lo menos que podía hacer era poner de su parte para cumplir su deseo. Mientras, el odioso Rutshore iba y venía, le traía información y le decía que esperase.

Le había pedido dos días y ya habían pasado dos semanas.

—¿Se sabe algo de milord? —preguntó.

—Sí, milady. —Su alegría no tardó en diluirse—. Lord Rutshore ha

mandado recado. No está seguro de poder venir hoy. Tenía mucho trabajo en el museo y una reunión a última hora que, seguramente, se convertirá en un compromiso para cenar.

Harry bufó interiormente. Pobre hombre, qué pena le daba.

—No importa.

¿Con quién sería la reunión? A ella no se lo iba a decir, claro, ni aunque fuera algo relacionado con su propia madre.

Rutshore había hablado de alianzas pero en realidad el acuerdo no estaba equilibrado. No había colaboración alguna. Él hacía su vida normal, y ella vivía allí encerrada, como en una jaula de oro. O jaula de rojo chabacana, para el caso, porque algunos detalles de la decoración de esa casa, prácticamente todo lo aportado por su última ocupante, Dolly, alias *la actriz*, habían sido de lo más vulgar. Por suerte, hacía días que ya no estaban. Harry se había ocupado personalmente de ello.

Conociéndole, Harry no podía entender que Edward hubiese mantenido durante tanto tiempo una amante como la que se deducía de objetos como el espeluznante biombo con plumas rojas que había decorado un rincón del dormitorio. La cocinera, que fue la que le contó a Thelma cómo eran las cosas cuando aquella mujer estaba en la casa, sí lo entendía, y perfectamente.

Al parecer, Dolly había sido guapa, divertida y los gritos que llegaban desde el dormitorio indicaban que era una gran experta en dar placer dentro y fuera del escenario.

Harry no quería ni pensar en eso. Cada vez que lo hacía sentía la mordedura de los celos, y no tenía mayor sentido. Era mejor ocuparse en algo, así que, al principio, se entretuvo repasando todos aquellos objetos aportados por Dolly, sacando algunos al jardín trasero y ordenando que los quemasen, hasta que no quedó nada.

No podía decorar la casa a su gusto, pero tampoco estaría al de alguien que ya ni siquiera estaba.

Luego, investigó en los armarios, cajones y joyeros y reunió un buen ajuar a costa de las cosas dejadas por todas las mujeres Rutshore anteriores. No estaba mal el botín. Eso, junto con lo que leía, le habían ayudado a aguantar durante días. Pero, con el tiempo, la soledad y el encierro se fueron cobrando su precio.

Ya ni siquiera cogía un libro. Se pasaba el día en el dormitorio, por lo que solo veía a Thelma, y su único entretenimiento eran las visitas de Rutshore, que solía ir a verla cada día, a veces dos veces. Pasaban mucho tiempo juntos. Tomaban el té, cenaban y luego charlaban o jugaban al ajedrez.

En el tablero eran bastante buenos los dos, y algunas partidas se alargaron bastantes días. Harry había renunciado desde el primer momento a la absurda norma que estipulaba que las damas jugaban con negras, para que el color de las piezas no se confundiera con el de sus delicadas manos, pero que, a pesar de eso, eran quienes empezaban la partida, por lo que contaban con la iniciativa.

—No necesito que me den ventaja, lord Rutshore —le dijo, y aunque no ganaba siempre, tampoco perdía habitualmente. Eran partidas muy interesantes, que además les permitían irse conociendo.

¿Se estaba enamorando? Posiblemente. Hasta ella se daba cuenta de que cada vez dependía más de él. Si Rutshore tardaba en llegar, se agitaba o se ponía de muy mal humor, y cuando se despedía por la noche, era como arrancarse la costra de una herida, algo que cada vez dolía más y que nunca acababa de curarse.

Y, visto lo visto, era una debilidad que no podía permitirse. Solo tenía que recordar el modo en que Rutshore se replegó sobre sí mismo el día en que sir Alan le pidió que la presentase en sociedad. Podía haberla reclamado para él, podía haber dicho que sentía algún interés personal; nada profundo, simplemente que estaban empezando a conocerse y que deseaba comprobar en qué podía terminar la cosa. De hecho, hubo un momento en el que Harry creyó que lo haría.

Pero no. Al contrario, optó por aceptar. Aunque luego, a la hora de la verdad, no había hecho nada al respecto.

Desde aquel instante en el que cogió su mano y ella la apartó, se había mantenido cortés pero a distancia. ¿Por qué lo haría? No, no podía haber imaginado aquel interés. Rutshore lo sentía. Pero se controlaba.

Había otra. Era eso, tenía que haber otra...

Se levantó, se puso la bata con la ayuda de Thelma, y se sentó en la mesita. Thelma le sirvió un plato con huevos y salchichas.

—El baño estará listo en cuanto termine, milady. ¿Qué quiere ponerse hoy?

—Elige tú.

Debía admitir que Rutshore era generoso con sus amantes. Al margen de las cosas horrorosas de la actriz, tenía los armarios y los arcones repletos de ropa bonita, una biblioteca bien nutrida y la seguridad de que, cualquier cosa material que le apeteciese, uno de los criados iría a buscarla de inmediato. No se vivía mal en la casa de Finish Street.

Pero ya estaba harta. Tenía que retomar las riendas de su vida.

Necesitaba un plan.

Cuando llegó a Inglaterra, solo se tenía a sí misma para investigar aquel asunto. Había encontrado a Rutshore y tan mal no le había ido. Lamentablemente, lo que sabía no había sido suficiente para identificar al dragón o al demonio, aquel Lucifer que acompañó a su madre fuera del cubil. Pero quizá se estaba obcecando en conseguir información, sin hacer caso de la que ya tenía.

¿Qué sabía de ellos? Que eran caballeros de la mejor sociedad, eso quedaba a la vista. ¿Dónde podían encontrarse en ese mismo momento? Estarían por el Londres elegante, charlando en sus clubes y, por la noche, asistiendo a sus fiestas...

Fiestas.

Aquello de apoyarla para la temporada había quedado en simples palabras. En cuanto sir Alan salió de la casa, Rutshore no había vuelto a mencionarlo, y ella tampoco porque lo último que deseaba era complicarse más la vida. Pero, pensándolo bien, no era mala la idea de recorrer el Londres elegante, esperando encontrar a aquellos hombres. O, al menos, a alguno. Cuando les vio era una niña, y no sabría calcular sus edades, todos los hombres mayores de quince años le parecían enormemente viejos. Pero, el rubio, no debía ser tan mayor. ¿Treinta? Lo que indicaba que podría contar con cuarenta, en esos momentos.

Pero eran todo elucubraciones. Lo único que podía hacer era deambular por ahí, e intentarlo.

Pasó la jornada buscando en los armarios hasta reunir un traje con unos complementos, todo lo bastante apropiado para lo que iba a intentar. Thelma hacía preguntas, pero solo le dijo que iba a empezar a organizar las cosas por si alguna vez le surgía un compromiso. Al menos, eso la entretuvo lo

suficiente como para que se le pasaran volando las horas.

De hecho, otras veces, cuando Rutshore no había ido en todo el día porque no quería o no podía, a la hora del té estaba desesperada; en esa ocasión, estaba muy entretenida limpiando algunas piezas de joyería, lo que se había salvado de Dolly, *la depredadora*.

Cuando llegó la hora de la cena, decidió dar el paso.

—Prepárame el baño —le dijo a Thelma, mientras miraba cómo le servía la sopa—. Voy a salir.

La mano de la doncella titubeó.

—¿Qué? Pero ¿qué dice? Sabe que no puede hacerlo, milady.

Harry la miró con el ceño fruncido.

—Te agradezco tu preocupación, pero no te inquietes. Sé cuidar de mí misma.

—A milord no le va a gustar. Ni a sir Alan.

—Ninguno de ellos está aquí, ¿verdad? Y te puedo asegurar que lo que opine lord Rutshore me importa bien poco. Prepárame el baño.

—Muy bien, milady —dijo, y se fue. Harry no estuvo segura de lo que vendría a continuación. Thelma había hecho muy buenas migas con Rutshore. O mucho se equivocaba o, mientras calentaba agua para su baño, se ocuparía de mandar al cochero, Jim, a buscar al marqués allá donde estuviera. Perdido entre sus piezas de museo o quizá en alguna reunión social, riendo con sus amigos.

O con la otra.

—Bellaco... —murmuró entre dientes. Estaba indignada, no aguantaba más aquella situación. Se tomó la sopa y el guiso, bebió una copa de vino que le dio ánimos y procedió a prepararse.

Se bañó, se vistió. Tal como imaginaba, Thelma estuvo especialmente torpe en todo, y jamás había tardado tanto en peinarla, pero no le dijo nada. Casi estaba terminando cuando oyó la puerta.

Rutshore entró en la sala, sofocado y de mal humor, mientras ella terminaba de ponerse los pendientes y la pulserita de diamantes.

—Buenas noches. —Al ver que ella no replicaba, avanzó con cautela—. ¿Va a algún lado, Harry?

Le miró a través del espejo del tocador. Esperaba poder transmitirle toda la

decisión que había acumulado a lo largo de demasiadas horas.

—Ya sabe que sí.

Él avanzó con cuidado y puso las manos en el respaldo de su silla.

—Por favor, no discutamos. Sabe que no puede salir.

—¿Acaso tiene noticias? —Unos toques de perfume, y lista. Se contempló a sí misma con aprobación. Llevaba un vestido de un tono burdeos que le gustaba mucho. Combinaba muy bien con su piel, y con el negro de su cabello y sus ojos—. ¿Quizá ha descubierto algo que quiera compartir conmigo?

—Me temo que no.

Harry agitó la cabeza.

—Le recuerdo que me pidió un par de días y han pasado dos semanas.

—No es tan fácil —protestó él—. Dwight Perceval tiene un pasado totalmente gris. Le he puesto un vigilante, un hombre que le sigue a todos lados, pero no ha hecho nada en estos días. He ido a su casa y...

—¿A mi casa? ¿A Trammheran House?

—Sí, pero no he encontrado nada relevante. —Chasqueó la lengua—. Y no me ha atacado nadie por hacerlo.

Harry sonrió, mientras empezaba a ponerse los guantes.

—Parece lamentarlo.

—Lo hago, no lo niego. He pensado... ¿cree que podría servir un artista, para hacer un retrato del hombre que recuerda? ¿El grande?

—El dragón.

—Sí, exacto.

—Es posible. —Frunció el ceño, pensativa, intentando evocar su rostro—. A veces creo que ya no podría ni reconocerle si le tengo delante. Le vi de lejos y ha pasado demasiado tiempo, pero no es mala idea, desde luego. Si conoce alguno, mañana lo podemos intentar.

—Estaría bien. —Se rascó la nuca—. De otro modo, estaremos en un maldito callejón sin salida. Pero, bueno, al menos es algo. ¡Y ya puede quitarse eso! —Sonrió, conciliador—. Ya va a colaborar en la investigación sin necesidad de salir de la casa. Podemos tomar una copa y...

—Voy a salir, lord Rutshore. —Se colocó la capa corta de piel—. Si quiere quedarse a esperarme, adelante. Está en su casa.

Él puso cara de contrariedad.

—Pero ¿adónde demonios va?

—Se me ha ocurrido una idea, y voy a intentarla.

—¿En serio? —Aunque se resistió, no pudo evitar mirarla con curiosidad —. ¿Qué?

—Es sencillo: el hombre grande, o el rubio, da igual, ambos... eran caballeros, se notaba en su porte, sus atuendos, y el modo en que los criados del sitio se comportaban con ellos. Bueno, al menos con el rubio, claro, el otro estaba demasiado lejos, pero era evidente. —Rutshore entornó los ojos, como aburrido por una explicación liosa. Bah, para qué se complicaba en intentar contárselo al detalle. Se retocó el peinado—. El caso es que eran gente importante. Y estamos en plena temporada. Seguro que están en alguna fiesta.

Él se quedó inmóvil, como esperando algo más. Al ver que no llegaba, arqueó ambas cejas.

—¿Y? Usted no está invitada a ninguna y nadie la conoce ni la espera.

—No, pero puedo quedarme rondando la entrada y observar, a ver si los veo.

Rutshore se echó a reír.

—Es el plan más ridículo que me he encontrado nunca.

Harry frunció el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Más que poner un vigilante a Dwight a ver si algún día bisiesto hace algo llamativo?

—No, claro. Es mejor quedarse en mitad de la calle durante horas, a ver si descubre por casualidad a unos hombres que vio hace diez años. —Bufó, burlón—. Usted no tiene ni idea de las multitudes que se forman en ocasiones. Además, no hay una fiesta cada noche, sino a veces varias. ¿Qué va a hacer? ¿Corretear de un lado a otro por todo Londres?

—Seguro que sí. Porque será más fácil que los vea si estoy allí, que si estoy aquí, encerrada.

—Le recuerdo que la buscan. A saber si ellos mismos o quiénes.

—Con más razón. He llegado a pensar que, quizá, si me ven y me llevan ante quien quiere verme, consigamos algo.

—¿Qué? —Rutshore perdió todo aire burlón. La miró muy serio y empezó

a negar, de palabra, con las manos y hasta con la cabeza—. No. No, no, no. Ni hablar. Ni siquiera se atreva a sugerirlo.

—¿Por qué no? Puedo servir de cebo, sí. Usted me sigue a distancia, con Barns. Cuando me atrapen, detiene a uno, y lo interrogamos. A ver si es posible que no muera nadie. De ellos, me refiero. Bueno, y de nosotros, claro —añadió al momento, bromeando con el equívoco. Al ver cómo la miraba, casi al borde de la indignación, se encogió de hombros—. Vamos, admita que puede funcionar.

—Está usted loca. —La señaló con un dedo—. No voy a arriesgarla, me niego en redondo.

—¿Por qué?

—Sir Alan me mataría.

—Oh, eso. Le escribiré una nota, exonerándole de toda culpa. Es mi plan y mi riesgo. Si no tiene más razones...

Rutshore pareció vulnerable.

—Porque... porque... Da igual. Porque es una maldita locura y punto.

—Ya. Pero es decisión mía.

—No. —Se señaló—. Va a ser mía. Le recuerdo que es usted menor de edad. En ausencia de su padrino, soy responsable de usted.

Harry frunció el ceño.

—No se atreva a tratarme como una niña.

—No se comporte como tal.

—¿Qué? —Jamás se había sentido tan indignada—. Bien. Se acabó. ¿Recuerda lo que le dije, cuando nos convertimos en aliados? ¿Cuando acepté venir aquí y seguirle el juego a la espera de... algo que nunca pasa?

—No sé a qué se refiere.

—Le dije que me llamara Harry.

—Ah, eso. —Hubo algo de desdén en el tono, como si le hubiesen recordado una excentricidad absurda—. La llamo Harry, maldita sea. Ahora ya hasta me sale de natural.

—No lo entiende. —Le miró furiosa, negando con la cabeza—. No entiende nada en absoluto. No quiero que me llame Harry como un capricho de cambio de nombre, como si de pronto me hubiese dado por llamarme Robert o llamarme Martha. Cuando digo que me llame Harry me estoy refiriendo a

algo mucho más profundo.

—¿Va a empezar otra vez a pedir ser tratada como un hombre? Pues lamento decirle que no lo es.

—Es que ni quiero serlo, milord. Solo pido ser tratada como un igual. Como un aliado, como alguien con quien colaborar, no como alguien a quien ordenar y arrinconar, no se vaya a hacer daño.

—Su insistencia es absurda, ¿no se da cuenta? Se muestra cargante e infantil, siempre a vueltas con las mismas tonterías.

—¿Cargante e infantil? —Indignada, le dio un golpe en el pecho con el abanico—. ¿Cómo se atreve? ¿Me obliga a defender mi independencia y cuando me quejo me dice que yo soy la cargante? No le molestaría con mis exigencias, milord, si no tuviera que estar luchando continuamente contra su empeño en dominarme. En considerar que, como hombre, sabe mejor que yo misma lo que me conviene. Eso sí es cargante y vivo en un mundo en el que todos piensan de ese modo.

—Quizá no sean ellos los que se equivocan.

—¿De verdad? Entonces, se alegrará de librarse del peso agobiante de tener que darme su protección. Me marchó, y para siempre. —Se dirigió a la puerta, incluso llegó a abrirla, pero Edward llegó a tiempo, apoyó una mano en la madera y empujó, cerrándola con un golpe rotundo. Se miraron durante un largo momento. Como no parecía dispuesto a decir nada, fue ella la que atacó—. ¿Va a secuestrarme?

—No diga tonterías. Sabe bien que no es un secuestro. Pero si no comprende que...

—No hay nada que comprender. Ya lo sé, milord. No soy tonta. Sé que corro riesgos, pero así es la vida: riesgos, peligros, amenazas... Y cada cual, con su libertad, se mueve entre ellos y los esquivo como buenamente puede. ¿Lo entiende? Tiene que ser mi decisión, o estaré viviendo una vida que no es la mía, y no voy a consentirlo. Apártese de la puerta.

—No —replicó él. Harry tragó saliva. El corazón le latía con fuerza.

—¿Cómo se atr...?

—Me atrevo porque me vuelves loco, maldita sea —declaró de pronto Rutshore, tuteándola—. Desde el primer momento en que te vi, en aquella librería, me has vuelto totalmente loco. Es algo... no sé, no puedo entenderlo,

pero me paso el condenado día pensando en ti. —Adelantó una mano y le apartó un rizo que caía sobre su mejilla izquierda—. En tu pelo, en tus ojos; en el modo en que inclinas la cabeza cuando piensas en algo agradable, o cuando caminas por el jardín.

Harry sintió un sobresalto.

—No piensa lo que dice.

—Ya lo creo que sí. Maldita sea, lo he pensado siempre, pero por fin tengo el valor de decirlo. Estás en mi mente, Harry. —Se llevó un dedo a la sien, y ella pensó en el cañón de una pistola—. No consigo sacarte de mi cabeza.

Harry parpadeó. Como declaración de amor, dejaba mucho de desear. ¿O acaso no lo era? No lograba entenderle.

—¿Qué quiere de mí?

—No, esa no es la pregunta. La pregunta es ¿qué quieres tú de mí?

Ella se lo pensó un momento. La luz de las velas se reflejaba en los ojos de Rutshore de tal modo que daba la impresión de que podía leer hasta el fondo de su alma.

—No estoy segura.

—Sí lo estás —susurró él—. Sí lo sabes.

«No», pensó, alarmada. Pero no le salió la palabra.

Rutshore empezó a inclinarse, poco a poco, como dándole tiempo a salir corriendo. Pero no fue a ningún lado, no volvió a intentar abrir la puerta ni se apartó. Se quedó quieta, hasta sentir los labios de Rutshore en su boca.

El beso...

Había soñado con aquello tantas veces. Y, sin embargo, tenía un sabor amargo. Era como el eco de una derrota.

—Quiero que me respetes —le susurró. Él se apartó y la miró—. Si no vas a poder hacerlo, esto no tendrá ningún sentido.

Rutshore inclinó la cabeza.

—Respeto...

—Sí. Preguntar mi opinión, respetar mis decisiones. No es algo tan sorprendente, Edward. Es exactamente lo que haces con tus amigos. Si yo no soy tu amiga, no puedo ser tu amante.

Él la miró con amargura. Hasta parecía avergonzado.

—Perdóname. —Se frotó el rostro con las manos—. Te respeto. Incluso te

admiro, por exigir una vida propia con tanto ahínco, en un mundo como este. Pero abro la boca y habla mi miedo. Harry... si te pasara algo...

Ella le miró fijamente.

—Si te pasara algo... —repitió.

Y él comprendió y la besó.

Esta vez todo fue muy distinto. El beso sabía a algo picante y a algo dulce. A amanecer de primavera tras una ligera llovizna; a esa excitación de las primeras veces, los primeros bailes, a nuevo. Sintió la lengua de Edward entrando lentamente, apropiándose de todo lo que iba tocando, y no sintió que entregarse fuese una derrota, sino una opción elegida.

Harry suspiró. Quería hacerlo, quería ser suya, y que él fuera suyo.

Él la oprimió contra la puerta, sujetándola por las muñecas. El beso se hizo más profundo, volcánico. La sangre empezó a arder en sus venas. Quemaba.

—Harry... —le oyó decir—. Oh, Harry, cómo te deseo...

¿Deseo? Una palabra tan breve y tan intensa. Con ella podía describir la sensación que le provocaba el aliento de Edward en la piel de su cuello, y la presión de sus labios allá donde la dejaban marcada. La firmeza de su cuerpo, oprimiendo el suyo contra la puerta. Sus manos, quitándole la capa, desabrochando los botones, deslizando el vestido por sus hombros hasta dejarlo caer al suelo. Iba tan lento... no podía soportarlo.

Harry le cogió por la corbata y empezó a soltarla con manos tensas. Le oyó reír entre dientes. Le daba igual si parecía ansiosa, lo estaba. ¿Cómo no iba a ser así? Deseaba sentir su piel. Deseaba pegarse a él hasta tal punto que fuera difícil separarlos. Edward empezó a quitar la chaqueta y ella le ayudó y también apartaron la camisa, que cayó al suelo hecha un amasijo. Recordaba su pecho, del día en que casi se desnudó delante. Tenía vello, pero no demasiado. Entonces había querido mover los dedos por sus músculos, enredarlos en aquella pelusa de aspecto suave. Lo hizo, mientras le besaba con ansia.

Edward le soltó el corsé y abrió la camisola de Harry. La deslizó, poco a poco, y sus ojos se oscurecieron al contemplar sus pechos desnudos, blancos y hermosos, con pezones del color del vino tinto. Sus pupilas la buscaron, la miraron.

—Eres preciosa —dijo, y dejó caer la prenda. Ella quedó desnuda. La mano

de Edward le soltó el pelo; luego descendió desde su cuello, acarició sus pechos y siguió bajando hasta cubrir su pubis—. Preciosa y mía.

Ella parpadeó, a punto de estallar de tantas emociones. No le impidió que separase sus labios y buscase el botón tierno que ocultaban. No imaginaba que pudiera sentirlo tanto. Él sonrió, así que empezó a soltarle el pantalón.

Si el día de la casa del río había estado excitado, esa noche era algo increíble. Harry desabrochó los botones sin que él se opusiese. Solo cuando ya estuvo tan libre que podía vislumbrarse su miembro, enorme y duro, a punto de salir por sí mismo, él se bajó los pantalones, arrastrando también la ropa interior, y los pateó a un lado, con los zapatos.

Desnudos, a un paso el uno del otro, se miraron. Se tocaron. Ella abrió los ojos, algo asustada por aquella erección brutal, pero no quiso decir nada. Edward la cogió en brazos y la llevó a la cama, sin dejar de besarla. La tendió sobre la colcha y se tumbó encima. ¡Así! como en la barca pero más cerca, sin ropa incómoda, sin desconfianza. Muy juntos, empezando y terminando en el mismo punto. Edward la besaba de continuo, el cuello, los pechos, su lengua se movió en círculos por el ombligo y descendió hasta aprisionar el clítoris entre los dientes.

—¡Ah! —exclamó Harry, pensando que se iba a diluir en cualquier momento. El calor iba aumentando. Todo su cuerpo crepitaba. Una necesidad extraña empezó en su pubis, exigía, clamaba—. Por favor.

—Mi deliciosa Harry —tanteó con los dedos, la penetró—. Eres virgen —dijo entonces, con sorpresa—. Una virgen muy ardiente, húmeda y dispuesta. —Apoyó la frente en el hombre de Harry—. No debería hacer esto. Pero quiero hacerlo. No me veo capaz de contenerme.

—Por favor —volvió a repetir.

—Te das cuenta de que esto lo cambia todo, ¿verdad? Harry, Harriet o como quieras llamarte. Este es un punto de no retorno.

Le cogió por el pelo y tiró.

—Hazlo.

Edward la besó y se colocó entre sus piernas.

—No te preocupes. El dolor será rápido.

Ni siquiera llegó a entenderle. Solo le importó que de pronto sintió algo duro que la invadía, que empujaba, que entraba lentamente pero con decisión.

Apenas duró un par de segundos. Qué extraño que todo cambiase en tan poco tiempo.

Le sintió dentro, estaba plena. Hubo un momento de dolor y luego fue calmándose. Aun así, él esperó todavía un poco más. Rutshore empezó a mover suavemente las caderas, en embestidas largas y lentas que fueron acentuando el fuego que sentía en su interior.

—Oh, Dios...

—Vamos, cariño, déjate llevar. Vamos.

Se aferró a él. Se dejó llevar, tal como dijo, porque realmente no había nada más que pudiera hacer. Aquello era tan... voluptuoso. Jamás había sentido un placer así, tan brutal, tan bestial. Algo que se iba extendiendo por su cuerpo, tensando músculos y fibras, todo a la espera de algo, una liberación.

Más, más. Oía el ruido de la cama, la respiración de Edward, el latido de su corazón y sus propios gemidos. Más.

Necesitaba más.

—Edward.

—Así, amor mío. Estás muy cerca. Déjate llevar

Y ella lo hizo, más que nada porque no hubiese podido evitarlo. La oleada de placer la elevó, la arrastró y la empujó de tal manera que pensó que iba a desmayarse. Oscuridad, delicia. Edward acentuó el movimiento y gritó. Le sintió, derramándose en su interior.

Y todo estuvo perfecto.

CAPÍTULO 10

Durante las tres semanas siguientes, Edward no abandonó la casa de Finish Street.

Por primera vez en mucho tiempo, no le importaba el museo o, al menos, no tanto como para que ocupase por completo su mente, como había ocurrido en los últimos meses. Pese a que se sentía un poco desleal con su padre, prefería pasar su tiempo conociendo a Harry Waldwich. Le fascinaba todo de ella: el tono de su voz, su sonrisa, el modo en que brillaban sus ojos cuando algo la divertía, la expresión maravillada de su rostro en el momento del orgasmo...

Por eso, envió una nota a su mayordomo, Daniels, y lo organizó todo para que Londres entero pensase que lord Rutshore estaba fuera de Inglaterra, en uno de sus viajes. Como era algo habitual, estaba seguro de que la excusa no iba a extrañar a nadie, ni siquiera a Gysforth o Badfields. A ellos sí solía avisarles de sus salidas, pero tampoco sería la primera vez que, ante algún descubrimiento importante en algún sitio, se marchara sin despedirse.

Además, daba igual, ya se explicaría a la vuelta.

Allí, en la casita de Finish Street, pasó unas horas que le parecieron segundos. De hecho, Harry y él apenas salieron al jardín, ni siquiera al salón. Permanecían casi todo el tiempo encerrados en el dormitorio, haciendo el amor incansables, contándose cosas, riendo mientras bebían champán o se daban a comer uvas el uno al otro, desnudos sobre la alfombra, frente a la chimenea.

Supo entonces que Harry era tan curiosa como apasionada en el sexo. Le gustaban las margaritas, Shakespeare, la música de Mozart, y pasear bajo la lluvia, cuando no había nadie por las calles. Era muy detallista y le gustaba

sorprenderle. Le hacía dibujitos de flores o caricaturas de ellos mismos besándose, en trozos de papel que dejaba en la almohada, en el sofá, sobre la mesa o en algún bolsillo.

Había querido mucho a sus padres y a su hermanito, y estaba enferma por la pena y el deseo de vengarlos...

Día tras día, Edward trató de no pensar en nada que quedase fuera de esa casa, y hasta llegó a conseguirlo, pero no podía alargarlo por siempre. Julio cada vez estaba más cerca, y con él, la inauguración del museo. No podía demorar más su regreso.

Además, tenían que continuar con la investigación, Harry estaba en lo cierto, se encontraban en un punto muerto, debían arriesgarse si de verdad deseaban avanzar. Ella quería. Él también, pero no a cualquier precio. Lo que no había entendido, era que no era el único que podía decidir cuándo o cuánto pagar.

Debía aceptar a Harry.

Harry.

Una mañana, Edward despertó poco antes del amanecer, con ese nombre resonando en sus oídos. Se levantó, se puso un batín y se sentó en la butaca a contemplar a Harry dormida. ¡Era tan hermosa! En esos momentos estaba bocabajo, girada hacia su lado, con el cabello extendido por la almohada y una mano caída por el borde de la cama. Sus labios, húmedos, brillaban con la luz de la vela. Respiraba suavemente.

Últimamente, cuando la observaba así, Edward experimentaba una sensación sobrecogedora. No se refería al amor, aunque le constaba que estaba enamorado hasta la mismísima raíz de su alma. No, no era eso, reflexionó sombrío. Era, simple y llanamente, miedo.

Había sido sincero al decirle que era eso lo que le había impulsado a retenerla allí. Que era eso lo que le llevaba a mostrarse dominante. Abría la boca y salía su pánico, convertido en frases que ni siquiera le gustaban a él. Estaba asustado, aterrado como nunca.

De haber pensado que podía convencerla, para lograr que se mantuviera al margen de todo aquello, lo hubiese intentado. Él mismo hubiese estado encantado de no tener que salir de esa habitación, poder permanecer así por siempre, con ella. Pero sería inútil. Harry estaba empeñada en cazar un

dragón, y no podía retenerla.

Ella entreabrió los ojos. Sonrió al verle.

—¿Qué haces ahí?

—Mirarte.

—Tonto. —Suspiró, sensual, mientras se giraba, y se incorporó. La sábana cayó hasta su cintura, dejando a la vista sus pechos, pequeños y firmes—. Sé lo que estás pensando, Eddie.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ha llegado el momento de... volver al mundo real y te estás preguntando cómo convencerme para que me quede aquí.

Él asintió.

—Sería lo más seguro.

—Por supuesto. Para mí, para ti... Para cualquiera, Edward. Si todos nos quedásemos en casa, no habría apenas riesgos. No tendríamos accidentes, ni enfrentamientos con otros. No nos caerían tejas sobre la cabeza, ni nos atropellarían carruajes desbocados.

Ella no se dio cuenta, pero aquello le recordó a su padre. Edward se estremeció. Qué modo terrible de morir. ¿Y quién podía decirle que no le iba a pasar algo semejante a Harry?

—No me importan los demás. Me importas tú.

Ella le estudió con aquellos ojos tan enormes. Asintió.

—Aun así. No puedo quedarme aquí. Tengo que seguir con mi vida y, si los asesinos de mis padres van a tener su castigo, yo también tengo que participar.

—Podría ocuparme yo, de todo.

—¿En serio? ¿Qué dirías si te digo lo mismo, respecto a tu padre?

Había esperado esa réplica, claro. Sabía que no tenía forma de ganar esa discusión.

—Lo entiendo. —Hizo una mueca—. No me gusta, pero lo entiendo, así que tendré que aceptarlo.

—Mejor, porque no creo que te queden alternativas. —Alzó los brazos y se recogió el pelo tras la nuca, en un gesto lleno de intención. Como mostrándose, tentadora y lejana a la vez—. No tienes ningún derecho sobre mí.

—¿No?

—No. No perteneces a mi familia, ni eres mi prometido, ni mucho menos mi esposo.

—Soy tu amante.

Los ojos de ella brillaron.

—Suenas tan... sensual. Vamos, ven a la cama.

—No es broma, Harry. *Soy tu amante* —repitió, incidiendo en la frase—. Eso implica un compromiso y algunos derechos y obligaciones.

Eso la sorprendió.

—¿Para quién?

—Para ambas partes, por supuesto. Por lo general, mis abogados se ocupan de todo lo referente a organizar el contrato. Raramente cambia alguna cláusula, porque es bastante generoso.

—¿En serio? —Le miraba asombrada—. ¿Firmas un contrato con tus amantes?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque no imaginé que Dolly supiera escribir.

—Qué graciosa.

—No, en serio, no sabía que se hacían esas cosas. Me parece muy... civilizado. ¿Y qué se pone en esos documentos?

—Ofrezco una buena manutención, casa, coche, criados... A cambio, se espera la fidelidad de la joven.

—¿La tuya no?

—Bueno, no. Aunque lo cierto es que siempre lo he sido.

—Pero no se contempla en el contrato.

—No —replicó, aprovechando para plantearlo con cuidado—. Pero, si aceptas, cuidaré de ti y trataré de hacerte feliz, siempre.

—¿A mí? ¿Me estás ofreciendo un contrato, a mí? —Edward no dijo nada. No se atrevía. Tampoco podía dejar de pensar en sir Alan y lo que opinaría de algo así. Pero no podía evitarlo... Ella frunció el ceño, reflexiva—. Si te digo la verdad, creo que no sería una buena amante, Eddie. Sospecho que, tras pasar unos meses, si no hay algo más, acabaría... no sé. Muriéndome por dentro. Y no digamos si te casas con otra. Eso sería el fin. —Esta vez, fue la imagen de lady Emma la que pasó por su mente, dejando un rastro de

amargura—. Sin embargo, te prometo fidelidad mientras estemos juntos.

—Yo tampoco he sido nunca un buen amante. —Se dejaba conquistar, más que otra cosa, y en pocos meses toda fascinación se había disipado por completo. Por lo general, las seguía manteniendo hasta que eran ellas quienes le dejaban, cansadas de sus ausencias, con la excepción de Dolly, que había aguantado porque no necesitaba ninguna otra cosa. Jamás había pensado en sus amantes como en compañeras. Se pasó una mano por el rostro—. En fin... Creo que lo mejor es dejar esta conversación, al menos de momento.

—Buena idea. ¿Algún plan?

—No sé. He dado tantas vueltas... y no avanzo hacia ninguna parte.

—Si lo piensas bien, la idea que te sugerí no es tan mala. La mansión del dragón era un sitio grande, elegante, con guardias. Y vi dos caballeros, el de la puerta y el del balcón. Si nos movemos entre la alta sociedad, tarde o temprano me toparé con ellos. O con alguno. —Dudó—. Espero.

Edward agitó la cabeza, sabiéndose vencido.

—Yo no puedo ocuparme directamente de presentarte en sociedad —dijo—. Necesitas unas damas de edad y relevancia social que te respalden, un entorno adecuado. —Suspiró—. Voy a arrepentirme toda la vida, pero voy a organizarlo todo para llevarte a Gysforth House.

—¿Gysforth House?

—Es la mansión de mi amigo James, James Keeling, el duque de Gysforth.

—Le recuerdo. Y te recuerdo a ti que fui amiga de Ruthie Keeling.

—Lo sé. Te alegrará saber que ella y las gemelas están ahora mismo disfrutando de la temporada, con la ayuda de su tía Hetty. No me cabe duda de que te acogerán encantados. Así podrás echar un vistazo por ahí, pero estando acompañada.

Harry sonrió.

—Gracias, Edward.

—De nada. —Se levantó y se sentó en la cama, a su lado. Le apartó el pelo de la frente—. Solo te pido que recuerdes que todo es pura apariencia. No estarás presentando en sociedad, Harry. No buscas marido y ya tienes un amante. De hecho, te reunirás conmigo, aquí, por las tardes, a ser posible cada día.

Ella hizo un gesto coqueto.

—¿Para qué, milord?

—Para que pueda hacer esto. —Abarcó uno de sus pechos con la mano. Jugó con su pezón, hasta ponerlo duro, como una piedra preciosa—. Y esto. —Apartó la sábana, dejándola desnuda por completo. Su mano se deslizó por su cuerpo, hasta deslizarse por los labios del pubis. Empezó a acariciarla, con suavidad—. Para que pueda recordarte que, cuando todo esto termine, tú y yo tenemos que hablar.

Ella se estremeció.

—Edward...

—¿Quieres algo, milady?

—Sí... Por favor.

Edward sonrió. Se inclinó a besarla mientras se quitaba el batín, y se situó sobre ella, que ya estaba dispuesta, húmeda y anhelante. Tanto como él, que sentía una urgencia cada vez más difícil de controlar. Luchó contra ella para alargar el placer, para disfrutar intensamente cada segundo; la penetró poco a poco y volvieron a hacer el amor, como tantas veces, de un modo lento y pausado.

¿Cómo podía haber vivido sin aquello? ¿Cómo podía haber imaginado que el sexo que tenía con otras mujeres era suficiente? Imposible. Solo había sido algo que calmaba su cuerpo pero no afectaba a su espíritu. Claro que eso solo lo había sabido después, una vez supo lo que había más allá de la simple pasión física. Por eso, con Harry era todo muy distinto. Le importaba tanto el brillo de sus ojos, que indicaba en qué momento de excitación se encontraba, como la propia satisfacción.

Empujó y empujó, cada vez más excitado, más intenso, arrinconándola casi contra la cabecera, mientras ella se aferraba a él y le rodeaba las caderas con las piernas, animándole a entrar más profundo, más rápido... Podría decir lo quisiese, pero aquella mujer era su amante y lo sería por siempre. Alguien que se entregaba así, de una manera tan completa, no podía entregarse de igual forma a ningún otro. Bien lo sabía él, que lo estaba viviendo en carne propia.

—Di que me quieres —le susurró. Ella apretó los labios, como si quisiera resistirse. La besó—. Vamos, dilo.

—Te quiero.

—Repítelo.

—¡Te quiero, te quiero! —Las palabras se convirtieron en un grito cuando el orgasmo la estremeció. Él la siguió a continuación, estremecido de pies a cabeza, sintiendo que se vaciaba por completo en ella. Agotado, se apoyó en su pecho unos segundos. Luego, la miró.

—Y yo te amo a ti, Harriet Waldwich Saint-George. Por eso te digo que no necesitas ser Harry para ser fuerte ni para merecer respeto. Eres Harriet. Eres mi amante y mi compañera.

Ella le miró de tal modo que supo que, si no le había amado, en esos momentos la había conquistado por completo. Harry le besó y rodaron por las sábanas. Eran jóvenes y se querían. No podían ser más felices...

El sol estaba alto cuando por fin se levantó. Pidió que les preparasen el baño y, cuando estuvo listo, se despidió de ella para ir a hablar con James.

Por la hora que era, pensó en ir directamente al Parlamento, por si se encontraba allí con sus asuntos políticos, pero decidió probar suerte en Brooks's, que le quedaba de camino. Hizo bien, porque estaba allí, tomando una copa de madeira mientras leía el periódico.

—Qué estupendo, justo te estaba buscando —le dijo, contento—. Creí que estarías liado con alguna sesión o con reuniones.

—No, hoy no. La semana pasada fue bastante intensa y me estoy tomando un par de días sin tanto ajetreo. Eso sí, tengo que acompañar a Bethy de compras a Bond Street. —Miró su reloj—. Pero todavía dispongo de algún tiempo. Por cierto, ¿tú no estabas en Egipto?

—Eh... no. —No merecía la pena dar vueltas. Más le valía reconocerlo cuanto antes—. No he salido de Londres.

—¿En serio? O la tía Hetty tiene razón y Daniels ya está mayor para ser tu mayordomo, o le has indicado que nos mintiera, y tiendo a inclinarme por lo último. —Sonrió al ver la sonrisa de Edward—. Vaya, vaya. Hay algo muy interesante que tienes que contarme.

—Sí. Muchas cosas. Y, además, voy a pedirte un favor.

—¿De veras? —Dobló el periódico y lo dejó a un lado—. ¿Relacionado con la joven del río? ¿Lady Harriet?

Edward bufó para sí. Hubiese preferido no ser tan transparente.

—Sí. Así es. —Le hizo un resumen de los hechos, que empezó siendo

breve, pero se fue complicando a medida que avanzaba. Tampoco le importaba contárselo todo. Con él tenía confianza.

Al terminar, James estuvo casi un minuto digiriendo toda aquella información. Aunque, para ser exactos, quien no le conociera, hubiese pensado que estaba examinando el color de su copa, solo por concluir si combinaba bien con el tono de su chaleco.

—Entiendo —dijo al fin, flemático. Tan inglés como su tía Hetty. ¿Qué importaba que el asunto fuera de espías, traiciones o asesinatos, o la búsqueda de un dragón casi legendario, como en una auténtica aventura medieval? Ante todo, la cuestión era no perder la calma—. ¿Y quieres que venga a casa, y que se una a la temporada, con mis hermanas?

—Sí. Espera encontrarse en alguna fiesta con el hombre grande. El dragón, como le llama. O quizá al rubio, el demonio. O a los dos.

—Supongo que te das cuenta de que puede ser muy peligroso. Si ese hombre encabezaba un grupo de traidores dispuestos a sentarle en el trono, aprovechando la invasión napoleónica, no le va a hacer ninguna gracia que se descubra, aunque hayan pasado unos cuantos años.

—Lo sé. Preferiría intentar localizarlo de otro modo, pero, la verdad, no se me ocurre nada.

James se lo pensó unos segundos.

—No, a mí tampoco. Puedo hacer un par de consultas por ahí...

—No. —Lo descartó de plano—. No sabemos quién está en un bando o en otro, Gysforth, no podemos arriesgarnos a alertarle. Es mejor no arriesgarse.

—Cierto.

—Además, Harry ya lleva mucho tiempo esperando. No me veo capaz de detenerla durante mucho más. Ya te digo que la detuve justo en la puerta, dispuesta a corretear por todo Londres, por si veía al dragón divirtiéndose en alguna fiesta.

James rio.

—Sí, ya me imagino. Lady Harriet parece tan decidida como hermosa. En todo caso, no te preocupes, estaré encantado de que venga, no tengo ningún problema y estoy seguro de que Bethy y las chicas tampoco. La tía Hetty...

—Se encogió de hombros—. Ahí la historia se vuelve impredecible. Pero no te preocupes, tráela a casa, que nosotros nos ocupamos.

—Sin demasiado entusiasmo, ¿eh? No es necesario que le encontréis marido, solo que simule buscarlo.

James le dedicó una sonrisa.

—¿Seguro? Mira que es una mujer muy hermosa, y de sangre noble. A pesar de no tener fortuna ni título, seguro que la tía Hetty podría encontrarle algo adecuado.

—Insisto.

—Está bien, está bien. No seré yo quien se empeñe en esas tonterías, después de lo vivido con Bethy. —Dio la impresión de ir a preguntar alguna otra cosa, pero vio a alguien y se interrumpió—. Avisaré a Bethy y a mis hermanas, ellas sabrán el mejor modo de actuar. Mira, ahí está Badfields.

—Caballeros —saludó Arthur, acercándose—. Qué sorpresa. Hace días que no os veo. ¿Dónde habéis estado metidos?

—¿Nosotros? ¿En qué andas tú, me pregunto yo? —contraatacó James—. Ayer no pude encontrarte por ningún sitio.

Arthur titubeó. Miró a Edward de reojo.

—He estado comprobando algo.

—Oh. —James reaccionó al momento—. Ah, ya... de lo del nuevo potro que andas buscando, para ampliar tus caballerizas.

—Exacto. Me dijeron que...

—No os pongáis misteriosos, ni empecéis a hablar en clave, que no soy tonto —intervino Edward, algo molesto. Aunque, quién era él para reprocharles mantener sus propios secretos—. Ya sé que últimamente he estado de viaje muy a menudo...

—Casi siempre —asintió Arthur.

—Bueno, casi siempre. Aun así, me consta que, eso de lo que estáis hablando, será algo relacionado con Minnie.

James y Arthur le miraron sorprendidos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. —Le lanzó una mirada directa—. Arthur, maldición, hemos crecido juntos. Además, me contaron que estuviste indagando el mes pasado en las tabernas del puerto. Otra vez. Y hay un tipo llamado Thynne que estaría encantado de echarte el guante, a ti y a James, por cierto.

—¿Conoces a Thynne? —preguntó James, perplejo.

—Tengo mis propios potros.

Arthur contuvo una risa.

—Apuesto a que egipcios.

Edward suspiró interiormente. Sí, no podía negarlo. Cuando Giovanni Belzoni llevó a Londres el sarcófago de Seti I, con la intención de exponerlo y luego venderlo al Museo Británico, Edward tuvo una idea. Ante la posibilidad de que piezas como aquellas se perdieran por siempre, dispersas entre museos o en colecciones privadas, buscó el modo de acceder temporalmente a ellas para tener una copia propia de sus grabados y dibujos.

Así, había llegado a un acuerdo con quien quiera que controlase las bandas del puerto de Londres y el de Dover, y Thynne había sido su representante hasta hacía cosa de un año, cuando al parecer «ascendió», dentro de su oscuro mundo, y se estableció en Londres, como el reyezuelo de Whitechapel y otras zonas.

En realidad, Edward nunca había hablado con él, jamás le había visto. Trataba esos asuntos a través de un abogado llamado Angus Cedrerick, que había resultado de lo más profesional.

Desde entonces, cada vez que llegaba a los puertos controlados un barco con material arqueológico, se avisaba a Cedrerick y él enviaba discretamente los dibujantes oportunos. Durante unas horas que podían variar dependiendo de las circunstancias, tenían la opción de desembalar y hacer una copia de todo lo que veían, a la luz de las velas.

No era lo óptimo, por supuesto. Edward no podía contar con el original a la hora de necesitar una comprobación, ni sus hombres conseguían dibujarle todo lo que llegaba, sería una empresa descomunal, pero al menos ayudaba. Gracias a eso, los archivos del museo Rutshore se estaban nutriendo de una buena cantidad de material, información que podía ayudar a entender cómo había sido realmente la historia.

Cedrerick era el que le había mencionado el enfado de Thynne con James y Arthur, por culpa de una dama rubia que, sospechaba, podía ser Bethany. Pero Edward era un hombre discreto. Si no le mencionaban nada, él no pensaba sacarlo a colación. Ni siquiera se molestaba por el secreto. Eran sus amigos; sus razones tendrían.

—Y ganarías la apuesta —dijo. Chasqueó la lengua—. ¿Qué pista es esa

que estabas investigando?

La expresión de Arthur se ensombreció.

—Nada, no importa. No funcionó.

—Vaya. Lo siento.

Arthur se pasó una mano por el rostro.

—No sé... Es que cada vez estoy más seguro de que la han sacado de Inglaterra. Tienen que haberlo hecho. Aquí no hay manera de localizarla. Y Minnie no es alguien que pueda pasar desapercibido. Es guapa, es inteligente y divertida, es una dama elegante... ¡No se la puede haber tragado la tierra!

Con disimulo, Edward y James intercambiaron una mirada de circunstancias. La expresión no podía haber sido peor elegida, porque era muy posible que estuviese muerta y, efectivamente, enterrada. Y desde el primer día. O flotando como un cadáver anónimo más por el Támesis. Pero Arthur no quería ni pensarlo y eso era algo que ellos no iban a mencionar, jamás.

—Podría preguntarle a Black —se le ocurrió de pronto. Arthur le miró sorprendido.

—¿A sir Sylvester? ¿Qué puede saber él?

—Directamente, nada, seguro. Pero tiene muchos contactos en oriente. Es amigo personal de Mehmet Alí, el gobernador de Egipto y también conoce gente importante en otros países de los alrededores.

—Pero, si se la han llevado a algún lugar de esos, va a ser como buscar una aguja en un pajar...

—No tanto. No digo que sea fácil, pero no es imposible, precisamente porque, como decías, Minerva no es una muchacha cualquiera, es una dama, y alguien importante. Si hay una joven de la alta nobleza inglesa en algún harén, es posible que logre descubrirlo.

Los ojos de Badfields brillaron. Nunca le había visto tan ansioso.

—¡Es una idea estupenda, Eddie! ¡Por Dios! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? ¡Hazlo, por favor!

—Descuida. Sé dónde viven él y su hija, tienen una casa en Londres. Me pasaré por allí cuanto antes.

—Hoy mismo, si puede ser.

Edward dudó. Tenía bastante trabajo esperando en el museo, pero le vio tan

ansioso que se apiadó.

—Por supuesto —asintió—. Iré ahora mismo a su casa, no te preocupes. De todos modos, por si no le encuentro, también me pasaré por White's, que me queda de camino, y le dejaré una nota —añadió, más pensando en voz alta que por contárselo a sus amigos—. El otro día oí que se disponen a marchar a Egipto, no quiero que se vayan sin haber podido hablar con ellos.

Arthur le estrechó el brazo, en un ademán lleno de afecto.

—Te lo agradezco, Edward. De corazón.

—No hay de qué, amigo mío. —Se alegraba de verdad de serle útil. Lo hubiese hecho en cualquier caso, pero, además, él y Badfields siempre habían visto el mundo de modos muy diferentes, por lo que casi siempre estaban a la gresca. Era bueno que suavizasen aristas de vez en cuando.

—Tendría gracia que los Black lograsen ayudarme en esto, con lo mal que me ha caído siempre sir Sylvester... —Los ojos de Arthur se volvieron soñadores—. Eso sí, siempre me ha atraído la oscuridad de Theodora Black.

—Es una mujer fascinante —reconoció James—. Y muy hermosa. No entiendo por qué viste siempre de negro, y de un modo tan poco... favorecedor.

—En cierta forma, es algo que la hace única. Y reconozco que más de una vez me ha tentado arriesgarme a un romance con ella. —Miró a Edward—. Pena que Theodora siempre ha estado enamorada de ti.

—¿Qué dices? —Edward arqueó las cejas, sorprendido—. Eso no es cierto.

—Vamos, Rutshore. Si no lo has visto, es porque no quieres verlo. Pero yo te daré alguna pista más. Dora Black solo asiste a las fiestas a las que acudes tú.

«¿Cómo?». Parpadeó, incrédulo. Debía haber oído mal.

—¿Quieres decir que se asegura de mi asistencia?

—Con toda dedicación.

—Eso... eso no es posible. ¿Cómo lo sabes?

—Ya me conoces, siempre me entero de todo lo raro y escabroso de Londres, los rumores fluyen hacia mí como las aguas fecales hacia el río...

—Al ver cómo le miraba, se encogió de hombros—. Está bien. Sé que su padre y tú no tenéis una buena relación, así que, cuando me di cuenta de que solo aparecía cuando tú estabas presente, pregunté aquí y allá. Y descubrí que

tenía razón en mis sospechas. —Les miró con suficiencia—. Es mi destino y mi condena, tener razón.

—Claro, claro. —Edward estaba demasiado desconcertado como para seguir la broma. ¿Podía ser cierto?

¿Y él, qué sentía él? Estaba seguro de haberla apreciado en el pasado, incluso la quería. Luego, hubo mucha ira, pero, ¿en qué punto se encontraban en esos momentos? No se refería al amor, sabía que amaba a Harry, igual que sabía que era la primera vez que se enamoraba, en eso no había ninguna duda. Dora había sido más... como una hermana. Al fin y al cabo, fuera de Inglaterra era la única niña con la que compartía su tiempo, aunque él era mayor que ella.

—¿En serio, nunca te has dado cuenta? —preguntó James, para mayor sorpresa—. Porque yo sí. Y, como dice Bethany, no tengo mucho olfato para las cuestiones románticas.

—¡Pues para no tenerlo, cazaste una buena pieza! —le replicó Arthur. Ambos se sonrieron.

—No sé... De niños éramos amigos. —Edward hizo memoria—. Una de las veces que mi padre me llevó con él, durante unas vacaciones, nos pasamos días capturando escarabajos por las arenas de Egipto. Los metíamos en un corralito de arena y piedras y jugábamos a ver quién conseguía un mayor rebaño. Ah, y cuando yo tenía catorce años, nos casamos.

James y Arthur le miraron divertidos.

—¿En serio? —preguntó el primero.

—De verdad. ¡Como para negarme! Me arrastró al altar y me obligó a jurarle amor eterno, «en lo malo y en lo peor», recuerdo que dijo. —Los tres rieron—. Era una niña algo mandona, pero valiente y muy divertida. —Frunció el ceño, pensativo—. Luego, cambió...

—¿Y eso?

—No sé. Tendría unos... doce o trece años. Desde entonces, creo que nunca la vi sonreír. Ah, sí, una vez, y fue escalofriante. Estábamos en El Cairo. Dora acababa de cumplir los trece. Lo sé porque yo tenía diecisiete años. Fue el último verano que pasé con mi padre. Luego ya tuve que estudiar, no iba con él y, más tarde... bueno, murió.

—Lo recuerdo —asintió James, apenado, y seguro que pensando en lo que

le había contado poco antes sobre su asesinato. No tuvo que añadir más al respecto. Edward sabía cuánto le había envidiado el padre. Con el suyo nunca se había llevado bien, y lo mismo le pasaba a Arthur. Ambos hubiesen querido ser hijos de Ethan Truswell—. ¿Qué ocurrió? Con Theodora, me refiero. ¿Por qué te resultó escalofriante esa sonrisa?

—Ah. Porque sonrió cuando su padre se batió en duelo con un hombre y lo mató.

Los dos le miraron, sorprendidos. Arthur agitó la cabeza.

—Qué terrible. Me impresiona hasta a mí, que a veces pienso que ya he visto el interior de todos los infiernos posibles.

—Sí... Fue bastante desagradable.

—¿Y cómo es que estuviste presente?

—Mi padre actuó como padrino.

—¿En serio? —preguntó James.

—No sé de qué te sorprendes. Por aquella época, mi padre y Sylvester Black eran amigos y se consideraban colegas. Y tener hijos, en su situación, une mucho. Vamos, que tuve que cuidar de Dora incontables veces.

—Sí, recuerdo haberte oído quejarte de eso —asintió Arthur.

—Sí. Es que le llevo unos años. —Hizo memoria—. Cumplirá veinticinco en noviembre.

—¿Quién era el hombre?

—¿Eh? No sé. No recuerdo cómo se llamaba. Me temo que ha pasado demasiado tiempo, Badfields. Pero era un capitán italiano, y estaba en el séquito del cónsul Drovetti. En su momento pensé que hubo alguna tensión, por algún botín, y la cosa se complicó. Quizá le dijo alguna cortesía demasiado frívola a Dora. Es la conclusión a la que he llegado con el tiempo, porque mi padre no quiso hablar del tema. Creo que él sí conocía los detalles, y que por eso accedió a ser su padrino.

—En su momento... —dijo Arthur.

—¿Qué?

—Dices que «en su momento» pensaste que pudo ser alguna tontería. ¿Qué crees ahora?

Edward apretó los labios. Nunca había compartido aquella idea con nadie.

—Ahora ya no soy aquel muchacho inexperto. Y me pregunto si aquel

capitán italiano no le haría algo verdaderamente grave a Dora. Algo que justifique toda esa... ¿cómo has dicho? Toda esa oscuridad.

Los tres se miraron, muy serios.

—Juro que nunca volveré a comportarme con ella como un imbécil... — afirmó Arthur—. Cosa que he hecho varias veces en el pasado.

—Con ella y con todas —replicó Edward, más que nada para quitar tensión al momento. Arthur se dio cuenta y le sonrió. James agitó la cabeza. Sus ojos tropezaron con el reloj y se incorporó con alarma.

—¡Maldición! Una charla muy interesante, pero yo debo irme ahora mismo. Bethy me espera para salir de compras y ya llego tarde. —Dejó su copa y se puso en pie—. Le contaré lo que me has dicho, Rutshore. ¿Qué contesto, si quiere ir a buscar de inmediato a tu amiga? Ya sabes cómo es. Y, Ruthie, ni te cuento.

—Eh... Preferiría prepararla. Contarle que van a ir y darle tiempo a organizarse. —En realidad, lo que quería era pasar al menos una última noche los dos, tranquilos. Aunque esperaba mantener los encuentros con Harry, tal como le había dicho, asumía que desde el momento en que se fuera a Gysforth House, ya no sería tan fácil ni tan cómodo—. Lo ideal sería ir a buscarla mañana. Si os parece, podemos reunirnos esta tarde y decidimos qué hacer.

—Perfecto. Te esperamos para el té, entonces. Lo tomaremos en casa.

—Muy bien. Ahora, también me marcho. Tengo que probar suerte, a ver si encuentro a Black, y luego ir al museo. Espero que siga en su sitio.

—¿Y eso? ¿Has estado haciendo novillos, Rutshore? —se burló Arthur—. ¡No! ¡Alguien tan responsable como tú!

—Sí, bueno... Y se trata de una historia interesante, ya te contaré. —Se puso también en pie y le palmeó el hombro desde arriba—. Ahora, lo siento, Badfields, te vas a quedar solo.

—Por supuesto. No importa, tomaré algo y... bueno, seguiré deambulando por ahí, a ver si consigo unos amigos que no trabajen. —Le miró con intención—. No te olvides de lo de Black, Rutshore. Por favor.

—¿Olvidarlo? ¿Qué dices? Imposible. Estoy contento de poder hacer algo por Minnie, lo sabes.

Arthur sonrió.

—Lo sé.

—No te preocupes, por eso me voy. A esta hora no creo que esté en White's, pero quizá todavía no haya salido de casa. Y, de no encontrarle, le dejaré notas y le veré mañana sin falta.

—Perfecto. Gracias.

Edward rechazó el ofrecimiento de James de llevarle a algún sitio, porque sabía que tenía prisa. Buscó un coche de alquiler y se dirigió hacia White's.

Como apasionado de la historia, Edward sabía que White's era el club más antiguo de Londres. En sus inicios fue una chocolatería fundada a finales del siglo XVII por un italiano llamado Francesco Bianco, que lo cambió por la forma anglicada de Francis White. Era de suponer que una chocolatería, en aquellas épocas, sería un establecimiento de lujo mayor todavía que en esos momentos, así que quizá por eso atrajo a clientes muy selectos. Un siglo después, ya competía por el título de cuartel general no oficial del Partido Conservador.

A Edward, el edificio y las instalaciones del club le gustaban, no podía ser de otro modo, era un lugar magnífico, pero no soportaba a la mayor parte de sus miembros. Por eso, cuando le dijeron que sir Sylvester Black no se encontraba allí, dejó su tarjeta para que le informasen de que quería hablar con él y dio media vuelta. Quería salir de inmediato de semejante nido de *torys*.

Pero tuvo la desdicha de toparse de bruces con lord Horatio Ritchmoon, barón de Kennerath, el principal perro faldero de Reginald Puscat, duque de Dankworth.

Lord Kennerath era un hombre grande y calvo, casi obeso, pero no blando. De hecho, siempre le recordaba a una gran roca. Edward sentía una profunda antipatía por Dankworth, pero lo de Kennerath era pura aversión. Sabía, además, que tenían grandes roces con James en la Cámara de los Lores. Por ejemplo, llevaba años intentando organizar una policía moderna en Londres, pero aquellos dos formaban parte de quienes se oponían de una forma casi cerril, solo porque socavaría su ámbito de poder.

Kennerath arqueó una ceja al verle.

—¡Lord Rutshore! —Con lo grande que era, siempre chocaba el tono de su voz, demasiado agudo. Afeminado, como el de un eunuco—. No sabía que

estaba en Londres.

—¿Eh? Pues sí. —Tocaba ser educado. Qué remedio—. Aquí estoy.

—Pues me alegro de verle. —Hasta sonrió, si es que aquello era una sonrisa, claro—. ¿Alguna novedad? ¿Algún nuevo descubrimiento?

Edward le miró perplejo. ¿Por qué le preguntaba algo así? Que él supiera, lord Kennerath nunca había mostrado el más mínimo interés por nada relacionado con la historia. Y menos, con él. Se habían cruzado muchas veces, con un simple saludo de cabeza. En ocasiones, ni eso...

«Era grande, con poco pelo. Emitía una gran impresión de violencia». La frase le vino repentinamente a la mente. Eso había dicho Harry al describir al dragón de su infancia. Curiosamente, encajaba bien con aquel hombre. «No puede ser...», pensó. Casi parecía que lo imaginaba porque sería algo perfecto, lo deseaba demasiado.

Tendría que mostrarle a Harry una imagen, a ver. Aunque ahora que iba a salir, seguro que se lo encontraría en alguna fiesta. Lord Kennerath no era muy asiduo, pero era raro que no hiciera apariciones en esos actos sociales, al menos un par de veces por semana.

—Siempre hay algo, sí, desde luego... —replicó, evasivo, al ver que el otro seguía esperando una respuesta. A ese paso, terminaría pensando que era idiota. No, eso ya lo pensaba.

Lord Kennerath asintió.

—¿Cómo va su museo?

—La inauguración será el quince de julio. Está usted invitado, si lo desea.

—Será un placer. Disculpe, me llaman —dijo, indicando que, junto a la puerta de unos salones del club, le esperaba lord Feldmon. Edward parpadeó. Obeso y casi calvo, también encajaba en la descripción, porque desde luego, nunca había sido muy agradable. «Muy bien, está claro», se dijo. «Toma nota de la lección». No debía dar palmas antes de tiempo. Se lo mencionaría a Harry, para que estuviese atenta a la posibilidad, sin más.

Quizá pudiera hacer algo más. Lord Kennerath había salido en «The Times» no hacía mucho, en una inauguración. Le habían hecho un retrato. ¿Cómo conseguirlo cuanto antes? Recordó que Bethany tenía un conocido en el periódico, un periodista al que debía algún favor. Trató de hacer memoria. Zack Clemens, el sobrino del marqués de Pemberton, sí, eso era. Si pudiera

localizarle...

Lord Kennerath se alejó, dando un golpecito con el bastón en el ala del sombrero por todo saludo. Edward arqueó las cejas y siguió su camino.

La mansión de los Black estaba muy cerca, a pocas calles, así que decidió ir caminando. Como hacía siempre, y cada vez más a menudo, no pudo evitar echar un vistazo alrededor. Nada. Ni vehículos sospechosos ni desconocidos disimulando. Mejor, porque no tenía ganas de enfrentamientos.

Hacia sol ese mediodía pero, mientras cruzaba de acera, vigilando el tráfico, unas nubes cubrieron el cielo. A medida que se acercaba a la mansión de los Black, el día se volvió gris y el viento pareció más frío.

Llamó a la puerta. El criado, un anciano que competiría con Daniels por el título de sirviente más anciano de Londres, escuchó quién era y, aunque no estuvo seguro de que le hubiese oído bien, le dijo que pasase. Le llevó hasta un gran arco, más allá del cual había una sala decorada en tonos oscuros, que olía ligeramente a humedad. Había detalles de los viajes de los Black por todas partes, pero sobre todo antigüedades egipcias. Paseó de un lado a otro, echando un vistazo, y terminó cogiendo un escarabajo de piedra. En la base, estaba inscrito el cartucho de un faraón.

«Neb-jeperu-Ra Tut-anj-Amón»

—¿También vas a robarlo?

Edward se giró, sin sorpresa. Theodora estaba bajo el arco de entrada, pálida y oscura, el contraste de siempre. Vestido negro, sin adornos y un moño bajo que le daba aire elegante, pero también la hacía mayor.

Siempre fue una mujer que sabía valorar el tiempo. Normal que apenas le hubiese hecho esperar dos minutos.

—Yo nunca he robado nada —replicó, dejando el escarabajo en su sitio.

—No me hagas reír. —Le estudió crítica—. Vienes muy cordial, Eddie. Te recuerdo que la última vez que nos dirigimos la palabra, llegaste con docena y media de matones, nos robaste el ajuar funerario de Nefer-Anjet-Ast y nos dejaste encerrados en un maldito pozo.

—Pero avisé para que os rescataran. ¿Cuánto estuviste allí? ¿Dos horas? Hasta recuerdo haberte dejado un almohadón.

Ella entrecerró los ojos.

—Eres un canalla.

—Me limité a rescatar esa brizna de historia. Vosotros lo hubieseis guardado en vuestra colección o lo hubieseis vendido a un coleccionista privado como vuestro amigo Chadburn. Yo no. Yo lo mostraré en un museo, a todo el mundo.

—Si eso te hace sentir mejor... —Hizo una mueca de desprecio. Edward se riñó mentalmente. Estaba allí para pedirles ayuda, no para iniciar una de las viejas discusiones—. ¿Qué quieres? Mi padre no está.

—Le he dejado una nota en White's, pero decidí probar suerte aquí. ¿Puedes decirle que necesito verle? Que me haga saber cuándo, y yo...

—¿Para qué?

—Tengo que hablar con él. —Como ella seguía esperando, continuó—. Se me ha ocurrido que quizá pueda indagar entre sus contactos en oriente. Necesito encontrar a una joven dama inglesa desaparecida.

Dora arqueó una ceja.

—¿Quién ha desaparecido?

—Lady Minerva Ravenscroft. La hija pequeña del marqués de Manderland.

—Oh. —Frunció el ceño—. Pero lady Minerva desapareció hace ya varios años. Cinco o seis, ¿no?

—Sí, seis. Y lo sé.

—No lo entiendo. ¿Está en oriente?

—No lo sabemos. —Nada, tendría que contarle más. De hecho, quizá eso ayudase. Dora conocía bien la vida de una mujer en el mundo árabe, aunque fuera desde el papel de extranjera—. Hay alguna pista que indica que pueda haber terminado allí, quizá en algún harén. No es seguro, pero nos gustaría poder comprobarlo.

Ella asintió, reflexiva. Caminó hasta la ventana y contempló el exterior.

—Pongamos que sí, que está allí. A estas alturas, ¿seguro que queréis encontrarla?

—¿A qué te refieres? —Dora se limitó a encogerse de hombros—. Por supuesto que lo deseamos. Su hermano no ha dejado de buscarla ni un solo momento.

—¿Lord Badfields? —Se giró para mirarle con auténtica sorpresa—. Qué curioso. Creí que no tenía otra cosa en mente que divertirse.

—Suele causar esa impresión, sí. Pero no es cierta. Es como tú, Dora. Das

la sensación de ser fría y reservada, pero yo sé que no lo eres. Al contrario: eres franca, directa, afectuosa y tienes un gran corazón bajo toda esa... — hizo un gesto ambiguo con la mano, señalándola— esa negrura.

Theodora le mantuvo la mirada.

—Ya no me conoces, Eddie. Y lo poco que nos tratamos ahora mismo, no es muy cordial. —Se cruzó de brazos—. Mi padre quizá te pida lo que nos robaste, a cambio de su ayuda.

Edward arqueó ambas cejas.

—No será tan mezquino...

—Sí lo sería, sí. Pero yo hablaré con él.

—Gracias. —Iba a despedirse sin más, pero sintió el impulso de justificarse—. Lo que hice, lo que he hecho siempre, es lo correcto, Dora. El ajuar funerario de Nefer-Anjet-Ast será expuesto el mes que viene en el museo Rutshore, y podrá verlo todo el mundo. La Historia pertenece a todos, no solo a unos pocos privilegiados.

Ella le dedicó una sonrisa fría.

—Tienes una impresión muy romántica del la humanidad, Eddie.

—¿A qué te refieres?

—A que piensas que todo el mundo es como tú: amable, educado, cortés... Que todos tienen derecho a todo y que lo van a agradecer. Pero no es así. Los hay viciosos. Los hay iracundos. Los hay violentos y dañinos. Y los hay completamente malos, con todas esas características juntas. Hay gente que despierta por la mañana y solo piensa en cómo hacer daño a los demás. —Negó con la cabeza—. No tenemos ninguna responsabilidad con nadie. Lo que pueda coger, me lo quedará.

Edward la miró con una sensación extraña. Era algún tipo de tristeza, como nostalgia.

—¿Qué te pasó, Dora? —preguntó. Ella apretó los labios.

—Mi padre dice que nada. Yo digo que la vida. No importa.

—Pero...

—No importa, Eddie. Esa pregunta llega diez años tarde. —Se dirigió hacia el arco y, sin esperar a ver si la seguía, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta de la calle. Edward captó de inmediato el mensaje—. Gracias por venir. Le diré a mi padre lo que me has contado y seguro que se pone en contacto contigo.

Partimos para Egipto la semana que viene, así que imagino que te dirá que en cuanto lleguemos empezará sus indagaciones. Los dos estaremos encantados de poder ayudar en la búsqueda de lady Minerva. Incluso aunque a mí no me caía especialmente simpática. Pero, bueno, eso me pasa con la mayor parte de las damas de esta corte absurda.

—Gracias, Dora.

Theodora asintió y le tendió una mano helada. Mientras la estrechaba, evitó sus ojos. En cuanto Edward cruzó el umbral, cerró.

Fuera, unas nubes habían ocultado el sol. Con un leve soplo de brisa primaveral, se fueron y volvió la luz.

CAPÍTULO 11

—Por aquí, por favor —oyó que decía Thelma.

Un segundo después, lady Ruth Keeling cruzó el umbral de la salita, acompañada de su cuñada, lady Gysforth, fácilmente reconocible por su embarazo. Harry había estado ensayando ante el espejo para mostrarse recatada y elegante, pero al final, lo único que fue capaz de hacer fue quedarse quieta, como petrificada.

—Dios mío... —susurró, contemplando a Ruthie. Aunque habían pasado poco tiempo juntas de niña, y de aquello habían transcurrido doce años, la hubiese reconocido en cualquier lado. Sus ojos grises, casi plateados, parecían brillar con la luz que entraba por el ventanal, y eran tan increíbles, y tan grandes, como los recordaba—. ¡Oh, Dios mío, Ruthie!

—¡Harriet Waldwich! —dijo Ruth, mirándola también como si se hubiese materializado desde la nada. Se acercó y la abrazó—. ¡Cómo me alegro de verte! La última vez fue...

—Pocos días antes de la fiesta de las gemelas —le recordó Harry—. Cumplían siete años.

—¡Es verdad! —Ruthie rio—. Habíamos quedado para ir a los Jardines Vauxhall, pero ya no apareciste más. Ni te imaginas el disgusto que me llevé. Me habías resultado muy simpática.

Harry sonrió.

—Vaya, gracias. Tú también a mí.

—Fueron momentos terribles. Nadie quería contarme nada. Luego supe que te habían enviado a Francia. Que tu abuelo se encontraba mal.

—Sí. —La excusa oficial, claro—. Quería verme antes de morir... Y luego...

Ruthie agitó la cabeza.

—No te preocupes, estamos al tanto de todo lo que pasó.

—Claro... —Todo Londres estaba al tanto del escándalo Trammheran. No supo qué más decir—. Por favor, siéntate, y usted, lady Gysforth.

—Tutéame, por favor. Y llámame Bethany, no te preocupes.

—Muy bien, gracias. ¿Quieren tomar algo? ¿Quieren una copita de oporto? ¿Algo más refrescante? ¿Un té, quizá? —Señaló el mueble de las bebidas.

Ruthie negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Yo tampoco, gracias. Debemos irnos en seguida, que quiero descansar un poco antes de la salida de esta noche. Pero me sentaré unos minutos, que cada día pesa más el futuro Gysforth. —Lady Bethany se acomodó con cuidado en un sillón mientras se acariciaba el vientre. La miró con una sonrisa alentadora. ¡Era tan bella! Como una diosa dorada. Ni el embarazo lograba hacerle sombras, en todo caso, al revés—. Rutshore nos contó ayer que tiene usted algunos problemas y que por eso está aquí escondida, aunque no consideró conveniente explicarlos. No se preocupe, no importa. Sé que hablo en nombre de toda la familia si le digo que, siendo amiga de Eddie, Gysforth House es su casa.

—Muchas gracias.

—¿Tienes todo listo? —preguntó Ruthie.

—Sí. —Harriet sonrió con tristeza—. En realidad, tenía poco que recoger. Nada de aquí es realmente mío, así que he robado cuatro cosas. —Las tres rieron—. Me temo que, a excepción de eso, voy a llegar a Gysforth House con las manos vacías.

—Conozco bien la sensación —dijo lady Bethany. ¿En serio? La miró sorprendida. Cualquiera que la viera, con aquel aire perfecto y aquella mirada luminosa, pensaría que siempre había gozado de gran belleza, fortuna y enormes dosis de felicidad—. No se preocupe. Esta noche nos arreglaremos como podamos y mañana saldremos de compras.

Ruthie giró los ojos en las órbitas. Harry recordó esa costumbre, de niña, y se echó a reír.

—Las gemelas estarán encantadas —dijo Ruthie—. Les darás la oportunidad de divertirse un poco.

—Deduzco que a ti no te hace demasiada gracia.

—Digamos que, estar horas probándose tontamente un vestido, o elegir el color de las cintas o los encajes, no es mi entretenimiento preferido.

—A nuestra Ruthie le gusta escribir —dijo Bethany, y sonó orgullosa—. Es una escritora extraordinaria.

Ruthie agitó una mano en el aire.

—Bethy me quiere mucho y exagera. Pero lo intento.

—¿En serio? —dijo Harry, encantada—. Me gusta mucho leer, y en Francia trabajé de traductora.

—¿Traductora? —Ruthie la miró con envidia—. Seguro que era un trabajo maravilloso.

—Para algunos, muy creativo. Si algún día decides traducir al francés, avísame, que lo haré yo. De otro modo, igual el resultado no se parece mucho a tu original.

—Qué espanto. —Se echó a reír—. Lo tendré en cuenta.

—De todos modos, aunque no vayas a traducir, espero que me dejes algo. Me encantaría leerte.

—Claro. Precisamente estoy terminando una novela. Quizá me anime a intentar publicarla, pero todavía no lo he decidido.

—Oh. ¿De qué trata?

—Oh... De la vida. ¡Y es muy romántica! Ya sabes. Un hombre, una mujer, un obstáculo...

Harriet sonrió. Eso habían tenido Edward y ella, un obstáculo gigantesco, pero no habían tardado en solventarlo. ¡Estaba tan contenta! Durante días, había temido que todo se quedara en lo que tenían allí, en el dormitorio de Finish Street, en esa relación ilícita que había surgido entre ellos. Pero, después de lo último que le había dicho tras hacer el amor, no dudaba de que algún día terminarían casándose.

—Y un final feliz, espero —dijo.

—Claro. La literatura no es la vida, por suerte, sino algo que enriquece la vida. Sí, tendrá un final feliz. —Hizo una mueca—. Al menos, así podré vivir un romance. De otro modo, lo veo difícil.

—¡Ruthie! —Bethany agitó la cabeza—. No le haga caso, lady Harriet. Está insoportable.

—¿Cómo no lo voy a estar? Lo de anoche fue insoportable. Tengo ya veinticuatro años y varias temporadas a mis espaldas —le explicó a ella—. La tía Hetty debería dejarme descansar en paz, he dejado claro que no tengo solución, que no sirvo para estas cosas del matrimonio, porque es que ni siquiera encuentro un hombre que me guste, uno solo. Pero no, sigue empeñada. Todo el rato repitiendo lo de que...

—*De este año no pasa* —coreó con ella Bethany. Sonrió a su cuñada—. No te disgustes, querida. La tía Hetty es como es, pero siempre acaba entrando en razón. Mira mi relación con tu hermano. Al principio, no quería ni pensar en que Gysforth se casase conmigo.

—¿En serio? —preguntó sorprendida Harriet, que no podía imaginar una opción mejor que esa mujer perfecta para ser la esposa de cualquier hombre. Bethany tenía porte incluso de reina.

—Por completo. Y no es de extrañar, no era la posibilidad más... adecuada. Tía Hetty quería a lady Eve Bartlett para James. Es la hija mayor del duque de Wallard-Stoneport.

—No la conozco.

—¡Qué suerte tienes! —exclamó Ruthie—. ¡Menuda arpía quería meternos en casa!

—Pero... no lo entiendo. Usted era hija de un conde, tengo entendido. Por lo tanto, no veo dónde estaba el problema.

—Sí, eso nadie lo discutió nunca. Mi padre fue el conde de Saxonshare, Dios lo tenga en su gloria, tengo sangre noble. Pero es que no se trata de una simple cuestión de nobleza, sino de... aporte al matrimonio. En mi caso, al morir mi padre, el título fue para otro familiar varón, lo mismo que la fortuna.

—Algo debía haber ahí, porque su expresión se ensombreció—. Con lo cual, yo era hija de un conde, pero no tenía dinero ni contactos sociales, no conocía a nadie en Londres, mientras que lord Wallard-Stoneport, es un hombre muy rico y poderoso. Hubiese aportado mucho a la familia Keeling, y por ende al título de los Gysforth.

—Sí, además del mal humor de lady Eve para nuestros descendientes —gruñó Ruthie.

—Vamos, Ruthie, sabes que tengo razón. —Ruth se encogió de hombros—. Es obvio que lady Eve me superaba con creces, a la hora de suponer una

opción interesante para un enlace matrimonial. De hecho, nadie en todo Londres consideró nunca que yo era un buen partido para alguien como Gysforth, sencillamente porque no lo era. Por eso, no puedo reprocharle nada a la tía Hetty.

—¿No? —preguntó Harry—. ¿No piensa que es importante dejarse llevar por el corazón?

—Yo sí. Pero hablamos de la tía Hetty, y ella es una mujer de otra época. Le cuesta cambiar, pero lo hace. La prueba está en que le dimos un disgusto, pero terminó aceptándolo.

—Y eso que, lo de que no tuvieras fortuna o carecieras de importancia social, no fue lo peor —intervino Ruthie con una risita. Lady Bethany hizo una mueca de circunstancias.

—No, ciertamente lo peor fue cuando se empezó a rumorear que ya vivía amancebada con Gysforth.

—¿No! —Harry la miró con asombro—. ¡Pero qué malas lenguas! ¿Cómo se atrevieron a algo así?

—En realidad, no me importa reconocer que era cierto. —Harry abrió los ojos más todavía—. Para entonces, por una serie de circunstancias, yo vivía en Gysforth House.

—Porque Jamie se había convertido en su tutor... —la ayudó Ruthie.

—Así es. Y, sí, no voy a negarlo, James y yo ya nos habíamos dejado llevar por... nuestros sentimientos. —Sus ojos se volvieron reflexivos—. Fueron días muy difíciles.

—Escandaloso, ¿verdad? —Ruthie rio—. ¡Y más, cuando nosotras volvimos de improviso a la casa! ¡Las habladoras dijeron luego que James y Bethany estaban viviendo juntos en el propio Gysforth House, con ella alojada en las habitaciones de la duquesa, y sus hermanas solteras a pocas puertas de distancia!

—No me lo puedo creer... —dijo Harry, atónita.

Bethany pareció preocupada.

—Espero no estar escandalizándola.

—No, no, en absoluto. No se preocupe. No soy quién para opinar sobre su vida, y, desde luego, nunca me atrevería a juzgarla.

—Gracias. En estos días, algo así es un alivio. —Sonrió con simpatía—.

Pero, como le digo, de toda la historia, eso fue lo único que hubiese resultado de verdad escandaloso, lo único que sí que hubiese podido hacer daño y provocar un desastre, acabando con la reputación del propio Gysforth y, de rebote, haciendo mucho daño a su familia.

—Ahí fue cuando la tía Hetty intentó aprovechar aquello para desalentar a James de casarse, alegando que una boda entre Bethy y él confirmaría que había habido una relación íntima entre ellos, en una situación tan indecente. —Ruthie frunció ligeramente el ceño—. Aseguraba que la boda en sí sería, de hecho, el auténtico detonante del escándalo. Y James participa mucho en política. Le decía que algo así le hundiría como una piedra atada a los pies... Sin usar una figura tan literaria.

—Y desagradable —dijo su cuñada. Ruthie puso expresión de disculpa.

—Eso fue un poco... —empezó Harry, pero se calló.

—Rastrero —terminó Ruthie—. Ruin. Indigno.

—No hables así, querida —le pidió Bethany—. La tía Hetty hizo lo que creyó mejor para vosotros.

—Eres demasiado buena, Bethy. Menos mal que James estaba ya demasiado enamorado y decidió afrontar la situación. No solo eso, sino que puso los medios necesarios. No tardó en localizar a la doncella que había empezado a propagar aquellas habladurías y fue a verla.

—Oh, vaya —exclamó Harry—. ¿Y qué pasó?

—Estaba tan enfadado que Arthur y Edward temieron que no supiese llevar bien la situación, de modo que le acompañaron a verla. Al parecer, vivía en una calle terrible de Whitechapel.

—Sí —dijo con pena Bethany—. La pérfida chismosa resultó no ser más que una chica tonta y sin recursos, que había esperado poder sacar unos chelines extra de todo aquello para poder atender a sus padres enfermos. Ver su casa, el lugar donde tenían que vivir aquellas gentes, les dio más pena que otra cosa.

—Al final, fue Arthur el que tuvo la idea de ofrecerle una generosa renta anual de doscientas libras, con la que podrían vivir holgadamente. Y, en principio, sería vitalicia, pero la perdería de inmediato si aquellos rumores cobraban fuerza. Así, ella se convirtió en la más interesada en conseguir que todo se resolviera y se olvidara cuanto antes.

—Fue una buena idea, sí —afirmó Harry.

—Desde luego, a la chica le encantó. Dijo que lo iba a atajar asegurando a todo el mundo que había sido un ataque de envidia y que se lo había inventado. Pero de nuevo Arthur intervino, explicándole que algo así solo provocaría más suspicacias. La gente pensaría lo obvio: que le habían pagado para que cambiase de versión. Y, si no había otro chisme moviéndose por ahí, eso resucitaría los rescoldos del que querían ocultar.

—Tiene sentido. ¿Cómo lo solucionaron?

—Arthur la animó a contar otras historias escandalosas, a extender rumores de adulterios falsos y encuentros amorosos, protagonizados por todas las arpías de la sociedad londinense que habían tenido la osadía de hablar mal de Bethany.

Harry arqueó ambas cejas y se echó a reír.

—Qué buena idea. Se lo tenían merecido.

—Sí, no lo niego... La chica, dando muestras de una iniciativa para los chismes de verdad admirable, añadió también algunos propios. —Bethany se frotó el ceño, haciendo memoria—. Por ejemplo, que un joven lord muy importante, el mismísimo hijo del duque de Dankworth, había pedido su mano y que se iban a casar en Westminster y vivirían en la mansión más grande del distrito de Saint James.

Las tres rieron.

—En poco tiempo, cualquier cosa que dijera no valía nada —siguió Ruthie—. Todo el asunto de la indiscreción de James y Bethany fue considerada tan falsa como todas las demás, y quedó relegado al olvido.

—Eso es lo importante —dijo Bethany.

Ruthie asintió.

—A veces, hasta Arthur tiene buenas ideas. Pero lo de la tía Hetty... fue imperdonable.

—Exageras —le dijo su cuñada—. Ya ves, todo era oponerse a nuestro enlace, porque realmente pensaba que velaba por vosotros. Hasta estuvo algunos días enfadada, cuando Gysforth decidió actuar siguiendo los impulsos de su corazón, y pidió mi mano. Pero luego, el día de la boda, vino a verme y hablamos. Desde entonces, es también una tía para mí.

—Una tía de lo más gruñona.

—Bueno, sí. Pero siempre está pendiente de nuestra felicidad. Reconócelo, Ruthie.

—Está bien, está bien. Eso es cierto. Es solo que, a veces, no la entiendo.

—Todos cometemos errores. Dicho lo cual, creo que deberíamos ponernos en marcha. —Nada más decirlo, empezó a levantarse—. Vosotras podréis quedaros en casa hoy, para celebrar el regreso de lady Harriet, pero yo tengo que descansar un poco, cenar y estar lista para acompañar a las gemelas a la fiesta de los marqueses de Swansons.

Ruthie le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Eres un encanto. Gracias por haberte ofrecido. De otro modo, hubiese tenido que ir yo.

—Lo dices como si fuera un castigo. Pobrecitas. Si da gusto verlas, tan entusiasmadas con sus bailes y sus admiradores.

—No lo digo por ellas, lo digo por ir, sin más. Odio esas fiestas.

—Pero te quejas de tu vida sentimental.

—Bueno, sí. Es que solo hay gente ridícula. —Se volvió hacia Harriet—. Nos lo pasaremos mucho mejor en casa, ya verás. ¡Charlaremos toda la noche! Nos contaremos nuestras vidas y reiremos tanto que el señor Simpson nos llamará la atención.

Ella sonrió, recordando.

—La buena de la señora Brown... —Cada casa tenía sus peculiaridades. En Gysforth House, parte de la servidumbre llevaba tanto tiempo que prácticamente formaban parte de la familia—. ¿Sigue con vosotros?

—Desde luego. Siguen todos: el mayordomo, el señor Simpson; el ama de llaves, la señora Brown; la cocinera, la señora Collins; Scrubbs, el ayuda de cámara de James; y el cochero, Bullock.

Charlando sobre los recuerdos que tenía Harry de aquel grupo, salieron de la casa. Bullock esperaba fuera, y las llevó en el coche hasta Gysforth House, en un paseo muy agradable. El sol brillaba, Bethany y Ruthie eran maravillosas y se sentía a salvo, segura. Harry casi flotaba en su sensación de absoluta felicidad, algo que no recordaba haber experimentado desde sus días en Oxford, siendo muy pequeña.

Las gemelas estaban en la puerta de la mansión. Harry las vio ya desde lejos y se asombró al verlas tan mayores. Si no tenía un sentido claro de

cómo había pasado el tiempo, allí estaba, personificado en dos jovencitas preciosas de diecinueve años. Se notaba, desde luego, que eran hijas de lady Evelyn. A diferencia de James o Ruthie, ellas eran rubias y tenían los ojos de un tono zafiro intenso.

—No nos acordamos de ti —le dijo Lizzie, algo apurada—. ¡Pero ya no nos olvidaremos! ¡Bueno, espero!

—Lizzie es muy despistada. —Lettie la cogió del brazo y Lizzie del otro, y la condujeron dentro de la casa—. Pero no te preocupes porque, si se olvida, yo se lo recordaré.

Harry se sintió más que bien recibida, incluso querida. La hicieron reír. ¡Eran tan encantadoras! Qué injusta había sido la Harry de once años. Pero bien estaba lo que bien acababa. Harry tenía la sensación de haber llegado al final de una etapa oscura, estaba en el umbral de un cambio de época. Cierto que todavía quedaba encontrar al dragón y hacer que pagase por lo ocurrido, pero ya no estaba sola en esa búsqueda. Ahora sentía que volvía a tener una familia.

Y, en cuanto hubiesen dado con aquel canalla y lo hubiesen entregado a la justicia, Edward y ella podrían ser felices. Casarse, tener hijos... Por primera vez se planteaba algo así, y con el corazón lleno de ilusión.

En Gysforth House todo estaba más o menos como lo recordaba. Los pocos cambios eran más una cuestión de impresión que de certeza, como algunos colores de cortinas o de alfombras, o papeles pintados, que le parecieron diferentes, aunque no podía estar totalmente segura. El señor Simpson, la señora Brown, y el resto de los criados veteranos, tenían rostros llenos de arrugas y los cabellos grises o blancos, aunque para ser exactos, siempre le habían parecido muy viejos.

Tomaron el té en una salita encantadora. Tenían tantas cosas que contarse que la charla se alargó hasta la cena. Solo Bethany se retiró un par de horas, para dormir una siesta y estar descansada más tarde, y todos lo entendieron. Cuando volvió a bajar, justo estaban sirviendo la sopa.

Aquello le sirvió a Harry como prueba del tiempo de que iba a disponer por las tardes, porque pensaba aprovechar aquellos ratos para reunirse con Edward, tal como habían convenido. Como estaban a unos quince minutos de Finish Street, yendo en coche, tenía margen más que suficiente.

Estaban tomando el postre cuando aparecieron por la puerta la tía Hetty y la señora Forrest.

—Dan miedo, ¿verdad? —le susurró Lizzie al oído, y le apretó la mano con disimulo, para infundirle ánimo, supuso—. Nosotras hemos empezado a llamarlas «las gárgolas».

Pues sí, la verdad era que el término les iba bien. Daban auténtico miedo, aunque tampoco la tomó totalmente por sorpresa porque no habían cambiado respecto al recuerdo que tenía. Allí estaban, las dos brujas que parecían disfrutar riñéndolas a Ruthie y a ella, en cuanto las encontraban en cualquier sitio.

Parecían tan ancianas como el mundo, e igualmente hostiles.

—Buenas noches, niñas —dijo lady Forrest.

—No, no os levantéis, queridas. —La tía Hetty alzó una mano para detenerlas—. Terminad de cenar.

—¿Tía Hetty? —preguntó sorprendida Bethany—. ¿Cómo es que viene tan pronto?

—Oh. Pura casualidad.

—Nadie llega dos horas antes por pura casualidad —replicó Lettie. La tía Hetty se encogió de hombros.

—Yo sí. No hay nada más vulgar que hacer lo que hacen todos.

—Pues yo pienso que viene usted porque...

—Siéntese, por favor, tía Hetty —la interrumpió Ruthie. Lanzó una mirada de advertencia a su hermana y Lettie se calló—. Es una suerte que haya venido. Está con nosotras lady Harriet Waldwich, ¿la recuerda usted? La hija del conde de Trammheran, vino por aquí una temporada, cuando éramos niñas.

—Oh, sí, por supuesto. —Las dos mujeres se sentaron también a la mesa—. Te recuerdo, eras una niña muy... inquieta. —Bueno, sí, no podía negarlo—. Estás encantadora, querida.

—Gracias, lady Palmer.

Se quedó sorprendida cuando todas rieron.

—Hace varios años que no soy lady Palmer, jovencita —le explicó la tía Hetty—. El pobre Palmer murió y volví a casarme. Hoy en día vuelvo a estar viuda, pero ahora soy lady Morton.

—Oh, entiendo. Lo lamento.

—Gracias, muy amable. —La estudió sin disimulos—. Te pareces mucho a tu madre. Lady Miranda era una mujer bellísima, de las más hermosas que he visto en mi ya larga vida.

—Sí que lo era —coincidió lady Forrest, aunque luego hizo una mueca—. Pero era francesa.

—Hermione, por favor —la riñó lady Morton—. Deberías saber que nunca hay que mencionar las desgracias ajenas. —Harry arqueó una ceja, pero quizá no lo vio—. Lo que importa es que Richard Waldwich, el conde de Trammheran, era un hombre muy correcto. Y su padre, Lester Waldwich, siempre fue un gran conversador.

—Recuerdo al abuelo Lester. —El tono de Harry adquirió un toque soñador—. Venía siempre a casa, a pasar las navidades. De hecho, recuerdo que cuando oía su voz, sabía que empezaba la Navidad. Yo le adoraba.

—Como debe ser —asintió la tía Hetty—. Así que, ¿acabas de volver de Francia?

—Sí. Bueno, hace unos días.

—¿Y dónde te has hospedado hasta ahora?

La pregunta tomó a Harry por sorpresa. No se le había ocurrido que le fueran a preguntar algo así, no tenía ninguna excusa. Por suerte, supo reaccionar rápido. No podía mencionar la casa de Finish Street, pero sí la de sir Alan.

—Con mi padrino, sir Alan Perceval.

—¿Sir? ¿Es un caballero?

—Un baronet. Abogado.

—Bueno, está claro que no es noble, pero tiene un título que le honra —dijo lady Forrest—. ¿Por qué abogado? Nunca entenderé cómo es que la gente con una cierta clase, se empeña en trabajar.

—Necesitan ganar dinero —le explicó amablemente Lizzie. Lady Forrest la miró algo perpleja. Casi dio la impresión de ir a preguntar por el significado del verbo «necesitar».

—Me ha dicho Gysforth que necesitarás un ajuar completo, Harriet —siguió la tía Hetty—. ¿Has tenido algún problema con tu equipaje?

Caramba con Gysforth, qué parlanchín había estado. Aquello sí que no lo

podía justificar. ¿Por qué no tenía su equipaje? Abrió y cerró la boca varias veces y al final, salió lo primero que se le ocurrió.

—Una desgracia, lady Morton. Me lo robaron.

Todas las presentes la miraron con igual expresión de sorpresa, excepto Lizzie, que demostró demasiado entusiasmo.

—¿Te lo robaron! —dijo, llevándose las manos al pecho—. ¡Qué emocionante!

—¿Te lo robaron? —preguntó la tía Hetty, arqueando una fina ceja—. ¿Todo? ¿Baúles incluidos?

—Bueno... solo traía una maleta, pero me la quitaron en el puerto. Cinco hombres.

—¡Oh, qué espanto! —exclamó lady Forrest—. ¡Adónde iremos a parar!

—Al puerto, será mejor que no —murmuró Ruthie. Desde el otro lado de la mesa, le hizo gestos para que dejase el tema, así que Harry guardó silencio y no entró en más detalles. Se calló lo de que uno de los cinco asaltantes era un enano, y eso que a Lizzie le hubiera encantado.

—Bueno, no te preocupes —la tranquilizó la tía Hetty—. Mañana podemos ir de compras.

—Íbamos a ir nosotras —dijo tensa, Lettie.

—Podemos ir todas —replicó Ruthie, intentando contemporizar. La tía Hetty negó con la cabeza.

—No será necesario. Entiendo que os apetezca ir a vosotras solas, sois jóvenes y os divertiréis más que si os acompañan dos ancianas. Pero comprad con tino. Lizzie, evita los colores chillones. No son elegantes.

—Oh, ¡pero son tan alegres, tía Hetty!

—Cierto. Pero es más importante resultar elegante que alegre, jovencita, recuérdalo. —Sonrió a Harriet—. No te preocupes, podrás contar con nuestro apoyo. Todas vosotras vais a casaros cuanto antes y lo mejor posible.

—Igual que Rutshore y Badfields —asintió lady Forrest.

—¿Rutshore y Badfields? —Harry arqueó las cejas.

—Por supuesto. Necesitan también unas esposas. Al menos, Badfields. —Miró de reojo a Ruthie, que estaba ocupada con su postre—. Rutshore lo tiene más encaminado. No creo que termine la temporada sin anunciar su compromiso con la hija del conde de Wallis.

Harry se quedó paralizada.

—¿La hija del conde de... Wallis?

—Así es. Lady Emma Balthory. —¿La tía Hetty lo sabía, sabía lo suyo con Rutshore, y por eso se lo estaba dejando caer? ¿Y por eso la observaba así, de hecho? Esa impresión daba—. El conde de Wallis y Rutshore tienen muchos asuntos en común, lo que implica mucho dinero y mucho poder. Ese matrimonio no podría ser más conveniente.

Ella no supo qué replicar. Sintió que toda la alegría que le había dado fuerzas a lo largo de todo el día, se hundía repentinamente en un pozo, un agujero profundo y negro. ¿Rutshore iba a casarse con otra? ¿De verdad? ¡Pues claro que sí! Por eso le había ofrecido a ella un contrato, para convertirla en su amante, por eso se resistía a hablar de matrimonio. Y eso que la amaba. De eso, Harry no podía tener ninguna duda. Pero la gente como Rutshore no se casaba por amor.

Sintió ganas de llorar, pero era algo que odiaba, de modo que se mordió los labios y se obligó a mostrar normalidad. La tía Hetty no dijo nada, pero a partir de ese momento, estuvo más amable.

Finalmente, las gemelas y Bethany se prepararon y partieron hacia la fiesta con la tía Hetty y lady Forrest. Ruthie y Harry las despidieron en la puerta. Luego, subieron a un dormitorio.

—Esta será tu habitación —le dijo Ruthie, contenta. Era un lugar amplio, decorado en tonos suaves, con grandes flores rosas. Muy bonito.

Dos doncellas estaban llenando la bañera frente a la chimenea, Thelma estaba con ellas, y se la veía muy contenta, formaban un grupo alegre. Harry las miró trabajar, sintiendo la ausencia de Rutshore con más fuerza que en ningún otro momento del día. Se había acostumbrado a que la ayudase a desnudarse, a bañarse con él, a dejar que le peinase el pelo húmedo...

¿Lady Emma? ¡Por Dios!

No iba a llorar. Seguiría aguantando.

Sobre la cama había un camisón con bata, de un precioso color azul.

—Es perfecto —le dijo a Ruthie—. Gracias.

—No hay de qué, querida. Eres de la familia. —La abrazó—. Te dejo unos momentos sola, para bañarte y ponerte cómoda. Yo haré lo mismo. Cuando te parezca, ven a mi cuarto.

—Muy bien.

Ruthie le cogió la mano antes de salir.

—¿Estás bien, Harriet? Te noto extraña, como si de pronto te hubieses puesto triste. ¿Te ha pasado algo? —Dudó—. ¿Es por Eddie?

—No, en absoluto. Eddie y yo solo somos amigos. —Y eso, con suerte. Ya hablaría con él—. Pero llámame Harry, por favor.

—¿Harry?

—Así me llama mi padrino desde niña. —Ya le explicaría lo que significaba para ella, en otro momento—. Lo prefiero.

—Muy bien. —Ruthie sonrió—. Estoy muy contenta de que estés aquí, Harry. Mucho.

—Gracias, Ruthie.

Se bañó y se puso el camisón y la bata. Hubiese preferido meterse en la cama, cerrar los ojos y tratar de dormirse, para ver si al día siguiente lo veía todo de otra manera, pero sabía que Ruthie tenía ilusión por estar un rato juntas y charlar. De modo que, tal como habían convenido, decidió ir a su dormitorio.

Salió al pasillo. Si no recordaba mal, la habitación de Ruthie era la primera a la derecha, pero por si acaso preguntó a una doncella muy simpática que pasaba con una gran cesta de ropa recién planchada. La muchacha, que dijo llamarse Tully, le indicó cuál era.

Harry dio unos golpecitos con los nudillos.

—¿Ruthie?

La puerta se movió, solo estaba entreabierta, así que se asomó. No había nadie, Ruthie debía haber salido a algo. Harry dudó, pero al final decidió esperarla dentro, así podía echar un vistazo y conocer un poco mejor a aquella amiga que acababa de recuperar.

Dio unos pasos sin rumbo, girando sobre sí misma, contemplando todo. De niña, había estado varias veces allí. La habitación estaba casi como la recordaba, aunque habían desaparecido las muñecas y el resto de los juguetes, como era lógico. Aquel era el dormitorio de una mujer joven. Gran armario, un espejo de cuerpo entero, la cama con dosel floreado a juego con los almohadones, una mesita con butacas junto a la chimenea...

Alguien a quien le gustaba mucho leer y escribir, a decir de la pequeña

biblioteca, con un gran escritorio, que tenía organizada en el rincón donde las paredes se abrían siguiendo la forma de una torreta. Había varias estanterías entre las grandes ventanas que iban del suelo al techo y que convertían aquel punto en una zona muy luminosa, pero, además, las pilas de libros desbordaban por todas partes. Harry repasó los títulos, con interés. Había leído muchos de ellos, y le gustaban.

En el escritorio, había unos folios de papel, con algunas líneas. ¿Sería la novela? Tenía auténtica curiosidad, de modo que se dirigió hacia allí para leerlos.

Nos creemos buenos, nos creemos piadosos, pero somos egoístas. Criaturas ciegas en nuestro mundo de luces, sordas a nada que no sea la música de nuestros salones. En la iglesia, leemos las enseñanzas de la Biblia, con la cabeza inclinada y aire compasivo, pero todo es mentira, pura apariencia, porque apenas pensamos en los pobres.

Raramente nos acordamos de los muchos niños que mueren de hambre o frío a pocos metros, en esos barrios a los que jamás vamos...

—¡Harriet! —Una mano le arrebató los folios. Ruth había entrado sin que la oyese y la miraba con el ceño fruncido—. Pero ¿qué haces?

—Te esperaba y vi... ¿es tu novela? No la esperaba así.

—No... —Titubeó, incómoda—. Digo sí, pero no soporto que me lean antes de que esté terminado.

Harry se ruborizó.

—Oh, perdón, Ruthie. Perdona, no pensé...

—No te preocupes —dijo, claramente arrepentida de haberse mostrado tan enfadada—. La culpa es mía, por dejarlo por ahí de cualquier manera. Siempre guardo bien todo, pero... me despisté.

—Lo siento. Si te sirve de algo, te diré que, lo poco que he leído, me ha gustado mucho. Y que estoy totalmente de acuerdo contigo.

Ruthie sonrió.

—Gracias. Me alegra saberlo. Sobre todo, eso último. —Dejó los papeles en el escritorio, bajó la tapa y cerró con una llave sujeta a un largo cordón que luego se colgó del cuello, como si fuera un collar—. Vamos, ven. —Ruthie tomó su mano y tiró de ella, hacia la mesita con butacas—. Nos

traerán chocolate caliente, se lo he pedido a la señora Collins. ¡Tienes que contármelo todo!

¿Todo? No, imposible, no podía. Su vida era demasiado complicada, y hasta podía resultar peligrosa. Simplemente, le contaría lo que debía oír.

No se sintió culpable. Ruthie tenía su escritorio, ella, aquel rincón de la memoria.

—Mi abuelo enfermó y me enviaron con él —fue resumiendo—. Como me encantó el lugar, decidieron que me quedase allí un poco más. Luego, la guerra y... Cuando murió mi padre y mi madre... desapareció, ya no tuvo sentido pensar en volver. Me quedé con mi abuelo.

Ruthie la abrazó.

—¿Te gustaba aquello?

—Sí, desde luego. Champfleuri era muy bonito. A ti te hubiese encantado. Y mi abuelo, le cogí mucho cariño. Pero echaba de menos esto.

Tomaron el chocolate y se sentaron juntas sobre la cama, aunque no tardaron en tumbarse. Hablaban mirando al techo, y a ratos jugaban a las sombras chinescas, como cuando eran niñas. Ruthie también le contó cosas, pero tuvo la sensación de que hablaba siempre contenida. No mencionó sus escritos ni mencionó que le gustase ningún caballero, tampoco en esa temporada.

Siguieron hablando durante horas. Querían ver el amanecer, o al menos esperar despiertas el regreso de las gemelas, pero les resultó imposible.

Al final, como era lógico, se quedaron dormidas.

CAPÍTULO 12

Por la mañana, había llegado a una conclusión: no iría a la casa de Finish Street. Tras la sorpresa, cada vez estaba más enfadada. ¿Por qué no se lo había mencionado Edward? Si lo hubiese hecho... sí, se hubiese acostado con él, igualmente, a qué engañarse, pero al menos hubiese sido una decisión consciente y en esos momentos no se hubiese sentido tan mal, tan traicionada.

Por eso, no iría a buscarle. Esperaría a que fuese él quien se acercara y se explicase. No se negaría a oírle, desde luego. Tampoco iba a obligarle a nada, no esperaba ninguna reparación; el hombre que no estaba dispuesto a dejarlo todo por ella, no le interesaba. Pero sí le pensaba dejar muy claro que hubiese debido decírselo desde el principio. Y, también, que todo en la vida tenía un precio. Ella lo aprendió de pequeña y no lo había olvidado.

Al menos, por la mañana no tuvo mucho tiempo para darle vueltas, lo cual era de agradecer. Después de desayunar y prepararse, las hermanas Keeling la arrastraron de compras por todo Londres, y casi la enterraron en una montaña de sombreros, zapatos, chales, sombrillas... También la llevaron, cómo no, a su modista preferida del momento.

Madame Didiane tenía un establecimiento muy elegante y luminoso, con una planta baja en la que podía comprarse toda clase de materiales de costura y una primera en la que había salones para tomar las medidas a las clientas y hacer las pruebas o, simplemente, organizar reuniones de todo tipo, incluso, al menos eso supuso por algunas insinuaciones, entre alguna dama y algún caballero que no era su esposo. *Didiane* se mostró encantada cuando Harry habló con ella en francés, con total soltura, y congeniaron inmediatamente.

Allí le encargaron seis de vestidos de mañana, seis de tarde, y cuatro para

fiesta, además de llevarse dos ya preparados, a los que hubo que hacer pocos arreglos, para que pudiera salir esa misma noche. De nada sirvieron sus muchas protestas. Harry se hubiese conformado con un vestido, y para todo tiempo, pero las Keeling se mantuvieron en sus trece. Aseguraron que aquella variedad era imprescindible para una dama, igual que los sombreros o los zapatos.

—No te opongas —le susurró Bethany en un momento dado, divertida—. Te lo digo por experiencia, es inútil.

Ciertamente, parecían disfrutar tanto que le daba apuro detenerlas, pero sabiendo que todo aquello era para ella, tampoco le parecía bien. Optó por una solución de compromiso: prometerse que algún día intentaría devolverles todo lo que estaban invirtiendo en ella. Si es que le era posible, que lo dudaba.

Y qué maravilloso era estar en una familia sin complicaciones. Disfrutó enormemente de la salida con las hermanas Keeling. Todas se prometieron que tenían que repetirlo, excepto Ruthie, que juró que moriría si tenía que ver un metro más de muselina. Para compensarla, pasaron por una librería de regreso a casa, donde estuvieron casi una hora dando vueltas, hasta escoger algo que les gustase.

De vuelta hacia Gysforth House, con el coche cargado de cajas de todos los tamaños, se le ocurrió pedirles pasar por la casa de sir Alan. No estaba segura de si sería buena idea, pero quería abrazarle y hablar con él, contarle cómo iba todo; y, también, a qué negarlo, quería que Dwight supiera cómo estaban las cosas. Si era él quien ponía a aquellos hombres tras su pista, y pocas alternativas quedaban, porque no veía a la señora Randall haciendo otra cosa que rosquillas, nada mejor que alertarle de dónde y cómo iba a estar esa noche.

Si no conseguía encontrar al dragón, esperaba que el dragón la encontrase a ella. O aquel demonio rubio, le daba igual cuál.

—Esta noche, será mi primera fiesta de la temporada —dijo, bien claro, a ver si picaba—. ¡Vamos a casa de los condes de Bloomsberry!

Por la tarde, ella no fue a Finish Street y Edward no apareció por Gysforth House para preguntar qué había pasado o cómo se encontraba. Supuso que se había molestado por su ausencia. Qué extraños eran a veces los hombres.

«Volverá», se dijo, tratando de lograr que no le importase su indiferencia. Al fin y al cabo, ella era su única pista para reconocer al dragón, y Edward tenía con él tantas cuentas por resolver como ella misma.

Esa noche, la tía Hetty fue a buscarlas como siempre, acompañada de su cuñada, lady Forrest. Tenían un coche enorme, en el que todas trataron de acomodarse intentando no arrugarse los delicados vestidos de fiesta.

Para sorpresa de Harry, el camino hacia la mansión de los condes de Bloomsberry fue un continuo recordatorio de normas. La tía Hetty y lady Forrest las iban desgranando por orden o entremezcladas, daba igual.

—Aunque haya un asiento libre a vuestro lado, ningún caballero debe sentarse sin pedir permiso primero —dijo lady Morton—. En caso de que ocurra algo así, no le habléis. Nos hacéis un gesto con el abanico.

—Eso es —respaldó lady Forrest—. Nosotras nos ocuparemos de ese caballero... —Titubeó—. Bueno, caballero, no, claro.

—Gracias, Hermione. No olvidéis que nunca debéis conceder un baile cuando acabáis de negarle una pieza a otro caballero, niñas. Es de muy mal gusto.

—A veces dan ganas —dijo Lettie.

—Pero una dama no siempre hace lo que le da la gana, Lettie. Nada de charlas privadas, nada de bullicio excesivo, Lizzie.

—¡Yo no soy bulliciosa! —protestó la pobre Lizzie—. Es que... ¡soy así!

—Por supuesto, querida. Ah, el vals... ningún caballero debe tocar la cintura de una dama con...

—*La mano descubierta* —dijeron las hermanas Keeling en grupo. La tía Hetty arqueó una ceja.

—Ya que sois tan listas, ¿qué hay que hacer si un caballero no lleva guantes?

—Debe usar su pañuelo —respondió entusiasmada Lizzie—. Oh, ¿no es romántico?

—Depende de si ha usado antes o no el pañuelo —gruñó Ruthie.

—¡Ruth! —exclamó su tía—. No se habla de asuntos... de temas desagradables.

—Todos estornudamos, querida tía.

—Yo no. —Todas la miraron, casi seguras de que decía la verdad. Ella

siguió con sus normas—. Recordad, hay que bailar. No se organiza un baile para que la gente esté hablando por ahí o apoyada aburrída junto a la pared. Hay que bailar y bailar lo más graciosamente posible.

—Ay... —dijo Harry. La miraron—. ¿De verdad es necesario bailar?

—Por supuesto. Supongo que te enseñarían a hacerlo, en Francia, ¿no?

—Pues... —La respuesta breve y clara era «no», pero no se atrevía a soltarla, no fueran a llevarla de vuelta a casa—. Es que prefería estar con mis libros.

—¡Cómo te entiendo! —masculló Ruthie.

—¡Qué barbaridad! —exclamó lady Forrest, enojada—. ¡Eso es lo que se aprende en el continente!

—Nunca es malo tener un libro a mano, Hermione. —La tía Hetty dio la impresión de estar recordando algo—. Muchos hombres prefieren que las mujeres sean un poco cultas.

—Tonterías. ¿Para qué? Una mujer tiene que saber lo que tiene que saber. No necesita saber más.

—Una verdad absolutamente rotunda, querida lady Forrest —afirmó Ruthie, mirando por la ventanilla, seguramente para que no viera cómo giraba los ojos. Lady Forrest sonrió.

—Gracias, niña.

—Pues me temo que no voy a aprender a bailar de aquí a la mansión de los condes de Bloomsberry —gimió Harry, sintiéndose tan miserable como cuando tenía once años.

—No te preocupes. La culpa es mía. —La tía Hetty suspiró—. Realmente, ni se me pasó por la mente que una dama no supiera bailar, cantar, tocar el piano y demás cosas habituales que deben aprenderse.

Harry prefirió no decir nada. Cantaba como una grulla afónica y cuando dejó de estudiar piano, el mundo se convirtió en un lugar mejor, hasta ella lo admitía sin problemas.

—Pero no es necesario que Harry vuelva a casa, ¿verdad? Hoy puede ir y mirar y mañana le enseño yo a bailar —dijo Lizzie.

—Está bien, dado que no queda más remedio. Pero diremos que te has torcido un tobillo.

—Oh, muy buena idea, Hetty, es algo que queda muy fino y delicado en

una dama —aprobó lady Forrest. La tía Hetty asintió.

—Así es. Y no la llaméis Harry. Da la impresión de que es un nombre de hombre. Queda ordinario. —Las gemelas la miraron de reojo. Harry suspiró—. Se llama Harriet. Un hombre precioso que compartimos. —Como nadie dijo nada, dio por cancelado el asunto—. Veamos, qué más debemos tener en cuenta...

—¡Oh, por favor! ¡Me dan ganas de bajar e ir andando! —dijo Ruthie—. ¡El repaso de normas es innecesario, tía Hetty, ya lo sabes!

—¡Eso es! ¡Ya somos adultas! —protestó Lettie—. ¡Tenemos diecinueve años!

—¡Ni siquiera somos debutantes ya! ¡Y sabemos lo que pasa cuando...! —Lizzie dudó—. Bueno, más o menos.

Todas las mujeres del gran coche la miraron atónitas.

—¡Lizzie!

—¿Qué? Lo estuvo contando lady Roseen. —Frunció el ceño—. Aunque no termino de creerlo.

—Menudas amiguitas tienes —rio Ruth.

—No tiene gracia, Ruth. De esos temas, tampoco se habla.

Los hombros de Lettie se hundieron.

—Esto es espantoso. A este paso nos quedaremos solteras.

—Tonterías. —La tía Hetty descartó sus quejas con un gesto seco—. Habéis recibido ya varias propuestas, lo que pasa es que sois muy jóvenes. Aunque yo no comparto esa opinión, Gysforth no quiere que os comprometáis hasta cumplidos los veinte. Eso es todo.

—A mí no me importa —dijo Lizzie.

—¡A mí sí! —protestó Lettie—. ¡David se va a cansar de esperarme! ¿Por qué James no me ha preguntado?

—¿David? —La tía Hetty frunció el ceño—. ¿Qué confianzas son esas?

—¿Y cómo quiere que me refiera a él?

—Pues como «El honorable David Beckett, segundo hijo de los condes de Cocks», por supuesto. Así te quedará claro que ni tiene derecho a título de lord.

Lady Forrest asintió.

—No es más que un «honorable».

—¡Me da igual! ¡Me casaría con él mañana mismo, pero no me dejan! ¡Mi vida es terrible! —Se echó hacia atrás en el asiento, con desesperación—. ¡Mejor estar muerta!

—No digas tonterías —le reprochó Ruthie—. James permite que le veas cada tarde. Dos horas.

—¡No es suficiente para nuestro amor!

—¡Oh, Lettie, qué bonito! —suspiró Lizzie.

—¿A que sí? Es un verso de su último poema.

Un momento, una hora, un milenio...

No es suficiente para nuestro amor.

—Pues va a tener que ser suficiente con dos horas, para vuestra desdicha —dijo la tía Hetty. Lettie la miró con acritud, y también a Ruthie, cuando se echó a reír.

Rutshore apareció en la fiesta. ¡Al fin! Harry estaba sentada entre lady Morton y lady Forrest, exactamente donde la habían colocado, con su supuesto tobillo a salvo de cualquier movimiento brusco. Para entonces, había tenido que rechazar una segunda copa de champán y casi ni se atrevía a respirar, por si volvían a reñirla por algo. Entonces, le vio entrar en el salón, tan elegante y atractivo, y como le pasaba siempre que Edward estaba cerca, el corazón empezó a latirle con fuerza.

Avanzó hacia ellas.

—Lady Morton, lady Forrest... —inclinaciones ante las mujeres. Luego, se centró en ella y sonrió—. Lady Harriet. Está preciosa, milady. ¿Me concede el siguiente baile?

La tía Hetty empezó a negar con la cabeza.

—Rutshore, Harriet se ha torcido y...

—Sí, por supuesto —dijo ella, poniéndose en pie y tomando su brazo. Al menos que sirviera para escapar un rato de aquella vigilancia. Se volvió hacia las gárgolas, que estaban sorprendidas y casi enfadadas—. Perdonen, tía Hetty, lady Forrest, es que debo comentarle algo muy importante. ¡Simularé cojear!

—¡Ten cuidado, que un tobillo resentido tarda más en curar! —le advirtió lady Forrest. La tía Hetty miró de reojo a su cuñada. No dijo nada.

Se alejaron, ella apoyándose en el brazo de Rutshore.

—¿Qué te ha pasado?

—Que no recibí la educación habitual en una dama.

—¿Cómo?

—Que no sé bailar. Lizzie ha prometido enseñarme mañana.

Edward se echó a reír.

—Veo que te diviertes. ¿Cómo va todo?

Harry titubeó. Mejor dejar los reproches para más tarde.

—Se portan muy bien conmigo.

—Seguro que ya te quieren. Los Keeling son buena gente, las mejores personas que conozco.

—También está Arthur.

Edward titubeó.

—Arthur es mi amigo, mi hermano, y le quiero mucho. Daría mi vida por él. Pero no es una buena persona, no tanto como James, al menos. Es demasiado frívolo para mi gusto.

—No. Solo lo simula.

—Sí, bueno, pero es frívolo, te lo aseguro. Si no hubiese ocurrido lo de Minnie, estaría deambulando igual, pero simplemente por divertirse.

—No seas tan duro con él.

—Ah, no, no te preocupes, Arthur y yo nos conocemos bien. Discutimos mucho, pero nos aceptamos como somos. —Miró alrededor—. Ya que no puedes bailar, vamos a por una copa y a buscar una buena posición para escaparnos en cuanto haya una oportunidad. Eso sí, me debes un vals, anótame en tu carné de baile. —Sonrió. Ella no le devolvió la sonrisa y se sorprendió—. Te noto seria. ¿Estás enfadada? Siento no haber podido ir a Finish Street. Estaba buscando una cosa, para enseñarte.

Ella parpadeó. ¿No había ido?

—¿El qué?

Edward miró hacia la tía Hetty.

—En cuanto no mire, vamos hacia las puertas del jardín.

—Pero... ha sido muy estricta diciendo que no abandonemos el salón de baile sin vigilancia.

—Yo te vigilaré. —Se inclinó para hablarle al oído—. Hay algo que quiero

mostrarte.

Si era alguna clase de insinuación, iba a recibir su merecido. Por mucho que le apeteciera, no pensaba permitirle ni un beso. Harry decidió seguirle el juego, por pura curiosidad. Cojeó a su lado por la sala y, en cuanto le dio la indicación, se movieron hacia las puertas del jardín. Seguro que más de uno les vio, correteando con unas copas de champán y sacó alguna conclusión que no podía ser más errónea, dado su humor. Pero, bueno, quizá empezaran ahí unas habladurías.

Con suerte, le llegarían a la tal Emma.

Salieron a la gran terraza de piedra previa a la bajada hacia el jardín. Hacía una noche muy agradable, pero fuera solo había algún grupo disperso de caballeros fumando. Edward se alejó lo justo para apartarse de las puertas. Buscaba evitar que les vieran las gárgolas. No le importó quedar a la vista de la gente del exterior. De hecho, se situaron bajo una lámpara.

Buscó en su chaqueta y sacó algo. Un dibujo.

—¿Qué es eso?

—Dímelo tú.

Era una página de un número de «The Times». En él, aparecía el retrato de un hombre en un acto público. Grande. Calvo. Fuerte.

«Lord Horatio Ritchmoon, barón de Kennerath» ponía debajo.

Abrió los ojos como platos.

—Dios mío...

—¿Qué? —urgió él—. ¡Dime!

—Creo... creo que es él.

—¿No estás segura?

—Creo que sí, Edward. Es el dragón... o se le parece mucho. —Temía equivocarse. ¡Había pasado tanto tiempo!—. Ten en cuenta que yo era una niña, y que le vi de lejos. Además, esto es un dibujo, no puedo estar totalmente segura.

—Sí, lo entiendo.

—Juraría que es él. —Agitó la cabeza—. Pero creo que debería verle en persona, antes de asegurarlo por completo.

—Bien. —Guardó el papel—. Me ocupo de eso, entonces. Haré algunas averiguaciones.

—¿Cómo cuáles?

—Dónde está, si tiene algún acto público pronto... —Pareció recordar algo—. Le invité a la inauguración del museo. Quizá se presente. Puedo intentar averiguar si va a ir, pidiendo que confirmen asistencia.

—Bien. Entonces, ya me avisarás cuándo y dónde, y trataré de estar para verle. —Se miraron, en un silencio que terminó volviéndose incómodo—. Ahora, será mejor que entremos.

—Eh... ¿no me vas a dar ni un beso? —La sujetó por la cintura—. Si estás enfadada porque no he acudido a nuestra cita en Finish Street, te diré que me he pasado el día esperando que llegara el momento pero, cuando llegó la hora, no pude ir porque estaba con un periodista, un conocido de Bethany, para conseguir esto.

—No te preocupes por eso. Yo tampoco he ido.

—¿No? —preguntó, cada vez más sorprendido—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Inclinó la cabeza a un lado—. Yo te lo diré: lady Emma. Edward perdió la sonrisa. La soltó.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Tú no, desde luego.

—Ya. Pues no sé qué te habrán contado, pero entre lady Emma y yo no hay nada, Harry.

—¿No? ¿Seguro? ¿Acaso no hay la posibilidad de un matrimonio más que conveniente con ella?

Él titubeó.

—Bueno, no sé, quizá. Pero sabes que te quiero a ti.

—¿Ah, sí? ¿Me quieres mucho? Qué extraño. Me ha parecido entender que te estás planteando casarte con otra.

La expresión de Edward se llenó de frustración. Apretó los puños.

—Podríamos seguir teniendo lo que tenemos.

—¿Y qué es?

—Lo sabes muy bien. Finish Street.

—Ah, el contrato que me ofrecías.

—No lo digas con ese tono. Ese contrato implicaría para ti una seguridad económica, la certidumbre de que nunca te iba a faltar de nada. Pero, también, implica que estemos juntos, tú y yo. Implica amor, placer,

compañerismo... No puedes renunciar a todo eso.

—¿Tú crees lo que dices? ¿De verdad lo crees? —Él no replicó. Quizá se ruborizó un poco, no pudo estar segura, por la poca luz—. Será mejor que lo dejemos, Rutshore. Está claro que no queremos lo mismo de la vida, ni entendemos como importantes las mismas cosas. —Le miró con desprecio y se dio media vuelta—. Te deseo mucha suerte.

—¡Harry! —oyó detrás. Venía rápido. Le ignoró y entró en el salón—. Espera, tenemos que hablar.

—No sé de qué. Está todo muy claro. Y no es...

Se detuvo en seco, al ver a un hombre rubio, alto y atractivo, a cierta distancia. Estaba hablando con un grupo o, mejor dicho, escuchando sin demasiado entusiasmo, porque eran los otros los que le contaban algo y él asentía educadamente mientras miraba alrededor, abarcando todo el salón de baile.

Harry se giró de golpe, para que no la viera y se topó con Edward.

—Oh, Dios mío...

—¿Qué pasa?

—¡No mires!

—Pero ¿qué ocurre? —insistió él, mirando.

—¡Te he dicho que no mires, Eddie! He visto al hombre rubio, al que estaba en casa del dragón. El que acompañó a mi madre a la puerta.

Él frunció el ceño.

—No me digas que es el hombre del pañuelo aparatoso.

Miró de reojo para comprobarlo. Sí, llevaba un lazo de corbata que muchos encontrarían elegante, pero resultaba un poco exagerado.

—Sí, exacto.

—Joder. Maldita sea.

Edward no solía ser hombre de groserías. Si hablaba así, era porque algo le había afectado de un modo muy especial. Harry le escrutó asustada.

—¿Qué ocurre?

—Es lord Vincent Reginald Davis, el conde de Chadburn. ¿No te he hablado de él? —Ella negó con la cabeza. O, de ser así, no lo recordaba—. Me temo que no nos llevamos muy bien.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que se considera un erudito, un hombre de cultura, pero no es más que un coleccionista de la peor calaña. Un enfermo. Le gusta conseguir cosas y, por lo que he oído, las guarda en su mansión, en alguna cámara oculta. Disfruta sabiendo que solo él puede verlas. Precisamente, gente como los Black, trabajan para él.

Ella se lo pensó un momento.

—No sé, pero te consta que soy prudente en estos temas. Lo he sido, con el retrato de lord... ya no recuerdo el nombre.

—Lord Kennerath.

—Eso. Si tuviera alguna duda, lo diría, pero te juro que estoy segura de que, ese hombre de ahí, era el de aquel día. Está más mayor, pero nunca olvidaré su rostro, o ese aire casi... demoniaco. .

—Sí, sé a qué te refieres. Hay algo oscuro alrededor de Chadburn... — Suspiró—. Está bien. Habrá que asumirlo.

—¿Qué vamos a hacer?

—De momento, disimular. Viene hacia aquí.

—Oh, Dios mío...

Antes de que le diese tiempo a hacer algo o decir alguna otra cosa, oyó una voz a su espalda.

—¡Lord Rutshore, que placer verle!

—Lo mismo digo, lord Chadburn —replicó Edward, en el mismo tono, cortésmente falso—. Me sorprende encontrarle aquí. No suele ser muy asiduo a las fiestas.

—Compromisos. De vez en cuando, no queda otro remedio, amigo mío. Además, así se lleva uno gratas sorpresas, como la de conocer a su hermosa acompañante. Tengo una sensación extraña, milady —le dijo a ella, que todavía estaba medio girada—. ¿Nos conocemos?

Ella dudó, pero se volvió hacia Chadburn, con firmeza.

—Sí.

—No —dijo Rutshore, casi a la vez, apretándole el brazo. Tiró de ella un poco, lo suficiente para llamar su atención—. La dama se refiere a que han coincidido en otras fiestas, pero dudo que hayan sido presentados.

Chadburn sonrió.

—Un terrible error que espero que solvente de inmediato, amigo mío.

—Por supuesto. Permita que le presente a lady Harriet Waldwich, hija del conde de Trammheran. Él es el conde de Chadburn, querida.

—Un placer. —Se inclinó a besarle la mano, con una elegancia algo pasada de moda—. Es usted muy hermosa, milady.

—Gracias, milord. —Intentó disimular un estremecimiento. No estaba segura de si se sentía atraída por Chadburn, o si le repelía. Desde luego, no le resultaba indiferente—. Y tengo muchas otras virtudes.

—Es mejor que nos vay... —empezó Rutshore. Justo entonces, empezaron a sonar las notas de un vals. Chadburn se inclinó ante Harry.

—¿Me concede este baile, lady Harriet?

—No creo que... —Volvió a intentar Rutshore.

—Por supuesto —le interrumpió ella. No iba a desaprovechar la ocasión de sonsacarle un poco—. Será un placer. Aunque le advierto que no sé bailar.

Él la miró sorprendido. Otro que pensaba que toda dama debería ser una experta en el cotillón. Por suerte, se echó a reír.

—No se preocupe, asumiré la responsabilidad de lo que ocurra. Usted, simplemente, déjese llevar.

Se alejaron, dejando a Rutshore allí plantado. Ya entre las otras parejas, lord Chadburn la rodeó con sus brazos y le dio algunas indicaciones. Aunque el vals tenía pasos complicados, si se dedicaba a corretear sin más, también podía mantener el ritmo, aunque fuera con poca elegancia. Chadburn la llevaba por la pista casi en volandas. Era un hombre fuerte, y extraño.

—¿Va bien?

—Sí, perfectamente. Gracias.

—No hay de qué. —Sonrió—. Me sorprende. No la he visto nunca por Londres, y me hubiera fijado.

—Oh. Es que he vivido siempre fuera.

—¿En la campaña?

—Así es. —Que fuera la francesa, y no siempre, daba un poco lo mismo—. ¿Y usted?

—Yo voy y vengo, siempre de un lado a otro. Soy un viajero infatigable, como nuestro común amigo, lord Rutshore.

—¿También le gusta la historia?

Él arqueó una ceja.

—¿No le ha hablado de mí?

—¿Debería?

—Me dio esa impresión. —Se encogió ligeramente de hombros—. Digamos que no... disfrutamos de un buen entendimiento. Pero, bueno, supongo que soy un hombre difícil. Tampoco me llevaba bien con su padre.

—¿El de Rutshore?

—Sí, también. Y el suyo.

Ella puso cara de sorpresa.

—¿Conocía a mi padre?

—Así es. Lo lamento, pero nunca he visto la historia del mismo modo que ellos. —Notó la mano del hombre en su cintura, presionando. Sintió su calor a través del guante y recordó lo dicho por la tía Hetty. Chadburn entrecerró los ojos, clavándole sus pupilas—. A mí me gusta *poseer*.

—¿Poseer? ¿El qué?

—Todo. Dinero. Caballos. Mujeres. Poder. —Aquello la irritó, tanto por el orden como por lo que implicaba, pero aun así, aquella mirada le provocó un rubor—. La propia historia.

—No dice mucho en su favor.

—¿Eso cree? Yo pienso que al contrario, precisamente porque no me importa en absoluto lo que se diga de mí. ¿A usted le importa?

—La verdad es que no.

—Lo sabía. —Sonrió—. Mañana a mediodía estaré en la entrada del parque de Hyde Park, cerca de Hyde Park Corner, junto a Apsley House, con la intención de pasear junto al Serpentine y dar de comer migas de pan a los patos. Como ve, un momento y una actividad totalmente inocentes. —De nuevo aquella mirada, en la que las pupilas parecían tocarla incluso más que la mano de su cintura—. No debe tener miedo, lady Harriet. Pero, si viene, prometo revelarles un secreto que cambiará por completo su vida.

Ella parpadeó.

—¿Un secreto?

—Le va a encantar. —Sonrió—. Y a mí me encantaría verla allí, así que seremos felices los dos. —Perdió la sonrisa—. Pero, se lo advierto, no venga con Rutshore. Si lo hace, no habrá encuentro, ni revelación.

¿Un secreto? ¿Se estaría refiriendo a algo relacionado con el dragón? Sintió

que se le aceleraba el pulso.

—¿Por qué no puede ir?

—Ya le he dicho que no simpatizamos mucho. No solo estropearía el momento, también me estropearía a mí el humor, y eso es algo imperdonable. Se lo pido por favor, no lo haga. —Hizo una ligera pausa—. ¿Vendrá?

—Lo intentaré. —El baile terminó y él esperó un segundo de más, con aquella mano clavada en su cintura. De hecho, fue la propia Harry la que se soltó, con una ligera sacudida—. Gracias por el baile.

—Ha sido un placer, lady Harriet. Aquí está nuestro apreciado Rutshore, viene a rescatarla. Qué amable. La dejo con él.

Se alejó, antes de que Edward les alcanzase. Les miró alternativamente.

—¿Qué te ha dicho?

Harry se encogió de hombros.

—Nada en concreto. —No tenía por qué añadir más, pero decidió hacerlo para tener la seguridad de que no sospecharía nada de lo del día siguiente—. ¡Qué hombre más desagradable!

Rutshore sonrió.

—Bien. Creí que te habría invitado a su fiesta.

—¿Fiesta?

—Sí, en Chadburn House, mañana por la noche. Suele dar una, al menos una vez al año, así se las puede dar de intelectual. Música suave, charlas, exposición... Pero que no te engañe, la única razón es que así muestra sus obras. —Miró hacia el otro lado de la sala, donde Chadburn hablaba con dos caballeros—. Al menos, algunas.

—Pues no. No me ha invitado. —Empezó a retirarse—. Y, ahora, si no te importa...

—Harry, espera... —La retuvo por el brazo. Si se soltaba, atraería la atención. Y si no la soltaba él, rápido, también—. ¿Qué te pasa? No puedes hablar en serio. No vas a dejarme.

—No, Edward. Lo que no voy a hacer, es compartirte. —Tomó aire, intentando mantenerse tranquila—. Mira, sabes que te quiero. Eso te dará una idea de cuánto me importa esto. Por favor, suéltame. Suéltame, Edward. —Él dudó, pero lo hizo—. Si me aventurase en semejante relación, sé que iría acumulando reproches dolorosos, detalles llenos de amargura que irían

pesando más y más, y que nos destruirían a ambos.

—Harry...

—No. No puedes pedirme eso, Edward, no puedes desear para mí ese simulacro de vida, siempre a la sombra de otra mujer, esa con la que irías a recepciones, con la que tendrías hijos legítimos y con la que celebrarías las fiestas y los aniversarios. —Agitó la cabeza—. Debo ser muy egoísta porque, todo eso, todo, es lo que quiero yo para mí. Así que es mejor que lo dejemos ahora, así, sin rencores, como buenos amigos que comparten el recuerdo de unos momentos muy felices.

—Pero, Harry... No puedes dejarme. —musitó él. Parecía aturdido, y destrozado. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Si se echaba a llorar allí, si se le escapaba una sola lágrima, se organizaría un buen escándalo.

—No, por favor. Eddie... Escucha: mi madre me enseñó algo para que me ayudase en los peores momentos, y siempre me ha sido muy útil. Haz como yo. Alzar la barbilla, erguir la espalda. —Se enderezó, soberbia, y se llevó una mano al pecho—. Aquí vive el orgullo de los Saint-George. —Sonrió, intentando infundirle aliento—. Busca tú, en tu interior, el orgullo de los Rutshore, Edward.

Al principio, pensó que ni siquiera había escuchado. Edward tardó mucho en reaccionar. Por fin, le vio tragar saliva, intentando recuperarse.

—Alzar la barbilla, erguir la espalda. —Su mano se movió torpe, pero se apoyó en su pecho—. Aquí vive el orgullo de los Rutshore.

—Así. Eso es. No estoy enfadada, de verdad que no. Entiendo que he entrado en tu vida de improviso, que tenías tus planes y que puedo haberlo trastocado todo, pero... es que necesito mi propio espacio, Eddie. Lo siento. —Cubrió la mano de Edward con la suya, y apretó los dedos con cariño—. Aclara lo de lady Emma, amor mío. Decide libremente si la prefieres a ella, o me eliges a mí. Sea cual sea la opción que escojas, recuerda que te amo, que soy tu aliada en la caza de los dragones del mundo y que siempre te desearé lo mejor.

Debía irse, o sería ella la que se echaría a llorar. Por suerte, Lettie apareció a su lado. Les miró seria, algo apurada. Seguro que captaba que estaba pasando algo muy grave.

—Harry, la tía Hetty te pide que vayas con ella, que tiene que contarte algo

—dijo—. En realidad, claro, quiere que te apartes inmediatamente de Eddie. Todo el mundo os está mirando. —Se dirigió a él, con cariño, y casi dio la impresión de ir a echarse también a llorar—. ¿Estás bien, Eddie?

Edward intentó hablar, pero no pudo. Fue Harry la que contestó:

—No, pero lo estará. Quédate con él, Lettie.

—Por supuesto...

Harry les dio la espalda y caminó hacia las lejanas figuras de la tía Hetty y lady Forrest. Caminó erguida, con desenvoltura, sonriendo aquí y allá mientras sentía las miradas de todo el mundo clavadas en ella y un dolor cada vez más intenso a medida que se alejaba de Edward. Tenía la sensación de estar dibujando una línea de sangre entre sus corazones desgarrados.

Lo único que impedía sus lágrimas, era tener la mano clavada en el pecho, convertida en un puño crispado.

Allí donde vivía el orgullo de los Saint-George.

CAPÍTULO 13

—¿Estás lista? —preguntó Harry a Thelma. La doncella salía del pasillo que daba a las dependencias de los criados, con la capa puesta. También llevaba ya el sombrero, con una flor a un lado. Harry no pudo evitar pensar que estaba especialmente guapa ese día. Thelma era una muchacha atractiva pero, en esos momentos, casi parecía resplandecer.

—Sí, milady.

—¿Pasa algo? Te veo muy contenta. ¿Qué te provoca esa sonrisa? ¿Quizá algún galante caballero? ¿El mismo que te ha regalado esa flor?

Thelma se ruborizó.

—¿Qué cosas dice, milady! —Pero no pudo evitar una risita mientras abría la puerta y miraba fuera—. Bullock ya tiene preparado el coche. Cuando quiera.

—¡Esperad! ¡Harry, espera! —Harry se detuvo en seco. Siguió atándose las cintas del sombrero mientras se volvía hacia las escaleras. Lizzie estaba allí, inclinada sobre la barandilla—. ¿Adónde vas?

—A... a comprar un libro —respondió, improvisando.

—Oh. ¿No iba a enseñarte a bailar?

Cierto, lo había olvidado por completo. Pero tenía que ir al parque, a su encuentro con Chadburn. Harry pensó a toda velocidad.

—Es que... además necesito un encaje para arreglar un detalle del vestido que voy a llevar esta noche. Es urgente —añadió. Seguro que Lizzie podía entender la urgencia de un encaje—. ¿Te importa que demos las clases esta tarde?

—¡No, claro, no te preocupes! Antes del té, perfecto. ¿Vas donde *madame Didiane*?

—Eh... sí. —Total, no se le ocurría otro nombre, ese estaba bien.

—Pues espera, que cojo la chaqueta y el sombrero y voy contigo. Puedo comprar unas cintas para el pelo.

«Maldición» ¿Y ahora qué? Una cosa era llevar a Thelma, porque necesitaba obligatoriamente una doncella acompañante, y otra que Lizzie estuviera presente en su entrevista con Chadburn.

—¿Y Lettie? No puedes dejarla sola.

—Oh, no va a estar sola, tranquila. —Sonrió con cariño, agradeciendo que pensara tanto en su gemela. Harry se sintió culpable—. Va a venir el honorable David Beckett a verla. Tiene una nueva oda que recitarle. Creo que es tan larga que le llevará las dos horas completas. ¡Eso, si puede terminarla!

—¿Pero el señor Beckett no viene por las tardes?

—Hoy no puede. Tiene que acompañar a una tía a una recepción, creo. Así que vendrá antes y Bethy ha dicho que va a estar con ellos. ¡Así que puedo ir contigo!

Harry dudó. Se le acababan los recursos.

—Es que voy con bastante prisa —intentó por última vez, ya sin mucho entusiasmo.

—¡No tardo! —Subió a la carrera, tan precipitadamente que la señora Brown, que salía en esos momentos del salón, frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Nada, no se preocupe —respondió Harry—. Lizzie, que va a por su chaqueta y su sombrero.

—¿Y por qué corría tanto?

—Sospecho que es culpa mía, señora Brown. Le he dicho que teníamos prisa.

El ama de llaves sonrió.

—Oh, querida, con lady Lizzie hay que tener cuidado. Bien sabe Dios que es un alma pura, pero también es muy alocada.

No terminaba de formular la frase y ya la tenían bajando de nuevo, arrastrando la chaqueta con una mano y con el sombrero en la otra. Con las prisas, se le escapó este último y tuvo que subir un par de peldaños a por él, con lo que, al darse la vuelta, se pisó la manga de la chaqueta, tropezó y cayó de rodillas, resbalando hasta llegar abajo.

—¡Estoy bien, estoy bien! —gritó incorporándose de un salto.

—¡Lady Elizabeth! —exclamó la señora Brown, asombrada—. Pero ¿qué formas de correr son esas? Si la llega a ver su tía Hetty...

—Perdone, señora Brown. ¡Es que la chaqueta tenía una manga de más!

—Un hecho poco probable, querida.

—Claro, sí. Eso sí —admitió Lizzie, intentando poner bien la prenda. Thelma se acercó a ella y se la quitó de las manos—. Gracias, Thelma. La muchacha sonrió.

—No hay de qué, lady Lizzie.

—¿De verdad estás bien, Lizzie? —preguntó Harry, preocupada.

—Sí, en serio. —Se sacudió la falda del vestido y empezó a ponerse el sombrero—. No ha sido nada.

—No sé si deberíamos comprobarlo —gruñó falsamente la señora Brown. Intercambió una mirada de reojo con Harry, mientras contenía una sonrisa—. Hasta debería llamar al doctor, para que la examinase. ¡Y dejarla en cama todo el día, alimentada solo de jarabes!

Lizzie la miró horrorizada.

—¡Oh, no! ¡Qué espanto horroroso! ¡Me moriré!

Harry se echó a reír.

—No se preocupe. Seguro que Lizzie se quejaría, de necesitar atenciones. Venga, vamos, que tengo prisa. —Enfiló hacia la salida—. Estaremos aquí para el té, como muy tarde, señora Brown.

—Muy bien, milady.

—¡Vamos, Lizzie!

—¡Voy!

Salieron. Las tres se miraron en las escaleras y se echaron a reír.

—Por Dios, Lizzie, colócate bien el sombrero —le dijo, aunque empezó a ajustárselo ella misma—. Lo tienes de lado.

—Ya voy. —Intentó colaborar, mientras Thelma la ayudaba a ponerse la chaqueta—. Siento haber corrido tanto, pero temía que te fueras sin mí.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No sé. Estás rara. Igual es por lo de Eddie, pero no podía estar segura.

Harry agitó la cabeza. A saber qué le había contado Lettie de lo ocurrido con Edward, pero no quería hablar de eso. Le arregló la lazada del sombrero e

hizo un gesto hacia el coche.

—Anda, vamos.

Pensó en ordenar que las llevaran a Bond Street y luego a casa de *madame Didiane*, y hasta fingir comprar algo, pero llegaban tarde y no tenía sentido disimular. Pidió a Bullock que las llevase directamente a Hyde Park.

No tardaron en llegar al Hyde Park Corner. Pasaron frente a la Apsley House, la que en esos momentos era la residencia del duque de Wellington, y admiró sus líneas impresionantes y su fachada de ladrillo rojo sin enlucir. Justo a continuación, estaba la entrada al parque. Bullock dirigió hacia allí el coche y se detuvo a un lado del camino.

Harry no había vuelto por Hyde Park desde que era una niña, cuando la llevaron sus padres, poco después de su llegada a Londres, en un intento de conseguir que le gustase la ciudad. Y sí que le había gustado, aunque entonces no lo había reconocido. Era uno de sus mejores recuerdos.

—Espere aquí, Bullock —le pidió al cochero—. Iremos andando.

—Muy bien, milady. —Bajó del pescante y les abrió la puerta. En un segundo, las tres estaban en el suelo.

—¿Qué buscas, Harry? —preguntó Lizzie, dando saltitos a su lado.

—Nada —replicó, ausente, mirando a su alrededor. Había mucha gente en el parque, formando grupos en continua actividad: caminaban, se llamaban, subían o bajaban de los coches... Por todas partes había niños que cruzaban corriendo. Algunos vehículos esperaban allí, otros seguían por el Rotten Row, el camino engravillado que conducía hacia Kensington.

Harry se sintió inundada por un repentino recuerdo, en el que su padre le explicaba que, el nombre de Rotten Row, derivaba de *Route du Roi*, por ser la «Ruta del Rey», el camino que abrió Guillermo III, a finales del siglo XVII, cuando cambió su residencia a Nottingham House, lugar que renombró como Palacio de Kensington.

Qué poco le había importado aquellos datos históricos entonces. Y cuánto hubiera dado por poder volver a aquel momento...

—¿Harry? —preguntó otra vez Lizzie. Ella parpadeó.

—Sí, sí, vamos...

—¿Adónde? —La verdad, ni idea. No conseguía ver a Chadburn—. Algo te pasa. ¿Has quedado con alguien?

—No. Es que...

Entonces, se fijó en el coche. Era grande y elegante, con el escudo de una flor de lis y un castillo pintado en el lateral. Un hombre grande y barbudo, vestido al estilo árabe, estaba abriendo la portezuela. Llevaba turbante, chilaba corta y una prenda amplia, una especie de mezcla entre capa y abrigo, por encima, además de pantalones anchos y botas, todo ello gris, sin apenas matices.

Harry miró con enfado el látigo corto de siete cabezas que llevaba sujeto en la faja ancha que hacía las veces de cinturón, junto a la empuñadura enjovada de un puñal de buen tamaño. No le hacía gracia la idea de que lo usase con los caballos.

Lo olvidó al ver que, del interior del coche, surgía Chadburn. Bajó con soltura, muy distinguido en su chaqueta de paño azul oscuro con doble botonadura de bronce, pantalones ceñidos de un tono tostado, botas hasta la rodilla, sombrero de copa y bastón de paseo.

Para su sorpresa, tras él, apareció un jovencito. Era rubio, alto y delgado. Tenía un aire tímido, y muy formal, quizá porque vestía de un modo pulcro y elegante que le hacía parecer mayor y llevaba el pelo arreglado según los rizos de moda, ligeramente alborotados sobre la frente. De hecho, parecía un pequeño *Beau Brummell*, absolutamente encantador. Harry supuso que debía ser hijo de Chadburn, porque se parecían mucho. O eso, o algún familiar cercano.

Detrás, apareció la cabeza de una doncella. Le dijo algo al muchacho, porque él, todavía en equilibrio en la escalerilla del vehículo, se giró hacia ella.

De pronto, un par de pájaros inmersos en una persecución, se cruzaron ante el coche. Los caballos se inquietaron y uno hasta se encabritó. El hombre que iba en el pescante intentó sujetarlos, pero el vehículo se movió, con un tirón brusco. El muchacho perdió pie y cayó de espaldas al suelo, donde golpeó con el hombro y la cabeza. La doncella se sujetó como pudo.

—Oh, Dios mío... —dijo Lizzie a su lado, y sin más echó a correr.

—¡Lizzie! ¡Espera!

Ni siquiera pareció oírla. Harry fue tras ella, seguida de Thelma. Mientras, Chadburn estaba ayudando a levantarse al muchacho, y comprobó su cabeza.

Al ver que retiraba la mano manchada de sangre, dio una orden al árabe en ese idioma, quien, mostrando una agilidad sorprendente en alguien de su enorme envergadura, saltó hacia el pescante y tiró del conductor, hasta sacarlo del sitio.

El hombre cayó al suelo, con un grito. Por cómo se retorció, quedó evidente que se había dañado un brazo, pero a Chadburn no le importó: dio otra orden. Al momento, el árabe sacó el látigo corto que llevaba en el cinturón y empezó a azotarle con él.

Antes de que Lizzie llegase a su lado, le golpeó tres veces.

—¡Basta! —gritó Lizzie, parándose junto al muchacho, mientras contemplaba con ojos muy abiertos el castigo que estaba propinando el árabe al pobre cochero—. ¡Basta, basta, por favor!

Chadburn lanzó un manotazo al aire, para alejarla.

—Fuera. Largo de aquí, niña —dijo seco. Entonces la vio a ella, que llegaba detrás. Parpadeó al reconocerla; de algún modo, fue como si sus pupilas recuperasen la cordura. Harry le señaló el niño herido con un gesto, para que viera que los miraba aterrado, a él y al árabe.

Chadburn jadeó.

—*Tawqaf!* —ordenó al gigantón. El criado se detuvo. Miró con desprecio a Harry y Lizzie y sujetó de nuevo el látigo en el cinturón. Chadburn se volvió hacia el conductor—. Largo de aquí —le dijo—. Estás despedido.

El hombre se movió por el suelo, intentando levantarse. Empezó a llorar.

—¡Por favor, milord! ¡No, milord!

—He dicho que te vayas —replicó Chadburn, con frialdad—. Ahora mismo. No quiero volver a verte.

—¡Pero necesito el empleo! ¡Por favor, milord! —Al final, logró incorporarse lo suficiente como para ponerse de rodillas—. ¡Por favor, se lo ruego! ¡Mi esposa está muy enferma! ¡Necesitamos mi salario!

—¡Oh, por favor! —exclamó Lizzie, a punto de llorar. No, a punto, no: estaba llorando—. ¡Pobrecita! ¡Hay que ayudarla!

Harry tragó saliva.

—Ha sido solo un accidente, lord Chadburn —se decidió a decir, mientras trataba de consolar a Lizzie, abrazándola—. ¿No podría reconsiderarlo, por favor? Se lo ruego.

Él las miró ceñudo, pero terminó asintiendo.

—Estás de suerte —le dijo al cochero—. La dama te ha salvado.

—Gracias, milady, gracias...milord! —sollozó, y le besó la punta de los zapatos—. ¡No volverá a ocurrir, se lo juro!

—Seguro que no. En pie, vamos. —Le apartó con desprecio, casi pateándole—. Lleva el coche de vuelta y que venga a recogernos otro conductor. A ti te quiero ver limpiando estiércol el resto del año.

—Por supuesto, milord. Al momento.

El hombre trepó como pudo al pescante, con el inconveniente del brazo dañado. Desde arriba, antes de poner en marcha el vehículo, lanzó a Harry una mirada llena de gratitud.

—Howard es mi único hijo, ¿sabe? —le dijo Chadburn—. Supongo que soy un tanto protector.

Ella asintió.

—No se lo reproche. El amor de los padres es algo entrañable, algo que no tiene precio. —Recordó con nostalgia al suyo. Qué caballero amable y cariñoso era. No como ese. Dudó, pero lo dijo—. De todos modos, no sería mala idea que reflexionase un poco sobre su genio, milord.

Él la miró de reojo.

—Demasiado colérico, ¿no?

—Un poco, sí. Ese pobre hombre no tuvo la culpa.

—Claro que la tuvo. No afirmó bien el vehículo. Podía haberse producido una desgracia.

—Es verdad, pero no ha pasado. Y los accidentes ocurren.

Él hizo una mueca.

—Me pregunto si sería tan benévola si la persona en riesgo hubiese sido alguien a quien usted quisiera.

—No sé. Pero creo que le diría lo mismo.

—¿En serio? Es usted encantadora.

No le gustó ni el tono ni la frase, pero decidió obviarlos.

El jovencito estaba siendo atendido por la doncella. Harry se inclinó también a comprobar qué se había hecho. Por suerte, no era más que un simple roce, una raspadura provocada por el golpe, aunque al ser en el cuero cabelludo había parecido más alarmante.

—No es nada. ¿Te duele?

—No —replicó el muchacho, aunque era evidente que sí.

—Eres muy valiente. Ven, vamos ahí. —Pidió permiso con la vista a Chadburn, que asintió, y se acercaron a una fuente de piedra. Harry sumergió su pañuelo en el agua fresca y limpió la herida. Ya casi ni sangraba—. ¿Sabes? Es una suerte que cayeras de espaldas, por si queda cicatriz. Eres muy guapo. —Se inclinó para sonreírle, a la misma altura—. En pocos años, volverás locas a las muchachas.

Él la miró, todavía serio, pero hubo algo, un brillo de risa en sus ojos. Entonces se dio cuenta de que eran de un color peculiar.

Un verde aguamarina.

Harry parpadeó.

—¿Te gustan los patos? —preguntó de pronto Lizzie. El muchacho asintió.

—He traído comida, para darles. —Sacó del bolsillo un trozo de pan que se rompía en pedazos.

—¡Qué bien, yo no tengo! ¿Lord Chadburn, le importa que vayamos al lago?

Chadburn sonrió.

—No, en absoluto. Adelante. Abdel, ve con ellos. —El árabe se inclinó ligeramente—. Gracias, lady Elizabeth. Y perdone que haya sido antes tan desagradable.

Lizzie asintió, pero no llegó a sonreír. Podía ser un alma pura, como había dicho la señora Brown, y también confiada, incluso muy atolondrada; pero, cuando alguien se comportaba de un modo que le parecía horrible, podía ser también muy firme, y cerrarle su corazón para siempre.

—Desde luego —replicó, dejando la duda de si le perdonaba o si confirmaba que había sido, efectivamente, desagradable. Le tendió la mano al muchacho, que la cogió un poco abrumado. Ella le dedicó una sonrisa resplandeciente—. Vamos, ven conmigo. ¡A mí me gusta ponerles nombres a los patos! ¿Y a ti?

Se alejaron, quizá demasiado rápido, acompañados de la doncella de Chadburn y seguidos del tal Abdel. Thelma intercambió una mirada con Harry, indecisa.

—Ve con Lizzie —le dijo.

—Pero...

—Ve con ella. No te preocupes, estaremos a la vista.

Thelma asintió y siguió al grupo de Lizzie.

—Su joven amiga sigue enfadada conmigo —dijo Chadburn, con voz profunda, a su lado. Así que, al menos, era perspicaz—. Y lo entiendo. Ha sido una escena muy desagradable. Debo pedirle disculpas.

Parecía de verdad arrepentido, pero a ella no le importaba en absoluto aquel tema. Todavía estaba aturdida por la sorpresa. No podía ser. No. No sería el único niño con ojos aguamarina.

El único niño con esa edad...

Con ese color...

Si viene, prometo revelarle un secreto que cambiará por completo su vida.

Se volvió hacia él y el conde le mantuvo la mirada.

—Ese niño...

No supo cómo seguir. Estaba siendo absurda. Tenía los ojos de ese color, pero se parecía demasiado a Chadburn. No podía ser Andrew.

El conde asintió. Hizo un gesto, mostrando el camino.

—¿Damos un paseo?

—Ese niño... —repitió, incapaz de salir de ese bucle. Pero Chadburn insistió en su gesto, y hasta dio un paso al frente.

—Por favor.

Caminaron en silencio un par de minutos. Hubiera sido incómodo, de no estar con la mente dando vueltas una y otra vez a lo mismo. Ni siquiera quería hablar del dragón, nada de ese tema le interesaba en ese momento. Lo único que le importaba era aquel niño con los ojos aguamarina.

—Mi hijo, Howard, tiene doce años —dijo él, entonces. Harry sintió que se congelaba la sangre en sus venas—. Cumplirá trece el seis de septiembre. Ya no queda mucho. ¿Le dice eso algo? —Como Harry siguió en silencio, añadió—. Dígame, ¿qué edad tendría su hermano hoy en día?

—Doce. Cumpliría trece el seis de septiembre. —Se miraron—. No es... no es posible.

—Usted sabe que lo es. Como le dije ayer, hoy le revelo un secreto que cambiará por completo su vida.

—Oh, Dios mío... —Harry avanzó hacia el árbol más cercano y se apoyó

en él, pero no fue suficiente. Le fallaron las piernas y se derrumbó sobre sus raíces, con la sensación de que iba a desmayarse de un momento a otro. O a vomitar. O ambas cosas—. ¡Oh, Dios mío...!

Se cubrió el rostro con las manos y lo ocultó en las rodillas, encogida en el suelo. Oscuridad. La rodeó por todas partes, como una capa protectora, y trató de hundirse en ella. Durante un tiempo indeterminado, Chadburn no la molestó, como si supiera que necesitaba ese margen para recuperarse de la impresión.

Pero no podía esconderse de aquello. Al final, alzó la cabeza.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó Chadburn entonces. No parecía muy preocupado, solo correcto—. ¿Un poco de agua?

—¡No! —¡Empezaba a estar harta de Inglaterra! ¿Por qué todos se empeñaban en darle agua para superar momentos como ese?—. Pero me tomaría con gusto un maldito coñac.

—Ah, pues está de suerte. —Sacó una petaca del interior del abrigo y se la tendió. Era metálica, posiblemente plata, pero estaba forrada de cuero—. Curiosos gustos, para una dama. Supongo que los adquirió en Francia.

—Así es. —Olisqueó el contenido. Cierto, un excelente coñac. Bebió un buen trago y esperó a que dejaran de temblarle todas las articulaciones del cuerpo, mientras pensaba en el jovencito que acababa de ver. En el golpe que se había dado en la cabeza. En lo serio y educado que era. En su sonrisa—. Andrew... Dios mío...

—Ahora se llama Howard.

Harry le miró con acritud.

—Espero que no me esté mintiendo.

—En absoluto. ¿Acaso no ha visto sus ojos?

Cierto. Lady Miranda los había tenido exactamente así. Y el pequeño Andrew. Antes no, pero sobre los seis meses, mostraba ya aquel color. Ella se lo envidiaba a muerte.

—Está bien. —Le devolvió la petaca—. Le creo.

—No se preocupe. Entiendo que le cueste asumirlo.

—Pero ¿cómo... cómo es posible?

Él se encogió de hombros.

—En realidad, es sencillo de entender. En otros tiempos, trabajé para el

servicio secreto inglés. Era la época de Bonaparte y sus ambiciones de gloria. No debo hablar de todo eso, tendrá que contentarse con saber que me infiltré entre los partidarios del emperador francés, para llegar a un espía que se hacía llamar «El dragón». Era inglés, pero trabajaba para Napoleón, le servía de contacto con alguien que pretendía... Bueno, no importa. En esa misión, descubrimos que lord Trammheran y su esposa eran espías franceses.

—Eso no es verdad —protestó Harry—. O no es totalmente verdad —se corrigió al momento—. Al final, ayudaron.

—Sí, lo sé. Por eso el propio dragón quería matarlos. Le habían traicionado, algo que no podía perdonar. Cuando supe que iba a ejecutar a sus padres, a la familia entera, simulando un robo, di aviso para que las autoridades inglesas lo impidieran, pero se me dijo que no actuase, que no podía revelar mi posición. Que lord Trammheran era prescindible, igual que el resto. Además, así aseguraban la eliminación de lady Trammheran, de la que no se fiaban.

Harry sintió que casi se ahogaba de indignación. ¡Las propias autoridades de su país, dejando que matasen a sus padres, por intereses políticos!

—¡Canallas!

—Sí, me temo que hay canallas siempre, en todos los bandos. —Chadburn agitó la cabeza, con un gesto de disgusto—. En todo caso, no pude aceptarlo. Sacrificar niños no entra dentro de lo que estoy dispuesto a permitir, ni siquiera por mi país. Así que contacté con su madre, y la avisé. Casi no quedaba tiempo. Le advertí que «El dragón» iba a atacarles, cómo y cuándo, todo lo que yo había podido descubrir. Pensé que huiría, que avisaría a su marido, cogería el niño y sus cosas y se marcharían, pero no. Dijo que iban a intentar matar al dragón.

Harry se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, mamá...

—Me entregó el niño y me pidió que cuidase de él —prosiguió Chadburn—. Ella volvió a la casa y... bueno, el resultado es el que ya conocemos. Por lo que sonsaqué luego al dragón, lady Miranda llegó tarde para salvar a su marido, pero no pudo matarla. Así que, puso en la cama el cadáver de la doncella. Es un hombre poderoso. Si la apresaban, podría hacer que la mataran en cualquier cárcel. Pero nunca ocurrió.

Harry asintió. Miró alrededor, el día soleado, la gente contenta, sumida en

sus asuntos cotidianos. Incluso ella, que creía haber tenido el corazón desgarrado, no había sabido lo que eran los auténticos problemas. Con Edward podría estar si lo quisiera, si asumiera la situación. Pero ¿su hermano?

Al final, en cierto modo, sí que se lo llevaron las hadas.

¿Cómo iba a recuperarlo?

—¿Qué piensa hacer? —preguntó.

Él tardó un momento en contestar.

—Me parecía importante que lo supiera, lady Harriet. Pero le ruego que no se lo diga a nadie hasta que usted y yo lleguemos a algún acuerdo.

—¿Está dispuesto a llegar a un acuerdo? —Le miró esperanzada.

—Sí, claro que sí. Pero Howard es oficialmente mi heredero. Mi único heredero. Soy viudo y no es probable que tenga ya otros hijos. No me gustaría que hubiese dudas sobre su legitimidad. Por eso, insisto, puedo llegar a acuerdos con usted, podemos hablar de cómo llevar lo mejor posible este asunto, pero siempre y cuando jamás le mencione a nadie lo que le he dicho. A nadie, lady Harriet. He confiado en usted, no traicione esa confianza.

Supuso que estaba pensando en Rutshore, ya que no se llevaban bien. Normal, que no le agradase la idea de que uno de sus adversarios tuviese una información tan importante, capaz de arruinar su legado.

—Está bien, no se preocupe, lo entiendo. No le diré nada. —Y no lo haría. Al fin y al cabo, aquello no era asunto de Rutshore—. Pero tenemos que hablar del futuro de Andrew.

—Howard.

—Howard. —Admitió. Qué remedio. Se mordió el labio inferior—. También hay algo que me gustaría... plantear.

—La escucho.

—Quiero encontrar al dragón, y usted sabe quién es. Quiero saber si puede ponerme en contacto con él. —Pensó en preguntarle directamente si era lord Kennerath, pedirle una confirmación, pero mejor no dar nombres. Que saliese de él el dato—. Si puede decirme quién es, al menos. Con eso, me conformo.

—Sí, ya... Imaginé que lo preguntaría. —Al ver cómo le miraba, se encogió de hombros—. Yo también querría matarlo, en sus circunstancias.

Harry asintió.

—¿Puede llevarme hasta él?

—Lady Harriet... Usted parece una joven notable, pero él es un hombre muy peligroso.

—No me importa. ¿Puede llevarme hasta él?

—Sí. —Chasqueó la lengua—. Maldita sea, está bien, lo haré... aunque creo que se equivoca. Pero intentaré ayudarla.

—Se lo agradezco.

—No hay de qué. Será un placer. Ese asunto pesa sobre mi conciencia desde hace ya demasiado tiempo. —Le tendió la mano y la ayudó a levantarse. Ella sacudió su falda de briznas de hierba y hojas y le siguió. El conde empezó a caminar lentamente, de vuelta hacia la salida del parque—. Esta noche doy una fiesta en Chadburn House y, por supuesto, está usted invitada. Me agradecería mucho que viniera.

La fiesta que le mencionó Edward. Quizá fuera buena ocasión para registrar el sitio. Aunque llegara a confiar en Chadburn, que todavía estaba por ver, podía venir bien localizar por su cuenta alguna pista o algún detalle que le resultara útil para llegar al dragón y para entender qué ocurrió en aquella época.

—Muchas gracias. Supongo que iremos, pero tengo que consultarlo.

—¿Con Rutshore?

Harry dudó. En otro momento así habría sido; incluso, al decirlo, había pensado en él. Pero solo porque había olvidado que ya caminaban por senderos distintos. Iba a costarle un tiempo, hacerse a la idea.

—En realidad, no. Me refería a lord Gysforth, las hermanas Keeling y lady Morton. Como sabe, me alojo en Gysforth House y estoy disfrutando de la temporada con las hermanas de lord Gysforth.

—Sí, eso he oído decir.

Le estudió con curiosidad.

—¿Ha estado preguntando por mí?

Él se detuvo. La miró.

—No lo dude. Es usted la hermana mayor de Howard, tenía la obligación moral de ponerles en contacto de alguna manera. Pero también es cierto que, anoche, me llamó la atención en cuanto la vi.

—¿Debo sentirme halagada?

—Por supuesto. Cualquiera en Londres le dirá que soy un hombre poco dado al cortejo. —¿Cortejo? Harry parpadeó—. Desde que falleció mi mujer, me dedico por completo a viajar y ampliar mi colección de arte. El propio Rutshore puede confirmárselo.

—Lamento lo de su esposa. —Era la segunda vez que mencionaba el detalle de su viudez. Se vio obligada a decir algo—. Supongo que la echa de menos.

Él asintió.

—Fue un matrimonio muy conveniente. —¿Y eso qué quería decir? Esta vez, Harry consideró oportuno no abrir la boca—. Venga con las señoritas Keeling, si lo desea, aunque me temo que mi fiesta no suele atraer a los jóvenes. No está pensada para quienes buscan pareja o relevancia social, pero sí hay gente muy interesante.

—Seguro que sí.

Agitó la cabeza.

—En cualquier caso, no me gustaría que sus amigas se aburriesen. Le prometo que intentaré hacer algunos cambios, aunque sean de última hora, para que se sientan más cómodas.

—No hace falta, pero se lo agradezco igual. Es usted muy amable. —Se miraron y, sin siquiera quererlo, se mantuvieron la vista más de lo necesario. Qué pupilas más frías tenía ese hombre—. Gracias.

Oyeron unas carcajadas y se volvieron al unísono. Lizzie reía, mientras regresaba atravesando el prado con el joven Howard y su escolta de criados.

Howard. Andrew...

Al verle, Harry tuvo que obligarse a permanecer inmóvil, a no correr hacia él y estrecharlo entre los brazos, tanto, con tanta fuerza, que ya no pudieran soltarlos, y así impedir que se lo volvieran a llevar. ¡Qué guapo era, qué guapo estaba! Se sintió orgullosa, con el corazón henchido de amor hacia él, y de agradecimiento a Chadburn por haberle cuidado todo ese tiempo y haber sabido convertirle en ese joven caballero, pese a no ser realmente su hijo de sangre.

Recordó, de pronto, el olor a bebé, a colonia y a tarde de primavera, de aquel último día. Parpadeó, para evitar las lágrimas. Cuando organizase un acuerdo con el conde, podría abrazar a su hermano cuanto quisiera. ¡Lo

estaba deseando!

Ajeno a todo aquello que estaba sintiendo, Chadburn se echó a reír.

—Espero que mi hijo no la haya importunado mucho, lady Elizabeth.

—En absoluto. Es todo un caballero.

—Es usted muy amable. Gracias. —Lizzie asintió, aún sin sonreír. Chadburn hizo un gesto hacia la salida, donde estaba apareciendo su coche, con otro conductor—. Ahora, si me disculpan, tengo que marcharme. Esta noche doy una fiesta y todavía queda mucho trabajo por delante. Me encantaría que viniera —repitió, esta vez en beneficio de Lizzie—. Ya he invitado a lady Harriet, y por supuesto, usted, y sus hermanas serán bienvenidas, además de su familia y amigos. Incluido el arisco Rutshore.

—Rutshore no es arisco —protestó Lizzie, leal como siempre—. Aunque a veces es un poco testarudo.

—Será eso. —Chadburn sonrió cordial—. Venga esta noche, lady Elizabeth, y, para ganarme su perdón, dejaré que se ponga la corona de una reina que gobernó hace más de dos mil años.

Lizzie le miró con renuente interés.

—¿En serio?

—Se lo prometo. —Apoyó una mano en el hombro del muchacho—. Despídete, Howard.

—Hasta pronto, lady Harriet, encantado de haberla conocido —dijo el muchacho, con una inclinación muy educada, una despedida que ella no pudo corresponder, porque no le salían las palabras. La que le dedicó a Lizzie, además, fue galante—. Lady Elizabeth, ha sido un verdadero placer.

—Hasta pronto, lord Howard —dijo Lizzie al muchacho. Chadburn sonrió.

—Gracias por todo. Espero verlas esta noche.

Se alejaron, padre e hijo, seguidos de su doncella y su criado árabe. Ellas les miraron unos momentos.

—No sé qué pensar —murmuró Lizzie—. Aunque no sé de qué me sorprende, porque es algo que me pasa muy a menudo. —Harry sonrió. La besó en la mejilla. Sorprendida, Lizzie se llevó una mano al lugar, feliz—. ¿Y esto?

—Porque eres maravillosa, Lizzie. Ojalá todo el mundo fuera tan sincero como tú, cariño. Yo tampoco sé qué pensar. Es un hombre extraño. —Apretó

los labios. ¡Se sentía tan rara! Emocionada, mucho, y a la vez aturdida, como si tuviera la cabeza llena de algodón—. Me da algo de miedo.

—¿Qué hacemos ahora?

Harry se lo pensó un momento.

—Tengo que hablar con Rutshore. —Pese a todo, seguían siendo aliados en la búsqueda del dragón, así que quería avisarle de lo de la fiesta. Dudaba que le gustase la idea, pero era una ocasión demasiado buena como para desperdiciarla—. Vamos al museo. Supongo que estará allí.

—¿De verdad? ¡Genial! Nos habían prohibido ir hasta la inauguración. ¡La rabia que le va a dar a Lettie!

Volvieron al coche y se dirigieron hacia el museo Rutshore. Harry no había estado allí, y le encantó ya desde lejos. Era un edificio precioso, de líneas clásicas, grandes cristaleras de arcos góticos y paredes de granito dorado de Bath. El jardín era grande y estaba lleno de rosales de distintos colores. Un camino de grava blanca lo atravesaba desde las grandes verjas, y se abría en una plazoleta en su entrada principal, en cuyo centro había una bellísima estatua en bronce de Clío, musa de la Historia, hija de Zeus y Mnemósine. El camino seguía por los laterales del edificio.

Siguiendo las instrucciones del guardia de la puerta principal, Bullock condujo el vehículo hacia la parte de atrás del edificio, donde había una pequeña explanada. El coche de Rutshore estaba allí aparcado, y su caballo se encontraba acomodado en una pequeña cuadra. También había bastantes montones de cajas y dos carros. Mientras Harry, Lizzie y Thelma bajaban al suelo, Barns, el cochero de Rutshore, salió a recibirlas por una puerta trasera.

—Lady Harriet, qué sorpresa. Lady Lizzie. —Lanzó una mirada rápida a la doncella—. Señorita Thelma...

—Señor Barns...

Algo en aquello le llamó la atención. De pronto, Harry estuvo segura de que parte de la luminosidad de Thelma se debía a Barns. Sonrió para sí, un gesto que sintió agrídulce. ¡Qué cosas tenía la vida! Esperaba que, al menos ellos, tuvieran una oportunidad.

—Necesito ver a lord Rutshore. ¿Está ocupado?

—La verdad es que sí, lleva todo el día de muy mal humor, dando órdenes y moviendo cosas viejas de un lado para otro. —Harry notó que Lizzie la

miraba de reojo. Hizo una mueca de circunstancias—. Reconozco que, yo, hace rato que me escapé, así que no sé exactamente en qué está ahora. Pero vengan, preguntaremos al señor Cabanon, su secretario. Por muy ocupado que esté, seguro que encuentra unos minutos para ustedes.

—Muchas gracias.

Entraron en el edificio por la misma puerta por la que había salido Barns, en una zona de empleados y de carga y descarga. Cruzaron un pequeño pasillo, con un mostrador que daba a lo que parecía la habitación del guardia. De hecho, allí había un hombre bastante fornido, firme hasta casi parecer militar.

—Tranquilo, Larry. —Barns señaló un libro de registros abierto sobre el mostrador—. Anota, son lady Harriet Waldwich y lady Elizabeth Keeling. Vienen a ver a lord Rutshore. —Él siguió, sin detenerse—. Por aquí, por favor.

Continuaron por el pasillo, subieron unas escaleras y cruzaron una puerta.

Toda la parte de la entrada trasera había mostrado un acabado y una decoración más que correctos. Aunque estuviera destinada a los trabajadores, y al movimiento de cajas, estaba construido con buenas maderas, techos muy blancos y suelos de baldosas de un gris suave y, por tener, todas las ventanas tenían sus cortinas.

Pero, al pasar aquel umbral, de pronto, todo cambió; se volvió lujoso, resplandeciente y tan bello que durante un momento se quedaron con la boca abierta. Suelos alfombrados de lado a lado, paredes alternando zonas pintadas o empapeladas con elegantes diseños y hermosas escayolas en los techos, de los que colgaban grandes lámparas de araña, con infinidad de cristales.

Iluminación a gas, como pudieron comprobar.

En la gran sala central, había un sarcófago enorme, de madera policromada. Distintos carteles y estatuas, dispuestos alrededor, hacían pensar que se trataba de alguna dama egipcia.

Recorrieron un pasillo hacia otras escaleras; cada poco, a los lados, se abrían umbrales a salas amplias, muy luminosas. Todas contaban con aparadores de cristal, armarios de exposición, de distintos tamaños, siguiendo sus paredes. El centro hubiera quedado despejado de no ser por las grandes mesas con cubierta también de cristal, a través de las cuales se veía una

multitud de pequeños objetos de aspecto muy antiguo.

—¡Qué bonito! —decía Lizzie cada poco, alternándolo con un—: ¡Oh, qué preciosidad!

—La colección Rutshore del antiguo Egipto es una de las más importantes de Inglaterra —se jactó Barns, como si él mismo perteneciese a la familia—. Lo que, a su vez, significa que es una de las más importantes del mundo.

Subieron por otras escaleras y llegaron a un vestíbulo amplio. A la izquierda, había más salas con expositores; a la derecha, un pasillo con grandes puertas. Barns llamó a una de ellas. Abrió y se asomó.

—Señor Cabanon, lady Harriet Waldwich y lady Elizabeth Keeling están aquí para ver a lord Rutshore.

—Que pasen —oyeron. Barns les cedió el paso.

—Yo vuelvo abajo, con Larry —dijo, mientras se encaminaba de vuelta a las escaleras. Le lanzó una sonrisa a Thelma—. Cabanon me avisará o las acompañará personalmente cuando tengan que irse.

—Gracias, Barns.

Entraron a un despacho amplio, con un gran escritorio, una pared llena de archivadores y varias sillas, para las visitas. Tras el escritorio, un joven moreno, muy atractivo, trabajaba con varios libros de registro y un montón de documentos. Parecía estar realmente ocupado. Harry se preguntó si estaría maldiciendo interiormente por la interrupción.

—Buenas tardes —les dijo, sin embargo. Sonrió y se puso en pie—. Soy Mark Cabanon, el secretario de lord Rutshore. Me temo que ahora mismo está atendiendo una visita. Esperen un momento, por favor. Tomen asiento. ¿Desean tomar algo? Puedo hacer café o té, o quizá prefieran una copa de oporto o madeira.

—No, yo no, gracias —dijo Harry, y las demás también declinaron el ofrecimiento. Quizá no había sido buena idea presentarse así, de semejante modo—. Pero, si está ocupado, podemos irnos y...

La puerta del despacho se abrió. Del interior surgió una jovencita rubia, menuda, de aspecto agradable, seguida de un hombre bastante alto, frente despejada y grandes bigotes. Por alguna razón, pensó en una oveja y su pastor. Los dos se sorprendieron al verlas allí, aunque no tanto como Edward, que salía el último. Las miró asombrado.

—¡Hola! Qué sorpresa. —Las besó a ella y a Lizzie en la mejilla—. No sé si se conocen... El conde de Wallis y su hija, lady Emma. Ellas son lady Harriet Waldwich y lady Elizabeth Keeling.

De aquella breve presentación, todos pudieron sacar muchas conclusiones. Por ejemplo, que lady Emma había oído hablar de las alegres andanzas de lady Harriet y que no la hacía especialmente feliz tenerla delante; que al señor conde tampoco le agradaba nada la obligación de tener que saludarla educadamente, cuando hubiese preferido decirle unas cuantas cosas más desagradables pero mucho más sinceras; que lady Harriet hubiese deseado estar en cualquier otro lugar, haciendo cualquier otra cosa más divertida, pero que, ya que estaba allí, quería dejarles claro que no tenía por qué aceptar que la mirasen con reprobación.

Y, para terminar, que lady Elizabeth Keeling era, ciertamente, un alma muy pura.

—¡Oh, sí que he oído hablar de usted, lord Wallis! Es el caballero que pone desinteresadamente mucho dinero para que el museo Rutshore tenga tantas cosas. ¡Es usted muy generoso, señor!

—Gracias —replicó el hombre, sin querer entrar en más detalles. Miró a Edward—. Ya hablaremos, lord Rutshore.

—Por supuesto. Gracias por venir, milord. Lady Emma... —le dijo a ella, inclinándose para besar su mano. Harry tuvo que contenerse para no darle un buen pescozón. Al fin y al cabo, ya ni tenía derecho, si es que alguna vez lo había tenido. El conde y su hija salieron. Edward se volvió hacia ellas, perplejo, pero también algo ilusionado—. ¿Qué hacéis aquí?

—Mirar cosas —dijo Lizzie—. ¡Esto es precioso!

—Gracias, Lizzie, cariño —replicó él. Acarició su mejilla—. Comentarios así hacen que todo el trabajo esté mereciendo la pena. ¿Y tú, Harry? ¿También has venido a ver el museo?

—No. Tengo que hablar contigo —replicó, tiesa. Edward dudó.

—Pues mi despacho está hecho un auténtico caos ahora mismo.

—No importa, no te preocupes. Si ha servido para la hija del mismísimo conde de Wallis, servirá para mí. —Edward apretó los labios—. Solo será un momento.

Él asintió.

—Muy bien. Mark, por favor, enseña el lugar a lady Lizzie.

—Por supuesto. Encantado. —El secretario volvió a dejar sus papeles y se puso en pie. Si las odiaba por todas las interrupciones, lo disimulaba muy bien. Sonrió ampliamente a Lizzie, que se quedó mirándole embobada—. Por aquí.

—Thelma, ve con ellos.

—Muy bien, milady —asintió la muchacha. Mientras salía, Lizzie le lanzó una mirada cómplice. Iba feliz.

Entraron en el despacho de Rutshore. Aquel lugar sí que era enorme, con techo alto, paredes revestidas de madera y todo un lateral ocupado por grandes ventanales y la salida a la balconada frontal del edificio, por donde en esos momentos irrumpía con fuerza la luz de la calle, aunque también tenía grandes lámparas de araña, para las horas de oscuridad. El escritorio, de brillante madera de roble, tendría unos dos metros de ancho; el sillón, también de la misma madera, era grande, acolchado en cuero, igual que las sillas, algo más pequeñas.

Un tresillo frente a la chimenea y las grandes estanterías y archivadores, todo en la misma madera tallada que la mesa, completaban el mobiliario.

Y era verdad que, en esos momentos, estaba lleno de trastos, con cajas por todas partes y un buen montón de papeles sobre el escritorio. Se suponía que iba a ser un lugar elegante y bonito, un rincón agradable en el que trabajar y recibir las visitas, pero todavía tenía que terminar de decorarlo, y lo había dejado para el final, porque no corría tanta prisa como otras zonas del museo.

Por eso, libros, mapas, y piezas antiguas de piedra, metal o barro, de distintas épocas y culturas, se amontonaban por todas partes, sin mayor orden ni organización. Edward quitó de una silla una pila de papeles coronada por el busto de un supuesto escriba y puso cara de circunstancias.

—Lamento que lo veas así. El día de la inauguración estará perfecto. En ese rincón va una estatua de Thot, el escriba, y tengo seleccionados varios cuadros para las paredes, que todavía siguen en el almacén. —Se rascó la nuca—. Ahora mismo, me cuesta mucho mantener el orden. Los objetos y los papeles se me amontonan por todas partes.

—No pasa nada —respondió, desabrida. Ni siquiera se tomó la molestia de encogerse de hombros—. No voy a sentarme.

Se quedaron así, un par de segundos. Él sonrió tentativamente.

—De todos modos, ahora que estás aquí, sí que siento que este museo es un lugar perfecto.

—¿Me estás llamando antigualla?

—¡No! —Frunció el ceño—. Te estoy llamando tesoro. Eres preciosa, estás preciosa, Harry. Está claro que no acierto con mis bromas.

Ella se sintió muy triste con la situación.

—Lo mío también era una broma.

Edward cerró los ojos. Volvió a abrirlos.

—El conde ha venido a tratar un asunto financiero. De vez en cuando trae a su hija, simplemente porque le gusta el arte. No es...

—Imagino para qué la trae, y no tiene nada que ver con el arte. Pero, tranquilo. No es cosa mía.

—Por Dios, Harry. —La miró, con un gesto de impotencia—. ¿No te das cuenta de que nada de esto tiene sentido? ¿De verdad no te vale con tener mi corazón en un puño? Tú sabes que te haría el amor ahora mismo, aquí mismo... —Señaló un sofá casi oculto bajo pilas de cosas—. Te lo haría en ese mismo sofá si no estuviera lleno de trastos. Incluso con ellos.

—No me cabe duda. Pero creí haberte dejado claro que no me interesa esa clase de relaciones.

—Hablas así porque no lo entiendes. —Apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia ella—. ¿Acaso quieres que me arruine? ¿Quieres que acabe en la cárcel de Marshalsea o, peor, viviendo de la caridad en Gysforth House?

—Harry parpadeó, sorprendida—. Porque eso es lo que pasará, si acepto tus condiciones y desbarato los planes de Wallis. Él ha puesto mucho dinero en esto, muchísimo, pero lo ha hecho pensando en un título de marquesa para su hija. Si ahora le digo que me quiero casar con otra mujer...

—¿Qué?

—Me hundirá. Totalmente. Puede hacerlo. —Se llevó una mano a la sien. Harry se preguntó si le dolía la cabeza. Su voz sonó profunda, desesperada—. No me hagas elegir, Harry. Por favor, te lo ruego. No me obligues.

Harry inspiró profundamente. Podía entender su problema pero, en definitiva, seguía siendo lo mismo: no la amaba lo suficiente como para afrontarlo todo. O quizá era cierto, y ella la que estaba siendo egoísta,

anteponiendo unos principios a su amor, pero daba igual. Nadie podía recriminarle que no quisiera estar con un hombre que tenía previsto casarse con otra.

—No he venido a hablar de eso —murmuró, apenada—. No creo que tenga solución, pero en todo caso, ya lo trataremos en otro momento.

Quizá esperaba haberla convencido, porque no le gustó escuchar eso. Frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Como te dije anoche, podemos no ser amantes, pero sí seguimos siendo aliados. Al menos, por mi parte no hay ningún obstáculo. —Dudó, pero tenía que soltarlo. Para eso había ido allí—. Esta noche, Chadburn da su fiesta.

—¿Eh? —Sorprendido por el cambio de tema, Edward parpadeó—. Ya lo sé, yo mismo te lo comenté. ¿Y qué?

—Me ha invitado.

—¿Cómo que te ha invitado? Me dijiste que no habíais hablado de ello...

—He estado con él, hace un rato, en Hyde Park. Casualmente, Lizzie y yo estábamos por allí. —No podía decirle la verdad. Si lo hacía, acabaría teniendo que hablar de la historia de Andrew—. Él estaba con su hijo. Nos ha invitado.

Edward se lo pensó unos momentos. Seguramente le parecía muy sospechoso el encuentro, aunque tampoco podía descartar la mera casualidad.

—Bueno, ¿y qué? ¿Dónde está el problema? A mí me manda invitación cada año, pero nunca voy.

—Yo tengo que ir.

—¿Para qué?

No podía contarle la verdad. No era que no confiase en Edward, pero no era un asunto que tuviese que ver con él. Además, lo había prometido. Y si llegaba a ocurrir algo, si se le escapase a Edward por ahí, aunque fuera por pura casualidad, quizá Chadburn se negase a llegar a algún acuerdo. Tenía en su mano impedir que volviese a ver nunca más a su hermano. La idea le pareció terrible. No iba a arriesgarse.

Le dio la otra razón importante.

—Porque me consta que está relacionado con «El dragón». Chadburn sabe quién es, estaba con él aquella tarde. Intentaré colarme en su despacho y

echar un vistazo. Seguro que, en algún sitio, guarda información sobre ese tema. Puedo confirmar que es lord Kennerath o descubrir su auténtico nombre.

Él la miró con ojos muy abiertos.

—Estás loca.

—No. Estoy desesperada. ¿Cuánto tiempo llevo ya en Londres? Y no avanzo nada, Edward. Voy a ir esta noche y voy a intentar moverme por la casa y buscar toda la información posible.

—Ja. Ni soñarlo. Si tan empeñada estás, lo haré yo.

Harry frunció el ceño.

—¿Y eso?

—¿No está claro? Es peligroso.

—Ya lo sé. Pero la idea se me ha ocurrido a mí.

—Esto no es una competición sobre a quién se le ocurre qué y cuándo, amor mío. No voy a permitir que te pongas en una situación tan comprometida. Si me descubren a mí, tendré unas palabras de más con Chadburn, pero no será nada fuera de lo habitual, no llegará la sangre al río. Pero, si te pillan a ti, pueden tirar por tierra tu reputación.

—No me importa mi reputación.

—Cualquiera lo diría, visto cómo te tomas la posibilidad de ser mi amante.

Harry apretó los puños.

—Está claro que no entiendes nada. Y no sé de dónde sacas que tienes derecho a darme órdenes.

—Harry... —Él apretó los labios. Seguro que tenía otra idea en mente, pero soltó algo para apaciguarla—: Te necesito en el salón, entreteniéndole.

Eso tenía cierta lógica. Claro que, también podría decirle que podían cambiar las tornas, y entretenerle él. Pero conociéndole, no mantendrían más allá de un par de frases. Luego, o se separaban o empezaban una pelea a puñetazos. Ella podría darle conversación durante horas.

—Está bien. Nos vemos en Chadburn House.

CAPÍTULO 14

Después de marcharse Harry y Lizzie, Edward siguió trabajando en el museo, intentando olvidar la rabia y la frustración, y recuperar las horas perdidas.

Resultaba difícil, lo uno y lo otro. Había estado demasiado tiempo lejos y se habían acumulado muchas tareas pendientes. Para empeorarlo todo, estaba aquella discusión con Harry, que no le dejaba ni vivir, consumía prácticamente todos sus pensamientos. Y ahora, además, tenía la famosa fiesta de Chadburn para poder darle más vueltas a la cabeza.

Odiaba la idea de ir y soportar ver cómo aquel idiota enseñaba piezas de su colección, igual que un cazador alardeando de piezas de caza. «Esto es lo que he robado, de la historia de los seres humanos. ¡Ahora solo me pertenecen a mí!», era lo que insinuaba todo aquel espectáculo, aunque se disfrazase como el éxito de un gran hombre. Disfrutaba sintiendo la admiración y la envidia, quitando y poseyendo. Y siempre había idiotas dispuestos a aplaudir esa clase de actos, simplemente porque aspiraban a poder hacerlo también, en algún futuro.

No le apetecía nada ir, pero Harry estaba empeñada. En cualquier otro momento, ya hubiera supuesto que no podría hacerle cambiar de opinión, y tal como estaba su relación en ese instante, mejor ni intentarlo. ¡Si casi habían discutido porque no quería que deambulase por ahí, registrando la casa! ¿Qué derecho tenía a darle órdenes, le había preguntado? Desde luego, solo el que ella quisiera darle, estuvo a punto de decirle, lo cual no le hubiese dejado mucho margen de negociación. Por suerte, se le ocurrió una buena excusa.

Para estar tan necesitado de concentración en su trabajo, fue un día lleno de

visitas inesperadas. Primero Wallis, luego Harry y, a la hora del té, Arthur. Se presentó tan oportunamente que le invitó a tomarlo en un lugar de moda, una chocolatería que quedaba muy cerca, al final de la calle. Era una de las grandes bazas de la localización del museo Rutshore, el hecho de que los visitantes antes o después pudieran ir hasta allí a tomar un té o un buen desayuno, aunque Edward tenía en mente poner algún día un salón de té en el propio museo, si le era posible.

Mientras tanto, «Noble English Taste» cumplía bien su función. Decorado en blancos, dorados y cristal, no podía ser más elegante. Además, tenían un buen repostero, de los mejores de Londres, alguien que, además, tenía alma y talento de artista. Sus tartas, a veces auténticas obras de arte, simplemente desde un punto de vista estético, se alineaban en el mostrador, entre bandejas de pastas de aspecto delicioso. Si algún día ponía ese salón de té, Edward pensaba hablar con él, por si podía tentarle con un cambio de empleo y local.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó Arthur, mientras les servían.

—Bien. Aunque hubo momentos en que llegué a dudarle, estará todo listo para la fecha prevista.

—¿Y va a ser tan espectacular como lo que organizó aquel gigantón en el Egyptian Hall de Piccadilly? El día que te acompañamos Gysforth y yo... ¿Cuándo fue eso? ¿En el veintidós?

—En mil ochocientos veintiuno. Y el gigantón se llamaba Giovanni Belzoni. Murió de disentería en la aldea de Gwato, en Nigeria, en el veintitrés.

Arthur le miró asombrado.

—Sabes un buen montón de cosas inútiles, amigo mío. —Edward se echó a reír—. Sí, ese Belzoni. Fue todo un espectáculo. Con todo aquello que levantó, ambientado en Egipto...

Edward asintió. Lo recordaba bien. Giovanni Belzoni decoró el lugar al más puro estilo egipcio, incluso construyó con moldes una copia de la cámara funeraria de la tumba de Seti I. No reparó en gastos, ninguno. Incluso iluminó una zona de la exposición con luz de gas, algo que, en la época, era totalmente novedoso.

—No era un mal tipo, y le debemos grandes hallazgos, aunque tuve mis desencuentros con él. —Edward sonrió para sí, recordando el forcejeo que

tuvo con Belzoni, en el interior de la pirámide de Kefren. Belzoni no tuvo mejor idea que poner su nombre y la fecha en una de las paredes del corredor. Dos de marzo de mil ochocientos dieciocho. Mientras existiera la pirámide, nadie lo olvidaría. ¡Maldito idiota! En todo caso, no fue buena cosa pegarse con él. Perdió, como era de imaginar—. No puede uno ir por ahí abriéndose camino en las ruinas con un ariete, ni escribiendo su nombre por las paredes. Pero es algo que nunca entendió.

—¿Eso hizo? Bueno, si no recuerdo mal, era alguien que hasta trabajó en el circo para poder vivir.

—Así es. De forzudo.

—¡De forzudo! ¿Ves? Ese sí es un dato importante, que merece ser memorizado.

Edward se echó a reír.

—Supongo... Quizá por eso lo hacía todo a lo grande y le gustaba el espectáculo, lo cuidaba.

—Desde luego. Te juro que nunca olvidaré ese día, cómo quitó la venda de una momia, en una puesta en escena... turbadora. —Edward agitó la cabeza, recordando el cuerpo escuálido, los huesos consumidos, de algún hombre anónimo que intentó prepararse para la eternidad—. Pobre desdichado. ¿Vas a hacer lo mismo con tu sacerdotisa?

—Ni loco. Respetaremos la intimidad de la dama. A menos que aprendamos a ver sin tocar la superficie, lo que haya en el interior de los vendajes, va a quedarse en secreto para siempre.

—Bien dicho. Es lo que debería esperarse de cualquier caballero. Y, sin embargo, ya ves, en aquella inauguración estuvo presente lo más selecto de la sociedad de Londres. ¡Y cómo aplaudían! Tuvo un éxito enorme.

—La gente tiene un lado malvado. Ya somos lo bastante mayores como para saberlo.

—Sí. A mí no me tienes que convencer de eso. —Dio una vuelta al té con la cucharilla—. ¿Sabes algo de los Black?

Edward contuvo una mueca. Ahí estaba, por fin, la razón de aquella visita por sorpresa. El tema de Minnie se estaba convirtiendo en una auténtica obsesión para Arthur. Antes, al menos, intentaba disimular, hacer como si lo hubiera olvidado, pero ya ni se molestaba. Era como si le diera miedo que el

paso del tiempo le alejara para siempre de ella.

—Todavía no tengo noticias, lo siento. Pero sé que Dora se ocupará de que sir Sylvester nos ayude.

—Bien. —Chasqueó la lengua—. Perdona, sé que insisto demasiado. Estoy impaciente.

—No te preocupes. Lo entiendo.

Arthur asintió.

—¿Crees que estará bien?

—¿Minnie? —No se atrevió a mentir—. No lo sé, Badfields. Pero han pasado muchos años —añadió, al ver que se quedaba pensativo—. Theodora me preguntó si estábamos seguros de querer encontrarla, a estas alturas.

Arthur arqueó una ceja.

—¿Por qué no íbamos a querer?

—Supongo que se refería a su situación, a todo lo que le habrá pasado. A que ya no será... la joven que era.

—Que no será virgen. A eso te refieres.

—Bueno, sí... Bien sabes lo que eso significa, en nuestra sociedad. Una posible reaparición de Minnie provocaría una auténtica conmoción en Londres. Se hablaría de todo... y sobre todo, *de eso*. Se especularía en calles y salones y se trataría de descubrir qué ha pasado y cómo.

—Lo sé. Pero tiene a su familia y no le faltará un marido que...

—A Minnie no le faltaría un marido, porque es la hija de quien es, pero sabes tan bien como yo que tendrá que conformarse con alguien de menos importancia y siempre estará la sospecha de que haya sido deshonrada. O mucho me equivoco, o el pobre individuo tendría que soportar más de una burla. Y sabes tan bien como yo lo que eso significaría para toda tu familia.

Hablaba de Minnie, pero pensaba en Harry. En lo que hubiese sido para ella aparecer en boca de todos como la amante del marqués de Rutshore. No, a ella no le hubiesen importado las habladurías, ni que la hicieran de menos en fiestas. Le hubiera dado igual que las matronas la mirasen con reprobación o que las damas jóvenes se apartasen a su paso. Era lo bastante fuerte como para ignorar todo eso. A ella solo la hubiese destruido verle del brazo de otra.

Pero a él sí le hubiesen importado los rumores, comprendió de pronto. Solo imaginar que la hubiesen despreciado así, le consumía la ira.

«Estoy perdido», pensó. Las cosas no iban a ser de otro modo porque él quisiese tenerlo todo, sin necesidad de elegir. Debía aceptar de una vez que se había enamorado y que su vida no tenía sentido sin la compañía diaria de Harry, sin su risa, sin el desafío de sus conversaciones, sin su cuerpo cálido en su cama...

Y eso pasaba por formalizar su relación.

Por el riesgo de ruina.

—¿Estás bien? —le preguntó Arthur, sorprendido por su silencio. Quizá le había dicho algo y no le había oído.

—Sí, perdona. Tengo la cabeza llena de problemas.

—Y yo vengo a complicarte la vida con los míos. Lo siento. Pero, respecto a eso, te diré que me importa bien poco lo que haya pasado, siempre que Minnie siga bien.

Edward asintió.

—Sí, claro, lo entiendo. Yo pienso igual, y ojalá logremos encontrarla. Sencillamente, tengamos en cuenta que, en todo caso, no será la misma.

—Yo tampoco. Nadie. —Cierto. Qué distintos eran ellos mismos de los niños que aprendieron a nadar en Sleeping Oaks—. Mírate tú. Convertido en un aguerrido buscador de tesoros.

—Me halagas, pero me limito a comprar cosas en subastas o museos, o marchantes de arte. Raramente cojo siquiera una pala para conseguir lo que busco. Apenas me mancho los zapatos de arena.

—Supongo... —Arthur le miró de un modo extraño. Edward se preguntó si sabría algo de su vida de aventuras. Intentó disimular.

—Qué le vamos a hacer, se ha puesto de moda lo oriental. Hay que aprovechar, para recaudar fondos para excavaciones o investigaciones. Al fin, tenemos que darle las gracias a Napoleón Bonaparte por algo.

—¿A Bonaparte?

—Sí. Por su célebre expedición a Egipto, en mil setecientos noventa y ocho. El grupo de Napoleón contó con ciento cincuenta eruditos y artistas que plasmaron su excelente trabajo en la célebre *Description de l'Égypte*, publicada en mil ochocientos nueve.

—No la conozco.

—Ya. Pero te gustaría. Yo tengo una copia en casa y otra en el museo,

cuando quieras te la enseño. Fueron más de tres mil grabados, preciosos de verdad, y supusieron el inicio de una auténtica fiebre egiptológica en toda Europa.

—Ah, entiendo. Supongo que se basa en el principio más elemental del ser humano: lo que no sabes que existe, no lo deseas.

—Exacto. Egipto se mostró al mundo. El lado malo es que, de pronto, los canallas de siempre descubrieron que había tesoros milenarios escondidos en sus arenas, y todo se descontroló. Desde mil ochocientos quince, es el campo de batalla de los cónsules de Inglaterra y Francia, Henry Salt y Bernardino Drovetti, que tienen agentes por todas partes, como Belzoni. Eso sin contar con independientes como Chadburn, con buscadores a su servicio, como los Black. Todos ellos rapiñan cuanto pueden, por todos lados, para museos o colecciones privadas.

Arthur se encogió de hombros.

—Demasiada información para mí. Sabes que nada de eso me interesa demasiado. Aunque reconozco que Egipto tiene que ser... pintoresco.

Edward se echó a reír.

—Menudo término. Pero sí, es pintoresco... además de precioso. Tienes que venir conmigo alguna vez.

—Claro.

Se quedaron en silencio. Arthur contempló su taza de té, como si pudiese leer en ella su destino. Y no debía ser un buen augurio.

—¿Qué te ocurre, Arthur?

—Tengo una pista.

—¿Una pista?

—Acerca de quién es rey del Londres nocturno.

—Oh. —El famoso rey del Londres nocturno, el hombre que supuestamente controlaba la delincuencia y los rincones más oscuros de la ciudad. Ya le había oído mencionarlo alguna que otra vez—. ¿Y quién es, si puede saberse?

—No... mejor no. Solo tengo una pista. O, quizá, una intuición. Dime, si para conseguir avanzar en el caso de Minnie, tuvieras que actuar al margen de la ley, ¿qué harías?

Edward le miró sorprendido.

—¿Cómo cuánto al margen?

—*Muy* al margen. —¿Qué estaría pensando hacer aquel loco? Aunque recordó que él mismo pensaba ponerse a registrar sigilosamente la mansión de Chadburn—. Responde.

Edward chasqueó la lengua.

—Pues hacerlo, claro —reconoció—. No lo dudaría lo más mínimo.

—¿Y si, además fuera inmoral?

—¿Cómo cuánt...?

—*Muy* inmoral.

—Me estás asustando. —Pensó en Minnie. Imaginó que fuera su hermana. Imaginó que fuera Harry—. Pues hacerlo, claro. Hacerlo sin mirar atrás, sin importarme ningún código, escrito o no. Cuando está en peligro alguien que amas, no hay límites posibles. Ni siquiera la propia vida, mucho menos el honor o las leyes.

Arthur asintió. Nunca le había visto una expresión tan dura y determinada.

—Eso quería oír, gracias. —Se puso en pie—. Debo irme.

—¿Adónde? —preguntó sorprendido. Ni siquiera se había acabado el té.

—A iniciar ciertas gestiones. —Algo divertido cruzó su mente, porque sonrió—. Es posible, además, que todo esto me sirva para cumplir mi propia apuesta.

—¿Apuesta? Ah. ¿Vas a invitar a pasear en barca al rey del Londres nocturno?

—No, a él no. —Y se marchó.

Edward suspiró y terminó de tomar el té tranquilamente. Al pagar, se dio cuenta de que tenía un papel doblado en el billetero. Lo sacó, y vio el dibujo de un corazón atravesado por una flecha y un «je t'aime».

Harry...

Lo debió poner ella, el último día en Finish Street. Edward tragó saliva. Casi sintió esa flecha atravesando su propio corazón, del dolor intenso, físico, que experimentó al verlo. Algo que presionó su pecho y le hizo apretar los dientes con fuerza, para evitar un sollozo.

Oh, demonios, quería a esa mujer. Intentaba mostrarse dura, parecer indiferente a todo, pero... ¡resultaba tan entrañable!

—¿Está bien, milord? —le preguntó el camarero. Edward asintió, guardó de nuevo el corazón, abonó la cuenta y regresó al museo. Pidió a Cabanon que le

avisase con tiempo para poder ir a casa a cenar y cambiarse para la fiesta, y siguió trabajando el resto de la tarde. Le costó centrarse, porque Harry estaba dentro de su cabeza, empeñada en recriminarle lo canalla que había sido, intentando convencerla de que se conformase con un puesto de segunda clase en su vida, pero luego las horas se le pasaron volando.

Estaba tan concentrado organizando un listado de objetos, que, cuando entró Cabanon, se sobresaltó.

—Milord, me pidió que le avisase a las ocho en punto. Tiene usted que asistir luego a una fiesta. Barns está preparando ya el coche.

Edward consultó el reloj.

—Ah, sí, gracias. —Se puso en pie. Casi tiró una pila de papeles que tenía a un lado. Qué cruz. El caos estaba empeñado en devorarlo—. Ahora mismo salgo.

Cerró el libro y abrió el cajón para meterlo. A un lado, estaba el envoltorio con el sistro. Harry se lo había entregado por si podía conseguir información de sus jeroglíficos y, también, por si deseaba añadirlo al museo, algo que haría encantado. Era una buena pieza de colección.

Champollion le había enviado el texto traducido: una invocación a los dioses, a la diosa Hathor en concreto, algo habitual, nada inesperado.

Lo sacó y lo volvió a examinar, recordando los momentos vividos en Finish Street. Sintió un absurdo deseo de llorar, como le había pasado en el salón de baile, cuando Harry le dejó. Qué estupidez, ya era un hombre adulto...

—Música, para el hombre adulto —murmuró, burlándose de sí mismo. Agitó el sistro, haciéndolo sonar. Qué ligero era. Ya se lo había parecido antes, pero nunca había recapacitado sobre ello. Demasiado, diría, para su tamaño, y estando fabricado en oro, con un mango tan grueso. Lo examinó con más atención, probando aquí y allá, y, de pronto, algo cedió.

Sorprendido, se dio cuenta de que el mango podía girar, el sistro no era una pieza entera, fija. Lo movió un poco más y se separó. En la juntura tenía alguna muesca, una rosca básica, y estaba hueco.

Y, dentro, había un papel enrollado.

—¿Qué demonios...? —murmuró, mientras lo sacaba y lo extendía. La letra era menuda y distinguida, y la tinta estaba algo apagada por el tiempo. Decía:

Henriette: allez voir le Père Benoît dans l'église Saint-Martin, à Canterbury. Il a quelque chose pour vous, utilisez-le pour vous défendre, si vous en avez besoin. Je t'aime. Maman.

Edward tradujo sobre la marcha:

Henriette: ve a ver al padre Benedict en la iglesia de San Martín, en Canterbury. Tiene algo para ti, úsalo para defenderte, si lo necesitas. Te quiero. Mamá.

La releyó un montón de veces, asombrado. ¡Lady Miranda le había dejado algo a su hija! ¿Quizá algo que pudiera explicar su muerte? ¿Qué significaría ese «úsalo para defenderte, si lo necesitas»? Tenía que estar relacionado con los ataques de aquellos hombres. Harry querría saberlo, querría leer esa nota. Cuando la viera, quizá incluso le perdonara su comportamiento, de puro agradecida.

Se la llevaría a la fiesta. Y podían ir a Canterbury por la mañana, lo organizaría todo a primera hora. ¡Harry estaría feliz! Y él más, al verla así.

Más animado que en cualquier otro momento del día, dobló el papel y lo metió en uno de los bolsillos de su chaqueta, se puso el abrigo y el sombrero, cogió el bastón y salió al pasillo. Su secretario estaba todavía en su escritorio, trabajando.

Mark Cabanon era un joven moreno y bastante guapo, si tenía que hacer caso de la opinión de Lizzie, solo había tenido que verle la cara esa tarde para saberlo, pobre alma cándida. A él le parecía más importante el hecho de que también era muy culto, se manejaba con soltura en cuatro idiomas vivos y tres muertos, y disponía de una memoria excelente para cualquier dato histórico.

Edward le había conocido en Oxford, donde había estudiado y a cuya biblioteca seguía asistiendo, y, tras un par de charlas informales, no había dudado en contratarle, a principios del invierno anterior.

Desde entonces, nunca había tenido la más mínima queja de su trabajo. Lo único que le preocupaba, de hecho, era el que no parecía tener una vida propia, fuera de aquellas paredes.

—Debería irse a casa ya, Mark.

—Sí, por supuesto, pero antes quiero acabar esto. —Hizo un gesto hacia la

pila de documentos. A él tampoco le faltaban. Siempre había sentido una curiosa afinidad con Mark Cabanon, pero nunca tanta como en esos momentos. Por lo menos, aunque estuvieran peleados y hubiese que solucionar problemas, él tenía esa noche una cita con la mujer que amaba. El pobre Cabanon, que él supiera, vivía solo—. Pero no me llevará mucho, gracias milord.

—Muy bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Recorrió el edificio en sombras. Él también iba a tener iluminación a gas, como la había tenido Belzoni, pensó, sonriendo para sí. Y tendría a Harry. Le pediría que fuese su esposa, esa misma noche, en la fiesta de Chadburn.

Habría problemas, seguro, pero los afrontarían juntos. Por la mañana, visitaría a sus abogados y les diría que estudiaran su situación con Wallis, cómo podía reducir los daños de una posible ruptura. Y si tenía que pedir dinero prestado a James y a Arthur, se comería su orgullo y lo haría. El museo Rutshore no crecería al ritmo previsto, pero tendría a la mujer que amaba.

—Hasta mañana, Johns —le dijo al guardia del turno de noche, que estaría todo ese tiempo en su cabina. Las rondas quedarían a cargo de los otros cuatro guardias, que llegarían en una media hora. Dos por piso, era la idea, aunque Edward se preguntaba si no debería contratar alguno más. Ahora que ya estaba en el museo la mayor parte de la colección, había que empezar a extremar la seguridad.

—Hasta mañana, milord.

Salió por la puerta trasera. Estaba anocheciendo, de hecho, era casi de noche y se veía poco. Iba tan pensativo, dando vueltas a lo que Harry y él tenían que hacer en Chadburn House, que tardó unos momentos en darse cuenta de que no estaba su coche. Sorprendido, miró a los lados y lo descubrió varios metros a la derecha.

Barns era una forma oscura en el pescante, inclinada hacia el frente. Caminó hacia allí pensando que debía decirle que tuviera el carruaje preparado a primera hora de la mañana, para ir a Canterbury. Y debía enviar un criado por delante, para contratar alojamiento en alguna posada de camino, porque tendrían que hacer noche, seguro, a saber si dos. Dependería

de que carruaje llevasen, y de su velocidad.

Tenía que pensar en el bienestar de Harry, que viajase cómoda, aunque él hubiese ido lo más rápido posible. Quería estar de vuelta cuanto antes, no podía dejar más tiempo el museo a su suerte, ya iban muy justos...

Estaba casi junto al coche y Barns no se había movido. Qué extraño. Lo difícil en el muchacho era que se estuviese quieto y callado.

—¿Ocurre algo, Barns?

No recibió ninguna respuesta. ¿Quizá se había dormido? Edward frunció el ceño, mientras una alarma interior le decía que se pusiera en guardia, y cuanto antes. Dio media vuelta, para volver al edificio y pedir el apoyo de Johns, pero se topó de frente con un hombre lo bastante grande como para tumbarse encima de dos como él y aplastarlos sin mayor problema.

—No grite, milord —le advirtió con voz cavernosa—. No intente nada o tendré que partirle la cabeza como una nuez. —Hizo un gesto hacia el vehículo—. Suba al coche.

Edward le estudió intentando conservar la calma.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa. Suba.

Ni loco. Simuló que sí, pero solo para tomar ángulo y poder golpearle con el bastón como si fuera una espada, en una larga línea curva. El hombre no se lo esperaba, y recibió el golpe en plena boca, de la que saltó sangre y, seguramente, algún diente roto. A ese le siguieron un par de golpes más, en la sien, en el pecho y, finalmente, le lanzó una potente patada a los testículos. El matón se tambaleó y cayó de rodillas. Por muy grande que fuese, seguramente hubiese podido con él.

Pero no estaba solo.

Dos individuos surgieron de pronto por los lados y le sujetaron, cada cual de un brazo. Uno de ellos, el que mostraba una llamativa barba de chivo, le dio además un puñetazo. Se hubiese quejado, pero no tuvo ni tiempo. Supuso que había otro a su espalda, más que nada porque, casi de inmediato, sintió un fuerte golpe en el cráneo. No llegó a perder el conocimiento, pero sí que lo vio todo negro y durante un tiempo indeterminado no pudo reaccionar.

Le arrastraron al coche y le metieron dentro, sin mayores contemplaciones, por lo que cayó de bruces al fondo. Así descubrió que, tirado en el suelo,

estaba también el cuerpo de Barns. Esperaba que siguiese vivo.

—Ese, fuera —exclamó alguien—. ¡Vamos! ¡Vamos!

Uno de los matones abrió la otra portezuela, que le quedaba más a mano, cogió a Barns y lo tiró fuera.

—¡No! —exclamó Edward—. ¡Barns! ¡Johns!

No pudo decir más. Los hombres entraron con él, le golpearon a conciencia, le levantaron y lo sentaron como si fuera un muñeco. Se acomodaron uno a cada lado, el bruto grande enfrente, apuntándole con una pistola. Le dedicó una sonrisa ominosa en su boca ensangrentada, estiró una pierna y apoyó la bota en el borde del asiento de Edward, entre sus piernas, con un golpe rotundo. El mensaje estaba claro: si se movía, le devolvería el golpe en los testículos, y lo haría encantado.

El otro asaltante, el de la barba de chivo, si es que solo había uno más, debía estar llevando el coche, porque se puso en marcha de inmediato.

Durante los minutos siguientes, los hombres de los lados le cachearon a conciencia. Se quedaron con su cartera y con su reloj de plata, con el escudo Rutshore inscrito. Incluso encontraron la nota. La miraron sorprendidos y se la dieron al grandullón.

—Vaya, qué te parece. Aquí el erudito debe tener una amante francesa. Dicen que son muy calientes. —Rio, y el aire silbó entre sus dientes rotos, algo que no le hizo mucha gracia—. Venga, cuéntanos cómo te la follas y quizá salgas de esta mejor librado de lo que todos pensamos.

Edward entrecerró los ojos. Consideró meter en la conversación a las madres de todos los bastardos presentes, pero nunca le había gustado ese sistema de contraataque. Frunció el ceño.

—Devuélveme eso.

—Claro. Ahora mismo. —Se lo tendió pero, por supuesto, al intentar cogerlo, los otros no le liberaron los brazos. El tipo lo retiró, riendo—. Hay que reconocerlo, profesor, tienes cojones. Y pegas duro. Pero te has confundido a la hora de elegir adversario. Me has cabreado, y mucho. —Se introdujo la nota en la boca y la masticó—. Dime, ¿qué vas a hacer ahora?

No se lo pensó ni medio segundo, de otro modo quizá se hubiese estado quieto. Pero, cada cual era como era, y Edward jamás había podido soportar a los matones que alardeaban de valor mientras otros retenían a su presa. Se

apoyó en los dos que le retenían y lanzó una potente patada que alcanzó al gigantón en la sien. Cayó redondo, de bruces sobre el asiento.

—¡*Mecagüen* el puto maestro de escuela! —exclamó uno de los otros. Casi al momento, empezaron a golpearle.

Cerró los ojos y trató de olvidar lo que le estaba pasando.

CAPÍTULO 15

El trayecto duró cosa de tres cuartos de hora a buena marcha, primero por el centro de Londres, pero luego cada vez por zonas menos pobladas, hasta salir al campo. Finalmente, llegaron a una casa, una mansión en las afueras. El coche atravesó las grandes rejas del muro de piedra y se paró bruscamente.

Entonces, le sacaron a rastras y le llevaron a la parte trasera. Sus intentos de forcejear para soltarse resultaron totalmente inútiles. Trató de gritar, pero solo consiguió que le dieran otro puñetazo en el estómago, tan potente que le robó todo el aliento.

Le metieron por la trampilla de un sótano.

En una habitación oscura, húmeda y desangelada, que olía a algo que llevaba demasiado tiempo pudriéndose lentamente en algún rincón, le ataron con fuerza a una silla. Edward echó un vistazo, captando detalles. Estanterías con trastos de todo tipo, un par de cubos, una mesa, la silla, un candil colgando de la pared... Aparte de la trampilla había otra salida, una puerta al otro lado, también en lo alto de una escalera, y que posiblemente daba al interior de la casa.

—Listo —dijo uno de los hombres, apretando tanto un nudo que le hizo gritar. No contentos con eso, le aseguraron también los tobillos, uno a cada pata de la silla, con firmeza.

—¿Qué quieren? —preguntó, aturdido—. ¿Quiénes son?

—¿Todavía no te lo imaginas, pequeño hijo de puta? —replicó a su vez el de la barba de chivo, acercándose para darle una buena bofetada del revés, un golpe que hizo que viera luces en la oscuridad—. Vamos a ser tu peor pesadilla. Porque puede que de esta salgas con vida pero, por lo que le has hecho a Rob, te juro que tarde o temprano tú y yo nos vamos a ver a solas.

—Lo lamento, yo no fui quien empezó. —No era aconsejable, ya. Pero no pudo evitarlo—. Tu novio se puso impertinente.

—¡Serás cabrón! —Esta vez, recibió un puñetazo—. Te voy a...

—Alto. —Se oyó de pronto. Sin hacer caso, el tipo alzó otra vez el puño—. ¡He dicho alto!

El matón gruñó una maldición y se apartó. Jadeando, con el sabor de la sangre en la boca, Edward miró hacia la puerta que daba al interior. A media escalera estaba Chadburn, muy elegante, de hecho vestido para asistir a una fiesta. Un par de pasos más arriba, estaba Abdel, el egipcio, su fiel servidor. Traficante de esclavos, asesino a sueldo y ladrón, eran solo algunas de sus mejores cualidades. Se decía que Chadburn le había contratado para asesinar a una familia que vivía en una zona con buenos yacimientos arqueológicos y que había hecho tan buen trabajo, niños incluidos, que le ofreció un puesto a su lado. Desde entonces, era su mano derecha.

Una mano brutal, y siempre armada.

—Lo sentimos, milord —dijo uno de sus hombres—. Se suponía que era un ratón de biblioteca, pero no ha dejado de resistirse.

—¿Un ratón de biblioteca? ¿Rutshore? Idiotas. Os dije que era peligroso.

—Ya lo creo. Ha dejado fuera de combate a Rob. No conseguimos que se despierte. Si no le importa, llamaremos al matasanos.

—Por mí como si lo tiráis al río. Largo de aquí. ¡Ya!

Los matones se fueron de inmediato. Salieron por la trampilla, llevando con ellos al gigantón, que todavía no había logrado recuperarse del todo. Chadburn le dijo a Abdel en árabe que se fuese y él bajó lentamente los peldaños, mientras se miraban fijamente. Edward intentó mantenerse impassible, pero el otro debió oler su miedo, porque sonrió.

—No te preocupes tanto, Rutshore —dijo, simulando cordialidad. Cogió la cartera de Edward, que los matones habían dejado sobre la mesa, y la revisó. No cogió el dinero, pero revisó las tarjetas de visita—. No va a pasarte nada. Tengo más interés que tú mismo en que sigas con vida y presencias los acontecimientos de los próximos días.

—¿Qué significa esto? —Tosió. Sentía en la boca el sabor de la sangre—. ¿Dónde estamos? ¿En tu casa? No, no puede ser. Estamos en algún lugar a las afueras. ¿Una propiedad de la familia? ¿De algún amigo?

—Pero ¿qué es esto? Vamos, formalidad. —Se echó a reír—. No voy a contestar a nada. Las preguntas las hago yo. Te recuerdo que eres tú el prisionero.

—Vete a la mierda.

—Encantador, como siempre. Lo siento, Rutshore, pero esta vez gano yo. Y, por eso, vas a pasar una noche algo incómoda. Mis disculpas.

—¿Vas a dejarme aquí?

Chadburn puso cara de circunstancias. Se señaló a sí mismo, a su traje de gala.

—Tengo una fiesta. —Le guiñó un ojo—. Y hay una dama esperando.

Edward se tensó en la silla. Los nudos de las cuerdas se le clavaron en la carne.

—Ni se te ocurra acercarte a Harry... —le advirtió, con una voz que sonó amedrentadora. Lamentablemente, no pareció surtir efecto.

—¿O qué? —No hubo nada que decir, claro. Chadburn le clavó unas pupilas empapadas de odio—. La culpa de que estemos aquí, no es mía. Tuve muchas cuentas con tu padre, pero a ti pensaba dejarte tranquilo. Lamentablemente, no fue posible. —Se inclinó hacia él—. Nefer-Anjet-Ast. —susurró. La sacerdotisa. La tumba que habían encontrado los Black, y cuyo contenido él requisó—. Tú me quitaste algo mío, de modo que yo te quitaré algo tuyo. ¡Y cómo lo voy a disfrutar!

—¡No! —Forcejeó al límite—. ¡Maldito seas!

—Estate quieto, que vas a hacerte daño. Y no te apenes. No podrías tener mejor anfitrión. Ya ves, pese a estar muy ocupado, he tenido la deferencia de pasarme un momento a verte y, de paso, he traído un poco de la comida que vamos a degustar en la fiesta. —Alzó una mano—. No, no doy una cena, ya lo sabes, pero sí he pensado que estaría bien ofrecer en algún momento canapés de distintos tipos, algunas pastas... por si alguien siente hambre. Luego te las traerán, justo a medianoche, a la hora en que nos las van a servir a todos. Así, lo tendrás todo más presente.

—¡Chadburn! ¡No te atrevas!

—¿No? —Chadburn entrecerró los ojos—. Ese es tu problema, ¿sabes? Que nunca me has respetado. Nunca has tenido en cuenta que *yo me atrevo a todo*, Rutshore. A todo y más, sin límites. Pero no te preocupes, que yo me

encargo. —De pronto, le pasó la cartera por la cara, manchándola de sangre—. La lección de hoy, no la vas a olvidar fácilmente.

Subió otra vez la escalera y se fue. Edward no volvió a llamarle, ya estaba seguro de que no iba a servir de nada. Chadburn había perdido definitivamente la razón, así que, para salir, tendría que arreglárselas por sí mismo.

Sus ataduras eran demasiado firmes, el individuo que había hecho los nudos sabía lo que hacía. Su única oportunidad, sería romperlas por las bravas, algo que quizá pudiera conseguir, porque la cuerda era bastante vieja y estaba en mal estado. Tanteó con los dedos por el respaldo, sobre todo por el borde, rezando para encontrar alguna irregularidad. Tuvo suerte: sus dedos rozaron el saliente de un clavo. Era poca cosa, pero suficiente. Empezó a frotar con ganas.

No tardaron en dolerle los músculos de los brazos, por la posición y el movimiento, y también se estaba dejando la piel de las muñecas en el empeño, pero apretó los dientes y se obligó a seguir, sobre todo cuando, poco a poco, fue notando algún avance. Las ligaduras, que de puro ceñidas se le habían clavado en la carne hasta hacerle daño, se iban aflojando, mientras la cuerda se deshacía en hilos.

Un par de horas después, cuando casi lo había conseguido, se abrió la puerta que daba al interior y dejó paso a uno de los matones, el de la barba de chivo. Iba cargado con una bandeja. Había un vaso y un cuenco con algo que parecían... ¿gachas? O eso, o se trataba de una masa informe, llena de bultos, compuesta de a saber qué.

—Quizá tenga hambre, milord. —La colocó en la mesa. Edward lo miró con una ceja arqueada.

—No es por quejarme, pero creí haber oído hablar de unos canapés.

—Oh, sí. Auténticas delicias. —Se encogió de hombros—. Bueno, verás, hemos decidido que, tras la guerra que nos ha dado, mejor nos los comíamos nosotros. Pero no se preocupe, no se va a quedar sin cenar. Le hemos preparado unas gachas, muy nutritivas. —Rio, mientras daba vueltas a aquella pasta densa—. Hasta hemos escupido todos en ellas.

Para demostrar que no era mentira, tuvo el detalle de añadir otro lapo a la cena, y lo mezcló todo con esmero. Edward contuvo un gesto de asco.

—Caramba, qué amables. ¿Y va a darme usted mismo de comer?

—Claro. De hecho, voy a asegurarme de que se lo come todo.

Fue hacia él, con el plato en una mano y la cuchara en la otra. Como Edward dio un pequeño salto y consiguió deslizar la silla hacia atrás, el matón colocó una rodilla en su regazo, presionando para clavarle en el sitio.

—La verdad es que no tengo hambre —dijo Edward.

—Ja. Menuda sorpresa. Ya me lo imagino, hombre, pero vas a cenar. —Cogió una buena cantidad de aquella cosa y se la acercó—. Venga, vamos allá. Abre bien la boca. —Otro tirón de Edward, aunque lo único que consiguió fue que parte de la masa cayera sobre la pechera de su chaleco. El hombre lanzó una carcajada—. ¡Eh, eh! Quieto de una vez, puto cabrón. ¿Por qué sigues peleando? Te aseguro que te lo vas a tragar todo, por mis cojones.

«¡No, no, no!». Antes muerto que permitir que le metiera aquello en la boca. Edward apretó los dientes, tensó los músculos al máximo haciendo fuerza y rompió con un chasquido lo que quedaba de la cuerda. Quizá el matón lo oyó, porque titubeó un momento, un tiempo que Edward supo aprovechar.

Se impulsó hacia delante y arriba y golpeó con la cabeza en su estómago. El individuo soltó el plato y el cubierto y salió despedido hacia atrás. Edward, atado a la silla por los pies, perdió el equilibrio, pero al menos cayó sobre el hombre, lo que le permitió propinarle un par de puñetazos más. Buscó a su alrededor. Tiró de la mesa y cogió la bandeja, que era metálica y parecía resistente.

Cuando su adversario intentó incorporarse, aturdido, le golpeó con ella de lleno en la cabeza. Eso le dejó definitivamente fuera de combate.

Edward jadeó, tiró de la silla para soltarse los pies y se puso en pie. ¿Había hecho mucho ruido? No estaba seguro. En todo caso, debía irse cuanto antes de allí, el resto de los matones podían seguir en la casa, y quizá bajaran para ver qué ocurría. Subió la escalera a la trampilla. Por fortuna, solo estaba cerrada por dentro, con una traviesa. La quitó y abrió.

Salió fuera, tambaleándose. El aire nunca le había parecido tan delicioso, tras aquel hedor a cosa muerta que había abajo, y boqueó para llenarse los pulmones. Era una noche fría y húmeda; olía a lluvia, aunque aún no había empezado a caer. Efectivamente, había gente en la casa, porque se filtraba

algo de luz por las rendijas, iluminando el jardín trasero. Moviéndose a tientas, Edward lo atravesó, buscando el muro, y lo saltó.

Fuera, ni siquiera contaba con la luz de la casa. No tenía ni idea de dónde se encontraba, y todo estaba muy oscuro. Avanzó arrastrando los pies, sin rumbo concreto, hasta oír un ruido. ¿Un carruaje? ¡Sí! No podía arriesgarse a abordarlo, por si acaso era Chadburn o alguno de sus hombres, pero al menos siguió el sonido para localizar el camino.

No tardó en ver, además, los farolillos del coche. Estaba tan entusiasmado que tuvo que obligarse a caminar lento, porque no sabía si tenía delante algún agujero, en el suelo. Tendría gracia que, tras lograr escapar, cayera en algún pozo y se rompiera la cabeza.

El vehículo pasó de largo, al trote, pero al menos había cumplido su función. Edward dudó. ¿Para dónde ir? Con aquel cielo encapotado, ni siquiera había estrellas con las que guiarse. Si elegía mal, se alejaría todavía más de Londres, pero no tenía modo de solucionarlo. Finalmente, optó por una dirección al azar y avanzó siguiendo el borde del camino durante lo que le parecieron horas, hasta avistar una luz.

Era otra casa, una más pequeña. Había luces en el edificio principal y también en uno más pequeño, cercano a las caballerizas, donde debían alojarse sus criados. Se oían algunos ronquidos. Sigilosamente, cruzó el portón y se metió en la cuadra. En la penumbra, le pareció ver que había solo dos caballos. Le daba lo mismo, así que se dirigió al más cercano. El animal se removió, inquieto.

—So, so, bonito —le susurró, intentando calmarlo. No le costó mucho, siempre se le habían dado bien los animales en general—. No te preocupes. Tómalo como una pequeña aventura. Me ocuparé de que te devuelvan mañana, y gratificaré a tus dueños por el paseo.

El caballo movió la cabeza y pareció asentir. Edward sonrió, divertido por la curiosa casualidad. Buscó a tientas hasta encontrar una manta y una silla, lo preparó, lo sacó de la caballeriza y lo llevó de las riendas hasta estar algo lejos de la casa. Entonces, lo montó y siguió adelante, lentamente, para no alejarse del camino, preguntándose si encontraría algún día el rumbo correcto o si, por el contrario, terminaría cayéndose por el borde de aquel mundo tan oscuro, hacia un abismo sin fin. Eso último parecía lo más probable.

De pronto, se topó con un cruce, y el entorno le sonó conocido. ¡Sí, estaba en la dirección adecuada! ¡Por fin! Si tomaba por la derecha y seguía de frente, tarde o temprano llegaría a la ciudad. Se sintió más animado.

—Nuestra suerte está mejorando, amigo —le dijo al caballo, acariciando su cuello. El animal piafó, como si no estuviera muy de acuerdo. Debía tener dotes de adivino porque, casi al momento, Edward sintió las primeras gotas, y no le había dado ni tiempo para maldecir cuando ya había empezado a llover, y con ganas—. Oh, no. Maldita sea.

Y no podía ir más deprisa, o corría el riesgo de apartarse del camino sin darse cuenta.

Para cuando llegó a Londres, a la mansión de Chadburn, la fiesta estaba en lo más animado, y él hecho una auténtica pena. Consideró la posibilidad de ir a su casa y cambiarse, pero sería perder ya demasiado tiempo. Temía lo que le pudiera estar pasando a Harry.

Dejó el caballo atado a un árbol de la alameda y fue hacia allí andando. Como imaginaba, había un buen atasco de coches en la puerta, y una pequeña multitud de gente que salía o que estaba llegando en esos momentos. Al ser un baile sin cena, no había obligación de llegar a una hora concreta. Además, algunas noches de la temporada mucha gente acudía a más de una fiesta.

Edward estuvo esperando unos momentos, por si veía a James, o a Arthur, o quizá a las hermanas Keeling, pero los pocos conocidos que pasaron por allí eran de esos que prefería evitar que le descubriesen en semejantes circunstancias.

Al final, decidió echarle valor, porque no tenía sentido quedarse allí como un poste. Se peinó el cabello húmedo con las manos, intentando alisarlo en lo posible, se atusó los pantalones y la chaqueta y el chaleco manchados de pasta de gachas escupidas, irguió los hombros como un auténtico noble inglés, o eso esperaba, y enfiló con decisión hacia la puerta de la mansión, situada en lo alto de una elegante escalinata.

Casi creyó que lo conseguiría, pero no. Cuando intentó entrar, uno de los criados de Chadburn se interpuso. Normal. No sería él quien se lo reprochara. Si un individuo con sus trazas intentase colarse en una fiesta de Rutshore House, esperaba que sus propios criados actuaran con esa misma diligencia.

—Perdón, eh... señor. —Pues no, no había erguido los hombros como un

auténtico noble inglés, estaba claro. No había pasado de «señor»—. ¿Puedo ver su invitación?

Edward se palpó los bolsillos. De lo que no estuvo seguro era de para qué lo estaba haciendo. Le constaba que no estaba allí.

—Me temo que no la llevo encima.

El criado asintió, con aire de infinita sabiduría. También él lo había intuido.

—Es una lástima, señor. Lo lamento mucho, pero siendo así, no puedo dejarle pasar.

No podía ser, no podía haber hecho ese largo camino para quedarse allí. Edward tragó saliva.

—Escuche, soy el marqués de Rutshore. He tenido un contratiempo y, por eso, tengo este aspecto lamentable, pero quizá me haya visto antes alguna vez. Tiene que dejarme pasar.

El hombre dudó. Le miró con mayor atención, de arriba abajo, y posiblemente no le creyó, pero decidió cubrirse las espaldas.

—No tengo el placer, señor. Un momento, por favor. —Miró a su alrededor y alzó una mano, para llamar la atención de alguien entre la gente—. ¡Señor Ackerman, por favor! El señor Ackerman es el mayordomo de lord Chadburn —le explicó a Edward—. Él le atenderá, señor.

—Gracias —replicó, de mal humor, sobre todo porque empezaba a tener mucho frío y sentía el cuerpo cada vez más embotado, aunque igual mejor, porque así no le dolían tanto los golpes. En todo caso, ojalá no se alargase mucho el tema. A ese paso iba a coger una pulmonía, con toda aquella ropa mojada pegada a la piel, y terminaría derrumbándose en esa escalera, temblando de fiebre. Qué triste final para esa extraña noche, heroica fuga incluida.

El famoso señor Ackerman surgió de entre la gente. Era un hombre de mediana edad, alto y fornido, de rostro plano y largo y grandes patillas grises.

—¿Sí, señor Welters? —preguntó.

—Este caballero asegura ser el marqués de Rutshore. —El mayordomo no cambió de expresión, pero sus pupilas recorrieron la triste apariencia de Edward. Seguro que, de no haber sido evidente el buen corte del abrigo y del traje, hubiese ordenado que le echasen de allí sin mayores contemplaciones. Pero Edward se vestía en uno de los mejores sastres de Londres, algo

evidente, pese a las condiciones en las que estaba su ropa. Por no hablar de que no había zapatos más caros en toda la ciudad—. Dice que ha sufrido un contratiempo y que por eso tiene este lamentable aspecto y no dispone de la invitación.

—Comprendo. Da la impresión de que le han agredido. —Quizá estaba mejorando la cosa. El mayordomo omitió cualquier tratamiento. De momento, no sería «milord», pero tampoco un simple «señor»—. ¿Quiere que llamemos a la Guardia? ¿O quizá a un médico?

—No, no hace falta, gracias —dijo Edward—. Solo necesito que me deje pasar un momento.

—Ya. Entiendo. Lamentablemente, aunque conozco la reputación de su excelencia, el marqués de Rutshore, me temo que nunca he tenido el placer de verle en persona. Y le puedo asegurar que lo sorprendente sería encontrarle en sus circunstancias. ¿Desea que avise a lord Chadburn, para que...?

—¡No! —Los dos criados parpadearon. No había sido buena idea mostrarse tan vehemente, pero lo último que quería era que Chadburn apareciera por allí. Seguro que haría que le echasen, para impedirle llegar hasta Harry—. Le digo que soy el marqués de Rutshore. ¿No le vale mi palabra de caballero?

—Por favor, tranquilícese.

—¡Pero tengo que entrar! ¡Es muy importante!

—Por supuesto, ya me lo imagino. Pero lo lamento, señor. —Vale, ahora sí que ya le habían etiquetado, rebajándole de categoría—. Sin invitación no puedo permitirlo. Además, compréndalo —mover una mano, abarcando su atuendo—, no va vestido como es debido. Estoy seguro de que el marqués de Rutshore, presente o no, estaría de acuerdo conmigo.

Era cierto. Llevaba un buen traje y un buen abrigo, sí, pero sucio, empapado y, ahora que se fijaba, roto en una hombrera. No eran formas de entrar en una fiesta en la que se exigía etiqueta. Edward se sintió mortificado.

Tendría que optar por molestar a los que ya estuvieran dentro. Gysforth, o quizá Badfields. O alguna de las Keeling. Era su última opción.

—¿Y podrían avisar a alguien...?

—¡Rutshore! —oyó de pronto.

Se volvió y se encontró frente a frente con Arthur. Para compensar, iba muy

elegante, con traje oscuro y un broche de diamantes en el nudo del pañuelo, elaborado con el mejor encaje. El abrigo largo y el sombrero de copa eran un buen toque final para su apariencia de dandi perfecto.

—Badfields... ¡Mi salvador!

Arthur arqueó ambas cejas al percatarse de su aspecto.

—El mismo que viste y calza como exige la etiqueta. Y el único que lo hace, por lo que veo. Pensaba que ya estarías dentro, y hace horas. ¿Qué haces aquí? —Le señaló con la mano, exactamente como había hecho Ackerman—. ¿Y así?

—Ha pasado algo... algo terrible, luego te lo cuento. Ahora tienes que ayudarme a entrar.

—Seguro que será una historia interesante, porque tú nunca sueles ser tan descuidado en la indumentaria y... —Al fijarse en algo, Arthur se interrumpió y le giró el rostro. A pesar de que no había mucha luz, pese a las grandes lámparas y la luminosidad que llegaba del interior, por fin pudo ver las contusiones. Se sobresaltó—. ¡Pero Eddie...! Maldita sea, ¿qué son todos esos golpes?

—Nada. —Le apartó la mano—. Deja eso. Quiero entrar. ¡Necesito entrar ahora mismo, Arthur!

—¿No sería mejor que te llevase a casa, te mirasen eso, y luego volvemos?

—¡No! Hazme caso. Puede estar ocurriendo algo terrible.

Arthur apretó los labios y se dio por vencido.

—Comprendo. Bueno, está claro que no es tu mejor noche. —Miró al mayordomo y al criado con una clara advertencia—. Pero, por supuesto, aunque te hayan roto la cara y estés hecho una auténtica pena, sigues siendo el marqués de Rutshore.

El criado se ruborizó y aprovechó que pasaban dos damas por su lado para desaparecer discretamente. Sin embargo, el señor Ackerman carraspeó.

—Lo lamento, lord Badfields. Incluso así, no creo que sea posible. Recuerde que se exige etiqueta.

—Ah, cierto. —Arthur se quitó el sombrero de copa y se lo puso a Edward. No quedó satisfecho con cómo le quedó a la primera, así que empezó a probar, moviéndolo un poco a un lado y a otro, hasta estar conforme—. Así..., no, mejor así... Perfecto. Pues ya está. —Le empujó, con firmeza,

para que pasase delante, con toda la intención de fingir que el mayordomo no estaba allí—. Entremos.

El señor Ackerman dudó todavía un momento, pero no tuvo más remedio: se apartó a un lado y les cedió el paso. Quizá fuera a buscar a su señor y a contarle lo ocurrido, era muy probable, pero al menos iba a disponer de unos minutos para poder encontrar a Harry y sacarla de allí.

La fiesta estaba en lo más álgido. Qué sorprendente, qué distinto de las celebraciones habituales de Chadburn... Esperaba que aquel cambio no se debiese a Harry, pero mucho se temía que sí. La música se oía desde la entrada, y las risas y las voces de centenares de personas. Se cruzaron gentes que iban y venían, bien provistas de copas de champán. Algunos eran conocidos, y saludaron con curiosidad, al ver el aspecto de Edward. Se pasó una mano por la cara y le dolió casi todo. Por lo menos, no creía estar desangrándose, aunque a saber.

—Gracias, Arthur. De verdad.

Arthur agitó la cabeza.

—No hay de qué, amigo mío. —Le miró de reojo—. Pero conste que tienes un aspecto terrible. Estoy por llevarte de verdad a casa y llamar a un médico.

—No. Eso luego. Antes tengo que avisar a Harry.

—¿De qué?

—¡Rutshore! —exclamó la tía Hetty, apareciendo de pronto por su derecha. Lady Forrest iba un par de pasos por detrás. Por el modo en que le miró, parecía estar dándole una apoplejía—. Pero ¿qué pasa? ¿Qué te ha ocurrido?

Apenas la miró. Ni siquiera prestó atención a Lizzie y Lettie, que también llegaron preguntando qué ocurría, preocupadas por su aspecto.

En el centro del salón, bailaban Chadburn y Harriet.

CAPÍTULO 16

La tía Hetty había protestado con toda beligerancia cuando le dijeron que deseaban ir a la fiesta de Chadburn.

—¿A qué viene semejante capricho? —dijo—. No es una fiesta pensada para jovencitas como vosotras.

—Exactamente —la apoyó lady Forrest.

—Es para hombres de edad, que van con sus esposas y hablan de asuntos que os aburrirían. La última vez que asistí, por culpa de lord Morton, hubo una acalorada discusión sobre matemáticas... Algo referente a desagradables números primos. ¡Y no os imagináis la de horas y horas que se puede hablar sobre semejante tontería!

Lizzie la miró horrorizada.

—Entonces, igual mejor no vamos...

—Tenemos que ir —insistió Harry—. He quedado allí con Rutshore.

—¿Y se puede saber por qué has quedado con él? —preguntó la tía Hetty. Harry apretó los labios, más que nada para no llamarla entrometida—. Mmm... Bien sabe Dios que soy una mujer muy discreta y no me agrada meterme en las vidas ajenas, Harriet —de nuevo gran esfuerzo para parecer impasible, aunque en eso se sintió apoyada por todas las hermanas Keeling, cuñada incluida—, pero tienes que reflexionar mucho sobre tu relación con Rutshore.

—Son amigos —la defendió Lizzie. La tía Hetty frunció el ceño.

—Ya lo sospechaba, gracias, Elizabeth. Pero, desde anoche, me consta que hay algo más. A mí y a todo Londres, me temo. No solo que os fueseis a saber dónde, Harriet, también el modo en que hablabais, ahí, delante de todos, lo dejó claro.

—¡Estuviste a punto de provocar un escándalo! —le advirtió lady Forrest.

—De hecho, sería mejor que no se os viera juntos en mucho tiempo —aseguró la tía Hetty. Harry sentía que cada vez le costaba más respirar. Quizá se dio cuenta de lo que estaba sufriendo, porque su expresión se volvió más comprensiva—. Sé que tienes con él una amistad muy especial, pero deberías tener en cuenta que si te ven mucho con él, no se acercarán otros caballeros.

—También podría comprometerse con Eddie —dijo Lettie—. Estoy segura de que está enamorado de ella.

—¡Locamente! —la apoyó Lizzie.

—Oh, entiendo. —Su tía puso mala cara—. No me gustaría tener que empezar de nuevo con esa pelea, así que guardaré silencio. —Enredó los dedos en el largo collar de perlas que llevaba—. No diré nada contra el amor.

—Pues deberías decir algo, Hetty —protestó lady Forrest—. Como que el conde de Wallis espera un matrimonio entre su única hija y Rutshore. Y que, al tener tanto dinero invertido ambos en ese... ese museo, lo más conveniente para él es que sí, que celebre ese matrimonio. De otro modo, puede tener horribles problemas económicos.

Harry recordó lo que le había dicho el propio Rutshore en su despacho.

—¿Eso es cierto? —preguntó, en un murmullo.

—Que yo sepa, solo son rumores, chismes maledicentes. —Ruthie parecía tan enfadada que hasta se atrevió a fruncirle abiertamente el ceño a lady Forrest—. Y pienso que exageran.

—Bueno, no exactamente —replicó Bethany, aunque se veía que se esforzaba por sonar tranquilizadora—. Por lo que tengo entendido, perder el apoyo del conde de Wallis, sería un serio revés para la fortuna de Rutshore, casi por completo invertida en los asuntos del museo. James me lo estuvo contando. Pero, es muy posible que ni hiciera nada. Wallis es un hombre al que le gusta tener buena imagen pública. Seguro que le agrada el reconocimiento de todos, como mecenas del museo.

Así que era verdad, Edward podía terminar en la ruina... Qué absurdo, sonaba imposible. Pero, claro, eso explicaría por qué había evitado siempre hablar de matrimonio. Por eso cambiaba de tema o hacía como que ignoraba sus insinuaciones de formalizar de alguna forma su relación. Y por eso le había ofrecido aquel contrato y estaba empeñado en que aceptarse ser tan solo

su amante. Necesitaba casarse con la condesita.

Harry tragó saliva, intentando superar un momento de angustia bien aderezado de celos. Solo imaginarle con otra mujer, le provocaba un dolor casi físico. ¿De verdad sería capaz de algo así, después de los momentos vividos, compartidos en Sleeping Oak o en Finish Street? Parecía que sí.

Respiró hondo. Daba igual, ya se ocuparía de todo aquello en otro momento. Esa noche, lo único importante era que tenía que ir a Chadburn House. Tenía que intentar obtener información y confraternizar con Chadburn, buscando la mejor solución posible para su situación con su hermano.

—Por favor, se lo ruego, tenemos que ir a esa fiesta —insistió—. Es muy importante. Aunque solo sea media hora. Si, una vez allí, no les gusta, siempre podremos marcharnos.

Lettie debió darse cuenta de que algo pasaba, porque dio un paso al frente. A su manera, algo más reservada, era tan leal como Lizzie.

—Yo también tengo curiosidad —afirmó—. ¡Y me han dicho que va a ir el hijo de lord Dankworth!

—¿Ah, sí? —Los ojos de Lizzie brillaron—. ¡Oh, Dios, es guapísimo! ¡Vamos, vamos!

—¡Lizzie! —la riñó la tía Hetty—. Una dama nunca muestra tanto entusiasmo, y menos por un caballero. Calma. Serenidad. Decoro. —Enumeró, al ritmo de golpecitos en el aire con el abanico—. Esas son nuestras señas de identidad. Recuérdalo.

—Vale. —Dio palmaditas—. Pero ¿podemos ir?

La tía Hetty suspiró.

—Está bien.

Media hora después, estaban mirando asombradas a su alrededor, en la gran sala de baile de Chadburn House, un lugar impresionante, decorado en intensos tonos oro y fucsia. Todo el mundo comentaba lo sorprendente de que el conde hubiese llevado una orquesta, en vez del consabido cuarteto de cuerda con el que amenizaba siempre sus reuniones. Más de uno recordaba haberle oído mencionar que, por él, no hubiese tenido música alguna, pero al menos un cuarteto permitía las charlas.

Pero esa noche, el salón vibraba con el sonido de una alegre polonesa.

Estaba prácticamente todo el Londres elegante y se rumoreaba que quizá se pasara el rey más tarde, aunque de incógnito. A saber, porque todo el mundo estaba asombrado por el comportamiento de Chadburn.

Por ejemplo, la fiesta había empezado sin su presencia. Aunque no iba a haber cena, y cada cual podía llegar cuando quisiese, lo normal hubiese sido verle saludando al menos a los primeros en llegar. Pero no. Según se rumoreaba, había dado orden de que se empezase a las nueve en punto, que ya llegaría él, en algún momento.

En cualquier caso, todo estaba organizado hasta el último detalle. Lettie y Lizzie se reunieron con unas amigas, que les mostraron unos preciosos carnés de baile, en cartulina rosa ribeteada en oro, con un «Baile de Chadburn House. 1827» impreso en una bonita letra dorada. Antes de que les diera tiempo a disgustarse, por no tener unos propios, un criado se acercó y les entregó los suyos, con unos diminutos lapiceros atados con una cinta rosa. Fue una suerte, porque casi a continuación, comenzaron a recibir invitaciones.

—Qué horror —musitó Ruthie. A pesar de los nervios que tenía, Harry no pudo evitar echarse a reír—. Antes de que llegue James, y ahora que no miran las gárgolas, voy a intentar esconderme por ahí. ¿Quieres venir conmigo, al menos hasta que aparezca Rutshore?

—Hoy no puedo, gracias.

—Vale. Pero no me delates, por favor.

Harry se llevó un dedo a los labios.

—Jamás.

Ruthie sonrió, le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia las grandes puertas que conducían al pasillo de salida, donde estaba el tocador. Al ver que entraba gente, medio se giró para ocultar el rostro y que no la vieran bien. Seguramente temió que fuera James, pero resultó ser un caballero rubio, un joven bastante atractivo.

Ni siquiera era necesaria tanta precaución, porque justamente él estaba mirando para otro lado, de modo que se cruzaron casi dándose la espalda. Pocos pasos después, él se detuvo y miró en todas direcciones, con aire perdido.

De pronto, se dio cuenta de que Harry miraba hacia allí y sonrió y, para su

espanto, se dirigió hacia ella.

—Buenas noches —le dijo. Harry se lo pensó un momento, pero no estaba en su naturaleza ser maleducada.

—Buenas noches —replicó.

—¿Quería decirme algo?

—¡Oh, no! —Harry se ruborizó—. Perdona, justo me estaba despidiendo de una amiga.

—Oh, entiendo. —Él se echó a reír de un modo muy agradable—. No podía tener tanta suerte.

Harry le miró con curiosidad.

—¿Es usted extranjero?

—En realidad, soy inglés de nacimiento, de Londres, pero me llevaron a América muy pequeño. Se nota, ¿verdad?

—Un poco, en su acento. Más, en sus formas. Recuerde que no hemos sido presentados.

—Ah, cierto. Eso tiene fácil solución. —Le dedicó una inclinación—. Me llamo Zackary Clemens. Trabajo para «The Times».

—Soy lady Harriet Waldwich —replicó ella, dejando que le besase la mano. Frunció ligeramente el ceño—. Entonces, ¿es usted periodista?

—Así es, pero créame, no me he colado.

—No pretendía insinuar tal cosa.

Él volvió a reír.

—Lo sé, milady. Lord Chadburn me ha invitado personalmente. Bueno, a mí no. Ha solicitado en mi periódico a que viniera alguien, y me ha tocado a mí. No es mérito personal, es que mi tío es el marqués de Pemberton, y han considerado que me resultaría más fácil abrirme camino en... —miró alrededor, la muchedumbre— esta jungla.

—Le deseo suerte.

—No tendré mucha. Discúlpeme, la invitaría a bailar, pero soy un bailarín penoso.

Harry lanzó una carcajada.

—Entonces, hacemos la pareja ideal.

—¿Harriet? ¿Quieres presentarnos a este caballero?

Harry se dio la vuelta. Las gárgolas estaban a su espalda, mirando al pobre

Clemens en un intermedio entre curiosidad y recelo.

—Eh... verán...

—Soy Zackary Clemens, para servirla, lady Morton. —Hizo una inclinación que hasta quedó elegante. La tía Hetty le miró sorprendida.

—De modo que sabe quién soy.

—¡Por favor, lady Morton! —replicó él, abriendo mucho los ojos—. ¿Quién no la conoce en esta ciudad? Es usted uno de los pilares de la buena sociedad londinense. Usted y su cuñada, por supuesto, lady Forrest.

—Oh, oh, qué amable —lady Forrest gorjeó encantada—. Usted es el sobrino del querido lord Pemberton, ¿verdad?

Clemens asintió.

—Así es, milady.

—Nos alegramos de conocerle por fin. Es usted muy caro de ver.

—Me temo que no suelo disponer de mucho tiempo para diversiones.

—Oh, sí. —La tía Hetty le observó algo crítica—. Lady Bethany me dijo que es usted periodista.

—Así es, milady. Ahora mismo trabajo para «The Times».

Harry le miró con un nuevo interés. ¿Bethany le conocía? Entonces, quizá era el periodista que le consiguió el dibujo de lord Kennerath a Edward. Si no recordaba mal, dijo que trabajaba precisamente para «The Times».

—Ya veo —estaba diciendo lady Morton—. Muy bien. Supongo que nadie es perfecto. —Él arqueó las cejas. Pareció divertido—. Baile con la querida Harriet, si lo desea.

—En realidad, el señor Clemens ya se iba —intervino rauda Harry. Clemens le caía simpático, y le agradecía lo del dibujo, si es que había sido él, pero no había ido a bailar. Echó otro vistazo alrededor. Chadburn seguía sin aparecer. Y otro tanto, de Rutshore.

Él la miró tomado por sorpresa, pero reaccionó rápido.

—Sí, desde luego, me temo que debo irme. Un placer, lady Morton. Lady Forrest. —Sonrió a Harry—. Lady Harriet...

—Hasta pronto, señor Clemens.

Harry le observó mientras se alejaba por la sala. ¿Para qué habría pedido lord Chadburn un periodista? Estaba intrigada.

—¿Por qué has hecho eso? —la riñó lady Forrest—. Estoy segura de que te

iba a invitar a bailar.

—Eh... Justo unos momentos antes, me ha reconocido que baila fatal.

—Oh. Entonces, nada. Un caballero que no sabe bailar, lo que hay que ver. Hablaré con el querido Pemberton en cuanto le vea, para que lo solucione. — Suspiró—. ¡Eso pasa por crecer en América!

—O en Francia —apostilló la tía Hetty, mirándola con sospecha.

Harry simuló no darse cuenta. Esa tarde, después de volver de su paseo y antes del té, había ensayado con Lizzie y tenía más claro que nunca que aquello no era lo suyo. Era tal su torpeza para las cuestiones del baile que, incluso la propia Lizzie, siempre tan comprensiva, había estado totalmente de acuerdo con ella en esa conclusión.

De hecho, hasta le había sugerido ideas para poder evitar tener que bailar en las fiestas; la mejor de todas, la de simular tener una sola pierna.

—¿Dónde está Ruthie? —preguntó lady Forrest.

—No estoy segura —replicó, evasiva—. Dijo que ahora venía.

—Sí, claro. —La tía Hetty suspiró—. En fin, ven. —Indicó que la siguieran hasta un punto junto a la pared—. Este lugar es bueno. Aquí te verán y se acercarán a pedirte baile. Intenta sonreír. No, esa mueca no, sonreír. No sé cómo se dirá en francés...

La situaron en medio, como un trofeo para el que lograra vencer a las gárgolas, y durante unos minutos se dedicaron a reñirla por haberse adelantado, por haber dejado que Ruthie se fuera y por hablar con caballeros a los que todavía no habían dado el visto bueno. Harry clamó interiormente por un poco de paciencia. ¡Qué noche espantosa! ¿Dónde se había metido el maldito Rutshore?

Y Chadburn seguía sin aparecer. ¿Acaso no pensaba asistir a su fiesta?

—¿Por qué miras de continuo hacia la puerta? —le preguntó lady Morton. Harry dudó. Mejor no decirle nada de Chadburn.

—Ya les dije que estoy esperando a lord Rutshore.

—Seguramente le han surgido cosas importantes que hacer —replicó lady Forrest—. Cosas que no son de la incumbencia de una jovencita que ni siquiera es de su familia. Vamos, la espalda bien recta. Y sonríe, que te están mirando.

Por Dios, qué suplicio. Las gemelas, al menos, se lo estaban pasando

estupendamente. Lizzie estaba a pocos pasos, hablando con unas amigas, y Lettie bailaba con un joven.

—El que baila con Lettie, ¿no es el hijo de lord Dankworth? —preguntó justo en ese momento lady Forrest. Lady Morton sonrió como una gata golosa.

—Así es.

Harry puso los ojos en blanco. ¡Qué infierno de noche! Debería haberle hecho caso a Ruthie, y haberse ido con ella.

—Lady Morton —dijo un muchacho rubicundo, con una abundante mata de rizos rojizos. Harry se sobresaltó. No le había visto venir y de pronto, allí le tenía, justo delante—. Lady Forrest.

—Mi estimado lord Handstone, qué agradable verle —dijo la tía Hetty—. ¿Cómo está su madre?

—Enfadada, como siempre. —Miró a Harriet—. ¿Y ustedes?

—Muy bien, gracias, qué amable —replicó lady Forrest—. Deje que le presentemos a lady Harriet Waldwich, hija del difunto conde de Trammheran. Está asistiendo a esta temporada bajo nuestros cuidados.

—Un placer, milady.

—Lo mismo digo, lord Handstone —se forzó a contestar.

—¿Sería mucho atrevimiento pedirle un baile?

Harry le miró horrorizada.

—¿Bailar? Oh, se lo agradezco, pero... —No se le ocurría nada y, como siempre, se le escapó lo único que pasó por su mente—. Solo tengo una pierna.

Lizzie hubiera pagado por ver sus caras. El pobre Handstone puso una expresión de horror que combinaba muy bien con sus rizos.

—¡Qué encantadora bromista es nuestra Harriet! —rio lady Morton, la primera en reaccionar—. Por supuesto que bailará, lo está deseando. —La empujó discretamente y tuvo que dar dos pasitos hacia el joven, hasta el punto exacto donde el olor de su perfume empezaba a resultar mareante—. Adelante, querida, pero recordad, decoro. ¡Os observamos desde aquí!

Harry se vio bailando una cuadrilla con un joven que no sabía cuál de sus dos pies era el derecho. Como en el grupo también estaba Zack Clemens, de pareja con una dama de cierta edad, y ella misma, el resultado del conjunto

fue realmente deplorable. Podría haber contabilizado las veces que se confundieron los tres en los complicados cruces o en los giros, pero era mejor limitarse a contar los aciertos.

Chocó con Clemens. Se tropezó con lord Handstone. Pisó a la dama que bailaba con Clemens. ¡Qué desastre! ¡Y qué vergüenza! Captó más de una risita y miradas de reproche de otros grupos. Con el segundo pisotón, la dama que bailaba con Clemens se excusó, alegando que no se encontraba bien, y a ella le hubiese gustado poder salir corriendo, pero justo empezó una polonesa y lord Handstone la inició con todo entusiasmo. Lástima que tampoco supiera bailarla en condiciones.

Y Edward seguía sin llegar. ¿Dónde demonios se habría metido? De pronto, vio a Chadburn en el otro extremo, cerca de la puerta exterior, hablando con varios invitados. ¡Habían perdido una oportunidad de oro! Si seguía esperando, acabaría yéndose de allí con dolor de pies y el recuerdo horrible de la fiesta. No iba a esperar más para echar un vistazo.

La peste del perfume de lord Handstone le dio una idea.

—Oh, vaya... —Se llevó una mano a la frente—. Disculpe.

—¿Qué le pasa?

—Me siento algo sofocada. No estoy acostumbrada a tanta emoción.

—Oh, lo comprendo —replicó el muy memo, como si el hecho de bailar con él fuera suficiente para provocar un desmayo en cualquier damisela. Claro que, teniendo en cuenta su perfume, no era una idea tan descabellada—. Permita que la lleve con lady Morton y...

—No, no, necesito unos minutos... —Se movió justo en dirección contraria a Chadburn y las gárgolas, hacia las grandes puertas del fondo. Vio una silla—. Me sentaré ahí un momento. ¿Sería tan amable de traerme algo de beber?

—Por supuesto.

—Qué amable. —Le sonrió y lord Handstone irguió los hombros y pareció crecerse. Se marchó rápido en busca de una bebida. Ella dejó que se alejara un par de metros y luego se levantó y fue disimuladamente hacia la puerta. Una vez allí, comprobó con cuidado la situación: nadie miraba, así que la entreabrió y se deslizó al otro lado. Esperaba volver antes de que lady Morton y lady Forrest se dieran cuenta. Si la descubría Chadburn podía terminar en la cárcel, quizá, pero prefería eso a los reproches de las dos mujeres.

Bah, no pasaría nada, Edward exageraba. En caso de que la descubriesen, diría que buscaba el tocador de señoras. Seguro que algo así ya le había pasado a más de un invitado. No tenían por qué sospechar nada en absoluto.

La puerta daba a un pasillo largo y alfombrado, con lamparillas de pared cada cierto tramo. Como no quedaba otro remedio, fue abriendo puertas a su paso y mirando lo que había al otro lado, escuchando antes por si oía voces.

Tras un par de salones y una impresionante biblioteca que despertó en ella cierta curiosidad, encontró un despacho, un lugar amplio, decorado de un modo muy masculino. Rápidamente, empezó a registrarlo. Papeles varios, libros de contabilidad y comentarios históricos, con buen número de listados de antigüedades. También había documentos en árabe.

Estaba agachada tras el escritorio, forcejeando con una horquilla y un cajón cerrado, cuando se abrió bruscamente la puerta.

Chadburn la miró desde el umbral.

—¿Puedo ayudarla, lady Harriet?

Harry se apartó de un salto del mueble, ruborizada. Quiso hablar pero solo le salió un tartamudeo.

—Bus... buscaba un... el...

—Sí. Lo sé. —Cerró, con cuidado, y se quedó allí, con las manos a la espalda, apoyadas en la manilla. El corazón de Harry se disparó. Si les descubrían así, a solas, se organizaría un buen escándalo—. Buscaba al dragón. Pensó que podía llegar hasta él sin necesidad de que yo le diera los datos.

—¿Qué? Oh, no, yo solo...

Chadburn puso cara de desagrado.

—Por favor, no. Se lo ruego, lady Harriet, seamos sinceros. Si quiere contar con mi ayuda, no me mienta. Le advierto que odio las mentiras. Es algo que me disgusta profundamente. Y, al fin y al cabo, ni siquiera son necesarias. Debería saber ya que simpatizo con su búsqueda.

—¿Y se puede saber qué busco, milord?

—Venganza. Reparación por lo que ocurrió hace años. —Estaba tan acertado que Harriet no pudo evitar sentir el peso de la pena, la amargura de siempre, por todo lo perdido. Sus padres, su hermanito; su rincón de los tesoros. Su infancia. Su vida—. Sé que lo está buscando porque soy quien le

mandó la nota a Francia, lady Harriet. Aquel «No fue tu madre. Vuelve. No hables de esto con nadie».

Harry se sobresaltó. ¡Así que había sido él! ¡Chadburn la había puesto sobre la pista de todo aquello! Entonces, estaba claro que, por antipático que le resultase, le debía mucho. Sin su mensaje, posiblemente todavía seguiría en Francia, viviendo el día a día, dejando pasar un tiempo precioso, pese a sus sospechas. ¡Y sin enterarse nunca de que Andrew seguía con vida! Decidió ser sincera.

—Está bien. Sí. Estoy buscando al dragón.

Chadburn asintió, por fin satisfecho. Se cruzó de brazos.

—¿Por qué? Le dije que yo la ayudaría, que me comprometía a ponerla en contacto con él. Pese a que pienso que es un error, que se trata de gente mucho más peligrosa de lo que usted imagina. Pero estoy dispuesto a presentárselo y a allanarle el camino todo lo posible. —Avanzó hacia ella, hasta estar junto al escritorio. Se apoyó en él con una mano—. Voy a ayudarla, lady Harriet, incluso estoy dispuesto a ofrecerle más de lo que espera. Pero, a cambio, también voy a pedirle algo.

—¿Qué?

—Será mi esposa.

Harry arqueó ambas cejas. No era una ingenua, había llegado a esperar que pidiera alguna clase de favor carnal a cambio, tanto por lo de Andrew como por lo del dragón...

Pero no eso.

—Pero ¿qué dice? —preguntó, demasiado sorprendida como para alarmarse. Chadburn la miró, de arriba abajo y luego de abajo arriba. Sus pupilas resultaban más pensativas que sensuales. Por alguna razón, no se sintió amenazada.

—No se preocupe, no tengo intenciones de disfrutar de sus encantos, por mucho que me pese. Me consta que es usted la amante de Rutshore. —Los ojos se detuvieron por fin, manteniendo su mirada—. Incluso sé que ha estado viviendo un tiempo con él, en una casa de Finish Street que le pertenece.

Harry frunció el ceño.

—Me ha estado espiando.

—Por supuesto, ya se lo dije. Prácticamente cada día, desde que regresó a Inglaterra, aunque tardé un poco en enterarme de que había llegado. Pero, sí, me puse al tanto de sus movimientos. Y, por muy hermosas que sean, nunca, *jamás*, como de las sobras de otro hombre. —Harry se ruborizó, incapaz de creer que hubiese dicho algo tan brutal, con un gesto tan educado—. No la tocaré, milady, no es su cuerpo lo que me interesa. Solo quiero que sea mi esposa a efectos sociales. Que todo Londres piense que lo es.

—¿Por qué? —La respuesta le llegó por sí misma, de inmediato—. ¿Por su enfrentamiento con Rutshore?

Chadburn sonrió ligeramente.

—En parte.

—Está loco... —Quiso salir, pero Chadburn ocupaba todo el espacio por aquel lado del escritorio, así que solo dio un paso, que luego retrocedió—. Apártese. Quiero salir de aquí.

—¿Ya no quiere llegar al dragón?

—Por supuesto que sí, pero no de ese modo. ¿Cómo se le ocurre semejante cosa? Es una barbaridad, quedaría atada a usted, por siempre. Quiero vengar a mis padres, milord, pero no a costa de todo... de todo mi futuro. Gracias por su tiempo. Ya encontraré al dragón por mí misma. —Se le ocurrió una idea aterradora—. ¿O es que va a chantajearme con lo de mi hermano? ¿Va a forzarme a que me case con usted, para poder verle? ¿Es eso?

¿Y si lo era? De pronto, consideró que casarse con aquel hombre le daría acceso completo a Andrew. Sería su madrastra, y ninguna madrastra podría quererle más de lo que ella le quería, nadie podría hacerlo en el mundo entero. Podría vivir con él, ayudarle a crecer, a convertirse en un adulto bueno y responsable; compartiría con él muchos momentos maravillosos, más valiosos todavía teniendo en cuenta todos los que ya se había perdido.

Pero Andrew tenía ya casi trece años. En poco tiempo, sería un hombre, se comprometería y se iría para formar su propia familia... Y ella quedaría atada a Chadburn. Imposible.

—No es algo que se me haya pasado por la cabeza —replicó él, por suerte. Hasta parecía ofendido—. No soy un canalla, milady. Pero sí le digo que no pienso salir de este despacho sin que haya aceptado mi propuesta.

Ella hizo una mueca.

—Entonces, me temo que no va a salir nunca, milord. —El rostro de Chadburn se oscureció—. Escuche, no quiero disgustarle, está claro, pero lo que me pide es absolutamente imposible, entiéndalo. Debemos tratar el asunto de mi hermano desde un aspecto... lógico. Tratemos de visitas, de paseos, incluso de vacaciones juntos, esas cosas. Pero preferiría que fuese en otro sitio y en otro lugar. Ambos sabemos que estar aquí me compromete mucho. Si le parece, hablaremos en el salón de baile.

Rodeó la mesa por el otro lado, esperando poder llegar a la puerta sin que se lo impidiese. Físicamente, al menos, no lo intentó.

—Espere —le dijo, cuando ya había puesto la mano en el picaporte. Harry se volvió hacia él y esperó, pero Chadburn todavía estuvo dudando varios segundos. Parecía estar luchando consigo mismo—. Le he pedido sinceridad y voy a ser igualmente sincero con usted. Por eso, tiene que saber que, si quiero casarme con usted es para asegurarme de que, en el futuro, Howard estará bien protegido. La verdad... —Agachó la cabeza, como si aguantara un peso insoportable—. La verdad es que no me queda mucho de vida.

Harry le miró desconcertada.

—¿A qué se refiere?

—A que estoy muy enfermo, lady Harriet. Mis médicos no se ponen de acuerdo, pero todos opinan que serán solo unos pocos meses, en el mejor de los casos. Tres, cuatro... A saber. Puede que muera mañana, pero ninguno de ellos espera que vea el fin del otoño.

Harry abrió y cerró la boca un par de veces. Ante semejante noticia, no sabía ni qué decir.

—¿En serio? —atinó a preguntar. Pálido, era, pero no imaginaba que se encontraba tan mal—. ¿Qué le ocurre?

Chadburn sacó una llave del bolsillo de su chaleco, abrió el cajón que Harry había intentado forzar y extrajo una carpeta. Sin decir nada, se la tendió. Dentro había varios documentos. Dos estaban en inglés, pero también había otro en francés y uno en alemán. Parecían diagnósticos médicos.

No entendió mucho, pero sí la palabra «cáncer».

Le miró con los ojos muy abiertos.

—Lo... lo lamento —dijo. Aquello era algo que no le deseaba ni a su mayor enemigo. Bueno, al dragón, sí, pero no era el caso.

—Sí, bueno... Muy amable, gracias. —Chadburn dio un golpecito en el escritorio con los nudillos—. Esa es la razón por la que me puse en contacto con usted. Y también lo que me impulsa a casarme, a proponerle esta boda tan extraña.

—Entiendo.

—Debo reconocer que, cuando le escribí, acababan de decirme que estaba mal, pero no sabían hasta qué punto. Mi idea era animarla a venir, saber qué clase de muchacha era usted, contarle todo lo ocurrido, acercarla a su hermano en caso de que fuese alguien bueno y responsable y, llegada su mayoría de edad, nombrarla tutora de Howard. Pero es usted menor, y yo no voy a vivir hasta que deje de serlo.

—Sí, si le comprendo. Pero...

—No, escuche. Tiene que ver esto como una gran oportunidad. El destino ha hecho que Howard crezca como mi hijo, pero le estoy dando a usted la ocasión de que, cuando yo muera, quede bajo su tutela. Sé que usted le cuidará bien. —Le sonrió—. Si se casa conmigo, será lady Chadburn y, antes del invierno, la dejaré a usted libre, y en una buena posición. Y le juro por mi honor que no la tocaré. Lo que dije antes es cierto, no me agradaría algo así.

Harry titubeó. Casarse con él. ¡Qué locura! Aquello era un desatino total. Pero si el matrimonio se celebraba en esas condiciones, y por poco tiempo, quizá hasta mereciera la pena. ¡Algo así la acercaba por completo a Andrew y, además, podría facilitarle cazar al dragón! Y, aunque eso implicase la muerte de un hombre, algo que no le deseaba, aunque fuera alguien poco agradable como lo era Chadburn, al menos aquel enlace no duraría para siempre. De hecho, sería bastante breve.

Ya se lo explicaría a Rutshore. Total, estando aquella condesita de por medio, dudaba de que nunca llegase a casarse con ella. Si él lo deseaba, podrían volver a ser amantes, cuando se quedase viuda. Y, de no ser así, ya nada la ataría a Londres. Podría volver a Francia y rehacer su vida. Con Andrew.

—Tengo... tengo que pensarlo —dijo, de todos modos. Era lo más juicioso. Pero Chadburn negó con la cabeza.

—Me temo que no tiene tiempo, querida. La oferta es aquí y ahora. Esta noche, en este mismo instante. Quiero anunciar nuestro enlace en esta fiesta.

—¿Qué dice? —Claro, por eso había pedido presencia de los periódicos. Por eso estaba allí Clemens de «The Times»—. Sería...

—Escandaloso, lo sé. Pero no se preocupe. Todos se tranquilizarán cuando vean que pasan los meses y no nace ningún niño.

—¿Qué? —replicó sonrojada—. ¡No me refería a eso! ¡Además, no puedo comprometerme sin más! ¡Soy menor! ¡Al menos deme un par de días, para hablar con sir Alan!

—No hace falta. Tengo el permiso de sir Alan.

—¿Qué? —Abrió los ojos al máximo—. ¡Eso no es posible!

Chadburn sacó otro documento del cajón. Efectivamente, era una autorización para esa boda y estaba firmada por sir Alan. Tenía fecha de ese mismo día. Con ella, iba una carta.

Querida niña:

Acabo de recibir la visita de lord Chadburn y, tras comprobar sus documentos y escuchar sus razones, he decidido dar mi consentimiento para que puedas contraer matrimonio con él. Puede sorprenderte que lo haga así, pero tengo entendido que os vais a ver esta noche, y que todo esto le corre prisa, por su salud.

Escúchame bien: lord Chadburn no te engaña. Todo lo que dice, es cierto. Y tienes mi permiso para casarte con él. No es una orden, niña, ni siquiera es una petición. Es solo un permiso. Actúa como mejor creas conveniente, pero la idea de que tu hermano quede directamente bajo tu tutela, no puede ser mejor.

Tu padrino, que te quiere,

Sir Alan

—No me lo puedo creer... —¿Por qué sir Alan no la había avisado? ¿Por qué no le había enviado una nota a Gysforth House? No podía entenderlo. De pronto, recordó el retraso de Chadburn—. ¿Por esto ha llegado tarde a su fiesta? —Él la miró sin comprender—. ¿Ha estado en casa de mi padrino?

Chadburn parpadeó ligeramente.

—Así es. Lamento haber actuado por mi cuenta, pero quería dejar todo bien atado, antes de este encuentro. Reconozco que pensaba invitarla a venir a este despacho y exponerle todo esto. —Sonrió—. Ya ve, su osadía no ha dejado

de tener cierto encanto premonitorio.

—Miedo me da preguntar qué otros documentos guarda ahí. Veo que lo tiene todo muy bien pensado.

—En mis circunstancias, más me vale.

Aquel hombre pisoteaba todos sus argumentos. Harry sintió que la invadía el pánico.

—No, no. —Se frotó el rostro con las manos—. Aun así, necesito pensarlo. Tiene que darme tiempo.

—No. Ya se lo he dicho: si sale por esa puerta, retiraré mi proposición.

—Pero ¿por qué?

Él la miró fijamente. Tardó casi un minuto en contestar.

—Porque su relación con Rutshore me incomoda.

—¿En serio? —Abrió mucho los ojos—. ¿Por eso? ¿Es capaz de llegar a este punto por su enfrentamiento con él? ¡Qué mezquino, lord Chadburn! ¡Y yo que pensé que lo hacía todo por puro altruismo!

Chadburn frunció el ceño.

—No sea sarcástica. No espero que entienda mi relación con Rutshore. Yo tampoco entiendo la suya.

Ella hizo una mueca.

—Ya no estamos juntos —replicó, haciendo un intento a la desesperada—. Ahora resido en Gysforth House.

—Creí que habíamos quedado en ser sinceros. Esta misma tarde ha estado usted en el museo. Ha ido a verle. —Harry se ruborizó, pillada en falta. Chadburn repiqueteó los dedos sobre la mesa—. Eso tiene que terminar. Eso va a terminar, lady Harriet. No me queda tiempo para venganzas más elaboradas, ni para continuar con una guerra en la que seré el primero en caer. Tengo que asestarle a Rutshore un golpe ya, algo contundente, que le haga retorcerse de dolor.

—Es usted...

—Yo la ayudaré a recuperar a su hermano —la interrumpió—. Y la dejaré en una buena situación, incluso la ayudaré a vengarse del dragón, no lo dude. Pero me niego en redondo a que se siga acostando con mi enemigo. Sé que él la quiere: bien, pues no volverá a tenerla. Hoy, usted quedará atada a mí, al menos mientras yo viva. Con eso me conformo.

—Me está usted presionando. Odio que me fueren a hacer las cosas.

—Lo lamento, porque comparto ese odio. Pero temo que se lo piense demasiado y llegue a alguna conclusión errónea. O acepta ahora mismo, o no la ayudaré. Es más, me llevaré a Howard... a *Andrew*, y jamás volverá a verle. Como al dragón. No le daré el nombre, pero no me conformaría con eso. Se me ocurrió que podría advertirle a él de sus pesquisas y de sus intenciones. ¿Sabe qué significaría eso? —Se inclinó hacia ella, hasta cubrirla con su sombra—. Rutshore y usted quedarían condenados a muerte.

—Pero ¿qué dice?

—Le recuerdo que iba a matar a su hermano cuando no era más que un bebé incapaz de defenderse. Es un dragón. No tiene piedad, ni remordimientos. No dudaría en eliminarles a ustedes, y tiene el poder para hacerlo, tanto de un modo legal como... Bueno, me entiende. —Harry tragó saliva. Si el dragón era lord Kennerath, como sospechaban, sin duda tenía los medios necesarios para ordenar cualquier asesinato. Decían que era uno de los hombres más ricos de Londres—. Pero no será necesario. Prefiero ocuparme personalmente de este asunto.

—¿Y por qué demonios mete en esto a Rutshore?

—Oh, por muchas razones. La principal, que se ha ganado sobradamente mi atención, y no voy a irme de este mundo sin hacerle todo el daño posible. Si usted no me permite romperle el... corazón, si es que tiene algo así, le aseguro que me ocuparé de que muera antes que yo.

Sacó algo del bolsillo y lo arrojó al suelo, entre ellos. Harry lo miró, desconcertada. Era un billetero. Le sonó conocido.

Estaba manchado de sangre.

—¿Qué?

—Voy con todo en esta apuesta, milady. Esa es la sangre de Rutshore. —Le miró alarmada y él la calmó con un gesto—. No, tranquila, sigue vivo. Y seguirá así, mientras esa sea mi voluntad. Pero, lléveme la contraria y no me mostraré tan magnánimo.

Harry recogió la cartera y la comprobó. Sí, era el billetero de Rutshore. Incluso tenía un corazón que le dibujó, el último día en Finish Street, para darle una sorpresa cuando lo descubriese. ¡Le quería tanto! Recordó el momento en que lo dibujaba, en el dormitorio de Finish Street. Hacía sol,

estaba enamorada, todo parecía posible...

Edward lo conservaba. El detalle le pareció muy dulce.

—Es usted horrible —musitó—. No entiendo por qué ha intentado hacerse pasar por una buena persona.

—Solo soy buena persona cuando consigo lo que quiero, como la mayor parte de los seres humanos. Hubiese preferido no tener que jugar ciertas cartas, pero así son las cosas. Usted me ha obligado a presionar hasta este punto, y no dude de que cumpliré mi palabra. Salga por esa puerta y no volverá a ver a Rutshore con vida.

—Es usted horrible.

—Eso ya lo ha dicho, hace un momento. —Se mantuvieron la mirada unos segundos. La expresión de Chadburn perdió algo de dureza—. Sin embargo, la solución es muy sencilla. Acepte ser mi esposa, lady Harriet, y pasará unos pocos meses casada, viviendo en el lujo, disfrutando de su hermano. Tendrá su venganza y, luego, será una viuda bien situada... si cumple mi condición póstuma de que no vuelva jamás con Rutshore, claro. De todos modos, sinceramente, para cuando me muera espero haber envenenado ese amor tan intenso que sienten, de tal modo que cualquier relación entre ustedes sea ya algo imposible.

—Eso no va a conseguirlo.

—Ya lo veremos.

Harry lo pensó unos momentos, aunque desde el principio sabía que no tenía alternativas. Y, total, eso dejaba Rutshore a salvo de la ruina, todo en una misma jugada. Que fuese el yerno de Wallis, ya que era lo que quería y lo que necesitaba. Le deseaba lo mejor.

—¿Me da su palabra de que no intentará...? Bueno, ya me entiende.

Hubo algo despectivo en su gesto.

—Su encantadora modestia estará a salvo conmigo, lady Harriet. Ya le di mi opinión al respecto, no exigiré que cumpla con sus deberes de esposa. Tiene mi palabra de honor.

—¿Y me jura que, además de entregarme la tutela de Andrew, me va a llevar hasta el dragón? ¿Me lo jura?

—Por supuesto. Ya se lo he dicho. —Se llevó una mano al pecho y, de algún modo, supo que no mentía. Pero eso no logró tranquilizarla—. Lo juro.

—Está bien. —Casi ni podía creer que lo estuviera diciendo—. Me casaré con usted.

Él asintió. Sonrió.

—¡Por fin! Lo considero toda una victoria, tras una batalla especialmente dura. Si le digo la verdad, no pensé que fuera tan complicado convencerla. La juzgué mal. Pensé que solo con prometerle mi fortuna, aceptaría.

Le miró con acritud.

—No ha dejado de equivocarse conmigo.

—Es evidente. —Se inclinó para tomarle la mano y besarla, aunque ella intentó evitarlo—. Gracias, querida. Sabré compensar con creces su confianza.

—Ya no hace falta que se muestre amable. —Retiró la mano de un tirón—. Nunca olvidaré que incluso ha amenazado de muerte a Rutshore. Ya que tanto le molesta que esté relacionada con él, recuerde que le amo. Y voy a estar pensando en él a cada momento. —Chadburn hizo una mueca—. Comuníqueme cuándo...

—Oh, no se preocupe. —La detuvo, con un gesto de la mano, y fue él quien se dirigió a la puerta y la abrió. Fuera, había un grupo de gente. Uno de ellos, un sacerdote—. Podemos hacerlo aquí mismo.

—¿Aquí? —Le miró con espanto—. ¿Ahora?

—¿Qué mejor momento? Ya conoce el refrán, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Pero... —¿Cómo demonios se llamaba aquello? Ah, sí—. ¡Las amonestaciones...! ¡No podemos casarnos sin ellas!

Chadburn rio entre dientes.

—Me preguntaba cuándo llegaríamos a eso. ¿Recuerda cuando mencionó que le daba miedo preguntar qué otros documentos guardaba en mi cajón? —Fue hacia el escritorio y sacó otro papel—. Aquí tiene. Una licencia especial dictada por el Doctor's Common. No es necesario que esperemos a amonestaciones ni ninguna otra demora. Tenemos el sacerdote y los testigos, la novia y el novio. —Echó un vistazo general—. ¿Qué les parece si procedemos?

Harry estaba tan aturdida que fue incapaz de reaccionar. El sacerdote inició la ceremonia y simplemente se quedó allí, escuchando su voz como si fuese

el zumbido de un mosquito. En algún momento, Chadburn le quitó la cartera de Edward y le puso un anillo. También le indicó, amablemente, que dijera «sí».

—Sí —dijo obediente. El sacerdote la miró de reajo, posiblemente dándose cuenta de que estaba en shock, pero no dijo nada. O estaba a sueldo, o tenía miedo, sin más. Como los testigos que también firmaron. Allí el único que tenía voluntad propia, era Chadburn.

Ella tuvo dificultades para sostener la pluma. Fue el propio conde, poniendo la mano sobre la suya, el que la ayudó a firmar.

En menos de diez minutos, se había convertido en lady Chadburn.

Sin más ceremonias, volvieron al salón de baile y Chadburn habló con la orquesta, que estaba terminando una polonesa. El director asintió y, cuando empezó una nueva pieza, era un vals.

—Esta es nuestra música, querida —le dijo, tomándola entre sus brazos. Empezaron a bailar, como la noche anterior. Si ya de por sí lo hacía mal, al estar tan tensa no podía salir peor. Le temblaba todo el cuerpo. Por lo menos, él no dijo nada. Tampoco parecía interesado en hablar de ningún otro tema. Se limitó a llevarla.

Cuando la música llegó a su fin, el conde llamó la atención general.

—Atención, por favor. Atención, sí. —Sonrió—. Sé que esto va a sorprender a todo el mundo, pero estoy deseando hacerlo público. Damas, caballeros, quiero anunciar que lady Harriet Waldwich y yo acabamos de casarnos. No estoy diciendo que nos hayamos comprometido, no. Acabamos de casarnos, como puede atestiguar el padre Gordon, aquí presente. Lady Harriet es ahora mi esposa. —La tomó de la mano, se la besó, y luego mostró el anillo a todo el mundo—. Tengo el honor de presentarles a lady Chadburn.

El salón entero quedó sumido en un profundo silencio, que no hubiese sido tan intenso de no ser el formado por cerca de un centenar de personas. Los más rápidos, tardaron unos cuantos segundos en reaccionar, y poco a poco se formó una marea de rumores atónitos, mientras todos les miraban asombrados.

Chadburn frunció el ceño, mirando a alguien en concreto, y, de pronto, de entre la multitud empezó a surgir el sonido de unas palmas; luego, otras, y otras en un punto distinto, y de pronto todos les estaban aplaudiendo y hasta

hubo una ovación.

Vio a Edward, acercándose, pálido y tenso. Estaba empapado y manchado de barro y de algo blanco, por las solapas de la chaqueta y el chaleco. Tenía el rostro marcado por un buen número de golpes.

—¿Eddie? —Harry le miró con los ojos muy abiertos. ¡Estaba vivo, estaba libre! Eso, lo compensaba todo—. ¿Te... Te encuentras bien?

—Que te lo cuente Chadburn —respondió él, echándole una mirada iracunda al conde. Este sonrió.

—Me temo que no sé a qué se refiere. Pero casi diría que ha venido andando desde el otro lado del mundo. ¿O quizá ha descubierto un hallazgo arqueológico en mi jardín?

—Muy gracioso. Ya hablaremos, Chadburn. Esto no se va a quedar así. —La miró a ella—. Ven, vamos, te acompañaré a Gysforth House.

Ella intercambió un vistazo con Chadburn.

—Creo que no me ha oído, Rutshore —dijo el conde—. Acabo de...

—Le he oído perfectamente. Pero no me lo creo.

—Puedo mostrarle la documentación. O hable con el padre Gordon. —Señaló al sacerdote, que tomaba una copa de champán a un lado—. Él se lo confirmará. O pregúnteselo a mi esposa. Querida...

La mirada que le lanzó era aparentemente amable, pero ella pudo captar la advertencia. Chadburn ya había demostrado que era capaz de todo. Debía pensar bien qué pasos dar.

—Sí —respondió con voz átona—. Nos hemos casado.

Él negó con la cabeza.

—No es verdad. Lo dices solo para castigarme, porque he sido un canalla insensible y no te he valorado como debía. Pero no es cierto. —Los otros no dijeron nada, y se le veía cada vez más nervioso—. Harry, por Dios, detén esto. ¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque me quieres.

Harriet parpadeó.

—Eso no sirve de mucho.

—Pero me quieres. Y yo te quiero. —La cogió por un brazo—. Te amo y deseo que te cases conmigo. —Le miró, atónita—. Sabes que quiero hacerlo.

Sabes que lo haré, pese a todo, a costa de todo, de ser necesario.

Chadburn arqueó una ceja.

—Suelte a mi esposa, Rutshore.

Las aletas de la nariz de Edward vibraron. Le miró con odio.

—¡Apártese! ¡Y no se le ocurra volver a llamarla así o juro que le mataré!

—¡Rutshore! —oyó. Era lady Morton, a pocos pasos. Lady Forrest añadió algo ininteligible, pero estridente—. ¡Haz el favor de controlarte!

—¿Por qué? ¿Qué importa? ¡Dice que se ha casado!

—Sí, ya lo he oído. —La tía Hetty tenía una expresión grave que no le conocía—. Pero...

—¡Me da igual todo! —le dijo a ella, y parecía desesperado—. ¡Me da lo mismo! ¡Si has cometido esa tontería, aun puede arreglarse! ¡Aún no se ha consumado...!

Chadburn rio entre dientes.

—Oh, pero es que sí se ha consumado, y con gran placer mutuo. Como podría comprobar cualquier matrona.

Los ojos de Edward relampaguearon de furia.

—¡Cabrón!

Le dio un puñetazo. Tomado por sorpresa, Chadburn cayó hacia atrás, al suelo. La gente empezó a gritar y se empujaron unos a otros para dejar espacio, no fuera a caerles también algún golpe. Varios criados se dirigieron hacia Edward, entre ellos Abdel, pero Chadburn dio una orden en árabe y no llegaron a tocarle.

El egipcio se limitó a quedarse junto a Edward, con el ceño fruncido y la mano en la empuñadura de su enorme puñal.

—Está organizando un buen escándalo, lord Rutshore. —Rio, divertido, mientras un par de camareros le ayudaban a levantarse. Se sacudió la ropa—. Qué asombroso. Usted, siempre tan cabal, tan... intrascendente.

—¡Cállese! ¡Harry, vamos! ¡Ven conmigo!

Hubiese querido hacerlo, porque le quería. Pero no podía asumir el precio que implicaba. Por primera vez, comprendió un poco la situación en la que había estado Edward, al enfrentarse a la posibilidad de una ruina solo por hacer caso a su corazón. Ella ni siquiera lo tenía tan fácil. Era una cuestión de vida o muerte.

Solo tenía que aguantar unos meses. Chadburn moriría por su enfermedad o lo mataría ella misma; en todo caso, quedaría libre. Y quizá, quizá, Rutshore estaría esperándola.

—No, Edward. Por favor, respeta mi decisión.

—No lo dices en serio.

—Completamente. Por favor, no lo hagas más difícil. Vete.

Él palideció. La miró con el mismo odio que antes había dedicado a Chadburn, dio media vuelta y se fue.

—Harriet... —empezó la tía Hetty, sorprendida.

Ella la miró, y a las gemelas, que estaban a pocos pasos observándola, entre atónitas y asustadas. Y a Ruthie, que había salido de su escondite y tenía un semblante serio. Quiso decirle algo, lo que fuera que borrara aquella mirada de reproche, aquella acusación.

Pero Chadburn estaba extendiendo su mano.

La tomó y fue con él.

CAPÍTULO 17

Edward salió tambaleándose de Chadburn House y enfiló calle adelante, sin rumbo fijo. A saber qué hubiera pasado de seguir solo, con todos aquellos pensamientos embrollados y mucha cólera. Posiblemente hubiese empezado a beber en cualquier lado y lo hubiese seguido haciendo hasta caer de bruces en cualquier rincón, de cualquier manera.

Por suerte para él, no tardó en oír pasos y voces a su espalda.

—¿Edward! —le dijo Arthur, alcanzándole—. ¿Adónde vas?

—Da igual. Marchaos.

—De eso nada. —James se colocó al otro lado—. ¿Qué demonios ha pasado ahí dentro?

—¿Qué te ha ocurrido con lady Harriet? —preguntó Arthur, más específico.

—Ni me la nombres.

—¿Lo ves? —terció James—. Por eso yo quería darle un par de días.

—Y yo sigo pensando que sería un error. Ahora es capaz de hacer cualquier locura. Nos necesita. —Arthur bufó y volvió a centrarse en él—. Tú eres tonto, Eddie. ¿No te das cuenta de que pasa algo raro?

—Supongo que sí —masculló Edward, pensando en voz alta. Harry no se hubiese casado con Chadburn a cambio de nada, mucho menos de semejante modo. Algo habría obtenido, algo que le pareció mucho más importante que lo que había entre ellos. Su amor. Durante un segundo, pasó por su mente el conde de Wallis, Emma y su posible ruina, pero lo apartó de un manotazo, porque no era justo. Al fin y al cabo, él sí que había pensado, pobre idiota, en dejarlo todo por ella—. Supongo que esa maldita tonta lo ha hecho para tener acceso a más información.

—¿Información?

Agitó la cabeza.

—Es un asunto complicado, una investigación familiar. Da lo mismo. —Se detuvo en seco y se cubrió el rostro con las manos—. ¡Esto no se lo voy a perdonar jamás!

—¿Acaso tenía algún compromiso contigo? —preguntó James, intrigado.

—Pues claro. ¡Era mi amante!

—Pues ahora es su esposa —replicó Arthur, sin ninguna piedad—. Esa carta gana, compañero.

—Yo quería casarme con ella. ¡Se lo he propuesto!

—Un poco tarde pedirle a alguien en matrimonio justo cuando está anunciando que se ha casado, ¿no crees? —dijo James.

—Sí —admitió con amargura, reiniciando la marcha—. No sirvió de nada.

—Pues claro que no sirvió de nada. —Arthur se señaló la cara—. ¿No viste lo pálida que estaba? ¡Si creí que se iba a desmayar! —Edward le miró, con algo de esperanza—. Una novia feliz no tiene ese aspecto. Está claro que Chadburn le ha dicho o hecho algo que la indujo a aceptar, en contra de su voluntad.

—Seguro que sí —le apoyó James—. Además, Chadburn lo tenía todo preparado. He hablado con el padre Gordon, el que ha celebrado la boda. Pensé que estaría bien comprobar si todo había sido legal, porque un matrimonio así, de repente, y con una menor...

—¡Es verdad! —exclamó Edward al recordar aquel detalle. Sintió un gran alivio—. ¡Es menor y sir Alan jamás habría consentido algo así, y menos sin comentarlo antes conmigo, jamás!

—Pues lamento decirte que lo ha hecho. El padre Gordon me ha asegurado que tenía un permiso del tutor para la boda. —Edward se quedó sin palabras—. Incluso contaba con una licencia especial dictada por el Doctor's Common, para no tener que esperar a las amonestaciones.

—Si eso es así, esto estaba organizado, Edward —añadió Arthur—. Y ha tenido que estar preparándolo bastante tiempo. Alguien capaz de eso, tan retorcido, es muy capaz de confundir a una muchacha de... ¿cuántos años tiene? ¿Veinticuatro, como Ruthie?

—No, veintitrés. Todavía no ha cumplido veinticuatro.

—A saber qué argumentos le ha planteado —gruñó James—. La habrá

arrinconado hasta devorarla.

—Exacto —le apoyó Arthur—. Por eso estaba tan trastornada. —Le apoyó una mano en el hombro—. Espabila. No solucionas nada hundiéndote.

—¿Y qué demonios quieres que haga?

—No lo sé. Si quieres, nos emborrachamos, pero juntos. —Miró a James—. Bueno, no sé si tú podrás.

—No, no puedo. Mañana tengo un día de locos. Pero lo haré. Y si vomito sobre la mesa del Primer Ministro, intentaré simular que ha sido otro.

—Estupendo, entonces, nos emborr...

Edward se detuvo en seco.

—¡El sistro...!

—¿Qué? —preguntó James. Arthur arqueó una ceja.

—Creo que ya está borracho.

—¡El sistro! ¡Uno, de Harry! Hoy descubrí que contaba con una particularidad: podía desenroscar el mango, y tenía un mensaje dentro.

—El sistro —repitió Arthur—. Tenía el mango hueco. Con un mensaje.

—Eso es.

—¿Y qué decía? —preguntó James, intrigado.

—Es una buena pregunta —admitió Arthur—. Aunque creo que la de «¿Qué demonios es un sistro?» iría mejor antes.

—Qué gracioso —gruñó Edward, que no estaba para bromas. Retomó la marcha. Estaba demasiado nervioso como para quedarse quieto mucho rato—. Un sistro es un instrumento musical muy antiguo, una especie de sonajero, para que lo entendáis. Este, en concreto, era egipcio. Debía usarse sobre todo en rituales.

—Caramba. ¿Y de dónde lo sacó Harriet?

—Por lo que entendí, su padre se lo dejó en un escondite. O su madre, porque la nota era de su madre.

—¿Y dónde la tienes?

—Eh... No la tengo. Se la comió un individuo.

—El sistro empieza a ponerse interesante por fin —rio Arthur.

—¿Cómo que se la comió un individuo? —James frunció el ceño.

Edward decidió hacerles un resumen de lo que había sido su noche, una de las más terribles de toda su vida. Les contó lo del secuestro, lo de su breve

conversación con Chadburn, amenazas incluidas, lo de su fuga y su regreso delirante, solo para descubrir que la mujer que amaba se había casado con su enemigo.

Cuando terminó, hasta Arthur estaba serio.

—¿Qué decía la nota? —preguntó otra vez James.

—Que fuese a la iglesia de San Martín, en Canterbury. Que el padre Benedict tenía algo para ella, para que lo usase como defensa, o algo así.

—Curioso. —Arthur se lo pensó un momento—. ¿Vamos?

—¿Ir a Canterbury? ¿Ahora? Eso sí que no puedo —dijo James. Ahogó una maldición, atrapado entre lo que quería hacer y lo que debía—. Por Dios, si me embarco en eso, va a llevarnos demasiado tiempo y tengo muchas reuniones estos días...

—No te preocupes, no tenemos por qué ir los tres, yo le acompaño. —Arthur le consultó con la mirada—. Si quieres ir, por supuesto.

Edward dudó. La rabia le inducía a ignorarlo todo y volver a su rutina habitual, a su museo y sus estudios. A mandar a aquella mujer al infierno y dejar que Chadburn se la quedase para siempre.

Pero no podía.

—Por supuesto. Vamos. James, ¿puedes ocuparte de avisar a Cabanon de que se encargue de todo, porque voy a estar tres o cuatro días fuera? Así, sin más, porque no sabemos qué ocurrirá en Canterbury. —Se sentía mortificado, porque era la segunda vez que le hacía algo así—. Dile que le doblaré el sueldo.

—Descuida. Y, cuando volváis, hacédmelo saber de inmediato.

—Desde luego, Gysforth, serás el primero en enterarte. —Arthur sonrió a Edward—. Bueno, Rutshore, dado que no tenemos equipaje ni nada, allí podemos quedarnos en la mansión que tiene mi padre en Canterbury, cerca de la catedral, y asaltar su armario, aunque sea demasiado bajito para ti. ¿Qué dices? —Señaló hacia atrás, puesto que seguían andando sin rumbo, al ritmo del enfado de Edward—. ¿Vamos a por mi coche, o prefieres que intentemos llegar andando, como auténticos peregrinos? Te advierto que, andando, nos llevará como diez días, si no más. Sobre todo si hacemos paradas para rezar por las ampollas de nuestros pies.

Edward se detuvo bruscamente. Tomó aire.

—Cuando pueda, te daré las gracias —le dijo.

—Y yo te daré un puñetazo, por necio. ¿Desde cuándo nosotros necesitamos de esas cosas? Vamos, anda. James, ¿te llevamos?

—Si ya se han ido Bethy y las muchachas, lo agradecería. No me gustaría tener que pedir en Chadburn House el favor de que me presten un caballo o me busquen un coche.

Edward sintió que se lo llevaban otra vez los demonios.

—Ni me menciones ese nombre.

Media hora después, Arthur y él partieron para Canterbury en el coche del primero. Tuvieron un viaje tranquilo, en el que pudieron sacar buena velocidad a los caballos. Solo pararon dos veces, para conseguir animales de refresco. Entonces, también compraron algo de comida y bebida, y la consumieron de camino, incluso el cochero, Carter, al que sustituyeron por turno durante un buen par de trechos, para que pudiese descansar.

Edward apenas pudo pegar ojo en todo el viaje, pero Arthur durmió algunas horas; luego charlaron de temas intrascendentes y más tarde miraron por las ventanillas, cada cual pensando en sus cosas, en realidad tan semejantes: el dolor de sus respectivas pérdidas.

Llegaron un anochecer, agotados, y se dirigieron directamente a la mansión del padre de Arthur. El ama de llaves se llevó una buena sorpresa pero, por supuesto, no hubo ningún problema. Cayeron en sus camas y durmieron profundamente hasta la mañana siguiente.

Cuando se levantaron, descubrieron que el ama de llaves había avisado a dos de los criados que solía contratarse cuando la familia viajaba a Canterbury, y tenían ya sus baños dispuestos. Tras un buen afeitado y un buen desayuno, y con ropa de Arthur, porque la de su padre definitivamente no le servía, Edward se sintió de otra manera.

Quizá fuera por estar lejos de Londres, pero todo lo veía con otra perspectiva. Estaba seguro de que iba a descubrir algo que haría que Harry comprendiese que no necesitaba a Chadburn para nada. Pero ¿entonces? ¿Iba a aceptarla de vuelta a su lado? Todavía sentía una rabia intensa cada vez que recordaba cómo se había jactado aquel infame de haber consumado ya el matrimonio. ¿Qué había hecho? ¿Tomarla sobre la misma mesa que habían usado de altar?

Solo pensar que había estado entre sus brazos, que aquella boca odiosa la había besado, que la había poseído como tantas veces lo había hecho él mismo, se ponía enfermo. No quería ni pensarlo. Se repetía una y otra vez que tenía que centrarse en lo que iba a hacer en el siguiente minuto, o se volvería loco.

La abadía de San Martín era un lugar encantador, situado cerca de la catedral. Según le explicó Edward a Arthur, había quien aseguraba que se trataba de la iglesia más antigua de toda Inglaterra, y probablemente fuese cierto, porque estaba datada a mediados del siglo VI y tenía muchos elementos romanos en su construcción, como ladrillos de aquellas lejanas épocas, y buena parte de lo que fue el primer edificio había sido utilizado en lo que ahora era la parte del coro.

Cuando llegaron, a media mañana, todo estaba muy tranquilo. Cruzaron la puerta techada del muro que cerraba el perímetro y se dirigieron hacia las escaleras, bastante empinadas aunque cómodas, que conducían a la entrada de la iglesia, pero entonces vieron a un par de religiosos a la izquierda del edificio, ocupados en unas tumbas. Fueron hacia allí, para preguntar por el padre Benedict, y descubrieron que San Martín tenía un cementerio bastante grande y muy cuidado.

Las tumbas, dispersas por todas partes, parecían muy antiguas, sin lápida, solo con una línea de piedras que dibujaban la zona en la que descansaba el cuerpo. Tenían las piedras y las cruces cubiertas de musgo. Todo allí era muy verde.

—Te sentirás como en casa, Rutshore —le susurró Arthur—. Aquí no parece haber pasado el tiempo desde la época en que el primer romano vino a robarle el Grial al rey Arturo.

Edward no tenía demasiadas ganas, pero se echó a reír. Sabía que Arthur había hecho el comentario solo por intentar animarle.

Los dos religiosos resultaron ser muy amables. Al oír que preguntaban por el padre Benedict, uno de ellos, un sacerdote bastante joven, les condujo personalmente hacia la parte de atrás de la iglesia. Entraron por una puerta y les llevó hasta un despacho. Allí, llamó y se asomó:

—Padre Benedict, el marqués de Rutshore y el marqués de Badfields quieren verle.

Cuando se les permitió pasar, un anciano les miró con sorpresa. Era alto, pero muy delgado, y estaba tan encorvado que parecía medir medio metro menos de lo real. Llevaba en la cabeza una especie de casquete de cuero pegado que cubría todo su cráneo, hasta las orejas y parte de las mejillas, algo que quedaba extraño.

—Bienvenidos, excelencias. —Se mostró respetuoso y cauto, pero no amedrentado, ni tampoco acogedor. No parecían importarle mucho sus títulos—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Padre Benedict, tenemos que hablar con usted. —Edward decidió ser directo y le explicó brevemente su descubrimiento de la nota. Solo hubo un ligero parpadeo de sorpresa.

—¿Dónde dice que estaba?

—En el interior de la empuñadura de un sistro, un objeto musical antiguo.

Él asintió.

—Sé lo que es un sistro.

—Por Dios, tenga piedad —gruñó Arthur—. No me haga sentir mal.

Por primera vez, el hombre le miró con simpatía, y sonrió.

—El caso es que tenía el mango hueco —continuó Edward—. Y, dentro, estaba ese mensaje. Debí ponerlo lady Miranda.

—Entiendo. ¿Podría verlo?

—Me temo que lo perdí —respondió, maldiciendo otra vez al gigantón—. Pero, según indicaba, usted guarda algo para Harry... para lady Harriet. Le decía que viniera a buscarlo, que la ayudaría a defenderse, o algo así.

El hombre se mantuvo impertérrito.

—No sé qué espera que le diga, milord —dijo, cuando fue evidente que deseaban alguna respuesta.

—Pues... —Sí, la verdad era que había tenido la cabeza tan bloqueada que no se le había ocurrido preparar alguna historia para que le diesen a él lo que le correspondía a Harry—. Al menos me gustaría poder ver de qué se trata.

—Me temo que eso es imposible —replicó el padre Benedict—. Compréndalo, milord. Lady Miranda lo dejó bajo mi custodia. Mientras yo viva, se supone que solo debo dárselo a un miembro de su familia, concretamente a su hija. Ni siquiera debo mostrarlo a nadie. Así lo prometí y así lo he hecho y lo seguiré haciendo.

—¿Ha venido más gente preguntando? —El otro hizo un gesto indeterminado—. ¿Lord Chadburn? —Un parpadeo—. Lord Chadburn estuvo aquí, ¿verdad?

—No insista, no debo hablar de ese tema.

—¿Qué pasará cuando muera? —preguntó Arthur, intrigado—. Ha dicho que mientras usted viva lo custodiará para lady Harriet, por si viene a buscarlo. Pero ¿si muere?

—Oh. —Apoyó las manos sobre la mesa y entrecruzó los dedos—. Está todo preparado para que llegue a las autoridades oportunas, milord. Además, será hecho público.

—Así que debe tratarse de algo muy grave. —El sacerdote esquivó la pregunta indirecta—. Escuche, entiendo que esto puede parecer muy sospechoso...

—Un poco, sí.

—Lo entiendo. No nos conoce y llegamos así, de pronto, con una historia sobre un mensaje oculto en un sistro, algo de lo más...

—«¿Musical?» —aportó Arthur. Edward le frunció el ceño.

—No era esa la idea que tenía, no.

—Ah. Te referías a «delirante».

—Gracias, ese término puede valer, sí. —Se volvió hacia el sacerdote—. Delirante. Pero le aseguro que es vital que sepamos qué está pasando, no para nosotros, sino para la seguridad de la propia lady Harriet. No le pido que nos entregue nada, al menos en principio, pero ¿podríamos verlo?

La expresión del padre Benedict se llenó de preocupación.

—¿Qué le ocurre a lady Harriet?

—Estamos seguros de que ha caído en una trampa. —Se le ocurrió una idea—. ¿Fue usted quién le mandó una nota a Francia, para que volviese?

—¿Una nota? —Negó, desconcertado—. No, en absoluto. De hecho, hasta ahora, pensaba que seguía en Francia.

—No. Alguien la atrajo. Y sospecho quién fue. —Intercambió una mirada con Arthur—. Chadburn.

—¿Tú crees?

—Tuvo que ser él. La hizo venir y lo tenía todo preparado. —Miró al padre Benedict—. Por favor, es importante que nos diga esto. ¿Alguna vez ha

venido lord Chadburn por aquí, preguntando por lo que custodia? Lord Vincent Reginald Davis, conde de Chadburn. Alto, rubio, de unos cuarenta y cinco años...

—Con ojos de hielo —añadió Arthur—. Un individuo peligroso.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó el sacerdote.

—Se ha casado con ella. ¡Oh, Dios mío! —susurró Edward, al encajar de pronto las piezas. Miró a Arthur—. ¡Por eso se ha casado con ella!

El padre Benedict se llevó una mano a la boca.

—¡Por el Amor del Santísimo!

Edward se inclinó hacia delante.

—¿Ha estado aquí, verdad? —preguntó, nervioso—. Chadburn. Lo intentó por su cuenta y, al no lograrlo, ha optado por recurrir a Harriet. —Dio con la palma en la mesa—. ¡Responda, por favor!

El sacerdote estaba muy pálido.

—Tienen que irse. Por favor.

—¿Irnos? —Le miró como si le hubiese salido otra cabeza—. Pero ¿qué dice? ¡Tiene que ayudarnos! Si lo que pienso es cierto, Chadburn ha encontrado el modo de llegar hasta lo que custodia, ¿lo entiende? ¡Se ha casado con lady Harriet! La ha presionado de algún modo, no sé cómo. O mucho me equivoco, o no tardará en aparecer por aquí a reclamarlo. Y ella no será la que reciba el paquete.

Por el semblante del sacerdote pasaron un buen número de expresiones distintas, como empujándose unas a otras. Finalmente, llegó a alguna conclusión, porque se mostró decidido.

—No se preocupen, de ocurrir algo así, yo me ocuparé de ese asunto. —Le tendió un papel y le ofreció la pluma—. Pero, si no le importa, por favor, anóteme su dirección, lord Rutshore.

—Pero...

—Milord, me va a perdonar, pero ya no me fío de nadie. *De nadie* —repitió, para dejarlo claro—. Se presenta aquí, sin nada, simplemente con una historia que muy bien pudiera ser cierta, pero que usted no puede demostrar ni yo puedo verificar, y con ella me urge a tomar unas... decisiones que van en contra de mi misión, por completo. ¿De verdad pretende que actúe como me pide? Póngase en mi lugar, se lo ruego. Soy un hombre muy viejo, que ha

hecho un juramento y, a estas alturas de su vida, le parece importante cumplirlo.

Edward se sintió desesperar.

—Tiene que ayudarnos...

—Si no le importa, en este asunto, ayudaré a lady Harriet.

—¡Es lo mismo! Yo amo a Harriet, padre. La quiero con toda mi alma. Si he venido aquí es por lo preocupado que estoy por ella.

El sacerdote escrutó sus pupilas.

—Y yo le creo. Pero si es así, entenderá que sea prudente. ¿Quién me dice a mí que no son unos enviados de lord Chadburn, intentando engañarme para que confíe en ustedes?

Edward tuvo que aceptar que tenía razón.

—Está bien. Es cierto.

—Aunque la historia del sistro es tan rebuscada que no creo que nadie se la inventase —dijo Arthur, en su apoyo—. O, de hacerlo, se hubiese provisto de una buena falsificación, con una nota. No creo que algo así fuese difícil de conseguir, y menos a alguien como Chadburn.

El sacerdote asintió.

—Es posible, pero prefiero ser cauto. Solo puedo prometerles que, si se demuestra que alguien ha organizado semejante ardid para llegar hasta lo que custodio, no le entregaré lo que espera, lo que realmente sé que busca, porque lo último que voy a permitir es que se burlen de la voluntad de lady Miranda. Organizaré las cosas para que llegue a las manos correctas. —Volvió a señalar el papel—. Anote su dirección, por favor, milord.

Supuso que eso era todo lo que iba a conseguir. Anotó su nombre y sus datos y se despidieron. Por lo menos, el sacerdote apretó con firmeza su mano y le prometió que todo iría bien, con la ayuda de Dios. Ojalá tuviera tanta fe como él.

Salieron. Arthur le miró de reojo.

—¿Volvemos a Londres?

Le hubiese gustado poder quedarse en Canterbury, al acecho de la posible llegada de Chadburn, pero a saber si iría de inmediato o dejaría pasar unos días para disimular. Ya llevaba demasiado tiempo fuera, el museo le necesitaba.

Asintió.

CAPÍTULO 18

La noche de su boda fue uno de los momentos más felices en la vida de Harry, pero no por el matrimonio en sí.

Cuando la fiesta ya estaba remitiendo, tras el agitado anuncio de su enlace, lord Chadburn consintió en que la llevasen al dormitorio de Andrew. Se le advirtió que no debía despertarle, pero al menos pudo verle, en la penumbra creada por la luz que llegaba desde el pasillo. Se acercó con sigilo, se sentó a su lado y se limitó a mirarle, como miró al bebé que era cuando estaba en su cunita.

—He vendido mi alma —susurró, apartando un rizo dorado de su frente—. Pero te han devuelto las hadas.

Se hubiera quedado ahí toda la noche, pero la señora Cook, el ama de llaves, se mostró impaciente, seguramente porque quería irse también a la cama. Lógico, tras el trabajo que habría tenido todo el día. Una vez de vuelta en el pasillo, intentó congeniar con ella, agradeciendo ese tiempo añadido y sonriendo, pero la mujer se mostró tan cerrada como una pared de piedra. La miró seria, hizo una inclinación y ordenó a las doncellas que la llevaran a su alcoba.

La condujeron a un dormitorio, que le anunciaron que sería el suyo, una habitación muy bonita, decorada en tonos rosas y cremas. Cuando se fueron las doncellas, cerró con llave y puso una silla en la puerta. Aun así, cogió el atizador de la chimenea y se lo llevó a la cama. Lord Chadburn había demostrado ser un canalla, no se fiaba de él. Estuvo horas en vela, temiendo que apareciese dispuesto a exigir sus derechos maritales. ¿Y qué iba a hacer si ocurría algo semejante? Pues estaba bastante claro: terminaría en la cárcel, pero no iba a consentir que la tocara.

Maldito fuera. Hubiera estado dispuesta a entregarse, de haberse tratado de una buena persona. Hubiera podido convivir con él, ser de verdad su esposa a cambio de ese tiempo con Andrew, y como agradecimiento por todo lo que había hecho por su hermano. Pero jamás, jamás podría perdonarle sus amenazas de muerte a Rutshore o aquel comentario ambiguo sobre que los entregaría al dragón.

Qué curioso que, en ese momento, a la vez que la había terminado de forzar a atarse en ese matrimonio, la había perdido para siempre.

Pero Chadburn cumplió su palabra, y no entró. Eso le dio esperanzas de que cumpliera con todo lo prometido. Ojalá no se equivocase. No podía olvidar que solo tenía la palabra de aquel hombre, aquel completo desconocido que había llegado a su vida envuelto en un enjambre de sospechas y amenazas. Por más vueltas que le daba, no podía entender que alguien que tenía la muerte tan cerca, fuera tan malvado. ¿Acaso no sentía miedo, no le asustaba el momento en que tuviera que enfrentarse al juicio divino? De ser así, no lo parecía.

¡Y ella, estaba tan confusa! Su mente era un auténtico bullicio de reproches y entusiasmos. Lo mismo se recordaba que era una loca y se preguntaba cómo se le había ocurrido meterse en semejante lío, que se alegraba de estar allí, de haber podido contemplar el sueño de Andrew, de tener una oportunidad de futuro con él. Eso valía mucho; estaba por ver si llegaba a compensarlo todo.

Por la mañana, la despertaron las llamadas a su puerta. Cuando abrió, dos doncellas de rostro serio entraron a prepararle el baño y a ayudarla arreglarse. Eran las mismas de la noche anterior. Excepto un saludo seco, no dijeron nada más, y seguro que hubiesen preferido no tener que hacer ni eso. Ni siquiera la miraron a los ojos, procuraban evitarlo.

¿Habría sido orden de lord Chadburn? No lo creía, más que nada porque no veía la necesidad de algo así. En todo caso, de haber sentido algún agrado por alguna de ellas, quizá hubiese intentado un acercamiento. Pero no podían ser más antipáticas, de modo que lo dejó.

Bajó a desayunar, fijándose con más atención en los pasillos suntuosos, los techos impresionantes y el mobiliario exquisito de Chadburn House. No podía negar que era un sitio precioso. Ahora era su hogar, aunque lo sintiera

como una piedra sin vida metida en el zapato. Quizá, cuando se quedase viuda... ¡Pero qué cosas espantosas se le ocurrían! Seguro que eran pecado en algún sitio. Las apartó de su cabeza.

Todo aquello le dio igual cuando vio a Andrew, el pequeño y querido Andrew que ahora se llamaba Howard, sentado a la mesa del comedor, aunque se levantó de inmediato al verla. Un jovencito de doce años, elegante y educado, con un trajecillo de terciopelo gris perla que le daba aire de príncipe encantador.

Claro que era su hermano, se repitió mientras se acercaba a él. Ni en un millón de años hubiese podido negarlo.

Tenía los ojos de Miranda.

—¿Va a ser usted mi madre ahora? —le preguntó cuando le dio los buenos días y un beso en la mejilla. Harry sonrió, apoyó una mano en su hombro y se inclinó para mirarle de frente. Más le valía aprovechar, porque era un muchacho alto y espigado, no tardaría en superarla en altura.

—Algo así. Pero, si lo prefieres, podrías considerarme como... como una especie de hermana mayor. ¿Te gustaría?

El niño asintió, más convencido.

Harry estudió la disposición de los cubiertos. En Chadburn House se tomaban las comidas en el comedor principal, una habitación gigantesca con una mesa en la que cuarenta comensales estarían cómodos, quizá incluso más. Qué distinto era aquello de Gysforth House, con su salita familiar en la que tanto les gustaba estar a todos. Allí sí que había una calidez, una sensación de familia, que no se captaba en esa otra casa, en ningún momento.

Andrew estaba a la izquierda del sitio de presidencia; había cubiertos allí y justo enfrente, a su derecha. Si se sentaba, estaría desayunando enfrente de su hermano, pero la mesa era tan ancha que hasta resultaba incómodo.

Sin pensarlo dos veces, cogió sus cubiertos y los trasladó junto a Andrew, que la miraba tan sorprendido como los criados. Para terminar, levantó una silla y la llevó hasta allí.

—¡Me habían puesto muy lejos! —le dijo al sorprendido Andrew—. Así estaremos mejor, ¿no crees? —Él no se atrevió a decir nada—. No sé si...

—Milady, ¿ocurre algo? —preguntó de pronto alguien a su espalda. El señor Ackerman, el mayordomo. Harry le sonrió.

—No, en absoluto, señor Ackerman. ¿Por qué lo pregunta?

—Por su cambio de sitio. Es algo... irregular.

—¡Oh, no! ¡No se preocupe! —Se echó a reír—. No había hormigas ni nada por el estilo. —El hombre la miró con horror—. Es que, si voy a desayunar con alguien, prefiero tenerle cerca.

El mayordomo titubeó.

—No estoy seguro de que al señor le agrade.

—Bueno, a él no le he cambiado de sitio, que yo sepa, ¿verdad? Por favor, sírvame el té.

Ackerman apretó los labios.

—Muy bien, lady Chadburn.

Habría borrasca, la sentía llegar, pero bueno, de momento se había salido con la suya. Una doncella le puso delante un plato con huevos, salchichas y panceta, lo que le faltaba en esos momentos para ser feliz.

—Eres madrugador —le dijo a Andrew, mientras empezaba a cortar todo en trocitos.

—Me gusta madrugar —respondió el muchacho—. Mi madre siempre decía que así se aprovechaba más la jornada.

Harry se mordió los labios para evitar decirle que aquella mujer no había sido su madre. La pobre lady Chadburn no había tenido ninguna culpa en lo ocurrido. Y a saber lo terrible que había sido su vida, en aquel museo insensible y frío que algunos llamaban hogar.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Sí. Mucho.

—Es normal. —Buscó algo más que decir—. He visto su retrato en el salón dorado. Era muy bella.

—Supongo. —Hizo un gesto indeterminado—. Pero siempre estaba triste.

—¿Por qué? —Él la miró de reojo. Todavía no tenía tanta confianza como para confiarle aquello. Pero tomó nota para más adelante—. Hace un día estupendo. ¿Quieres que vayamos de picnic?

Eso le sorprendió.

—¿Al parque St. James?

—Sí. —Había pensado ir a visitar a sir Alan, para que le explicase su nota, su permiso, por qué no había insistido en ir él mismo a decirle cómo estaban

las cosas, pero podía dejarlo para otro día. Total, ya estaba hecho. De haber cometido un error, ya solo había lugar a reproches y tampoco era algo que mereciera la pena—. O a pasear por los jardines Vauxhall si prefieres. O a cualquier lado, en realidad. ¡Vámonos juntos a pasar el día por ahí!

—¿Y padre?

—Él es un hombre muy ocupado, seguro que tiene muchas cosas que hacer... Pero no importa, podemos comprarle algún regalo y dárselo a la noche. ¡Le sorprenderemos!

Andrew sonrió.

—Sería estupendo.

—Me temo que tendréis que posponerlo para otro día —dijo una voz desde la puerta. Chadburn les observaba entre divertido y seco—. Lo siento, Howard, tu preceptor te espera.

—Oh, padre, pero ¿no podríamos...?

—No, no podemos. —Avanzó hasta la cabecera y se sentó—. Sabes que tienes que mejorar. El año que viene te espera Eton y quiero que estés muy preparado. *Mucho*, Howard. Quiero que seas el mejor.

—Estoy segura de que la lección que sea puede esperar a mañana —empezó Harry. Qué molesto era tener que pedir permiso como si fuera una niña pequeña. No estaba acostumbrada. Con su abuelo había tenido mucha libertad y, luego, aunque sir Alan había sido su tutor, no había habido nadie que se creyera con derecho a ordenarle nada. Ahora sí. A todos los efectos, ese hombre era su dueño. Sintió un vacío en el estómago al recordarlo.

—¿De verdad? —preguntó Chadburn, con un ligero fruncimiento de ceño. Harry buscó el mejor modo de exponer su opinión, porque notaba que caminaba por arenas movedizas.

—Milord, tiene que entenderlo, usted y yo acabamos de casarnos, y debo hacer lo posible para conocer a su hijo y congeniar con él. Tenemos que formar una familia, los tres. Por eso, le ruego que nos deje disfrutar del día.

—Un alegato encantador, querida —afirmó Chadburn, mientras veía cómo el criado le servía el té—. Pero, precisamente hoy, no es posible. Howard, si has terminado, tu preceptor te espera.

Harry apretó los dedos alrededor de los cubiertos, enojada por el tono condescendiente y por el hecho de que se le negase algo tan básico. Chadburn

sabía por qué estaba allí, por qué se había casado con él, en buena medida: por su hermano. Sabía que llevaba muchos años lejos de Andrew, que no había sabido de su existencia hasta hacía muy poco. Era normal que quisiera disfrutar al máximo de él, pasar un par de días a su lado, ¿qué más le daba retrasar aquella clase a otro momento? Pero no quedaba otro remedio que esperar.

Andrew también debía saber que no podría hacer cambiar de opinión a su padre, porque compuso una expresión resignada y se levantó. Le hizo una ligera inclinación antes de abandonar el comedor.

—Milady... Espero que podamos salir otro día.

—Estoy segura. Gracias, Andr... Howard.

El muchacho se fue y Chadburn agitó la cabeza.

—No soy un hombre insensible. Cuando volvamos, permitiré que pases un día completo con él, que te lo lleves donde quieras. Me ha gustado mucho escuchar cómo le hablabas, y como me incluías y sugerías hacerme un regalo. Gracias. —Se lo reconoció también con un gesto—. Mientras cumplas las normas y te comportes como una buena esposa, yo seré un buen esposo.

Si pensaba que iba a perdonarle, estaba muy equivocado. Una cosa era cómo se comportase frente a Andrew y, otra, la verdad de lo que pensaba de él. Sencillamente, no quería confundir al muchacho. Era importante tener un padre como modelo. Aunque fuera uno como ese.

Obvió toda su palabrería y se centró en lo importante.

—¿Volvamos, de dónde?

—Canterbury. Termina de desayunar y sube a cambiarte. Salimos de inmediato.

—Pero... —Harry se quedó tan sorprendida que tardó un par de segundos en replicar—. ¿A Canterbury?

—Eso he dicho.

—Algo así nos llevará dos o tres días.

—Pongamos cuatro, entre ir y volver sin agotarnos. Lleva algo de abrigo, creo que va a refrescar a lo largo del día y no me extrañaría que mañana lloviese.

—Pero ¿para qué? —¿Quizá quería que el arzobispo les bendijese, o algo así? No imaginaba que fuera tan religioso, no daba esa impresión, aunque

quizá la proximidad de la muerte le había inducido a serlo.

Chadburn frunció el ceño.

—A recoger una cosa —contestó, seco—. Por esta vez, he contestado, pero no me gusta que me interroguen. Recuérdalo.

—¿Y tengo que ir yo? —preguntó, sin hacer caso—. Podría ir usted. Yo me quedo con Andrew.

—Con Howard. —Lanzó una mirada de advertencia—. Le llamarás Howard o no le volverás a ver.

—Siempre le llamo Howard —aseguró, inquieta por la amenaza—. Ha sido sin querer.

—Pues acostúmbrate rápido. Y no, no puedes quedarte. Ya te he dicho que vas a venir conmigo. —La miró como si, realmente, se asombrara del empeño. Como debieron hacer tantos amos, en el pasado, ante las protestas absurdas de sus esclavos, si es que se atrevían a hacerlas—. ¿Qué sentido tiene insistir?

Estaba claro que lo tenía decidido, y también que ese matrimonio no iba ser un remanso de paz, precisamente. Harry había soñado con la posibilidad de poder llevar vidas separadas, ella con Andrew, casi ignorando la existencia de Chadburn, hasta que la enfermedad se lo llevase, pero estaba claro que iba a tener que hacer algunas concesiones.

Esperaba ser capaz de soportarlo pero, ya de salida, no le había gustado nada su comportamiento, esa prepotencia con la que había expuesto su decisión. Quizá, de haberle consultado lo que fuera, y haberle pedido que le acompañase, Harry hubiese ido con él a cualquier lado. Sí, seguramente sí. Aunque solo fuera porque Chadburn estaba enfermo y porque había cuidado mucho de su hermano, durante años. Pero no había sido el caso.

Media hora después, Harry subía al coche, donde ya esperaba su esposo. Partieron de inmediato y, aunque ciertamente llovió, fue un chubasco leve, que pasó rápido. Por lo demás, el viaje transcurrió sin incidentes. El coche avanzaba a un ritmo cómodo, no se tomaron muchas prisas, aunque a ratos veía en Chadburn gestos de impaciencia. Era como si tuviera ganas de llegar, pero no quisiera demostrarlo. Como semejante idea no tenía sentido, Harry la apartó de su mente.

Chadburn se puso a leer un libro y Harry lamentó no haber llevado otro. Se

dedicó a contemplar el paisaje y a dormitar a ratos. Aunque no se animó a preguntar al respecto, debía ir un criado delante, porque las dos noches durmieron en excelentes posadas, donde ya les estaban esperando con una buena cena calentándose en los fogones. Siempre contaron, además, con habitaciones distintas. Por las mañanas, la saludaba con un «buenos días, querida» y un beso en la mejilla. No hubo muchas más palabras.

Para cuando avistaron la ciudad, era casi la hora del té. Harry estaba deseando llegar a la casa que Chadburn tenía en Canterbury, darse un baño y comer algo, pero su marido ordenó ir directamente a otro sitio. Una iglesia.

El lugar le sonó familiar, ya desde la extraña puerta techada de su muro exterior. Ella había estado allí, seguro. Pero ¿cómo? ¿Cuándo? Los recuerdos se resistieron un breve segundo; luego, le llegaron imágenes de un verano perdido en el tiempo, en el que sus padres y ella habían pasado un par de meses en Canterbury.

Lady Miranda solía ir a esa iglesia, porque era muy amiga de un sacerdote, un hombre de origen francés. A veces la llevaba con ella y Harry había jugado entre las tumbas del bonito cementerio.

Un religioso la había enseñado a plantar rosas en aquel mismo sitio...

Se sintió abrumada por la nostalgia y hubiera querido poder compartir aquel sentimiento con alguien, pero, a su lado, solo tenía a Chadburn, que no parecía interesado en conocerla.

Edward.

A él sí que se lo hubiese podido contar. La hubiese estrechado con fuerza entre sus brazos, confortándola por sus pérdidas, y hubiese hecho preguntas absurdas. Como de qué color eran las rosas que plantó. Siempre tan detallista... Le echó fieramente de menos. ¡Le amaba tanto! Y parecía ya formar parte de otra vida, porque dudaba que la perdonase jamás por lo que había hecho. Qué enfadado estaba la noche de la fiesta en Chadburn House. Y qué dolido...

—¿Querida? ¿Harriet? —preguntó Chadburn. Estaba fuera, en el suelo, con la mano tendida hacia ella, para ayudarla a bajar del coche—. Vamos, vamos. No tenemos todo el día.

—Perdón —dijo, pero solo porque estaba emocionada. En otro momento le hubiese mandado directamente al demonio. O se hubiese callado, por

Andrew.

A qué negarlo. Últimamente, lo hacía todo por él.

Bajó y se dirigieron a la iglesia, dando un rodeo para entrar por la parte de atrás, a una zona que correspondía a las oficinas y viviendas de los religiosos, o al menos esa impresión le dio. Chadburn preguntó por un tal padre Benedict. Un sacerdote muy joven, de cara simpática, les acompañó hasta una puerta. Llamaron.

—Adelante —se oyó. Chadburn abrió.

Era un despacho, pequeño y oscuro, más lleno de libros que de aire. Hacía frío, pero la chimenea no estaba encendida. Solo había una vela, en el escritorio, iluminando el libro abierto y el rostro sobresaltado de un anciano.

Harry parpadeó, confusa. O mucho se equivocaba, o el sacerdote les miró con miedo, a Chadburn y a ella.

—Padre Benedict, buenas tardes —dijo el conde, con una voz extraña. Parecía aunar dos naturalezas, como un látigo forrado de terciopelo.

—Lord... lord Chadburn... —balbuceó el hombre—. Qué sorpresa. No esperaba volver a verle.

—¿No? Me sorprende. Ya le expliqué en su momento que soy un hombre perseverante. Ah, disculpe. —Hizo un gesto hacia Harry—. Esta es mi esposa, lady Harriet Waldwich. Hija de lady Miranda y del apreciado lord Trammheran.

Harry le miró sorprendida. Y eso ¿qué importaba? Aunque quizá lo decía porque se conocían. Entonces, se dio cuenta de que, aquel religioso, era el amigo de su madre. Mucho mayor, pero era él.

—Quizá me recuerde —le dijo, con amabilidad—. Vine por aquí varias veces con mi madre. —Sonrió—. Usted me enseñó a plantar rosas.

El sacerdote asintió.

—Ha crecido mucho desde entonces, lady Harriet. Me alegro mucho de verla, aunque sea en estas circunstancias. —Harry le miró con sorpresa. ¿A qué se refería? El hombre pasó los ojos entre Chadburn y ella—. ¿Es cierto? ¿Se han casado?

—Jamás bromearía con un sacramento —replicó Chadburn, con algo de sorna. Sacó unos documentos y se los tendió—. Aquí tiene la prueba. —El sacerdote, efectivamente, los revisó, y a medida que estudiaba los pliegos, su

piel iba adoptando el mismo color pálido del papel—. Puede revisarlos durante horas, son auténticos. —Se inclinó hacia él—. Démelo. Ya.

El padre Benedict afirmó la mandíbula.

—Lo que ha hecho es absolutamente ruin, Chadburn. ¡Aprovecharse así de la ignorancia de una joven inocente! Es más, estoy seguro de que este matrimonio podrá anularse con facilidad, en cuanto se sepa que lo ha llevado con intereses muy distintos a los que exige el sacramento.

Chadburn se echó a reír.

—Va a resistirse hasta el final, ¿no es cierto, padre? Pero no le servirá de nada. Yo no me he aprovechado de nadie. Adelante, querida. Dile lo enamorada que estás de mí.

Harry pasó la mirada de uno a otro. ¿Qué estaba pasando? Fuera lo que fuese, se resistía a darle el gusto a Chadburn. No quería mentir así y no entendía las razones, pero algo le decía que no le convenía seguirle la corriente.

—Yo... me he casado voluntariamente con lord Chadburn. Es un hombre maravilloso, y queremos... queremos fundar una familia. —Hasta le cogió por el brazo, pese a que no podía sentirle más lejano. De algún modo, hostil. Se obligó a permanecer inmóvil, con una sonrisa—. Créame, padre Benedict, es una unión totalmente bendecida por Dios.

El sacerdote la miró de un modo extraño. Le devolvió los documentos a Chadburn y se puso en pie.

—Muy bien. Esp... —Se encogió sobre sí mismo, llevándose una mano al corazón—. Oh, Dios...

Harry palideció.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. —Chadburn le sostuvo y le ayudó a volver a sentarse—. No se le ocurra morir ahora, maldito.

—Ayuda... Pida ayuda.

—Llame a alguien —suplicó ella, angustiada. Chadburn miró al sacerdote con sospecha.

—No. Ve tú. Yo me quedo con él.

—Oh, maldita sea. —No era cosa de ponerse a discutir quién iba o quién se quedaba. Harry se dirigió hacia la puerta—. ¡Ayuda! ¡Ayuda por favor! ¡El

padre Benedict se encuentra mal! —Como no veía a nadie, salió al pasillo y corrió hacia la entrada. Pasaba junto a la siguiente puerta, cuando alguien la sujetó y la metió hacia dentro—. ¡Ah!

—Silencio, milady. Por favor, silencio. —Era el cura jovencito—. El padre Benedict me ha pedido que le pregunte si puede confiar en lord Rutshore.

—¿Lord Rutshore?

—Sí, estuvo aquí ayer. Por favor, no tenemos tiempo. No quiere que se entere lord Chadburn, a menos que usted esté de verdad feliz, casada con ese hombre.

—No. ¿Qué dice? No lo estoy. —Titubeó—. Me encuentro en una situación muy complicada.

—Ya me lo imagino. Lord Chadburn no se distingue por su amabilidad. No se preocupe, solo responda a mi pregunta: ¿puede el padre Benedict confiar en lord Rutshore?

No le costó nada dar esa respuesta. De hecho, se sintió tan plena de amor que se le debió notar en el rostro, porque el joven sacerdote parpadeó ligeramente y sonrió más todavía.

—Por completo.

—Muy bien. Que Dios les proteja y les bendiga. —Se dirigió hacia la puerta—. Vamos.

Volvió con ella al despacho del padre Benedict. Allí, lord Chadburn mantenía incorporado al anciano y trataba de hacerle beber un poco de agua.

—Permítame, milord —dijo el joven. Cogió el vaso, echó unos polvos, agitó haciendo círculos y se los dio a beber al anciano. A saber qué eran, cualquier cosa inocua.

Pero, por supuesto, el sacerdote empezó a recuperarse.

—Perdón —susurró—. El corazón.

Chadburn hizo una mueca.

—Aguante un poco más, para cumplir su promesa —se limitó a decir, en un tono contenido—. Vamos.

Salieron de nuevo por la parte de atrás del edificio, se metieron por el bonito cementerio y se dirigieron hasta una tumba que hasta ese momento no hubieran distinguido de otra cualquiera. El sacerdote apartó unas piedras colocadas al pie de la cruz, y empezó a escarbar con los dedos. Harry se iba a

ofrecer a hacerlo ella misma, pero no fue necesario. La tierra estaba muy blanda y el objeto a poca profundidad, no tardó mucho.

Era una caja.

Se la tendió a ella, pero Chadburn fue más rápido y la cogió.

—Yo me haré cargo de los bienes de mi esposa, si no le importa.

—No, no me importa. Para bien o para mal, yo he cumplido mi misión.

—Ya. Cuánta complicación para un acto tan sencillo —gruñó el conde.

—¿Usted cree?

Chadburn no replicó. Abrió la caja y repasó los documentos. Algo le sorprendió, porque los volvió a repasar. Al no quedar contento, alzó la vista y le miró.

—¿Seguro que está todo? ¿Esto es todo lo que le dio?

—Así es. Quemó algunos documentos y otros los metió en la caja. Quizá, lo que busca, estuviera entre los primeros.

—No es cierto. Imposible. Ha debido esconderlo en otra parte.

El sacerdote se encogió de hombros.

—No sé a qué se refiere. Como bien sabe, yo recibí la caja y la enterré, con un juramento de no mirar su contenido. Ahora, usted la ha abierto.

—Sí, yo la he abierto. Pero esperaba que hubiera algo más.

—No sé qué decirle. Quizá se equivocaba.

—No, no me equivocaba. ¿Cree que soy idiota? ¿Acaso está intentando engañarme, maldito cura? Después de todo lo que ha pasado, pretende engañarme? —Arrojó la caja a un lado y enganchó al sacerdote por la pechera—. Si me está engañando, juro que le mataré.

—¿Chadburn! —exclamó Harry—. Suéltele.

No le hizo ningún caso. Muy por el contrario, sacudió al sacerdote.

—Sabe que lo digo en serio, ¿verdad?

—¿El qué, que es usted un desalmado capaz de matar a un pobre viejo? Por completo. —El padre Benedict se quitó la toca, para que pudieran ver que le faltaba una oreja, y toda la zona de ese lado de su cabeza, cuero cabelludo incluido, estaba lleno de cicatrices de quemaduras. Harry se llevó las manos a la boca y ahogó un grito, horrorizada—. Alguien capaz de hacer esto, es capaz de todo. —Chadburn entrecerró los ojos—. ¿Ya no lo niega? ¿No niega que fue usted quien ordenó que me secuestrasen y me torturasen? Pero no

hablé, no le entregué la caja y estropeé sus planes. —Le miró con compasión—. Pobre ser sin alma. No puede imaginar la fuerza que da a un hombre la armadura de la fe.

Lord Chadburn le empujó. El anciano trastabilló y cayó sentado al suelo.

—¡Por Dios! —exclamó Harry, y se arrodilló a su lado, para comprobar cómo estaba y ayudarle a incorporarse.

—Si me ha engañado, si aparece por alguna parte, le juro que volveré —le advirtió Chadburn, señalándole con un dedo—. Me presentaré aquí, como un maldito ángel de la muerte y le mataré. Luego, arrasaré y quemaré este puñetero lugar hasta que no queden ni los cimientos. Así se desvanecerá en el olvido la iglesia más antigua de Inglaterra.

—Será como Dios quiera.

—No sea patético. Hace mucho que Dios hace lo que yo le digo. —Eso consiguió perturbar al padre Benedict, y Chadburn se dio cuenta. Sonrió—. Vamos —le dijo a ella.

—Llémosle dentro.

—No. —La agarró por un brazo y la puso en pie por la fuerza—. Que se arrastre, como el gusano que es. Vamos.

Volvieron al coche, él avanzando a grandes zancadas y ella intentando mantener su ritmo. La ayudó a subir y se acomodó al lado.

—¿Quieres que pasemos la noche en Canterbury? ¿O volvemos directamente a Londres? Quizá estés cansada.

Qué cambio. De pronto, podía no ser cordial, pero se mostraba amable. Aquel hombre no estaba bien de la cabeza. Harry tragó saliva.

—Estoy cansada, pero preferiría volver.

—Lo supuse. Muy bien. A Londres —ordenó al cochero. El carruaje se puso inmediatamente en marcha—. Dormiremos en los mismos sitios. Los dejé pagados por si preferíamos esta opción.

Ella miró por la ventanilla. El sacerdote jovencito estaba ayudando al padre Benedict a volver al edificio. Ambos miraban hacia el coche. Se juró que no olvidaría esa estampa. Era un ejemplo claro de la brutalidad de Chadburn.

—Gracias por preocuparse por mí —murmuró.

—De nada. Para bien o para mal, eres mi esposa. Comportate como tal y yo sabré agradecerlo.

Harry asintió. Ya que estaba de un humor más abierto, decidió aprovecharlo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado en ese sitio?

—Te tengo dicho que no hagas preguntas.

—¿Pero tenía que ver mi madre, no? ¿Ese paquete era para mí?

Chadburn la miró.

—¿Qué te acabo de decir? Que te comportes como una buena esposa. Las buenas esposas no hacen preguntas.

Harry guardó silencio. ¿Qué habría en la caja? Pero sabía que pedirlo no serviría de nada, no le dejaría verlo.

Llegaron a Londres una noche cerrada, tras un largo viaje que resultó más agotador por lo cansados que estaban al iniciarlo. Aun así, Harry corrió por las escaleras, con la esperanza de poder arrojar a su hermano, pero los criados le dijeron que Andrew ya se había acostado, así que tuvo que contentarse con mirarle unos minutos en silencio.

No quiso cenar, se fue a dormir, aunque apenas pudo pegar ojo.

Al día siguiente, esperó a que Chadburn hubiese salido de la casa y se coló en el despacho, para registrarlo a fondo de arriba abajo. No encontró nada que le llamase la atención, por ningún sitio, excepto un tentador arcón reforzado, situado contra la pared del fondo, provisto de una buena cerradura. No recordaba que hubiese estado allí la noche de su boda.

¿Quizá lo había llevado para esconderle cosas, sabiendo que ahora ella vivía en la casa y podría hacer como estaba haciendo, infiltrarse en el despacho? A saber. Buscó por el escritorio, pero no encontró la llave. No podía correr el riesgo de intentar abrirlo por la fuerza, ni tenía los conocimientos ni podría disimularlo. Además, igual ni siquiera había nada dentro. Quizá se había llevado la caja con él.

Unas cartas dobladas a un lado llamaron su atención. Eran variadas: de sus abogados; de Eton confirmando la plaza de Andrew para el año siguiente; de unas piezas que había comprado para su colección a través de un marchante en París; de Egipto, algo sobre la organización de una expedición en primavera, que se entendería hasta otoño...

Harry se quedó paralizada. Leyó de nuevo esa última carta, pero no había dudas: Chadburn estaba organizando una excavación para el año siguiente.

El año en que, era de imaginar, iba a estar muerto.

—Oh, no... —susurró, espantada. No podía ser, no podía haberla engañado sobre su salud. Vio los documentos, vio la carta de sir Alan. Le confirmaba que todo era cierto—. Ay, Dios mío...

Tenía que hablar con sir Alan. Subió corriendo a su dormitorio, cogió una chaqueta, el sombrero y una sombrilla y volvió a bajar. Tomaría un coche de alquiler, no quería esperar a nada. Pero, cuando estaba cruzando el vestíbulo, la interceptó el mayordomo.

—¿Lady Chadburn? ¿Va a salir?

—Es evidente, señor Ackerman. —Se riñó por hablarle así—. Perdón, estoy nerviosa. Sí, voy a salir.

—¿Y su doncella?

—No es necesario. Voy a...

—Perdone que insista, milady. No puede ir a ningún lado sin doncella.

Señor, cada vez echaba más de menos sus tiempos sencillos de París, donde a nadie le importaba si iba o venía sola o acompañada.

Para alivio de Ackerman, asintió.

—Está bien. ¿Puede avisar a alguien? ¿Y pedirme un coche?

—Por supuesto, milady. Espere un momento.

Le tocó de acompañante una tal Margaret, una de las antipáticas que la atendían en su habitación, así que supuso que eran sus doncellas personales, aunque nadie se lo había dicho, ni siquiera ellas.

Por lo menos, el cochero resultó ser el hombre al que salvó del látigo de Abdel. Dijo llamarse Breaste y estar encantado de poder llevarla.

—Para cualquier cosa que necesite, milady —le dijo, de corazón, y ella se sintió agradecida de tener un amigo en la casa. Le dio la dirección de sir Alan y contempló la ciudad mientras se dirigían hacia allí, preguntándose qué estaría haciendo Edward. Seguramente estaría en su museo, organizando la inauguración, que ya era inminente. Sintió la tentación de ir, pero seguro que la doncella la delataría a lord Chadburn. Tendría que esperar a otro momento.

La señora Randall, el ama de llaves de sir Alan, estalló en sollozos y la abrazó con fuerza al verla.

—¡Milady! ¡Qué alegría, Dios mío!

—Yo también me alegro de verla, señora Randall. ¿Está sir Alan?

—Sí, desde luego. Arriba, en su habitación. Ahora duerme. Lleva unos días enfermo.

—¡Oh, cómo no me avisaron! —Aunque, pensándolo bien, había estado fuera de Londres, tampoco hubiesen podido localizarla—. ¿Qué le ocurre?

—El corazón, como siempre. —Suspiró—. En realidad, es que nos hacemos mayores, milady.

Harry le apretó el brazo en un gesto cariñoso.

—Se repondrá —la animó. La señora Randall respondió con una sonrisa triste—. ¿Está Dwight?

—Sí, por supuesto. En el despacho. ¡Es un ángel! Ahora él se ocupa de todo. Estudia y lleva los casos, los defiende... ¡Hasta firma por sir Alan! —Harry parpadeó, con una sensación extraña en el estómago. Una certidumbre repentina y terrible—. Gracias a él podemos seguir manteniéndonos sin necesidad de recurrir todavía a los ahorros.

—Bien. Pero si necesitan algo, díganmelo, por favor.

—Descuide, milady.

Le dio un último abrazo y fue hacia el pasillo. Dudó entre subir a ver a sir Alan o ir al despacho. Al final, optó por lo segundo. Necesitaba respuestas.

Llamó a la puerta y abrió. Dwight estaba en la mesa de sir Alan. Tenía un buen montón de trabajo delante. Al verla, se ruborizó, con aire culpable, y ella supo la verdad.

—Hola, Dwight.

—Harry...

Entró y cerró suavemente. Se quedó de pie ante la mesa, con las manos apoyadas en el mango de la sombrilla.

—Fuiste tú, ¿verdad? —preguntó. No tenía ganas de rodeos.

—¿Eh? No sé qué...

—No seas cobarde, no te escabullas, no te lo voy a consentir. —El otro no dijo nada—. Tú siempre has falsificado bien la firma de sir Alan, y supongo que también su letra. Si te sirve de algo, hiciste un buen trabajo, no me di cuenta. Pensé, de verdad, que la carta era de sir Alan. Pero no. Era tuya. Tú lo hiciste. Me engañaste y le ayudaste a engañarme.

—No es...

—¡No me mientas!

Él dio un golpe en la mesa. Se levantó.

—¡Pues sí, fui yo! ¿Qué quieres que te diga? ¡Te lo advertí, Harry, si no eras para mí, tendrías que asumir las consecuencias!

—Escribiste la carta...

—¡Sí, claro que sí! ¡Y le conseguí los documentos médicos, en varios idiomas, pese a que no creía que funcionase ese absurdo plan suyo! Y tú eres tonta, y te lo creíste.

Sí, fue tonta. No estaba segura de qué hubiese hecho, de saber que Chadburn estaba sano. ¿Se hubiera casado, por Andrew, por evitar la amenaza de muerte sobre Edward? Quién podía decirlo. Ya nunca lo sabría. Lo único que tenía claro era que se sentía atrapada, engañada y estafada de un modo terrible. Como si estuviera en el interior de una caja sin salidas.

Miró con desprecio a Dwight y dio media vuelta.

—Espera —le dijo él—. ¿Qué vas a hacer? —Como siguió hasta la puerta, se alarmó—. ¿Se lo vas a decir a sir Alan? ¡No puedes!

—¿Por qué no puedo, Dwight? —preguntó, enojada—. Dime, ¿qué me impide subir y contarle que eres un mezquino hijo de puta que me ha destrozado la vida?

—No hables así. ¡Y no es verdad! Ahora eres rica...

—¿Eso te consuela? Sabes que me has vendido, lo sabes. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Cuánto te pagó? ¿Y desde cuándo? Tú fuiste el que le dijo que iba a Trammheran House... ¿Verdad?

—Sí —respondió, renuente—. En realidad, debía avisarle en cuanto llegaras a Inglaterra, pero no lo hice. Me callé. Te di una oportunidad, conmigo, podías haber tenido una vida normal, sin sufrir tantos problemas con esa gente. Pero no quisiste. ¡La culpa fue tuya!

—Miserable... Y cuando fui a Sleeping Oak, también fuiste tú.

—Se me ocurre que fue algo menos rastrero que drogar a sir Alan.

Harry se ruborizó.

—De eso me arrepentiré siempre, sí. Cada cual cargaremos con nuestras culpas. ¿Cómo te contactó? ¿Cómo supo de sir Alan?

—No lo sé. Fue hace un par de años. Se me acercó en la calle y me propuso... bueno, un acuerdo.

—Comprendo.

—No deberías quejarte. Ahora eres su esposa. Eres alguien importante. ¡Harry! —exclamó al ver que se iba sin más. Salió tras ella—. No puedes decírselo a sir Alan. Le matarás.

Eso era cierto. Si se lo decía, echaría de allí a Dwight, le daría el castigo que merecía, pero su corazón no soportaría tal decepción. Le quería como a un hijo, siempre había insistido en confiar en él.

Harry asintió.

—No le diré nada. No quiero que se altere. Pero escúchame bien, Dwight. Cuando todo esto termine, me ocuparé de devolverte el golpe. —Miró a su alrededor—. Sir Alan era un gran hombre, pero creo que mi esposo tiene poder suficiente para hundir a un abogado de segunda como eres tú. Y si él no quiere hacerlo, tengo otros amigos que lo harán. Me ocuparé de que acabes en Marshalsea o en Fleet, y de que vivas una vida de infierno que te haga desear la muerte.

—No lo dices en serio.

Posiblemente no, porque no era una mujer despiadada, y tarde o temprano se arrepentiría. Pero en esos momentos estaba tan enfadada que sí quería que la creyera. Mantuvo su mirada, le dedicó un gesto de desprecio y salió del despacho.

Subió a ver a sir Alan y estuvo con él cosa de media hora. Solo despertó un momento, lo justo para sonreírle.

—Qué guapa estás, Harry —susurró—. Cada día te pareces más a tu madre.

—No bromees, padrino —dijo ella, conteniendo las lágrimas—. Ella era luz, y yo soy sombra.

Él palmeó su mano y se volvió a dormir.

Se despidió de la señora Randall y volvió a Chadburn House. Andrew todavía estaba con su tutor, de modo que decidió subir a su dormitorio y descansar.

Estaba a mitad de las escaleras, cuando sufrió un mareo. Sintió que todo se movía de sitio, y unas náuseas profundas que casi la hicieron vomitar.

—¿Lady Chadburn? —preguntó Margaret. ¡Por fin, un rastro de vida en aquella estatua!

—Estoy bien...

—Vamos, la llevaré al dormitorio y avisaré al médico.

El doctor Walker, el médico de lord Chadburn, no tardó en llegar, aunque para entonces ya se sentía bastante bien. De todos modos, la examinó, aunque muy por encima.

—Deben ser los nervios y el agotamiento, por lo precipitado de la boda y el viaje que realizaron justo a continuación. —Chasqueó la lengua, en un gesto admonitorio—. Las mujeres no deberían ajetrearse así.

Harry pensó en las miles y miles de campesinas que habían trabajado de sol a sol desde el inicio de los tiempos, más incluso que sus maridos, porque luego seguían con las labores de la casa, pero decidió guardar silencio.

—Gracias, doctor. Trataré de descansar.

—Bien. Le daré un tónico. Tome una cucharada antes de irse a dormir, y verá cómo se siente más tranquila.

—Muy bien. —Se preguntó si aquel hombre estaría aliado con Chadburn. Si sabría lo de los dictámenes médicos. Decidió probarlo, siempre era bueno saber en quién podías confiar. Puso cara de lástima—. Aunque lo que más me preocupa es la salud de mi esposo.

—Bueno, eso... —El médico pareció turbado y agitó la cabeza—. Me temo que no tiene solución.

Muy bien, de modo que estaba al tanto de todo aquello. Harry tomó buena nota. De encontrarse mal, acudiría a cualquier otro.

—Pensé que quizá...

—No. Me temo que no. Vea el lado positivo, milady: al menos el conde ya tiene un hijo —dijo entonces él, sorprendiéndola—. Y una joven dama como usted, se sentirá aliviada de no tener que soportar ese feo aspecto del matrimonio.

¿Feo aspecto del matrimonio? ¿De qué demonios estaba hablando? ¿Del sexo? ¿Y por qué mencionaba eso, ahora? La mente de Harry funcionó a toda velocidad. ¿Era posible que estuviesen hablando de cosas distintas? ¿Quizá lord Chadburn no había ido a su habitación, no por su promesa, sino por algún problema físico?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, milady. Intentaré contestar lo mejor posible.

—Verá, me da mucho apuro preguntarle a lord Chadburn...

—Comprendo... —La miró como a una niña preguntona—. ¡Esa deliciosa

curiosidad femenina! Quiere saber los detalles...

—Así es. Y este sinvivir no me deja... vivir —terminó, con poca gracia. Al menos, él se rio.

—Intentaré ayudar. Verá, el incidente ocurrió hace ya varios años, dos o tres, si no recuerdo mal. Yo ya era su médico, aunque, para cuando me avisaron, ya le había operado el cirujano del rey, yo solo me ocupé de su recuperación. Por lo que me dijeron, le habían asaltado en la calle, unos maleantes, y uno de ellos había tenido la mala fortuna de clavarle el puñal en sus... partes nobles.

—Oh, Dios mío...

—No me extenderé en detalles, milady, porque, además de complejos, pueden atentar contra su delicadeza. —Harry apretó los dientes para contenerse y suplicó un poco de paciencia para soportar a los muchos idiotas que poblaban el mundo, algunos con títulos en medicina—. Solo diré que las consecuencias fueron lamentables. Como ya sabe, lord Chadburn quedó totalmente incapacitado para... mantener cierta clase de... relaciones.

De modo que era eso. Lord Chadburn tenía algún problema físico que le impedía acostarse con una mujer. Renunciar a mantener relaciones con ella, no era una cortesía por su parte.

Era un día de revelaciones.

—Qué terrible...

—Ya ve. Lord Chadburn es un héroe de guerra, luchó en la batalla de Waterloo, donde estuvo a punto de morir, pero unos maleantes le provocaron un daño peor que la propia muerte. —Agitó la cabeza—. Es una suerte que ya hubiese asegurado el linaje, aunque desde luego hubiese sido deseable que tuviese más de un hijo, por si acaso sucediese alguna fatalidad, Dios no lo quiera. Pero, así es la voluntad de la divina providencia.

—Desde luego, desde luego. Por lo demás, la salud de mi marido, es perfecta, ¿no?

—Está muy sano, no se preocupe. —El médico sonrió, campechano—. ¡Es tan agradable ver el modo en que se preocupa una joven recién casada! Puede estar tranquila. Tendrá muchos años de feliz matrimonio.

Lamentablemente, no era una noticia que la alegrase mucho. Y no solo por haber descubierto que había sido engañada por completo, en cada una de las

cosas que planteó la noche de su boda. Todo, absolutamente todo, estaba resultando ser falso. Y, después del viaje a Canterbury, sentía pocas simpatías por aquel hombre, si es que le quedaba alguna.

—Gracias, doctor Walker.

—Un placer, milady —replicó él, y se dispuso a marcharse. Estaba casi en la puerta, cuando se le ocurrió otra pregunta.

—Doctor, una última cuestión. —Él asintió y movió el sombrero, animándola a seguir—. ¿Sabe de qué falleció la primera esposa de lord Chadburn?

El médico se ruborizó.

—Eh, sí... Fue un lamentable accidente. Era sonámbula, ¿sabe? Y, una noche, se cayó por las escaleras.

—¿En serio? —Parecía tan culpable... Sintió un estremecimiento. ¡Qué tontería! Empezaba a ver fantasmas por todas partes. Pero no podía demostrar nada. Mejor dejarlo estar—. ¿Cuántos años tenía el niño?

—Nueve, me parece recordar. Pasó una mala época.

Pobre Andrew. Había perdido dos madres, aunque solo recordara una. Tenía que lograr ofrecerle una infancia feliz. Al menos, el tiempo de infancia que aún podría disfrutar.

—Gracias.

Se quedó un rato en su habitación, evaluando todo lo descubierto. Luego tomó el té con Andrew y estuvo con él charlando en su habitación, hasta la hora de la cena. Lord Chadburn tampoco apareció entonces. Cuando le preguntó, Ackerman le dijo que milord raramente tomaba en casa otra comida que no fuera el desayuno.

Mejor, ni Andrew ni ella le necesitaban para nada. Cenaron juntos y se divirtieron.

—Estoy contento de que estés aquí —le dijo Andrew, antes de retirarse a dormir. Le abrazó con fuerza.

—Y yo, cielo.

Ella se quedó un rato en el salón, mirando las llamas. Luego, fue al despacho, escribió una nota para Rutshore, y bajó a buscar a Breaste. Quería que la llevase, en el más absoluto secreto. El hombre juró que lo haría, a primera hora la llevaría a Gysforth House y se la entregara a lady Gysforth o

a lady Ruthie.

Había sido un día extraño, lleno de descubrimientos terribles. Harry casi tenía la sensación casi física de haber perdido una venda que tenía sobre los ojos; sus nudos se habían soltado por pura casualidad y había caído a sus pies, permitiéndole ver un mundo muy distinto al que imaginaba. Sí, la habían engañado y estaba furiosa. Jamás perdonaría a Chadburn, ni a Dwight, ni siquiera a sí misma, por no haber sabido distinguir la verdad a través de la madeja de engaños.

Pero, a pesar de todo, se fue a dormir satisfecha como nunca, en mucho tiempo. Con la sorpresa del descubrimiento de Andrew y todo lo sucedido a continuación, había dejado que se le fueran de las manos las riendas de su vida.

Ya era hora de retomarlas.

CAPÍTULO 19

—Más a la derecha —pidió Edward, en el vestíbulo del primer piso del museo. Los empleados del museo movieron el gran tablón en el que estaban dibujados algunos motivos egipcios, una especie de esquema de lo poco que se sabía de las distintas épocas de aquella larguísima civilización, con la época en la que vivió Nefer-Anjet-Ast resaltada en rojo. Había otro idéntico abajo, y ayudaría a los visitantes a orientarse—. Más. Un poco más. Ahí.

—Menos mal —gruñó uno de los hombres—. Perdóneme, milord, pero esto pesa como cien mil diablos bien cebados.

—No se preocupe, Hoggart, lo entiendo bien. ¡Y, por suerte, con esto ya hemos terminado! —Solo quedaba distribuir unos pocos objetos de última hora en las vitrinas, cosas que le habían aportado algunos amigos de sus colecciones privadas, y decidir la posición del panel con el rostro de Nefer-Anjet-Ast, que todavía no tenía clara, había que hacer una última prueba con las luces. Pero, aquellos hombres, habían cumplido. Sacó la cartera y les dio unas generosas propinas. Habían trabajado duro y se lo merecían—. Aquí tienen suficiente como para ahogarse en cerveza a la salud de los faraones.

—¿A su salud? —El otro, Edgard, se echó a reír—. Ni lo mencione, milord. La momia de abajo, esa tal Neftajalina o no sé qué...

—Nefer-Anjet-Ast —le corrigió Edward—. Creo que significa «Belleza viva de Isis», si mi amigo Champollion no se ha equivocado. No era faraón, era suma sacerdotisa de la diosa Isis.

—Pues no sé si era bella cuando estaba viva, milord, pero ahora mismo da auténtico miedo —le aseguró Edgard—. Prefiero que siga ahí quieta.

Edward también rio la broma, aunque no tenía ninguna gana. Pero era lo que le tocaba hacer, seguir con su vida, como pudiera. Los hombres se

despidieron y se dirigieron a las escaleras, para marcharse, y justo se tropezaron con su secretario, que subía desde el piso bajo.

—Milord, tiene visita —le anunció Cabanon, y se apartó a un lado. Bethany surgió de la escalera envuelta en un abrigo de pliegues sueltos como una capa, del mismo azul que sus ojos. Edward no pudo evitar pensar que estaba espléndida en su embarazo, muy guapa, y llegaba acompañada de su fiel doncella, Claire, con la que se había criado en la casa de su padre, Saxonshare Manor.

Edward las miró con sorpresa. ¿Qué demonios hacían allí? Era muy raro que la esposa de James le buscara para hablar a solas, y más que se presentara de semejante modo en el museo. En todo caso, debía recibirla como se merecía, así que sonrió de oreja a oreja y avanzó hacia ella con las manos por delante.

Bethany sonrió y alzó las suyas para tomarlas.

—¡Bethy, querida, qué inesperada sorpresa! —dijo, besándola, primero en los nudillos y luego en la mejilla—. No esperaba verte por aquí antes de la inauguración.

—Esa intención tenía, sí. —Miró apurada a su alrededor, viendo a algunos de sus ayudantes en plena actividad, aquí y allá—. Espero no molestar...

—No, no, en absoluto. Ya tenemos todo bastante adelantado, puedo perfectamente tomarme unos minutos libres.

—Me alegro, porque necesito hablar contigo.

La mirada no dejaba lugar a dudas: era algo serio. Hizo un gesto, mostrando el camino.

—Pues, si te parece, pasemos a mi despacho.

—Muy bien. Tú quédate aquí —le dijo a Claire. La doncella arqueó ambas cejas—. O, mejor, ve a tomar un chocolate en ese sitio tan bonito que hemos visto al final de la calle.

—¡Pero, milady...!

—No te preocupes, Claire, mi honor está a salvo, por completo. Lord Gysforth no desconfiaría nunca de su amigo. Y, por suerte, ya no soy una jovencita casadera que tenga que estar continuamente vigilada, no vaya a cometer una locura. —Se acarició el vientre, ya tan hinchado por el embarazo, que ni el abrigo pensado para disimularlo conseguía por completo

su objetivo—. De hecho, estoy en una situación en la que dudo que le guste a nadie que no sea el bueno de James.

—Eso no es cierto, estás preciosa, más guapa que nunca —dijo Edward, galante, aunque se sentía algo tímido con el tema. De hecho, pocas damas salían ya a la calle, con un embarazo tan adelantado como el de Bethany, pero claro, lady Gysforth era una mujer muy peculiar—. Pero no se preocupe, Claire, porque es cierto: su ama está completamente a salvo conmigo.

—No pretendía ponerlo en duda, milord —replicó la muchacha, ruborizándose—. Me consta que es usted un caballero.

—Eso, por no mencionar que, si se lo propone, Bethy es capaz de lesionarme. Estoy seguro de ello.

Bethany rio con ganas.

—No lo dudes, Rutshore. —Sacó del bolsito algo de dinero y se lo entregó a la doncella—. Anda, ve a la chocolatería y no te preocupes. En cuanto termine, me reuniré contigo.

La doncella tomó las monedas refunfuñando.

—Esto no está bien, milady.

—Lo sé, lo sé.

Bethany le dio la espalda, siguió por el pasillo y entró en el despacho que le indicaba Edward. Él miró alrededor, un poco avergonzado. Estaba mucho mejor que en otros tiempos, ya solo quedaban papeles y libros, pero seguían formando unos buenos montones por todas partes.

—Perdona el desorden. Siéntate, por favor. —Él rodeó la gran mesa y fue a su sitio. Trató de acomodar la pila de documentos en la que había estado trabajando, por quitarla de en medio, pero se le escurrieron y volaron por todas partes—. Oh, demonios. ¡No, tranquila! —le pidió, al ver que hacía amago de ir a ayudarlo—. Ni se te ocurra agacharte. Que vuelen, da igual, luego los miraré, quizá ni sirvan para nada. Como puedes ver, tenemos un buen lío aquí montado.

Bethany asintió con una sonrisa amable.

—No te preocupes. Lo entiendo bien. Un museo es como una casa: antes de quedar perfecta, parece un auténtico campo de batalla.

Edward rio entre dientes.

—Sí, algo así. Por favor, ponte cómoda. —La ayudó a sentarse,

recriminándose su propia incomodidad. Desde que Bethy estaba embarazada, se sentía un poco cohibido con ella. Y temeroso. A saber si de pronto empezaba a gritar o alguna de esas cosas terribles. Esperaba que no se pusiera de parto de pronto allí, porque el médico tendría que atenderlos a los dos—. ¿Quieres tomar algo? ¿Un té?

—No, tranquilo. Me iré enseguida, precisamente mis cuñadas me esperan en casa, para tomarlo. Por supuesto, sabes que, si quieres venir, serás bienvenido.

—Lo sé, gracias. Pero me temo que he sido un poco irresponsable en el pasado y ahora tengo que trabajar muchas más horas, si quiero que el museo abra en la fecha prevista. Tendré que quedarme aquí hasta tarde, en los próximos días. —Se sentó tras el escritorio—. ¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por ti?

—No es por mí. —Bethany hizo una ligera pausa, como dudando, antes de soltarlo—. Es por Harry.

Edward notó cómo su rostro se congelaba.

—¿Qué pasa con ella? —Bethany se inclinó hacia delante, para dejar un papel doblado sobre la mesa. Edward lo miró con aprensión—. Oh, ya veo. Otra nota.

—Sí. Y te voy a pedir que no le digas a James nada de esta visita, me ha prohibido que me mezcle más en este asunto. Pero Harry estuvo esta mañana en casa y me ha pedido que te la trajera. No he podido negarme.

—Debiste hacerlo.

Bethany le miró con desaliento.

—Me ha dicho que va a insistir hasta que aceptes. Yo, la verdad, no sé en qué punto está vuestra relación. ¿No has vuelto a verla?

—No.

Cogió la pluma y la giró entre los dedos. La última vez, fue al poco de su viaje a Canterbury, durante un día de fiesta. Fue a la iglesia a la que acudía la familia Chadburn y les vio de lejos: el padre, la madrastra, el niño. Los tres elegantes, atractivos, poderosos. Se percibía muy buena sintonía entre los dos últimos. De hecho, a Harry se la veía casi feliz, cuando iba con el muchacho de la mano.

De modo que, lo de Canterbury, lo de que aquel canalla se hubiese casado

con ella para conseguir algo, no le había importado en absoluto. O, quizá, ni se había enterado de qué iba aquello, pero daba igual, porque no parecía estar a disgusto con Chadburn, precisamente. Allí seguía, en aquella parodia de matrimonio, entregándose cada noche a ese hombre y actuando como madre de su retoño. La odió mucho por ello, dio media vuelta y se fue.

—Ni quiero —añadió, para que quedase clara su postura.

—No seas tonto, Rutshore. No permitas que los celos y el dolor te cieguen. —Hizo una ligera pausa, como valorando el modo de ofrecerle la siguiente información—: Ha pasado casi un mes desde la boda.

—Dos semanas, tres días y... —consultó el reloj— once horas. —La miró—. Lo sé. Soy patético.

—Yo no he dicho eso.

—No, claro. Tú eres demasiado buena para algo así. Ya me ocupo yo.

—Tampoco quiero que lo digas tú. Que lleves la cuenta es... —sonrió— es un detalle muy bonito, Eddie.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. —Se adelantó en la silla— Edward, tienes que reaccionar. Tienes que solucionar lo vuestro. Por ti y por ella. No quiero asustarte, pero Harry cada día tiene peor aspecto.

Edward sintió que se le contraía el corazón en el pecho. ¿Peor aspecto? ¿Qué significaba eso? Quería decirle que era un tema que poco le importaba, pero no era cierto. De hecho, ni siquiera pudo disimular su inquietud.

—¿Qué ocurre?

Justo entonces, llamaron a la puerta. Era Cabanon.

—Milord, perdón... Algo de correo. —Le tendió un sobre de tamaño medio—. Lo ha traído un...

—Gracias, Cabanon —le cortó. Cogió el mensaje y lo arrojó a un cajón, con más cartas que tenía que revisar—. Luego hablamos. Que nadie nos moleste.

«Ni siquiera usted», quería decir el tono. Cabanon asintió.

—Por supuesto, milord.

En cuanto salió, volvió a centrarse en Bethany.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que le ocurre?

—No estoy segura. Son solo... detalles. No se encuentra bien, eso está

claro. Tiene ojeras profundas y está muy pálida.

—¿Quieres decir que está enferma?

—No lo sé. Ya te digo que no estoy segura. Pero le pasa algo, y no nos lo quiere decir.

Edward torció el gesto. Se puso en pie y paseó por el despacho. Al final, la enfrentó, con las manos en los bolsillos, y se encogió de hombros.

—No sé qué esperas que haga yo —dijo—. Ella misma decidió que las cosas fueran así.

—Qué comentario más cruel. ¿En serio va a ser esa tu respuesta? —Edward no replicó, de modo que le lanzó una mirada dura—. Tienes que hacer algo. Tienes que dejar de compadecerte de ti mismo, Rutshore. De sollozar a escondidas como un alma en pena mientras simulas... simulas no sentir nada. Él le frunció el ceño.

—Este asunto no es de tu incumbencia, Bethany.

—¿Esas tenemos? —replicó ella, sin dejarse amilanar—. Claro que es de mi incumbencia. Lo es porque te quiero, Eddie. Eres un hermano para James, y también has llegado a serlo para mí. Y también aprecio mucho a Harry. Créeme, le pasa *algo*. Algo grave. Reacciona y actúa antes de que sea demasiado tarde. Tienes que ayudarla, o no te lo perdonarás nunca.

Edward suspiró.

—Muy bien, supongamos que estoy de acuerdo contigo. Dime qué esperas que haga.

—¿No es evidente? Lee la nota y acude a la cita.

—Si voy, sabes lo que pasará.

—¿Y qué? Harry no le debe nada a ese hombre, ni respeto ni fidelidad. Y tú, menos.

—Sabes que he empezado a cortejar a lady Emma.

—¿Le has dicho algo? ¿Te has declarado?

—No —admitió—. Todavía no.

—Pues no seas tonto. Bailar un par de veces de más con alguien no significa nada. Pero, ya que lo mencionas, para, detente ahora que estás a tiempo de evitar semejante despropósito. Si no lo haces, si te ves casado con Emma y lejos de Harry, te vas a arrepentir toda tu vida, y lo sabes.

Sí, debía parar. Cada vez tenía más claro que Emma no iba a significar nada

en su vida, excepto un ancla clavada en el corazón, algo pesado, puro lastre. No la quería y no podía quererla, se había forzado a ello mucho tiempo sin conseguirlo.

—No sé si...

—No lo pienses más, Eddie. Ahora mismo, Harry nos necesita, todo lo demás da igual, ya se irá solucionando sobre la marcha, si es que tiene solución. Pero ella está mal y somos sus amigos, debemos ayudarla. —Le sonrió, con cariño—. Porque queremos a Harry. ¿No es verdad?

Edward asintió, dándose por vencido.

—Queremos a Harry.

Tras aquello, Bethany se quedó pocos minutos, lo justo para que le enseñase por encima la sala principal del museo, con el impresionante sarcófago de la suma sacerdotisa Nefer-Anjet-Ast, momia incluida, porque prefería esperar al día de la inauguración, y verlo todo en condiciones.

Edward la acompañó hasta la chocolatería donde esperaba Claire y les buscó un coche de alquiler, sin preguntar por qué no habían ido con el suyo propio. Seguramente, para evitar que James supiera nada de aquella visita.

Una vez de vuelta en el despacho, Edward miró la nota. La tomó entre los dedos y la abrió:

«Mañana a mediodía, en casa de *madame Didiane*. Entra por la parte de atrás. Por favor, Eddie, por favor, te lo ruego, ven», decían las breves líneas, y la firmaba Harry.

Se quedó mucho tiempo mirándola, fijándose en los trazos menudos de aquella letra tan refinada, propia de alguien acostumbrado a escribir muchos textos. Pensando, como siempre, en qué podía haberla impulsado a cometer semejante locura.

¡Casarse con Chadburn! ¡Por todos los demonios!

Ninguna de las opciones que se le iban ocurriendo, conseguía hacer que la perdonase lo más mínimo. Ni siquiera la idea de que tuviera como misión básica en la vida el salvar la reputación de sus padres y vengar sus muertes, acercándose a aquel dragón del que tanto hablaba. Le daba igual, por completo, nada de aquello lo justificaba. Él también había perdido a su padre en aquella guerra, y no se comportaba de un modo tan poco racional.

¿Acaso esa venganza importaba más que su amor, que lo que habían

construido juntos en Finish Street? No, imposible. Lord Trammheran y su esposa llevaban años muertos. Podía entender a Harry en su dolor, pero *estaban muertos*, y lo que fuera que había pasado, casi se había perdido ya en el más completo olvido. Nada relacionado con aquello justificaba que se hubiese unido de por vida a uno de sus peores enemigos.

Que se hubiese metido en su cama...

La escena se coló en su mente, abriéndose paso como una puñalada. Edward se puso en pie de un brinco y, tras un segundo, fue hacia el mueble de las bebidas y se sirvió una copa. No le gustaba beber mientras trabajaba, si aquello estaba allí era para las visitas, pero imaginarla desnuda en brazos de Chadburn le carcomía por completo. Que aquel hombre estuviese acariciando su piel, su pelo, lamiendo sus pezones, tocando su pubis, penetrándola entre gemidos y sudor...

No podía soportarlo. No, ni por ese deseo de venganza podía perdonarla.

Claro que, quizá lo había hecho porque tenía miedo, porque estaba asustada por alguna razón...

La posibilidad se le ocurrió al recordar aquella tarde en el Támesis, cuando se conocieron, con el ataque de unos desconocidos. Y, luego, se produjo su secuestro, ese por el que llegó tarde a la fiesta en Chadburn House y, por lo tanto, fue incapaz de impedir semejante desastre. Quizá la habían amenazado con hacerle daño, a ella o a él. La creía muy capaz de sacrificarse para garantizar su seguridad. Y, a Chadburn, de amenazar con matarle, aunque la cuestión estaba en si podría hacerlo de verdad, llegado el caso.

Quizá la estaba maltratando...

—Maldición —susurró, y vació la copa de un solo trago. Definitivamente, tenía que hablar con ella, y a solas. Tenía que saber qué la había impulsado a entregarse de ese modo tan irrevocable a Chadburn. Luego, tomaría las medidas que considerase oportunas. Posiblemente, lo mandaría todo al infierno.

Guardó la nota y siguió trabajando, intentando vaciar su mente de todos aquellos problemas. Por la noche, se fue a casa y se acostó sin siquiera cenar. No supo qué había decidido hacer hasta que, al día siguiente, se miró al espejo mientras su ayuda de cámara le cepillaba la espalda y los hombros de la chaqueta, y él terminaba de ajustarse bien el nudo del cuello.

Tenía que desayunar con James en Brooks's pero, luego, iría a la cita.

Sentado en el coche, Edward giró varias veces la nota entre los dedos, preguntándose si actuaba bien, dejándose llevar de semejante forma. ¿Qué pretendía conseguir con todo aquello? Hiciera lo que hiciese, ella continuaría casada. Sus únicas opciones eran iniciar una relación adúltera en el propio Londres, o huir y vivir de una forma más libre en cualquier otro lugar.

Miró por la ventanilla. Había viajado mucho, por cuestiones del pasado y del presente, pero nunca había considerado la idea de no volver. Londres era su hogar. Amaba todas y cada una de sus piedras, sus resplandecientes luces y sus focos de absoluta oscuridad. No tenía familia de sangre, pero allí estaban sus amigos, y también sus amigas.

¿Qué haría lejos de Ruthie, de las gemelas, de Bethy? De la propia tía Hetty, con la que sabía que podía contar siempre, desde que, con siete años, se cayó al suelo y se hizo una buena herida en la rodilla.

La tía Hetty, lady Palmer por aquel entonces, le cogió personalmente, le sentó en su regazo, le curó la herida y le consoló.

—Esto no es nada, Eddie —le dijo, mientras le daba una golosina—. Ya lo descubrirás con el tiempo.

Debía despejar bien su mente antes de enfrentarse a Harry. Debía ser claro y directo, y también firme. No podía soportar esa situación. Si le decía que ya no le amaba, pero que quería retomar su amistad o alguna tontería de esas... No, eso no iba a ser, estaba seguro... ¿No?

El coche se detuvo frente a Brooks's, arrancándole de imaginar una respuesta que le daba auténtico miedo. Había quedado en el club con James para desayunar, más que nada por la insistencia de su amigo. Hacía días que no coincidían y empezaba a preocuparse.

Henson, el jefe de camareros, le dijo que James se encontraba en uno de los salones privados, así que se reunió allí con él. Cuando entró, su amigo ya estaba tomando un té mientras leía un periódico. Le miró con una ceja arqueada.

—Tienes mala cara —le dijo James. Edward hizo una mueca y tomó asiento.

—Tengo mucho trabajo.

—Ya. ¿Va a estar todo listo?

—Eso espero. —Qué poco le importaba todo aquello, con lo que había soñado siempre con el museo. Pero, en esos momentos, toda la Historia de la humanidad podía irse al infierno.

—Por Dios, Rutshore. —James gruñó por lo bajo—. Intenta disimular un poco. Estás completamente enamorado.

—¿Ahora te das cuenta?

James cerró el periódico y lo dejó a un lado.

—Pues vas a tener que olvidarla, amigo mío. Es la mujer de otro hombre.

—No por amor.

—¿Y qué más da? ¿En qué mundo vives? ¿Desde cuándo el matrimonio tiene algo que ver con el amor?

—¿Y tú me lo dices? ¿Tú, que te enfrentaste a todo para casarte con Bethy?

—Sí, porque mi caso fue distinto. Tenía una posibilidad, era una dama soltera y sin compromiso con nadie, por eso me empeñé en ello. Pero tú no puedes, Eddie. Ella ya está casada. Olvídala. —Edward apartó la vista, dolido. James tardó unos momentos en continuar—. Lo siento.

—No, no te preocupes. Si me consta que tienes razón. Sin embargo... —Le tendió la nota—. Me ha citado. En su modista.

James la leyó. Hizo una mueca mientras se la devolvía.

—¿Te das cuentas de las consecuencias que podría tener algo así, de hacerse público?

—Soy plenamente consciente.

—Te vas a meter en un problema enorme. Y tienes una reputación, Edward. Eres un estudioso, un hombre respetado. Alguien que quien no se esperan locuras como esa.

—No sé qué decirte.

James hizo una mueca.

—En todo caso, las consecuencias para ella serían mucho peores.

—Lo sé.

—Muy bien. Y, sabiéndolo, ¿qué vas a hacer?

—Acudir, por supuesto.

—Eddie...

—Tengo que hacerlo.

James suspiró.

—Está bien. ¿Quieres que te acompañe? Tengo una reunión, pero no es muy importante, la puedo cambiar.

—No, no hace falta.

—¿No? ¿Te das cuenta de que podría ser una trampa?

—¿De Chadburn? —El otro asintió—. No creo, Gysforth. Además, es a mediodía, y estaremos en el centro de Londres. En un establecimiento concurrido por distintas damas, por si eso no fuera suficiente. —Rio—. Me las arreglaré, descuida. Iré con Barns y estaré con mil ojos. Ya te contaré.

—Sin falta. Estaré preocupado hasta tener noticias.

Edward asintió.

—Gracias.

—De nada, zopenco. —Ambos se sonrieron—. Hoy es miércoles. ¿Por qué no vienes esta noche a Almack's?

—¿Qué? No, por Dios. No me apetece.

—Vamos. Bethany está muy preocupada por ti, y también Ruthie, y las gemelas. ¡Incluso la tía Hetty! Las mujeres de mi vida no dejan de preguntarme por ti, dudo entre volverme loco o ponerme celoso.

Edward se echó a reír.

—Harías bien. Soy un hombre irresistible.

—Pues por eso —dijo James, siguiéndole la broma—. Quieren verte, pasar un tiempo contigo. Además, así me harás compañía a mí. Van a celebrar un evento especial.

—¿Y eso?

—Es el cumpleaños de una de las patronas. O de su hija, no estoy seguro. Las debutantes han estado ensayando una canción.

Se miraron con horror.

—Pues tal como me lo planteas, no es que me emocione, precisamente.

—Ya. Pero te lo pido por favor. Ven. Si voy solo, va a ser terrible.

—Oh, está bien, de acuerdo. Sabes que nunca he podido dejar a un amigo en la estacada.

—Contaba con ello.

—¿Te das cuenta? Nos estamos haciendo viejos. En otras épocas, hubiésemos ido corriendo a ver cómo trinaban esas debutantes.

—Y a bailar con todas ellas.

—Dos veces. —Se sonrieron—. ¿Sabes algo de Badfields?

—Que está cada vez más loco.

—¿Ha descubierto algo?

—No lo sé, no tengo ni idea de dónde se ha metido. Hace días que no he podido... Mira, qué afortunados somos, podemos preguntárselo directamente a él.

Señaló hacia la puerta. Arthur estaba en el umbral, hablando con Henson, que se había adelantado para recibirle y le condujo hasta la mesa. Edward estudió a su amigo. Tenía buen aspecto, aunque parecía cansado.

—Gracias, Henson.

—¿Lo de siempre, milord?

—Sí, perfecto. Ya sabe que soy un hombre de costumbres.

—Como buen caballero inglés —aprobó Henson, haciendo un gesto a uno de los camareros jóvenes que le habían seguido, para que les atendiera de inmediato. Edward iba a preguntar, pero James se le adelantó:

—¿Dónde has estado, Badfields?

—Ah, pues en Dover. —Se sentó, cuidando de no arrugarse los faldones de la chaqueta, y sacudió con las puntas de los dedos los pantalones. El elegante lord Badfields, ese oscuro demonio de Londres, como decían de él algunas matronas, siempre preocupado de su apariencia—. Un lugar bonito, si te gustan los puertos con demasiada gente y todo eso.

—Ya. Claro. ¿Y a qué has ido a Dover, si puede saberse?

—A comprobar una pista. —James y Edward se miraron de reojo—. Ya, ya, pero escuchadme, esta vez sí que creo que tengo algo bueno. Veréis, un tipo que está en Fleet hizo que me avisasen, y, a cambio de que me ocupase de sus cuantiosas deudas en la cárcel, me dijo que, hace años, le habían pagado por seducir a Minnie y convencerla para irse con él.

James y Edward volvieron a mirarse, pero esta vez de otro modo. Arthur tenía razón, aquello parecía hasta prometedor. Claro que, alguien en Fleet podría inventarse cualquier cosa con tal de salir de allí o de poder pagarse una estancia decente en la cárcel. No era barato estar preso en Inglaterra.

—¿Pudo ser?

—Quizá. El tipo debió ser bastante guapo, antes de que le destrozaran la cara con una barra de hierro. —James y Edward se removieron en sus

asientos, impresionados por la idea—. Y Minnie... bueno, todos sabemos que, en aquel momento de su vida, necesitaba escapar, como fuera.

—Fue una locura. Todos sabemos que tu padre no la hubiera casado tan pronto. ¡Pero si solo tenía quince años!

—Ya. Pero mi padre quería cerrar el acuerdo con lord Dankworth, el lord Dankworth de entonces, claro.

Edward asintió. El padre del actual Dankworth, había sido un hombre de gustos un tanto peculiares. Aunque rondaba ya los setenta años, seguía alardeando de merecer el título de «Sátiro de Londres», como le llamaban desde que tuvo edad para acostarse con varias mujeres a la vez, y le gustaban jovencitas, toda la ciudad lo sabía, pero nadie discutía el tema, porque se trataba de una de las familias más importantes de toda Inglaterra.

Cuando se quedó viudo, puso sus ojos en Minerva Ravenscroft, que por aquel entonces tenía quince años y gozaba de la fama de ser la joven más hermosa y más impulsiva de la ciudad. «Una yegua díscola que él iba a domar personalmente», se le oyó comentar a Dankworth, en una fiesta. Él ya había cumplido los sesenta y ocho, y ella no estaba dispuesta a permitir que la sacrificasen de semejante modo.

—Tu padre no estuvo muy acertado en esa historia... —dijo James. Arthur hizo una mueca.

—Mi padre pocas veces ha estado acertado en nada pero, en eso, se equivocó por completo —afirmó, mientras agradecía con un gesto al camarero que le estaba sirviendo su copa—. Quería casarla cuanto antes, no fuera a morir el viejo Dankworth sin que nos hiciésemos con su fortuna para el botín familiar. También le hubiese gustado conseguir el título, pero eso estaba más difícil.

—Pues sí —asintió Edward, pensando en el actual lord Dankworth—. Habiendo un heredero...

—Ya. Ese estaba casado, por eso mi padre negoció con el viejo. Aunque no descartaría que estuviese buscando algún modo de conseguir que el viejo Dankworth desheredase a su hijo y tratase de negarle el título, en beneficio de otro tenido con Minnie. Al tiempo...

James abrió mucho los ojos.

—Qué dices...

—Estaba empeñado. No sé cuándo hubiese sido la boda, pero quizá no hubiese ni esperado a que Minnie cumpliera los dieciocho, porque buena parte de su magnífico plan pasaba porque se quedase embarazada, antes de que Dankworth muriese. Te aseguro que era una época asfixiante.

—¿Y ese tipo? ¿Qué te ha contado?

—Que la sedujo. Al parecer, consiguió trabajo en las caballerizas de Manderland House y así pudo acercarse a ella. Tuvieron una historia durante cosa de un mes, hasta convencerla de que huyese con él.

—¿Y tú no lo sabías? Creí que Minerva te lo contaba todo.

—Claro. Todo. Ni te imaginas la de admiradores que tuvo, la de historias que me contaba de este o aquel. Recuerdo vagamente algo de un caballerizo, pero no presté mucha atención. En aquella época me pasaba casi todo el tiempo borracho.

—Eras un desastre, sí —admitió Edward.

—Tú no tenías que aguantar a mi padre. Ser su mayor decepción era mi mejor venganza. De hecho, sigue siéndolo. —Edward asintió, comprensivo—. El tipo este... Se suponía que tenía un coche preparado para llevarla a Gretna Green, y casarse en su herrería.

James agitó la cabeza.

—La de bodas que habrá visto el yunque de Gretna Green.

—Desde luego. Pero, la realidad, es que la acompañó desde un punto cerca de mi casa hasta un coche. Allí se la entregó a un grupo que les estaba esperando, y oyó que la llevaban a Dover. Dice que estaba allí Black Penny. Era la que mandaba. De hecho, ella fue la que le pagó.

La expresión de James se oscureció. Edward les miró sorprendido.

—¿Black Penny?

—Una vieja bizca, una alcahueta, que trabaja para Thynne.

—Ah... Sí, ahora recuerdo. ¿Esa no es la que se encontró Bethy...?

—Sí —dijo seco, James—. En cuanto le ponga las manos encima...

—Primero le preguntaremos por Minnie —replicó Arthur—. Luego, ya le harás lo que quieras. Yo me ocupo de lo que dejes.

James asintió.

—De acuerdo.

—¿Y has descubierto algo en Dover? —preguntó Edward.

—No, la verdad. —Negó también con la cabeza—. Si la llevaron allí, me temo que se perdió en esa enorme multitud. Pero he solicitado de las autoridades del puerto un listado de los barcos que se movieron en aquella época, y han sido muy amables, me la harán llegar en los próximos días. Eso sí, ha pasado tiempo y... bueno, ya me han advertido que quizá no sirva de nada. Cosa que yo ya sabía, por otra parte.

James puso mala cara.

—Es como buscar una aguja en un pajar.

—Peor —terció Edward—. Ni siquiera sabe qué tiene que buscar. No tiene ni idea si la subieron en un barco o en otro. De hecho, ni siquiera sabe si la subieron a un barco, aunque sea lo más probable.

Arthur frunció el ceño.

—No me desalientes. Hace tiempo que no tengo ninguna pista, esto al menos, es algo.

—Lo sé. Lo siento.

—No lo entiendes. De pronto, ha dejado de desaparecer casi como por arte de magia al salir por aquella maldita ventana. Hay algo, *ocurrió algo*. Siguió existiendo *después*. —Bebieron todos, pensativos—. ¿Hablaste con sir Sylvester Black?

—Sí. Bueno, me escribió Dora, porque andaban muy ocupados, pero quería decirme que su padre estaba de acuerdo. Y ya se han ido, partieron para Egipto ayer por la mañana. No te preocupes. Es una mujer muy rara, pero me aseguró que su padre y ella tratarían de indagar entre sus contactos, y sé que, en este asunto, puedo confiar en su palabra. Nos informarán de lo que sea.

—Gracias. Tengo ciertas esperanzas en eso. Si la llevaron a Dover, quizá la embarcaran para algún punto y terminara por oriente. —Se produjo un silencio pesado. Nadie quiso pronunciar la palabra «harén», pero estaba en la mente de todos—. Y vosotros, ¿qué? ¿Habéis arrasado Londres en mi ausencia?

—Pues no —reconoció James—. Yo sigo felizmente casado. Y, Rutshore, fiel a su último estilo, buscándose la ruina.

—¿Qué dices... —protestó Edward.

—¿En serio? —Rio Arthur—. ¿Rutshore siendo el que da más problemas de los tres? Quién lo diría, en otros tiempos. Esto se está convirtiendo en una

curiosa costumbre. Cuenta, cuenta.

Edward bufó.

—No hay nada que contar.

—¿No? —Arthur alzó un dedo—. Entonces, deja que adivine: se trata de la bella Harry.

—Pues sí —asintió James.

—La bella y *casada* Harry.

—Ya se lo he dicho —volvió a asentir James—. Muy bella y *muy casada*.

—Y yo ya lo sé —gruñó Edward—. No hace falta que insistáis en ello. Ya veré cómo lo arreglo.

Arthur arqueó una ceja.

—Lo de bella no tiene solución. Pero, para lo de casada, siempre puedes contar con un buen duelo.

James abrió los ojos al máximo.

—Pero ¿qué dices? No le animes a hacer más locuras, que ya tiene una cita secreta con su amada.

—¡No me digas! —Arthur lanzó una carcajada—. ¡Qué osado, el malandrín!

James le miró con disculpa.

—Perdona. Supongo que no te importa que se lo cuente.

—No, claro que no. A vosotros dos no os lo voy a ocultar.

—No me lo puedo creer. —Arthur siguió riendo—. El pequeño Eddie nos ha salido revoltoso.

—Temerario, más bien —gruñó James—. Por eso te digo que no le hables de duelos. Además, ¿qué quieres que haga, en una situación así? Recibiría un disparo entre ceja y ceja. Chadburn es buen tirador.

Edward se lo quedó mirando con expresión neutra. También él lo era, pero no pensaba decírselo.

—Eso es fácil de arreglar. —Arthur le guiñó un ojo—. Él le reta, pero, la noche anterior, sufre un lamentable accidente y se rompe un dedo, por ejemplo. —Miró a Edward con cordialidad—. Yo mismo te lo romperé, no te preocupes.

—Muy amable.

—Ah, no puedo evitarlo, es mi naturaleza. Y, como con el dedo así no

podrías hacer frente a la situación, yo me ofrecería a ocupar tu lugar.

—Deja. No voy a arriesgarme a que te maten por mi culpa.

—¿Por qué no? Soy el indicado, Rutshore, lo mires como lo mires. Gysforth va a ser padre. —James cabeceó, totalmente de acuerdo—. Además, soy el único que sabe sostener una pistola sin peligro de que se dispare en un pie.

Edward se encogió de hombros.

—Puede que elija el florete.

—Ah, pero también me manejo mejor que vosotros dos juntos con una espada en la mano.

—Cierto —asintió otra vez James—. Además, eres el más guapo de todos.

—¡Y el más humilde!

Los tres rieron.

—Aunque no te lo creas, la idea del duelo me tienta —le aseguró Edward—. Pero, de llegar a esos extremos, iría yo mismo, gracias. De momento, me voy a limitar a... no sé, dejarme llevar por la situación. Ya veremos qué pasa. —Se puso en pie—. Y tengo una cita luego, así que debo irme y terminar unos asuntos en el museo, antes de acudir.

—Ten cuidado —le pidió James, repentinamente serio.

—Descuida. Nos vemos a la noche, en Almack's.

—Oh, sí. Yo también iré. ¡He oído que va a haber debutantes trinando! —Arthur sonrió—. ¡Va a ser divertido!

Edward intercambió una mirada de horror con James, y salió del Brooks's. Tenía que pasar por el museo a solucionar algunos asuntos, aunque supo desde el principio que no tenía la cabeza para organizar el orden de los escarabajos de piedra, ni para decidir la localización final del conjunto de vasos canopes o de la soberbia figura de Bast que acababa de llegar desde El Cairo. De lo único que pudo ocuparse, fue de los documentos que necesitaban su firma, y eso porque ni siquiera los leyó.

Miró el reloj constantemente hasta que llegó el momento de acudir a su cita con Harry, subió al coche y se dirigió hacia la casa de aquella modista francesa.

En el último momento, cuando se encontraba ya a pocas manzanas, decidió bajar del carruaje y acercarse a pie, caminando con discreción. Era una zona

de tiendas elegantes, muy concurrida, y a esas horas la gente iba y venía de continuo. Con el establecimiento de *madame Didiane* a la vista, se acomodó tras unos setos y esperó.

La luz del sol resplandecía con fuerza entre las hojas de los árboles. Era un mediodía agradable y tranquilo. Se sentía extraño, como si su vida fuera a marcar un antes y un después tras ese día.

Harry apareció en el coche de Chadburn. Ese día llevaba un vestido color crema con detalles castaños, y sombrero a juego, además de una sombrilla que no llegó a abrir. No estaba sola, bajó acompañada de una doncella. Las dos mujeres cruzaron el caminito del jardín, llamaron a la puerta y entraron. Edward esperó todavía unos minutos, pero no ocurrió nada, nadie la había seguido. O eso, o eran mejores que él en esos asuntos de andar mirando a escondidas.

Finalmente, se decidió a acercarse a la casa y la rodeó, para llamar a la puerta trasera, tal como le había indicado Harry en la nota. Una jovencita le abrió, quizá una aprendiz de modista, no tendría ni quince años. Le estaba esperando, porque le hizo un gesto para que pasase rápido y le condujo por el pasillo hasta unas escaleras. En el primer piso, le indicó la puerta a una habitación

Era un salón amplio, con un enorme diván redondo, sin respaldos, simplemente un gran círculo mullido, una chimenea y varios sillones. Daba la impresión de ser un dormitorio disimulado, con ese diván extraño en vez de cama. Supuso que madame no solo vestía a sus clientas, también las ayudaba a desnudarse, y se sintió un poco incómodo en aquel sitio de encuentros furtivos.

Harry estaba allí. Se había quitado el sombrero y lo había dejado en uno de los sillones, junto a la sombrilla, y estaba mirando por la ventana. Se volvió, al oírle entrar, y se frotó las manos, nerviosa.

—¡Eddie! ¡Qué bien, por fin!

Edward avanzó unos pasos. Se detuvo. Sí que tenía mal aspecto. No dejaba de ser la mujer más hermosa que había conocido, pero estaba pálida y desmejorada, con profundas ojeras. Y había perdido peso, seguro. No pudo evitar tragar saliva.

—¿Qué quieres, Harry? —le preguntó, cuando pudo hablar—. ¿Por qué te

empeñas en escribirme?

—Tenemos que hablar.

—¿De verdad? ¿Y de qué? ¿De lo que has hecho?

Ella se ruborizó.

—Tuve que hacerlo.

—Tonta... —Caminó hasta un sillón y dejó el sombrero y el bastón—. ¿Ya te ha llevado a Canterbury?

—Sí. Fuimos al día siguiente de la boda. Tú estuviste allí, ¿verdad? Dime, ¿cómo te enteraste?

—Por un mensaje que encontré dentro del sistro. Tu madre te decía que fueras a hablar con ese sacerdote. Que tenía algo para ti, para defenderte. Pero lo descubrimos tarde.

—Eso parece. ¿Puedo ver el mensaje?

Maldito gigantón. Una vez más tenía que acordarse de él.

—Me temo que lo perdí. —Ella pareció decepcionada—. Si te llevó a Canterbury, entonces, ya sabrás por qué se casó contigo.

—Sí... bueno, no. El padre Benedict le dio una caja, pero solo pude ver que eran documentos. Chadburn se enfadó bastante, esperaba algo más. —Se estremeció, por algún recuerdo—. Da igual.

—¿En serio? —Se estudiaron el uno al otro, tensos como dos toros a punto de enfrentarse. Edward agitó la cabeza—. Por todos los demonios, no sé qué hago aquí. Si me dices que estás contenta en ese matrimonio soy capaz de...

—No encontré qué decir. Sus hombros se hundieron—. Me moriré. Así que, dime: ¿qué te prometió? ¿Llevarte hasta el dragón?

—Sí. —Sonrió tentativamente—. Y esto te ayudará también a ti a...

La señaló con un dedo.

—¡Ni se te ocurra decir eso! ¡Yo jamás hubiese permitido que lo hicieras! ¡Antes hubiese preferido no saber jamás qué pasó con mi padre!

—Eddie...

Él se llevó las manos a las sienes.

—No acabo de entenderlo, no me... no me entra en la cabeza. ¿Cómo es posible que aceptaras, que te casaras con él, que te estés acostando con él? Ese hombre es basura, Harry, de la peor calaña. ¿Sabes lo que hizo esa noche, la de tu romántica boda? Me secuestró, para que yo no llegara a tiempo, para

que no estuviese allí.

—Lo sé...

—¿Lo sabes? ¿Y te casaste con él? Logré escapar, atravesé medio maldito mundo bajo la tormenta para regresar, pero ya era tarde. Llegué justo para aquel anuncio tan romántico. —Apretó los puños—. Te juro que no sé cómo no os maté a los dos en el momento. O cómo no me arrojé yo desde un maldito puente.

—¡No me acuses, no sabes lo que pasó! —protestó ella—. Además, te recuerdo que tú ibas a casarte con esa tal Emma, no conmigo. En aquellos momentos, no tenía ninguna responsabilidad contigo.

—¿No? —La miró con amargura—. Supongo que es verdad. Pero, si te sirve de algo, esa noche te iba a pedir que te casaras conmigo. —Harry parpadeó, tomada por sorpresa—. Iba a decirte que no me importaban ni Emma ni su maldito padre, ni el dinero, ni el museo ni nada. Nada excepto tú.

Harry se llevó una mano a la boca.

—¿Es eso cierto? —susurró.

—Claro que es cierto. Pero no, tú tenías que superar cualquier apuesta, tenías que vengarte de esa manera.

—Yo no... —Avanzó un paso hacia él, alterada por semejante afirmación—. ¡No ha sido una venganza!

—¿Entonces? ¿Por qué, Harry? Te juro que, te imagino en esa casa, y no puedo soportarlo.

—Lo sé. Perdóname. —¿Estaba llorando? Sí. Una lágrima se deslizó por su mejilla y brilló con un rayo del sol—. Te juro que hice lo que creí apropiado.

—¿De verdad? —Trató de contener la rabia—. Pues yo te juro que creo que jamás podré perdonártelo. Pero, al menos, espero una explicación. —La cogió por los hombros y la sacudió—. ¡Dame una maldita razón!

—¡Lo hice por... por muchas cosas! ¡Por ti, me enseñó tu billetero, ensangrentado, y me dijo que estabas en su poder, y que te mataría! —Edward sintió un frío mortal en los huesos. Recordó cómo le había restregado la cartera por el rostro, antes de guardársela—. ¿Qué querías que hiciese? ¡Estaba asustada!

—Dios mío...

—¡Lo siento! ¡Me asusté! —Se mordió los labios—. Además, también lo

hice por Andrew.

—¿Andrew? —preguntó, desconcertado—. ¿Quién es Andrew?

—Mi hermano pequeño. Andrew. El niño desaparecido. Es Howard. El hijo de Chadburn.

Edward la miró asombrado. La soltó, retrocedió un paso y negó con la cabeza.

—No, no puede ser.

—Lo es. Te lo juro. Sé que lo es. Chadburn me contó que mi madre se lo entregó pero ya... ya no sé qué creer. He descubierto que todo lo que me dice es mentira. Cada vez que abre la boca, miente. —Harry se llevó las manos a la cabeza—. ¡Me estoy volviendo loca!

Estaba tan alterada que Edward no pudo seguir enfadado. Se acercó a ella y la abrazó. La estrechó con fuerza, sintiendo su perfume a flores, su calor. No imaginaba que los echara tanto de menos.

—Siéntate y cuéntamelo todo —susurró. Ella asintió y, durante los siguientes minutos, le relató lo que parecía una historia de puro terror. Las mentiras entrelazadas de Chadburn para impulsarla a casarse con él, unidas a sus amenazas directas de muerte; lo ocurrido en el encuentro con el padre Benedict; y, por supuesto, la conversación con el doctor Walker, donde descubrió que, aunque no estaba enfermo de gravedad, sí tenía un problema de impotencia.

Si eso último era cierto, todavía había una oportunidad.

—Tienes que pedir la nulidad.

—¿Qué? —Le miró con sobresalto—. ¡No puedo hacer eso!

—¿Cómo que no? Te ha engañado de la forma más burda. ¡Ni siquiera puede acostarse contigo! Eso, amor mío, es una causa de nulidad matrimonial y puede demostrarse con pruebas médicas.

—Lo sé. Pero no lo haré.

—Pero...

—¡Te estoy diciendo que tiene a Andrew!

Edward frunció el ceño.

—Cierto. Pero también me has dicho que le trata como a un hijo. Que lo ha cuidado bien durante todos estos años.

—Sí. Pero si pido la nulidad y las razones se hacen públicas, me odiará, y

quizá lo pague con mi hermano. ¡Además, no me dejará volver a verlo!

—No creo que lo pague con él. En cuanto a lo de volver a verlo... —Temió ser demasiado despiadado, pero no quedaba otra alternativa—. Algún día, ya no tan lejano, será mayor de edad.

—¡Eddie!

—¿Qué? Es la verdad. No puedes sacrificarte por él, por estos pocos años.

—¿Por qué no? Me gusta pasar todo el tiempo posible con él, nos hemos hecho muy amigos. Si ahora desaparezco, si organizo ese escándalo, le romperé el corazón. ¿No podemos, simplemente, vernos así?

Edward agitó la cabeza.

—Es muy peligroso. Si Chadburn se entera, te matará.

—Tendremos cuidado.

—Cómo cambian las cosas. —Ahogó una risa—. Ahora eres tú la que quieres ser simplemente mi amante.

—¿Es que no me amas?

Le acarició la mejilla.

—Por Dios, Harry. Ya sabes que sí.

—Entonces, deja de discutir. —Tiró de su mano—. Ven, milord. Necesito sentirte dentro y olvidar todo lo que ha pasado, aunque solo sea durante unos minutos.

Pensó en negarse, era lo más sensato, pero qué absurdo, ¿por qué debería hacerlo, cuando lo estaba deseando con todas sus fuerzas? La rodeó con los brazos y, antes de darse cuenta, estaba besándola.

—Déjale —le dijo, con voz ronca y densa por el deseo.

—Por favor...

—Maldita seas, tienes que dejarle. Siento cómo te estremeces, cómo vibras entre mis brazos. Y yo no puedo vivir sin ti.

—Entonces... ¿por qué has tardado tanto en venir? ¡Estaba tan asustada! Dime que todavía me deseas

Edward rio entre dientes.

—Te deseo, claro que te deseo, ya lo sabes. —Le llevó la mano hasta su entrepierna. Edward notó una punzada de placer tan intensa que creyó que tendría un orgasmo así mismo, allí mismo—. Además, de intentar ocultarlo, mi cuerpo hablaría por mí, y a voces. Mira cómo me tienes.

—Es... —empezó, pero no la dejó acabar.

—Lo sabes tan bien como yo, Harriet Waldwich. Eres mía.

La levantó en volandas y la llevó hacia el diván redondo. Sin darle tiempo a reaccionar, estuvo encima, besándola con furia. Se aferró a ella como a un bote perdido en la corriente de un río tempestuoso. Recordó el día del Támesis, cuando se cayeron al agua. Tan cerca el uno del otro, y tan lejanos, a la vez. No se conocían. Ahora, se conocían demasiado.

No pudo resistirse más. Llevado por una urgencia que no recordaba haber sentido nunca, ni siquiera la primera vez que estuvo con una mujer, empezó a quitarle la chaqueta y a soltarle los botones del vestido. Las manos le temblaban, los besos eran cada vez más acuciantes. Edward casi se arrancó también su propia chaqueta y se soltó el chaleco, pero ni terminó de desnudarse.

Recogió sus faldas, se desabrochó los pantalones, para liberar un miembro crecido y palpitante, y la penetró de una sola embestida.

—Ah —exclamó Harry. Edward se separó ligeramente.

—Perdona... ¿Te he hecho daño?

—No, no... Al contrario. —Alzó una mano y le acarició la mejilla—. Es como haber estado lejos y volver repentinamente a casa. Qué maravilla.

Se abrazó a él, con fuerza, y solo cedió cuando Edward empezó a moverse, en un vaivén continuo, un ritmo que fue acelerando poco a poco. Sin dejar de embestirla, le quitó el vestido, el corsé y la camisola, y él también terminó de librarse de los pantalones. Entonces, se alzó a pulso, con las manos a ambos lados del rostro de Harry. Sus ojos casi parecían brasas con luz propia. Admiró su cuerpo soberbio, desnudo, el pelo extendido, una melena de grandes rizos negros.

—Eres mía, Harry. Completamente mía. Dilo. Repítelo.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Que lo digas. —Movié las caderas con un golpe seco, para afirmar la posición, para impulsarla a obedecer—. Di que eres mía, completamente mía, totalmente y para siempre.

Harry le observó con gravedad.

—Solo si tú también eres mío, Edward Truswell —replicó finalmente.

Parecía más una respuesta dada por miedo a dejarse someter que por deseo de controlar. Edward asintió.

—Pues claro que lo soy, amor mío. Creí que lo sabías. Desde aquella tarde en el Támesis, desde que me apuntaste con aquella pistola, desde que nos caímos al agua... Desde que descubrí que estabas en el mundo y que, por lo tanto, yo no era un alma sin esperanza en el amor, condenada a vivir enamorado del pasado y del polvo de los libros. Soy tuyo, Harriet Waldwich, mi lady Harry. Por completo.

Ella asintió. Sus ojos brillaron, como si se hubiesen llenado de lágrimas.

—Pues yo soy tuya. —Le acarició la mejilla con la punta de los dedos, un roce suave y delicado, como el de una mariposa—. Por completo.

No podría alejarse de Harry, por más que lo desease. Siempre había ardido en sus brazos, y esa tarde no fue distinto. Edward contuvo el orgasmo hasta que se sintió convertido en algo exquisitamente sensitivo, algo que vivía al borde del placer supremo. La miró a los ojos; ella estaba igual, tan cerca, estremecida y sudorosa. Empujó, haciéndola gemir. Repitió el movimiento y siguió haciéndolo, cada vez más rápido, más fuerte, hasta que sintió que Harry se estremecía, arrastrada en la marea de un poderoso orgasmo. Solo entonces, él también se permitió liberarse.

Fue algo tan intenso, tan fuerte, que no pudo evitar lanzar un grito. Seguro que le habían oído abajo. Le daba igual.

—Esto es muy peligroso —le susurró, después, cuando pudo volver a hablar tras recuperar el aliento. Harry suspiró.

—¿Tiene miedo, lord Rutshore?

Edward agitó la cabeza.

—Estás loca. Pero te amo.

Dos horas después, tras otra larga charla y volver a hacer el amor, se separaron para seguir con sus vidas, sabiendo que se verían esa noche en Almack's.

Cerca de las nueve, Barns le dejó en la entrada del impresionante edificio que acogía el club. Qué curioso, había estado con ella hacía nada, pero subió la escalinata, acuciado por el ansia de volver a verla. Harry se le había metido en la sangre, como una enfermedad, y no había forma de sacarla. Ni siquiera deseaba hacerlo.

Y la vio, nada más entrar en el salón de celebraciones.

Estaba sola, pero no se ocultaba en un rincón, sino que se mantenía bien a la vista, con la espalda recta y la barbilla alta. Llevaba un vestido blanco que dejaba sus hombros al descubierto, y flores del mismo color formaban una diadema por la parte inferior de su moño. Aunque el escote era demasiado osado para algo así, parecía una debutante, tan joven... y estaba muy pálida.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Se miraron de lado a lado del amplio salón. Seguramente ella recordó lo que habían estado haciendo esa tarde, porque se ruborizó ligeramente, y le sonrió.

—Ven, Rutshore —le dijo James, apareciendo a su lado. Ruthie estaba con él—. Te estábamos esperando. Ha venido Chadburn, con Harry.

—Lo sé. —La expresión de James se ensombreció—. Me dijo que estaría aquí.

—Pues disimula. Hasta bailaré contigo, si quieres —dijo Ruthie, tomándole de la mano—. Vamos, ven.

No podía negarse, así que lo hizo. Mientras daban vueltas por la sala, al ritmo de un cotillón, la muchacha agitó la cabeza.

—No deberías mirarla así.

—¿Tanto se nota?

—Mucho.

—Lo siento. Además, estoy siendo injusto. —Sonrió—. Estás muy guapa esta noche.

Ruthie giró los ojos de aquel modo único que tenía.

—Gracias. Pero no es necesario que te esfuerces conmigo. Tenemos un acuerdo. Tú y yo somos hermanos.

—Es verdad. Pero estás muy guapa.

Ruthie rio.

—Está bien, acepto el cumplido. Acepta tú mi consejo: disimula.

—Eso no...

—Eddie, me lo ha contado. Sé que os habéis visto esta tarde. Ella también quiere seguir con lo vuestro. —Pareció apenada—. Hace tiempo que no la veía tan contenta.

—Te aseguro que nada podría impedirlo.

—No quiero meterme, os quiero mucho a ambos. Pero... a pesar de todo,

ella está casada, y me da miedo que tú salgas mal parado de todo esto. Hazme caso, busca en otro lado. Vete de Londres una temporada. No sé, encuentra alguna tumba, de una bella princesa de otros tiempos.

Qué parecido a lo que él se había repetido durante horas esos últimos días. Pero no había tenido ningún éxito.

Decidió tomarlo a la ligera.

—¿Quieres que me enamore de una momia? —bromeó.

—Quiero que seas feliz.

Edward parpadeó, emocionado. La besó en la mejilla.

—¿Qué haces? —Preguntó ella, horrorizada—. Si nos ve la tía Hetty...

—Me da igual. Te quiero, Ruth.

Ella sonrió.

—Y yo a ti, Eddie.

Cuando acabó la música la llevó con Bethany, que se había sentado y estaba tomando una copita de agua.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, preocupado.

—Sí. Es solo que me canso más. —Se acarició el vientre. Edward no entendía mucho de esos temas, pero ya debía rondar los siete meses, quizá ocho, así que muy cómodo no debía ser. Se imaginó en esa situación y se estremeció de espanto. Qué horror. No saldría de casa y procuraría estar totalmente borracho, de continuo, hasta que todo hubiese pasado y el niño estuviese ya estudiando en Oxford—. Pero estoy bien.

—¿Dónde está James?

—Las gemelas le han llevado a hablar con el padre del honorable David Beckett. —Bethany puso mala cara—. Lettie sigue empeñada en ese asunto.

—No es mal muchacho.

—No. Pero Lettie no le quiere, vive enamorada del amor y empeñada solo porque la tía Hetty se opuso en su momento a semejante compromiso. Temo que un día se dé cuenta de que no es como ella piensa. Ni mejor ni peor, simplemente, de otro modo.

—Ya... ¿Quieres beber alguna otra cosa, que no sea agua? —Sonrió—. ¿O más agua?

Bethany se echó a reír.

—No, gracias. Tengo suficiente.

—Cualquier cosa que desees, dime. —Giró sobre sí mismo. No había camareros a la vista—. ¿Tú quieres tomar algo, Ruthie?

—No, gracias.

—Muy bien, entonces yo me buscaré una copa. Ahora vuelvo.

No quería tomar nada tampoco, fue solo una excusa. Buscó con los ojos a Harry, que seguía en el mismo lugar, y sus pies le llevaron en su dirección, por cuenta propia, como si tuvieran una vida independiente.

Avanzó hacia ella. Estaba a punto de llegar cuando le interceptó una figura.

Lord Chadburn sonrió con frialdad.

—Lord Rutshore, qué agradable sorpresa. —Él no contestó. Chadburn retrocedió un paso, como haciendo un truco de magia, dejando paso hacia Harry—. ¿Conoce a mi esposa? Oh, ahora recuerdo que sí.

—Encantada de volver a verle, Excelencia —dijo ella, tendiéndole la mano. Edward la tomó y se inclinó a besarla.

—El placer es todo mío, lady Harriet. Está usted bellísima esta noche. Claro que, cuándo no... —La retuvo un instante de más. Vio que eso no gustó a Chadburn—. Espero que me conceda un baile.

—Qué atrevido. —Se soltó y le golpeó juguetonamente con el abanico en un hombro—. ¡Con todas las jóvenes casaderas que hay en el salón! Como lady Ruth Keeling.

Él estuvo a punto de echarse a reír. Pero Chadburn lo estropeó.

—Mi esposa está cansada —le dijo, tan seguro de que todo se haría según su voluntad—. Hoy no bailaré más que...

—Al contrario, estaré encantada de hacerlo. Ahora vuelvo, querido —le dijo a Chadburn, que la miró con el ceño fruncido.

Edward la enlazó entre los brazos y se unieron al resto de los bailarines. Empezaron a girar, siguiendo el ritmo de un vals que le gustaba, aunque no sabía su nombre. Tenía que preguntárselo a los músicos de la orquesta. Sería su música, su música y de Harry.

La sentía ligera entre los brazos.

—¿No temes que se haya enfadado?

—No mucho. Quizá hasta mejor que nos vea así. Luego, intenta despedirte de un modo despegado, Edward.

—Muy bien. Pero me va a costar. —Le sonrió—. Porque te amo, te amo y

te amo, y me gustaría gritárselo a toda esta gente.

—Amor... El Rutshore que conocí no hubiese pronunciado esa palabra sin sonreír con condescendencia.

—El Rutshore que conociste ha cambiado mucho desde entonces. Ha aprendido mucho.

—Es verdad. —Sonrió, pero en el último momento, apartó los ojos—. Disimula. Guarda esa mirada para cuando estemos a solas.

—Lo intentaré. —La música terminaba—. Y te esperaré cada día, durante el resto de mi vida.

Ella parpadeó, emocionada. Asintió. Chadburn estaba de pronto a su lado. La tomó por un brazo.

—Si no le importa, recuperaré a mi esposa.

—Sí me importa. Pero me temo que no puedo impedirlo.

Chadburn agitó la cabeza.

—Qué luchador, amigo mío. Nunca imaginé que iba a ver este aspecto de Rutshore, en Londres.

—Yo tampoco. —Se inclinó—. Milord, milady...

—Lord Rutshore... —saludó ella, y se fue con su marido.

CAPÍTULO 20

Tres semanas ya. Tres semanas reuniéndose cada tarde con Edward. Y se sentía cada día más feliz y, a la vez, más desdichada... Preocupada. Inquieta.

Harry suspiró.

—¡Qué rico! —exclamó Andrew, sacándola de sus pensamientos. Estaban terminando la cena, y devoraba con ganas un trozo enorme de tarta de almendras. Cuando no se presentaba Chadburn a cenar, algo que, por fortuna, ocurría casi siempre, su hermano y ella se sentaban juntos en un ángulo de la cabecera y disfrutaban mucho más del momento.

Ella rio.

—No comas tan rápido, por favor. Te va a sentar mal.

—Imposible. Podría comerme la tarta entera. ¡Dos!

—Bueno, tanto como eso no podría permitirlo, pero sí que disfrutes de un poco más. —Llevaba todo el día sin sentirse bien y no tenía hambre, así que le tendió su plato—. Toma la mía. No la he...

—Oh, milady, no, no, eso no puede hacerlo —protestó la señora Cook. Había estado todo el tiempo de pie, un par de pasos por detrás, rígida como una de las momias de Edward y con la misma mueca de vinagre de siempre, pero se materializó repentinamente a su lado, toda vitalidad y energías. Cogió el plato de Harry por el otro lado y trató de quitárselo—. No se preocupe. Le serviremos uno a lord Howard, de inmediato.

—No será necesario. —Menuda tontería. Total, ese estaba entero—. Ya le digo que no lo he tocado.

—Insisto, milady. ¡Esto no es nada apropiado! ¿Cómo se le ocurre? —Harry la miró, asombrada de que se hubiese atrevido a decirle eso—. Yo misma me ocuparé de...

—Suelte el plato ahora mismo, señora Cook. —La mujer tuvo el valor de dudar, pese a su tono helado, pero lo hizo—. ¿Qué se ha creído? No voy a consentirle que me trate como a una niña ni que venga a darme lecciones de comportamiento. Si estuviésemos en una cena oficial, no hubiese dicho nada, pero estamos Howard y yo solos. Somos una familia. No pasa nada si le paso una ración que ni he tocado.

Las mejillas de la mujer adquirieron un violento tono rojo. Pese a todo, estaba más enfadada que avergonzada. Lo dejó claro cuando, de nuevo, intentó indicarle qué tenía que hacer, y qué no.

—Milady, no debería...

—Ni una palabra más —ordenó Harry—. No quiero oírla. De hecho, ni siquiera quiero verla, retírese. —Miró alrededor, la hilera de criados ariscos de Chadburn, que dudaban sin saber qué hacer—. Todos. Cenaremos solos.

—Pero...

—Ahora.

Después de aquello, quizá Chadburn terminara quitándole el poco poder que tenía en la casa, pero de momento, sirvió. La señora Cook y el resto de los criados abandonaron el salón.

Harry dejó el plato delante del niño.

—Toma. —Le dedicó una mueca divertida—. Esa mujer horrible no se va a salir con la suya. Aunque tiene algo de razón, es mucha cantidad. Come despacio y, a ser posible, no te la acabes.

Andrew se echó a reír y la miró con un brillo especial en los ojos. ¿Admiración? ¿Cariño? Un poco de todo. Ella recordó el bebé feo y arrugado que se agitaba en la cuna, mientras su madre le cantaba con suavidad nanas francesas. ¡Lo que le había odiado entonces! Qué absurdo era, a veces, el mundo de los niños. Daría lo que fuera por poder volver a aquellos momentos, y cantar junto a su madre. Mecer entre las dos al niño...

—Gracias, Harry.

Ella sonrió. Solo por estar así, con él, merecía la pena todo.

—De nada. —Suspiró y tomó otro sorbo de agua. Si tan solo consiguiera encontrarse un poco mejor, el momento sería perfecto—. Recuerda que mañana vamos a la inauguración de un museo. Te va a encantar.

—Seguro que sí. Me gusta la historia.

Alargaron la sobremesa un buen rato y luego estuvieron en el salón hasta tarde, tomando chocolate y planeando toda clase de diversiones. Finalmente, no pudo retrasar más el momento de retirarse. Dejó acostado a su hermano y volvió a su habitación. Sus dos doncellas se dispusieron a ayudarla a desvestirse, como siempre, pero, esa noche, Harry seguía irritada. Las apartó con gesto seco.

—Dejadme sola —les dijo—. Hoy me las arreglaré por mi cuenta.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada. No les gustó la situación, pero ya conocían el carácter rebelde de su señora y salieron en silencio. Harry cerró con llave, se quitó la ropa y se miró en el espejo. Su vientre empezaba a mostrar una ligera curvatura.

Estaba embarazada. Lo sospechaba desde el primer mes, desde la primera falta, pero ya estaba casi convencida. O eso, o se estaba muriendo de algún misterioso mal femenino, y no se atrevía a comentarlo con el médico, porque entonces se enteraría Chadburn, y todavía... todavía no se atrevía.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo reaccionaría su marido ante semejante noticia? No tendría la más mínima duda de que era hijo de Rutshore, y le odiaba. Si ese niño nacía bajo ese techo, en esa familia, bajo la apariencia de ser su hijo, como había pasado con Andrew, lo utilizaría como otro eslabón de la cadena con la que la tenía atada a ella. Peor aún: o mucho se equivocaba, o intentaría darle una vida terrible al pobre niño. Y ella tendría que matarle.

Porque le mataría. Si intentaba algo contra su hijo, le...

Oyó golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, girándose—. ¿Quién?

—Soy yo, Harry —dijo Andrew. Sonaba quejumbroso—. Me duele la tripa.

—Oh, espera un momento. —Buscó su camisón y se lo puso rápidamente. Cruzó la habitación y abrió la puerta.

En el pasillo, Andrew estaba muy pálido. Se aferraba la barriga con ambas manos y temblaba. Comprobó su frente. Por lo menos, no tenía fiebre.

—¿Qué te ocurre?

—Me duele la tripa. Mucho.

—Bueno... igual algo te sentó mal. ¡La tarta! —añadió casi al momento, sintiéndose culpable. La señora Cook había tenido razón. No debió darle tanta—. Lo siento mucho, cariño, es culpa mía. —Le envolvió en sus brazos

y se sintió henchida por algo que solo pudo describir como amor maternal. Era ya un hombrecito, pero ¡lo sentía tan pequeño, tan frágil! Y lo amaba con tanta fuerza que se sentía estremecer por completo—. Ven, vamos a tu habitación, te arroparé y haré que te traigan algo para tomar.

Así lo hizo. Avisó a los criados y muy pronto le llevaron una tisana. También ordenó que llamaran inmediatamente al doctor. Mientras esperaba, dio vueltas por el dormitorio, inquieta. La mesa de Andrew estaba llena de dibujos: castillos, caballeros, princesas... Un escudo llamó su atención. Se veía un dragón rampante sobre un campo de gules. Lo reconoció al momento.

El dragón.

Harry apretó el papel, sintiendo cómo una sensación extraña se expandía por su cuerpo, tensando cada músculo. Fue hacia la cama.

—¿Howard, de dónde copiaste esto?

—Oh, ¿a que es bonito? Es el escudo de los marqueses de Seathewand, la familia de abuela, lady Hanna —respondió el niño, guiñando los ojos—. La madre de padre.

El dragón. ¡Chadburn era el dragón!

Creyó que era el hombre grande del balcón, aquel individuo masivo y amenazador, simplemente porque le vio en aquel balcón, con aire dominante, como si todo cuanto podía ver o tocar le perteneciera.

Pero no, el dragón era el hombre que había sacado a su madre de la casa.

De *su* casa...

¡Lo había tenido siempre tan cerca!

—Oh, Dios mío —susurró, sintiendo que hasta se mareaba. Tuvo que contener las ganas de vomitar.

—¿Qué te ocurre, Harry? —preguntó Andrew, preocupado.

—No, nada, yo...

Se pasó una mano por la frente, intentando recuperar el control. ¡De pronto, tenía tanto miedo...! ¡Debía irse de allí, debía sacar a Howard de allí cuanto antes! Fue hacia la cama, con la intención de hacer que se levantara, de inmediato. Envuelto con la manta, podría meterlo en el coche, seguro que Breaste les llevaba hasta Gysforth House; pero, lamentablemente, justo en ese momento llegó el médico.

Entró saludando con prisas y le examinó.

—¿Qué ha cenado?

—Lo normal, lo mismo que yo. Bueno, de postre, dos raciones de tarta, la suya y la mía.

—¿La suya? —Hubo algo, quizá un tic nervioso, en su mejilla. Le vio mirar de reojo a los criados. La señora Cook hizo un gesto parecido—. No debería... no debería cenar tanto. Pero no se preocupe, se pondrá bien. Que le den una manzanilla ahora y otra si se despierta por la noche. En caso contrario, que le dejen dormir.

—Gracias, doctor. —Allí estaba pasando algo, cada vez lo tenía más claro. Pero no quería hablarlo delante de todos. Esperó hasta que dejaron adormilado a Andrew, y salieron al pasillo—. Si no le importa, ya que le hemos despertado, me gustaría consultarle sobre cierto dolor... femenino que he empezado a sentir.

—¿Dolor?

—Vayamos a mi dormitorio. —Al entrar, se interpuso en el paso de las doncellas—. No. Déjenos solos.

—Pero, milady, ¿no sería mejor que, por lo menos una, est...?

—No, gracias, Margaret. No las necesito. Gracias.

La mujer se marchó, llevándose con ella su cara de eterno resentimiento con el mundo. Harry suspiró. Cómo odiaba a todos los criados de Chadburn House. Parecían haber sido escogidos por su capacidad para comportarse como auténticos bellacos.

Harry miró al médico. Él estaba dejando el maletín en la mesita.

—Hábleme de ese dolor...

—No. Ambos sabemos que no hay ningún dolor. Doctor, igual me equivoco, pero creo que usted sabe algo sobre lo que ha ocurrido aquí esta noche, y que eso le hace sentirse incómodo.

Las pupilas del médico se sobresaltaron, y se movieron nerviosas hacia la puerta.

—No sé a qué se refiere...

—¿En serio? Es una pena. Creía que ya nos conocíamos lo suficiente, que hasta nos teníamos una cierta confianza. —Eso era mucho decir, pero bueno. Debía intentarlo todo—. ¿Qué ha pasado? Y no vuelva a decirme que no lo sabe, porque puedo ver que está al tanto de lo que sea.

—¡Por Dios, milady! —protestó el hombre, cada vez más frenético—. ¡Me pone usted en un compromiso!

—Eso solo puede significar que sí que ocurre algo. —Se cruzó de brazos—. Es la última vez que se lo pregunto: ¿qué demonios está pasando?

—¡Milady!

—Le aseguro que puedo usar un lenguaje mucho más escandaloso, así que conteste. ¿Mi marido tiene algo que ver? ¿Tiene usted miedo, es eso? —Una idea rondaba su mente desde hacía rato. Era demasiado terrible, pero tampoco podía descartarla sin más. Decidió preguntarlo—. ¿Pasaba algo con esa tarta?

Él la miró espantado.

—Yo...

—Era para mí. —Sintió un frío mortal. Se llevó una mano al estómago, y descendió hacia la tripa. Allí estaba su hijo, su niño, su pequeño. Todavía no mostraba ninguna evidencia clara, pero ¿podían haberlo supuesto?—. ¿Me están dando algo? ¿Es eso?

—¡No! —Estaba mintiendo, seguro. Cada vez estaba más rojo—. No diga absurdos. No...

Tampoco fue capaz de seguir y terminar la frase. Harry le observó con atención. Decidió dar un rodeo y probar suerte con otro tema que también la tenía muy preocupada.

—Usted sabe lo que le pasó a la primera esposa de lord Chadburn, ¿verdad? —preguntó—. Quizá era sonámbula, pero quizá alguien aprovechó eso para solucionar una presencia molesta.

Eso le sacudió como un viento frío. Casi temió que le diese un ataque al corazón.

—Yo... Yo no...

—Claro que sí. Puedo verlo en su rostro, doctor. También entonces le ayudó a librarse del problema, del mej...

La puerta se abrió bruscamente, dejando paso a Chadburn. Sus pupilas, muy alerta, fueron de uno a otro, dando la impresión de estar alimentándose de cualquier pequeño detalle. El médico temblaba de pies a cabeza.

—Doctor... —Le tendió la mano. El médico tardó en reaccionar, pero la tomó. Eso sí, se movió con cautela, casi como si acercase los dedos a una llama. Chadburn debió apretar más de lo esperado, porque el pobre hombre

dio un respingo—. Me han contado lo que ha ocurrido con mi hijo. Gracias por todo.

—No es nada...

Hizo un gesto hacia ella.

—¿Mi esposa está bien?

—Per... perfectamente. —El doctor Walker carraspeó—. Una molestia sin importancia.

—Entiendo. Bien. Ackerman le acompañará a la salida. —Cogió el maletín, se lo dio y le guio hasta la puerta, sin darle opciones a negarse. En cuanto Walker estuvo fuera, cerró y giró la llave. Harry se sobresaltó. Chadburn se giró lentamente hacia ella. La miró, muy serio—. ¿Se puede saber qué intentabas?

—¿Yo? —Aunque su instinto de conservación le decía que saliera corriendo, cuanto antes, se obligó a permanecer quieta, clavada en el sitio—. Nada. Era una simple revisión, porque no me encuentro bien...

—Sé que no te encuentras bien. Y sé por qué...

Harry no podía verse, pero hubiera jurado que tenía la misma cara de espanto que había puesto el doctor un momento antes.

—No entiendo a qué se refiere.

—¿No? Te olvidas de que no soy un tonto bisoño, querida, he estado casado antes. Y mis criados me informan puntualmente de todo. No has pedido paños íntimos desde que llegaste aquí. Nunca. —Harry se ruborizó violentamente. No era un tema que quisiera hablar con un hombre, y menos con él—. Además, el doctor Walker lo comprobó, gracias a tu orina. Bueno, él dice que no es definitivo, que estas cosas nunca son seguras, pero yo lo sé a ciencia cierta: estás embarazada. Tienes en tu interior un bastardo de Rutshore.

—¡No! Yo...

—Cállate. —Harry obedeció, repasando mentalmente las opciones que tenía. Eran pocas, pero, si intentaba ponerle la mano encima, se defendería. Podría salir malparada, pero él mostraría las huellas de sus uñas en el rostro, por siempre—. Esto, como bien sabes, no entraba en nuestro acuerdo. He dudado entre permitir que ese pequeño bastardo viva, y utilizarlo para torturar a Rutshore, o matarlo antes de nacer. —Entrecerró los ojos—. Soy un hombre

piadoso. Me he decantado por lo segundo.

Harry negó con la cabeza.

—No...

—Comerás lo que te den —prosiguió él, impasible, sin hacerle caso—. Beberás lo que te den. Tendrás un aborto espontáneo y te recuperarás rápidamente, así me lo ha asegurado el doctor Walker. Y nunca volveremos a tener esta conversación.

—¡No! ¿Se ha vuelto loco? ¡No lo permitiré!

A pesar de todo, la bofetada la tomó desprevenida. Fue un momento de dolor intenso y, luego, la mejilla empezó a arderle de un modo insoportable. Se la cubrió con una mano.

Él la miró con desaprobación.

—No grites. Howard está durmiendo. —Andrew, sí. No debía enterarse—. Harás lo que yo te diga porque, si no, te encerraré en el sótano de esta casa, y no volverás a sentir el calor del sol.

—¿Qué? —Harry abrió los ojos, aterrada—. ¡No puede hacerlo!

—Claro que sí. Eres mi esposa, me perteneces. Eres como esa silla, esa cortina o esta casa: algo de mi propiedad. Puedo usarte a mi antojo o guardarte bajo cien llaves y olvidarme de ti. Tu situación es peor incluso que la de mis criados, querida, porque ellos pueden irse. Tú, no.

Le dedicó una mueca helada y dio media vuelta para salir. Harry no pudo contenerse.

—En nuestro acuerdo también estaba el dragón —se oyó decir, de pronto. Chadburn se detuvo en seco y se giró para mirarla—. Yo pensaba que era aquel hombre grande, calvo, del balcón de la casa a la que fue mi madre. Esa en la que yo les vi a los dos, a usted también. Lord Kennerath. Pero no era él, ¿verdad?

Chadburn tardó mucho en reaccionar. Entonces, sonrió de un modo extraño.

—Estás alterada, querida. Será mejor que te acuestes.

—No era él...

—Basta —la cortó. Se miraron fijamente, un par de segundos—. Si de verdad quieres hablar de ese tema, te aconsejo que lo medites bien durante lo que queda de noche. Piénsalo, porque si vuelves a mencionarlo, no habrá vuelta atrás, Harriet.

Salió y cerró la puerta con suavidad. Harry se quedó allí, muy quieta, durante lo que le parecieron horas. El dragón. Había encontrado al dragón. Y, como era de esperar, era una bestia maligna que intentaba aterrarla. Pues no lo consentiría.

Se acostó, aunque no pudo conciliar el sueño. Las horas pasaron lentamente en la oscuridad, arrastrándose una tras otra.

CAPÍTULO 21

Al final, muy temprano, se levantó y fue a ver cómo estaba Andrew.

Seguía dormido. La doncella que había pasado la noche a su lado, vigilando su estado, le dijo que había descansado bien. De hecho, no se había despertado en ningún momento.

Harry se sentó en el borde de la cama y le acarició el pelo, mientras tomaba decisiones. Quizá Chadburn terminase saliéndose con la suya, como ocurría casi siempre, pero pensaba pelear a muerte una negociación. Esperaba poder transmitirle que había cosas que no pensaba permitir, mientras le quedara aliento. Dejar que asesinasen impunemente a su hijo era la primera de ellas.

Una hora después, bajó a la sala del desayuno. Chadburn ya estaba sentado a la mesa.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

Allí estaba, tan tranquilo, como si no hubiese ocurrido nada. Como si no le hubiese reconocido que la estaba envenenando para provocarle un aborto. Como si ella no le hubiese acusado de ser un espía y un traidor. Casi hubiera dicho que era un día como cualquier otro en la alegre Chadburn House, pero sí había algo distinto... Tardó un segundo de más en darse cuenta.

No había más criados presentes que Abdel. El egipcio le estaba sirviendo a su amo una taza de té, mientras Chadburn rompía con el cuchillo y el tenedor los huevos fritos de su plato.

Harry se sentó en su sitio, intentando disimular su preocupación, y le miró con fijeza, calibrando el mejor modo de empezar a hablar. Abdel lo solucionó al ponerle delante una taza, además de un plato con huevos y salchichas.

No contento con eso, añadió al momento un platito con un surtido de pastelitos y otro de canapés.

—No, gracias, no voy a desayunar —declaró—. Puede llevárselo, Abdel.

—¿Qué dices? —Chadburn levantó la vista del plato y frunció el ceño—. Tienes que comer. Estás muy delgada.

—Ahora mismo no me apetece. —Entrecerró los ojos—. Estoy segura de que me va a sentar mal.

Chadburn no se tomó a bien la ironía.

—Harriet...

—Me dijiste que reflexionase y ya lo he hecho —le cortó, optando por tutearle, por primera vez. Chadburn arqueó ambas cejas—. Y, como estamos en confianza, quiero que me confirmes que eres el dragón. Quiero una explicación de lo que pasó con mis padres. Que me lo cuentes todo, Chadburn, absolutamente todo. Ahora.

Chadburn la estudió pensativo.

—Nadie puede negar que eres una mujer valiente, Harriet. —Comió otro bocado—. Con todos los problemas que tienes ahora mismo, ¿de verdad sigues empeñada en eso?

Harry dudó, pero se mantuvo firme.

—Quiero saber qué pasó con mis padres. Asumo que todo lo que me contaste en su momento no eran más que mentiras. Tú, que tanto clamabas odiar las mentiras, maldito falso.

Chadburn sonrió.

—Reconoce que interpreté bien el papel de noble caballero al borde de la muerte, preocupado por el futuro de su retoño.

—No tanto. Sobre todo, cuando llegaste a las amenazas de muerte. —Él perdió la sonrisa, así que se apresuró a decir—: Pero todo eso ya da igual. Necesito entenderlo, para poder continuar. Y te recuerdo que a ti también te conviene este matrimonio.

—¿Tú crees? —Agitó la cabeza—. Yo no estoy tan seguro. Para mí, es un vínculo que ya no tiene ningún sentido. Lo he mantenido porque creo que le convienes a Howard, pero por lo demás, me resulta superfluo.

—Solo porque no te das cuentas de sus ventajas. Piénsalo bien: estás casado y vas a tener un hijo. Si cuentas con mi apoyo, nadie dudará de tu hombría, en ningún momento. Nadie sabrá lo que te ocurrió, lo que te pasa.

Los ojos de Chadburn la miraron con asombro.

—¿Quién...? Ah, el doctor Walker, claro. Una nueva indiscreción de nuestro querido galeno. Definitivamente, voy a tener que ocuparme de ese asunto. —Dejó los cubiertos—. Ya ves, al final, yo también he perdido el apetito.

Permaneció unos momentos en silencio. Harry le miró preocupada.

—Tenemos que llegar a un acuerdo.

—¿Negociar? —Soltó un bufido, un gesto burdo, poco habitual en él—. Tu madre era igual. Pensaba que podía negociar cuando le diera la gana, y salirse siempre con la suya, solo porque yo la quería.

Aquello la tomó por sorpresa.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? —La miró con curiosidad—. ¿De verdad no lo has intuido nunca?

—No entiendo nada...

—Eres menos perspicaz de lo que imaginaba, Harriet. Ponme un coñac —ordenó a Abdel. El egipcio se lo llevó al momento y Chadburn contempló el líquido oscuro antes de dar un sorbo—. Tu madre trabajaba para Napoleón, sí, como buena hija del barón de Mouchette. Llegó a Londres con la esperanza de infiltrarse en la alta sociedad inglesa, para servir de enlace con ciertos... elementos que eran partidarios de facilitarle las cosas a Napoleón a la hora de tomar Inglaterra, y así formar parte de un imperio europeo. Y no pudo hacerlo mejor. Tu madre, quiero decir. Una tarde, en una fiesta, se la presenté al conde de Trammheran, y en seis meses estaban casados. —La señaló con la copa—. Tú eres la consecuencia más perdurable de todo aquello.

—¿Por qué eligió a mi padre?

—Podría haber sido pura consecuencia del azar, pero no. Trammheran tenía varios puntos interesantes. Por ejemplo, estaba bien situado socialmente. Pese a que a él no le interesaban las intrigas lo más mínimo, tenía acceso a ciertos círculos de poder y hasta contaba entre sus amigos con algunos... *colaboradores* del servicio secreto británico, como el padre de Rutshore. Además, era un hombre ingenuo, que vivía sumido en el estudio del pasado. Mientras tu madre se movía, recabando información y transmitiendo mensajes, no molestaría.

—¿Él no fue espía?

—Para nosotros, no. Era un patriota inglés de los pies a la cabeza, aunque descubrió que tu madre sí lo era. Lamentablemente, ya te digo que no podía ser más ingenuo. Ella le aseguró que lo dejaría, y, como la amaba, la creyó. Como si eso hubiese sido algo al alcance de la pobre lady Miranda.

—Supongo que no tenía muchas opciones.

—Ninguna. Cuando te metes en ciertos juegos, no puedes retirarte fácilmente. —Bebió otro sorbo—. Yo me enteré de lo que había ocurrido y fui partidario de eliminar a Trammheran y acabar con el problema, pero tu madre insistió en que le dejáramos en paz, que ella le mantendría controlado. Juró que ya no volvería a cometer un error y que Trammheran, simplemente, pensaría que todo aquello formaba parte del pasado. Incluso, al fin, se convirtió en mi amante para conseguir mi apoyo ante nuestros... digamos, superiores.

—¿Qué?

—Exactamente lo que he dicho. —Frunció el ceño, pensativo—. Yo acepté, claro. ¡Lo había deseado tanto, tantas veces...! —Chasqueó la lengua—. Y se quedó embarazada.

Harry abrió mucho los ojos.

—Andrew...

—Howard. —La fulminó con la mirada—. Se llama Howard. Y sí, es mi hijo. Mi único hijo. Por eso se parece tanto a mí. Por eso le traje aquí y le crié, después de ejecutar a Trammheran. Ya ves, a él nunca le haría daño. —La miró—. Pero a ti, sí. Y ahora estás en mis manos.

Harry sintió que casi se ahogaba de pura indignación.

—Eres un mentiroso. Un falso. Me engañaste, en todo.

—¿Esperabas otra cosa? ¿En serio? —replicó él, poniéndose en pie—. Soy el dragón. *Soy un monstruo*. Querías conocerme y aquí me tienes.

Harry le miró con amargura, negándose a dejarse amedrentar.

—Sí, ya lo veo. Qué ciega he estado. Pensaba que era ese hombre...

—Lord Kennerath, sí. Aquel día, estaba conmigo en una de las mansiones que pertenecieron a la familia de mi madre. Miranda sabía que teníamos allí una reunión y se presentó para decirnos que Rutshore había descubierto a tu padre. Que Trammheran le había mandado un mensaje, asumiendo la

culpabilidad, por si lo interceptaban. Tu madre, qué ilusa, quería que detuviésemos a Rutshore y os ayudásemos a escapar, a toda la familia.

—Pero no fue necesario.

—En realidad, no. Porque Rutshore no hizo nada, en definitiva, y Miranda nos aseguró que Trammheran había conseguido convencerle de que no era verdad, que había sido un error de su joven y entusiasta hijo, Edward. La creímos. —Se encogió de hombros—. Y la vida continuó. Perdimos en Waterloo y luchamos durante años por intentar rescatar a Napoleón de Santa Elena, pero no fue posible. Con él murieron muchas de nuestras ilusiones. Y, la culpa de todo, fue en buena medida de tus padres.

Harry asintió.

—Al final, mi madre sí que cambió de bando.

—Así es. Ella y su maldito marido... Aunque maté a Rutshore, que fue quien les puso en contacto, tus padres ya habían trabajaban para el servicio secreto inglés. Juntos, urdieron un plan que pasaba por alterar los mensajes que debían pasar por ellos pero, también, emitir otros falsos. Uno de los factores más importantes de la derrota de Waterloo fueron los datos erróneos que se manejaron.

—¿Como cuáles?

—Como el hecho de que aseguraron que se iba a producir un atentado en un teatro de Londres, durante un gran estreno, que acabaría con la vida del príncipe regente y de los principales ministros. Napoleón contaba con el apoyo del grupo al que yo represento para dar un vuelco total a la situación. Y lo esperaba con tanta seguridad que, alrededor de las dos de la tarde del día dieciocho de junio, durante la batalla de Waterloo, se retiró del frente a una tienda en retaguardia, dejando el frente en manos de quienes demostraron ser auténticos ineptos. Pero el riesgo de ese tiempo merecía la pena, porque esperaba recibir la visita de lord Kennerath, acompañado del hombre que, de haber sido las cosas de otro modo, de no haber intervenido tus padres, ahora podría estar sentado en el trono de Inglaterra.

—¿Quién era?

—Lord Dankworth.

Harry se quedó con la boca abierta. Había oído hablar de él. Alto, buena planta, serio. De él emanaba poder. Era un hombre ambicioso. También había

visto a su hijo, en alguna fiesta. Bailando con Lizzie, recordó.

—Comprendo.

—No, no lo comprendes. De haber estado él allí, con la noticia de esas muertes en el atentado, el bando inglés se hubiese terminado de desalentar. ¡De hecho, se hubiese desmoronado por completo! Con lo que la mayor fuerza de la coalición contra Napoleón estaría vencida casi antes de empezar. La idea era poner al tanto a Napoleón y luego ir a la zona inglesa a contar las noticias y a organizar una rendición que sus aliados tendrían que confirmar. No se hubiesen perdido más vidas y se hubiese ganado la guerra. Pero no pudo darse nada de eso.

—¿Tú estabas allí?

—No. No pude llegar porque no conseguí un salvoconducto que, se supone, me mandarían, y tuve algunos problemas en el camino... —Apretó los dientes—. Otra vez por culpa de tu madre. Todo, absolutamente todo, fue por culpa de tu madre.

—Así que la mataste.

—En aquel momento, solo a tu padre. Yo no quería matar a Miranda. Pensé que, si mataba a Trammheran y creaba pruebas que demostrasen que había sido cosa de su esposa, resultaría suficiente. La tendría en mis manos, me necesitaría para salir adelante. De modo que fui un día cuando tu madre no estaba, y maté a la doncella y luego a tu padre. ¡Cómo se resistió el muy cabrón! —Harry tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer inmóvil. Quería coger un cuchillo de la mantequilla, que veía por el rabillo del ojo, y clavárselo en el alma—. Entonces, vi al niño. Era mío, al fin y al cabo. Me lo llevé. Por aquel entonces, mi esposa vivía en el campo, retirada. No me fue difícil ordenarle que viniese a Londres y organizarlo todo para hacerlo pasar al niño por hijo nuestro. Howard era muy pequeño, por aquel entonces. Ni siquiera lo recuerda.

Harry asintió.

—¿Y mi madre?

—Se puso como una furia. ¿Puedes creerlo? Yo le consigo alternativas, y se vuelve en mi contra. Mi idea era hacer caer toda la responsabilidad sobre Trammheran, establecerla a ella en alguna de mis propiedades y esperar a que... no sé, a que se produjera el milagro. Napoleón se había escapado de

Elba, se había levantado sobre sus cenizas una vez, ¿por qué no iba a ocurrir de nuevo? Seguimos trabajando, intentando traerle de vuelta, de Santa Elena. —Hizo un gesto de desaliento—. Pero, con su muerte, todo aquello terminó.

—¿Qué hiciste con mi madre?

Dudó.

—Tuve que matarla. Se empeñó. Yo la amaba, pero tuve que matarla. Y todo por culpa de Trammheran. Le emponzoñó la mente.

—¿Quieres decir que se enamoró de él?

La miró con amargura.

—Puedes decirlo así. Ese maldito... —De pronto, furioso, barrió lo que había en la mesa de un manotazo—. ¡Maldito hijo de la gran puta! Ese canalla de aire digno y cara de idiota. Y ella, ella... ¿cómo pudo hacerme algo así? ¡Yo la quería!

Harry hizo una mueca.

—Dudo que hayas querido a alguien, jamás.

—Ya. —Entrecerró los ojos—. ¿He satisfecho tu curiosidad?

—Sí. Ahora sé quién es el dragón. Ya sé a quién tengo que matar.

Él se echó a reír.

—Valiente hasta el fin, preciosa Harriet. Pero no vas a tener muchas opciones. Lamentablemente, no vas a poder vivir tanto tiempo.

Ella se preguntó si estaba logrando disimular su temblor.

—¿Qué vas a hacer?

—No me hubiese importado que siguieras siendo mi esposa, de verdad. Sé que Howard te quiere y que tú podrías cuidarle bien. Además, siempre queda bien una bella esposa, si das una fiesta o una comida. Pero, ya no va a poder ser. Ahora sabes quién soy, conoces mi secreto y no puedo arriesgarme a que se lo cuentes a tu amante. Te lo advertí anoche, pero te ha dado igual.

—Tenía que saberlo.

Chadburn asintió.

—Lo entiendo, de verdad. Pero también tienes que asumir las consecuencias de ese conocimiento. Además, eres la hija de Trammheran. —Sonrió—. Créeme, voy a matarte con gran placer.

Hizo un gesto a Abdel. El egipcio la sujetó por los hombros contra la silla. Aterrada, Harry se escurrió hacia abajo, logrando soltarse de un tirón, pasó

por debajo de la mesa y corrió hacia la puerta, pero Chadburn la interceptó. Entonces, giró y vio detrás a Abdel.

—No seas tonta —le dijo Chadburn—. No alarguemos la agonía.

Harry se volvió hacia la ventana. Estaba cerrada pero no le importó, se lanzaría rompiendo el cristal aunque eso mismo la matase. Corrió hacia allí y creyó que iba a llegar, pero Abdel fue más rápido, la sujetó por el moño y dio un violento tirón hacia atrás. El dolor fue insoportable. Harry cayó de espaldas suelo y resbaló varios metros. Antes de que pudiese reponerse, Abdel la había levantado y la había vuelto a sentar en la silla.

Chadburn sirvió un vaso de agua, de una jarra.

—¿Ves lo que pasa? Todos hemos perdido la calma. Será mejor que nos tranquilicemos. —La estudió pensativo—. Supongo que te das cuenta de que podría hacer muchas cosas más satisfactorias que matarte. Podría desnudarte, azotarte y maltratarte hasta llevarte a la pura desesperación. Yo no voy a violarte, pero Abdel lleva tiempo con ganas de contarte cómo trata a las esclavas en su mundo. —Harriet miró al egipcio aterrada, pero apartó la vista casi de inmediato, incapaz de enfrentarse a la promesa de aquellas pupilas—. Podría hacer que te drogasen hasta volverte realmente loca, y así internarte en un psiquiátrico.

—Oh, por favor...

Chadburn se encogió de hombros.

—Pero, lamentablemente, tengo que sacrificarte para conseguir una satisfacción mayor. —Sacó un frasquito del interior de la chaqueta y echó unas cuantas gotas en el agua—. Hoy se inaugura el museo Rutshore. Te contaré que vas a ir conmigo, pero te mantendrás apartada.

—No pienso...

Él rio entre dientes.

—No te preocupes, no serás tú. Por suerte, la señora Cook tiene tu altura más o menos. Se mantendrá a distancia, y con unos velos, diremos que no te encuentras bien. Tras la fiesta, se oirá una detonación. Cuando vayamos a ver qué pasa, descubriremos que Rutshore te ha matado en su despacho, furioso porque te has negado a huir con él. Dwight Perceval estará allí para afirmar que ha oído la conversación.

—Rutshore es incapaz de algo así. Nadie lo creerá.

—Claro que sí. Todo el mundo sabe que está enamorado de ti, que quiso oponerse a nuestro matrimonio, cuando lo anunciamos. Que se puso violento y estaba desesperado.

Aquello era cierto. Harry tragó saliva.

—¿Y cómo vas a hacer que vaya donde sea?

—Eso es fácil. Le mandarás una nota.

—¿Qué? ¡No! No pienso escribirla.

—No te preocupes, no te necesito para esa tarea. Como quizá recuerdes, Dwight se maneja bien imitando a otros, y conoce perfectamente tu letra. —Cogió el vaso y miró al trasluz la transparencia del agua—. Quiero ver cómo se hunde, Harriet. Seguiré de cerca todo el proceso y, cuando llegue el momento, esperaré pacientemente a que le ejecuten o me encargará de que tenga una muerte miserable en cualquier rincón de una cárcel infecta.

—Estás enfermo...

—Es posible. —Sonrió—. Solo queda por decir que siento una satisfacción muy especial al pensar que tú vas a ser la causa de su caída. Porque, querida, si de verdad pensabas que no sabía lo de tus encuentros en la modista, es que me has tomado por tonto, y eso no se lo consiento a nadie. No podías haber cometido peor error.

Harry palideció.

—No sé de qué me hablas...

—¿No? Al final, no vas a ser tan valiente como creía. Hablo de tus encuentros furtivos con Rutshore. De tu doncella, esperando abajo durante horas, sin mayor sentido, tal como me explicó. El tercer día ya había gente vigilando el edificio, y le vieron llegar. Pero, vamos, lo supe casi desde el primer momento. Estaba calibrando la posibilidad de matarle solo a él, pero, dados los últimos acontecimientos, las cosas van a ser así.

—¡No, no, por favor...! —Harry forcejeó, aterrada, al ver que se acercaba con aquel vaso. ¡Iba a matarla, iba a morir, la iba a envenenar! Él le paralizó la cabeza, inmovilizándola por la barbilla.

—No te preocupes tanto, ahora solo intento dormirte, para que no seas un estorbo. No puedo matarte todavía, ¿no lo entiendes, tontita? Hace calor y podría notarse que el cadáver no es fresco. Esta tarde, sí, tendremos un último encuentro, tú y yo, aunque creo que dejaré que Abdel juegue contigo antes, a

amos y esclavas. Duérmete con esa idea en la cabeza. Sujétala —ordenó a Abdel, que esta vez lo hizo con más firmeza. Sin hacer caso de sus pataleos, Chadburn le echó la cabeza hacia atrás y le abrió la boca—. Bebe a mi salud, zorra.

Vertió el vaso de agua de tal manera que Harry no pudo evitar tragar una buena cantidad. Tosió, se ahogaba. La soltaron y se retorció, expulsando lo que pudo, aunque no le permitieron vomitar. Abdel la levantó en volandas y la enfrentó a Chadburn. Le dio algo más de agua.

Todo empezó a moverse. Lo último que oyó, antes de que se la tragara la oscuridad, fue un:

—Bienvenida a la guarida del dragón, querida.

CAPÍTULO 22

Le dolía mucho la cabeza y sentía la boca como cartón.

Harry abrió los ojos, pero nada cambió, seguía rodeada de oscuridad. ¿Dónde se encontraba? Intentó moverse, pero no pudo. Al tacto, notó que estaba en un rectángulo con paredes de piedra, incluido el techo.

¿Qué era aquello? ¿Un sepulcro?

—¡No! —gritó, espantada—. ¡Socorro! ¡Auxilio!

Pataleó hasta quedar agotada. «Oh, Dios mío...». No la dejarían allí, querían sacarla para la escena final, pero pasar sus últimas horas encerrada de semejante modo, esperando el momento de ser violada y asesinada, resultaba terrible. No pudo evitar las lágrimas.

—Alzar la barbilla —balbuceó, temblando, los ojos muy abiertos en aquella negrura—. Erguir la espalda. —Se llevó la mano al pecho—. Aquí vive el orgullo de los Saint-George.

Apretó la mano en un puño, y apretó más, y más, hasta casi hacerse daño en el pecho. Pero, de algún modo, se sintió reconfortada.

Entonces, oyó un sonido.

—¡Oiga! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

—¿Harry? —oyó, apagado. Aquello le dio fuerzas. Volvió a gritar y a golpear la tapa, lo más fuerte que pudo.

—¡Aquí! ¡Socorro!

Sonaron algunos crujidos. Poco a poco, la tapa del ataúd de piedra empezó a moverse, deslizándose a un lado. Entró una tenue luminosidad; aunque era de velas, y amortiguada, durante un momento la deslumbró y le lloraron los ojos. En cuanto hubo hueco suficiente, se sentó, boqueando.

A la luz de un candelabro de cinco velas que debía haber llevado Dwight,

vio que el ataúd estaba en el centro de una sala bastante grande, amueblada con expositores y mesas, todo lleno de objetos de todas clases, hasta el punto de parecer abigarrado. Daba la impresión de ser un museo.

A su lado, estaba Dwight.

—Harry... Harry, perdóname. —Le dijo, para su sorpresa. La abrazó, la levantó en volandas y la sacó del ataúd. Se sentía todavía tan aturdida y débil que ni se planteó intentar oponerse. Miró el sepulcro. Por fuera, la piedra estaba completamente tallada, y mostraba una mujer cubierta por un velo en su tapa—. Perdón, perdón. Yo no quería que te hiciera daño.

—¡Oh, Dwight! —Todavía estaba temblando, de puro pánico. Jamás olvidaría esa experiencia—. ¿Vas... vas a ayudarme a salir de aquí?

Él tragó saliva.

—Por supuesto. A eso he venido. ¡Dios, Harry! Si ese hombre llega a matarte, sir Alan no me lo hubiese perdonado nunca. Ni yo tampoco. —Se mordió los labios—. Sabes que te he amado, Harry. Soy un idiota, perdóname, por favor.

—Oh, Dwight.

—He hecho cosas horribles, horribles... —Seguía diciendo él—. Estaba celoso, enfermo de rabia. No conseguía que... Tú no me veías, pero yo... te amaba.

—Déjalo —dijo, al ver que se le ahogaba la voz. Le abrazó. Sí le veía, claro que sí. Siempre vigilándola entre sombras. Ahora lamentaba no haber tenido un poco más de paciencia con él. Había hecho cosas espantosas, cierto, pero al final estaba arriesgando todo por salvarla. En ese momento, se sentía demasiado agradecida como para pedirle cuentas por nada—. Lo que has hecho... ha sido terrible, Dwight, no lo niego. Pero te agradezco mucho, muchísimo, que hayas venido ahora, de verdad. Ya hablaremos más tarde, ¿vale?

Él asintió. Se limpió la cara, manchada de lágrimas.

—Pero no le digas nada de esto a mi tío. Se avergonzaría de mí. No quiero que muera avergonzado de mí.

—Eso no ocurrirá jamás, no te preocupes. —Le aferró un brazo, con urgencia—. Tenemos que salir de aquí. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—¡Oh, Dios mío! —Se le había ido casi todo el día, atrapada allí dentro. La inauguración empezaba a las seis. Estaría ya muy avanzada—. ¡Debo llegar hasta Rutshore!

—Ahora estará en el museo. Pensaban... *hacer eso* más tarde, durante la fiesta. A las diez.

—Lo sé. ¿Has escrito una nota para él?

—Sí. Le citabas en su despacho. —Jadeó—. ¡No pude negarme! Ese hombre me da miedo.

—De acuerdo. Vamos, hay una salida a la caseta del jardín. —Cogió el candelabro con una mano, y le tendió la otra. Harry la tomó, recordando cuántas veces la había llevado así, cuando era una niña—. Pero antes, vas a llevarte una gran sorpresa, Harry. —Sonrió—. Al menos, con ella, creo que podré compensarte un poco por todo lo que te he hecho sufrir.

—¿A qué te refieres?

—A que...

Se detuvieron a ver que Abdel cerraba la salida, con una lámpara en la mano. Debía haber ido a buscarla, para violarla, matarla y llevarla al museo, aunque el orden exacto en que pensaba hacer las cosas, solo él lo sabría.

Dwight le miró aterrado.

—Apártate —le dijo. El egipcio no se movió—. Te lo advierto, muévete. Solo eres un salvaje, y nosotros somos ingleses. Yo soy abogado y, ella, una dama. Si nos haces algo, te aseguro que serás ejecutado. —Como respuesta, Abdel dejó la lámpara en el suelo y desenvainó su puñal, tan largo que casi parecía una espada corta—. Maldición... Aparta, Harry. —La empujó a un lado y se movió hacia el otro. Dio un manotazo a un jarrón que había estado en una peana y se lo lanzó. Cuando Abdel fue en su dirección, gritó—: ¡Corre!

Él también intentó hacerlo, esquivándole, pero Abdel era bastante más ágil de lo que hubiese podido pensarse, dada su envergadura. Lanzó un tajo. Dwight consiguió pararlo con el candelabro, se abrazó a él y chocaron con la pared. Las velas salieron volando en todas direcciones, girando en la penumbra como estrellas errantes.

Harry buscó algún arma, y terminó escogiendo una estatuilla de piedra que representaba una especie de perro. No era grande, pero pesaba lo suyo. La

levantó y golpeó con ella a Abdel.

—¡Esa estatua de Anubis no! —gritó Dwight—. ¡Es muy valiosa!

—¡Me da igual! —replicó ella. Intentó golpearle otra vez, pero el hombretón lanzó un manotazo que la arrojó a un lado. Harry rodó por el suelo, se incorporó y buscó su arma improvisada. El perro había perdido parte del hocico alargado, pero seguía siendo útil.

Justo mientras se ponía en pie, Abdel le clavaba el alfanje a Dwight en el estómago.

—¡No!

Corrió hacia allí, aunque ya fuera tarde. Como estaba parcialmente inmovilizado por tener sujeta el arma, Abdel no pudo impedir que le golpease con la estatua, con todas sus fuerzas. Su cabeza sonó como una nuez, el cráneo se hundió parcialmente. Se derrumbó, muerto en el acto, arrastrando consigo a Dwight.

—¡Dwight!

—Oh, maldición, maldición... —Él se tocó el lugar de la herida y miró la mano, tan ensangrentada que daba miedo por sí misma. Se encogió—. Creo... creo que me ha matado...

—¡No...! ¡Aguanta!

—Lo siento... Ay, Harry, siento todo lo ocurrido, de verdad. Hasta siento que está bien que acabe así. —Tosió, y sus labios se tiñeron de rojo—. Sal, venga, corre. Sigue el pasillo a la derecha, todo recto. Llegarás a una escalera, pero, antes de subir, mira en la sala, a su izquierda. —Movié las manos ensangrentadas y le entregó unas llaves, unidas por una cuerda—. Toma. Mira esa sala. Izquierda. Hazlo. Es imp...

Sus ojos perdieron enfoque. Se dejó caer, poco a poco. Estaba muerto.

Harry ahogó un sollozo y le cerró los párpados. No podía hacer más por él, excepto asegurarse de que el causante de su muerte lo pagase. Se puso en pie, cogió la lámpara de Abdel y salió.

Tomó por el pasillo a la derecha, como le había indicado, y siguió recto, atravesando innumerables salas llenas de obras de arte.

Llegó a las escaleras. Vio la puerta a la izquierda, pero llevaba tanta prisa que pensó en dejarlo para otro momento. Sin embargo, cuando estaba a la mitad de los peldaños, se detuvo. Dwight había muerto insistiendo en que

mirase, podía ser algo muy importante. Fue hacia allí y trató de mover el picaporte, pero estaba cerrada con llave. Por suerte, no tardó en encontrarla, en el llavero, y abrió.

Se quedó paralizada.

Lady Miranda estaba en el interior de una enorme vitrina de cristal, a pocos metros de la puerta, erguida y hermosa como una reina, ataviada con el vestido azul con el que la vio por última vez. Llevaba colgado del cuello el collar de lapislázuli que le había regalado su padre. Seguía roto, pero se lo habían puesto. Lady Miranda parecía caminar, majestuosa, hacia algún sitio al que jamás llegaría.

La vitrina tenía a los lados sendas lámparas, que debían funcionar a gas, de ahí la tenue luminosidad que la envolvía. Pero era muy escasa y creaba un ambiente casi mágico, algo que parecían penumbras doradas. Harry avanzó atónita, incapaz de creerlo, y alzó su lámpara, para mirar mejor.

Era una estatua de cera.

—¿Quién eres? —oyó, una voz ronca, rota.

Harry dio un brinco, girando sobre sí misma. La habitación era grande, y la luz de la vitrina abarcaba muy poco. Había alguien, entre las sombras del fondo. Movié la lámpara, intentando distinguir algo.

Sí, allí estaba: una silueta en un negro más denso sobre negros difusos.

¿Una mujer?

—¿Quién es? —preguntó a su vez. La figura oscura rio.

—Casi hubiese dicho que me ha contestado el eco.

Harry se quedó paralizada. La voz sonaba ronca, sí, pero, de pronto, le resultó inconfundible. Harry fue abriendo más y más los ojos, mientras avanzaba, paso a paso, cada vez más rápido, incapaz de creer lo que se estaba imaginando.

La esfera de luz alcanzó la figura y vio a la mujer, sentada en el suelo, junto a una cama, a la que estaba atada por una cadena que cerrada sobre su tobillo. La vio alzar las manos, para proteger los ojos de la luz. Tenía los cabellos sueltos, blancos, pero ella recordó lo dorados que eran, cuando los peinaba.

—Oh, Dios mío... —susurró Harry—. ¡Oh, Dios mío...! —Dejó la lámpara en el suelo y se lanzó hacia ella—. ¡Mamá! ¡Mamá!

Lady Miranda recibió el abrazo totalmente rígida. Pasaron largos segundos

hasta que reaccionó. Harry tuvo la impresión de estar deshaciendo una coraza hecha de hielo. No importaba. No tenía nada que hacer contra el calor de su amor.

—¿Harriet?

—Sí, *maman*. —Sollozó—. Soy Harriet.

—*Oh, ma fille, mon Dieu, merci!*

Aquella era la sorpresa de la que le hablaba Dwight, y no podía ser más maravillosa. Estuvieron así, abrazadas, durante tanto tiempo que le empezaron a doler las piernas. La besó.

—Mamá, tenemos que salir de aquí. Tenemos que ir a... —Muy complicado, explicarlo en pocas palabras—. Vamos, ven. Te contaré de camino.

—No creo que pueda ir, *chérie*. —Lady Miranda agitó la cabeza—. Estoy débil, llevo demasiado tiempo aquí atada. Y prácticamente en la oscuridad. La luz del sol puede hacerme mucho daño. Tu lámpara me molesta.

Harry pensó a toda velocidad. No quería dejarla allí, si había algún modo...

—Voy a ver si tengo la llave. —Probó con las del llavero y, efectivamente, una soltó el grillete del tobillo. Aunque era de hierro estaba forrado de tela, no le había hecho daño en la piel—. Perfecto, ahora, yo te ayudaré a caminar.

—Pero, mis ojos...

—Sí, te los voy a tapar. —Arrancó unas tiras de sus enaguas y vendó los ojos de su madre—. Así no tendrás problemas, hasta que te vayas habituando. Pero te vienes conmigo. No quiero dejarte aquí ni un minuto más, *maman*.

Lady Miranda asintió.

—¿Te hizo daño? —Preguntó, mientras caminaban hacia la puerta—. Ese canalla, ¿te hizo algo?

—¿Chadburn?

—Sí. Te amenazó. Me dijo «Dame el salvoconducto o le haré un hijo también a ella», y no pude resistirlo. Le apuñalé con saña en sus partes. Se fue sangrando como un cerdo. Luego, tardó mucho en volver. Creí que moriría aquí sola. Entró y me dio una paliza. No me dijo nada, pero nunca volvió a violarme. Le hice daño, ¿verdad?

Harry la abrazó, inmensamente agradecida.

—Sí, mucho. Hiciste un buen trabajo, *maman*. Me salvaste. Gracias.

Ayudó a su madre a caminar de vuelta hacia las escaleras. Subieron, muy poco a poco, abrió la puerta que había arriba con su llave y salieron al exterior, que era el interior de una caseta. Dejó a lady Miranda sentada en el suelo y escudriñó el exterior a través de una de las rendijas de la ventana, para orientarse.

Se encontraban en un rincón lejano del jardín. Cuando jugaba con Andrew, hacían como que era una caseta del bosque, el hogar de unos leñadores.

La puerta estaba cerrada, pero una de las llaves sirvió.

—Espera aquí —le dijo a su madre. Salió y se dirigió al murete. No podía arriesgarse con los hombres de Chadburn, tendrían que intentar saltar, aunque lady Miranda lo iba a tener complicado. Entonces, vio a lo lejos a Breaste, que llevaba un caballo de las riendas. Procurando que no la viera nadie más, le hizo señas. El hombre se acercó.

—¿Milady? —preguntó, sorprendido, al ver su aspecto. Harry ni había pensado en ello. Sí, tenía el vestido sucio y roto, y a saber cómo estaría su pelo. Se pasó una mano y descubrió que el moño destrozado tenía casi la textura de un nido de ratas. Sí, debía tener un aspecto terrible, pero no era momento de ocuparse de eso—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Estoy bien, tranquilo. Pero tengo que salir de aquí sin que me vea nadie más, con otra persona. ¿Puede ayudarnos?

Él titubeó.

—Abdel ha venido hace un poco y ha dejado el coche listo junto a la puerta trasera.

—Pues cójalo. Abdel ya no lo va a necesitar. ¿Puede conseguirme una pistola?

Breaste la miró cada vez más sorprendido, pero no preguntó nada.

—Desde luego. Hay una en las caballerizas. La llevaré al coche de Abdel. Eso sí, es mejor que ustedes esperen ya fuera. Pero, claro, si no quiere que la vean... —Miró el muro—. Tendrá que saltarlo. Yo la ayudaré.

—Gracias. Venga, aquí hay alguien más.

Breaste no dijo tampoco nada al ver a lady Miranda, cuando la sacó de la caseta, aunque fue evidente que le impactó su imagen: una mujer todavía hermosa, pero con el cabello completamente blanco, suelto como una aureola alrededor de su cabeza, y con los ojos vendados. Pero nadie habló. Tenían

que salir de allí.

Con la ayuda de un árbol, y el apoyo del caballo que tenía Breaste, lograron cruzar el muro. Una vez fuera, esperaron a que llegara el coche y se alejaron de allí, en dirección al centro de Londres, hacia el museo Rutshore.

Harry estaba agotada y hambrienta, pero le daba igual.

Tenía que llegar a tiempo.

CAPITULO 23

Edward dejó el último papel que había estado estudiando, se ajustó la corbata y se puso en pie.

Quedaba todavía media hora para la inauguración, pero decidió ir bajando ya. Estaba demasiado nervioso para hacer otra cosa que lo que llevaban haciendo durante todo el día la mayor parte de sus empleados: caminar de un lado a otro en pleno ataque de histeria. Como les había dicho en la reunión que habían tenido a mediodía, habían trabajado mucho, todos, para conseguir llegar en fecha. El mérito de la existencia del museo Rutshore era un poco de todos y cada uno de ellos.

Al menos, estaba seguro de que todo iba a ser un éxito. Cada una de las plantas, cada una de las salas, había sido pensada y preparada a conciencia, incluso en detalles como la iluminación a distintas horas del día.

Y, por fin, el punto de inicio: en el gran vestíbulo esperaba Nefer-Anjet-Ast, tras unos grandes cortinones que lo dividían más o menos por la mitad, para ocultarla hasta que llegase el momento indicado. Delante de aquel telón improvisado había una tarima, desde la que iba a dar un breve discurso. Era lo bastante grande para que estuvieran dos personas cómodamente, y pensaba invitar a Wallis a subir con él.

Hasta el despacho había quedado espléndido. Sin trastos, decorado con gusto y dinero, parecía otra cosa. Por fin había podido colgar sus cuadros y había una excelente alfombra sobre la madera brillante.

Ahora sí que daría gusto tener visitas.

Como si hubiesen leído su mente, llamaron a la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Arthur, metiendo la cabeza. Edward rio.

—Adelante. Así puedo lucir despacho. Eres el primero que lo ve, estando

en condiciones.

—Muy bonito —repuso el otro, mirando alrededor—. Esta vez, lo has hecho a lo grande, compañero. Felicidades, de verdad —le dijo, y dio la impresión de estar orgulloso de él—. Buen trabajo.

Edward sonrió.

—Gracias.

—¿Nervioso?

—Mucho. No sé si se me nota.

Arthur rio.

—Apenas, y todos lo entenderemos, no te preocupes.

—¿James y las chicas han llegado?

—Sí, están abajo. Hemos venido en grupo antes, por si necesitabas cualquier cosa.

Edward sonrió.

—No. Pero soy un hombre muy afortunado.

Llamaron otra vez a la puerta. Esperaba que fuese James, pero no; esta vez se asomó el conde de Wallis.

—Lord Rutshore, ¿puedo hablar con usted un momento?

—Por supuesto. Pase, lord Wallis. Espero que le haya gustado lo que tenemos preparado.

—Sí, realmente impresionante. Tanto el interior, como el exterior. Buena idea dar la fiesta en el jardín.

—Sí, una suerte que vaya a ser una buena noche. ¡Los hados nos son propicios! —Sonrió. Esa noche, no iba a poder dejar de sonreír—. ¿En qué puedo ayudarle?

El conde miró a Arthur. Este tardó un segundo de más en darse por aludido.

—Oh, disculpen. Me requieren en otra parte. Lejos.

Salió, cerrando suavemente. Edward hubiese querido poder irse con él. No tenía muchas ganas de atender a Wallis en ese momento, pero qué remedio.

—¿Desea tomar una copa? —Le hizo un gesto hacia una de las sillas. El otro rechazó ambas cosas.

—No, gracias. Ambos tenemos que bajar enseguida, es casi la hora.

—Así es. ¿Qué puedo hacer por usted?

El conde se tiró de uno de sus grandes mostachos.

—Verá, me ha llegado su propuesta de compra de ese edificio anexo al museo, para su ampliación...

—Ah, sí. Me he enterado de que lo han puesto a la venta y me parece una buena idea. Mis abogados me sugirieron que se lo consultase. Ya que ha puesto una buena cantidad en el museo, quizá quiera ampliar la inversión.

—No es mala idea. Aunque es un desembolso notable.

—Cierto. Pero nos tranquilizaría para el futuro. Estoy dispuesto a comprarlo yo mismo, aunque mi contable no lo aconseja, sobre todo porque tengo demasiado capital destinado a compras de piezas arqueológicas. Pero si usted no quiere...

—Oh, quiero, quiero. —Agitó ambas manos en el aire—. Estaré encantado de ayudar. Sabe que su padre y yo éramos buenos amigos. Por eso, no hay nada que me llene más de orgullo que poder colaborar en un museo en su memoria.

Edward sonrió.

—Gracias, milord. Sin su ayuda, esto no hubiese sido posible.

—Ha sido un placer. —Se detuvo, y la pausa se alargó quizá demasiado—. Lord Rutshore, no soy hombre al que le guste dar vueltas, así que se lo diré directamente. Tiene usted ya treinta años, una edad más que adecuada para un matrimonio, y que yo sepa no ha mostrado interés en ninguna joven en concreto. En los últimos tiempos se ha hablado algo de lady Ruth Keeling, pero no he tenido la impresión de que hubiese nada realmente importante.

Como parecía esperar una respuesta, Edward confirmó:

—No, no lo hay. Lady Ruth y yo solo somos amigos.

—Estupendo. Y sin duda hace tiempo ya que tiene en mente la posibilidad de un acuerdo matrimonial con mi hija Emma. Ya la conoce. Es hermosa, es lista y conoce todas las obligaciones de una esposa. Estoy seguro de que, si lo piensa, se dará cuenta de que es un enlace ideal. De hecho, me preguntaba... creo que hoy, sería un momento ideal para anunciar el compromiso.

Durante unos momentos, Edward no supo qué decir. Estudió el rostro del conde mientras su mente trabajaba a toda prisa, considerando una vez más las consecuencias de una negativa. No tendría el edificio. No tendrá las cantidades mensuales que llegaban, para mantenimiento del museo y sueldos de los empleados, con lo que tendría que hacerse cargo personalmente, y ya

no podría comprar nuevas piezas con tanta facilidad.

Sería un desastre para el museo Rutshore y para su fortuna. Pero eso ya lo sabía. Lo había pensado mil veces.

En otros tiempos, no le hubiese importado casarse con lady Emma. Al fin y al cabo, era cierto que un hombre de su edad ya necesitaba una esposa. Pero, ahora, había conocido a Harry. Ya no podría vivir sin amor.

—Tengo... tengo que pensarlo —respondió, con cautela. No estaría de más organizar todo con los abogados, antes de decirle la verdad: que nunca habría boda. La expresión del conde se ensombreció.

—Me parece que no me han informado bien. Quizá la dama casada con la que se encuentra en *Madame Didiane* es más importante de lo que me han dicho.

Edward abrió los ojos como platos.

—¿Me ha estado investigando?

—Mi querido amigo, yo siempre me informo en mis inversiones.

—Mi vida privada no tiene nada que ver con nuestros negocios.

—Se equivoca. Y si se va a casar con mi hija, sepa que se equivoca todavía más. Piénselo bien, Edward. Yo estaría encantado de convertirme en su suegro en todo caso. Nada impediría que pudiera usted mantener los encuentros con esa... dama, mientras le siga interesando, si sigue siendo discreto. Pero si decide que puede prescindir de ese acuerdo, tenga en cuenta que tendrá que prescindir de todos los demás, y que exigiré la devolución de todo lo aportado.

—¿Qué? No puede hacer eso.

—¿No? Yo creo que sí. Hable con sus abogados, se lo confirmarán.

Edward frunció el ceño. No había contado con eso, pero le daba igual. Cada vez le daba más igual.

—Creí que había dicho que era amigo de mi padre.

—Y lo fui. Por eso me indigna más esta situación. ¿En serio cree que a él le hubiese gustado que perdiera su vida con una mujer como esa? ¿Sobre todo cuando se le ofrece una oportunidad única, como lo es mi hija Emma?

—Lo siento, no. —En realidad, se oyó decirlo, pero qué demonios, era la respuesta correcta—. No me voy a casar con Emma. Es una joven encantadora, sí, pero no la quiero.

—¿Querer? No sé si es usted demasiado infantil o demasiado impulsivo. El amor llegará con el tiempo, cuando se vayan conociendo, a medida que vayan teniendo hijos. Antes, es absurdo pretender...

—Le aseguro que no. No digo que no se puede aprender a querer a alguien, pero el amor puede surgir sin más, como un estallido en el pecho, algo que se expande y te emborracha. Yo quiero sentir eso. Quiero seguir sintiéndolo siempre.

—No puede pretender hacerme creer que ama a esa mujer. En cualquier caso, da lo mismo lo que quiera. Es una mujer casada.

Edward apretó los labios. Se encaminó a la puerta y la abrió.

—Disculpe. Es tarde. Será mejor que bajemos.

El conde no se movió del sitio.

—Sea sensato, hombre. Lo digo y lo hago por su bien.

—Oh, por favor... Evíteme esa clase de argumentos. ¿No viene? Pues nada, disfrute del despacho. Al fin y al cabo, la mitad lo ha pagado usted.

—¡Rutshore! ¡No se atreva a irse así!

Salió furioso. Fuera, Arthur estaba estudiando el cartel con el esquema de la historia egipcia, con la misma cara que hubiese puesto un hitita que no se enterase de nada. Al oír las voces se volvió hacia él y, cuando Edward pasó por su lado como un rayo, fue tras él.

—Genial, Eddie. Y ¿ahora qué pasa?

—Ese hombre quiere arruinarme.

—¿Puede hacerlo?

—No sé. Consultaré con mis abogados. Y también con Cedrerick, es un hombre astuto. Y si lo veo muy mal, venderé todo y me iré a vivir de la caridad en Gysforth House.

—¿Y por qué no a mi casa?

—Porque pisas poco por allí, igual que tu padre. Y tu madre es encantadora, pero no me apetece mucho vivir solo con ella. Todavía recuerdo cuando me hacía tomar doble ración de verduras porque decía que estaba demasiado pálido. O aquellos purés de gachas fortificantes, porque estaba quedándome bajito.

Arthur rio.

—Eso es cierto.

La inauguración, con las palabras que había preparado durante semanas con todo cuidado, fue un gran éxito. Lástima que no hubiese podido disfrutarlo como imaginaba. Entre lo de Wallis y el sorprendente comportamiento de Harry, se le oscureció el humor casi por completo, aunque procuró que nadie se diese cuenta.

Harry había acudido, tal como había prometido, pero no había llevado a Andrew. Muy por el contrario, se había presentado acompañada del mismísimo Chadburn, que no se había separado de su lado. Por si eso no era lo suficientemente extraño, iba completamente cubierta de velos y se mantenía lejos de todos. Ni siquiera había querido saludar a las Keeling.

Edward se temía lo peor: que Chadburn se hubiese enterado de sus encuentros y la hubiera golpeado, y se hubiese presentado allí para montar un escándalo. De ser así, en cuanto pudiera, pensaba darle una paliza de la que no iba a olvidarse fácilmente.

Pero no debía ser el caso, porque la inauguración transcurrió del modo más tranquilo posible.

El acto principal se celebró en el gran vestíbulo, llamado también sala de Nefer-Anjet-Ast, dividida por un gran cortinaje. Desde la tarima, Edward habló largo y tendido de la figura de su padre, de lo que Ethan Truswell, octavo marqués de Rutshore, había supuesto para el mundo de la historia, lo mucho que había aportado, en inversiones económicas y en esfuerzo personal. Pena no poder contarles su participación en el servicio secreto, durante la época de la guerra con Bonaparte, y lo mucho que Inglaterra le debía.

—Gracias a hombres como él, Ozymandias no se pierde en sus arenas y, nosotros, podemos aprender de nuestro legado y ofrecer a nuestros descendientes un mejor futuro —dijo, refiriéndose al famoso poema «Ozymandias», de Percy B. Shelley, publicado en mil ochocientos dieciocho.

Lo recitó a continuación:

*Conocí a un viajero de una tierra antigua
que dijo: «dos enormes piernas pétreas, sin su tronco
se yerguen en el desierto. A su lado, en la arena,
semihundido, yace un rostro hecho pedazos, cuyo ceño*

*y mueca en la boca, y desdén de frío dominio,
cuentan que su escultor comprendió bien esas pasiones
las cuales aún sobreviven, grabadas en estos inertes objetos,
a las manos que las tallaron y al corazón que las alimentó.*

*Y en el pedestal se leen estas palabras:
“Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes:
¡Contemplad mis obras, poderosos, y desesperad!”*

*Nada queda a su lado. Alrededor de la decadencia
de estas colosales ruinas, infinitas y desnudas
se extienden, a lo lejos, las solitarias y llanas arenas».*

El poema, que hablaba de la pérdida, de las inútiles ambiciones humanas, emocionó a todos los presentes, pudo sentirlo, y él mismo tuvo que tragar saliva al terminarlo. Agradeció de nuevo a su padre la labor realizada, y el haber sabido inculcarle aquel amor a la historia, y extendió el mérito al conde de Wallis, que se encontraba a su lado.

A saber si aquel hombre pensaba mantener sus amenazas, pero hasta llegó a soñar con la posibilidad de que no fuera así, porque cuando inició el discurso, le invitó a subir con él a la tarima y permaneció a su lado en todo momento, recibiendo el mérito de lo hecho. Edward aprovechó para involucrarle de tal manera en los méritos del proyecto, que le iba a suponer un enorme esfuerzo desvincularse de todo aquello. Además, se le veía muy contento con los aplausos, jamás había visto que le temblaran tanto los grandes mostachos. Poca gente podía resistirse a una ovación pública.

Cuando terminaron los discursos, se retiró la tarima y se encendieron las luces traseras de la sala, mientras se corrían lentamente las cortinas del gran telón. Ante una audiencia totalmente fascinada, surgieron de la oscuridad del olvido, las formas aristocráticas del hermoso sarcófago de Nefer-Anjet-Ast, con el ajuar funerario dispuesto a su alrededor, a la espera de que lo usase en una existencia eterna.

Todas las paredes estaban cubiertas por hermosos paneles que relataban, en grandes dibujos rodeados de textos jeroglíficos suministrados por Jean-François Champollion, la vida cotidiana en el antiguo Egipto. Allí, en distintas imágenes, se mostraba a unas gentes muy distantes, en el espacio y en el tiempo, el mundo maravilloso en el que vivió Nefer-Anjet-Ast.

Se veía el Nilo, por supuesto, y las cosechas que propiciaba con sus crecidas; la elaboración del pan y la cerveza, sustento básico de todo egipcio; escenas del amor familiar, en un hogar cualquiera; la vida en los templos; los escribas; los constructores de pirámides y otros grandes monumentos; la reverencia a los dioses; y, finalmente, el juicio en el que se pesaba el corazón de la sacerdotisa para comprobar si era o no tan ligero como una pluma.

Y, tras todo ello, en un panel que tenía un valor artístico enorme por sí mismo, el rostro de una Nefer-Anjet-Ast surgida de los sueños del pintor, les miraba fijamente con unos hermosos ojos negros, perfilados con *kohl*. A saber si Nefer-Anjet-Ast fue alguna vez tan bella, pero su nombre requería de esa licencia artística.

Nefer-Anjet-Ast, la *Belleza Viva de Isis* había cumplido su objetivo al ser embalsamada: había trascendido a la muerte.

Tras esa ceremonia, hubo un recorrido por todo el museo. Lo dirigió personalmente, y duró bastante tiempo, porque se explayó hablando de todos y cada uno de los objetos mostrados, tanto de lo que eran en sí como de anécdotas sobre cómo habían sido encontrados, cuando tenía historias divertidas o lo bastante interesantes. Y si no, también, porque se inventó más de un detalle, solo por conseguir unas risas o un aplauso extra. Descubrió que se le daba bien aquello. Si Wallis terminaba arruinándole, podría ir a pedirle trabajo a Dolly, en su teatro.

Luego, llevó a los cerca de cien invitados al jardín, donde habían cambiado de lugar los rosales para hacer sitio y disponer un buen número de mesas bajo sombrillas, con lamparillas para cuando se hiciese de noche. A los pies de Clío, la musa, estaba la orquesta, con una pequeña zona de baile. Para la cena había contratado a uno de los mejores restaurantes de Londres, pero los postres se los había dejado al repostero del «Noble English Taste».

Estaba seguro de que la tarta con forma de sarcófago egipcio iba a ser todo un éxito, y no se equivocaba.

—Has reunido un buen montón de gente de lo más variada y pintoresca —le dijo Arthur, apareciendo por su mesa con una botella de champán en una mano y una copa en la otra. Rellenó la de Edward antes de que este pudiera protestar—. He visto al hijo de Dankworth hablando con Lizzie. Como se fije la tía Hetty, va a cerrar el museo hasta que los case tu famosa sacerdotisa.

Edward se echó a reír.

—Eso sería el colofón adecuado para la fiesta, sin duda. —Pero, tras la broma, tomó nota del detalle—. Creo que Lizzie y ese muchacho congenian. ¿Le conoces?

—No mucho. Aunque últimamente le estoy tratando bastante.

—¿Ah, sí? Creía que te caía mal Dankworth, tanto como a James.

Arthur se encogió de hombros, algo evasivo.

—El padre no es alguien que me resulte simpático, no, pero él parece un buen chico y... Ya veremos —concluyó. Chocó su copa con la de Edward y fue a rellenar las de Ruthie y Bethy, que estaban sentadas charlando.

En un momento dado, se dio cuenta de que Chadburn estaba solo en su mesa, bebiendo en silencio. Mandó a Ruthie al tocador, a comprobar si Harry estaba allí y, en su caso, saber qué le ocurría, a qué venía tanto velo, pero no hubo suerte. No la encontraban por ningún sitio.

Estaba empezando a preocuparse en serio cuando un criado se acercó y le tendió una nota.

—Para usted, milord.

—Gracias. —La abrió y leyó: «A las diez, en tu despacho»—. ¿Quién te la ha dado? —preguntó, aunque reconoció la letra al momento. Era de Harry.

—Una dama, milord. Iba cubierta de velos.

Edward sonrió, más animado.

—Gracias. —Consultó el reloj. Todavía quedaba cosa de un cuarto de hora para la cita, pero decidió subir ya. En la zona que tenían montada como cocina cogió una cubitera con una botella de champán y dos copas y se escabulló sin que le viesen. Ventajas de conocer bien el sitio.

Entró en el despacho y dejó las cosas en la mesita del tresillo. Para abrir la botella, mejor ayudarse con un abrecartas. ¿Dónde lo tenía? Buscó por la mesa, y luego por los cajones. Estaba en el de abajo, en el que todavía le quedaba algo de correspondencia atrasada. En concreto, un sobre de tamaño medio. Lo sacó y lo examinó sorprendido y curioso. Tenía su nombre, nada más. Eso significaba que lo habían entregado en mano.

¿Cuándo llegó eso? Tuvo suerte, porque justo vio que Cabanon se asomaba a la puerta.

—Perdón, milord, vi luz y subí por si acaso. Le dejo solo.

—No, un momento, Cabanon. Este sobre... ¿te suena cómo llegó aquí?

—Sí, porque me lo dieron en mano. Fue hace unos días. Hablaba usted con lady Gysforth. —No lo recordaba. Estaba con la cabeza puesta en Harry, claro—. Lo trajo un sacerdote.

—¿Un sacerdote? —Se puso alerta—. ¿Mayor?

—No, uno jovencito. Muy amable y simpático. Dijo que había venido expresamente a entregarlo en mano. Yo se lo di a usted, mientras hablaba con lady Gysforth, y lo guardó ahí.

—¿Sí? No lo recuerdo. Se me pasó. —Aquel día no tenía cabeza, para correspondencia de ningún tipo—. Muy bien, gracias.

—¿Ocurre algo?

—No, en absoluto. Gracias, Cabanon.

El secretario se fue y él volvió a centrarse en el sobre. Lo dejó sobre la mesa y usó el abrecartas para la función para la que había sido fabricado, pese a que abrir botellas de champán fuera mucho más divertido. «Muy gracioso», se dijo a sí mismo. Con los nervios, había bebido alguna que otra copa de más y estaba algo achispado, si no lo había sabido antes, en ese momento le quedó claro.

Pero, cuando sacó el contenido del sobre, aquel conato de borrachera se le pasó por completo.

Había dos documentos. Uno, era una carta del padre Benedict. La otra, un documento algo más antiguo, a decir del modo en que se había diluido la tinta en algunos puntos.

La carta decía:

Estimado lord Rutshore.

Debo disculparme, tenía usted razón, hoy mismo ha estado aquí lord Chadburn con su joven esposa.

Por suerte, para entonces, influido por sus palabras, yo ya había comprobado el interior de la caja que me entregó lady Miranda, milord, algo que no había hecho en todos los largos años en que he mantenido su custodia.

No lo niego: su contenido me ha espantado.

Eran mensajes, a veces en clave, a veces no, entre lo que parecían nombres clave. Mensajes que diría que corresponden a temas de

espionaje, y que debían referirse a la época de Napoleón Bonaparte. De todo ello, aparté algo que me pareció especialmente comprometedor. Ahora se lo envío, adjunto a esta carta.

He de reconocer que no tenía claro si confiar en usted, por lo que organicé un ardid con el padre Thomas, ante la posible visita de lord Chadburn. Yo iba a simular ponerme enfermo, algo del corazón. Si lady Harriet se quedaba conmigo, yo hablaría con ella. Si, por el contrario, se quedaba su marido y la mandaba a ella a buscar ayuda, el padre Thomas se encargaría de preguntarle si usted era de fiar, para poder enviarle este documento.

Discúlpeme si se siente ofendido, si piensa que soy demasiado suspicaz. Reconozco que, tras tanto enfrentarme a demonios, soy poco dado a la confianza.

Le agradecerá saber que la dama dijo que podíamos contar ciegamente con usted, de modo que aquí tiene. El hermano Thomas va a ocuparse de hacérselo llegar personalmente. Viajará lento, pero seguro, con un grupo de peregrinos que vinieron a Canterbury y ahora regresan a Londres, aunque haciendo varias paradas. Tardarán un par de semanas, más o menos, en llegar al final de su viaje.

Espero que, con esto, evitemos que lord Chadburn intercepte el documento. Tengo la sensación de que nos vigilan. No sé. Quizá sea, simplemente, el miedo. No lo niego, ese hombre me asusta. Pero prefiero ser cauto.

De llegar el documento con bien a sus manos, utilícelo con prudencia. Es un arma poderosa, capaz de destruir a un hombre, pero recuerde que, este al que nos enfrentamos, es más que eso. Es un monstruo, y puede que se revuelva.

No hay nada peor que una bestia herida. No me gustaría que salieran perjudicados.

*Que la bendición del Señor siempre les acompañe,
Padre Benedict*

—Oh, Dios mío... —susurró Edward, desplegando el otro documento. Era un papel pequeño, rectangular, redactado en francés.

Un salvoconducto que otorgaba a su portador el libre movimiento por todo

el territorio bajo dominio de Francia, y acceso inmediato a cualquier puesto militar. Estaba a nombre de lord Vincent Reginald Davis, conde de Chadburn.

Al pie, había una anotación:

Qu'il n'y ait pas de frontières pour mon dragon anglais. Napoléon Bonaparte

O, lo que era lo mismo:

«Que no haya fronteras para mi dragón inglés. Napoleón Bonaparte».

¡Una nota de Napoleón Bonaparte en persona, y relacionando a Chadburn con el dragón, el espía más peligroso de cuantos trabajaron para los franceses durante la guerra! ¡Aquello era suficiente para conseguir que ese maldito fuese condenado y ejecutado por alta traición!

Edward se sobresaltó al oír un ruido fuera. Dobló el salvoconducto y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Cabanon? —preguntó, pensando que quizá su secretario seguía en su escritorio, haciendo algo, pero no hubo respuesta—. ¿Harry? —Abajo se oyó un estallido de risas, y empezó a sonar un cotillón. Nada. Nadie contestó—. ¿Quién demonios está ahí?

Vio deslizarse una sombra por la rendija de la puerta entreabierta. Alguien se movía fuera. El corazón le dio un vuelco. Rápidamente, abrió el cajón izquierdo, en el que tenía una pistola siempre preparada, mientras se guardaba el salvoconducto en el interior de la chaqueta.

La puerta giró silenciosamente sobre sus goznes.

—Ni se mueva —le ordenó Chadburn desde el umbral, apuntándole con una pistola.

Edward se quedó muy quieto. Notaba en las puntas de los dedos el metal de su arma, pero no estaba seguro de que le diese tiempo a sacarla y disparar. Además, tampoco pretendía precipitar las cosas.

—¿Qué demonios está haciendo?

—Lo que debí hacer hace mucho, Rutshore. —Miró alrededor. Pareció contrariado—. Creo que tenemos un cambio de planes.

—No entiendo a qué se refiere.

—No, claro que no. —Le miró con odio—. Maldita sea... al final va a tener suerte y todo. Voy a tener que matarle aquí mismo.

—No sé yo si coincido en su concepto de suerte, Chadburn.

—Solo porque no sabe lo que le tenía preparado. Que le detuviesen por el asesinato de Harriet. Que pasara el resto de sus días en la cárcel, abrumado por la culpa y la pena.

—Sí, ya veo... ¿Dónde está Harry?

—Muerta, espero. ¿Qué le parece la idea? —Sonrió—. Ya veo que le afecta.

«Que no sea verdad. Que no sea verdad». Edward no era capaz de pensar otra cosa. Se había quedado sobrecogido y horrorizado por la idea. Jadeó.

—Si eso es cierto, juro que voy a matarte.

—¿Matar tú, al dragón? —Se echó a reír—. No eres más que un aprendiz de algo que siempre te superó. Tu padre sí era un adversario digno, pero ¿tú? Y ya viste lo que le ocurrió a él. ¿No aprendiste nada de aquello? Muchacho, debiste quedarte en tu sitio. —Caminó hasta una estantería y la derribó de un tirón. Todos los libros se dispersaron por todas partes. «Pues qué bien», pensó Edward. Cada vez tenía más claro que ese despacho estaba destinado al caos—. Debiste dedicarte a estudiar y dar clases en Oxford, sin meterte en mis asuntos.

—¿Tú mataste a mi padre?

—No personalmente, pero sí di la orden y estuve allí, en el vehículo que le pasó por encima. —Edward apretó los labios—. Era un viejo adversario. Seguro que, si ahora me está mirando desde el infierno, no me lo tiene en cuenta.

—Él quizá no. Pero yo sí. ¿Dónde está Harry?

—Qué insistencia. Pero lo entiendo. Yo también he amado fieramente en esta vida, Rutshore. Tanto, que he hecho locuras por amor. Por ejemplo, no matarla cuando debía. —¿Matarla? ¿A quién se refería, a Harry? Resultaba extraño. De hecho, lo descartó de inmediato cuando continuó—. Y, por ello, he alargado la agonía durante años, para ambos. —De pronto, parecía cansado. Se pasó una mano por el rostro—. Maldita vida, llena de demonios. Si te consuela, creo que no tardaré en ponerle remedio a todo. Pero me iré dignamente, y mi nombre será recordado como un héroe. Tú, vas a morir

como un perro.

—¿Como un héroe? No lo creo, cuando vean el salvoconducto.

Chadburn se quedó paralizado.

—¿Qué dices?

—Que tengo el...

—¿Dónde está? —preguntó, avanzando un paso.

—¿Dónde está Harry?

—¡Basta! —Se le veía sudar—. Maldito hijo de puta...

—¿Yo? Yo no soy el que traicionó a su país. El que va matando por ahí a todo el que se le cruza en el camino.

—Cállate. —Sus ojos se detuvieron en la carta del padre Benedict, que seguía sobre la mesa. Avanzó otro paso. Edward hizo amago de ir a cogerla, pero se detuvo cuando Chadburn adelantó la pistola—. Ni te muevas, demonios. Te descerrajaré un tiro antes de que seas capaz de tocarlo.

Se acercó, cogió la carta y la leyó, con un ojo siempre en él. La arrugó.

—Sabía que ese cabrón iba a complicarme la vida. Debí matarlo desde el principio y al infierno con todo. Dame el salvoconducto.

—Está a buen recaudo.

—Mentira. Me estás mintiendo. —Se miraron. Edward le dejó claro, sin necesidad de palabras, que no iba a darle nada—. Muy bien. Se acabó. Estoy harto de todo. Voy a arriesgarme a pensar que lo tienes encima ahora mismo. Y, de no ser así, al menos me habré dado la satisfacción de verte muerto, Rutshore. Saluda a tu padre de mi parte.

Iba a disparar, se dio cuenta. Edward se lanzó a un lado, tapándose tras el escritorio. La detonación resonó con fuerza y la bala restalló al destrozarse la cubierta mullida de cuero y clavarse con fuerza en el respaldo de su sillón.

Desde el suelo, tiró del cajón, que cayó al suelo, esparciendo todo su contenido. La pistola quedó a pocos centímetros, pero quedaba fuera de cobertura. Tampoco importaba mucho, porque aquel cabrón se estaba moviendo.

—Sal de tu escondite, rata de biblioteca. ¡Vamos! —La voz denotaba urgencia. Seguro que quería matarle antes de que subiera nadie. Respiró agitadamente mientras se planteaba si intentar coger la pistola o si sería mejor ir hacia el otro lado. Optó por lo primero, pero tuvo que apartar la mano

cuando el escritorio empezó a moverse a toda velocidad, arrinconándole contra la pared—. ¿Quieres que te atrape en una trampa, ratita? Como quieras.

Edward quedó encerrado en el hueco del escritorio. A pesar del gran sillón, había suficiente espacio, pero no tanto como para moverse con libertad, y la pistola había quedado definitivamente fuera de su alcance. Pero ¿qué pretendía? No tardó en descubrirlo.

El olor a quemado llenó su nariz. Oyó algo, el susurro del papel al arder.

Aquel canalla estaba pegando fuego a los libros. Si no salía, se achicharraría allí mismo. Aunque, en realidad, moriría antes por asfixia.

—¡No! —gritó, y se incorporó, empujando la mesa para volcarla hacia el frente. Era muy pesada, bien lo sabía, pero estaba desesperado. La levantó poco a poco, apretando los dientes, y la lanzó hacia delante como pudo. Al otro lado, se encontró con Chadburn, que le apuntaba con su pistola.

—¿La tenías cargada, Rutshore? —preguntó—. Ahora lo veremos.

Sonó el disparo. Edward se llevó las manos al pecho, instintivamente, esperando caer muerto de inmediato, pero no sentía ningún dolor, nada. Ni estaba manchado de sangre.

El rostro de Chadburn cambió. Trastabillando, se dio la vuelta hacia la puerta. En el umbral, estaba Harry, con una pistola en alto. Era ella quien le había disparado.

Chadburn se tambaleó, pero alzó la pistola en su dirección. Le temblaba la mano. Edward quería decirle a Harry que se apartase, que se pusiera a cubierto, pero tenía la certidumbre de que ninguna palabra sería lo suficientemente rápida. A saber si hubiese disparado.

Pero entonces, pasó algo.

A través del humo de los libros que ardían, apareció otra figura en el umbral de la puerta. Era una mujer alta y majestuosa. Ni siquiera los harapos de la túnica que vestía conseguían restarle dignidad. Llevaba el pelo, muy blanco, suelto sobre los hombros, y tenía los ojos vendados, como solía representarse a la Justicia.

Al verla, el rostro de Chadburn se congestionó de espanto, de dolor y angustia.

—Miranda... —jadeó.

La mujer le oyó. Inclino la cabeza a un lado y fue hacia él. No veía, pero avanzó entre el humo, en pasos lentos y firmes, con la cadencia de una bailarina, hasta que el cañón de la pistola de Chadburn la rozó a la altura de la mejilla. Alzó las manos y lo tocó, lo cogió.

No hizo fuerza, pero poco a poco el brazo de Chadburn se dobló y se volvió hacia él, como impulsado por una fuerza irresistible, hasta que el cañón de la pistola quedó apoyado en su propia sien.

Chadburn miró a la mujer con un brillo extraño en los ojos, algo compuesto de lágrimas y locura.

Disparó.

EPÍLOGO

Meses después...

Nuevo día en Londres

23 de abril de 1827

Lady Harriet Truswell, marquesa de Rutshore, dejó al pequeño Ethan en brazos de su abuela, lady Miranda, y se puso en pie.

—Visto lo visto, voy a ir a buscarles —afirmó, decidida.

—Pero si todavía ni llegan tarde —rio Ruthie, que estaba jugando con su sobrina Evelyn, de pocos meses. Su madre, lady Bethany Keeling, la duquesa de Gysforth, sonreía a la niña mientras comía otra pasta de almendras—. Espera un poco. ¡Mira que eres impaciente, Harry!

—Siempre lo ha sido. No puede evitarlo —dijo lady Miranda.

Harry se echó a reír y volvió a sentarse.

—No puedo estar parada, es cierto. —Sonrió a su madre y la besó en la mejilla—. Y eso que, aquí y ahora, me siento feliz.

Lady Miranda sonrió, y más al contemplar al bebé. Había recuperado poco a poco la vista, aunque para salir a la calle todavía necesitaba usar lentes tintadas. Qué aspecto tan curioso tenía, con el cabello blanco recogido en un elegante moño, las gafas de cristales redondos oscuros y aquel rostro todavía perfecto... En cualquier otra quizá hubiese quedado extraño; en ella resultaba misterioso y atractivo.

Chadburn la había tenido mucho tiempo casi completamente a oscuras, como castigo, después de que se negara en redondo a decirle dónde se encontraba el salvoconducto, tras comprobar que no estaba en la caja de Canterbury.

Lady Miranda había supuesto que el sacerdote lo había cambiado de sitio y aseguró que lo había perdido años atrás, pero no la creyó. El castigo fueron las sombras, durante semanas. Harry agradecía a Dios que se hubiesen precipitado las cosas, de otro modo a saber qué hubiese ocurrido con ella. Nadie sabía que seguía con vida, excepto Dwight, y no había parecido dispuesto a traicionar a su amo hasta que la vida de Harry estuvo en peligro.

Lady Miranda les había explicado cómo, un par de años atrás, tras ser capturada por Chadburn en uno de sus muchos intentos de entrar en la mansión a por Andrew, trató de obligarla a decir dónde estaba el salvoconducto. Aquel dato le atormentaba, desde el día en que le amenazó con utilizarlo en su contra si no les ayudaba a escapar. El día en que fue a su casa, y Harry les vio desde el coche. Hasta entonces, Chadburn había pensado que estaba perdido, pero luego ya no.

Pero ¿dónde lo había escondido? Miranda no estaba dispuesta a hablar. De modo que registró sus cosas. No había nada importante, excepto algunos documentos que la relacionaban con un abogado. Sir Alan Perceval.

Chadburn estudió el entorno de sir Alan y contactó con Dwight. El resto vino rodado, porque el joven contaba con la confianza de lady Miranda. Simuló haber entrado para liberarla. Le dijo que era urgente destruir a Chadburn, estaba maltratando a Andrew y planteándose hacer volver a Harriet para usarla como arma contra lady Miranda. Por eso, él había entrado a liberarla, pero, al estar atada con una cadena, no podía soltarla.

«¿Qué hacer?», le preguntó.

Confiado en él, y viendo que iban a dañar a sus hijos, lady Miranda le pidió a Dwight que fuese a hablar con el sacerdote y le dijese que usase lo que tenía para destruir al dragón. Ese fue el punto de inicio para la última parte de aquella larga historia.

Chadburn fue a Canterbury e intentó conseguir los documentos, pero se encontró con un sacerdote bien protegido por una gruesa capa de fe que, además, era amigo personal de Charles Manners-Sutton, en esos momentos Arzobispo de Canterbury, el jefe de la iglesia anglicana. No podía presionar más por las malas, por lo que tomó un rodeo, y mandó una nota a Francia, esperando que Harry se decidiera a volver por voluntad propia y, así, quedara bajo su influencia. En caso contrario, enviaría a Abdel a secuestrarla, lo que

podía acarrear más problemas.

Pero Dwight esperaba poder casarse con ella, así que no avisó de su llegada, no al principio. Esperó hasta que le quedó claro que no iba a poder convencerla. Con ese pequeño margen de tiempo, Harry desapareció de su alcance, porque de Sleeping Oak pasó a la casa de Finish Street. Chadburn no tardó en localizarla, una vez más gracias a Dwight, cuando Rutshore avisó a sir Alan, pero si entraba allí, habría una matanza con los guardias y criados de Rutshore, y prefería mantenerse todavía en la sombra.

Cuando Harry le dijo a Dwight a qué fiesta iba a ir, vio su oportunidad y, para entonces, había organizado cuidadosamente un plan que le permitiría acceder a los documentos en un plazo de tiempo mínimo: si todo iba bien, en un solo día, se casaría con la joven Harriet.

Harry agitó la cabeza, intentando alejar todos aquellos recuerdos. Algún día, esperaba, de esa oscura etapa de su vida solo quedarían las imágenes de un paseo en barca por el Támesis, a la luz del atardecer, y la sonrisa de su marido, del que no podía estar más enamorada.

Harry pasó la vista por la gran sala del «Noble English Taste». Gysforth, Rutshore y Badfields lo habían comprado a principios de primavera, y había demostrado ser un gran negocio. En esos momentos, el local estaba lleno. Había grupos de señoras y caballeros en todas las mesas, con las doncellas cuchicheando en otras, cerca. Un caballero elegía unas pastas en el mostrador, seguramente para llevar.

Pero, en su lado, lo ocupaban todo ellos.

Lady Miranda, lady Bethany y Ruthie estaban sentadas en la misma mesa que Harry, con las dos nodrizas y los dos bebés. En otra mesa aparte estaban las gemelas, que ese día cumplían veinte años y estaban entusiasmadas con el día de excursión, todos juntos, y, sobre todo, por los regalos que esperaban en Rutshore House y el baile que había organizado James en Gysforth House para esa noche.

Andrew estaba sentado con ellas, y ya se le había pasado el disgusto que había tenido al saber que no le dejaban asistir al baile, porque todavía era muy joven. Ya tenía los trece y había empezado a estudiar en Eton, ahora como cuñado del marqués de Rutshore, pero le quedaba mucho antes de poder asistir a eventos de ese tipo. Claro que, ese baile en concreto, le

importaba más que cualquier otro. En opinión de Harry, su hermanito estaba enamorado de Lizzie y Lettie, indistintamente y con igual entusiasmo. Se lo pasaba muy bien con ellas.

Según le estaba mirando, lanzó una nueva carcajada.

Harry sonrió. Le gustaba mucho verle reír, sobre todo porque lo había pasado muy mal cuando le contaron lo ocurrido. No todo, porque todavía era muy joven, pero sí lo suficiente: que Chadburn no era su auténtico padre. Que lo había robado, cuando era muy pequeño. Ahora sabía su auténtico nombre, y que lady Miranda era su madre y ella su hermana. Seguramente, algún día plantearía más preguntas, pero, de momento, así se había quedado la cosa.

Una pena que sir Alan no se hubiese animado a salir con ellos al parque. Pero, todo un día fuera de casa, podía agotarle. Desde la muerte de Dwight, al que consideraba un héroe que había ayudado a lady Miranda y Harry, había cerrado el despacho y accedido a irse a vivir con ellos a Rutshore House, junto con su inseparable señora Randall.

Seguro que, en esos mismos momentos, estaría jugando una partida de ajedrez en la biblioteca, con Daniels, el mayordomo de Edward, mientras la señora Randall hacía punto en un sillón. Al menos, habían conseguido formar un hogar feliz.

¿Y dónde estaba su dichoso marido?

—¡Siguen sin venir, así que voy a buscarles! —Harry se puso en pie—. No tardaré.

—Dile a James que vuelva rápido —le pidió Bethany—. O me comeré todas las tartas y volverá a parecer que estoy embarazada.

Harry rio y fue hacia la puerta. Iba a coger la manilla cuando una mano la sujetó. Tenía un bonito anillo de compromiso, de oro, con una pequeña piedra. Edward aseguraba que se trataba de un diamante. Más valía, porque el pobre Barns se había gastado el sueldo de cinco meses en él.

Thelma sonrió, con intención, mientras le abría la puerta. Una campanilla repiqueteó. Fuera, el viento olía a sol y primavera.

—Cuando quiera, milady.

—¡No iba a irme sin ti!

—Desde luego que no, milady. Puede estar segura de eso.

Harry salió, echándose a reír.

—Bah, reconoce que solo lo has hecho para que viera tu anillo.

—¡Milady!

Seguida de Thelma, salió del «Noble English Taste» y se dirigió al museo. Entraron por la puerta principal, saludando a los empleados, y subieron al segundo piso. Cabanon no estaba en su puesto, eso solo podía significar complicaciones. Oyeron las voces antes de entrar. Harry llamó a la puerta y abrió.

Había costado meses que el despacho de Edward volviera a quedar bien tras el incendio. Hubo que cambiar maderas, pintar de nuevo paredes y techos, comprar otros muebles y otras cortinas, otros cuadros y reemplazar la estatua de Thot, el escriba, que se había roto... Por fin, desde la semana anterior, estaba impecable.

O lo había estado.

Al entrar, vio que una estantería estaba volcada, con tal mala suerte que había caído sobre un lateral del escritorio, moviéndolo de sitio, pese a que era un mueble recio. El tintero debía haber salido volando y las paredes, las cortinas y la alfombra estaban manchadas de tinta. Incluso en el techo había algunas gotas.

—Oh, Dios mío... —dijo, horrorizada.

En medio de todo aquel caos, estaban James, Edward y Arthur, discutiendo unos con otros, mientras el pobre Cabanon intentaba recoger las cosas caídas.

—¡Por favor, juro que solo dejé un maldito libro! —estaba protestando acaloradamente Arthur—. ¡No solo eso, sino que lo estaba poniendo cuidadosamente de vuelta en su sitio! ¡De donde lo había cogido un momento antes!

—¡No puede ser! —Edward se llevaba las manos a la cabeza—. ¡La estantería estaba bien sujeta! ¿No, Cabanon?

—No sabría decirle seguro, milord —respondió el secretario—. Lo que está claro, es que se ha caído.

—Al paredón con Badfields, di que sí —rio James—. Pero, Edward, sinceramente, si yo fuera tú, tapiaba esta puerta y no volvía a entrar a este lugar. Empiezo a pensar que hay fantasmas.

—¡O una maldición egipcia! —apuntó Arthur—. Va a ser Neferita, que sube y te revuelve las cosas.

—Ya —gruñó Edward—. Acusas a Nefer porque es la única mujer que no te ha hecho caso.

Arthur se echó a reír.

—Es que está un poco sorda.

—¿Pero qué os ha pasado? —preguntó Harry, atónita.

—Querida esposa, mira qué estropicio me han hecho. —Edward se acercó y la besó—. Empiezo a creer que lo de la maldición es cierto. ¿Qué hago? ¿Traslado el museo al otro lado de Londres?

—Bueno, es algo a considerar, pero te advierto que tendrá que ser otro día. Vuestras damas se están impacientando, caballeros. Hace rato que esperan en el «Noble English Taste». Por si no lo recordáis, es el día de San George, es el cumpleaños de las gemelas y vamos todos a los Jardines Vauxhall.

—Es cierto. —James miró su reloj—. Con el desastre, se nos ha hecho tarde. Vamos para allá.

—Vamos, sí. —Edward se volvió hacia su secretario—. ¿De verdad no quiere venir, señor Cabanon? Hace un día estupendo y lo pasaremos bien. Estamos de celebración.

—Eh... —El pobre se ruborizó—. No, gracias, milord. Tengo algunas cosas que hacer. Pero gracias. Y felicite a las damas de mi parte.

—Bien. Pero no se quede hasta tarde, Cabanon.

—No, milord.

—No sé cómo conseguir que salga un poco —suspiró Edward, ya en las escaleras.

—Dile a Lizzie que se ocupe —sugirió Arthur. James le frunció el ceño.

—Deja a mi hermana en paz. Está destinada a un príncipe.

—Lizzie es encantadora y se merece hasta un emperador —dijo Harry—. Pero creo que ella decidirá su propio destino.

—Cierto. —James se encogió de hombros—. Cabanon necesita tener su propio golpe de suerte. ¡Necesita un paseo en barca por el Támesis! —Rio, y los otros le acompañaron, incluso Harry, que se agarró del brazo de Edward y pensó que se sentía feliz, enormemente feliz, integrada en esa gran familia, y con un esposo y un hijo a los que adoraba. Edward le sonrió y la besó—. Por cierto, Arthur, quedas tú. Y, sinceramente, no sé cómo te las vas a arreglar para quedar con una dama, de noche, en Sleeping Oak.

—Yo tampoco —dijo Harry, preguntándose si hubiese acudido sola a una cita así, pero de noche. Quizá hubiese sido demasiado, incluso para ella, una francesa loca en un mundo que encontraba tan distinto. ¿Cómo se las arreglaría Badfields?

Arthur sonrió.

—Pues yo tengo una cierta idea. Os aseguro que no tardaré en pasar una noche en el Támesis.

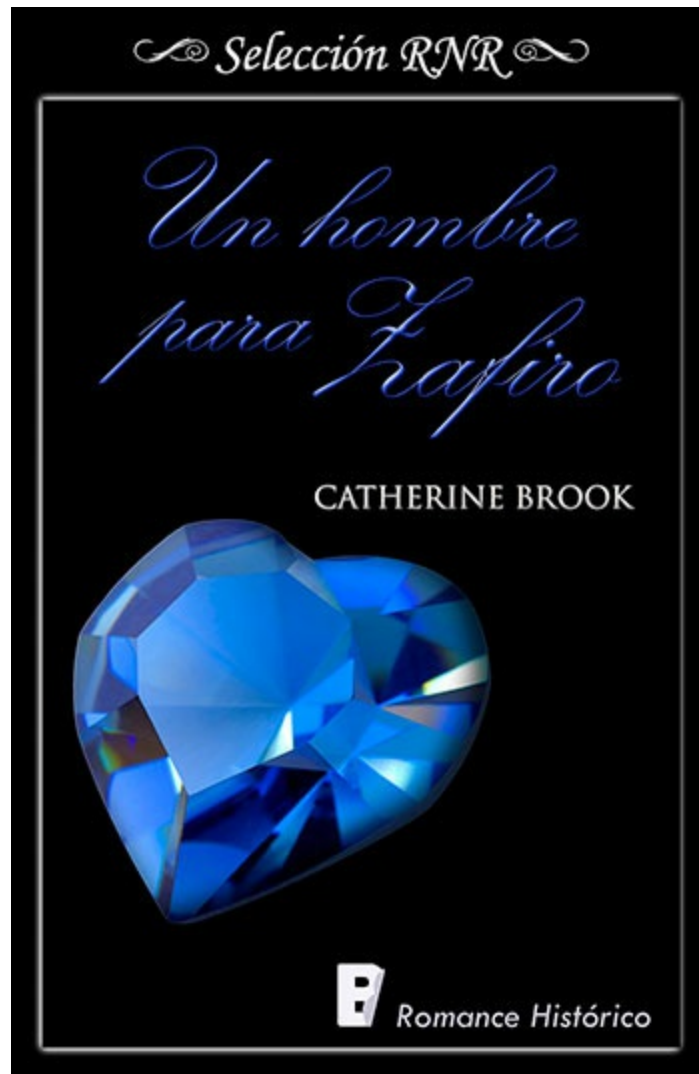
Si te ha gustado

Una tarde en el Támesis

te recomendamos comenzar a leer

Un hombre para Zafiro

de *Catherine Brook*



CAPÍTULO 1

Zafiro Loughy siempre se consideró una mujer sensata e inteligente, por ello, sabía que debía casarse pronto, antes de que las propuestas desaparecieran. A sus casi veintiún años era consciente de que la sociedad estaba a poco de declararla solterona, y no por falta de pretendientes, pues su belleza rubia se había encargado de proporcionarle varios. Tampoco era porque no deseara casarse, porque lo deseaba; y ahora que sus primas, casi de la misma edad, Topacio y Rubí, ya lo habían hecho, ella se sentía un poco sola. Le quedaba Esmeralda, su prima de dieciséis años, pero no era lo mismo. Tenía que contraer matrimonio, solo que no lo había hecho por el simple motivo de que no había encontrado al hombre adecuado.

La unión sagrada entre dos personas no era una decisión que se pudiera tomar a la ligera. Se debía pensar bien antes de aceptar cualquier propuesta, ya que el matrimonio duraría toda la vida. El día que decidiera casarse, tenía que estar completamente segura de que la persona elegida era la indicada. No esperaba amor, pero sí respeto, fidelidad y, aunque fuera, sentir un poco de afecto por dicha persona.

Hasta ahora había asistido a incontables bailes, pero ningún candidato que Rowena se afanó en presentarle le parecía indicado; siempre solían tener uno u otro defecto que hacía que los tachara de la lista que no tenía. Algunos eran bebedores, otros jugadores, libertinos, caza dotes; otros no sabían apreciar una buena conversación y pretendían que ella solo hablara de moda y clima, y los demás no le interesaban.

Suspirando se acercó a la ventana y dejó que el aire frío de la noche le acariciara la cara. Tal vez estaba siendo muy exigente, pero como se mencionó antes, no se casaría hasta estar completamente segura y, si ninguno de los caballeros que conocía le inspiraba esa seguridad, no habría boda futura y punto, aunque su tutora estuviera a nada de perder la paciencia.

Ese era otro asunto, ahora que era la única Loughy soltera en edad de casarse, su tutora se había empeñado en conseguirle marido. Zafiro sabía que Rowena tenía buenas intenciones, y la quería por ello, pues no cualquiera se

preocupaba tanto por alguien que no era de su familia. Sin embargo, eso no obviaba el hecho de que sus intentos por casarla bien rayaran en lo excesivo. Esa misma noche tuvo que fingir un dolor de cabeza para que regresaran y así dar descanso a sus pies que habían bailado una pieza tras otra sin parar.

Suspiró, y cerrando los ojos dejó que el aire puro la reconfortara, encontraría a alguien, seguro que sí, solo había que tener paciencia.

Abrió los ojos y fijó su vista hacia el frente. Su ventana no tenía la mejor vista de todas y lo único que veía con claridad era la casa de al lado, los jardines y la sombra del hombre que intentaba escabullirse por la puertaventana lateral de la casa... ¿La sombra del hombre que intentaba escabullirse por la puertaventana lateral de la casa?! Sacó medio cuerpo por la ventana como si así pudiera conseguir ver mejor, y parpadeó varias veces para asegurarse de que el cansancio no la hacía alucinar.

No, no estaba alucinando, un hombre intentaba entrar por la puertaventana lateral en la casa de la Condesa. ¿A qué?, ¿a robarle? Claro que debía querer robarle, de otra forma no estaría tratando de abrir la puertaventana de la casa de lady Gasford.

Nerviosa, empezó a pasearse por el cuarto indecisa de qué hacer con semejante información, pues ¿qué podía hacer ella? No podía ir a detener al ladrón, pero tampoco dormiría tranquila sabiendo que pudo haber evitado un robo y no lo hizo. La condesa no era muy de su agrado, pero no por eso deseaba que fuera despojada de sus pertenencias más valiosas, ya que, si no se equivocaba, ella no estaba en muy buena situación económica, y la pérdida de lo que pudiera tener podía significar su ruina total.

Volvió a mirar por la ventana, solo para comprobar que el hombre aún seguía intentado abrir la puertaventana de la casa, lo que hizo que Zafiro pensara que debía ser un ladrón inexperto; no obstante, eso no quería decir que no pudiera robarse varias cosas. Debería avisar a William, o a James, pero recordó que el primero no estaba en Londres y el segundo... no sabía si estaba en casa, tendría que ir a averiguarlo. Debía hacer algo, no podría dormir tranquila sabiendo que mientras la condesa se divertía en la velada de la que ella acababa de regresar, un hombre despiadado robaba su patrimonio, y como suponía que los criados debían estar dormidos, probablemente no habría nadie que se lo impidiera.

Decidida, salió de su cuarto y se dirigió al de James. Estaba segura de que no le agradaría mucho ser despertado si estaba dormido pero, si era un caballero, buscaría la forma de detener al ladrón ¿Cómo lo haría? Eso tendría que pensarlo él.

Tocó repetidas veces la puerta, pero nadie respondió. No estaba en casa ¿Y ahora? Podía mandar a uno de los lacayos, pero no se atrevía a despertarlos porque era probable que ellos no entendiesen la importancia del asunto. No sabía si James lo hubiera hecho, pero hubiera ido si ella se lo pedía, hubiera refunfuñado, pero hubiera ido.

Desanimada, regresó a su cuarto y miró por la ventana. El ladrón entraba en esos momentos a la casa después de girar su cuerpo en varias direcciones como para asegurarse de que nadie lo veía ¿En verdad era ella la única que estaba presenciando esa escena delictiva?

Frustrada, volvió a pasearse por la habitación ¿Por qué tenía que ser tan correcta? ¿Por qué no podía simplemente irse a dormir y olvidarlo todo? La respuesta era sencilla: porque ella no se podía quedar ahí y respaldar un delito, iba en contra de su naturaleza, pero ¿qué podía hacer? ¿Salir en camisón, tocar la puerta para despertar a los criados y, cuando alguien le abriera, decir: «Disculpe, un ladrón se ha metido en la casa, lo vi desde mi ventana»? ¡Claro que no! Aunque, si lo hiciera, los golpes podrían alarmar al ladrón e instarlo a huir... o podría amenazar a alguien con su pistola y algún pobre saldría herido. No, descartó la idea; el motivo principal era que la tacharían de loca antes de que terminara la historia, sin contar con el escándalo que se formaría después, y ella odiaba el escándalo.

Podría colarse por la misma puertaventana, buscar al ladrón, tomarlo por sorpresa y golpearlo con su pistola, hacer ruido para despertar a los criados y salir antes de que alguien se diera cuenta de su presencia.

—Vamos, Zafiro, puedes pensar en algo mejor —se reprochó a sí misma.

En realidad, no era tan mala idea, y la hubiera llevado a cabo si fuera tan impulsiva como Rubí y Topacio, y no pensara en las consecuencias que la acción podría traer, como, por ejemplo: alguien podía verla salir de su casa en camisón y se armaría un escándalo. La podían descubrir en la casa de la condesa, y no solo se armaría un escándalo, sino que estaría en problemas. También existía la posibilidad de que el ladrón la atrapara primero, entonces,

podría golpearla, secuestrarla, matarla, y sabrá Dios cuántas cosas más. Sería una imprudente y una insensata si fuera a detenerlo, y ella no era ni lo uno ni lo otro, y no porque fuera aburrida o cobarde, como afirmaba Topacio, no, solo era sensata.

Lo mejor sería dormirse y que la pobre condesa se encontrara al día siguiente con todas sus pertenencias robadas, quizás hasta le pudiese proporcionar información sobre el ladrón, aunque, como desconocía detalles, nunca lo encontrarían... Golpeó el piso con el pie y buscó en un cajón el arma que James le había dado hacía años como protección, luego salió con sigilo de la casa diciéndose que hacía lo correcto y, si no salía viva de ello, tendría la satisfacción de haber hecho algo interesante y bueno en su aburrida pero correcta vida.

Julián soltó un suspiro de alivio cuando, después de incontables intentos, logró abrir la puertaventana de la biblioteca. Debió prestar más atención cuando Adam les explicó a Damián y al él como forzar una cerradura, pero en su defensa, jamás creyó que esa información le fuera de utilidad. Moraleja: nunca había que dar algo por sentado.

Después de asegurarse de que nadie lo veía, entró en la biblioteca y salió de ella rápidamente para dirigirse a las habitaciones de la condesa, donde esperaba encontrar lo que deseaba. No tenía mucho tiempo, la mujer no debía tardar en llegar, y no podía encontrarlo ahí, pues, aunque estaba haciendo según él, algo de lo más correcto, no creía que la justicia lo viera de igual forma.

Como ya se había encargado con anterioridad de conseguir la ubicación de la habitación de la mujer, no tuvo dificultad en llegar, sobre todo, porque los pasillos estaban bien iluminados a la espera del regreso de la condesa. Así que, rezando para que la puerta no estuviera cerrada, giró el pomo. Abrió.

Lanzando una plegaria de agradecimiento, tomó una vela de los pasillos y entró en la habitación mientras pensaba en dónde podían estar escondidas las joyas de la familia.

La colección de las joyas de zafiros de los condes de Granard, era legendaria. No podía decir la fecha exacta en que esas joyas llegaron a su familia, solo podía decir que todas las condesas de Granard las llevaban con orgullo, y su futura esposa, fuera cual fuera, no sería la excepción.

Él no tenía intención de casarse aún, no al menos hasta que lograra restablecer las arcas de la familia, no sería un caza dote más, si se casaba, tendría más que ofrecer que un título lleno de deudas, por eso, necesitaba las joyas, esperaba conseguir un préstamo que, si sabía manejar, lograría saldar las deudas que su «querido padre» le había dejado como herencia.

Con una vela en la mano, empezó a registrar los cajones. No sabía cómo la condesa se había apropiado de las joyas: si su padre se las había dado en un arrebato de locura, o ella se las había robado a su muerte, que fue, por cierto, en su cama. Sí, el antiguo conde de Granard había muerto en la cama de su amante. Hubiera sido un escándalo si ella no hubiera mandado a llamar a Julián, y él se hubiera encargado de todo. ¿Y cuál fue el agradecimiento de la mujer por librarla del escándalo?, asegurarle que no le devolvería las joyas porque su querido «Thomas» se las había regalado.

Julián había enfurecido y se había enfrentado a la mujer en contadas ocasiones, pero ella se había negado rotundamente a devolverle las joyas, sobre todo cuando Julián se negó a convertirse en su amante, pero ¿en qué cabeza cabía que se volviese amante de alguien semejante?

Por varios minutos, buscó y buscó sin éxito, solo esperaba que no la hubiera vendido, tenía entendido que la mujer no estaba en mejores condiciones que él, ya que su hijo, el joven conde de Gasford, era un jugador empedernido. Sin embargo, algo le decía que no las vendería, no al menos hasta que la sociedad las viera y desmintiera temporalmente los rumores que había sobre ella, o hasta que alguien reconociera las joyas y se armara un escándalo que le sirviera de venganza contra Julián por haberse negado a complacerla.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo solo de pensar en esa posibilidad. Era cierto que el escándalo y los problemas siempre habían estado ligados con el apellido Allen, pero esta vez prefería encontrar las joyas antes de que fuera demasiado tarde. Su padre había muerto hacía ya cuatro meses, y la condesa se fue al campo desde entonces, según ella, para superar la impresión que le causó la muerte del hombre. Había regresado hacía solo tres días, y él

no había perdido tiempo en organizar un plan. Y ahí estaba, buscando como un vulgar ladrón el patrimonio familiar y rogando en silencio que la condesa no hubiera decidido ponérselas todas para la velada.

Después de buscar en todos los cajones, bajo el colchón, en el armario, y de tantear la cómoda en busca de algún compartimiento escondido, empezó a pensar que, o las tenía escondidas en algún lugar específico, o se las había llevado todas.

Juró por lo bajó y se quedó observando el tocador, como si este le fuera a decir la respuesta. Estaba por irse cuando sintió unos pasos detrás de él, tan ligeros que, si hubiera sido más despistado, hubieran pasado desapercibidos. Giró justo a tiempo para detener el brazo que estuvo a punto de golpearlo con un arma en la cabeza, el brazo de una mujer.

Estaba en problemas.

Zafiro vio el brazo que le inmovilizaba la mano y luego posó sus iris azules en el hombre cuyos hermosos ojos verdes la miraban incrédulos, entonces, supo que estaba en problemas.

Debió habérselo imaginado, todo había sido demasiado fácil hasta ahora. El ladrón, que ahora estaba segura era novato, había dejado la puertaventana abierta, por donde se escabulló después de asegurarse de que nadie la veía. Había atravesado la oscura biblioteca y, después de pensarlo un momento, subió suponiendo que el delincuente había decidido registrar primero las habitaciones de la condesa, seguro en busca de joyas. Encontrarla no fue tan difícil como esperó, estaba en el segundo piso y el tonto ladrón había dejado la puerta abierta. Cuando entró y lo vio de espaldas a ella, alzó el brazo con el arma y se armó de valor para golpearlo, pero justo cuando estuvo a punto de hacerlo, él se giró y la detuvo. Ahora, la miraba con una mezcla de confusión y sorpresa.

Julián torció la mano de la mujer para que ella soltara el arma, y luego acercó la vela a su rostro para asegurarse de que no estaba alucinando.

No lo hacía.

Pero no solo era una mujer la que tenía en frente, no, lo más sorprendente del asunto era que esa mujer era Zafiro Loughy, no una criada como había creído en un principio, no, era Zafiro Loughy, prima hermana de las esposas de sus dos mejores amigos y una mujer que la sociedad consideraba intachable, correcta e impecable; sin embargo, estaba ahí, en camisón y estuvo a punto de golpearlo con una pistola en la cabeza. Ahora lo miraba sin saber qué hacer.

—¿Qué iba a hacer? —no estaba seguro de que esa fuera la mejor pregunta que podía formular, pero ¿qué se decía en ese tipo de casos?

Ella lo miró sin saber qué decir y, mientras sus palabras decidían si hacer o no acto de presencia, observó su rostro. Por lo que podía ver, era un hombre, no excepcionalmente apuesto, pero sí bastante agradable de vista. Su cabello era oscuro, pero no podía decir si era castaño o negro, y sus ojos... sus ojos eran del verde más hermoso que hubiera visto jamás. Eran... hipnotizantes.

Al ver que él esperaba una respuesta, tragó saliva y habló.

—Yo... eh —tartamudeó— quería golpearlo —afirmó al final con tono más seguro.

¡Eso él ya lo sabía!

—¿Por qué? —se obligó a preguntar.

Ella lo miró como si fuera obvio.

—Quería robar a lady Gasford, eso no está bien.

—Mire, yo...

—Yo lo vi —interrumpió ella como si necesitase explicarse— y la conciencia no me hubiera dejado tranquila si le permitía hacerlo. ¿No le da pena robarle a una mujer decente? Existen trabajos más honrados —expresó con más seguridad en su voz.

Si la situación hubiera sido otra, la escena le hubiera causado gracia. No había aparecido mucho últimamente en sociedad, y tampoco le habían presentado de manera formal a Zafiro Loughy pero, según tenía entendido, por lo que le había contado Adam el día de su boda, de las tres Loughy que habían sido presentadas en sociedad en la temporada anterior, la señorita Zafiro era la más sensata de las tres, pero si pedía su opinión, a él no le parecía muy prudente, al contrario, le parecía una estúpida. De haber sido en verdad sensata, no hubiera estado allí, además, sermoneándolo ¿Qué clase de

persona con un mínimo de sensatez sermoneaba a un ladrón? Si él hubiera sido uno de verdad, ella estaría en un buen problema. Quizás debería darle una lección.

Antes de que pudiese siquiera hablar, ella continuó.

—Creo que aún puede remediarse, sé que esta debe ser una de sus primeras experiencias delictivas, y como es un novato...

—¿Novato? —no pudo evitar preguntar.

Ella asintió.

—Me percaté de que no tenía mucha experiencia forzando cerraduras, así que he supuesto que era un novato ¿me equivoco?

Julián no supo qué responder y ella tomó su silencio como una confirmación de su teoría.

—Bien, como iba diciendo, creo que puede conseguir un trabajo mejor. Aún es joven y robar no está bien, podría...

Julián no podía creer que en verdad estuviera recibiendo una reprimenda de esa mujer ¿es que acaso estaba loca?

Zafiro sabía que debía haber perdido el juicio, esa era la única explicación por la que debía estar reprendiendo a un ladrón ¡Reprendiendo a un ladrón! Esa debía ser sin duda la acción más estúpida que hubiera hecho alguna vez. En su defensa, era lo único que podía hacer para no caer en la histeria y desesperación.

Había evaluado en su mente todas las posibilidades y no había vía de escape. Él sostenía su muñeca con firmeza, y hubiera sido inútil intentar zafarla; por otro lado, una patada en su estómago estaba descartada, pues él no estaba propiamente en frente de ella, sino más a su derecha; así que no tenía otra opción que hablar, si seguía haciéndolo, podían suceder tres cosas. Por algún milagro podía hacer que reflexionara y entrara en razón. También podía conmocionarlo lo suficiente para que la soltara sin ser consciente o, en el peor de los casos, podía desatar su furia y hacer que la golpeará para callarla, pero ella no era una persona pesimista, así que confiaba en que sucediera alguna de las dos opciones anteriores.

Siguió hablando, ignorando la mirada confusa del hombre, que la observaba como quien observa a un loco; ella no lo culpaba, pero aún así seguía hablando.

—Señorita —interrumpió él y ella se encontró mirando una penetrante mirada verde—. Cállese —ordenó.

Ella lo hizo, temiendo su reacción si desobedecía. Adiós a su plan de hacerlo reflexionar o confundirlo.

—Mire, creo que es mejor que regre...

Un ruido proveniente de afuera los puso en alerta y no tardaron mucho en escuchar una voz que procedía de los pasillos.

—Es por aquí.

A Zafiro se le heló la sangre en las venas al reconocer la voz de la condesa. Esto no podía estar sucediéndole a ella, pero antes de que su mente empezara a enumerar las posibles tragedias que ocurrirían a continuación, la única vela del lugar fue apagada y ella fue arrastrada hacia el armario. Pocos segundos después estaba dentro de este con la espalda pegada al musculoso torso del ladrón.

—La-la pistola —murmuró recordado el arma en el piso.

—Yo la tengo —susurró él a su oído y su voz le causó un extraño escalofrío en el cuerpo.

De todas las cosas que pensó que podían salir mal con un plan tan insensato, ninguna se asemejaba a quedar atrapada en un armario con el ladrón.

Por eso jamás, jamás, ¡jamás! se cometía un acto insensato.

Pero, cuando surge el amor, como un fuego abrasador que todo lo arrasa, ¿acaso algo más importa?

Y solo tiene un nombre por el que empezar su búsqueda: Rutshore.

Todo el mundo sabe que Edward Truswell, marqués de Rutshore, es un hombre dedicado a sus libros y al conocimiento de la Historia, alguien reservado y muy discreto. De hecho, cuando la sociedad inglesa piensa en el grupo de grandes amigos que forma con lord Gysforth y con lord Badfields, su nombre es el que menos interés suscita. Es el que siempre puede olvidarse, el que pasa desapercibido.

Pero, eso solo sucede en Londres...

Con la excusa de una apuesta hecha con sus amigos, Edward y Harriet se conocen en Sleeping Oak y dan un paseo en barca que es el detonante de una relación tan compleja como apasionada. Desde el primer momento saben que, en su guerra particular, esa que han heredado y de la que no pueden desentenderse, pertenecen a bandos distintos.

Yolanda Díaz de Tuesta Martín nació en Bilbao y firma solo como “Díaz de Tuesta” porque ya es lo bastante largo. Además, siempre le ha gustado ser original. Sus géneros preferidos son los relacionados con lo fantástico, en todas sus formas (terror, cifi, fantasía), pero también el romántico de calidad. Es autora de un buen número de relatos, algunos premiados en concursos. Muchos de ellos forman parte del recopilatorio *De terrores y otras alegrías...* Y, bueno, entre tecla y tecla, mientras tejía palabras y párrafos formando historias, ha sido nieta, hija, hermana mediana, novia, tía, esposa y tantas otras facetas que componen una vida.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Díaz de Tuesta

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-987-4

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

UNA TARDE EN EL TÁMESIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE DÍAZ DE TUESTA

CRÉDITOS